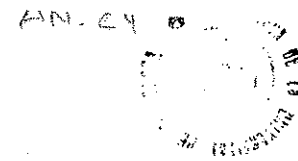


Alianza Universidad

Erving Goffman

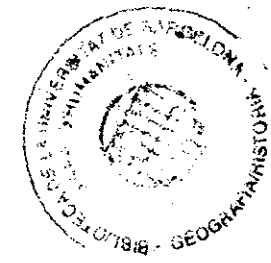


0741

Relaciones en público

Microestudios del orden público

Versión española de
Fernando Santos Fontenla



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0700711303

Alianza
Editorial

Título original:

Relations in Public — Microstudies of the Public Order

DEDICADO
A LA MEMORIA DE
A. R. Radcliffe-Brown

A QUIEN
CASI CONOCI
EN LA VISITA QUE HIZO EN 1950
A LA UNIVERSIDAD DE EDINBURGO

© 1971 by Erving Goffman
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1979
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2252-4
Depósito legal: M. 36.368-1979
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24. Madrid-5
Printed in Spain

INDICE

Nota del autor	13
Prefacio	15
1. El individuo como unidad	23
2. Los territorios del yo	46
3. Intercambios de apoyo	78
4. Intercambios correctores	108
5. Signos de vinculación	194
6. Las apariencias normales	240
Apéndice. La demencia del lugar	328

«Si dejamos de lado la conducta totalmente privada y estudiamos sólo la especie de conducta que entrañan las relaciones directas con otras personas, y si bajo el epígrafe de gobierno incluimos todo control de esa conducta, se plantee como se plantee, entonces debemos decir que el tipo más antiguo de gobierno, el tipo más general de gobierno y el gobierno que siempre recomienza espontáneamente, es el gobierno de la observancia ceremonial. Cabe decir más. Este tipo de gobierno, además de preceder a todos los demás tipos, y además de haberse acercado más, en todos los lugares y en todos los momentos, a la universalidad en su influencia, ha sido el que ha tenido siempre, y continúa teniendo, la mayor de las participaciones en la reglamentación de la vida de los hombres.»

HERBERT SPENCER: *Los principios de la Sociología.*

NOTA DEL AUTOR

Los seis estudios que forman el cuerpo de este libro tratan de una sola esfera de actividad y se redactaron para su publicación conjunta. Además, tienen una relación secuencial: cada uno de ellos depende algo de los términos definidos en los anteriores. Sin embargo —salvo los dos relativos a los intercambios—, cada uno de ellos establece su propia perspectiva a partir de una tabla rasa conceptual. Y, tomados como un todo, los seis no aspiran a abarcar sistemática y exhaustivamente, ni sin repetición, lo que tienen de común. Disparo contra un blanco desde seis posiciones diferentes situadas a intervalos irregulares; no pretendo formar una barrera. El resultado es una serie de capítulos, pero sin concierto. El estudio que se añade como apéndice se publicó por separado y con carácter independiente. Repite mucho algunos de los argumentos desarrollados en el texto y cabe interpretarlo como posible aplicación de esos argumentos.

La colección como un todo continúa el examen de la interacción directa que se elaboró en tres libros anteriores: *Encounters* (1961), *Behavior in Public Places* (1963) e *Interaction Ritual* (1967).

Doy las gracias a Lee Ann Crawford por su inmensa ayuda en todo el trabajo de preparación del manuscrito.

E. G.

Filadelfia, 1971

PREFACIO

I

El mundo de actividades que se genera mediante la interacción directa y se organiza mediante normas de coexistencia —esfera que contiene las bodas, las comidas en familia, las reuniones presididas por alguien, las marchas forzadas, los encuentros relacionados con servicios, las colas, las multitudes y las parejas— es algo de lo que nunca se ha tratado lo bastante como tema de estudio por derecho propio. De hecho, a menudo se ha utilizado como algo accesorio. Cuando quiera se ha necesitado una ilustración concreta de cómo van las cosas en un establecimiento social, o en un segmento de estructura social, o incluso en una sociedad, se han incluido viñetas de interacción para dar una demostración concreta, y de paso para rendir algo de pleitesía al hecho de que hay gente ahí fuera que hace cosas. Así, se han utilizado las prácticas de la interacción para ilustrar otras cosas, pero a ellas mismas se las trata como si no hiciera falta o no mereciera la pena definirlas. Sin embargo, el mejor uso que se puede hacer de estos acontecimientos es explicar su propio carácter genérico.

Ultimamente esta esfera olvidada —la esfera de la vida pública¹— ha empezado a recibir una atención muy activa, lo cual sin duda cons-

¹ Esta elección de términos no es mucho mejor que cualquier otra. La «vida pública» puede significar la carrera relacionada con el desempeño de cargos públicos, definición que excluimos aquí, y puede excluir la interacción directa

tituye un aspecto de una compleja inquietud que se expresa de modos diversos en la inseguridad y la falta de civilidad actuales de las calles de nuestras ciudades, el nuevo artificio político de violar adrede las normas de autoexpresión durante las reuniones y los contactos, la modificación de las normas de la censura y las formas de agresión social que se alientan en las diversas formas de «grupos de encuentro» y de teatro experimental. De hecho, la preocupación por la vida pública se ha intensificado mucho más que nuestra capacidad para explicarla.

O sea, que el mundo de la interacción directa, que era una esfera de la que tomar prestado, se ha convertido en un campo en el que reñir batallas. En ambos casos, se recurre a una explicación que todavía no se ha preparado. Parece que ha llegado el momento de establecer la etología de interacción que necesitamos si pretendemos estudiar ese mundo de modo naturalista.

En este libro quiero centrarme en una cuestión que es conceptualmente delicada: las relaciones entre un elemento de la estructura social, en este caso las relaciones sociales, y la vida pública. Se prestará atención a los aspectos de las relaciones sociales que figuran cuando las personas relacionadas se encuentran unas en presencia inmediata de las otras. Por lo tanto, habrá que estar doblemente atentos, pues nuestro tema es doble y generalmente no se le presta ninguna atención. Pero, antes de empezar, desearía añadir una breve nota sobre el orden público y sobre el método.

II

Las relaciones que todo grupo de actores tiene normalmente entre sí y con clases específicas de objetos parecen estar universalmente sometidas a normas de tipo restrictivo y permisivo. Cuando unas personas mantienen relaciones reguladas con otras pasan a emplear rutinas o prácticas sociales, esto es, adaptaciones estructuradas a las normas —de las cuales forman parte las conformidades, las elusiones, las desviaciones secretas, las infracciones excusables, las violaciones flagrantes, etc.—. Estas pautas (cuyos motivos y cuyo funcionamiento son diversos) de comportamiento, estas rutinas conexas a las normas, constituyen sumadas lo que cabría calificar de «orden social».

El estudio del orden social forma parte del estudio de la organización social, pero interviene una idea debilitada de organización.

dentro de un establecimiento doméstico privado, que desde luego incluimos aquí. Todas las demás opciones actuales: proxémica, microsociología, relación directa, etología humana, etc. también adolecen de defectos.

Lo que interesa son las condiciones y las limitaciones impuestas a la forma en que se persiguen unos fines o se realiza una actividad, y las adaptaciones estructuradas conexas a la búsqueda de esos fines y a las actividades, y mucho menos la elección de los fines o la forma en que esos fines se integran en un solo sistema de actividad. Interviene una cierta atomización: lo que interesa son las normas y las prácticas que emplea cualquier participante concreto en el cauce de las relaciones mutuas, y no la diferenciación y la integración de los participantes². El reglamento es un mecanismo importante de organización, pero sólo un componente de una organización. Además, el reglamento puede regular unas relaciones en que los participantes no comparten prácticamente ninguna otra organización.

Debe resultar evidente que el pensamiento sobre los órdenes sociales ha estado sometido a un sesgo conservador, sesgo que a juicio de muchos actuaría ya en la misma selección del tema y del título. Existe la doctrina política de que el orden es «natural», todo orden es bueno, y es mejor un mal orden social que la inexistencia de cualquier orden. Existe también la creencia de que las normas de un orden son tales que permiten la existencia de relaciones mutuas. Y, verdaderamente, las normas de un orden son necesariamente tales que excluyen actividades del tipo que perturbaría las relaciones mutuas y hacen que sea inviable continuar con ellas. Sin embargo, también es cierto que las relaciones mutuas derivadas de cualquier juego de normas probablemente podrían sostenerse con menos normas o con normas diferentes, que algunas de las normas imperantes producen más molestias de lo que sería necesario, y que algunos participantes se benefician del orden mucho más que otros. También es cierto que muchas infracciones son compatibles con el mantenimiento de un orden, y que la cuestión de cuántas de ellas lo son es un problema teórico interesante que ha despertado pasiones, y no ideas. Por último, en una sociedad compleja, la desorganización de un orden social equivale a la destrucción de un componente del todo, y el todo no está tan estrechamente integrado que vaya a verse destruido por ello.

Pese a que el interés por el orden tiene mucho de sospechoso, el tema tiene una defensa. Resulta posible imaginar una sociedad sin muchas de las normas que sostienen los estadounidenses. De hecho, resulta fácil imaginar una sociedad que estaría mejor sin esas normas. Pero no resulta fácil imaginar una sociedad que no recurra mucho a diversas series de normas. Además, el modelo de Estado del

² Naturalmente, las normas de un orden pueden constituir en sí mismas un sistema y exhibir propiedades típicas de un sistema, como la coherencia mutua y el carácter exhaustivo.

siglo XVII, que justifica las limitaciones porque benefician a todo el mundo, tiene efectivamente una cierta validez por lo que respecta a los órdenes. Al revés de lo que ocurre con muchas organizaciones y estructuras, un orden puede beneficiar a casi todos sus participantes individualmente, muchas veces de forma equitativa y a veces inmensamente en comparación con el costo individual, y de hecho puede estar apoyado de modo consciente (e incluso establecerse) porque los beneficios mutuos resultan evidentes. Las personas *pueden* reunirse y convenir voluntariamente en aceptar determinadas normas, en formar una coalición generadora de normas, a fin de liberar la atención de las cuestiones de poca importancia y de pasar a ocuparse de lo que les interesa directamente³. Además, cuando efectivamente se derrumba un orden, ello puede llevar a un torrente de perturbaciones sociales, en cuyo caso los participantes se ven obligados a apreciar todos los usos que habían hecho del orden anterior y toda la dependencia que habían llegado a tener respecto de él. Y estas afirmaciones acerca del orden son válidas pese a que las imágenes que intervienen parecen haberse utilizado para justificar la adopción de todas las disposiciones innecesarias y coercitivas del mundo, y a que cabe excitar los sentimientos acerca de un derrumbamiento del orden en relación con disturbios menores cuyas consecuencias se limitan en gran medida a esta reacción excesiva.

Cabe hallar normas en cauces de relaciones mutuas que permiten a cada participante quedar fuera de la presencia física inmediata del otro. Un ejemplo de ello es la etiqueta que rige la correspondencia

³ Claro que aquí intervienen cuestiones interesantes. El acuerdo de conformidad es algo a lo que se puede llegar tácita o explícitamente, lo cual aumenta el número de casos posibles. Pero, a veces, las condiciones que podrían dar al individuo una justificación de tipo egoísta para adherirse a una norma son ineficaces porque no se dispone de un mecanismo mediante el cual cada participante pueda asegurar a los demás que aprecia las circunstancias, cree que ellos aprecian las circunstancias y está convencido de que ellos comprenden su apreciación y su creencia. En la vida real, la idea del egoísmo ilustrado parece más importante como argumento que como análisis. Cuando un individuo se encuentra con que depende del funcionamiento de una norma puede decirse —o puede que otros le digan— que no debe infringirla, porque si todos hicieran igual, él mismo sufriría las consecuencias. Y es verdad. Sin embargo, en muchas circunstancias su infracción de la norma no disminuiría apreciablemente el apoyo que otras personas den a esa norma, y si el apoyo de éstas disminuyera por otros motivos, el que él la cumpliera tendría pocas probabilidades de volver a ponerla en vigor. De hecho, el mero egoísmo debería llevar al individuo a alentar a otros a orientar su conducta conforme a una imagen de lo que ocurriría si todos dejaran de apoyar la norma, y al mismo tiempo que alentaría a los demás en ese sentido, él mismo la incumpliría en silencio. Obsérvese que si todos los demás siguieran *esta* máxima, el que él no lo hiciera seguiría teniendo pocas probabilidades de tener un efecto apreciable.

comercial, o las normas que rigen las transacciones en la bolsa, o la sintaxis de un idioma escrito. Lo que me interesa en este volumen son las normas y las ordenaciones conexas de comportamiento relativas a la vida pública: a las personas que coexisten y a los lugares y las ocasiones sociales en que se produce este contacto. Por lo tanto, lo que me interesa en especial es el «orden público».

Es posible estudiar el orden público en establecimientos domésticos y en otros puntos en que la entrada y el deseo de entrar están limitados, pues estos contextos tienen, desde luego, normas y prácticas relativas a la coexistencia⁴. Pero, en general, lo que nos interesa de los hogares es cómo organizan sus relaciones, y no sus puntos de paso. Y, en general (sin duda con razón), el interés por el orden público se ha centrado en las situaciones en que los desconocidos y los meros conocidos pasan a ser físicamente accesibles los unos a los otros, situaciones en las que el orden puede ser una cuestión central.

III

En todos los estudios de este volumen se hacen afirmaciones no demostradas acerca de la aparición de determinadas prácticas sociales en determinadas épocas y entre pueblos de diversos tipos. Se entiende que estas descripciones por afirmación son un mal necesario. Parto del supuesto de que si se aspira a hacer una tentativa amplia de vincular fragmentos de la vida social contemporánea en un análisis de exploración, entonces debe hacerse gran número de afirmaciones sin pruebas cuantitativas sólidas. (Debe reconocerse que esta licencia está más justificada en los trabajos etnológicos tradicionales que en el estudio de los «pequeños comportamientos»). La interacción directa genera muchos indicadores generales que se pueden someter bien a medición y enumeración. Además, gran parte del comportamiento expresivo se olvida inmediatamente después de observado, y la utilización a intervalos aleatorios de un buen equipo de registro y grabación es lo único que tiene probabilidades de pleno éxito en un muestreo de ese comportamiento.)

Un segundo, y quizá innecesario, defecto es el esfuerzo realizado para corregir el primero. Se trata de las matizaciones verbales.

⁴ En el Proyecto de Comunicación Humana del Hospital Estatal del Bronx, Albert E. Schefflen está dirigiendo la grabación en «video tape» de centenares de horas de coexistencia en la cocina en varios hogares de clase obrera, y por primera vez —para bien o para mal— ha logrado hacer posible el estudio detallado del orden público en lugares privados.

Una matización, criticada con razón, es la de la frecuencia. En lugar de hacer generalizaciones absolutas o generalizaciones en forma estadística, diré que una práctica determinada se da en un conjunto de personas «de forma rutinaria» o «a menudo» o «a veces», con lo cual reconozco la falta de datos organizados incluso cuando pretendo ser cuidadoso. Resulta muy difícil demostrar que son falsas las afirmaciones que se matizan así, lo cual está muy bien, pero la misma matización quita fuerza al sentido en que podrían ser verdaderas, lo cual no está tan bien.

La segunda matización es la de distribución, que suele empezar con las palabras «En nuestra sociedad...». Así, utilizo las frases «En la sociedad occidental», «En las clases medias estadounidenses», etc. Esta cuestión es más profunda que la de la dubitabilidad de utilizar un mecanismo cómodo para protegerse contra las hipergeneralizaciones etnocéntricas. Si se dice que una práctica determinada se halla *en* un lugar determinado (o en una clase determinada de lugares) queda mucho sin especificar, aunque se disponga de datos acopiados sistemáticamente. Pues muchas veces no queda claro si se firma que la práctica se da en todo ese lugar o sólo en algún punto de él, y si es en todo él, si ése es el único lugar en que se da. Además, las disposiciones sociales y los pequeños comportamientos que se estudian en este libro tienen la incómoda propiedad de no pertenecer a un conjunto de individuos a los que se pueda vincular cómodamente, como los ciudadanos de un Estado nacional determinado, sino a agrupaciones sobre cuyos límites sabemos muy poco. Intervienen la clase, la región, el grupo étnico y el grupo de edades, que son bastante conocidos. Pero las otras unidades de referencia plantean problemas. Existe la «época», que comporta la dificultad de que las personas de determinadas partes del mundo son más anticuadas que sus coetáneas de otras. Y las otras unidades de referencia no son mucho mejores. Existe el mundo de habla inglesa, la comunidad angloamericana, las naciones de Europa occidental, los países protestantes, la sociedad cristiana y el Occidente. Esas son las unidades que se nos imponen si nos interesa *toda* la ubicación de las prácticas que se estudiarán en este volumen. En todo caso, la unidad de referencia «sociedad estadounidense» (que utilizo en todas partes) es una especie de escándalo conceptual, casi una contradicción de términos; la unidad social «civilización» (signifique lo que signifique) es tan pertinente como el Estado nacional.

De modo que el problema no es sólo de tener que hacer afirmaciones sobre grupos y comunidades sin disponer de datos suficientes, sino el de no saber mucho de la identidad y los límites de las agrupaciones acerca de las cuales se dispone de datos insuficientes.

Utilizo el término «nuestro», pero lo hago a sabiendas de que, por lo que respecta a los pequeños comportamientos, lo «nuestro» no se puede especificar convencional ni cómodamente. Puedo hacer afirmaciones con la menor falta de confianza acerca de mi «propio» grupo cultural, el grupo del que tengo más experiencia directa, pero no sé cómo llamar a esta agrupación, cuáles son todo su alcance y toda su distribución, de cuándo data, ni cómo habría que modificar esas dimensiones, según el fragmento concreto de comportamiento familiar de que se trate. (Pero obsérvese que, al hacer afirmaciones acerca de lo que varios grupos semidefinidos consideran correcto o incorrecto, no pretendo que se entienda que estoy de acuerdo o en desacuerdo con cualquiera de ellos, aunque a menudo mis frases permitirán esa interpretación. Pretendo hacer afirmaciones desde el punto de vista de otras gentes, sin explicar reiteradamente el marco, y pido excusas por mi laconismo, no por mi moral.)

O sea que, sin duda, el método a que recorro a menudo —la observación no sistemática, naturalista— tiene limitaciones muy graves. Como defensa, aduzco que los proyectos tradicionales de investigación empleados hasta ahora en esta esfera adolecen de sus propias y considerables limitaciones. Pese a las declaraciones al respecto, se supone que las conclusiones de estos estudios tienen más validez de lo que los detalles de su ejecución puedan justificar inmediatamente; en cada caso haría falta un segundo estudio a fin de determinar respecto de quiénes y de qué son válidos los resultados. Las variables que aparecen tienden a ser criaturas de la organización de la investigación, que no tienen existencia fuera del espacio en que están situados el aparato y los sujetos, salvo quizá brevemente, cuando se realiza una réplica o una «continuidad» bajo auspicios simpatizantes y con luna llena. Los conceptos se organizan sobre la marcha a fin de proceder a establecer cosas de modo que se puedan realizar pruebas y se puedan medir los efectos de una variación controlada de un tipo u otro, cuyo carácter científico está garantizado por el uso de batas de laboratorio y dinero de entidades oficiales. La obra empieza con la frase: «Partimos de la hipótesis de que...», continúa con un debate a fondo de los sesgos y los límites del proyecto propuesto, los motivos por los que todo esto no constituye motivo de nulidad, y culmina con un número considerable de correlaciones satisfactoriamente significativas que tienden a confirmar algunas de las hipótesis, como si el descubrimiento de las pautas de la vida social fuera tan sencillo. Parece intervenir una especie de magia simpática, del supuesto de que si se hacen todos los gestos atribuibles a la ciencia, el resultado será algo científico. Pero no lo es (cinco años después de publicarse, muchos de estos esfuerzos le recuerdan a uno los expe-

rimentos que hacen los niños con un «Cheminova»: «Si sigues las instrucciones, serás un químico de verdad, como el que sale en la tapa»). Con estos métodos no se han descubierto esferas de estudio naturalista. No han aparecido conceptos que reordenen nuestra visión de la actividad social. No se han establecido marcos en los que puedan introducirse números cada vez mayores de datos. No se ha acumulado una comprensión del comportamiento ordinario; lo que se ha acumulado es distancia.

Por último, es necesaria una nota acerca del uso de sugerencias etológicas. En las ciencias sociales contemporáneas, los únicos estudiosos que como grupo parecen disponer de la capacidad de estudiar los pequeños comportamientos de su propia sociedad, y de ocuparse con objetividad de la conducta de sus propios seres familiares, son los lingüistas, el tradicional defecto de los cuales por lo que a mis intereses respecta es el campo relativamente limitado en que trabajan. Son muy capaces de darnos inspiraciones metodológicas, pero muy pobres en cuanto a contenido. La labor de los especialistas en etología nos da un modelo más difícil.

Los grupos sociales de animales —bandadas, rebaños, parejas, manadas— tienen el rasgo característico de que los miembros de un grupo determinado suelen permanecer dentro del campo de percepción unos de otros. Así, casi toda la actividad está situada socialmente; vida pública y vida social son sinónimos. Por lo tanto, los especialistas en etología acaban por fuerza por estudiar la interacción directa. Por eso son una fuente. Lo que es más importante, han creado una disciplina sobre el terreno que los lleva a estudiar la conducta animal con gran detalle, y con bastante control de los conceptos previos. En consecuencia, han ido desarrollando la capacidad para penetrar en la corriente de actividad animal, aparentemente desordenada, y de aislar pautas naturales. Cuando se señalan esas consecuencias al observador, la visión de éste se modifica. Por eso nos dan una inspiración los especialistas en etología. Debe decirse que muchos de ellos se apresuran a aplicar un marco darwinista, que explica toda rutina de comportamiento en términos de su valor actual (e incluso como vestigio) para la supervivencia, y que sus primeros trabajos se apresuraron un tanto en cuanto a hacer imputaciones válidas para especies enteras. Cuando se aplican estos sesgos al estudio del comportamiento humano, el resultado son algunas declaraciones un tanto simplistas. Pero si corremos un cortés velo sobre este aspecto de la etología, el valor de ésta como modelo para nosotros queda muy claro.

1.

EL INDIVIDUO COMO UNIDAD

I. Introducción

En los estudios de la interacción directa se utiliza inevitablemente el término «individuo» (o un equivalente, como «persona»), y así haré yo también. Sin embargo, este uso sencillo y necesario encubre muchos pecados de imprecisión.

Por ejemplo, al hablar de un contexto social como una calle de un suburbio residencial o una tienda de lujo de Nueva York, se puede hablar de alguien que esté presente en el sentido de que esté bien o mal vestido para el lugar y el momento. Quedará medio entendido que el vestido como aspecto del decoro se refiere al escenario en general, como señal de respeto (o falta de respeto) a ese escenario. Naturalmente, un individuo puede vestirse de un modo determinado con premeditación, porque prevé un encuentro de conversación con unos otros determinados, pero si lo hace y quiere hacerlo con eficacia es posible que haya de disimular sus intenciones, pues el vestido se define como algo que no guarda relación pertinente con lo que ocurre en las conversaciones. Sin embargo, es evidente que hay cuestiones que sí guardan relación directa con lo que ocurre en los encuentros. Existen normas para ocupar y terminar un turno en la conversación¹; existen normas que sincronizan el proceso de obtener

¹ De ellas ha tratado extensamente Starkey Duncan, Jr., de la Universidad de Chicago, en un informe todavía inédito sobre una investigación: «Towards a Grammar for Taking Speaking Turns in a Conversation: A System Approach»

la atención del orador y de que éste obtenga la de uno; existe una etiqueta para iniciar un encuentro y para poner fin a éste². También en este caso podremos decir que un individuo se conduce correcta o incorrectamente, pero esta vez en relación con los encuentros, y no con los contextos³. Ha cambiado el «sistema de referencia», y creo

to Face-to-Face Interaction.» Duncan demuestra que un orador que está dispuesto a ceder el turno utiliza señales mediante toda una serie de canales: contenido, sintaxis, contorno de la entonación, comportamiento paralingüístico y gestos corporales. Estudios como el de Duncan señalan la enorme competencia, tanto respecto de la actuación como de la interpretación, que parecen necesitar todos los que pueden intercambiar observaciones con un amigo o adelantar a alguien en la calle sin tropezar con él. De ello se sigue que la utilización supuestamente técnica de términos como «infrasocialización» quizá haya sido un poco prematura. Es posible que los graduados analfabetos de las escuelas de los barrios de tugurios de los Estados Unidos no hayan aprendido algunas de las cosas que son útiles para prosperar en la vida, pero el decir que no están asimilados a la sociedad general es un tanto exagerado. Cada vez va quedando más claro que la diferencia en cuanto a la competencia en la interacción entre los analfabetos y los cultos es muy pequeña en comparación con las similitudes, por muy importantes que sean las consecuencias de esa diferencia.

² Existe la complicación de que, si bien algunas prácticas sólo guardan relación con un marco de referencia, otras guardan relación oficial y directamente con más de un sistema. Por ejemplo, la obligación de abstenerse de fumar puede deberse a un contexto, como una iglesia o un tribunal, pero también a un encuentro en que la otra persona que interviene en la interacción es una mujer o un superior; también es posible que existan consideraciones técnicas, como el peligro de incendio, que impongan restricciones al fumar. El hecho es que el cuerpo de expresiones ritualizadas de cualquier sociedad es limitado, y aunque cada sistema de actividad puede montar su propia selección de elementos rituales, éstos deben extraerse del idioma disponible.

³ La gestión simultánea de ambos sistemas es una cuestión maravillosamente compleja, y comprensiblemente sometida a fallos de diversos tipos. Cuando varios individuos se adentran a fondo en una conversación en presencia de uno no participante, pueden empezar a dejar de sostener la reserva y el respeto que deben los encuentros accesibles al entorno, y hacer que el espectador se sienta repentinamente como si se hallara en presencia de algo que se ha desbordado. Los individuos con una relación asentada desde hace mucho tiempo que tienen pocas pretensiones el uno con el otro y que se encuentran junto a un invitado de honor en una recepción, pero no en situación de encuentro con él, pueden tratar de sostener una conversación propia, pero se encuentran, entristecidos, con que su conversación no les interesa en absoluto. Sin embargo, deben hacer como si les interesara, dado lo que pueden entrever, y con razón, los espectadores de su situación. Y aunque logren convencer a los presentes, pueden sentirse humillados al saber que cada uno de ellos sabe que el otro sabe que es una pretensión, pero no puede reconocer ante el otro que está dispuesto a aceptar este tipo de pretensión. Lo mismo pasa en un autobús público: un pasajero harapiento alucina la necesidad de una dosis de droga, y es objeto de una cuidadosa inatención por parte de los demás pasajeros; llega alguien nuevo que no sospecha nada, se sienta a su lado, se ve saludado con una serie de peticiones desordenadas y verborreicas, y reacciona con palabras que se dirigen tanto a los demás pasajeros como a quien lo molesta. Con ello, el recién llegado

que también las unidades constituyentes a las que se aplica el sistema. Resulta demasiado fácil decir que el individuo desempeña diferentes papeles. Los algos que participan en diferentes sistemas de actividad son, en cierta medida, cosas diferentes.

Habida cuenta, pues, de que en los estudios de la interacción los individuos pueden ser cosas diferentes, deseo examinar brevemente en este estudio dos de las cosas que pueda ser un individuo: una unidad vehicular y una unidad de participación.

II. Unidades vehiculares

De los diversos juegos de normas que establecen las bases normativas del orden público, hay una clase que nos interesa ahora: los códigos de circulación. Esta cuestión la formuló muy bien Ross en el primer párrafo de una obra famosa de principios de siglo:

Para que haya orden en las encrucijadas de calles urbanas muy transitadas hace falta, fundamentalmente, que no haya choques entre hombres y vehículos que van en direcciones opuestas. No se puede decir que impera el orden entre gente que va en la misma dirección y a la misma velocidad, porque no existe interferencia. Tampoco existe cuando la gente no hace más que chocarse. Pero cuando todos los que se encuentran o se cruzan en vías muy transitadas se toman el tiempo y el esfuerzo necesarios para evitar los choques, entonces la multitud es *ordenada*. Pues bien, en el fondo la idea del orden social es la misma. Los miembros de una comunidad ordenada no se salen de su camino para agredirse los unos a los otros. Además, cuando sus caminos se entrecruzan, hacen los reajustes necesarios para eludir el choque, y los hacen conforme a una norma convencional⁴.

da a todos los que se encuentran a su alcance una sensación clara de que intenta una labor de apaciguamiento, de la dificultad de la tentativa, de la sensación de una conversación en la que se ha introducido incorrectamente a los presentes, del tono paternalista utilizado comúnmente cuando se hace esto, y, sin embargo, nadie podrá decir exactamente qué aspecto de la conducta producen en él este temblor característico del testigo involuntario o vergüenza ajena. Lo mismo ocurre en las obras de teatro en que el texto obliga a la compañía reunida a dividirse en conversaciones de dos o tres personas que no se deben escuchar y separarse de un solo centro de atención, en cuyo caso el público se da cuenta en seguida de que está ocurriendo algo falso, esto es, unos encuentros que se sostienen totalmente desde fuera. En todo esto podemos apreciar que a quienes se hallan en una situación de encuentro de conversación no se les permite simplemente dejar que su participación conjunta los distancie de los espectadores; es posible que se les censure si no ocurre así. Si un participante no logra sostener lo bastante su participación, y no logra controlarla lo bastante, ambas cosas pueden impulsar a los espectadores correctamente desinteresados a advertir que hay algo que no marcha bien.

⁴ Edward Alsworth Ross, *Social control* (Nueva York, Macmillan, 1908), página 1.



De momento, probablemente baste de teoría. Ahora hacen falta descripciones. Tomemos, por ejemplo, las técnicas que emplean los peatones para no chocar unos con otros. Parece que éstas tienen poca importancia. Pero hay varios métodos de hacerlo; se utilizan *constantemente* y establecen una pauta de conducta callejera. Sin ellas, la circulación callejera sería un caos. Sin embargo, hasta hace poco tiempo ningún estudioso se ha ocupado de ellas, pues la mayor parte de ellos se ocupaba de estudios que no estaban sometidos a la modesta observación naturalista.

Una unidad vehicular es un caparazón de algún tipo controlado (por lo general desde dentro) por un piloto o un navegante humano. Un código de la circulación es un conjunto de normas cuyo mantenimiento permite a las unidades vehiculares utilizar de modo independiente una serie de avenidas con objeto de desplazarse de un punto a otro. Las cosas están dispuestas de modo que se eviten sistemáticamente el choque o la obstrucción mutua mediante determinadas limitaciones al desplazamiento que se aceptan voluntariamente. Cuando se respeta un código de la circulación se establece una pauta de paso seguro.

Las avenidas pueden ser aéreas, terrestres, acuáticas, submarinas, de pistas de esquí y, sin duda, dentro de poco las habrá en el espacio ultraterrestre. Las propias unidades vehiculares pueden variar según el espesor de sus revestimientos. Existen buques, submarinos, trenes y carros blindados, todos los cuales tienen revestimientos gruesos y están conducidos por hombres que están bien escondidos y en ciertos sentidos bien protegidos. Existen tartanas, coches descapotables, sillas portátiles, *rickshaws*, bicicletas y artefactos deportivos, como esquíes, tablas de *surfing*, toboganes, kayaks y patines de ruedas o que dejan al navegante relativamente inerme. Cuanto más proteja el caparazón más se limita la unidad, en general, a desplazamientos sencillos. Obsérvese que una carretera y su tráfico soportan caparazones de tipos algo diferentes: coches, bicicletas, carros de caballos y, naturalmente, peatones. Desde esta perspectiva, el propio individuo, que se desplaza por carreteras y calles —el individuo como peatón— se puede considerar como un piloto revestido de un caparazón blando y que lo deja indefenso, esto es, la ropa y la piel.

La circulación por carretera tiene rasgos interesantes: relativa uniformidad de normas que traspasan las fronteras regionales y nacionales (ello pese al alcance limitado de cada jurisdicción de la policía); relativa falta de diferenciación de derechos por motivos de sexo, clase, edad, raza o riqueza; carácter relativamente explícito y exhaustivo de las normas, junto con un control social estricto y formal; sentido

generalizado de que no importa violar una norma con tal de que no lo «pesquen» a uno. Además, las normas de la circulación por carretera sirven como una especie de caso ideal en las discusiones relativas al carácter y el valor de los reglamentos.

Naturalmente, la circulación por carretera se entrecruza con la circulación por las aceras o las calles, oficialmente en las encrucijadas y las entradas a las casas y garajes. Y los dos sistemas tienen puntos de analogía. En ambos casos, lo que se ordena es el entrecruzamiento de pilotos que no se conocen entre sí —o, por lo menos, de pilotos que no necesitan conocerse—, lo que brinda una fuente de material para el estudio de las relaciones sociales entre desconocidos⁵. En ambos casos, el participante debe ponerse confiadamente en manos de otros. Y en ambos casos, como se verá, se emplean prácticas ordenadas informalmente de dirección del tráfico muy parecidas.

Las diferencias entre los dos tipos de circulación son evidentes. En la carretera, el objetivo primordial es llegar de un punto a otro (con las excepciones, poco importantes, de quien va en un coche robado, quien circula para «ligar» y las patrullas de la policía). En los paseos y los lugares semipúblicos, como los estadios y las tiendas, el llegar de un punto a otro no es el único objetivo, ni, muchas veces, el principal; muchas veces, los individuos, que son unidades vehiculares, funcionarán también de otros modos, por ejemplo, como compradores, personas que están charlando, comiendo, etc., y el orden social de los paseantes establece una base para todas esas actividades, y no meramente para trasladarse de un punto a otro. Además, el papel del contacto físico no intencionado difiere en los dos sistemas, pues aparentemente el choque es motivo de más preocupación en la carretera que en la acera. Los peatones pueden torcerse, agacharse, ladearse y girar rápidamente y, por lo tanto, al revés que los automovilistas, pueden confiar en que podrían escapar al choque en los últimos milisegundos anteriores a éste. Si unos peatones chocan entre sí, no es probable que se produzcan lesiones importantes, mientras que el choque entre automovilistas tiene pocas probabilidades de ser insignificante (dado el costo actual de las reparaciones)⁶.

⁵ Como ha señalado hace poco Harvey Sacks, de la Universidad de California en Irvine (clases inéditas), el término «desconocidos» es problemático. Por lo general se refiere a «otros usuarios de un lugar público», y no meramente a otra persona a la que no se conoce; por ejemplo, no se suele utilizar para designar a un policía ni a un dependiente de comercio.

⁶ Hay muchos buenos ejemplos de estas contingencias de choque. Por ejemplo, las camareras que se desplazan por un comedor abarrotado con grandes bandejas en la palma de la mano se encuentran con que han de utilizar la otra mano y la voz para lograr un margen de seguridad muy superior al que necesitan los peatones no obstaculizados o al que parecen estar dispuestos a ceder

Además, es muy difícil que un peatón que ande de forma agresiva o se pare de repente o choque con otro pueda producir un embotellamiento, aunque desde luego sí puede dar lugar a que se reúna un público numeroso. Quienes quieren adelantar a otros casi siempre tienen espacio para hacerlo, y en todo caso pueden pasarse a la calzada o salir al campo si hace falta. Naturalmente, es mucho más fácil obligar a un coche a detenerse. También es probable que un automovilista que se comporte incorrectamente se halle durante más tiempo a la vista de la parte ofendida que un peatón incorrecto a la vista de las personas a las que ha molestado. En consecuencia, la circulación por carretera parece ser un sistema más competitivo, menos tolerante que la circulación callejera, y la única compensación es que el conductor puede evitar el enfrentamiento cara a cara con relativa facilidad nada más que con quedarse dentro del coche, mirar hacia adelante y ponerse en marcha cuando lo permita el tráfico, pues sabe que difícilmente puede nadie perseguirle, como no sea la policía. Obsérvese que en la circulación por carretera parecen ser clave los entendimientos formales, aunque naturalmente también funcionan muchos entendimientos informales; en la circulación peatonal dominan los entendimientos informales, que a menudo parecen imitar, de modo más flexible, las normas formales de la circulación por carretera.

Parece posible hacer algunas observaciones sobre la circulación peatonal⁷. En las calles del centro de las ciudades de los Estados

los clientes por su propia voluntad. Una bandeja bien cargada aumenta el volumen de quien la lleva y reduce su capacidad de girar o de frenar rápidamente. Las demás personas no sólo deben ceder más espacio, sino que también han de aceptar una proporción mayor de la habitual de su tarea de elusión, dado que pueden maniobrar mejor. Si se aspira a que quienes andan libres atiendan debidamente a esto, deben dar —o se debe hacer que den— pruebas de que han entendido lo que se les pide, y deben hacer estas señales en un momento anterior de su desplazamiento de lo que deberían en la circulación peatonal normal. O sea, que imperan unas condiciones de circulación modificadas sistemáticamente. Las personas que empujan carros de ropa en los distritos en que se practica la venta al por mayor se crean a sí mismas, y crean a los peatones de su entorno un problema parecido.

En cuanto a las contingencias de choque, los buques son a los coches algo parecido a lo que los coches son a los peatones. Es mucho más difícil maniobrar con un buque que con un coche, pues requieren un aviso previo mucho mayor por cada resultado que se desea obtener, y además producen pérdidas mucho mayores por cada contacto no planeado.

⁷ Existe un estudio útil de los problemas de encaminamiento de los peatones en Lynette H. Lofland, «In the Presence of Strangers: A Study of Behavior in Public Settings» (Centro de Investigaciones de la Organización Social, de la Universidad de Michigan, mayo de 1966), págs. 131-144. Lofland introduce el concepto de «rumbo de choque» y de cómo se evita, y plantea la cuestión

Unidos, la circulación callejera tiende a dividirse en dos grupos que van en direcciones opuestas. La línea divisoria se encuentra aproximadamente en el centro de la acera, pero está sometida a cambios momentáneos (para ajustarse a los amontonamientos repentinos de personas que van en una sola dirección) y a desplazamientos a plazos más largos causados por la tendencia a que a las horas de entrada y salida del trabajo haya muchísima gente que va en una dirección por la mañana y en la opuesta por la tarde. Al igual que ocurre con la circulación por carretera, el grupo que va en la misma dirección que uno tiende a estar a la derecha de la línea divisoria. Sin embargo, los peatones de uno u otro grupo que desean ir más rápido se acercan a veces al bordillo y logran introducirse entre las dos corrientes. La parte de dentro de la calle tiende a ser la más lenta, debido quizá a la obstrucción que producen los que van de escaparates y los que entran y salen de los edificios⁸. Aparte de estas consideraciones, la formación de carriles *dentro* del grupo de la derecha o de la izquierda no suele ser muy marcada, aunque cuando una persona cambia momentáneamente de carril para facilitar la circulación aparentemente lo más probable es que vuelva a entrar en el carril anterior en cuanto ha pasado la interferencia⁹. También cabría añadir que en los cruces tiende a desaparecer la división en grupos, y quienes van en una dirección ocuparán ambos lados de la acera, de modo que se enfrentan al otro lado de la calle con un frente amplio de otras personas que están dispuestas a venir hacia ellos¹⁰. A la inversa, hay pasos y túneles que señalan físicamente, y por ende consolidan, la división en dos de la circulación.

Cuando no se utiliza la dirección del tráfico mediante una circulación en dos direcciones para evitar el choque durante el paso en direcciones opuestas, los peatones tienden (en los Estados Unidos)

de los principios, que deberían poderse descubrir, por los cuales se evitan los choques. Michael Wolff y Verena Hirsch, de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, han realizado un estudio valioso, del que se informa en parte en una monografía inédita de Hirsch: «A Study of Pedestrian Behavior» (1970) y en otra de Wolff: «The Behavior of Pedestrians on Forty-Second Street, New York City» (1970).

⁸ Sugerido por Hilary Callan.

⁹ Descrito por Hirsch, *op. cit.*, pág. 10. Ronald Goodrich, del Departamento de Psicología de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, me ha sugerido la posibilidad que los peatones regresen a su carril inicial porque desde él es donde han ojeado a distancia el tráfico que viene hacia ellos; al regresar a él pueden volver a adoptar unas disposiciones previamente planeadas. Es de suponer que si se les impide volver a su antiguo lugar tendrían que restablecer una orientación a distancia.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 14. Pero una vez que se sale de la acera se puede restablecer temporalmente la división de la corriente.

a utilizar el truco de la circulación por carretera de desviarse a la derecha¹¹, aunque esta práctica se viola a veces por muchos motivos, entre los cuales están los de principio de que los varones deban tomar el lado de la calzada cuando adelantan a mujeres¹² y de que los peatones puedan cambiar de lugar en la acera en cualquier punto, cuando no existe el equivalente exacto de intersecciones periódicas de calzada.

La viabilidad de las normas de carriles y de paso se basa en dos procesos que son importantes en la organización de la vida pública: la externalización y el ojeo.

Con el término «externalización» o «glosa corporal» me refiero al proceso mediante el cual una persona utiliza claramente los gestos corporales generales para que se puedan deducir otros aspectos, no apreciables de otro modo, de su situación. Así, al conducir y al andar el individuo se conduce —o más bien conduce su caparazón vehicular— de tal modo que se puedan interpretar su dirección, su velocidad y la decisión que ha adoptado en cuanto al rumbo que se propone seguir. En términos etológicos, hace un «display de intenciones». Al brindar esta prefiguración gestual y comprometerse a hacer lo que ésta predice, el individuo se convierte en algo que los demás pueden interpretar y predecir; al emplear este mecanismo en los cruces estratégicos adecuados —en los que se percibirá su rumbo indicado como una promesa, una advertencia o una amenaza, pero no como un desafío— se convierte en algo a lo que los demás se pueden adaptar sin perderse el respeto a sí mismos¹³.

No hace falta definir el término «ojeo», pero sí definir la forma en que se lleva a cabo en la circulación peatonal. Cuando en la socie-

¹¹ Aparentemente, los peatones también tienden a mantenerse a la derecha cuando adelantan a los ciclistas; en caso de incertidumbre, dicho sea de paso, los peatones utilizan, a veces, la táctica de «congelación» de movimientos, de modo que el ciclista pueda ver a tiempo que es él quien debe tomar la decisión (en este caso me baso en una monografía inédita de William A. Cozzens, «The Bicycle» [1969]).

¹² Existen otras diferencias en cuanto a la función del sexo. Por ejemplo, Hirsch (*op. cit.*, pág. 9) sugiere que las mujeres esperan más tiempo que los hombres antes de ceder el paso a alguien que viene hacia ellas, quizá por suponer que se pueden confiar en la galantería del otro, siempre naturalmente que quien viene hacia ellas sea un hombre.

¹³ Hemos de prever que si el individuo puede dar una interpretación de lo que se propone físicamente mediante un gesto del cuerpo, entonces también podrá dar malas interpretaciones si se lo propone. Ronal Goodrich me ha sugerido, por carta, que en el fútbol [estadounidense, *N. del T.*] se prevé que los extremos de ataque adquieren la capacidad de hacer falsas exhibiciones [*displays*] de intenciones, que se intenta realizar una clasificación de esos movimientos y que cuando un extremo de ataque llega a dominar este tipo de fintas se dice que «se mueve bien».

dad estadounidense un peatón anda por la calle, parece partir del supuesto de que quienes se hallan delante de un pequeño círculo trazado en torno a él son personas cuyo rumbo debe comprobar, y en cambio no necesita tener en cuenta a quienes se hallan a una o dos personas de distancia o se desplazan más allá de su propia línea de visión. En resumen, el individuo al avanzar tiende a mantener una zona de ojeo o de comprobación (al mover la cabeza en un ángulo tal que la cabeza del peatón inmediatamente delante de él no le obstruya la visión, puede asegurar que mantendrá ésta)¹⁴. Cuando entran en el campo de ojeo personas que se le acercan —a una distancia de tres o cuatro losas de acera— por lo general los mira brevemente y en adelante deja de prestarles atención, porque la distancia a que se hallan y la velocidad y el sentido de desplazamiento que indican implican que no es probable el choque, y no es necesario que los perciba para evitar fácilmente el choque. Se produce una sencilla «finta corporal», aunque es una finta que (hoy día) realizan de forma más circunspecta las mujeres que los hombres. Esta finta tiende a producirse cuando el individuo que la hace puede introducir un gran cambio de sentido mediante una corrección angular pequeña y, por ende, sutil¹⁵. Una vez que se ha hecho una comprobación satisfactoria de los otros, se puede permitir que se acerquen sin que ello sea motivo de preocupación. Así, por lo general, el individuo puede dejar de preocuparse por los demás en cuanto se le han acercado de frente lo bastante como para que cualquier interferencia requiera un giro abrupto. Y además, como aparentemente no le preocupan quienes se le acercan separados por otros, puede despreocuparse, en una circulación densa, de personas que de hecho están muy cerca de él. Por lo tanto, la zona de ojeo no es un círculo, sino un óvalo alargado, que se estrecha a ambos costados del individuo y se alarga delante de él, zona que cambia constantemente según la densidad del tráfico que lo rodea. Obsérvese que, al mismo tiempo que el individuo comprueba quiénes se le van acercando, éstos lo van compro-

¹⁴ Sugerido en Wolff, *op. cit.*, pág. 11. Wolff aduce, por carta, que de hecho es posible que al individuo le preocupen apreciablemente las personas cercanas a él que han salido de su campo visual, pero en muchos casos se basa en el aspecto de quienes se acercan a él como «sistema de alerta rápida». Las caras que reflejan la cercanía de un peligro sirven de espejo retrovisor (por utilizar el término de Wolff) al servicio de la persona que se desplaza por delante y a poca distancia del peligro y en la misma dirección.

¹⁵ Hirsch (*op. cit.*, pág. 10) sugiere así que cuando se recorre esta distancia, que sirve para salvar prestigio, las parejas que se van aproximando pueden negarse, a veces, rígidamente a ceder el paso, en apariencia porque se ha amenazado abiertamente el espacio personal.

o en una entrada en la cual la puerta sea muy pesada, se dispone de otro juego de mecanismos, juego que se utiliza en esas circunstancias en toda nuestra sociedad, juego que se identifica con el término «galantería». En estos casos se da la prioridad a la debilidad física atribuible a la edad, el sexo o las condiciones de salud, en el entendimiento de que se cede la preferencia a quien la merece, pero no porque sea el más fuerte¹⁹. Cuando no existe una base segura para la galantería, una de las partes puede utilizar grandes gestos en una exhibición caricaturesca de galantería, que en este caso puede tener el efecto funcional de la deferencia sin sus aspectos de subordinación (tanto si la persona cede el paso de forma seria como si ésta es caricaturesca, cabe prever que el otro completará el intercambio mediante la externalización de una exhibición [*display*] de velocidad, con lo cual al mismo tiempo minimizará el sacrificio del otro y demostrará que lo reconoce como se merece). Cuando las partes son demasiado iguales para que puedan pasar por un sitio estrecho con estos mecanismos, *ambas* pueden hacerse a un lado del camino abierto simultáneamente, lo que es un buen ejemplo de desperdicio de recursos a fin de evitar una expresión²⁰. A veces, las circunstancias permiten otra solución diplomática: una vez que ambas partes han visto que una de ellas tendrá que ceder el paso, la primera que llega a la única (o al menos a la única evidente) desviación —un lugar despejado junto al camino— puede esperar allí a que pase el otro, a partir del supuesto de que si el otro hubiera llegado primero allí también habría actuado en pro del interés general, y de que comprende que en eso se basa su ventaja momentánea. Dadas estas ocasiones prácticas de civismo, debería resultar totalmente obvio que si uno o más participantes se lo proponen, entonces las calles pueden brindar perfectamente los ingredientes para un choque de personalidades²¹. Basta con que uno vaya introduciéndose en el rumbo del otro mientras le mira a los ojos, y se verá obligado a forzar su pretensión o a adaptarse en condiciones en que si cede el paso ello se interpretará como una reac-

¹⁹ Véase «Fun and Games», en Goffman, *Encounters* (Nueva York, Bobbs Merrill, Inc., 1961), pág. 32.

²⁰ La circulación por carretera brinda posibilidades paralelas, salvo que la salida del camino puede resultar algo más difícil, como demuestra Clark W. Thayer en *Diplomat* (Nueva York, Harper and Row, 1959):

Una solución mejor se halló hacia la misma época [medios del siglo XVII] en La Haya, cuando los coches del embajador español y francés se encontraron en una calle estrecha y ambos se negaron a hacerse a un lado para ceder el paso al otro. Tras una larga discusión, por fin se decidió tirar una valla que había a un lado del camino con objeto de que ambos pudieran pasar sin que ninguno cediera el paso.

²¹ La estructura de los choques de personalidades se describe en Goffman, *Interaction Ritual* (Nueva York, Anchor, 1967), págs. 239 a 258.

ción de sometimiento a un desafío; de hecho, todas las disposiciones de adaptación generan esta posibilidad.

Hasta ahora sólo he estudiado las prácticas de la circulación peatonal cuyo carácter es interpersonal (o más bien intervehicular). Naturalmente, existen prácticas de una sola unidad. Por ejemplo, mientras el individuo avanza siguiendo su rumbo, ojea el piso que se halla inmediatamente delante de él, con objeto de tener tiempo para eludir pequeñas obstrucciones y fuentes de contaminación²². También en este caso se trata de un ojeo estructurado que se realiza sin demasiada conciencia. O sea, que dentro del óvalo que se ojea a ver quién se acerca, existe una pequeña región que también se mantiene vigilada.

En general, pues, cabe deducir que existe un sistema de circulación peatonal, en el cual el propio individuo es la unidad vehicular. Un valor incidental de la delimitación de este sistema dentro de la interacción es que así podemos seguir el funcionamiento de otros elementos con más rigor. Tomemos, por ejemplo, las normas relativas al contacto. En circunstancias corrientes, cabe interpretar el contacto físico como una intimidad, justificada por la relación o considerada como una infracción. Es evidente que cuando se dispone de una perspectiva médica o de otro «marco» técnico como el que ha de emplear un maquillador, el contacto puede producirse sin que se impongan sus repercusiones rituales. Resulta interesante que quepa decir lo mismo acerca de la circulación. Si un hombre adelanta a una mujer por el lado de dentro, entre la pared y la persona femenina, puede organizar el paso si le toca en el brazo o en el hombro como para minimizar el contacto y el choque. Y cuanto más estrechamente vaya acompañada por quienes pueden proclamar abiertamente sus derechos sobre ella —como los hijos y el marido—, más, según parece, puede el hombre estar seguro de la interpretación que se dará a su acto, y más licencia puede tomarse en cuanto al contacto físico.

Igual que hay actos que son permisibles porque van relacionados con los requisitos vehiculares, hay actos que sirven para dividir la función vehicular de las demás. Dados los requisitos para llevar a cabo encuentros de conversación, podemos prever que se utilizarán

²² Una buena descripción del ojeo del suelo es la que hace Orwell de un preso indio en Birmania que va a pie a que lo ahorquen, esposado entre dos guardianes y se hace a un lado momentáneamente en el camino para evitar un charquito. En este pequeño acto de orientación disociada y automática, Orwell ve ahí el testimonio de que estaba a punto de tomarse una vida humana plenamente cualificada. A juicio de Orwell debemos entender que la vigilancia de nuestros pasos es un acto lo bastante humano para servir de brutal recordatorio de la humanidad. George Orwell, *Shooting an Elephant and Other Essays* (Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1950; Londres, *Collected Essays*, Secker and Warburg, 1950), pág. 15.

bando a él, lo que significa que quienes se van acercando se observan mutuamente en el mismo momento más o menos, y que este momento se sitúa de modo parecido en el rumbo de ambos; sin embargo, se trata de un acto casi totalmente inconsciente¹⁶.

Cuando un individuo considera que no basta con una mera finta, como ocurre cuando parece que se avecina un choque, o cuando el rumbo del otro no está claro, es probable que intente obtener más seguridades. Puede adoptar o sostener ostentosamente un rumbo, y esperar a hacerlo hasta que pueda estar seguro de que el otro lo está examinando. Si quiere tomar todavía más precauciones, puede iniciar una «contrafinta»; tras dar una indicación de su rumbo, puede asegurarse de que el otro ha recibido la señal, sea mirando al otro a los ojos (aunque no para chocar con la mirada) o tomando nota de la dirección en que mira el otro, con lo que en ambos casos establece que no es probable se haya pasado por alto su propio gesto de toma de dirección. En resumen, puede verificar si el otro lo ha examinado visualmente, en cuyo caso parte del supuesto de que puede confiar en que el otro actuará con prudencia, a reserva únicamente de que haya advertido la situación¹⁷. Por último, cualquiera de las dos partes puede iniciar un breve choque facial en el cual una parte señala a lo que se propone hacer y la otra indica su acuerdo (en este caso, un mecanismo estratégico consiste en señalar una ruta de colaboración en la cual se cede al otro una leve ventaja, con lo que por lo general la primera parte obtiene el acuerdo de la segunda). En todas estas maniobras se pueden hallar dos momentos especiales: en primer lugar se da el «signo crítico», el acto por parte del otro que por fin permite al individuo descubrir lo que se propone hacer el otro. En segundo lugar existe el «punto de establecimiento»: el momento en que ambas partes pueden tener la sensación de que se han intercambiado signos críticos relativos a direcciones y momentos compatibles, y en que ambos aprecian que ambos aprecian que ha ocurrido esto. Entonces es cuando se pueden ejecutar movimientos con plena seguridad y confianza; es entonces cuando los implicados pueden sentirse plenamente tranquilos y volver su atención plenamente a otra cosa.

¹⁶ El ojeo es un ajuste humano practicado aparte de los sistemas de circulación; al igual que en la circulación, generalmente ocurre en momentos y lugares bien estructurados durante el curso de los desplazamientos del individuo.

¹⁷ Se trata de un ejemplo de la fe moral que forma parte automáticamente de los sistemas de circulación en determinados momentos —la fe en que todos los demás sabrán cómo actuar y actuarán en consecuencia— y da una pista de la vulnerabilidad de esos órdenes sociales cuando las circunstancias producen desconfianza.

Estas son, pues, las prácticas de dirección del tráfico que siguen los peatones¹⁸. Mecanismos aproximadamente análogos se utilizan en la circulación automovilística y en la circulación peatonal-automovilística (por ejemplo, las contrafintas son especialmente visibles en la conducta de los peatones que empiezan a atravesar un cruce justo delante de automóviles que están listos para ponerse en marcha en cuanto cambie el disco).

Como se ha señalado a menudo en las obras al respecto, estas señales de dirección del tráfico generan la posibilidad de una competición. Al no permitir que los peatones le miren a los ojos, el conductor puede mantenerlos titubeantes. Al no leer ostensiblemente un signo de dirección que se le ha hecho claramente, un conductor puede obligar a otro a rezagarse o a jugar a ver quién es el más valiente. Al lograr que el otro le mire a los ojos, un conductor puede señalar una petición (por ejemplo, de entrar en una fila de coches desde una vía lateral, o de introducirse en la circulación), para la cual no existe un gesto corporal válido.

Las prácticas de dirección de tráfico pueden entrañar ajustes cuasi simultáneos y paralelos de las partes interesadas, con lo que se evita la apariencia de que un participante cede el paso deferentemente a otro. Este control de las impresiones se ve a menudo ayudado por la presencia próxima de terceros, cuyos movimientos de adaptación introducen expresiones que complican (no sólo puede C adaptarse a B mientras B se adapta a A, sino que además C, cuando está detrás de B, puede en muchos casos considerar más cómodo adaptarse a lo que ahora supone que está a punto de hacer B para eludir a A, coordinación de ajuste que se ve fácilmente en película, pero que resulta difícil lograr que expliquen verbalmente quienes la hacen a diario). En circunstancias en que no son viables estos ajustes, por ejemplo durante una gran nevada, cuando no se ha abierto sino un camino estrecho en la acera, o en torno a un solar en obras, donde también es posible que el paso sólo tenga anchura para una persona,

¹⁸ De las cuales no se han dado más que algunos ejemplos. Existen otros. Por ejemplo, una reseña publicada en *Time* (11 de mayo de 1970, pág. 66) del estudio de Hirsch y Wolff dice:

Una maniobra muy popular en la circulación densa para evitar choques es la que Wolff califica de «paso y resbalón»: consiste en hacer un ligero ángulo con el cuerpo, girar algo el hombro y resbalar casi imperceptiblemente hacia un lado, todo lo cual tiene su recíproca en el peatón que se aproxima.

Wolff también ha observado pautas de conducta entre los peatones que van en el mismo sentido. Por lo general, se desplazan en una especie de formación que les permite ver por encima de los hombros de quienes van delante de ellos. Cuando una persona que se halla en un grupo de individuos cambia de posición, los demás ajustan la suya a fin de adaptarse a la nueva relación de «por encima del hombro». Por lo general, se reserva el andar directamente detrás de alguien para las aceras congestionadas, en las que se utiliza a la persona de delante como una especie de escudo.

unos mecanismos para adaptar esas exigencias a los cuerpos en movimiento. Por ejemplo, cuando hay dos individuos charlando y al lado pasa corriendo un tercero a quien uno de ellos debe saludar, la persona comprometida puede tomar del brazo a su interlocutor mientras se vuelve para dirigirse a quien pasa al lado. El tomar del brazo sirve, por así decirlo, para mantener la conversación, para fijarla, fuera del tiempo real de interacción mientras se hace lo otro. Análogamente, una persona que pase por el pasillo de un vagón del Metro y que pise sin darse cuenta a un pasajero sentado puede mantener su ritmo de desplazamiento, volver la cabeza y alargar el brazo y la mano mientras pide excusas verbalmente. De hecho, la mano alargada mantiene al infractor en el encuentro corrector, al mismo tiempo que su cuerpo va sacándolo rápidamente de este encuentro.

Una última nota sobre la circulación peatonal. Las calles de las ciudades, incluso en tiempos en que tan mal se habla de ellas, brindan un contexto en el cual series de desconocidos se dan constantemente pruebas de confianza mutua. Se logra una coordinación voluntaria de la acción en la que ambas partes tienen una idea de cómo deben manejarse las cosas entre ellas, las dos ideas coinciden, cada una de las partes cree que existe ese acuerdo y cada una de ellas aprecia que ese reconocimiento del acuerdo es algo que también posee la otra. En resumen, existen los requisitos previos estructurales para que impere la convención²³. Un ejemplo de las consecuencias de todo ello es que se evita el choque.

En la psicología social de Meade se presuponen los requisitos previos para el imperio de la convención, pero nunca se explicitan del todo. Entre personas confiadas, cabe satisfacer estos supuestos en circunstancias diversas: en un extremo la conversación abierta, y en el opuesto la coordinación efectuada ciegamente, del modo estudiado

²³ Estudiado de modo útil por David K. Lewis, *Convention: A Philosophical Study* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1969; Londres, Oxford University Press, 1969). Véase también Thomas J. Scheff, «Towards a Sociological Model of Consensus», *American Sociological Review*, XXXII (1967), 32-46. Tanto Lewis como Scheff se basan en el análisis de Thomas C. Schelling de la coordinación de la acción mediante la comunicación tácita, como el que hace en su *The Strategy of Conflict* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1960; Londres, Oxford University Press, 1960), págs. 89-118. Podría añadir que la mirada mutuamente sostenida parece brindar un medio muy especial y muy eficaz de lograr la coordinación consensual. Aparentemente, cuando un individuo tropieza con la mirada de otro puede indicar una posición, percibir la respuesta del otro a su adopción de esta posición y demostrar su propia respuesta a la respuesta del otro, todo ello en un breve instante. Así, los dos individuos se ven sumidos en la interacción. Por eso es comprensible que en muchas circunstancias el mirar a los ojos de otro se considere como una intrusión.

por Thomas Schelling. En la circulación peatonal (y aparentemente en la automóvil) cabe considerar que la confianza es problemática, y entender que la coordinación no depende de la conversación ni de la comunicación tácita. Al ir acercándose mutuamente las dos partes, cada una va dando progresivamente datos a la otra, paso por paso, de que cada una de ellas mantiene el rumbo correcto, el mismo que venía indicando. Y como por lo general la ventaja que se podría obtener en este caso al inducir a la confusión o al hacer una trampa descarada no es muy grande, se puede mantener la confianza y se mantiene²⁴. Naturalmente, las condiciones que permiten seguir desarrollando la confianza a cada contacto le exponen a uno en todo momento a motivos repentinos de duda.

III. Unidades de participación

Los individuos navegan por calles y tiendas y asisten a reuniones sociales acompañados o en la compañía social de otros, es decir, aparecen en públicos «solos» o «en compañía». Se trata de unidades de interacción, no de unidades socioestructurales. Corresponden plenamente a la gestión de la copresencia. A mi juicio, se trata de unidades fundamentales de la vida pública.

²⁴ Apenas si se ha iniciado el estudio de las circunstancias sociales dentro de las cuales deben sostenerse diversos acuerdos, tratos y convenciones públicos, en los que intervienen factores como la responsabilidad, la maniobrabilidad, la duración del contacto, la iniciación y el mantenimiento de la confrontación visual y el costo de las otras rutas posibles. A este respecto, véase una monografía muy sugerente de Thomas C. Schelling, «On the Ecology of Micromotives» (octubre de 1970), de próxima publicación.

Permítaseme sugerir un ejemplo. Cuando se fusionan dos líneas de tráfico en el mismo sentido y no existe un derecho claro de precedencia, una solución, formalizada en algunos códigos de circulación, es que las filas se vayan entremezclando, de forma que cada vez entra un coche de cada una de ellas, y ninguna de ellas obtiene gran ventaja, cosa que pueden advertir los automovilistas de ambas filas. Cuando el tráfico bidireccional tiene que maniobrar dentro de un solo carril para pasar unos pocos metros en que la carretera se estrecha repentinamente, también esto se puede organizar muchas veces mediante la toma de turnos. Sin embargo, si una carretera de dos direcciones y dos carriles queda obstruida en varios largos de automóvil, entonces es probable que la primera línea de coches que pasa por la obstrucción siga pasando adelante, por el simple motivo de que no hay forma de que el coche que está detrás del que acaba de girar se pare a esperar a que pase uno de los que están en la otra fila. La toma de turnos en fila no sería posible más que si cada fila se parase antes de que se iniciara la obstrucción y después procediera a tomar turnos, pero ello requeriría un sistema especial de señalización. Así se produce una injusticia no buscada.

Una persona sola es un grupo de uno, una persona que viene sola, como persona, «por sí misma», aunque haya otros individuos a su lado y tenga motivos para hablar con ellos. Un solo, pues, es un individuo, pero no todos los individuos están solos, y los que lo están desarrollan su actividad en una capacidad especial.

Una persona «en compañía» forma parte de un grupo de más de uno cuyos miembros están perceptiblemente «juntos». Mantienen una proximidad ecológica de algún tipo, asegurando una cercanía que normalmente permite una conversación fluida y la exclusión de los no miembros que, en caso contrario, podrían interceptar su conversación. Por lo menos uno de los miembros, y por lo general todos ellos, tiene el derecho de iniciar cuando quiere la conversación con aquellos que están en la misma compañía. La conversación que sostienen los miembros está a disposición de todos ellos, pero en ella no intervienen necesariamente todos los miembros, y de hecho se pueden mantener dos conversaciones diferentes entre los que están en la misma compañía. Los miembros tienen la obligación de manifestar un interés ritual cuando entran en la conversación y salen de ella, y cabe prever que los ajenos al grupo que entran en contacto con uno de los miembros hagan a éste objeto muestras de deferencia. En la práctica contemporánea todo grupo de individuos que está en una compañía se halla en relaciones «personales» mutuas, pero esto no nos dice nada preciso acerca del carácter de la relación²⁵.

La bandada familiar es un ejemplo de estar en compañía tomado del mundo animal. Obsérvese que, al igual que en algunos animales el estar en compañía entraña que los miembros se vayan alineando en fila india, lo mismo ocurre en algunas culturas, como la judía de Europa central, en la cual una familia que esté en compañía en un lugar público a veces se desplaza en fila parcial, o se distribuye de frente a poco más de 30 centímetros de distancia, lo cual hace que la conversación resulte un poco difícil, salvo la correlación funcional de que en este grupo la conversación privada se sostiene a distancias relativamente grandes. Y en las sociedades en que la condición de la mujer es relativamente baja, es posible que la mujer esté obligada a andar unos pasos por detrás de su marido²⁶.

²⁵ La etiqueta formal de hace una generación permitía la posibilidad de que un caballero ofreciera el brazo a una señora desconocida en contextos en los que no se consideraba aconsejable que ésta no fuera acompañada, como, por ejemplo, al pasar entre el portal y un coche de alquiler. La mejor forma de organizar este gesto de cortesía era que la señora actuara como si se acabara de proceder a una ampliación del círculo de sus amistades.

²⁶ Véase, por ejemplo, Harold B. Barclay, *Buuri al Lamaab* (Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1964), pág. 114. Hilary Callan ha sugerido que este tipo de espaciamento entre marido y mujer en las sociedades árabes permite

En la sociedad estadounidense, la mayoría de las compañías en las calles y las tiendas contienen sólo dos personas, aunque a veces hay compañías de tres e incluso de cuatro personas. En las calles más frecuentadas de las ciudades, las compañías numerosas pueden perturbar la circulación peatonal, y muchas veces se ven obligadas a segmentarse temporalmente; en todo caso, cuando hay compañías en desplazamiento conjunto, todo número superior a tres personas limita la entrada fácil en la conversación, dado que la orientación mutua y la orientación respecto del camino resultan incompatibles, y lo son en relación directa al tamaño del grupo²⁷. (Es comprensible que los ciclistas que van juntos les resulte difícil mantenerse unos «con» otros.)

Una persona que está sola es relativamente vulnerable al contacto, y es de suponer que éste es el motivo por el que las señoras típicas de los manuales de etiqueta tradicionales no aparecían en público sin compañía; después de todo, los que están en compañía pueden contar con una cierta protección mutua. Las compañías, especialmente cuando todos los miembros son varones, tienen muchas opciones acerca de dónde sentarse; quienes están solos tienen menos, pues deben mantenerse alerta a la invitación o la indicación que podría parecer constituye el lugar que escogen²⁸. Análogamente, una persona que está en compañía puede dirigirse a un desconocido a fin de obtener u ofrecer ayuda con más libertad que quien está solo. También puede resultar más seguro dirigirse a quienes están en compañía, salvo que habrá que ocupar el tiempo de más de una persona, y se puede generar una ambigüedad natural acerca de qué miembro de la compañía debe responder, así como una muestra involuntaria de deseos de dominación cuando responde uno de ellos. Los que están solos padecen otra vulnerabilidad; a quienes se conducen de forma jocosa o discutible se les juzga con más dureza que a quienes están en compañía. Aparentemente, si otros parecen estar dispuestos a acompañar a uno y toman su participación de forma relativamente tranquila, entonces se entiende que las extravagancias de uno no pueden ser señal de una aberración extrema. En consecuencia, quienes están solos se esfuerzan más que quienes están acompañados por externalizar un objetivo y un carácter legítimo, es decir, hacer que los datos verda-

que el varón establezca un contacto sociable con otros varones sin que éstos entren en un contacto incorrecto con sus esposas.

²⁷ En las ciudades estadounidenses parece que las necesidades de la circulación tienen precedencia sobre las de la conversación. Así, en los cruces y en los accesos a los ascensores, muchas veces los individuos que están realizando una conversación a dos dejan su conversación momentáneamente en suspenso mientras se orientan plenamente a las contingencias del desplazamiento.

²⁸ Lofland, *op. cit.*, pág. 139.

deros que les conciernen sean fácilmente visibles con nada más que mirarlos.

Son bien conocidas las contingencias de información de la unidad de participación de uno. El asistir solo a sitios equivale a revelar que quizá no sea uno capaz de lograr compañía, pero esconde quién podría ser esa compañía si se asistiera al mismo sitio acompañado. El participar en una compañía evita que se le vea a uno no acompañado, pero le expone a uno a que se le juzgue por los compañeros con que está.

Debe tenerse presente que —por lo menos a un nivel— los contextos sociales y las reuniones sociales no se organizan en función de los individuos, sino en función de las unidades de participación. En algunos sitios no se permiten personas no acompañadas, pero se da la bienvenida a esas mismas personas cuando van acompañadas; y en otros sitios (aunque no en muchos) se impone la norma opuesta. En algunos bailes se da la bienvenida a quienes están en compañía del sexo opuesto, pero se excluye a quienes están en compañía del mismo sexo. Hay bares de los que se excluye a las mujeres solas y a los grupos exclusivamente de mujeres, pero se da acogida a las mujeres que llegan con hombres²⁹. Hay calles en las que a ciertas horas no se admite a los adolescentes que van solos, pero en las que se permite a esos pobres entrar si van acompañados por adultos; y, como ya se ha sugerido, hay momentos y lugares en los que las mujeres se encuentran con que no es respetable (y desde luego nada beneficioso) estar presentes solas³⁰. Sin embargo, como a menudo ocurre que un individuo esté cualificado para participar en ambas unidades,

²⁹ Cosa de la que se quejan los defensores de los derechos de la mujer (véase, por ejemplo, Deborah Harkins, «The City Politic: Sex and the City Council», *New York Magazine*, 27 de abril de 1970, págs. 10 y 11). Un argumento de los propietarios es que si se permite la entrada en los bares y restaurantes a mujeres no acompañadas por hombres se alienta el uso del bar como lugar de citas, lo que llevaría con el tiempo a crear una clientela indeseable. Esta preocupación tiene un aspecto estructural. Como, según las normas convencionales, las mujeres en sus dos formas (solas y en compañía) constituyen —especialmente por la noche— una unidad incompleta de participación, los hombres se sienten naturalmente alentados a percibir la necesidad de completarla y a tratar de satisfacerla, lo que pone en marcha una corriente de galantería que no encaja en algunos establecimientos. Resulta interesante que en el idioma natural el término «mujer sola» se aplique a veces a una mujer que entra en compañía de otras mujeres, lo cual es un error literal, pero no es ambiguo porque es estructuralmente correcto.

³⁰ De hecho, se ha comentado que las espías, en especial las guapas, se hallan en desventaja profesional porque resultan conspicuas cuando se presentan solas en una serie de lugares dudosos. Véase Oreste Pinto, *Spy Catcher* (Nueva York, Berkeley, 1952; Londres, Hadder and Stoughton, Omnibus edn., 1962), página 21.

es decir, en la del solo y en la de la compañía, muchas veces olvidamos apreciar que intervienen normas a dos niveles diferentes, una de ellas la relativa a las unidades permisibles y la otra relativa a quién se puede permitir que participe en una unidad.

Parece típico de los usuarios de una calle que normalmente vayan a ella, vayan por ella y salgan de ella sin modificar su unidad de participación, con la única excepción de que la unidad puede formarse y disgregarse en puntos ya planeados que requieren alguna participación como solo. Lo mismo ocurre con las salas de baile y los teatros, aunque en el último caso la colocación de los asientos tiende a distribuir a quienes entran en compañía de tal modo que, a primera vista, la sala parece estar llena de personas sentadas solas. En muchas otras reuniones no se halla esta continuidad. En general, a las fiestas sociales se entra en compañías y se sale igual, pero durante la propia participación cabe prever que las compañías cederán terreno a la unidad especial de participación de las reuniones sociales activas, esto es, a grupos cambiantes de gente que charla, salvo en determinados momentos. Obsérvese que cuando un miembro de una compañía de dos personas deja a la otra momentáneamente para telefonar o para ir al baño, o para hablar con otra persona que está al otro extremo de la sala, esto puede hacer que el otro parezca estar solo. Pero esta apariencia es corregible, a cada uno que se acerque se le puede responder con un «estoy acompañado/a», y la actitud corporal puede subrayar que uno está esperando. Así, como cabía prever, las personas solas que no quieren ser vistas como solas pueden dar muestras silenciosas o verbales de que están esperando una llegada inminente, al igual, dicho sea de paso, que quienes están en una compañía desagradable pueden tratar de disimular la gran incomodidad que ello les produce³¹.

³¹ Esta es una cuestión de la que se trata a fondo en una novela de ambiente militar de Andrew Sinclair. La escena es un baile durante la Temporada de Londres en los años siguientes a la segunda guerra mundial. Cito a Sinclair:

Quienes peor lo pasaban de todo eran aquellos grupos de dos o tres chicas feas, diecisieteañeras que hablaban animadamente unas con otras, mientras desesperadamente no hacían caso de que nadie les hacía caso. Cada baile de los sesenta de la Temporada era una tortura para estas chicas; los convencionalismos les impedían tomarse un taxi solas hasta por lo menos la una de la mañana, y para justificar los gastos realizados tenían que aparentar que estaban contentas, aunque Bumbo estaba convencido de que a sus padres los debería denunciar la Sociedad Protectora de Animales por crueldad premeditada y continuada con sus animalitos. Entre tanto, allí estaban, con sus risitas y sus grupitos, con sus castas mejillas y sus culitos tensos del esfuerzo de no parecer abandonadas. Buscaban con los ojos un salvador, aunque fuera un tipo ridículo con tal de que llevara pantalones, y no cesaban de mirar de un lado a otro por toda la sala ruidosa, mientras segulan abriendo y cerrando las bocas para emitir los adjetivos convencionales de la diversión. Si un varón vagabundo, que les habían presentado hacía seis meses, llegaba dentro de un radio de cinco metros de un grupo abandonado, las náufagas lo saludaban como si fuera el Almirante Jefe de la Armada; si era nuevo en plaza o se sentía impulsado por la compasión, lo absorbían en el charco de su chicharra, hasta que sentía la obligación moral de salvar a una de las

Claro que hay reuniones sociales en las que se alienta a cambiar la condición de participación de uno: quienes están solos pueden formar un equipo o sumarse a una compañía, y varias compañías pueden formarse, pero esta posibilidad parece ser lo bastante peculiar como para determinar la caracterización que se hace de estos contextos.³² También hay reuniones sociales en las que se fomentan las compañías transitorias, lo que dicho sea de paso da lugar a un problema frecuente de «cierres»³³. Pero, en general, socialmente se ad-

chicas y pedirle un baile, cualquier cosa con tal de escapar parcialmente. Sin embargo, si era un veterano y no sentía piedad, les echaba sus excusas en el regazo, como una tarjeta de visita, prometiendo que iba a volver, tras una breve charla con un compañero que lo esperaba, un amigo que no veía desde hacía mucho tiempo, o una visita al baño. Por lo general, Bumbo llevaba en la mano dos vasos llenos, de forma que su excusa para seguir de largo era que llevaba el champagne a otra chica, lo que siempre parecía razonable. Pero una vez que lo atraparon sin vasos tuvo que aducir claustrofobia; las chicas ofrecieron acompañarlo afuera a tomar un poco el aire; al final, Bumbo tuvo que marcharse temprano al cuartel, en franca retirada, aunque se había estado divirtiendo y hubiera preferido quedarse.

The Breaking of Bumbo (Londres, Penguin, 1961), págs. 59 y 60.

³² Ultimamente han proliferado los «bares para solos», especialmente en Nueva York, pero si bien éstos pretenden que no se efectúen sino verdaderos «ligues» (como ocurre efectivamente en una serie de bares de San Francisco), la verdad es que los individuos tienden a entrar en compañía de alguien, que suele ser de su mismo sexo, es de suponer que como protección contra tentativas no deseadas o interminables y contra que se interprete que van «de caza».

³³ Los compañeros de asientos en un viaje largo en avión tienen la posibilidad de transformar una conversación superficial en una compañía, pero una vez hecho esto el desembarco requerirá que se cierre la compañía, aunque no brinda una ocasión fácil de hacerlo; entre la salida del avión y la llegada a la zona en que se los espera se puede intentar un «distanciamiento» indelicado y prolongado de la compañía, de modo que la relación haya desaparecido para el momento en que se llega a ver a los familiares esperados y éstos se hacen con los mandos de la situación. Análogamente, durante los bailes de tipo público, una pareja que baila está en compañía, y el objeto de los participantes será llevar adelante no sólo la conversación —que después de todo puede permitirse que cese de vez en cuando—, sino también el cierre de esa compañía, pero sin dar una sensación de rechazo ni de «dar plantón». (Dicho sea de paso, el baile es una cuestión complicada a estos respectos. Una mujer que ha accedido a la petición de un baile, o ha permitido a su acompañante que lo haga, empieza a estar en compañía de la persona a quien se lo ha concedido hasta que ésta le da las gracias y la devuelve a su puesto. Pero este estar en compañía de unos bailarines empieza por lo menos un poco antes de que comience el baile propiamente dicho y dura por lo menos un poco más que la música. El baile en sí tiene sus propios corchetes rituales comprendidos dentro de los que marcan el principio y el fin de la compañía. Así, el floreo del último paso o el aplauso puede señalar la terminación del baile concreto pero no la de la compañía que contiene a los bailarines. El baile en sí tiene algunas propiedades análogas a la conversación, de modo que quizá deseemos considerarlo como un compromiso o un encuentro no verbal, pero que no conlleva tantas exigencias como para no permitir encuentros marginales conversacionales de los bailarines en torno a cuestiones que no tienen que ver con el baile, derecho de disociación de la tarea en curso que no se suele permitir, por ejemplo, en la actividad

vierte cuándo alguien que ha llegado acompañado a una fiesta se marcha solo o «con otra persona».

Resulta conveniente observar la relación entre quienes están en compañía y los encuentros de conversación³⁴. Como ya se ha sugerido, los miembros de una compañía pueden —al menos en nuestra sociedad— levantarse sin ceremonias y marcharse, abandonando totalmente la conversación. También es posible la conversación cruzada —una conversación o una actividad parecida a la conversación mantenida entre personas que diferencialmente comparten otras capacidades de interacción— cuando un miembro de una compañía mantiene momentáneamente una conversación con alguien que no

—análoga a la conversación— de la relación sexual. Obsérvese la actual práctica de baile —tan lamentada— de que no haya un contacto físico ni una integración estrecha de los pasos durante el baile, lo cual se limita a disminuir el carácter de encuentro del baile, no afecta a la capacidad de contención ni al valor sentimental de la compañía que se mantiene, que los bailarines mantienen, igual que en tiempos antiguos.)

³⁴ Quizá convenga repasar la cuestión de los encuentros, es decir, los estados de conversación y las reuniones en que se producen. Tres personas solas en una habitación o solas juntas en la calle son capaces de las ordenaciones básicas de comunicación en situaciones sociales, es decir, de las disposiciones básicas por lo que respecta a la comunicación ratificada que cabe sostener entre personas presentes.

Cabe decir que las tres están copresentes en una situación social y que comprenden una reunión. Ahora surgen las tres posibilidades siguientes:

En primer lugar, es posible que no se dé un encuentro ni una relación cara a cara, pues la interacción se limita al tipo no centrado, aunque los participantes estén apretados y en contacto físico mutuo (la posibilidad de que no haya relación es independiente de que dos o todos estén en una compañía). En segundo lugar, es posible que los tres estén en el mismo encuentro, con lo que constituyen un círculo de conversación en el que se agota la reunión. En tercer lugar, es posible que dos de los tres estén unidos en un estado de conversación mientras que el tercero es espectador, y su presencia hace que el encuentro sea accesible.

Estas tres posibilidades representan el primer orden de análisis. Un segundo orden se refiere a la comunicación colusiva, esto es, la conversación o los gestos análogos a la conversación que no se ratifican como base oficial para la acción. En este caso existen dos ordenaciones básicas. En primer lugar, en un encuentro de tres personas, dos participantes pueden iniciar una jugada colusiva de la que queda excluido el tercer participante. En segundo lugar, en un encuentro de dos personas, un participante puede iniciar señales colusivas con el espectador, y el segundo participante queda excluido (técnicamente es posible que un participante en un encuentro sostenga dos redes colusivas al mismo tiempo, pero parece que esta perversidad es muy poco común).

Un tercer orden de análisis se refiere a la intervención espontánea. Los participantes en una conversación pueden interpretar una participación en ella cuando lo que más les interesa es el espectador; en resumen, pueden fingir un encuentro. Y un espectador puede expresar desinterés mediante una cortés inatención cuando en realidad está siguiendo la conversación y negándose a dar orientación a los que están hablando.

está en la compañía³⁵. Y, naturalmente, también es posible la conversación entre personas que no están en absoluto en compañía, como ocurre, por ejemplo, cuando alguien pregunta el camino a un desconocido, o mantiene una conversación de pasada, «subordinada» con alguien al lado del cual trabaja o que se suma a un grupo de conversación en una fiesta³⁶. Cabe señalar que la conversación en forma de saludos desempeña funciones especiales para una compañía, y generalmente señala su formación y terminación y la llegada y la marcha de un miembro.

Igual que cabe considerar la relación dentro de las compañías y los encuentros, cabe considerar la relación entre los solos y los encuentros, salvo que se trata de un tema que ya se ha comentado mucho en los manuales de etiqueta y las columnas de consejos que sirven para salvar a nuestras clases educadas de un destino peor que el aislamiento. Desde luego, parece que la norma general de nuestra sociedad de clase media es que las personas desconocidas no deben iniciar conversaciones en lugares públicos, pues de lo contrario se consideraría descarado al inferior y fácil al superior; sin embargo, las circunstancias que neutralizan este motivo, y por ende este tabú, se hallan fácilmente en un estado natural, y el hombre las fabrica fácilmente. Así, la disposición funcional en la vida pública es que a quienes están solos y quienes en compañía se les puede tratar como si estuvieran aislados de su contexto, y al mismo tiempo se mantiene el entendimiento de que se pueden saltar esas barreras por motivos válidos o no, lo que expone a quienes se hallan en el contexto a la conversación mutua³⁷.

³⁵ Como ya se ha sugerido, en esos momentos quien abandona puede tratar de estabilizar la compañía mediante un gesto de suspensión de algún tipo, como para asegurarse de que los otros no van a marcharse. Un ejemplo muy bonito de esto es el que describe Ray Birdwhistell, esto es, el cambio de postura de la extremidad inferior, en el que un miembro de una compañía de dos personas que están a punto de iniciar una conversación cruzada con un tercero desplaza la parte superior del tronco hacia el extraño, con lo que brinda a ese encuentro la orientación que se le debe, al mismo tiempo que cambia de postura las extremidades inferiores, de modo que están más cerca y paralelas a las del otro miembro de la compañía. Una trasposición análoga (por utilizar el término de Birdwhistell) es la que ocurre cuando la orientación hacia la conversación cruzada queda compensada por quien abandona al mover el brazo o la mano con objeto de abrazar de forma más firme y señalada a la otra persona que forma la compañía.

³⁶ En una monografía inédita sobre el barrio de los borrachos de Filadelfia, James F. Rooney sugiere que, si bien los negros y los blancos se hablan y comen unos al lado de otros en la cafetería local, no se forman grupos de compañías de los dos colores, salvo cuando se comparte una botella.

³⁷ Evidentemente, a este respecto existen grandes diferencias según las culturas. Los franceses parecen mucho más propensos que los ingleses a iniciar

Las unidades de participación, solos y compañías nos señalan la condición del individuo a medida que éste va pasando el día. Así, el concepto de unidades de participación se vincula directamente con otros tres conceptos: la rutina diaria, la parada de servicio y la expedición, el último de los cuales comprende la no rutinaria, la incurción que sólo se hace una vez —que normalmente requiere por lo menos unas horas— y el hacer y deshacer camino a y desde un lugar de experiencia consumatoria. En este marco de la rutina diaria de una persona es en el que podemos trazar el rumbo de un solo o de una compañía que lo contiene, así como las encrucijadas en que se modifica su condición de participación.

IV. Conclusiones

En esta breve exposición me he referido al individuo como unidad vehicular y como unidad de participación, y como contraste hemos introducido de pasada otras dos capacidades en las que puede tener actividad el individuo: la de coparticipante en un encuentro y la de alguien a quien se considera meramente presente en un contexto o en una reunión social. Como ya se ha sugerido, en una observación y un análisis aproximados, probablemente baste con concebir estas distinciones —cuando se llega a concebirlas— como pertenecientes únicamente a papeles diferentes en los que tiene actividad el individuo. Sin embargo, en un análisis más refinado es posible que la idea del individuo como tal resulte demasiado imprecisa, y de hecho aparecerá la necesidad de utilizar una serie de términos definidos técnicamente. Así, si observamos de cerca el concepto de la territorialidad, especialmente las formas «egocéntricas», la idea de individuo deja de tener un sentido analíticamente coherente y único, y es posible que se hayan de emplear en su lugar varios términos diferentes.

conversaciones cruzadas, y parece que la violación del cierre convencional es mucho más la regla que la excepción en Francia, sobre todo en el sur. Existe una exposición muy bonita de las circunstancias para romper las barreras de la conversación y de sus consecuencias en un cuento antiguo de una magnífica estudiosa de la interacción directa, Mary McCarthy, en «The Company Is Not Responsible», *The New Yorker*, 2 de abril de 1944, págs. 77-80.

LOS TERRITORIOS DEL YO

I. Reservas

En el centro de la organización social se halla el concepto de reivindicación, y por lo tanto lo procedente es que el estudioso considere, en torno a este centro, las vicisitudes de mantenerlas.

Para hablar a fondo de esta cuestión hace falta un conjunto de términos conexos. Existe el «bien», el objeto o el estado deseados de que se trate; la «reivindicación», esto es, el derecho de poseer, controlar, utilizar o transferir el bien; el «reivindicador», o sea, la parte en cuyo nombre se plantea la reivindicación; el «impedimento», en el sentido del acto, la sustancia, los medios o la agencia por los que se ponen en peligro la reivindicación; el «autor» (o «contrarreivindicador»), es decir, la parte —cuando la hay— en cuyo nombre se presenta la amenaza a la reivindicación, y por último los «agentes», que son los individuos que actúan en pro de y representan al reivindicador y al contrarreivindicador en las cuestiones en que intervienen reivindicaciones.

Cuando limitamos nuestra atención a las actividades que sólo pueden ocurrir durante la interacción directa, el reivindicador suele ser un individuo (o un pequeño grupo de individuos) y funcionar como su propio agente. Lo mismo cabe decir del contrarreivindicador, pero es probable que una adición al impedimento que ocurra en su nombre implique su propia actividad o su cuerpo. Por eso a menudo son adecuados términos convencionales como «víctima» o

«infractor». Y hay un tipo de reivindicación que es crucial: la reivindicación que se ejerce sobre el «territorio». Este concepto de la etología parece adecuado, porque la reivindicación no se aplica sólo a una cuestión discreta y particular, sino más bien a una esfera de cosas —a una reserva— y porque los límites de ese campo están, generalmente, patrullados y defendidos por el reivindicante.

La organización de los territorios varía. Algunos son «fijos»; definidos geográficamente y anejos a un reivindicante, cuya reivindicación suele estar apoyada por la ley y sus tribunales. Ejemplo de esto son los campos, los patios y las casas. Otros son «situacionales»; forman parte del equipo fijo en el contexto (sea de propiedad pública o privada), pero se ponen a disposición del público en forma de bienes reivindicados mientras se usan. Se percibe que interviene una ocupación pasajera, medida en segundos, minutos u horas, ejercida informalmente, que plantea constantes cuestiones acerca de cuándo comienza y cuándo termina la reivindicación. Ejemplo de esto son los bancos de los parques y las mesas de los restaurantes. Por último, existen las reservas «egocéntricas», que se desplazan junto con el reivindicante, el cual ocupa su centro. General, aunque no forzosamente, se reivindican a largo plazo. Un ejemplo son los bolsos. Naturalmente, esta triple definición sólo es válida hasta cierto punto. Un cuarto de hotel es una reivindicación situacional, pero puede funcionar de modo muy parecido a una casa, un territorio fijo. Y, naturalmente, hay casas en forma de caravana que pueden desplazarse.

La reserva prototipo es, sin duda, espacial, y quizá incluso fija. Sin embargo, a fin de estudiar la coexistencia —al menos en la sociedad estadounidense— conviene ampliar la idea de territorialidad a las reivindicaciones que funcionan como territorios, pero que no son espaciales, y conviene centrarse en la territorialidad situacional y egocéntrica. Empezaremos, pues, con la espacial y avanzaremos paso a paso hacia cuestiones que no lo son.

1. *El espacio personal.*—El espacio en torno a un individuo, en cualquier punto dentro del cual la entrada de otro hace que el individuo se sienta víctima de una intrusión, lo que le lleva a manifestar desagrado y, a veces, a retirarse¹. Se trata de un contorno,

¹ Hay versiones sociológicas de este territorio del yo en Robert Sommer, «Studies in Personal Space», en *Sociometry*, XXII (septiembre de 1959), 247-260, y Kenneth B. Little, «Personal Space», en *Journal of Experimental Social Psychology*, I (agosto de 1965), 237-247. Una fuente etológica es H. Hediger, *Studies of the Psychology and Behaviour of Captive Animals in Zoos and Circuses*

no de una esfera, pues las exigencias espaciales directamente frente a la cara son mayores que por detrás². La ordenación fija de asientos y demás equipo de interiores puede estructurar restrictivamente el espacio disponible en torno al individuo en una sola dimensión, como ocurre en la organización en línea o en columna. Cuando hay dos individuos solos en un contexto, entonces la preocupación por el espacio personal adopta la forma de preocupación por la distancia en línea recta.

Como se puede confiar en que los individuos no entren en situaciones en las que podrían verse contaminados por otro o contaminar al otro, se sigue que el otro puede controlarlos si está dispuesto a utilizarse a sí mismo de forma calculada para constituir el objeto que el otro tratará de eludir, y al eludirlo, desplazarse en la dirección que él desea³. Por ejemplo, sabemos cómo utiliza un «chorizo» su cuerpo para desplazar a su víctima, esto es, para hacer que la víctima se separe de un cuerpo que ejerce presión sobre él, y de paso adoptar una posición desde la cual se le puede llegar a la cartera; también sabemos cómo se desplaza a un espectador cuya posición impide robar a otro⁴.

Una característica central del espacio personal es que las reivindicaciones legítimas sobre él varían mucho según las explicaciones que brinde el contexto, y que las bases de éstas cambian constantemente. Hay factores como la densidad demográfica local, el objetivo de quien se acerca, el material fijo para sentarse, el carácter de la ocasión social, etc., que pueden influir radicalmente de mo-

(Londres, Butterworths Scientific Publications, 1955). Una exposición precursora es la monografía de 1936 de Kurt Lewin, «Some Social-Psychological Differences between the United States and Germany», en su obra *Resolving Social Conflicts* (Nueva York, Harper and Row, 1948), págs. 3-33.

² De ello son buen ejemplo los vagones-salón de los trenes de la costa atlántica de los Estados Unidos, proyectados con un largo pasillo longitudinal y asientos monoplaza colocados a intervalos a cada lado, cuyos asientos son giratorios. Cuando van muy llenos, los viajeros llevan su comodidad al «máximo» al girar sus asientos a la dirección que permitirá que la vista, cuando está orientada en la dirección del tronco, caiga sobre una cantidad mínima de carne de pasajero. Los que van de pie pueden apretarse contra los asientos, pero al hacerlo se encontrarán rodeados de dos filas de espaldas. En los vagones de tren o los autobuses corrientes en los Estados Unidos los pasajeros que se sienten demasiado hacinados pueden mirar por la ventanilla, con lo que amplían vicariamente su espacio personal.

³ Este argumento se deriva de los conocidos comentarios de H. Hediger sobre la «distancia de huida» y la «distancia de escape» y su importancia en la doma de leones. Véanse sus *Studies of the Psychology and Behaviour of Captive Animals in Zoos and Circuses*, op. cit., págs. 40 y 123.

⁴ David W. Maurer, *Whiz Mob* (Publications of the American Dialect Society, núm. 24, Gainesville, Florida, 1955), págs. 62-65.

mento a momento en la determinación de lo que se considera una infracción. De hecho, en los estudios humanos muchas veces es mejor no considerar el espacio personal como una reivindicación en posesión permanente y egocéntrica, sino como una reserva pasajera y situacional en cuyo centro se desplaza el individuo.

Tomemos, por ejemplo, la organización social de la espera conjunta. Es evidente que el estar de pie o sentarse al lado de un extraño cuando el contexto está prácticamente vacío constituye una intrusión más clara de lo que sería el mismo acto cuando el lugar está atiborrado de gente y cualquiera puede ver que ese puesto es el único que queda. En teoría, podríamos prever también un proceso constante de reajuste en el que cada llegada y cada salida produzca alteraciones en toda la reunión⁵. Lo que parece ocurrir en la sociedad de clase media es que la llegada provoca una re colocación secuencial, pero la salida lleva a un comportamiento algo más complejo, pues un individuo que deja el puesto que ocupa para tomar el que ha quedado libre produce una señal abierta de que prefiere no estar tan cerca como estaba de su vecino (cuando los dos son de distinto sexo, existe la complicación adicional de que el no marcharse cuando resulta posible se puede tomar como señal de excesivo interés). En consecuencia, una salida puede dejar un puesto libre y no modificar la colocación de los que se quedan, o por lo menos, quien se va a apropiarse del lugar puede esperar a un momento oportuno antes de utilizar el recurso que acaba de quedar disponible. En resumen, el acercarse a alguien o que alguien se le acerque a uno es una tarea menos delicada que la de alejarse de alguien que está junto a uno. En consecuencia, como ocurre cuando se vacía un autobús, habrá un período en el que dos individuos señalan con su proximidad una relación que de hecho no existe.

Todo esto se puede ver en miniatura en el comportamiento en los ascensores. Los pasajeros tienen dos problemas: asignar equitativamente el espacio y mantener una posición defendible, que en este contexto significa la orientación hacia la puerta y el centro con la espalda contra la pared si es posible⁶. Los primeros individuos

⁵ Véase J. H. Crook, «The Basis of Flock Organization in Birds», y sus observaciones sobre la distancia de llegada, la distancia en asentamiento y la distancia tras la partida, en W. H. Thorpe y O. L. Zangwill, comps., *Current Problems in Animal Behaviour* (Cambridge, Cambridge University Press, 1961), páginas 140 y ss.

⁶ Hay otras características generales del comportamiento corporal en los ascensores. En una útil monografía inédita («Behaviour in Elevators», 1965), John Gueldner sugiere que la práctica general es que los pasajeros varones se mantengan en una posición parecida a la de «firmes», con las manos a los lados y sin moverse hacia los lados, postura equivalente en las mujeres, como

pueden entrar sin que ninguno de los presentes tenga que volver a colocarse, pero al cabo de muy poco tiempo cada uno de los que van entrando —hasta cierto número— hace que todos los presentes cambien de posición y se reorienten en secuencia. La salida introduce una tendencia a invertir el ciclo, pero esto se ve moderado por la resistencia compensatoria a presentar la apariencia de que se está incómodo en una distancia establecida respecto de otro. Así, al irse vaciando el ascensor, los pasajeros van quedando incómodos, atrapados entre dos inclinaciones contrapuestas: obtener el máximo de distancia de los demás y no comportarse públicamente de modo que pueda resultar ofensivo.

2. *El recinto.*—El espacio bien definido que los individuos pueden reivindicar temporalmente, en el que la posesión es total no existe.⁷ A menudo se trata de un bien escaso, como una silla cómoda, una mesa con buena vista, una litera vacía, una cabina de teléfono. En general, los recintos se hallan en un contexto fijo, aunque, por ejemplo, en las playas se utilizan cosas como grandes toallas y esterres que el reivindicante puede llevar y desenrollar cuando le conviene, con lo que establece un recinto portátil. Cuando los asientos se ponen en fila y se dividen con brazos en común (como ocurre en cines y teatros) el espacio personal y el recinto tienen los mismos límites. Cuando hay espacio entre los asientos, entonces es probable que el espacio personal se extienda más allá del recinto. Y, naturalmente, hay recintos como los palcos de ópera que asignan varios asientos al uso exclusivo (en cualquier ocasión social) de una sola

si mientras los pasajeros están en tránsito se hubiera detenido toda actividad. Gueldner sugiere que la búsqueda de un nicho defendible establece prioridades normalizadas: quien primero llega ocupa el rincón junto a los controles o uno de los rincones de atrás; el que entra después ocupa probablemente el rincón que se encuentra en diagonal del ya ocupado. Los pasajeros tercero y cuarto ocupan los rincones restantes, el quinto el centro de la pared de atrás, el sexto el centro del ascensor. Sin embargo, quienes van en compañía tienden a seguir juntos, manteniendo una expresión ecológica de su condición, aunque mirando al frente. Gueldner también sugiere que llega un momento de abarrotamiento en el que de pronto se renuncia a toda tentativa de mantener el espacio y ocurre algo así como una acumulación desordenada de personas.

⁷ Se trata de un término que han utilizado los etólogos que estudian la rutina diaria de la vida doméstica. Obsérvese que los recintos son a la vida interna de las regiones delimitadas lo que los territorios personales y fijos son a la vida interna de las comunidades locales. Así, hay esquizofrénicos ambulantes que utilizan las cabinas de los teléfonos públicos de hoteles como el Statler-Hilton de Nueva York como lugares en los que sentarse, apoyar la carga de esa bolsa de la compra que les sirve para todo y mantener una agradable y larga conversación alucinatoria con el mundo por la puerta abierta de la cabina.

«parte». La disponibilidad de recintos en un contexto articula y estabiliza las reivindicaciones de espacio y, a veces, da más de lo que se habría reivindicado como espacio personal y otras menos, como cabe ver, por ejemplo, en relación con los asientos, cuando una clase de niños de seis años asiste a un teatro para adultos o cuando se celebra una reunión de padres de alumnos en el aula de una escuela primaria.

Debe señalarse que es posible salir de un recinto temporalmente mientras quien sale de él mantiene su reivindicación del recinto, cosa que no ocurre con el espacio personal⁸. Además, muchas veces quien reivindica un recinto no será un individuo, sino dos o más que lo comparten con pleno derecho, de lo cual son buenos ejemplos las canchas de tenis y las boleras, ambas ideadas para brindar recintos amplios y bien equipados a grupos de jugadores durante períodos estipulados de tiempo (en nuestra sociedad, el recinto pluripersonal más corriente es la mesa, pues hay relativamente pocas que sean demasiado pequeñas para más de una persona ni demasiado grandes para que no las pueda reivindicar un grupo de sólo dos). En cambio, el espacio personal es en gran medida la posesión de una sola persona, aunque en los sitios abarrotados, como un ascensor muy lleno, a un niño pequeño que se agarra su padre se le pueda tratar como parte del espacio personal de éste, y también es posible que a las parejas agarradas en abrazos afectuosos se las trate como si reivindicaran un solo espacio personal.

Lo que importa de los recintos, como ya se ha sugerido, es que brindan unos límites externos, fácilmente visibles y defendibles para una reivindicación espacial. Los recintos constituyen un contraste, a este respecto, con el espacio personal, pues las dimensiones de este último cambian constantemente. Esto señala un problema en la organización de los lugares públicos en los Estados Unidos. Por consideraciones prácticas, en este país a menudo se construye el equipo, como las mesas para *picnic* o los bancos de los parques, en dimen-

⁸ En los clubs masculinos, los hospitales mentales, los asilos de ancianos y los cuartos de estar de los hogares tienden a establecerse reivindicaciones de propiedad en torno a sillas y otros recintos, de modo que si bien éstos empiezan por ser parte de territorios establecidos, situacionalmente y a disposición del primero que llega para que los use el tiempo seguido que desee, pronto adquieren el carácter de territorios fijos poseídos por un individuo, independientemente de que se halle presente para reivindicar su uso. Véase Michael A. Woodbury, «Ward Dynamics and the Formation of a Therapeutic Group», en *Chestnut Lodge Symposium*, Rockville, Maryland, mimeografiado (1958), y Alan Lipman, «Chairs as Territory», en *New Society*, XX (abril de 1967), 564-566. Los cubículos de lectura de las bibliotecas de las universidades tienden a padecer la misma categoría de transición.

siones que sugieren que cada uno de esos elementos lo puede reivindicar como recinto una unidad de participación, «sola» o en «compañía». Sin embargo, cuando hay tanta gente que esta asignación del espacio dejaría de pie a algunos individuos, se entiende que es aplicable una norma que da a las unidades de participación sin sitio el derecho de imponer una división ficticia de un recinto en dos (y a veces en más de dos). Evidentemente, a medida que aumenta el abarrotamiento, los que ya tenían sitio empezarán a tener que ceder en su reivindicación exclusiva a una cabina. De ello se sigue una ambigüedad, pues no existe un principio establecido que ordene la secuencia en que los diversos reivindicantes, ya sentados, se verán obligados a renunciar a su exclusividad. Ahí se abre el campo a la empresa personal. Por eso en los autobuses, los tranvías y los trenes los asientos ideados para que los ocupen dos personas, y que todo el mundo reconoce que están ideados para acoger a dos desconocidos cuando sea necesario, establecen, sin embargo, para el primer llegado un territorio que puede tratar de conservar para él solo mediante trucos muy corrientes: puede dejar sus posesiones en el lugar vacío, con lo que lo señala como propio y obliga a los competidores a desplazar (o a pedir que se desplace) algo que es un símbolo de otro; puede negarse a mirar a la cara a quienes buscan asiento, con lo que les impide obtener el permiso rápido que están buscando, al no recibir el cual se les puede obligar a seguir hasta la próxima plaza disponible; puede exponer una parte contaminante de sí mismo, como los pies, o permitir que una parte de su cuerpo ocupe la plaza en disputa, de forma que quienes aspiran a utilizarla hayan de incitar a la contaminación, etc.

3. *Espacio de uso.*—El territorio que está inmediatamente en torno a o en frente de una persona, cuya reivindicación de él se respeta debido a evidentes necesidades instrumentales. Por ejemplo, quien acude a una galería de arte puede prever que cuando está cerca de un cuadro otros clientes traten de pasar por fuera de su línea de visión o pidan perdón por, o minimicen, el bloquear esa línea momentáneamente. La gente que sostiene una conversación a cierta distancia puede esperar que los no participantes en ella procedan de modo análogo si bloquean la donación y la recepción de las indicaciones con que se lleva la conversación. Los deportistas de todo tipo esperan que se conceda alguna consideración a la cantidad de espacio que necesitan para manipular su material, igual que los condenados a trabajos forzados que utilizan picos para partir piedras. Los gimnastas que utilizan el potro prevén que los demás les «dejen espacio». Los marineros obligados a fregar y pulir una

porción determinada de su buque de guerra esperan, sobre todo el día antes del zafarrancho, que nadie pase por allí mientras están limpiando ni inmediatamente después⁹. Obsérvese que las circunstancias pueden permitir que el individuo ofrezca motivos instrumentales para exigir que se impongan límites al volumen de ruido y de sonidos, especialmente cuando la fuente de éstos se halla físicamente próxima.

4. *El turno.*—El orden en que un reivindicador recibe un bien de algún tipo en relación con otros reivindicadores en la situación. En ello interviene una norma de decisión, conforme a la cual se ordena a los participantes por categorías («las mujeres y los niños primero» o «primero los blancos y luego los negros»), o individualmente («primero los más bajos, luego los menos bajos»), o una mezcla de ambas cosas¹⁰. Lo característico es que se exija a los reivindicadores que hayan estado presentes a fin de establecer su reivindicación de turno, pero una vez que esto se ha hecho y señalado de algún modo, se les puede permitir que se ausenten hasta que les llegue el turno. En nuestra sociedad occidental, es posible que el principio más importante de la organización de turnos sea el de «que pase el primero», lo cual establece el derecho de una persona a pasar inmediatamente después del «primero» e inmediatamente antes del «siguiente»¹¹. Esta norma de decisión crea una categoría de

⁹ Véase Philip D. Roos, «Jurisdiction: An Ecological Concept», en *Human Relations*, XXI (1968), 75-84. Roos establece un argumento concreto en pro del establecimiento de una distinción más tajante que la hecha por mí entre territorialidad, que entraña exclusión y posesión, y «jurisdicción», que sólo entraña la exclusión.

¹⁰ Si estudiamos esto más a fondo, probablemente hallaremos que los medios utilizados para organizar la asignación de un bien menor (como un turno) entrañan más de una norma. Y pueden ir apareciendo normas relativas a las normas para abarcar problemas corrientes, que determinan lo que se debe hacer cuando parece que no hay ninguna norma aplicable, o cuando una que debería ser aplicable no puede serlo, o cuando se aplican normas mutuamente incompatibles. Cabe establecer que una norma anula a otra en todas las ocasiones en que ambas son aplicables, o en que cabe conceder a cada una esfera en la que es superior a la otra. Una norma puede servir para clasificar a categorías de personas y otra para colocar a los miembros de una categoría así establecida. Obsérvese que los individuos a menudo identifican un orden social por una norma bien conocida que figura en él, pero la viabilidad de esta norma suele depender de un complejo de normas conexas que abarcan la gama natural de contingencias. Cuanto más tiempo esté en vigor una norma y más amplia sea su vigencia, más desarrollado, es de suponer, se halla el complejo de normas en que se incorpora.

¹¹ En muchos casos se deja a la voluntad de un reivindicador que el grupo que está detrás lo adelante, e incluso se le puede permitir que escoja un puesto en un puesto más atrasado de la fila, es de suponer que a partir del supuesto

dominación, pero una categoría paradójica, dado que en virtud de ella quedan excluidas todas las demás formas de preferencia¹².

El sistema de turnos no requiere sólo una norma de ordenación, sino además un mecanismo de reivindicación. Este mecanismo puede ser organizado, como, por ejemplo, billetes numerados, nombres en una lista de recepción, o no organizado, como ocurre cuando la persona se queda junto al punto de servicio y supone que funcionará un consenso tácito. A veces, se utiliza una formación en línea o en cola como mecanismo mnemotécnico colectivo, y a veces este mecanismo organizado permite al participante mantener un turno no señalado organizadamente durante breves ausencias¹³. En muchas

de que quienes se hallan detrás de su puesto inicial y delante del puesto que él escoge habrán ganado un turno, y quienes se hallan detrás de ese lugar no habrán perdido nada. Y, en todos los casos, el reivindicador aparentemente puede abandonar totalmente su puesto. Esto plantea la cuestión de las «colas negativas», es decir, una ordenación de personas que van a recibir algo que no desean, como un puesto en una cámara de gas (análogamente, en algunas cárceles hay asientos que no se pueden ceder a una señora). Una forma dialéctica de asimilar una organización de ese tipo a la idea de las reservas es observar que el único bien que entra en juego es el aplazamiento. Naturalmente, en este caso se permitiría tomar un turno por delante de la posición de uno, pero no se le permitiría echarse atrás ni abandonar totalmente su posición.

¹² Cabría decir —pidiendo perdón a Simmel— que el carácter fundamental de la toma cotidiana de turnos es un terreno intermedio, en el cual las reivindicaciones de propiedad y contrato están controladas en un extremo, y al otro extremo lo están las reivindicaciones de categoría social. El tomar el turno de uno no es lo mismo que tomar la propiedad de uno ni tomar el lugar social de uno. Intervienen bienes utilitarios, pero normalmente bienes tan menores que hubiera sido fácil poner su asignación al servicio de la expresión ceremonial. Mientras que la expresión ceremonial brinda una expresión corporal de posición social cuando las cosas van bien, los turnos en la vida cotidiana sólo la brindan cuando las cosas van mal.

¹³ Una monografía útil sobre la toma de turnos en un tipo de situación extrema se halla en Leon Mann, «Queue Culture: The Waiting Line as a Social System», en *American Journal of Sociology*, LXXV (noviembre de 1969), 340-354. Algunas tomas de turno no entrañan sino una decisión entre dos usuarios acerca de cuál utilizará primero una carretera o un camino, pero en la mayor parte de los casos parece estar claro que el bien que se ha de asignar es un servicio de algún tipo. Los sistemas de servicios son uno de los mecanismos de organización fundamentales del orden público, y apenas si se ha comenzado a estudiarlos a fondo. El paradigma completo entraña por lo menos cinco papeles: supervisor, servidor, servido, el siguiente, los que hacen cola. Claro que hay sistemas automatizados sin supervisores ni servidores, y en muchos sistemas no hay ni el siguiente ni los que hacen cola. Un sistema de servicio es la forma colectiva en la que la parte del individuo es la parada de servicio, la cual entraña un ciclo completo en el cual una unidad de participación (compañía o solo) se desplaza a partir de una base de operaciones, busca y obtiene algún servicio y después vuelve a su base.

Cabría añadir que muchos servicios se prestan de tal modo que no hay encuentro, contacto directo ratificado ritualmente, más que si ocurre algo fuera

colas se utiliza a la compañía de uno como reivindicadora, sobre todo cuando uno de los miembros puede realizar todas las transacciones (como ocurre en las colas de los cines), lo cual suele llevar al permiso para reunirse con una persona conocida en un puesto más adelantado del que se ocuparía en caso de ir solo, pues en esos casos el solo ya establecido en la fila puede actuar como si fuera meramente el agente de su compañía que acaba de llegar. Sólo deseo añadir que cuando se mantienen turnos en forma de cuerpos que permanecen de pie en fila india, cada participante intervendrá tanto en cuanto a mantener su propio turno como en cuanto a su espacio personal. Sin embargo, como el tomar turnos da una interpretación clara de los acontecimientos, se pueden tolerar grandes reducciones del espacio personal además del consiguiente contacto corporal.

5. *El envoltorio.*—La piel que cubre el cuerpo y, un poco más allá, las ropas que cubren la piel. Desde luego, el envoltorio del cuerpo puede funcionar como el menor de todos los espacios personales posibles, la configuración mínima a ese respecto, pero también puede funcionar como una reserva por derecho propio, como el tipo más puro de territorialidad egocéntrica. Naturalmente, a las diferentes partes del cuerpo se les concede un interés diferente, y de hecho este interés diferenciado nos dice en parte cómo se divide conceptualmente el cuerpo en segmentos. Por ejemplo, entre las clases medias estadounidenses se hacen pocos esfuerzos por mantener la inviolabilidad de los codos, mientras que las zonas donde hay orificios sí son zonas que preocupan. Y evidentemente, según las diferentes culturas, la segmentación ritual del cuerpo será diferente.

de lo normal que deba arreglarse, lo cual nos brinda un claro ejemplo en que el servidor y el servido pueden hallarse en contacto, pero no en contacto conversacional (de hecho, el servidor ni siquiera necesita mirar al servido, sino únicamente, pongamos por caso, al artículo elegido para la compra, al dinero del cliente y quizá a la mano de éste). Este tipo de desritualización de las transacciones se cita a veces como falta de civismo y de impersonalidad urbana, acusación que es a medias verdad y a medias una estupidez. Hacen falta mucho consenso y mucha comprensión mutua para apoyar las transacciones de servicio ejecutadas sin la ayuda del ritual social. En algunas tiendas, hace falta ser cliente un año más o menos antes de que el cliente y el que lo sirve sepan que el otro sabe que se puede prescindir del contacto visual y el verbal, y se permite que sean los actos los que establezcan toda la comunicación (naturalmente, en otros contextos de servicio, como las relaciones entre cajeros y apóstrofes en los hipódromos, los recién llegados aprenden rápidamente a sostener transacciones «a ciegas»). En torno a la abundancia de transacciones de servicio desritualizadas, debo reconocer mi deuda para con una útil monografía de Marilyn Merritt, «On the Service Encounter», inédita (1968).

6. *Territorio de posesión.*—Todo conjunto de objetos que se pueda identificar con el yo y organizar en torno al cuerpo dondequiera que se halle éste. Los ejemplos centrales son los que se califican de «objetos personales»: posesiones de las que es posible desprenderse con facilidad, como chaquetas, guantes, sombreros, paquetes de cigarrillos, cerillas, bolsos y su contenido, y paquetes¹⁴. También se deben incluir las personas que están a cargo de un reivindicante, pues desde el punto de vista de la territorialidad, funcionan en cierto sentido como sus posesiones personales. Por último, hay objetos que siguen atados a un contexto determinado, pero que pueden reivindicar temporalmente las personas presentes, de forma muy parecida a lo que ocurre con los recintos: ceniceros, revistas, cojines y cubiertos para comer, como ejemplos. También cabría incluir aquí el mando regulador sobre mecanismos puramente materiales: control de radios, televisiones, temperatura, ventanas, luz, etc.

7. *Reserva de información.*—La serie de datos acerca de uno mismo cuyo acceso una persona espera controlar mientras se halla en presencia de otras¹⁵. Existen diversas variedades de reserva de información y es discutible que se las pueda clasificar juntas a todas. Existe el contenido del cerebro del reivindicador, el control del cual se ve en peligro cuando se hacen preguntas que éste considera entrometidas, chismosas o carentes de tacto. Existen los contenidos de bolsillos, bolsos, cajas, cartas, etc., que a juicio del reivindicador los demás no tienen ningún derecho a averiguar. Existen datos biográficos de la persona sobre cuya divulgación ésta espera mantener un cierto control. Y, lo que es más importante para nuestros fines, existe lo que cabe percibir inmediatamente acerca de una persona, el envoltorio de su cuerpo y su comportamiento actual, en cuyo caso se trata de su derecho a que nadie se le quede mirando ni examinando¹⁶. Claro que como el individuo tam-

¹⁴ En materia de territorialidad tiene alguna pertinencia una distinción jurídica. Se trata de la posesión, no de la propiedad; de ejercer el control del momento, no el definitivo. Véase también Roos, *op. cit.*

¹⁵ Es de lo que se trata generalmente bajo el epígrafe de la «intimidad». Véase el estudio reciente de Alan F. Westin en *Privacy and Freedom* (Nueva York, Atheneum, 1967). Véase también Oscar M. Ruebhausen y Orville G. Brim, Jr., «Privacy and Behavioral Research», en *Columbia Law Review*, LXV (noviembre de 1965), 1.184-1.211.

¹⁶ No cabe duda de que existe un vínculo entre que lo toquen a uno el cuerpo y que se lo vean, como en el sentido bíblico de «conocer» a alguien o el sentido jurídico de tener conocimiento carnal. No es ésta la única ambigüedad. El nombre y el apellido pueden funcionar como dato de información

bién es una unidad vehicular y como los pilotos de otras unidades de este tipo tienen la necesidad y el derecho de seguir su rumbo, llegará a tener la posibilidad de establecer una exquisita distinción perceptiva entre que lo miren y que lo contemplen y, gracias al cielo, aprenderá a sospechar, por no decir a detectar, que lo último va enmascarado por lo primero; y aprenderá a conducirse de forma que los demás lleguen a reaccionar a él de la misma forma. Dicho sea de paso, siempre que nos encontremos con unas discriminaciones de comportamiento tan finas debemos sospechar que lo que está pasando es que se necesita mantener en funcionamiento dos sistemas de comportamiento sin que el uno se injiera con el otro en la misma zona física.

8. *Reserva de conversación.*—El derecho de un individuo a ejercer algún control sobre quién puede llamarlo a conversar y cuándo lo puede llamar, y el derecho de un grupo de personas que han iniciado una conversación a que su círculo esté protegido contra la entrada y la escucha de otros.

Me he referido a ocho territorios del yo, todos ellos de tipo situacional o egocéntrico: espacio personal, recintos, espacio de uso, turnos, envoltorio, territorio en posesión, reserva de información y reserva de conversación. Debe señalarse una característica general de estas diversas formas de territorialidad: su variabilidad

discrecional cuya divulgación desearía controlar uno, aunque no siempre pueda hacerlo. A este respecto véase, por ejemplo, A. C. Reich, «Police Questioning of Law-Abiding Citizens», en *Yale Law Journal*, LXXV, núm. 7, 1966. El nombre también puede funcionar como una posesión personal identificada por uno mismo, cuyo uso por otros el individuo puede estar dispuesto a permitir siempre que esos otros tengan la relación adecuada con él. A este respecto, obsérvese la situación en las clases altas inglesas a principios de siglo, que describe Harold Nicolson en *Good Behaviour* (Londres, Constable and Company, 1955), página 272:

En mi propia juventud, si me hubieran llamado por mi nombre en mi escuela privada, o incluso en mi escuela pública*, me habría ruborizado hasta las orejas, sentido que mi intimidad estaba invadida e insultada y que se me había robado una cierta virilidad secreta, como si hubiera sido un isleño de las Islas Andamán o un masai.

En general, existe el hecho de que la preocupación por reservas como la espacial se puede basar en parte, indirectamente, en una preocupación por las reservas de información, y las primeras apoyan a la segunda.

* Con el peculiar sentido que se da en el Reino Unido al término «public school» (escuela pública), esto es, la escuela privada del tipo más elitista y exclusivo. (Nota del Traductor.)

socialmente determinada. Dado un contexto concreto y lo que hay disponible en él, la extensión de las reservas puede, evidentemente, variar mucho en función del poder y del rango que se tienen. Los pacientes de un hospital de la beneficencia quizá hayan de esperar hasta morir antes de que se les conceda un biombo al lado de la cama para preservar su intimidad; en los hospitales privados de clase media, los pacientes pueden gozar de este privilegio también en otros momentos, como, por ejemplo, cuando están dando de mamar a un bebé¹⁷. Análogamente, es posible que los médicos se refieran a los pacientes de las salas de caridad de un hospital por sus nombres, mientras que a los pacientes privados del mismo hospital se les concede el derecho a la intimidad de hablar de ellos por el número de su habitación¹⁸. En general, cuanto más alto sea el cargo, mayor será el tamaño de todos los territorios del yo, y mayor será el control de sus fronteras (y, por ejemplo, dentro de un hogar determinado, los adultos tienden a tener reivindicaciones territoriales mucho mayores que los niños). Pero hay otra diferencia que trasciende todas éstas: la variación que ocurre en los entendimientos que sostiene cualquier grupo de individuos cuando éstos van pasando de una situación a otra. Por ejemplo, los estadounidenses de clase media en las estaciones de esquí del Oeste permiten que se miren sus cuerpos, y que se los toque de paso hasta un punto que se consideraría como una intrusión si ocurriese en los lugares públicos de la ciudad en que viven¹⁹. Por último, existen diferencias culturales de grupo que trascienden esas trascendencias. Por ejemplo, existen algunas pruebas de que a los negros de clase baja les preocupa más que a los italianos de clase baja lograr que les bajen los ojos²⁰.

¹⁷ David Sudnow, *Passing On* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall Inc., 1966). W. Rosengren y S. DeVault informan de que los pacientes de la seguridad social en un hospital que estudiaron estaban obligados a aceptar que la puerta de servicio estuviera abierta; sin embargo, los pacientes privados solían gozar de la intimidad de una puerta cerrada. Véase W. Rosengren y S. DeVault, «The Sociology of Time and Space in an Obstetrical Hospital», en Eliot Freidson, comp., *The Hospital in Modern Society* (Nueva York, The Free Press, 1965), pág. 278.

¹⁸ W. Rosengren y S. DeVault, *op cit.*, pág. 280.

¹⁹ Análogamente, en las estaciones de esquí se tiende a permitir más licencias con respecto a la iniciación de encuentros entre desconocidos de lo que suele ocurrir en contextos de trabajo. En este caso, tengo una deuda con una monografía inédita, «Ski Resort Behavior Patterns» (1965), de Beatrice Farrar.

²⁰ Gerald D. Suttles, *The Social Order of the Slum* (Chicago, University of Chicago Press, 1968), pág. 67.

II. Señales

La reivindicación de una reserva por un poseedor putativo se hace visible mediante un signo de algún tipo que, conforme a la práctica etológica, cabe calificar de «señal»²¹.

Las señales son de diversos tipos. Existen «señales centrales», que son objetos que anuncian una reivindicación territorial, cuyo territorio irradia a partir de ellas, como ocurre cuando se reivindica una silla en la playa con unas gafas de sol y una loción, o el asiento de un avión con un bolso, o con una copa en la barra el taburete que está enfrente, o con una fichas en una mesa de juego la «puesta» más cercana y el derecho exclusivo de su poseedor a ganar o perder con ellas.

Existen «señales de límites», objetos que señalan la línea entre dos territorios adyacentes. El listón que se utiliza en las cajas de los supermercados para separar los artículos comprados por un cliente de los del siguiente es un ejemplo de esas señales; otro es el brazo compartido entre dos asientos en un teatro. Obsérvese que cuando se utilizan señales de límites a ambos lados de una persona o tanto delante de ella como detrás, funcionan como «espaciadores» que aseguran un espacio personal al usuario en una fila o una columna, cuando no un recinto provisional.

Existen (si se me permite el uso de la expresión) «señales de oído», es decir, firmas incrustadas en un objeto para reivindicarlo como parte del territorio de posesión del firmante, como ocurre cuando se marcan nombres a fuego en el equipo deportivo, el ganado y los esclavos, o cuando se graban números en motores, etc.

Aquí es donde se agudiza el problema del «sistema de referencia». Como el territorio implica un campo de artículos contiguos —especialmente en el caso de las reservas de posesión—, ocurre que uno de los medios de señalar la posesión de un objeto sea poner a su lado cosas que son evidentemente poseídas. Por ejemplo, cuando se deja un libro sobre un periódico, la gente percibe que no se debe llevar el periódico, porque se entiende que el libro y el periódico «están juntos». Por tanto, un objeto que es parte de un territorio puede funcionar también como señal de un territorio; de hecho, las firmas de diversos tipos entran en esta categoría. Así, los objetos personales, que constituyen una reserva por derecho propio, se utilizan muchas veces como señales; el moverlos o desplazarlos, o in-

²¹ Una de las primeras veces que se ha utilizado sociológicamente este término en letra impresa es en Robert Sommer, «Sociofugal Space», en *American Journal of Sociology*, LXXII, núm. 6, 1967, 654-660.

cluso tocarlos es algo parecido a tocar el cuerpo de su propietario, y esos actos se evitan en muchas circunstancias o se realizan con la debida circunspección.

La cuestión del sistema de referencia resulta especialmente delicada en relación con el funcionamiento territorial del cuerpo. La idea misma de un territorio egocéntrico sugiere que el cuerpo no es sólo una reserva, sino también una señal central de diversas reservas: espacio personal, turno, recinto y efectos personales. Esto resulta en especial evidente cuando la reserva de que se trata no se reivindica únicamente para el poseedor del cuerpo, sino para un grupo multipersonal del cual el poseedor no es más que un miembro.²² También se pueden utilizar como señales las palabras, como ocurre cuando alguien que reivindica la zona y se halla cerca de ella advierte verbalmente a alguien que no se acerque a un recinto. Y así es como puede funcionar la mano o el pie en contacto con una persona en calidad de «señal de relación», es decir, de señal que establece una reivindicación de relación (en esta categoría tienen importancia las «señales de compañía», que establecen quién está en compañía de quién). Obsérvese que en el caso de las señales de relación la contigüidad o el contacto corporales pueden funcionar como expresión de una relación desde el punto de vista de los interesados en tomar nota de ellas, y como señales de posesión desde el punto de vista de los interesados en señalar ésta.²³

Una última cuestión. Cuando se utiliza una posesión personal como señal de espacio personal, el poseedor tendrá que hallarse

²² Este no es sino un ejemplo de las limitaciones del término «individuo» como unidad técnica. Es evidente que utilizamos el término de individuo como equivalente fácil de bien, reivindicador, señal, impedimento y contrarrevindicador, cuando la ocasión lo indica. También se utiliza el término para designar una unidad vehicular en la organización de la circulación, a alguien que interacciona en la organización de la conversación y como miembro o bien de un «solo» o de una «compañía». En todos estos casos intervienen sistemas de referencias claramente diferentes y, por ende, a fin de cuentas, unidades diferentes. Al permitir que la palabra «individuo» abarque todos estos sentidos, pase de uno a otro en la misma frase e intervenga en la discusión a diversos niveles se obtiene una gran flexibilidad del discurso. Claro que a costa de disminuir el rigor.

²³ Aquí intervienen algunas cuestiones interesantes. Cuando el varón «liga» tiene que transformar una conversación entre dos personas en una compañía, y si lo logra llegará a emplear algunas señales normales de compañía. Hay varones del *ghetto* [se sobreentiende del *ghetto* negro de Estados Unidos; N. del T.] tan orientados hacia la labor activa de este tipo que han aprendido a maniobrar a las muchachas para que no puedan negar el empleo de esas señales, ni siquiera cuando a juicio de la chica ya ha quedado claro, en la conversación, que no va a ir más allá. Entiendo que esta técnica suele ser eficaz, tanto más cuanto que nadie puede decir exactamente qué está pasando.

presente para enfrentarse con los transgresores: puede lanzar un desafío a todo el que trate de desplazar la señal y combatir —o al menos ser testigo de— su apropiación. Sin embargo, quien desee conservar un recinto no está tan bien protegido, porque quizá no se halle siempre presente para vigilar los medios de señalarlo. Lo probable es que la señal en sí sea algún objeto personal que se puede robar y que quizá merezca la pena robar, lo cual nos recuerda que los efectos entrañan la propiedad además de la posesión. Por tanto, para conservar un recinto es posible verse obligado a exponerse a que le roben a uno una posesión personal. De ello se sigue que en las comunidades en que abundan mucho los pequeños robos, es posible que la organización de recintos sea menos frecuente de lo habitual. Así demuestran las tendencias recientes en la organización social. Las playas de la costa meridional de Francia están muy densamente pobladas por personas de diversas nacionalidades, clases y grupos de edades. Sin embargo, se utilizan como señales bolsos y pantalones de personas que han desaparecido en las olas por el momento. Las playas estadounidenses, cuyos usuarios proceden de las grandes ciudades de los Estados Unidos, conducen menos a la organización de recintos. Es posible que, a este respecto, la propia Nueva York, como ambiente de posibles recintos, represente actualmente un caso extremo: sus ciudadanos han renunciado en medida apreciable a esta forma básica de organización social pública.

III. Modalidades de la infracción

Si las reservas de tipo territorial son la reivindicación clave en el estudio de la coexistencia, entonces el delito clave es la incursión, la intrusión, la invasión, la presunción, la calumnia, el ensuciamiento, la contaminación, en resumen, la infracción. Parece ser que los principales agentes y autores de este tipo de delito contra los límites son los propios individuos y lo que cabe identificar íntimamente con ellos.

Pasemos a considerar los agentes humanos de la infracción y a examinar en primer lugar las distintas modalidades:

1. Existe la colocación ecológica del cuerpo en relación con el territorio reivindicado. El modelo en este caso el de las relaciones clásicas de las castas indias, con su concepto de distancias mensurables que señalan la proximidad permisible entre personas de castas diferentes, en el cual la persona de cargo más alto sirve de centro de un espacio personal, y la otra, de fuente de contaminación, la

potencia de cuya contaminación depende de la distancia social entre las castas ²⁴.

2. El cuerpo, incluidas las manos, como algo que puede tocar, y en consecuencia manchar, el envoltorio o las posesiones de otro. Sin duda, en nuestra sociedad el caso extremo es la agresión sexual.

3. El ojeo, la mirada, la penetración de visual. Aunque en nuestra sociedad la infracción que se puede cometer con miradas intrusas tiende a ser menor que otros tipos de incursiones ofensivas, la distancia a la cual puede producirse la intrusión es considerable, las direcciones son múltiples, las ocasiones de intrusión posible son muchísimas, y los reajustes necesarios en la disciplina ocular son constantes y delicados. Obsérvese que la necesidad de una gran disciplina ocular se ve reforzada porque las miradas también desempeñan un importante papel en un marco diferente, el de su aplicación a actos internos de un encuentro, como ocurre en las solicitudes de conversación y la ratificación de ésta, la gestión de la toma de turnos entre oradores, el desvío de la cabeza para manifestar modestia, vergüenza y tacto, la aplicación del énfasis de sinceridad, las miradas a media distancia, etc. Dentro del marco del encuentro, la mirada directa no suele ser una invasión porque le corresponden otras tareas ²⁵.

Si bien cabe considerar que la preocupación por las diversas formas de incursión aumenta positivamente con la posición de clase social, y aunque efectivamente parece que cuanto más rico sea un individuo mayores son las reservas a su disposición, sin embargo, como ya se ha sugerido, la relación no es sencilla. Tómese, por ejemplo, el comportamiento ocular. Por ejemplo, entre las pandillas juveniles de estadounidenses de ascendencia mexicana de clase baja la idea del «mirar mal» parece bastante bien establecida, y se refiere

²⁴ Puede hallarse una exposición del concepto tradicional en J. H. Hutton, *Caste in India*, 2.ª edición (Bombay, Nueva York, Indian Branch, Oxford University Press, 1951), especialmente en la página 79. Claro que lo que de hecho ha ocurrido en diversos lugares y momentos en la India es otra cosa. Cabe hallar una exposición actual sobre la cuestión de la contaminación en Louis Dumont, *Homo Hierarchicus*, versión al inglés de Mark Sainsbury (Chicago, University of Chicago Press, 1970), págs. 130-151.

²⁵ Claro que, además, hay grandes diferencias transculturales en las normas que se observan dentro del marco del encuentro. Por ejemplo, se ha sugerido que una de las dificultades con que tropiezan los niños puertorriqueños en las escuelas estadounidenses es que cuando bajan los ojos por creer que esa es la reacción correcta cuando el maestro les riñe, pueden darle a un adulto estadounidense la sensación de que tratan de negar todo interés, lo cual puede llevar a que la riña se haga peor (Thomas Kochman, «Cross-Cultural Communication: Contrasting Perspectives, Conflicting Sensibilities», monografía inédita, Departamento de Lingüística, Northeastern Illinois State College, 1970).

a una infracción de la forma de que los subordinados deben desviar la mirada tras devolver durante un instante la del superior. Aquí intervienen las ideas de terreno y de jerarquía de dominación. Además, es posible que en los bailes un muchacho tenga que defender la integridad de su relación con una chica a quien otro muchacho lleva mirando demasiado tiempo desde el otro lado de la sala, galantería que quizá no resulte tan pronunciada entre quienes pueden proteger sus posesiones de relación con las intimidades habituales que se pueden comprar por dinero ²⁶.

En la sociedad de clase media se encuentra fácilmente la cautela en el uso de los ojos en relación con la desnudez. Por ejemplo, parece que en los campamentos de nudistas se realizan grandes esfuerzos para evitar dar la sensación de que se está mirando a las partes pudendas de los demás ²⁷. A veces, las camareras de los bares *topless* son objeto de la misma cortesía por parte de sus clientes, especialmente cuando les sirven de cerca. Hay una norma de nuestra sociedad: cuando los cuerpos se desnudan, la mirada se cubre.

4. Interferencia de sonido, que son los ruidos que hace una persona y que los presentes consideran como una intrusión, por exigir, diríamos, demasiado espacio sonoro para él solo. Además, existe la práctica de mantener un encuentro a una distancia que es muy superior a la correcta conforme a las normas vigentes.

5. La forma de dirigir la palabra, como ocurre cuando elevan la voz los subordinados en un encuentro, o cuando un individuo hace observaciones a modo de conversación cruzada a personas con las que no se halla en un estado ratificado de conversación ²⁸, o cuando la gente que vive de lo que saca por la calle, del tipo que sea, inicia encuentros importunos con quienes pasan a su lado, lo cual, dicho sea de paso, es la fuente de situaciones desagradables con que se tropiezan los turistas occidentales en las culturas de la mendicidad.

6. Los desechos corporales, que se deben estudiar conforme a cuatro agentes distintos de ensuciamiento. En primer lugar, los excrementos corporales (o sus manchas) que contaminan por contacto directo: esputos, mocos, sudor, partículas de comida, semen,

²⁶ Cito aquí una monografía inédita (1965) de Nick Vaca. Véase también Lewis Yablonsky, *The Violent Gang* (Nueva York, Macmillan; Londres, Collier-Macmillan, 1962), pág. 157.

²⁷ Martin S. Weinberg, «Sexual Modesty and the Nudist Camp», en *Social Problems*, XII, núm. 3 (1965), 315.

²⁸ Tom Wolfe da un buen ejemplo en «The Voices of Village Square», en su libro *The Kandy-Kolored Tangerine Flake Streamline Baby* (Nueva York, Pocket Books, 1966; Londres, Mayflower Books, 1966).

vómitos, orina y materia fecal (hay una racionalización de la teoría de los gérmenes en nuestras actitudes a este respecto, en que el extremo clásico de contaminación son las llagas supurantes de los leprosos)²⁹. En segundo lugar vienen los olores, de los que forman parte el flato, el mal aliento y los olores corporales³⁰. Al igual que la vista, el olor funciona a distancia y en todas las direcciones; al revés que la vista, no puede interrumpirse una vez que se ha cometido la infracción, y puede permanecer en un lugar cerrado después de haber desaparecido el agente. En tercer lugar, existe un factor menor, el calor corporal, que se halla, por ejemplo, en las sábanas de los hoteles de cuarta, en los asientos de los retretes públicos, en las chaquetas y los jerseys que se acaban de quitar sus usuarios y que se prestan a otros o que éstos toman por equivocación³¹. Por último, el más etéreo de todos ellos, las señales dejadas por el cuerpo en las que cabe imaginar que quedan algunos desechos corporales, como, por ejemplo, en los restos que quedan en los platos. Obsérvese que en esta cuestión de las señales, los cuchillos actúan de forma interesante (al igual que otros cubiertos), pues constituyen los medios de tomar sin contaminar, como aprenden los niños de clase media la primera vez que su madre se encuentra con la huella del hueco que han dejado sus dientes en una tarta, una hogaza de pan o una fruta. Esa huella ensucia, y es muy importante desinfectar el objeto y su contexto, para lo cual hay que cortarlo con un cuchillo limpio hasta que sólo queda una superficie lisa. Obsérvese que estas apreciaciones no son recientes ni se limitan a la sociedad occidental. Así, el florentino Giovanni Della Casa sugiere, en su libro de etiqueta publicado en Florencia en 1558:

También es costumbre desagradable levantar la copa de vino de otra persona, o su comida, hacia la nariz y olerlo. También os aconsejaría que no oláis vuestra propia comida y bebida, porque pueden caer gotas de la nariz, e incluso

²⁹ Cabe hallar útiles argumentos de que la teoría del germen se limita a racionalizar preocupaciones rituales en Mary Douglas, *Purity and Danger* (Londres, Rutledge and Kegan Paul, 1966).

³⁰ Los anuncios televisivos sobre las medidas que se deben tomar para no «ofender» constituyen un material bastante risible a este respecto, pero no son tan risibles como la realidad. Las precauciones que realmente adoptan algunos individuos con objeto de no contaminar a otros con diversos desechos corporales serían dignos de un santo. Por ejemplo, hay varones que si rozan a una mujer pueden decir «perdón» hacia adentro, con objeto de impedir la posible contaminación por el aliento.

³¹ El primer estudio de las implicaciones rituales del calor corporal se halla en Edward Hall, «A System for the Notation of Proxemic Behavior», en *American Anthropologist*, LXV (octubre de 1963): especialmente en las páginas 1.014 y 1.015.

la idea de que pueda ocurrir esto resulta desagradable. También debo recomendaros que no ofrezcáis a nadie una copa de vino que hayáis gustado y tocado con los labios, salvo que se trate de alguien muy íntimo. Menos aún debéis ofrecerle una pera u otra fruta que ya hayáis mordido³².

En este caso, la razón no es una base inmediata de comprensión. Las parejas que tienen una intimidad sexual pueden seguir sintiendo repugnancia ante la idea de usar el uno el cepillo de dientes del otro. Hay hombres que beben de la misma botella (y que de hecho considerarían poco viril el negarse a hacerlo) que no tocarían el plato a medio comer de otro. Una persona que considera incorrecto utilizar su propio cuchillo para sacar mantequilla del plato común puede estar perfectamente dispuesta a, e incluso deseosa de, comer a la china en un restaurante chino³³. Otra persona que se apresura a recoger y utilizar un par de gafas de sol que se encuentra en la calle puede negarse a recoger un peine o un cepillo del mismo sitio, en muchos casos aunque nadie vea que los ha visto. Y es posible entender que los alimentos grasientos y cremosos que no se consideran contaminantes para la boca sí contaminan las manos si el contacto ha de hacerse sin que haya unos utensilios aislantes.

El efecto de intrusión de las cosas relacionadas con el cuerpo, se trate de proximidad, contacto o desechos, varía mucho según lo que efectúa la intrusión. En la sociedad occidental, parece que los codos y la parte superior de la espalda tienen poca capacidad para contaminar, y los órganos sexuales mucho. Resulta interesante hallar un cierto paralelismo por lo que respecta a las reservas; como ya se ha sugerido, el codo es una parte del cuerpo que es poco vulnerable a la contaminación, las «partes pudendas» lo son más. Así es como en nuestra sociedad se pueden utilizar los codos como espaciadores, que aseguran al actor un cierto espacio personal, pues los codos son

³² Giovanni Della Casa, *Galateo*, citado de la traducción al inglés de R. S. Pine-Coffin (Londres, Penguin, 1958), pág. 26.

³³ Debido, sin duda, en parte a una fina película de aculturación. En su autobiografía, Malcolm X da un ejemplo. La primera vez que le ofrecieron de comer al estilo musulmán, se negó a aceptar: «El problema era, debo reconocerlo, que en aquel momento no sabía si podía aceptar su manera de comer. Todo estaba en un caldero en la alfombra del comedor, y vi como todos metían la mano en él.» Algún tiempo después, tras haber sido muy bien recibido, dice:

Pero ya no me parecían raras las costumbres del mundo musulmán. Metía la mano sin reservas para sacar la comida del plato común compartido con mis hermanos musulmanes. Bebía sin titubear del mismo vaso que otros; me lavaba con el agua de la misma palangana, y dormía al aire libre con otras ocho o diez personas en la misma estera.

The Autobiography of Malcolm X (Nueva York, Grove Press, 1965; Londres, Hutchinson, 1966), págs. 330, 343 y 344.

una parte del cuerpo que apenas si puede ser agente u objeto de intrusión³⁴. Sin embargo, y pese a este paralelismo, debe quedar claro que el carácter del individuo como territorio (o como centro de territorios) no es simplemente una contrapartida opuesta al hecho de que es una fuente de infracciones. En el primero de esos papeles rechaza a otros, en el segundo penetra; las formas que se adoptan en los dos papeles son diferentes.

IV. Infracciones territoriales

El discriminar tipos de territorio y tipos de infracción no nos brinda todo el marco que necesitamos a fin de introducir el orden en las variedades de infracción territorial³⁵. La complicación consiste en que quien reivindica un territorio y los impedimentos a su reivindicación no se hallan necesariamente en diferentes personas, ni necesariamente se hallan ubicados en el mismo individuo la agencia de la infracción y el autor de la infracción.

1. La infracción territorial prototípica ocurre cuando un individuo se entromete en la reserva que reivindica para sí otro individuo, con lo cual el primero funciona como un impedimento a la reivindicación del segundo.

Debe señalarse que la intromisión entraña dos tipos diferentes de pecado. Uno es el que sugiere el término «intrusión»: se trata del caso obvio del individuo que penetra en un territorio al que no tiene derecho de acceso, o que contamina una reserva de otro modo. Los autores pueden ser diversos: cabe percibir que el acto no es intencionado, o que se trata de un producto secundario a sabiendas de algún proyecto urgente, o malicioso, que se realiza únicamente para ofender. Los extremos son interesantes. Uno es la violación. Otro, menos conocido, es el ensuciamiento de territorios fijos me-

³⁴ Como en todas las sociedades los individuos tienen que pasar el día como sea, cabe prever que en toda sociedad en que se definan algunas partes del cuerpo como contaminadoras y contaminables, a otras partes del cuerpo habrá que darles una condición relativamente neutral (claro que, como ya se ha sugerido, hemos de prever que las sociedades difieren mucho en la forma de segmentar el cuerpo con fines rituales). Un comentario sobre esta pauta en la India lo formula Henry Orenstein en «Toward a Grammar of Defilement in Hindu Sacred Law», en Milton Singer y Bernard S. Cohn, comps., *Structure and Change in Indian Society* (Chicago, Aldine Publishing Company, 1968), pág. 123.

³⁵ Existe una clasificación útil de las ofensas territoriales en Stanford M. Lyman y Marvin B. Scott, «Territoriality: A Neglected Sociological Dimension», en *Social Problems*, XV (otoño de 1967), 243 y 244.

dante la defecación³⁶. Otro es el que describe Valachi al hablar de su escuela secundaria, la del Correccional Católico de Nueva York:

El más duro era el hermano Abel. Era el encargado de la sastrería, y nos arreaba de lo lindo con el metro. No importaba que hubiéramos hecho algo malo o no. Lo mejor que se podía hacer era mantenerse a distancia de él si no se estaba uno buscando una paliza. Después, un día, el hermano Abel fue y se murió. Exhibieron el cadáver en la capilla. No me olvidaré en mi vida. Todos los chavales de las cinco galerías del correccional tuvimos que ponernos en fila para verlo y despedirnos de él. En total debíamos ser unos 300. A mí me tocó cerca del final de la fila y cuando me llegó el turno de ver al muerto, casi me desmayo. El hermano Abel tenía todo el pecho lleno de escupitajos; ¿qué iba a hacer yo? Escupí también³⁷.

O sea, que la intrusión es una forma de intromisión; otra es la obtrusión. Con esto quiero decir la capacidad de un reivindicador para imponer exigencias territoriales en una esfera más amplia de la que los demás consideran que se le debe, obligando a los segundos a sentirse como si fueran ellos mismos quienes actúan como intrusos, aunque a juicio de ellos no es así. El ejemplo típico es el que ocurre cuando un individuo formula reivindicaciones que se consideran excesivas de espacio personal, y de paso se entromete en el espacio personal de quienes se hallan adyacentes a él o en zonas que se considera son públicas en el sentido de no ser reivindicables. Los gritos «ofensivos» que sostienen un encuentro a una gran distancia son otro caso corriente. Así, en las pistas de esquí de Nueva Inglaterra están empezando a llegar muchachos sin antecedentes conocidos que, como tienen su propia idea de lo que es la sociabilidad ritual, mantienen un intercambio constante de saludos jocosos, charla y otras impiedades en voz alta desde la pista al telesilla, por considerar que este tipo de separación entre amigos es un motivo para establecer contacto, y no para renunciar a él, con lo que molestan mucho a quienes tienen un derecho natural, de nacimiento, al deporte del silencio. Cuando Kingsley Amis explica por qué no le gustó

³⁶ Véase, por ejemplo, Albert B. Friedman, «The Scatological Rites of Burglars», en *Western Folklore*, XXVII (julio de 1968), 171-179, y Albert K. Cohen, *Delinquent Boys* (Nueva York, The Free Press, 1955; Londres, Collier-Macmillan, 1955), pág. 28. Este tipo de ensuciamiento debe distinguirse del uso rutinario que varios animales hacen de su orina y sus heces como medio de reivindicar territorio mediante la distribución de señales.

³⁷ Peter Maas, *The Valachi Papers* (Nueva York, Bantam Books, 1969). Durante las dificultades de 1968 en la Universidad de Columbia, David Truman, que era entonces vicepresidente de la Universidad, recibió un saludo por el estilo de algunos estudiantes. Véase Jerry L. Avorn y otros, *Up against the Ivy Wall* (Nueva York, Atheneum, 1969), pág. 200.

Cambridge da un ejemplo paralelo, pero con la diferencia de clases invertida:

Por comprensible que sea que las aulas de Cambridge sigan siendo coto de las clases altas, el resultado de ello me deprimía. El oír cómo todos estos mozos —sin duda una pequeña minoría, pero qué elocuente— se ladraban y aullaban los unos a los otros de un lado a otro de las calles o en los bares me impedía pensar en Donne. Algunas veces me convertía en un movimiento de resistencia unipersonal, con las miradas de reproche que les echaba, tratando de obligarles a darme las gracias cuando me hacía a un lado en las puertas de las tiendas para que pasaran, al impedirles que robaran taxis. Nada. Estaban demasiado bien establecidos. Un día, justo a medio día, estaba bebiéndome una cerveza tranquilamente sin meterme con nadie en la Tienda de Vinos de Miller cuando de pronto bramó una voz:

«Bueno, ya sé que ese tipo de interpretación ya está pasada hoy día, pero lo que tengo que decir es que a mí me parece que un tío como Gielgud tiene una *presencia* y una *autoridad*, y por lo menos a uno le da la sensación de que el tío se ha leído un libro alguna vez y puede salir al escenario sin empezar a dar saltos como un...»

Y siguió. Lo que me impresionó no fue el contenido de este discurso, sino su volumen. Miré sorprendido en torno a mí. Nadie más prestaba la más mínima atención; incluso Stanley seguía detrás del bar, limpiando los vasos tranquilamente. Si el orador hubiera sido hijo mío —estaba rodeado de sus padres y otros parientes— me habría llevado un dedo a los labios o, si no bastaba con eso, le habría dado con la mano en la boca. Pero, claro, reflexioné, yo soy hijo de la clase media baja, cuyos miembros hablan en voz baja cuando están en público, para que los demás no puedan oírlos y criticarlos³⁸.

En la interacción cotidiana, pueden darse simultáneamente intrusiones y obtrusiones, que junto con la reacción colectiva que provocan pueden guiar de cerca el comportamiento. Un buen ejemplo es el que brindan dos individuos obligados a sostener una conversación animada entre sí cuando se hallan obligados a sentarse en una proximidad que ya resulta incómoda. En ese caso puede darse un vínculo sistemático entre los gestos del que está hablando, que figuran como acompañamiento cinético de su charla, y la conducta defensiva de quien escucha, que se va ajustando territorialmente a la configuración cambiante del orador (y, naturalmente, estos papeles cambian al irse sucediendo los turnos en la conversación). El resultado brinda una base para lo que se ha calificado de sincronía de la interacción³⁹.

³⁸ Kingsley Amis, «No More Parades: On Leaving Cambridge», en *Encounter*, XXII (febrero de 1964): 25 [los subrayados son los del original].

³⁹ Término introducido por W. S. Condon del Instituto y Clínica Psiquiátricos Occidentales de Pittsburgh, para referirse a la estrecha reciprocidad de

2. O sea, que hay intromisiones, que excluyen las intrusiones y las obtrusiones. Considérese ahora el delito territorial que se produce cuando un individuo comete una infracción contra sí mismo, posibilidad que está implícita en lo que ya se ha dicho acerca de los papeles rituales separables de individuo.

La organización de las infracciones contra uno mismo es variable. En primer lugar, existen las automaculaciones: el individuo como fuente de contaminación se ensucia su propia reserva. En este caso extremo, al menos en nuestra sociedad, consiste en ensuciarse uno con comerse sus propias materias fecales, tipo de perversidad heroica que se va haciendo raro en nuestros hospitales mentales⁴⁰. Las prácticas de limpieza que protegen al individuo contra la automaculación se pueden ver en todas partes, y muy bien, por ejemplo, en los mostradores de las cafeterías a la hora de comer, cuando se puede observar a mecanógrafas immaculadas que comen enormes bocadillos complicadísimos al mismo tiempo que reducen al mínimo todo contacto con lo que pudiera mancharlas, lo que efectúan con una destreza de dedos y boca que resulta impresionante, y al mismo tiempo mantienen los codos y los ojos fuera de los territorios de quienes se hallan a sus costados⁴¹.

Debe señalarse que los desechos corporales que se convierten en materias de maculación o autocontaminación suelen empezar por ser una parte del cuerpo que no es autoensuciadora, que no es, como se suele decir, ajena al yo. Estos materiales se convierten, de un modo u otro, en algo de carácter transformado que adquiere la capacidad de manchar poco después de salir del cuerpo, como ha descrito muy bien Allport:

movimiento físico entre quien habla y quien escucha. Véase W. S. Condon y W. D. Ogston, «Sound Film Analysis of Normal and Pathological Behavior Patterns», en *Journal of Nervous and Mental Disorders*, CXLIII (1966): 338-347.

⁴⁰ El programa espacial ha patrocinado investigaciones que de paso han generado una versión muy contemporánea de estas cuestiones. En estudios ideados para medir exactamente el proceso metabólico humano, se pidió a sujetos experimentales que acopiasen (para pesarlos y analizarlos) todos los desechos corporales propios que les fuera posible, incluido el sudor. Como cabía esperar, los sujetos presentaron gran resistencia. Véase Suellen Lanstein, «Human Experiments: Social Structure and Social Control» (Tesis de Maestría inédita, Space Science Laboratory, Universidad de California en Berkeley, sin fecha).

⁴¹ En *Portnoy's Complaint* (Londres, Jonathan Cape, 1969; Nueva York, New American Library, 1970) Philip Roth nos dio hace poco un estudio literario de la labor ritual conexa a los movimientos intestinales, estudio que sin duda será el definitivo durante mucho tiempo, quizá para siempre.

Lo intimísima (propia) que es la sensación corporal se puede apreciar si se efectúa un pequeño experimento con la imaginación. Piense usted primero en tragar la saliva que tiene en la boca, o hágalo. Luego imagine escupirla en un vaso y beberla. Lo que parecía natural y «propio» se convierte de repente en algo repulsivo y ajeno. O imagínese chuparse la sangre cuando se acaba de pinchar en un dedo; después imagínese chupar la sangre de una venda en el dedo. Lo que percibo como algo separado de mi cuerpo se convierte, en un abrir y cerrar de ojos, en algo frío y extraño ⁴².

O sea, que entre las infracciones contra uno mismo están las automaculaciones. Hay una segunda variedad de infracciones contra uno mismo que cabría calificar de rebajamientos. Un individuo puede mancharse a propósito con los contaminantes de otras personas que, normalmente, se pueden evitar con toda facilidad. Cabe citar el ejemplo más eminente:

Ayer, el papa Pablo VI lavó y besó los pies de 12 seminaristas —en su mayor parte no blancos— en una misa de Jueves Santo, en un gesto simbólico de que la Iglesia está al servicio de los pobres, las víctimas de la guerra y los oprimidos ⁴³.

De una novela, un ejemplo menos ritualizado y de menor altura:

—La mayor parte de la gente tiene ideas preconcebidas de cómo comportarse —continuó Harry—, como yo. Ideas del Renacimiento. Max, no. Este hace lo que le parece. Nada es bueno ni malo, digno ni indigno. No hay una sola experiencia por la que no sea capaz de pasar. Le da completamente igual. Por ejemplo, si cuando nos sentamos a la mesa de un bar quedan dos vasos de cerveza medio llenos que han dejado los clientes anteriores, Max es capaz de terminárselos. De verdad. No le molestaría ni un pelo. Ni un pelo... Eso es el verdadero Hombre Moderno ⁴⁴.

⁴² Gordon Allport, *Becoming* (New Haven, Yale University Press, 1955), página 43. Dicho sea de paso, no debemos suponer que otros pueblos vayan a tener el mismo concepto de dónde debe producirse el cambio entre la autoidentidad y la autocontaminación. Por ejemplo, en el idioma ritual de los brahmines havik tradicionales, parece que la saliva era un contaminante intenso, y se adoptaban precauciones para reducir al mínimo el contacto de los labios propios con la propia persona e incluso con la propia bebida. (Véase Mary Douglas, *op. cit.*, pág. 33.)

⁴³ *San Francisco Chronicle*, 12 de abril de 1968.

⁴⁴ Chandler Brossard, *Who Walk in Darkness* (Nueva York, New Directions, 1952), pág. 39. La diferencia en este caso entre Max y el Papa es interesante, pero no estriba en que uno sea un personaje de ficción y el otro sea real, ni en que Brossard, que yo sepa, no es persona conocida en los círculos del Vaticano. Max actuaría por sí mismo en lo que se califica de capacidad privada, y no se bebería la cerveza para cometer una incorrección (al menos en cuanto a las apariencias), sino pese a ser una incorrección. El Papa no actuaba

Jules Henry, en uno de los pocos informes disponibles sobre la vida en un asilo de ancianos, da algunos ejemplos más. A juicio de Henry éstos eran lo bastante significativos de las circunstancias de los ancianos para hacer innecesaria toda explicación.

Este [Mike, que trabaja para pagar su pensión] fue a la sala de las mujeres a recoger sus bandejas. Cuando salió con éstas se paró junto a la cama del señor Jacks y le ofreció un poco de pan que había dejado una de las pacientes, y el señor Jacks lo agarró ávidamente y lo dejó en la mesilla. Después, Mike se paró junto a la cama del señor Roberts y le ofreció el café que no se había bebido una paciente. El señor Roberts le dio las gracias, lo agarró y se lo bebió a toda prisa para que Mike pudiera llevarse la taza con el resto de las cosas.

Mike se paró junto a la cama del señor Jacks y le alargó una bandeja de la que sólo se habían tomado parte de la comida. Sonrió y le preguntó al señor Jacks si quería el pan de la bandeja. El señor Jacks dijo algo, tomó el pan y lo puso en el cajón de su mesilla ⁴⁵.

Una tercera clase de infracciones contra uno mismo, quizá menos importante que las otras dos, es la de la exhibición: un individuo que reivindica una reserva concreta puede actuar (o se le puede obligar a que actúe) de modo que otras personas que miran y tocan de forma perfectamente normal, se encuentren sin embargo con que cometen una intromisión. El vestido o las posturas incorrectos son

a título individual, sino como agente de la Iglesia, y de hecho como su símbolo y representante ritual, y su acto en sí mismo no tenía valor utilitario, sino que formaba la parte de una ceremonia. Los actos realizados como parte de una ceremonia pertenecen a un marco diferente de su contrapartida literal, y lo que podría ser contaminante del yo en el primero puede no serlo en el segundo (así, cuando personalidades eminentes visitan a los pobres a título representativo el contacto no les ensucia.). Pero pese a estas diferencias analíticas, Brossard y la Iglesia en este caso recurrían al mismo idioma ritual al formular actos que tienen un significado para los demás.

⁴⁵ Jules Henry, *Culture against Man* (Nueva York, Random House, 1963; Londres, Tavistock Publications, 1966), pág. 416. La idea de que la comida a medio consumir es contaminante para quienes la consumen en segundo lugar no se debe llevar demasiado lejos. En las cocinas de restaurante, el personal muchas veces se come lo que queda en los platos, cosa que jamás se les ocurriría hacer cuando ellos mismos van a comer en un restaurante (cabría añadir que en un estudio dirigido por Robert Sommer, un estudiante-experimentador que se comió los restos de un carrito de limpieza de un restaurante en el comedor pronto logró modificar las actitudes de otros clientes, de modo que éstos se metieron en el espíritu de la cosa y empezaron a pasarle a modo de gracia sus propios restos). Y, naturalmente, como se verá pronto, si los restos son los que ha dejado un cónyuge, un hijo o un padre, entonces cabe ejercer una medida considerable de licencia, casi como si lo que se puede difundir por la comida ya estuviera difundido.

un ejemplo de esto; la embriaguez, el llorar delante de desconocidos, las revelaciones del yo son otros ejemplos ⁴⁶.

Al distinguir entre intromisiones e infracciones contra uno mismo era pertinente tener una cierta idea de quién era el autor de la infracción: si el autor era o no el reivindicador, y si era o él mismo el impedimento a la reivindicación. Así, la intención de alguien y su voluntad eran características constituyentes de la descripción consiguiente. Pero no basta con introducir la cuestión de la intención como mera premisa inicial; hay que estudiar la intención más a fondo. Dadas estas percepciones generales de la intención y la infracción, debemos entender que, según se sabe, a veces se dan circunstancias excepcionales, lo que nos obliga a seguir estudiando las percepciones. La dificultad reside en el concepto del autor, y por implicación en el concepto de responsabilidad, de ninguno de los cuales se puede tratar adecuadamente aquí. Sólo se señalarán dos complicaciones. En primer lugar, puede entenderse que ambos individuos implicados en una infracción territorial —el reivindicador y el contrarrevindicador— han actuado de forma inocente y sin darse cuenta, de forma que en este caso particular no cabe decir de ninguno de ellos que sea el autor de la infracción. Y, sin embargo, la labor ritual que sigue, las explicaciones y excusas que restablecen el orden se orientan a lo que habría sido la ofensa si la hubiera cometido un autor normal, «pensable». Lo que se demuestra que no es culpa de nadie es lo que, en otro caso, hubiera sido culpa de alguien, y así debe entenderse si se aspira a que uno sepa cómo anular el acto. En segundo lugar, cuando un individuo está sometido a lo que se entiende como una presión extrema, puede infringir sus propias reservas o las de otros, y, sin embargo, no se entiende que sea él el autor del acto. Así es como una presa, obligada a desvestirse para que la registren, puede verse obligada a exhibirse, igual que le puede ocurrir a una estudiante de secundaria, a quien suspenden si se niega a ducharse desnuda después de hacer gimnasia con otras ocho niñas «y con la profesora de gimnasia allí mirando» ⁴⁷. También en estos casos quienes asisten al acto de desvestirse puede considerarse que son los autores últimos de la infracción, pero la

⁴⁶ Tal como se describe aquí, la exhibición tiene una forma que también se encuentra en infracciones cuyo carácter es menos intencionado. Así, en los últimos tiempos se ha venido tratando de imponer sanciones (o por lo menos de expresar desaprobación) a quienes organizan sus pertenencias de tal modo que otros se puedan sentir fácilmente tentados de robarlas o hacer uso indebido de ellas.

⁴⁷ La situación se cita en una carta de protesta a Abigail Van Buren [conocida consejera de «etiqueta» en los Estados Unidos, N. del T.] en el *San Francisco Chronicle*, de 30 de octubre de 1964.

infracción que se ha producido toma su carácter de una cosa del tipo que un individuo normalmente se hace voluntariamente a sí mismo ⁴⁸.

3. Hasta ahora hemos considerado las formas en que un individuo puede cometer una intrusión o una obtrusión contra otro o una infracción contra sí mismo. Ahora se ha de introducir una complicación sistemática. Como se ha sugerido, ocurre que dos o más individuos posean conjuntamente el mismo territorio, que lo reivindicquen conjuntamente en nombre de su colectividad. Así, cuando un individuo reivindica una mesa al sentarse a ella, puede que de hecho esté reivindicando la mesa para su grupo, para una unidad social en la cual él no es más que un participante. Toda relación social, tanto anónima como personal, implica algún tipo de tenencia conjunta, y algunas relaciones (como las maritales) implican mucha.

De ello se sigue, como ya se ha sugerido, que un acto que puede ser de intrusión o de exhibición cuando un individuo lo realiza ante otro, puede ser perfectamente correcto cuando el mismo individuo lo realiza ante otra persona, ante alguien con quien comparte el territorio pertinente ⁴⁹. Así, es probable que un policía que considera necesario pedir a una prostituta que está en la comisaría que vacíe el bolso para inspeccionar el contenido de éste, se sienta en libertad para rebuscar calderilla en el bolso de su mujer, o cigarrillos. De hecho, las mismas formas de comportamiento utilizadas para celebrar y confirmar relaciones —rituales como los saludos, las preguntas sobre el estado de salud, el hacer el amor— tienen un carácter muy próximo a lo que constituiría una infracción de las reservas si se efectuara entre individuos cuya relación no fuera la adecuada. Lo mismo cabe decir de los actos que se realizan como medios de señalar la iniciación o la extensión de una relación personal. Y resulta difícil apreciar cómo podría ser de otro modo. Porque si un individuo desea unirse a alguien en un lazo social de algún tipo, sin duda debe hacerlo mediante la renuncia a algunos de los límites

⁴⁸ Mary Owen Cameron, en *The Booster and the Snitch* (Nueva York, The Free Press, 1964; Londres, Collier-Macmillan, 1964), pág. 161, sugiere que cuando el personal de seguridad de los grandes almacenes obliga a las descuidadas de tiendas a desnudarse para que las registren, esperan que esta humillación llevará a las transgresoras a cambiar de hábitos.

⁴⁹ Esto no es decir que un individuo obligado a abandonar una reserva porque una relación lo requiere celebre hacerlo. Un buen ejemplo de esto es lo que se calificaba (en la pasada generación, cuando es de suponer que esta idea estaba más difundida) del «aspecto repulsivo del matrimonio». Las mujeres respetables de aquella época evitaban de forma muy complicada toda contaminación procedente de los hombres, pero únicamente para encontrarse después de la boda con que había que permitir la entrada de una de estas personas. Sin duda, estas señoras hallaban algún consuelo en el hecho de que, si bien se veían obligadas a sufrir esa infracción no estaban obligadas a gozar con ella.

y las barreras que normalmente los separan⁵⁰. De hecho, el haber renunciado a estas separaciones es un símbolo central y una sustancia de la relación, igual que el acto de *ser el primero* en renunciar a ellas es una señal central de la formación de la relación. En consecuencia, un acto territorial ofensivo puede interpretarse habitualmente como una presunción acerca de la relación, pues habrá alguna relación en la que se comparta la reserva pertinente, y la infracción resulta imposible a este respecto.

Todo esto nos lleva a ver que además de las intromisiones y las infracciones contra uno mismo existe una tercera variedad de infracción territorial, esto es, el esfuerzo del individuo por mantener a distancia a personas a las que (a juicio de estas últimas) no tiene derecho a mantener a esa distancia. La negativa a participar en las conversaciones de los parientes, o a divulgar información privada pertinente a una autoridad legítima, o a desvestirse delante de un médico son ejemplos de esto.

V. Conclusiones

Desearía plantear tres cuestiones generales en relación con la territorialidad y la interacción directa. En primer lugar, aunque en esto intervienen muchas cosas de las que cabría decir en términos tradicionales durkheimianos que guardan relación con la delicadeza ritual y con el mantenimiento y la infracción de las reglas normativas, también ocurre que las similitudes con la actividad animal son muy señaladas; de hecho, los conceptos básicos proceden de la etología. Sea como sea, debemos establecer una perspectiva que pueda incorporar estrechamente estos dos puntos de vista tradicionalmente ajenos, al menos al estudiar los pequeños comportamientos que componen la interacción directa.

En segundo lugar, la forma tradicional de concebir las amenazas a las normas se centra en un reivindicador y un infractor en potencia, y aunque desde luego esto tiene su valor, especialmente cuando examinamos de cerca todos los medios disponibles para introducir remedios y correcciones, sin embargo con ello se suele descuidar el papel de la situación. En muchos sentidos, un paradigma mejor con-

⁵⁰ A este respecto es interesante la moda actual de la «terapia de encuentro de grupo». Como la licencia para entrar en reservas privadas es una expresión de una relación íntima, es posible simular de cerca la formación de una relación mediante la adopción de disposiciones para fomentar la infracción. Durante la última guerra, los chinos intentaron algo parecido con sus llamados grupos de lavado de cerebro. Según parece, la versión estadounidense es mucho más divertida.

sistiría en suponer a unos cuantos participantes, todos los cuales están tratando de evitar la infracción directa de las normas y todos los cuales se ven obligados a hacer frente a las contingencias que introducen las diversas características de contextos diversos. En este caso se dan por descartados los diversos objetivos y deseos de los participantes —como norma y rutina— y se entiende que el elemento activo y variable son las características de la situación imperante. Por ejemplo, los urinarios de los retretes públicos de los Estados Unidos obligan a los hombres a estar muy cerca unos de otros en circunstancias en que, durante un cierto tiempo, deben exhibirse. En esos sitios se utiliza la vista con gran cuidado, para que la intimidad no quede violada más de lo necesario. Cuando hay dos hombres que orinan al lado, los ojos de ambos tendrán un territorio superficial muy limitado al que mirar con seguridad⁵¹. Análogamente, cuando un individuo entra en una nueva región, puede encontrarse con que hay muy pocas plazas disponibles que estén lo bastante alejadas de las demás personas presentes para que se las pueda contemplar con impunidad, y los sitios que están lo bastante distantes pueden no brindarle refugio para su propia actividad. Es probable que los sitios que valen desde ambos puntos de vista se conviertan en recursos en el contexto de que se trate, esto es, en nichos que parecen inducir a la contemplación; de ello son ejemplos la máquina de Coca-Cola en las estaciones de autobuses llenas de gente, la máquina del café en oficinas muy activas, el mostrador de caja en las salidas de los supermercados. Análogamente, es al entrar en una nueva región cuando el individuo se encontrará con que es más urgente el ojeo de orientación. El punto al que el cobrador de autobús dirige sus atenciones al tomar los billetes es ejemplo de esto: a partir de aquí, el pasajero que sube tendrá su última oportunidad de verificar con qué gente viaja, estará lo bastante lejos de los demás pasajeros para poderlos mirar sin ofenderlos, y realizará una transacción con el cobrador (o con la máquina que da el cambio) que servirá para explicar su pausa. De hecho, hay contextos como los restaurantes que suelen originar lo que se ha calificado de «ciclo de entrada»⁵². Justo al lado de la entrada, el recién llegado puede aprovechar una última oportunidad de mejorar su aspecto

⁵¹ Cosa que, naturalmente, abre camino a una utilización que cabe hacer de la contemplación deliberada, a cuyo respecto véase Laud Humphreys, *Tea-room Trade* (Chicago, Aldine Publishing Co., 1970).

⁵² Muy bien descrito, con ese nombre, por Lynette Lofland en *In the Presence of Strangers: A Study of Behavior in Public Settings* (Universidad de Michigan, Centro de Investigación sobre la Organización Social, mayo de 1966), páginas 100 y ss.

personal⁵³, al entrar el momento que se concede para quitarse el abrigo, esperar a los demás miembros del grupo, dirigirse al maestralesala, etc., brinda la cobertura y la distancia necesarias para realizar con seguridad una operación de ojeo.

La última cuestión general en relación con la territorialidad es que, al estudiar las pequeñas reservas de situación y egocéntricas del yo —el respeto de que se les da muestra y las defensas de ellas que se emplean— nos vemos obligados a tratar de lo que es, en cierto modo, el centro del sentimiento subjetivo que el individuo tiene de su yo, su ego, la parte de sí mismo con la que identifica sus sentimientos positivos. Y en este caso no se trata ya de si una reserva se mantiene exclusivamente, o se comparte, o se renuncia totalmente a ella, sino más bien el papel que se permite al individuo en cuanto a determinar lo que reivindica. Una decisión aparentemente autodeterminada y activa acerca de cómo se utilizarán las reservas de uno permite que esas reservas constituyan las bases de un idioma ritual. Así, toda la posibilidad de utilizar los territorios del yo de forma doble, evitando las tomas de contacto como medio de mantener el respeto y entrando en contacto como medio de establecer afecto, gira en torno a la cuestión de la voluntad y a la autodeterminación. Y en esta dualidad reside la posibilidad de conceder significado a los acontecimientos territoriales y a la viabilidad de concedérselo⁵⁴. No es extraño que la autodeterminación percibida

⁵³ En los restaurantes, la oportunidad de comprobar la apariencia se da tradicionalmente a las mujeres en los «tocadores». En las reuniones sociales, las mujeres que llegan suelen recibir la misma ayuda previa a la presentación.

⁵⁴ La utilización múltiple o «sobredeterminada» de las mismas disposiciones de interacción parece ser un rasgo general de la vida pública. Además de los ejemplos ya mencionados, cabría citar otros. Como existe una norma contra la tentativa de mirar a un desconocido a los ojos, entonces puede hacerse precisamente esa tentativa como medio de «ligar», o como medio de darse a conocer a alguien al que se está esperando, pero al que todavía no conoce. Análogamente, como el mirar directamente es una invasión de la reserva de información, puede utilizarse la mirada como sanción negativa justificada contra alguien que se ha comportado mal, cuyo mal comportamiento da y asegura un sentido especial a un examen excesivamente prolongado (así, si uno quiere contemplar a otros con impunidad, no hay más que arreglárselas para hacer que los otros invadan una reserva territorial, y entonces se puede responder correctamente si se los examina). A este respecto, véase Goffman, *Behavior in Public Places* (Nueva York, The Free Press, 1963; Londres, Collier-Macmillan, 1963), pág. 95.

En general, pues, podemos decir que una norma tiende a hacer que resulte posible un conjunto significativo de no adhesiones a ella, sólo una de las cuales es una infracción, pues las demás son funciones que resultan posibles gracias a nuestra capacidad para discriminar (y para confiar en que otros discriminan) entre tipos de no adhesión.

sea algo clave para el sentimiento de uno de lo que significa ser persona en todo el sentido del término. Entonces cabe entender la voluntad personal, o volición, no como algo con lo cual tienen que llegar a un arreglo y hacer concesiones las disposiciones territoriales, sino más bien como una función que se debe insertar en los agentes para que pueda funcionar el doble papel de las reservas.

INTERCAMBIOS DE APOYO

I

El ritual es un acto formal, convencionalizado, mediante el cual un individuo refleja su respeto y su consideración por algún objeto de valor último a ese objeto de valor último o a su representante¹.

En su famoso análisis de la religión, Durkheim dividía el ritual en dos clases: positivo y negativo². El tipo negativo comporta prohibiciones, evitación, distanciamiento. Es lo que estudiamos cuando examinamos las reservas del yo y al derecho a que nos dejen en paz. El ritual positivo consiste en las formas en que se puede rendir homenaje mediante ofrendas de diversos tipos, las cuales entrañan que el actor se acerque de un modo u otro al receptor. El argu-

¹ El término «ritualización» se utiliza mucho en la etología (tras la labor inicial de Julian Huxley) en sentido derivativo para referirse a una pauta de comportamiento de adaptación física que ha quedado algo alejada de su función inicial, ha adquirido una forma rígida y a la que se da importancia como señal o «liberador» para los que comparten las propias especificaciones. Véase, por ejemplo, A. D. Best, «The Concept of Ritualization», en W. H. Thorpe y O. L. Zangwill, comps., *Current Problems in Animal Behaviour* (Cambridge, Cambridge University Press, 1961), págs. 102 a 124. Un volumen muy útil es *A Discussion on Ritualization of Behaviour in Animals and Man*, Philosophical Transactions of the Royal Society of London, serie B, Ciencias Biológicas, volumen 251, n.º 772 (Londres, diciembre de 1966), págs. 247 a 526.

² Émile Durkheim, *Elementary Forms of Religious Life* [«Las formas elementales de la vida religiosa»], en la traducción de Joseph Ward (Nueva York, Macmillan, 1926; Londres, Allen and Unwin).

mento más frecuente es que estos ritos positivos afirman y apoyan la relación social entre el actor y el receptor. La realización incorrecta de los ritos positivos es un desprecio; la de los ritos negativos, una violación.

En la sociedad contemporánea están en decadencia en todas partes, al igual que los largos programas ceremoniales que entrañan largas series de ritos obligatorios. Lo que queda son breves rituales que un individuo ofrece para otro, que son testimonios de buena educación y de buena voluntad por parte de quien los realiza y de que el receptor posee un pequeño patrimonio de sacralidad. Lo que queda, en resumen, son rituales interpersonales. Estas pequeñas piedades son una diminuta versión de lo que buscarían los antropólogos en su paraíso. Pero merece la pena examinarlas. Nuestra visión secular de la sociedad es lo único que nos impide apreciar la ubicuidad y la estrategia de su situación y, a su vez, su función en la organización social.

El ritual interpersonal en nuestra sociedad tiene una relación especial con la distinción establecida por Durkheim entre ritos positivos y negativos.

En primer lugar, cosa que Durkheim no podía haber previsto, las investigaciones que se están realizando actualmente sobre la territorialidad y las reservas personales nos permite describir con mucho detalle los ritos negativos, y no como una restricción ocasional, sino como un mecanismo central de organización del orden público.

En segundo lugar, los rituales interpersonales tienen un carácter de diálogo, y esto influye de forma diferente en los ritos positivos y negativos. Cuando se produce una ofrenda ritual, esto es, cuando un individuo da una señal de interés en y de relación con otro, corresponde al receptor demostrar que se ha recibido el mensaje, que se ha apreciado su importancia, que la relación afirmada existe efectivamente tal como implica el actor, que el propio actor tiene un valor como persona y, por último, que el receptor tiene un carácter agradecido y apreciativo. Así, la prestación (por utilizar el término favorito de Mauss³) lleva a la contraprestación, y cuando nos centramos en los rituales menores celebrados entre personas que están en presencia la una de la otra, la afirmación de donación tiende a verse seguida inmediatamente por una demostración de gratitud. Ambos gestos tomados juntos forman una pequeña ceremonia, un «intercambio de apoyos». También el ritual negativo lleva al diálogo, pero de forma menos directa y por una vía diferente. Por lo gene-

³ Marcel Mauss, *The Gift* [Ensayo sobre el don], en traducción de Ian Gunsion (Londres, Cohen and West, 1954).

ral, las circunspecciones generales no requieren un comentario en respuesta. Cuando se dan muestras de una delicadeza ejemplar, es posible que se devuelvan signos de gratitud, aunque en este caso existe una limitación natural, dado que estas muestras van en contra de la misma intimidad que se aseguraba con el mantenimiento inicial de la distancia. Lo que es más importante, cuando ocurre una infracción está indicado un diálogo, en el cual el infractor tiene que dar explicaciones y seguridades correctoras y el ofendido una señal de que se han recibido y son suficientes; en resumen, se produce un «intercambio corrector». Podría añadir de pasada que estos dos intercambios básicos, el de apoyo y el corrector, figuran entre los actos más convencionalizados y formales que realizamos, y los estudiosos de la sociedad moderna vienen ocupándose de ellos tradicionalmente como si fueran el detritus de la actividad social, algo vacío y trivial. Y, sin embargo, como veremos, casi todos los encuentros breves entre individuos consisten precisa y enteramente en uno u otro de estos dos intercambios. En resumen, cuando quiera que un individuo se roza con otro, lo probable es que diga hola o perdón. No cabe duda de que ya es hora de estudiar el «Hola» o el «Perdón» o sus equivalentes. Además, como también veremos, los encuentros de conversación de tipo más prolongado se abren y se cierran generalmente con estos mecanismos, si es que no se construyen a partir de ellos. O sea, que no cabe duda de que pese al mal nombre que la etiqueta ha dado a la etiqueta, ya es hora de estudiar estas actuaciones.

Por último, es de señalar que cuando se examinan ritos negativos y positivos, a menudo se encuentra que, si bien una relación social requiere mantenerse a distancia de una reserva personal concreta, otra relación permite e incluso obliga a penetrar en ella. Todos estos actos de penetración mediante los cuales se demuestra apoyo a determinadas personas son actos que, si se realizan respecto de otras personas, son ataques a ellas (también es cierto, aunque menos general, que los actos ritualmente cautelosos que demuestran un respeto correcto en una relación distante pueden ser insultantes para un receptor cuando quien se los realiza es alguien con quien tiene una relación estrecha). Así, todo idioma ritual parece hacer un doble empleo de las disposiciones del comportamiento, como evidentemente ya sugirió Durkheim:

Quizá a algunos les sorprenda que personas profanas normales puedan consumir un alimento tan sagrado. Pero, en primer lugar, no existe un culto positivo que no se enfrente con esta contradicción. Todo ser sagrado se ve distanciado del contacto profano por este mismo carácter del que está dotado, pero por otra parte esos seres no servirían de nada ni tendrían motivo alguno de

existir si no pudieran entrar en contacto con los mismos adoradores que, en otros terrenos, deben mantenerse a una distancia respetuosa de ellos. En el fondo, no existe ningún culto positivo que no constituya un verdadero sacrilegio, pues un hombre no puede tener relación con los seres sagrados sin cruzar la barrera que normalmente debería mantenerlos separados⁴.

Este ensayo tratará de los rituales interpersonales positivos, esto es, de los actos que dan apoyo, y no de los que evitan. Aparentemente, estos ritos positivos tienen más importancia para las relaciones entre personas que se conocen (las relaciones «personales» en el sentido amplio) que para las anónimas. Como ya se ha sugerido, estos actos han sido sorprendentemente poco estudiados, y desde luego prácticamente nada estudiados en nuestra sociedad occidental, pese a que apenas cabe imaginar una aplicación contemporánea más obvia del análisis recomendado por Durkheim y Radcliffe-Brown.

II

Un enfoque del estudio del ritual de apoyo consiste en reunir actos fenoménicamente diferentes que parezcan tener algún tipo de característica formal en común, algún tipo de tema interpersonal compartido. Cabría citar un ejemplo: la ritualización de la solidaridad de identificación. Las necesidades, los deseos, las condiciones, las experiencias, en resumen, la situación de un individuo, vista desde su propia perspectiva, brinda a un segundo individuo orientaciones para formular gestos rituales de interés. Así vemos los favores y las solicitudes de los anfitriones en forma de comida, bebida, comodidad y alojamiento; asimismo la «conversación de atención»⁵, como cuando se hacen preguntas acerca de la salud de otro, sus experiencias en un viaje que acaba de hacer, lo que opina de una película nueva, los resultados de sus negocios importantes; también el acto de buena vecindad de prestar diversas posesiones y de ofrecer servicios menores. Así como, dicho sea de paso, los ritos positivos realizados entre quienes tienen una relación anónima, como cuando una persona a quien se le pregunta indica un camino, da la hora, fuego u otro «bien gratuito» a un desconocido⁶. Obsérvese que la magnitud

⁴ Durkheim, *op. cit.*, pág. 338.

⁵ Comentado en Desmond Morris, *The Naked Ape* (Londres, Jonathan Cape, 1967; Nueva York, McGraw-Hill, 1967), págs. 204 a 206. La frase se atribuye a J.A.R.A.M. Van Hoof.

⁶ Resulta interesante que en la sociedad angloamericana de clase media se considere que el pedir a un desconocido un bien gratuito es una intrusión menor que el ofrecerlo. Un motivo es que, generalmente, las necesidades de un

del interés desinteresado de que se da muestra mediante estos diversos actos de solidaridad de identificación es análoga a la que muestra un padre en relación con un hijo, pero ahí termina la analogía. Intervienen cortesías, no un interés de fondo; se reciben los pequeños favores como si fueran grandes, y los grandes, cuando se hacen, suelen hacerse con la expectativa de que se rechacen.

Hay otros temas que se sugieren solos. Por ejemplo, existen los ofrecimientos rituales conexos a la manera de evitar con tacto una exclusión abierta, como medio de evitar abiertamente la negación de la dignidad de otros. Ejemplos de esto son la práctica de las presentaciones de «cortesía», como hace Harry que, cuando está con Mary, se la presenta a Dick, que pasa al lado de ambos por casualidad; el gesto amable de extender a todos los que se hallan en el círculo de conversación de uno un ofrecimiento de comodidades menores y de pequeños objetos de consumo de los que está uno mismo a punto de disfrutar, la práctica de ofrecer de pasada a todas las personas dentro del círculo auditivo de uno la invitación que se hace a una de ellas.

Un segundo enfoque del estudio de los rituales de apoyo es el de tratar de aislar unas funciones especializadas, a partir del supuesto de que, si bien todos esos ritos sirven para apoyar relaciones sociales, esto puede hacerse en diversas circunstancias y de formas diferentes, y de que estas diferencias brindan un medio de distinguir clases en estos rituales⁷. Veamos un ejemplo.

Existen «rituales de ratificación» que se ofrecen para y a un individuo que ha modificado de algún modo su condición: sus rela-

individuo las ve mejor él que los demás; de hecho, cuando las circunstancias hacen que resulte evidente lo que necesita un individuo, un desconocido puede ofrecer ayuda, siempre que la necesidad se pueda satisfacer a poco costo para quien la satisface. Otro motivo es que el formular una petición o aceptar un ofrecimiento equivale a revelar una necesidad sobre cuyo contenimiento o satisfacción no se dispone del control absoluto; por ello se está sujeto a unos límites en cuanto a la autodeterminación y la autonomía. Cuando un individuo se halla entre desconocidos, generalmente se ve apoyado en su derecho a decidir por sí mismo cuándo aceptará ese límite, facultad que le permite conservar parte de su autonomía incluso cuando tiene que perder la mayor parte de ella. Claro que pedir algo que sea más que un bien gratuito equivale a cambiar la autonomía de uno por lo que se puede obtener a cambio. La práctica hippie actual de mendigar es una buena forma de burlarse de todo este código ritual.

⁷ En este caso, los enfoques etológico y antropológico social emplean un modelo muy parecido y son objeto de críticas muy parecidas. De hecho, el clasificar un apretón de manos como «gesto de apaciguamiento mutuo» y quedarse ahí es algo que podrían hacer ambas escuelas y que ambas tendrían iguales motivos para andarse con cuidado de hacer.

ciones, su apariencia, categoría, certificación, en resumen, sus perspectivas y su orientación en la vida. Los rituales de ratificación expresan que quien los realiza tiene conciencia de la situación de quien ha pasado por el cambio, que seguirá relacionándose con él, que mantendrá su apoyo, que de hecho las cosas siguen siendo lo que eran pese al cambio que se reconoce. En resumen, se trata de «exhibiciones de seguridad».

En esto interviene una gama muy considerable. Existen las enhorabuenas por el matrimonio, las expresiones cuidadosas de pesar por el divorcio, los pésames afligidos ante la muerte; al otro extremo se hallan las bromas y las tomaduras de pelo que se hacen cuando un muchacho se presenta escayolado ante sus amigos porque ha sufrido un accidente de esquí, o cuando acaba de sacar el carnet de conducir.

Los rituales de ratificación también presentan otro aspecto. El individuo puede adoptar muchas medidas que representan reivindicaciones determinadas por él mismo de una condición modificada y deseada, y cuando lo hace pueden ofrecérsele rituales de ratificación, no tanto para establecer un vínculo entre lo nuevo y lo antiguo como para confirmar que se acepta y aprueba la nueva presentación del yo, y este apoyo es algo que se debe tanto más cuanto más dudosa sea la reivindicación. Las enhorabuenas por el matrimonio a quienes han adquirido cónyuges poco atractivos suelen ir ponderadas por este tipo de tacto, al igual que las observaciones jocosas que se hacen a un varón que se está dejando la barba. Esto último es ejemplo de algo que me parece en especial interesante, esto es, las pequeñas caricias que suscitan unas reivindicaciones menores y dudosas. Cabe citar un ejemplo de una mujer adulta que se hizo pasar por estudiante de secundaria a fin de volver a enterarse de cómo era la vida de los adolescentes; la escena transcurre en una salida de compras entre la impostora y una nueva amiga:

Me compré los zapatos y le di un alegrón a Gretel.

—Ay, me alegro tanto por ti —dijo—. Estoy segura de lo que va a pasar mañana cuando te los vean todos. Todo el mundo va a decir: «Ay, qué monada.» Ya verás. Lo vas a pasar genial.

Ahora tengo que explicar una cosa. Es que «todo el mundo» conocido mío sabía que iba a ir a comprarme unos zapatos, porque lo había dicho yo a la hora de comer. Cuando Gretel se fuera a casa telefonaría para contar nuestra salida, con lo que advertiría a todos para que me mirasen a los pies. Cuando llegara yo a la escuela por la mañana, si me veían con los zapatos nuevos, se harían los comentarios oportunos. Y así fue cómo pasó que a la mañana siguiente —y durante todo el día— efectivamente todo el mundo examinó mis zapatos y dijo: «qué monada». También decían: «Vamos a verlos. Son molones.»

Una chica me dijo que le encantaban los zapatos antes de mirarlos. Sabía, sólo por lo que le habían dicho, que le encantaban ⁸.

Por todas partes se presentan ocasiones de rituales de ratificación que son todavía más humildes. En una conversación basta con que un participante, que los demás preferirían que se callara, haga una declaración y habrá expresado la creencia de que tiene pleno derecho a hablar y de que merece la pena escucharlo, con lo que obliga a quienes le oyen a hacer una señal, por muy de mala gana que sea, y por pequeña que sea, de que tiene derecho a hablar (a menudo se da una tendencia a denegar totalmente estos apoyos rituales, pero raras veces se logra, y es comprensible; sin esas renunciaciones, la conversación carecería de su base fundamental de organización: el intercambio ritual, y todas las personas insatisfactorias morirían desangradas por las salvajadas de conversación que se les infligirían).

Merece la pena señalar que cuando cambia la situación de una parte en una relación, es posible que la otra parte no esté en situación de saberlo. En esos casos, la persona a la que corresponde recibir la consideración de ratificación ofrece algunas veces la información necesaria de forma que la otra entienda lo que debe hacerse en materia de necesidades rituales. «Pone al tanto» a la otra de forma que la relación se pueda poner al día ⁹, y de paso da la apariencia de que invita a la felicitación o a la condolencia.

Un examen de la conducta de individuos que han experimentado un cambio repentino en su personalidad social ilumina la relatividad de la «contactabilidad». Cuanto mayor sea el cambio del yo de una persona, más lejos puede estar físicamente de quienes todavía califica de lo bastante próximos para decírselo. Y a menudo hará falta un orden cuidadoso de información, en el que se informa primero a «los más próximos», etc., de modo que la corriente de información y de rituales de ratificación refleje correctamente la estructura de relaciones del mundo social del individuo ¹⁰. Obsérvese que en el caso de un cambio profundo quizá se haya de permitir a todos los otros próximos a un individuo que reconfirmen su relación con él antes de que él pueda restablecer una cierta comodidad ritual. Ten-

⁸ Lyn Tornabene, *I Passed as a Teenager* (Nueva York, Lancer Books, 1968), pág. 144.

⁹ Véase Goffman, *Stigma* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1963; Londres, Penguin, 1968), págs. 78 y 95.

¹⁰ Se puede hallar un estudio útil de este tema en David Sudnow, *Passing On* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1967), cap. 5, «On Bad News», págs. 117 a 152.

drá que verificar su red, a menudo mediante la organización de contactos a los que se pueda dar un objetivo aparente menos delicado.

III

Para seguir estudiando los temas y las funciones de los rituales de apoyo hay que prestar una cierta atención a un concepto que se utiliza mucho en el estudio de la interacción pero que raras veces se define: el «contacto social». En su sentido más pleno, cabe decir que se produce el contacto cuando los individuos se dirigen espontáneamente los unos a los otros, y esto al mismo tiempo se sabe y se sabe que se sabe ¹¹. Normalmente interviene la orientación directa ¹². Normalmente, además, el contacto forma parte de algo más complejo, esto es, un contacto social en el que interviene un intercambio de palabras u otros rituales de reconocimiento y la ratificación de la participación mutua en un estado abierto de conversación.

¹¹ Resulta posible, y quizá aconsejable, definir un contacto social como una unidad, todo el período durante el cual se sostiene en un grupo de individuos «una orientación y una pertinencia realizadas de actos». Esta definición la emplea en una útil monografía Suzanne Ripley, «Intergroup Encounters among Ceylon Gray Langurs (*Presbytis entellus*)», en Stuart A. Altmann, comp., *Social Communication among Primates* (Chicago, University of Chicago Press, 1967), cap. 14, págs. 237 a 253, especialmente la 243. El único defecto de esta utilización es que deja de lado un sentido importante del término. Lo que interesa es que varios individuos se han reunido y, por tanto, están fácilmente dispuestos a que se produzcan novedades de interacción de diversos tipos, e interesa tanto lo que no ocurre como lo que ocurre. Entonces, la clave no es la unidad de interacción resultante durante el período en que se sostiene el contacto, sino más bien que se ha establecido el contacto, y que no se puede aducir un buen motivo de por qué no se han dado otras diversas relaciones.

¹² Quizá fuera mejor el término «confrontación», salvo que esta palabra ha adquirido últimamente un significado especial en las informaciones sobre los contactos entre militantes juveniles y autoridades, sean estatales, de la educación o domésticas. Aunque no se ha explicitado el término, parece que se utiliza de forma lo bastante coherente como para justificar una tentativa de establecer lo que interviene estructuralmente. Cabe aducir que todas las relaciones directas se llevan a cabo de conformidad con un reglamento, parte del cual asegura normalmente que al participante con más poder social (evaluado conforme a normas y estructuras externas a la actividad en curso) se le permitirá determinar las libertades y la licencia empleadas por quienes comercian con él. La confrontación se da cuando se advierte a inferiores sociales de que han empujado a instruirse, macular, profanar y salirse de su sitio, y ellos responden con una ampliación de la infracción, muchas veces de forma flagrante que impide al superior reaccionar con una inatención defensiva. Los superiores siempre se han hecho vulnerables a la profanación ritual al entrar en contacto con sus inferiores, pero, no se sabe muy bien por qué, en los Estados Unidos no se ha explotado amplia y sistemáticamente esto hasta hace muy poco.

Existen formas marginales y derivadas de contacto social: las transacciones «a ciegas» en las que varias personas se reúnen para desempeñar juntas una actividad, pero no enmarcan ritualmente esta fase de coordinación mutua, esto es, no sostienen un encuentro social; el «enfrentamiento visual», en el que dos individuos se someten mutuamente a la mirada directa el uno del otro, pero no ratifican el intercambio de miradas con el ritual del «reconocimiento social»; el contacto telefónico, que sigue muy de cerca el modelo de los encuentros directos; el contacto por correo y por telégrafo, en el que, incluso cuando no llega respuesta, el expedidor puede asumir tácitamente que se ha recibido su comunicación y se ha establecido el contacto; el contacto unidireccional, en el que un individuo ve o escucha a otro, pero sabe que en cambio no se tiene conciencia de él. Obsérvese que dos individuos pueden estar en contacto corporal y no estar, conforme a la definición dada más arriba, en contacto social en absoluto. Análogamente, si con la frase «estar en contacto» nos referimos al contacto que se establece en un encuentro directo, una conversación telefónica o un intercambio de cartas, entonces los individuos pueden estar en contacto socialmente sin tocarse.

Es evidente que una condición previa para que se realicen rituales de apoyo es que quien los ofrece y quien los recibe estén en contacto, sea directo o mediatizado. Si no hay contacto, no hay ritual interpersonal.

Existen tres circunstancias generales en que se produce el contacto y, en consecuencia, resultan posibles los rituales de apoyo. En primer lugar existen razones austeras o no ceremoniales para establecer contacto, como, por ejemplo, la realización de una actividad que obliga a los participantes en una relación a ponerse en contacto. En esos momentos los rituales de apoyo pueden (aunque no sea forzoso) realizarse de pasada, por así decirlo, con tan poca incomodidad adicional que los participantes pueden encontrarse con que resulta difícil encontrar un motivo para no celebrarlos. En segundo lugar, el contacto puede producirse de manera fortuita, cuando las partes en una relación utilizan de forma independiente pero simultánea las mismas calles, el mismo establecimiento de servicios, los mismos transportes públicos, etc., o cuando se encuentran con que participan en la misma actividad social¹³. Como se suele decir, los individuos pueden coincidir con, tropezarse con o encontrarse con

¹³ Utilizo parcialmente un argumento de Emanuel Schegloff, que distingue las conversaciones telefónicas de las conversaciones casuales por la calle, pues para las primeras se ha buscado adrede una ocasión, y para las segundas, no

otros (claro que si se tiene cuidado, muchas veces puede evitarse el contacto social cuando se producen esas coincidencias, pero no siempre se puede hacer con tacto). Por último, el contacto puede producirse porque el objetivo abierto y controlado de una de las partes, o de ambas, es celebrar un ritual de apoyo a la otra.

Estas tres bases de contacto: actividad, accidente o ceremonia, no dan sólo motivos para estar en contacto, sino también racionalizaciones, esto es, entendimientos reconocidos convencionalmente, cada uno de ellos dentro de su propia gama de aplicaciones oportunas. O sea, que cada base de contacto puede brindar el motivo dado o aparente de contacto cuando efectivamente existe en la realidad una de las otras dos bases. Y, naturalmente, un individuo que dé un motivo puede sospechar correcta o incorrectamente que se le sospecha de tener otro en realidad.

Si cualesquiera dos individuos en cualquier momento se las arreglan para ponerse en contacto, intervendrán costos en cuanto a tiempo, dinero y esfuerzo, tanto si el contacto es directo como si está mediatizado, y cualquiera sea el objetivo buscado.

En relación con esto, pero sólo en parte dependiente de ello, existe otro factor: la probabilidad y la frecuencia del contacto. Dadas las relaciones de actividad entre dos individuos, sus rituales organizados y el grado de interpretación de sus rutinas diarias, ¿cuál es la probabilidad de que no se produzca contacto durante un intervalo dado, y cuál es la frecuencia probable de contacto durante un período dado de tiempo?

Estas medidas constituyen un rasgo objetivo de la situación de cualesquiera dos individuos relacionados entre sí. Es importante señalar que en el caso de muchas relaciones sociales, los participantes van desarrollando una comprensión y una presunción acerca de los costos y las probabilidades del contacto entre ellos. El apoyo ritual de la situación se adaptará a las afirmaciones que la frecuencia y los costos habituales del contacto permitan. O sea, que, a mi juicio, la idea popular de que dos individuos que vivan o trabajen «cerca» o «lejos» el uno del otro —como una especie de concepto en línea recta— puede que no sea plenamente válida en este caso. Quizá sea mejor pensar que los dos habitan un medio, o una «arena», en cualquier parte del cual el contacto conlleva el mismo costo y las mismas probabilidades. Entonces, sus circunstancias, de cada uno respecto del otro, pueden modificarse porque ha cambiado la zona en toda la cual se sostiene un nivel dado de contacto, o porque cambian la probabilidad y la economía del contacto, o por alguna combinación de ambas cosas.

Un ejemplo de ritual relacionado con la «arena» lo constituyen los que cabría calificar de «ritos de mantenimiento». Dados unos supuestos concretos acerca del contacto, las partes en una relación pueden organizar una reunión porque el trabajo, la ceremonia o la casualidad no ha brindado últimamente suficientes oportunidades de hacerlo (según se entiende) para garantizar el bienestar de la relación. Es como si la fuerza de un vínculo fuera disminuyendo lentamente si no se hace nada para celebrarlo, y, en consecuencia, hace falta reforzarlo un poco aunque sea de vez en cuando. De ahí que nuestras ceremonias fechadas colectivamente de Navidad y Año Nuevo funcionen como recordatorio de la necesidad de, y como excusa para, realizar diversas expresiones de apoyo. Las ocasiones rituales fechadas individualmente, como los cumpleaños y los aniversarios de boda, tienen una función análoga, salvo que en estos casos, especialmente por lo que respecta a los jóvenes, existe un elemento de ratificación.

IV

Dadas estas consideraciones de relaciones y contacto se puede aplicar un enfoque especial al examinar los ritos interpersonales positivos. Podemos observar la clase definida funcionalmente de rituales de apoyo, de la que parece haber ejemplos en todas las sociedades humanas y en bastantes de las animales: lo que llamamos el saludo. De hecho, nuestro propio término (con sus equivalencias en todos los idiomas occidentales) parece tan amplia y justamente aplicable que está empezando a acumularse toda una serie de obras técnicas relativas tanto al hombre como a los animales¹⁴.

Interviene una selección de un conjunto de exhibiciones de conducta. Dos individuos que se van acercando entre sí se orientan frontalmente. Sus miradas se tropiezan durante un momento en

¹⁴ Hasta ahora, la única monografía sobre los saludos humanos parece ser la de Irenäus Eibl-Eibesfeldt, «Zur Ethologie des menschlichen Grussverhaltens Beobachtungen an Balinese, Papuas und Samoanern, nebst vergleichenden Bemerkungen», *Z. f. Tierpsychol.*, XXV (1968): 727-744. Creo que el primer capítulo sobre los saludos humanos se halla en Hilary Callan, *Ethology and Society* (Oxford, Clarendon Press, 1970), cap. VII, págs. 104 a 124. Véase también, por ejemplo, Jane Van Lawick-Goodall, «The Behaviour of Free-Living Chimpanzees in the Gombe Stream Reserve», en *Animal Behaviour Monographs*, I, parte 3 (Londres, Baillière, Tindall and Cassell, 1968), pág. 284. Cabe añadir que difícilmente podría haber un argumento mejor en pro de la existencia de una base común entre los estudios de animales y de los seres humanos que el que brinda el comportamiento en el saludo.

comunión, brillan los ojos, se comunican expresiones sonrientes de reconocimiento social y se mantiene brevemente una nota de placer. Pueden hacerse gestos con las manos, quitarse los sombreros y otros «gestos de apaciguamiento». Es probable que se ofrezca un saludo verbal junto con una forma de llamar al otro. Cuando es permisible, pueden darse abrazos, apretones de manos y otros contactos corporales¹⁵.

La interpretación del comportamiento en el saludo está más o menos normalizada. Cuando unas personas que se conocen se encuentran unas frente a otras al cabo de un período de separación, es obligatorio dar alguna señal de placer por la compañía de la otra. Esta exhibición señala el placer que causa a un individuo el hallarse ante un objeto querido y digno y da seguridades de que la separación que acaba de terminar, que no ha sido malintencionada, no es una expresión de la relación. Muchas veces los saludos afirman también una asignación diferenciada de condición, al establecer específicamente que el subordinado sigue estando dispuesto a mantenerse en su sitio (por ejemplo, la práctica militar estadounidense obliga al subordinado a ser el primero en saludar y a seguir en posición de saludo hasta que el superior se lo ha devuelto). Además, cuando se saludan desconocidos, existe un elemento de garantía de paso seguro (de modo que en contextos urbanos, en los que generalmente no se intercambian saludos de paso entre desconocidos, cabe hallar circunstancias, como cuando hace falta una confianza explícita y cooperación en un pasaje estrecho, en que se intercambia un movimiento de cabeza, como prueba de que ambos individuos están dispuestos a mostrarse en terreno abierto, pues no tienen ninguna mala intención que disimular). Y existen elementos menos obvios. Por ejemplo, el que un individuo pueda devolver un saludo cuando el que se le ha hecho a él comunica que controla lo bastante su situación como para estar en condiciones de orientarse provisionalmente hacia el intercambio. Así, los padres pueden utilizar un saludo para

¹⁵ Debe tenerse presente la escasa probabilidad de que los rituales disponibles para los saludos se ajusten exactamente a la misión que el usuario desearía realizar, condición con la que se tropieza en casi todos los usos que hace la gente del idioma ritual a su disposición. Por ejemplo, en los aeropuertos los hombres de la clase social cuyos miembros no utilizan el «beso social» pueden sentir timidez en cuanto a besar o no besar a una amiga de la familia que acaba de llegar. Si se escoge la primera posibilidad, puede darse la tentativa de fingir parcialmente el acto, o de limitar el beso a un roce al que se llega desde una distancia mayor de la usual cuando se está de pie, lo que asegura el respeto del espacio personal con una parte del cuerpo, mientras otra parte forzosamente lo deroga. En este caso me baso en una monografía inédita de B. L. Irving, «Departure and Arrival» (1968).

ver si un niño enfadado se ha recuperado de su rabieta. Cuando unos amigos ven que no se les devuelve el saludo concluyen que «algo anda mal»¹⁶.

O sea, que la descripción inicial de las prácticas de saludo es relativamente fácil. Sin embargo, un análisis más a fondo revela una multitud de cuestiones que la complican, que nos obligan a pasar de las condiciones cotidianas a las técnicas. Como punto de partida cabe utilizar la práctica de la clase media estadounidense.

1. Cuando dos conocidos pasan uno cerca del otro en su rutina diaria separada como consecuencia de lo que se entiende como intersección rutinaria de sus actividades, es probable que intercambien «saludos de paso», muchas veces sin hacer ninguna otra pausa (en las zonas rurales estos rituales de reconocimiento social, o algo parecido, se pueden celebrar entre desconocidos de paso). Muchas veces estas exhibiciones son relativamente silenciosas y agotan totalmente el encuentro que originan; sin embargo, el impulso espontáneo de realizarlas es muy fuerte¹⁷. Obsérvese que el supuesto estructural aparente en que se basan estas exhibiciones es que la probabilidad de contacto entre los dos participantes sea algo fijo, y que lo

¹⁶ En un estudio de campo inédito de la policía de Berkeley, Walter Clark, que describe a un agente de coche patrulla, señala: «Antes de llegar a cada tienda de vinos y licores frenaba y, sin salir del coche, se quedaba esperando hasta que el vendedor lo veía y le saludaba tranquilamente con la mano.»

¹⁷ Normalmente en nuestra sociedad, esta norma sobre los rituales de reconocimiento está tan arraigada que un individuo que desee evitar el acto por motivos estratégicos (sea por sí solo al actuar como si no hubiera visto al otro, o en colusión, al colaborar con el otro haciendo como si no estuvieran en relaciones de saludo) dará, sin embargo, alguna muestra de inhibición consciente de la inclinación. Y cuando un conocido del individuo se presenta delante de él e insiste en que se le salude, pese a que se ha actuado con gran cuidado para «no verlo», entonces hace falta una gran fuerza de carácter si es que el individuo sigue negándose a saludar. Una buena versión de esto en la literatura de creación es la que se presenta en la novela de Saul Bellow *Dangling Man* (Nueva York, Meridian Books, 1960; Londres, Penguin Books, 1960), págs. 32 a 36. Por tanto, es fácil imaginar una base instintiva para el saludo. Y, sin embargo, hay personas que sufren desventajas de la juventud o del color que efectivamente se niegan a participar en este círculo de buenas costumbres. Así, por ejemplo, Liebow, que trata de la organización social no formalista entre los negros de Washington, D. C., dice:

Quando el padre entra en casa, el hijo puede ni siquiera levantar la vista de lo que está haciendo, y el padre, por su parte, no hace más caso del que se le hace a él. Si sus miradas se encuentran por casualidad, el padre y el hijo parecen mirar sin ver hasta que uno de ellos se pone a mirar a otra parte.

Elliot Liebow, *Tally's Corner* (Boston, Little, Brown and Company, Inc., 1967), pág. 79. Podría añadir yo, como un argumento más en contra de la teoría del instituto, que es posible atrapar a padres de clase media que enseñan a sus hijos a señalar el contacto de paso con un ritual de reconocimiento.

que señala el intercambio pasajero es un ejemplo ordinario y previsto del contacto que con ello se asegura. Así, estos saludos tienen en gran medida el carácter de rituales de mantenimiento.

Los saludos de pasada pueden estudiarse conjuntamente con los «saludos de sorpresa». Dado el entendimiento que tienen dos individuos del lugar y la frecuencia de contacto que son probables, pueden surgir ocasiones de encuentro «imprevisto». De ahí que el saludo que se intercambia («Pero ¿qué haces tú aquí?») sea probablemente más expansivo que la variedad de paso, y que el encuentro que comporta requiera probablemente una parada momentánea en rumbos de acción que, por lo demás, eran independientes. Además, muchas veces los saludos de sorpresa llevarán a los participantes a una serie de movimientos torpes y de apuros, pues las circunstancias de su contacto imprevisto pueden encontrarlos poco dispuestos a orientarse a la consideración mutua necesaria, y, por definición, sin haber previsto lo que habrían de hacer; de hecho, a menudo lo que ha ocurrido es que se ha derrumbado la «segregación de público». Sin embargo, creo que los saludos de paso y los saludos de sorpresa deberían clasificarse juntos, pues ambos tienen fundamentalmente carácter de mantenimiento.

2. Cuando dos individuos que están favorablemente dispuestos el uno hacia el otro porque se conocen y/o desean tratarse mutuamente se reúnen en una conversación, a menudo señalan el inicio de ésta con un intercambio de saludos, o sea, que se saludan¹⁸. Ob-

¹⁸ La exhibición individual durante lo que llega a convertirse en el comienzo de un encuentro es compleja, y dentro de ella el papel y el lugar de los saludos son variables. La primera medida de quien primero actúa puede funcionar como «llamamiento» —por utilizar el acertado término de Emanuel Schegloff— por el que se señala a la atención del receptor que se está pidiendo audiencia (puede adoptar la forma de un golpe en la puerta, un gesto indeciso a la entrada de una oficina, una palabra que se pronuncia a media voz, un timbrado de teléfono). A esta medida de apertura se puede responder con una palabra como «Hola» [*Hello*] por la que se establece que se han abierto las vías, o se abrirán pronto, o que de momento es imposible abrirlas. En el primero de los casos, el que llama puede comunicar un saludo, establecer su identidad personal y/o social y ofrecer un motivo para el llamamiento y una sugerencia acerca del tiempo que llevará su asunto. El receptor del llamamiento, entonces, puede devolver el saludo a quien ha llamado y autorizarlo a que siga hablando. Estas medidas iniciales por parte de quien llama y de quien recibe la llamada pueden servir entonces para ratificar la orientación mutua y la posibilidad de conversación, sugerir las condiciones sociales que van a ser aplicables y cuánto tiempo se mantendrá el encuentro. Si bien no siempre se comunica placer ante la perspectiva del compromiso, por lo menos se indica la disposición a suspender las hostilidades mientras dure la conversación. Obsérvese que en circunstancias en que unos individuos dispuestos mutuamente entran rápidamente en una copresencia próxima, todas estas funciones

sérvese que este ritual concreto es estructuralmente algo distinto del que se ha calificado de saludo de paso. Este último, por así decirlo, va en una sola dirección: vuelta del contacto a la relación de los individuos que han entrado momentáneamente el uno en el ámbito del otro. Sin embargo, el saludo que conllevan los encuentros va en dos direcciones: de vuelta a la relación del participante, pero también hacia adelante hacia el período pasajero de mayor acceso que acaba de darse ahora.

El inicio de un encuentro señala el comienzo de un período de mayor acceso entre los participantes. Sin embargo, es evidente que ésta no es la única forma de que dos individuos se encuentren repentinamente con un aumento del acceso, y resulta interesante que al comenzar cada una de estas otras disposiciones quepa hallar algo parecido a un saludo. Así, cuando dos individuos se reúnen para formar una «compañía», es evidente que se exponen a un acceso mayor, y por lo general, al hacerlo, se saludan. Análogamente, cuando una actividad de trabajo o una ceremonia los llevan a asistir a la misma reunión social en la que estarán en «contacto abierto»,

pueden superponerse en el saludo de apertura; en otras circunstancias, es posible que estos diversos mensajes de apertura se comuniquen mediante una secuencia de gestos y palabras. El «Hola» [*«Hello»*] dicho con el acento exacto puede entonces no ser en absoluto un saludo, sino más bien un signo de que las vías están abiertas y de que quien ha llamado puede pasar a exponer el motivo, si lo tiene, para justificar la concesión de audiencia; si entonces logra la aprobación, se le saludará generalmente, creo, con un término de contraste como «Qué tal» [*«Hi»*]. Todo esto se ve apoyado por el hecho de que un equivalente funcional del «hola» de vía abierta es el «Sí» [*«Yes»*] (con el que Emily Post recomienda que una señora responda a un caballero cuando éste pronuncia el nombre de ella a fin de prepararse a presentarse y explicar que su relación es correcta), pero este término no funcionaría como equivalente del «Qué tal» [*«Hi»*], aunque sí funcionarían frases como «Cómo está usted» [*«How are you»*].

Sheila Seitel, del Departamento de Antropología de la Universidad de Pennsylvania, que ha estado estudiando el comportamiento de saludo entre los haya de Tanzania, sugiere que la primera medida de quien primero actúa puede recurrir a una forma de saludo para advertir a otros, no vistos, que hay alguien en sus cercanías y pedir permiso para entrar en una zona en que los otros tienen una reivindicación territorial. Nuestro «Hola» [*«Hello»*] pronunciado en inflexión ascendente puede actuar de este modo [o recuérdese, al respecto, las distintas formas de anunciar, en algunas zonas de España, la presencia en una casa o tienda vacía mediante la pronunciación de la frase ritual «Ave María» en tono semiinterrogativo, con los mismos fines de advertencia y permiso. N. del T.]. Al igual que en el caso del llamamiento, si se responde a esta voz, el intruso puede pasar a hacer un saludo, pero con una palabra que permita una diferenciación fácil de la empleada como signo de la «no-finalidad-de-intrusión».

esto es, destinados a estar en contacto muchas veces durante las próximas horas, vuelven a producirse los saludos. Algo parecido cabe decir de un individuo que llega al taller o, después del trabajo, llega a casa; o que, por la mañana, al levantarse, vuelve a ponerse otra vez a disposición de su familia¹⁹. También en todas estas situaciones el individuo se encuentra en una situación de aumento repentino de la contactabilidad con un grupo de otros, y una vez más es probable que se hagan saludos. Por último, cuando un individuo se muda a un barrio o a una región nuevos se encontrará con que repentinamente ha aumentado su accesibilidad a quienes ya residían allí; una vez más se extienden los saludos. La conclusión es evidente: en nuestra sociedad, los saludos se dan entre individuos en el momento en que se encuentran a punto de gozar de un período de mayor acceso mutuo. Esto, dicho sea de paso, nos permite explicar la peculiaridad de que cuando dos individuos se ven presentados por un tercero es probable que ocurra un pequeño baile; las caras se iluminan, se intercambian sonrisas, hay miradas a los ojos, puede producirse el apretón de manos o el sombrero, así como las preguntas sobre la salud mutua; de hecho, exactamente los pequeños comportamientos que podríamos esperar durante un saludo. Y es lógico. La analogía de las formas revela la analogía de las funciones. Una presentación social señala el punto inicial en que dos individuos entran en una relación personal, y las relaciones en sí, aparte de las cuestiones de geografía, aumentan la facilidad del acceso entre las personas relacionadas. Después de todo, el acceso es uno de los aspectos de las relaciones personales. Una presentación, igual que un saludo, es una ceremonia de acceso.

3. Deshagamos camino por un momento. Al haber visto ya que los encuentros de conversación suelen empezar con un saludo, no nos debería resultar difícil ver que cuando han de terminar se volverá a producir un ritual de apoyo, esto es, alguna forma de exhibición de despedida que se realiza al separarse²⁰ (su interpretación está normalizada: el adiós lleva al encuentro a un final sin ambigüedades,

¹⁹ Ya se ha sugerido que existe una versión militar del saludo, que presenta el encanto sociológico de la formalización, tanto con respecto a cómo hacerlo como a cuándo hacerlo. Así, según parece la norma a bordo de barcos pequeños es que las clases de tropa saludan a los oficiales (salvo al capitán) la primera vez del día que los ven. Utilizo en este caso una monografía inédita de David L. Cook, «Public Order in the U.S. Navy» (1969).

²⁰ Los saludos parecen tener una base más amplia que las despedidas. Como ya se ha sugerido, muchos de los animales superiores realizan claramente saludos parecidos a los nuestros, tanto en cuanto a forma como a situación funcional. Resulta mucho más difícil establecer una versión animal del «Adiós» humano.

resume la consecuencia del encuentro para la relación y refuerza la relación para el período en que se prevé no habrá contacto). Y, naturalmente, lo mismo cabe decir en relación con las otras bases de acceso: las compañías, las reuniones sociales, la proximidad, etc. También en estos casos las separaciones se señalan con exhibiciones rituales.

4. Tomados conjuntamente, los saludos y las despedidas establecen marcos rituales en torno a un torrente de actividades conjuntas —como si dijéramos, signos de puntuación—, y por lo tanto deben estudiarse juntos. En términos más generales, los saludos señalan una transición a una condición de aumento del acceso, y las despedidas a una situación de disminución del acceso. Por lo tanto, resulta posible emplear una sola definición que abarque tanto los saludos como las despedidas: se trata de exhibiciones rituales que señalan una modificación de la medida del acceso. Propongo que a ese comportamiento se lo denomine «rituales de acceso». Entonces, los saludos de paso constituyen un caso marginal; el aumento de acceso que representan sólo lo es en teoría, pues una vez producido el contacto, es probable que se vuelva a perder cuando los saludadores siguen por su propio camino. Un saludo de paso es casi como la ritualización de un ritual, un reconocimiento ceremonial de la posibilidad de acceso. Se intercambian «Holas», pero se suele prescindir de los «Adioses», como si se señalara el final del no estar en contacto, pero no se realizara el principio del estar en contacto, y por lo tanto su terminación no exigiera un comentario.

Obsérvese que el enmarcamiento ritual es tan probable si el período de aumento del acceso se produce por accidente como si es adrede, y si es adrede tanto si se trata de objetivos de trabajo como de objetivos rituales. Además, es evidente que también es válido el acceso mediatizado. Cuando se sostiene una conversación por teléfono, este período mediatizado de contacto se verá enmarcado por saludos, también, cualquiera sea el objetivo del contacto. Por último, cuando se escribe una carta, también ésta comenzará y terminará con una expresión de saludo, como si al escribir la carta se diera por seguro que se va a leer ²¹.

²¹ Debe tenerse presente que, por lo que respecta a muchos encuentros, tanto directos como mediatizados, y especialmente entre desconocidos, es posible que los saludos y las despedidas no sean la única ritualización del acceso. Como ya se ha sugerido, es posible abrir un encuentro con una solicitud de audiencia o una excusa por una intrusión, y cerrarlo con un gracias-por-habermescuchado.

V

Tras pasar del término lego «saludo» al concepto de «ritual de acceso», examinemos algunas de las cosas que cabe decir acerca de este comportamiento.

1. Al igual que ocurre con otras disposiciones en la esfera del orden público, la expectativa de que una determinada persona celebre en un momento determinado un ritual de acceso establece una clave tiempo-persona de tal tipo que todo lo que emane de esa persona en ese momento se puede interpretar en términos ajustados e imaginativos como equivalente funcional de un ritual de acceso. Evidentemente, cabe utilizar gestos físicos en lugar de palabras, y existe una amplia gama de contingencias restrictivas que se interpretarán como razón suficiente para permitir el uso de equivalentes muy atípicos. De hecho, un bromista puede suprimir toda respuesta a un saludo mientras mira a las caras de quienes lo hacen, y saber que si empieza a sonreír exactamente en el momento en que debería haber terminado su saludo de respuesta, los demás reirán un poco para demostrar que pueden comprender que todo ha sido un chiste entre amigos. En resumen, el chistoso puede contar con que quienes hacen el primer gesto interpretarán retrospectivamente la falta de toda respuesta como declaración jocosa que, de hecho, se ha estado haciendo desde el principio. La naturaleza social aborrece el vacío. En ella se puede echar cualquier cosa, que se interpretará como la réplica prevista. Así es como debemos entender eso que tantas veces se ha señalado de que cuando A pregunta a B cómo está esa pregunta no se debe entender literalmente, sino como expresión de saludo ²². La respuesta que se da no es una respuesta, sino un saludo independiente, del que sólo dispone el que habla en segundo lugar. Si sólo se tratara de solidaridad de identificación, entonces cabría esperar una cierta reciprocidad, como en la secuencia siguiente:

- A: —¿Qué tal?
 B: —Bien, gracias.
 B: —Y tú, ¿cómo estás?
 A: —Bien, gracias.

²² Quizá se debiera permitir una matización. Cuando el receptor de un saludo es un inválido total con una enfermedad dolorosa, o alguien que acaba de sufrir una pérdida personal abrumadora, es posible que quien saluda se sienta algo incómodo en el uso de la forma habitual de «¿Cómo estás?» [*How are you*]. A la mitad del saludo, el que saluda podría encontrarse con que estaba llenando sus palabras de verdadero sentimiento, lo que, evidentemente, sería desastroso. Emily Post reconoce que también el receptor podría sentirse incómodo al utilizar la respuesta normal en estas circunstancias, y recomienda «Bien, gracias» [*All right, thank you*].

Pero en los saludos de paso, de hecho, a menudo no hay más que lo siguiente:

- A: —¿Qué tal?
B: —Bien.

lo cual niega la reciprocidad. O nada más que lo siguiente:

- A: —¿Qué tal?
B: —¿Qué tal?

que omite toda respuesta. De hecho, si el contexto es adecuado cabe tomar la declaración de un individuo como equivalente funcional de todo el intercambio. Así, cuando un individuo pasa corriendo al lado de otro para, por ejemplo, alcanzar a unos amigos, el que pasa corriendo puede lanzar un «Hola» cuyos tono y gesto sugerirán que queda entendido que no hay respuesta posible, o él mismo puede iniciar un ritual con un movimiento de la mano y una pequeña vuelta de la parte superior del tronco, tipo de saludo, la respuesta al cual su desplazamiento hacia adelante le impide claramente presenciar. De ahí el modelo siguiente:

- A: —Hoooola.
B: (se ha ido).

A: —No puedo pararme.
B: —.....

Nos encontramos con estas variantes aparentemente incompletas porque son funcionalmente equivalentes a la forma completa.

2. Aunque he clasificado juntos varios saludos, es evidente que entre ellos hay una diferencia considerable. El «Ciao» que se utiliza lacónicamente al cruzarse con el vecino todos los días no sería, verdaderamente, adecuado si hubiera señales de problemas en la relación, si se le dijera a alguien que se sabe lleva mucho tiempo fuera o si se supiera que ha estado muy lejos y sin ningún tipo de contacto²³. Lo probable es que en el lugar del «Ciao» se dijera «Hola», seguido de una fase de conversación formal. Habría que celebrar la recuperación del yo propio a otro yo.

²³ Antes de que aparecieran los aviones a reacción, el tiempo durante el que el individuo estaba fuera de su barrio y la distancia que había recorrido guardaban una clara correlación; ambas variables podían acomodarse en la misma ecuación ritual sencilla. Uno de los aspectos nuevos de los recientes viajes espaciales (se dice que hay otros) es que los hombres que se ganaron el mayor «Adiós» y «Hola» del mundo sólo estuvieron fuera unos días.

Lo que se ha dicho aquí a propósito de los saludos también cabe decirlo de las despedidas. Si quienes se separan se limitan a volver a la misma probabilidad apreciada de contacto de la que proceden, y si esta probabilidad es grande, entonces es muy posible que se emplee una frase como «Hasta pronto», o «Hasta luego»; por teléfono, actualmente se suele decir «Vale, ciao». Pero si la separación es para irse a un sitio tan distante que el contacto resultará costoso durante un cierto tiempo, es probable que se diga algo más serio, como un «Bueno, adiós»²⁴. Y, análogamente, cuando se «pasa» de un círculo de conversación en una fiesta o una reunión de negocios, con la previsión de que pronto volverá a presentarse la posibilidad de participar en la conversación, es posible no decir más que «perdón» o hacer un gesto con la mano.

Al estudiar la expansividad correcta de los rituales de acceso, he mantenido tácitamente constante la estrechez de la relación que une a los dos individuos que se realizan la exhibición mutuamente. Pero, desde luego, es evidente que cuando es un vecino el que lleva mucho tiempo ausente las muestras que se le deben hacer serán menores que con un hermano al que se ve desde hace mucho tiempo. Sin embargo, las relaciones en sí llevan consigo una implicación de probabilidad de contacto, de modo que los dos factores, grado de acceso y estrechez de la relación, no son independientes. Esto se ve muy bien en la etiqueta tradicional, que parecía reconocer que la despedida a un desconocido debía ser distinta, quizá en parte porque existía la posibilidad de no volver a encontrarse con él:

Una señora termina una entrevista con un desconocido que ha venido a verla para una cuestión de trabajo deseándole «Buenas tardes» [«Good afternoon»]. En otras ocasiones puede decirle «Buenos días» [«Good morning»] o «Buenas tardes» [«Good evening»], pero no «Adiós» [«Good-by»], ni «Buenas noches» [«Good night»], cosas ambas que se dicen a los amigos²⁵.

En todo caso, debe reconocerse que los rituales de saludo y despedida no responden sólo a la cuestión del acceso, sino también al tipo de licencia ritual que vincula a quienes los celebran, de modo que es de suponer que un «Qué tal» [«Hi»] no sería adecuado en boca de un subordinado a un altísimo funcionario, aunque ambas partes gozaran de un medio en el cual el contacto entre ellas fuera frecuente y se supiera que lo era.

²⁴ El término inglés de despedida *farewell* connota una despedida permanente, pero hoy día tiene un matiz literario; lo mismo cabe decir del francés *adieu*.

²⁵ Emily Post, *Etiquette*, 3.ª ed. (Nueva York, Funk and Wagnalls, 1937; Londres, nueva ed., Cassells, 1969), pág. 21.

3. Como ya se ha sugerido, la consecuencia es que en muchos casos una relación conlleva automáticamente una apreciación de la probabilidad y los costos del contacto, y en consecuencia toda recuperación de la facilidad lógica del contacto al terminar las circunstancias distanciatoras merece una celebración especial²⁶.

Dado esto, debemos ver que se plantea el siguiente problema estructural. Al recuperar el contacto fácil tras una separación usada, los individuos se deben mutuamente un saludo expansivo. Sin embargo, la realización de esa exhibición coincidirá necesariamente con un aumento de la probabilidad de un contacto siguiente más frecuente. Si en cada uno de esos contactos siguientes se hiciera toda la exhibición, los participantes se encontrarían muy pronto con que la actividad se estaba recargando de ritual. O sea, que debe disponerse de un entendimiento gracias al cual los individuos puedan ir desprendiéndose de su obligación inicial, debe existir una «norma de atenuación». En nada cabe ver esto mejor que en la conducta de amigos muy íntimos que llevan separados mucho tiempo y vuelven a encontrarse en una reunión social. Al primer contacto se produce un saludo expansivo. Un momento después, cuando se produce la siguiente proximidad, se brindará una exhibición reducida de la exhibición inicial. Cada contacto sucesivo se organizará con un saludo progresivamente atenuado, hasta que llega un momento en que ambos exhiben sólo el reconocimiento social mínimo de la clase media: una mueca rápida que entraña poco cambio de expresión, con ambas comisuras de la boca alargándose un poco para mover la mejilla (tras llegar a este punto, como es lógico, ambos pueden cooperar para hacer que uno de ellos pueda actuar como si no viera al otro, con lo cual se elimina toda exhibición, incluso la más atenuada).

Debe señalarse que, si bien debe disponerse de una norma de atenuación para organizar los saludos, no hace falta esa norma por lo que respecta a los saludos finales, sencillamente porque cuando se hace una despedida es probable que se marche uno, lo cual sig-

²⁶ Este argumento resuelve en parte un problema interesante de ritual. Cuando unas personas apenas conocidas o no muy conocidas se encuentran por coincidencia como turistas en un país extranjero, es probable que intercambien saludos expansivos y demostraciones de placer y de sorpresa ante la perspectiva de hallarse en mutua compañía. ¿Por qué? Creo que uno de los motivos es que se encuentran repentinamente obligados a la condición de personas lo bastante cercanas para saber cuándo se ha producido un aumento claro del costo del contacto entre ellas, pues ahora resulta evidente a ambas que si una de ellas estuviera en casa no podría jamás ponerse en contacto con la otra. Pero como en este momento mismo del descubrimiento no cuesta nada adaptarse al otro, resulta muy difícil renunciar a la posibilidad de hacerlo.

nifica que si las cosas marchan como está previsto se romperá el contacto y resulta imposible celebrar un ritual adicional de momento²⁷.

4. Otra cuestión. Cuando la accesibilidad está a punto de pasar claramente en otra dirección —que generalmente es de tipo geográfico— las partes en una relación pueden establecer disposiciones especiales para reunirse socialmente durante un período sólo para señalar la transición. Así, cuando quiera que unos amigos íntimos se encuentran en el mismo país, la misma región, la misma ciudad o el mismo barrio, a menudo se esfuerzan por ponerse en contacto, sea directamente o por teléfono o por correo, a fin de señalar ese hecho. Análogamente, cuando un amigo se marcha a trabajar en otra región, inicia el servicio militar, ha de marcharse a un largo viaje o cambia de barrio o de lugar de trabajo, es probable que la partida sea objeto de alguna ritualización: se celebran fiestas de despedida y pueden hacerse regalos. Obsérvese que estas ocasiones rituales se introducen en las actividades en un momento oportuno. En el caso de los saludos, habrá una economía de esfuerzos en la espera de un contacto fácil antes de realizar una exhibición de apoyo (y, en cambio, el insulto es mayor si no se aprovecha la oportunidad); análogamente, el punto de la despedida es el último momento en que es posible ponerse en contacto a costo reducido.

Estas ceremonias de acceso expansivo señalan a nuestra atención una cuestión interesante, que los lingüistas califican de incrustación. El reconocimiento ritual que se concede a una modificación importante del acceso (especialmente del acceso geográfico) puede ser en sí mismo un período de mucho acceso, como ocurre con las reuniones sociales, las cenas fuera de casa o las llamadas telefónicas. Pero como estos cortos períodos de contacto abierto tienen una entidad propia y no son meramente el equivalente funcional de, por ejemplo, un regalo, deben ir ellos mismos señalados y limitados por saludos de apertura y de cierre, conforme a la norma para manejar los períodos de aumento del acceso, cualquiera sea la causa. El que el motivo para estar juntos sea celebrar una modificación advertida del acceso no cambia las cosas. Es evidente que cuando se establece el primer contacto con un amigo con ocasión de una cena de despedida a éste, se sigue diciendo «Hola» o su equivalente. No se inicia el encuentro o la reunión social con un «Adiós». Y el

²⁷ Los etólogos también han estudiado la atenuación en un marco temporal evolucionista respecto de las modificaciones en la actuación de las especies y la utilización de determinadas exhibiciones. A este respecto, véase M. Moynihan, «Control, Suppression, Decay, Disappearance and Replacement of Displays», en *Journal of Theoretical Biology*, XXIX (1970): 85-112.

saludo final de cierre contendrá por lo menos dos notas, una que testimonia un breve período de acceso abierto que está a punto de terminar y otra, sin duda más importante, que testimonia el comienzo de una modificación descendente de la economía y la probabilidad de que ocurra ese contacto.

5. Las ceremonias de acceso de tipo prolongado dan claras muestras de lo que a menudo se halla también en los saludos breves, es decir, una división de la tarea ceremonial: la división entre anfitrión e invitado. Generalmente, quienes se despiden abandonan a alguien que se queda para representar el mundo social anterior, y quienes llegan se hallan generalmente en una relación de invitado o visitante con las personas a cuyo grupo se acaban de incorporar. De hecho, lo mismo cabe decir muchas veces de las reuniones sociales y del período de acceso abierto que brindan: es probable que los locales en que se celebran se hallen bajo la jurisdicción de alguien que, por lo tanto, se halla en el papel de anfitrión, y es probable que los demás participantes se hallen en el papel de invitados. La complicación en este caso es que lo que se debe a un individuo por la relación que se tiene con él puede ser diferente de lo que se le debe en su papel situacionalmente creado de invitado. De hecho, estas obligaciones pueden ser contradictorias. Así, cuando alguien que no es más que invitado a una cena lleva a ésta a un desconocido que acaba de llegar de otra ciudad, el anfitrión se verá especialmente obligado a hacer que el desconocido se sienta bienvenido, en grado correspondiente a la medida en que el desconocido pueda dudar de la oportunidad de su presencia allí. En todo caso, hemos de entender que un saludo de apertura puede adoptar la forma asimétrica de un «bien-ido», que entraña, por una parte, un «me-alegro-de-que-hayas-venido», y por la otra, un «gracias-por-todo».

6. Las ceremonias de acceso celebradas en casas particulares tienen una característica pertinentemente problemática. El saludar a alguien en casa de uno que ha llegado de lejos hace poco significa que no se han aprovechado las oportunidades anteriores que se dieron necesariamente cuando el llegado se puso a un alcance viable. Pues no se puede llegar a casa de uno sin haber llegado antes al país, la ciudad y el barrio de uno. Análogamente, el decir adiós a una persona amada desde la puerta de casa cuando quien se marcha va a estar totalmente inaccesible durante cierto tiempo es desaprovechar la oportunidad de seguir con esa persona hasta un punto algo ulterior de su marcha, que es casi inevitablemente una posibilidad práctica. Se comprende que, entonces, a esos saludos y esas despedidas les falte algo. Y se comprende que la cortesía obligue muchas veces a ir a buscar a quien llega al aeropuerto o la estación

o el muelle —por tratarse de los primeros puntos prácticos de contacto— e ir a despedir a quien se marcha a los mismos puntos. Los viajes largos en coche resuelven este problema, en especial cuando se puede aparcar el vehículo junto a la puerta.

7. El decir que los saludos vienen al principio de un mayor acceso y las despedidas al final no abarca todas las diferencias estructurales entre estos dos rituales. Pasamos a sugerir otra.

Como un saludo señala la iniciación de un período de contacto más fácil, es posible que a los participantes les interese limitar su entusiasmo de modo que no se produzca una indicación errónea de lo que cabe esperar. Los saludos de cierre figuran de modo diferente. Como los participantes pueden suponer que dentro de poco estarán menos disponibles mutuamente, por lo menos durante algún tiempo, se abre el camino a accesos de apoyo que en otras circunstancias podrían crear expectativas molestas, preocupación que a menudo impide a los individuos tratar demasiado bien a sus compañeros. Pueden hacerse grandes elogios y sustanciosas ofrendas, pues no habrá oportunidades de que este nivel de donación se establezca como lo normal. Se pueden expresar sin peligro deseos de acercamiento y de participación, pues no habrá oportunidades de realizarlos. Se borran las reservas que quienes despiden puedan sentir acerca de los méritos de quien se despide, porque dentro de poco no será posible una evaluación de cerca. Al mismo tiempo, los participantes pueden demostrar y afirmar, con sólo un pago inicial, que son personas que dan importancia a los sentimientos y al destino de los otros. Naturalmente, la única matización en este caso es que los favores concedidos al comienzo de este acceso aumentados son, probablemente, más fáciles de devolver que los concedidos al comienzo del acceso disminuido, lo cual puede influir en la decisión de quien los concede acerca de cuándo concederlos.

8. En el contexto de esta diferencia entre los saludos y las despedidas podemos apreciar correctamente que existe otra. En general, los saludos se orientan al lapso transcurrido sin contacto que termina ahora y, una vez realizados esos rituales, no cabe disminuir su importancia. Un segundo y un tercer contactos poco después del primero pueden conllevar un poco de calor reflejado como medio de impedir que el primer saludo resulte embarazoso. Y si el contacto, previsto no se produce por razones exógenas, cabe sentir desencanto y ahí se quedan las cosas. En cambio, las despedidas se sitúan en una forma fundamentalmente diferente respecto de la organización de las relaciones. Una despedida no se orienta a la terminación de la reunión social ni de la actividad social en la que ocurre, sino

a la rápida disminución que está a punto de producirse de las posibilidades de que vuelvan a celebrarse esas reuniones, por lo menos durante algún tiempo. Y cuanto más larga y absoluta sea la separación predicha, más expansivo será el ritual. Pero, por larga y completa que sea la separación prevista, el que los participantes se encuentren por el momento en situación de acceso fácil los sitúa favorablemente para que la separación no ocurra como se ha planeado. En resumen, las despedidas exponen inevitablemente a los participantes a un nuevo contacto no previsto. Y si ocurre esto, los actores se encuentran con que el ritual ya realizado resulta demasiado profuso para lo que ha resultado ser una ausencia breve; pero no hay forma de volver atrás. Y si entonces se produce efectivamente la marcha, será necesario realizar un acto que ya se ha realizado. Se ha «hecho» algo que ahora se debe, pero no se puede, hacer otra vez. Ello produce un pinchazo de anomia, del tipo que se da cuando se hacen declaraciones rituales que socavan el idioma en sí. Todo ello se ve exacerbado por el hecho de que cuando una persona es accesible a otras hasta cierto punto, ello se tiene en cuenta en la vida social que resulta. Cuando esa persona modifica en sentido trascendente esta accesibilidad, su lugar social empieza a cerrarse en torno a él. Cuando regresa de forma imprevista, se encuentra con que ha empezado a no haber sitio para ella.

Hay muchos ejemplos del efecto desordenador de las partidas fallidas. Un individuo que se marcha de una reunión social, tras una generosa despedida del anfitrión, descubre al cabo de una mañana que debe volver a buscar algo que se ha dejado olvidado; el saludo que se le debe al restablecer el acceso fácil debe intentarse en el contexto de una despedida que se le acaba de hacer y que ahora resulta que se ha hecho en vano. Otro ejemplo que se observa muchas veces es el relacionado con los viajes por mar. Se pueden establecer entusiásticamente amistades a bordo, que reúnen a personas que en otras circunstancias no se tratarían, porque es evidente que la proximidad no va forzosamente a continuar después del viaje. Cuando atraca el buque se pueden intercambiar cálidas promesas de volver a reunirse, en el medio entendimiento de que no se puede o no hace falta cumplir esas promesas. Sin embargo, la actividad relacionada con el desembarco brinda un terreno en el que se puede realizar una despedida con garantías, pues no hay forma de identificar por anticipado el punto del último contacto fácil. Casi inevitablemente, se realiza la despedida completa y poco después se produce el nuevo contacto. Algo parecido ocurre cuando se acompaña a un amigo al tren y se va con él al andén. Ya está preparada la última despedida y el escenario está listo para realizarla, pero si el

tren no sale a la hora, se rompe el ritmo de desarrollo que se entiende como natural para las emociones; el que se queda y el que se van han de seguir frente a frente, y el tiempo muerto de espera resulta una molestia para la animación que ha de ocurrir cuando el tren se ponga en marcha.

Otro ejemplo corriente de un ritual estropeado es la ceremonia de marcha de la oficina. Es posible que a un empleado que se va a ocupar otro empleo en otra ciudad o que está a punto de retirarse se le dé una fiesta y se le haga un regalo pagado colectivamente. Cuando, inesperadamente, se ve obligado a quedarse, o a volver tras una ausencia muy corta, el homenajeado se encuentra con que ha hecho que él y quienes le hicieron el regalo hayan participado en una declaración improcedente, pero que ya no se puede deshacer (a este respecto, evidentemente, el ejemplo final es el caso de Enoch Arden, en el que una persona que regresa de forma imprevista se encuentra con que no sólo su puesto ya no está disponible, sino con que lo ha ocupado otra persona, con lo que se crea lo que puede ser peor que una despedida sociológica, esto es, un doble sociológico)²⁸.

9. Existe otra diferencia más entre los saludos y las despedidas que merece la pena estudiar. La exhibición que se debe a un amigo íntimo que se marcha a un viaje largo y peligroso se ve bien equilibrada por lo que se le debe cuando regresa sano y salvo; el mismo equilibrio se encuentra entre el saludo modesto entre dos vecinos que se paran a charlar a la puerta y las modestas despedidas que intercambian al terminar la charla. De hecho, cabría pensar que por cada tipo de saludo hay un tipo correspondiente de despedida. Pero no es así, y el motivo nos lo da una característica muy evidente de las relaciones. Pues las relaciones deben empezar y acabar. Pueden comenzar con una presentación social, y cuando empiezan, este ritual

²⁸ Las salidas fallidas, las obligaciones de salud y las reglas de atenuación pueden originar conjuntamente algunas ocasiones confusas. Por ejemplo, en los círculos académicos superiores de los Estados Unidos los viajes rápidos, el dinero fácil y la ampliación de las opciones de empleo han llevado a una considerable movilidad en el trabajo sin tener en cuenta las distancias, especialmente entre las costas del Atlántico y el Pacífico, en circunstancias en que después de que alguien se haya marchado con las ceremonias adecuadas, es probable que vuelva a aparecer muy pronto para cuestiones de trabajo, y que esto se produzca una vez tras otra. Muchas veces su primera reaparición se señala con un considerable ritual social; siguen siendo firmes sus vínculos, existe una posibilidad de que cambie de idea y se vuelva, y existe el impulso de restablecerlo ceremonialmente como miembro de la comunidad. A su segundo regreso se le da mucha menos importancia. Para el tercero y el cuarto comenzará a regir la norma de la atenuación, y es posible que su amigo más íntimo de la localidad pase a ser su único amigo. Los implicados empezarán a buscar normas rituales que estén adaptadas a los viajes en aviones a reacción.

análogo al saludo debe forzosamente ser leve, porque todavía no existe casi relación que justifique algo más profundo, al menos por lo general. Las relaciones *pueden* terminar mediante un proceso de atenuación muy gradual, pero también pueden terminar violentamente, sea por un enfrentamiento o porque circunstancias como la muerte o la geografía están a punto de hacer que los participantes queden totalmente inaccesibles el uno al otro. En estos últimos casos, puede darse una despedida que señale la terminación simultánea de un momento o dos de estar en contacto y de la relación que hizo que resultara posible estar en contacto de esa forma. Lo emocionante de ese ritual apenas si tiene un paralelo o una expresión opuesta en lo que puede ocurrir en los saludos²⁹.

10. Una última diferencia. La preparación para un saludo se puede hacer con toda comodidad, dado que la persona a la que se va a saludar no está presente en ese momento para examinar la labor de preparación ni los sentimientos que engendra el tener que realizarla. La preparación para una despedida puede ser una actividad mucho más delicada, pues una de las partes puede sentirse menos inclinada que la otra a seguir adelante con lo inevitable, con lo cual obliga a la otra parte a instigar el proceso por adelantado con indicaciones que son claras, pero no descaradas³⁰.

VI

Desearía añadir dos cuestiones finales acerca del ritual de apoyo. La primera se refiere a la categoría en general. Aunque ya se ha sugerido que los rituales positivos tienden a verse limitados a los individuos que se hallan en una relación personal, existen importantes excepciones; la posibilidad de dar y de recibir bienes gratuitos vincula efectivamente a quienes tienen una relación anónima. Pero en estos casos siempre debemos prever que hallaremos un conflicto en potencia entre el ofrecimiento de servicios menores a otros desconocidos y la obligación de guardar las distancias. Esto se ve bien ejemplificado en la organización de la comunión ocular. Por ejemplo, cuando un hombre le abre la puerta a una señora, ésta adquiere la obligación de expresar agradecimiento, para hacer lo

²⁹ La excepción ocurre cuando un hijo presenta a su nuevo cónyuge a sus padres, o cuando un padre introduce a su nuevo cónyuge a un vástago de un cónyuge anterior. En estos casos es posible que las plenas relaciones estén dispuestas y a punto de empezar y que sólo falten las presentaciones.

³⁰ Sugerido por William Labov (por carta).

cual dispone de la forma del «Gracias». A su vez, el hombre, si es tradicionalista y si quiere dar muestras de la mayor consideración, puede renunciar a aprovechar este tipo de apertura, puede negarse a ratificar el encuentro mediante una devolución de la mirada o de las palabras, y en cambio puede proceder a una inclinación de cortesía que cualquier presente (y no sólo quienes estén en la conversación) puede interpretar, al mismo tiempo que desvía la mirada y deja de orientarse hacia la mujer a la que acaba de ayudar. En este caso, la ritualización «natural» de un intercambio de apoyo en un encuentro se ve inhibida, y de hecho el hombre actúa como si parte de él no hubiera hecho nada en absoluto.

Debe resultar evidente que la concesión de apoyo desritualizada introduce el problema de organizar un cierre oficial del acontecimiento, y que los mecanismos habitualmente utilizados para ello entrañan más conexión de lo que se debe expresar. Cabría citar a este respecto una práctica interesantísima, que se va olvidando mucho: la norma de levantamiento del sombrero. Cuando, conforme a la etiqueta tradicional, una señora desconocida daba las gracias a un caballero por tenerle la puerta abierta, o por ofrecerle asiento en un transporte público, o por recogerle un paquete que se le había caído y devolvérselo, o por salvarla de un caballo desbocado, él hacía una pequeña inclinación y se quitaba el sombrero, evitando en todo momento mirarla a los ojos³¹. Ese gesto le permitía implicar

³¹ Emily Post, *op. cit.*, págs. 26 y ss., da una buena fuente de material semianalizado sobre el sombrero como elemento en el lenguaje ritual de una clase hipotética. El quitarse el sombrero (o, para ser más exacto, tenerlo quitado) señalaba un momento en que un caballero se hallaba en una posición ritual de «firmes», con sus partes animales plenamente sometidas y él mismo mansamente orientado a la presencia de algún objeto sagrado, como una señora, un ataúd, o la bandera, y el tiempo que permanecía descubierto era igual a la duración de la Presencia ante la que se hallaba. También se hallaban correlaciones rituales, como una postura cuidadosa y el no tener un cigarrillo en la boca. Obsérvese que como un encuentro de conversación con una señora o un jefe también era un período de presencia, el tener el sombrero en la mano podría abarcar exactamente ese período.

El levantarse el sombrero (o llevarse la mano a él) en el lenguaje ritual tradicional es, como si dijéramos, diferente fonéticamente de tenerlo quitado. Como ya se ha sugerido, aparentemente su papel central era el demostrar consideración al mismo tiempo que devolvía al actor y al receptor del acto a un estado de cortés atención. Así, se empleaba como medio de saludar a un desconocido (frente a la inclinación, que era el equivalente funcional para los conocidos), para acompañar a un «por favor» o un «gracias», como medio de demostrar que no se iba a aprovechar la oportunidad de un contacto. La complicación residía en que el llevarse la mano al sombrero era algo que también hacía un hombre cuando obtenía el acceso directo a señoras conocidas (incluida su propia esposa), o cuando lo interrumpía, a quienes se debían más rituales, o a quienes ya se les habían hecho. Lo que parecía intervenir en estos

que su acto no era sino una mera expresión de la dignidad del yo de la beneficiaria basada en los atributos de su género, que él reconocía la obligación de orientarse hacia esas cualidades y a los predicamentos pasajeros de su poseedora, y que el intercambio ya había terminado. Cabría señalar que las mujeres de aquella época podían (y sin duda siguen haciéndolo) recurrir a mecanismos funcionalmente análogos; por ejemplo, como respuesta a que se le abriera una puerta, una mujer podía dar unas gracias breves verbalmente, al mismo tiempo que mantenía un paso igual, resuelto, que no registraba ninguna orientación hacia un encuentro³².

Segunda y última cuestión. Del hecho de que se hallen saludos entre muchos de los primates superiores, así como en muchísimas sociedades prealfabetas, sería fácil concluir que se hallan universalmente en todas las sociedades cosas parecidas a los rituales de acceso. Pero como es sabido son los universales lo que precisamente pone en duda la etnografía competente. Por ejemplo, se ha dicho del comportamiento en las aldeas árabes:

Las normas de la modestia son especialmente aplicables en público, y son tan aplicables a los hombres como a las mujeres. En Kufr al-Ma, las mujeres no saludan a los hombres por los caminos de la aldea, y los hombres no saludan a las mujeres. Si se encuentran con parientes del sexo opuesto, pueden saludarse sin cambiar miradas o después de haberse cruzado³³.

Y tenemos ejemplos más cercanos. Aparentemente, los indios americanos de más de una tribu se toman las relaciones sociales muy en serio, no como algo que se inicia a la ligera, y al mismo tiempo comprenden que la ausencia puede inducir al cambio. En todo caso, pueden negarse a hacer presentaciones en encuentros que ocurren accidentalmente, abstenerse de suponer que la coparticipación en la misma compañía requiere o incluso permite el rápido comienzo de una conversación entre personas que no se conocen o iniciar un galanteo silencioso y, que es de lo que se trata aquí, evitan las exhibiciones verbales la primera vez que restablecen un contacto fácil con una persona amada tras una larga separación³⁴. Me parece

casos es que el género de la receptora requería un reconocimiento vestigial, incluso cuando los aspectos personales de la relación requerían otras formas de reconocimiento ritual.

³² Sugerido por Hilary Callan.

³³ Richard T. Antoun, «On the Modesty of Women in Arab Muslim Villages», en *American Anthropologist*, LXX (agosto de 1968): 675.

³⁴ Me baso en la útil monografía de Keith H. Basso, «To Give Up on Words: Silence in Western Apache Culture», en *Southwestern Journal of Anthropology*, XXVI, n.º 3 (1970): 213-230.

razonable concluir que determinadas disposiciones sociales, como el contacto entre conocidos tras un período apreciable de no estar en contacto facilitan mucho la aparición del ritual del saludo, y que cuando no se ritualiza este aspecto de reanudación del contacto debemos tratar de ver si existen circunstancias especiales, circunstancias que en otro caso no se habrían advertido, pero de las que merece la pena tomar nota.

INTERCAMBIOS CORRECTORES¹

I. Normas

Una norma social es el tipo de guía de acción que se ve apoyada por sanciones sociales, negativas que establecen penas por la infracción y positivas que establecen recompensas por el cumplimiento ejemplar. No se pretende que el significado de esas recompensas y esas penas resida en su valor intrínseco, sustantivo, sino en lo que proclaman acerca de la condición moral del actor. Las propias sanciones sociales son normas sobre normas: técnicas para asegurar conformidad que gozan, ellas mismas, de aprobación. Debe añadirse que las sanciones pueden ser organizadas o difusas, por utilizar la terminología de Radcliffe-Brown, o formales o informales, por utilizar términos más actuales: formales cuando un organismo especializado a quien se han delegado oficialmente las tareas de sanción actúa con una respuesta que corresponde a una lista de sanciones; informales cuando la tarea se hace localmente, y en gran medida la realiza la misma persona cuyos intereses se han visto en peligro o las que simpatizan personalmente con aquella, de modo que la sanción misma adopta una forma dura, inmediata y cambiante.

¹ Este estudio se basa en y amplía otro anterior, «On Face Work», reeditado en Goffman, *Interaction Ritual* (Nueva York, Anchor Books, 1967), páginas 5 a 45. Agradezco a William Labov sus sugerencias, que se han incorporado a lo largo de todo el trabajo.

Aunque la idea de las normas sociales es algo básico de las ciencias sociales, no es mucho lo que se puede recomendar, aparte de unas cuantas discriminaciones, en relación con ejemplos de la clase. Por ejemplo, podemos distinguir entre prescripciones y proscripciones; característicamente los rituales de apoyo se refieren a las primeras y el respeto al territorio ajeno a las segundas. Podemos distinguir entre principios y convenciones, esto es, entre normas que se consideran aconsejables intrínsecamente y otras cuyo único apoyo procede de un acuerdo vigente de facilitar por medio de ellas las relaciones mutuas. También podemos distinguir entre órdenes y normas, en que las primeras permiten y requieren el cabal cumplimiento y las segundas apoyan un ideal que no se prevé realice cabalmente nadie, y al que se sabe que muchos no se acercan nada. La alfabetización en el mundo occidental es un ejemplo de las primeras, el «aspecto» (en el sentido fisionómico) lo es de las segundas.

Y podemos distinguir entre normas sustantivas y rituales, las primeras de las cuales regulan las cuestiones de valor por derecho propio, y las segundas exhibiciones, ceremonias, expresiones y otros puntos de conducta cuya importancia primaria se debe a la actitud que a partir de ellas puede adoptar el actor respecto de los objetos de valor final.

Es de suponer que las normas se pueden clasificar según el tipo de sanción que conllevan. Las sanciones formales sostienen a las reglamentaciones, las sanciones informales a lo que se considera a veces como presiones sociales. Las reglamentaciones en sí se han dividido en dos partes: la ley, la reglamentación del comportamiento que se basa en el poder y la autoridad del Estado, y las reglas, esto es, las normas impuestas por un agente autorizado, pero cuya autoridad procede de una organización menos general que el Estado, distinción interesante, salvo que el término «reglas» es demasiado útil para definirlo como algo que no sea sinónimo de normas².

Cabe aducir que las normas o las reglas afectan al individuo de dos formas diferentes: como obligación que le obliga a (o le impide) hacer algo en relación con otros, y como expectativa que le lleva a prever con razón que éstos van a hacer (o a no hacer concretamente) algo en relación con él. A veces, a estas obligaciones y expectativas se las califica de derechos, cuando la persona que los tiene los desea, y otras de deberes cuando ocurre lo contrario. Cabría añadir que a menudo se supone que una norma no es sino una parte,

² Recomendado en Jack P. Gibbs, «Norms: The Problem of Definition and Classification», en *American Journal of Sociology*, LXX, n.º 5 (1965): 500.

integrante, de un código o sistema de normas³. Los códigos sancionados informalmente están poco explicitados, tanto por quienes se adhieren a las reglas como por quienes estudian a los que se adhieren a ellas. Incluso códigos muy formalizados, como los que reglamentan el tráfico de carretera, dejan tácitos muchos asuntos.

Las normas sociales van casi siempre revestidas en términos generales, como si se aplicaran a un acontecimiento particular porque el acontecimiento es un ejemplo de una clase a la que se aplica la norma. Entonces, toda desviación, en cualquier ocasión a la que en principio se aplica la norma, puede dar la impresión de que el actor puede estar en falta respecto de toda esa clase de acontecimientos. Y todo cumplimiento puede conllevar una seguridad acerca de la forma en que el actor manejará todos los demás acontecimientos que pueden entrar en la regla (esto no equivale a decir que el individuo pueda formular la regla en términos generales cuando se le pida; por lo general, hace falta un acto de desviación o un acto de notable conformidad antes de que pueda demostrar su competencia para formular juicios como si estuvieran determinados por una regla). Esta tendencia de los individuos a interpretar los actos como si fueran síntomas confiere una importante calidad expresiva o indicativa incluso a actos de calidad muy sustantiva, dado que conllevan datos relativos a la relación general del actor con una regla y, por extensión, a su relación con el sistema de reglas del que forma parte la regla de que se trata. Y, naturalmente, a menudo se interpreta que esa información tiene pertinencia para la evaluación del carácter moral del actor.

Las reglas tienen eficacia (en la medida en que la tienen) porque las personas a las que son aplicables creen que son correctas y porque esas personas llegan a concebirse a sí mismas tanto en términos de quién y qué es lo que el cumplimiento de ellas les permite ser como en términos de lo que la desviación implica que han llegado a ser. El sistema de sanción conexo a una regla es eficaz (en la medida en que lo es) porque proclama la medida en que un individuo ha llegado o no a realizar lo que él y los otros creen que

³ Simmel formula la interesante sugerencia de que hay términos como «ética» y «honor» que se refieren a códigos informales mantenidos por individuos que actúan en submundos especiales —los negocios, las profesiones liberales, la política— en los que sólo una parte del yo está sometida a juicio, mientras que las ideas de la moral y la moralidad corresponden a un código informal que entraña juicios que no se pueden segregar (Georg Simmel «Moralidad, Honor y Derecho», sección de su *Soziologie*, citado a través de la traducción al inglés de Everett C. Hughes, para mimeógrafo).

debería ser y, en términos más abstractos, proclama el cumplimiento o la desviación por el individuo respecto de las reglas en general.

Estas bases de eficacia se basan a su vez en la idea fundamental de la responsabilidad, que en derecho plantea la cuestión de lo que se califica de elemento mental.

Existen varios sentidos pertinentes en los que se emplea el término de «responsabilidad», por tanto puede haber diversos elementos que intervengan en cada uso concreto del término⁴. Existe la responsabilidad de la causación inmediata, en el sentido en que cabe decir que la vaca de la señora O'Leary causó el incendio de Chicago. Existe la responsabilidad de indemnización, en el sentido de que cabe demandar a la propietaria de la vaca que causó el fuego para recuperar los costos de éste, incluso cuando parece que no cabe esperar que una persona normal pueda cuidar de una vaca de modo que se eviten totalmente esas posibilidades: la concepción en derecho* de «responsabilidad absoluta sin dolo». Existe la responsabilidad como consecuencia de la actuación «a sabiendas», que en este caso se entiende entraña la idea de que el actor tenía conciencia de los efectos marginales de su acto, tenía razonablemente la capacidad de resistir de realizar ese acto, pero, sin embargo, de todas formas siguió adelante y ejerció su volición o voluntad propias de llevar a cabo el acto (ello lleva implicado que si bien el objetivo principal del individuo era diferente del de producir el acontecimiento que ocurrió, estaba dispuesto a que ocurriese de todos modos como producto secundario de lo que sí se proponía). Por último, existe la responsabilidad de la intención de control, en la cual las consecuencias de que se trata son las principales que el actor se proponía obtener. Cuando los efectos son perniciosos, a veces se utiliza la expresión «intencionado» para describir la intención, y se imputa que ésta es mala.

El tipo de responsabilidad de la que nos ocuparemos es la que cabría calificar de moral. Intervienen las ideas de que quien no se orienta conforme a una regla determinada lo hace, en el mejor de los casos, por olvido momentáneo, en el peor por defectos de carácter, y que si bien no se ha adaptado, al menos tiene la capacidad de hacerlo, debería haber deseado adaptarse y, en todo caso, ahora debería adaptarse. Obsérvese que este sentido del término respon-

⁴ A este respecto, y en relación con lo que sigue, manifiesto mi agradecimiento por algunos comentarios críticos de Martha Alschuler, de la Universidad de Pennsylvania.

* El autor se refiere al derecho anglosajón. [N. del T.]

sabilidad es intrínsecamente difuso, pues combina en un concepto la idea de por qué actuó el individuo como lo *hizo*, cómo *podría* haber actuado, cómo *debería* haber actuado y cómo *debería* actuar en adelante. Es como si el concepto mismo se hubiera proyectado, de un modo u otro, para vincular a sus usuarios a la creencia de que está en juego una sola cuestión, cuando de hecho intervienen elementos fundamentalmente muy diversos.

Por lo general, cuando se imputa una responsabilidad moral también se imputan otras formas, y cuando se reduce la responsabilidad moral es porque se considera que están ausentes otras formas de responsabilidad; sin embargo, se trata de una cuestión compleja de la que no es fácil tratar. Ahora no quiero más que destacar que debe plantearse la cuestión de la responsabilidad moral cuando se estudia la importancia que los congéneres de un individuo imputan a la acción de éste, aunque los estudiosos de la sociedad por lo general han dejado a los abogados y los teólogos todo ese estudio, dado que comporta la necesidad de ocuparse de asuntos muy dudosos, como son la causa, la voluntad y la intención. Como se aducirá más adelante, debe plantearse la cuestión de la responsabilidad en relación con actos menores además de los magistrales, pues si no sabemos cómo atribuyen quienes intervienen en un acto la responsabilidad por éste, a fin de cuentas no podemos saber qué es lo que ha ocurrido⁵.

Una última cuestión en torno a la responsabilidad. Desearía aducir que la infracción de una regla introduce un doble juego de cuestiones tanto para el infractor como para el perjudicado. Quien no cumple con su obligación tiene la responsabilidad de tratar de compensar su ofensa y de demostrar la consideración apropiada hacia el proceso de corrección. Quienes no han visto respetadas sus expectativas han de demostrar que no deben quedar definidos por lo que la infracción dice respecto de ellos y que, al costo que sea para ellos mismos, tienen una relación correcta con el sistema de sanciones,

⁵ No quiero implicar con esto una posición completamente relativista. En toda implicación de causalidad es evidente que no se han aislado para su estudio muchos factores que debían haberlo sido, y que la elección tiene algo de arbitrario, por válida que sea como causa. En cambio, es igual de evidente que cuando todas las partes en una acción están de acuerdo acerca de su causa pueden equivocarse debido a las prácticas de selección de su propia cultura. El creer que algo es verdad no lo convierte en verdadero (pese a lo que diga W. I. Thomas) más que si esta creencia se encaja de tal modo con las demás prácticas de evaluación de datos en la sociedad que en esa sociedad no sería posible presentar pruebas en sentido contrario.

pues el no comprometerse con este mecanismo social puede significar para ellos algo peor que la infracción inicial (esto último ayuda a explicar la preocupación que manifiestan los individuos perjudicados por la «cuestión de principio», como ocurre, por ejemplo, cuando un comprador está perfectamente dispuesto a permitir que alguien que no ha comprado más que un artículo pase por delante de él en la cola de la caja si se lo explica y se lo pide cortésmente, pero si este salto de cola se hace descaradamente, sin pedir permiso, mientras el infractor mira directamente a los ojos a la víctima, entonces es posible que se produzca una defensa violenta de los derechos adquiridos).

En este capítulo, las normas que se estudiarán son las que reglamentan la vida pública, en especial la coexistencia entre individuos, tanto conocidos como desconocidos. Esto nos lleva a una cuestión muy complicada que guarda relación con la cuestión de las comunicaciones. Hace falta estudiarla con mucho cuidado.

Un hombre mata a un ciervo en tiempo de veda. Se podría decir que con el dedo ha comunicado presión al gatillo y que la escopeta lo ha expresado en forma de bala, pero eso no sería más que una figura de dicción. Evidentemente, el delincuente ha llevado a cabo un acto de conducta, un acto intencionado moralmente pertinente, un acto físico, pero en este caso no es el tipo concreto de acto al que calificamos de comunicación.

Un guardabosques es testigo del acto, ve cómo el hombre apunta, la escopeta retrocede, el ciervo cae, oye el disparo, huele a polvora quemada. Lo que así obtiene es una expresión del acto ilícito, una base para evaluar lo que ha pasado. Interviene una percepción inmediata de la infracción, y en consecuencia cabría la pretensión de decir que la infracción se le había comunicado al testigo, pero también en este caso serían palabras vanas. La vaina del cartucho y las huellas balísticas también son expresiones del delito, pero son expresiones que no es probable se califiquen, ni siquiera en un sentido vago, de comunicación. Obsérvese que ninguna tentativa por parte del infractor de controlar esas expresiones, de disimular o falsearlas, con miras a inducir a error a quienes pudieran tratar de evaluar su acto, es necesariamente una comunicación, por lo menos en su definición estricta, sino meramente una tentativa de controlar la evaluación. Y obsérvese también que si nadie descubre jamás que se ha matado a un ciervo (salvo el cazador y, supongo, el ciervo), sigue habiéndose producido una infracción, aunque no detectada. De hecho, es posible que a alguien se le robe una de sus posesiones sin que descubra en su vida que se ha producido una infracción y que la víctima es

el mismo, aunque la infracción efectivamente se ha producido y la víctima es efectivamente el mismo.

Cuando nuestro guardabosques vuelve a casa le dice a su mujer lo que ha pasado ese día; *eso* es comunicación. Cuando el delincuente, detenido, se pone en contacto con su abogado, eso también entraña una comunicación.

Entonces, es evidente que debe establecerse una distinción básica entre tres cosas: la comisión de un acto, la expresión de que uno lo ha cometido (junto con la evaluación por los otros del acto que uno ha cometido) y las comunicaciones sobre el acto y la evaluación.

Hay dos complicaciones que estudiar. En primer lugar, el informe que el guardabosques rinde ante el tribunal acerca de lo que ha presenciado es lo que se llama en derecho [anglosajón] «prueba testimonial directa», y la vaina del cartucho «prueba física directa». Esta distinción normal refleja que una parte de la prueba entraña una comunicación sobre percepción, y la otra entraña algo que puede ser percibido en sí. Después de todo, el prestar declaración no es más que contar cómo ha ocurrido una expresión; quizá fuera mejor llamarlo presentación de pruebas indirectas, salvo que en derecho se ha convencionalizado esa frase para aplicarla a las pruebas de tipo circunstancial. Claro que en el contexto que estamos estudiando, la comunicación escrita u oral también es, y de modo importante, una forma de conducta, una «expresión interpretativa», y como tal se juzga, pues el guardabosques se halla sometido a una obligación estricta de comunicar de una forma reglamentada normativamente, esto es, de forma honesta y cabal. Todo incumplimiento por su parte de esta regla de comunicación constituye en sí una infracción palpable, una forma de conducta ilícita muy parecida a la caza de un ciervo en tiempo de veda, que se debe analizar en primer lugar en términos de normas y desviaciones, y no en términos de los conceptos de la ingeniería de la comunicación.

En segundo lugar, el decir que existe una regla en contra de la caza del ciervo en tiempo de veda y que aquel hombre infringió la regla es hablar lacónicamente. Esa regla implica de hecho que el infractor se proponía acertarle al ciervo, y que el disparo se hizo por motivos deportivos. Si se puede demostrar que el hombre disparó en defensa propia, o que tenía buenos motivos para pensar que lo estaba haciendo era verificar su nueva mirilla telescópica, entonces cabría defender que si bien parecía que se trataba de ir de caza en tiempo de veda, de hecho no era así. En resumen, el derecho se ocupa de la actitud del infractor hacia la regla que parece haber infringido y de la conjunción del motivo y las consecuencias, y no sólo del resultado final. Por tanto, debe tenerse en cuenta la

situación del infractor, el mundo en que vive, y efectivamente se tiene en cuenta, implícita aunque no explícitamente.⁶

Ahora resulta posible estudiar más de cerca las normas que rigen el comportamiento del individuo mientras hay presentes otros y en virtud de esa presencia, comportamiento al que a veces se califica de actitud, porte y modales.

Es evidente que las reglas difieren según lo bien o lo mal que su no observancia tenga por objetivo incidental producir datos reveladores. Evidentemente, la regla en contra de matar ciervos y la regla en contra de tener malos pensamientos se hallan situadas de forma diferente por lo que respecta a la presentación de pruebas suficientes de su cumplimiento. Aquí es donde debemos observar que las reglas del orden público son tales que muchas veces se dispone de plenas pruebas acerca de su cumplimiento; pues estas reglas rigen algo que, por definición, debe ocurrir ante los ojos de

⁶ Tómese, por ejemplo (con perdón de Austin), un acto que es tolerablemente claro: un conductor se salta una luz roja. ¿Qué hace? ¿Qué ha hecho?: 1) Viene de un sitio donde no hay semáforos. 2) La luz del día era cegadora y no lo vio. 3) Hace poco se ha quedado daltónico. 4) Llegaba tarde al trabajo. 5) Su mujer está dando a luz en el asiento de atrás y quiere llegar al hospital. 6) Alguien que acaba de atracar un banco está sentado a su lado con una pistola en la mano y le ha dicho que se salte el semáforo. 7) Siempre hace lo mismo cuando no hay guardias cerca, y se imagina que el costo de la multa se queda en nada si se divide por la cantidad de veces que lo ha hecho sin que le cojan. 8) Son las cuatro de la mañana y a esa hora nunca hay nadie en la calle, y además ha mirado bien a ambos lados de la calle para asegurarse de que puede saltarse el semáforo. 9) Está lloviendo y es mejor no tratar de frenar, porque hay aceite vertido en la calle. 10) Un guardia le ha hecho señal de que pase. 11) Le han fallado los frenos. 12) Sencillamente, se ha olvidado de mirar el semáforo. 13) Está en una caravana funeraria. 14) No hay nadie que se atreva a amonestarlo. Se trata de un personaje demasiado importante. 15) Es un inspector que está comprobando la vigilancia de los guardias de servicio. 16) Conduce —dice él— en situación de trance posthipnótico. 17) Quiere echarle una carrera al guardia del barrio. 18) El guardia de la esquina es su hermano y le está tomando el pelo. 19) Tiene matrícula diplomática. 20) La luz estaba roja porque el semáforo está estropeado, y tanto él como los demás automovilistas han decidido que ya era hora de pasar. 21) La luz estaba cambiando en ese momento. 22) Estaba borracho o fumado. 23) Su madre tiene una ocupación vergonzosa y él tiene una fijación certificada por los psiquiatras acerca de las luces rojas. 24) Tenía inmediatamente detrás una ambulancia de la política con la sirena en marcha, y el otro carril estaba bloqueado por un embotellamiento.

De modo que nuestro hombre se ha saltado una luz roja. Pero cuando va a juicio y el juez le pregunta qué hacía al saltársela, ofrecerá una explicación acerca de lo que ocurrió en realidad. Evidentemente, lo que hace que el saltarse una luz roja sea un acontecimiento discernible y aislable es que se ha violado una regla estipulada en relación con la luz. El «hecho» objetivo, pues, debe ser tan variable como lo es la posible relación del individuo con la regla.

los posibles perjudicados. En las cuestiones reglamentadas por reglas de probidad financiera o de fidelidad sexual lo corriente es que la infracción ocurra mucho tiempo antes de que se descubra (si es que se descubre). Pero en las cuestiones de actividad pública (por ejemplo, el comportamiento en las reuniones sociales), las pruebas de que no se han cumplido las reglas proceden, en general, de que se ha atrapado *in fraganti* al culpable. Y mejor es obtener así las pruebas. Pues en este caso, las entidades de que se trata son efímeras, en el mejor de los casos; tan breves, por ejemplo, como lo que dura una conversación o una excursión. O sea, que lo probable es que la propia infracción sea de breve duración, y además es probable que sus malos efectos se vayan desvaneciendo casi con la misma rapidez con que lo hacen las entidades del tipo que se han visto perjudicadas. Generalmente, el disimulo en infracciones no situacionales deja al perjudicado en la ignorancia de la identidad del culpable y de la fecha de la infracción; el disimulo en delitos situacionales suele dejar al perjudicado en la ignorancia de estas cuestiones, pero además plantea la cuestión de si de hecho se cometió algún delito. Pues por lo que respecta a los detalles del comportamiento cara a cara, la ausencia de la parte perjudicada significa en realidad la ausencia de toda posibilidad de infracción. Entonces, no se trata sólo de que las normas situacionales sean de tipo pragmático, sostenidas únicamente cuando la existencia de testigos hace que la infracción resulte costosa, sino, lo que va más al fondo, que por lo general pertenecen al reino de lo perceptible, y por tanto no permiten el disimulo de la infracción en el sentido habitual del término. Una excepción de este argumento se basa en un tipo especial y limitado de disimulo, tipo en el cual la infracción ocurre en la presencia inmediata de la víctima y es algo evidente para los testigos, al mismo tiempo que se le esconde a la víctima.

O sea, que ahí está la cuestión. Ya he aducido que la observancia de una regla por un individuo no es lo mismo que el que ese individuo dé adrede pruebas (por válidas que sean) de que la ha observado, y que esto, a su vez, no es exactamente lo mismo que el que ese individuo comunique que verbalmente o por otros medios convencionalizados la ha observado. Y este argumento se aduce aunque es evidente la probabilidad de que parte de su observancia efectiva dé a otros (a sabiendas de él) un indicador «natural» de esa misma observancia. Ahora bien, en la mayor parte de las esferas de actividad resulta fácil distinguir entre la observancia de una regla por un individuo y la mera apariencia que ofrece de observancia (también existe el concepto de las «apariencias comprometedoras»,

que reconoce que puede parecer que no la ha observado, cuando en realidad sí que lo ha hecho). Sin embargo, cuando esta distinción entre la observancia real y la aparente se traslada al terreno de las actitudes el resultado es la confusión. Pues en esta esfera de la expresión ocurre, en general, que quien se limita a hacer una exhibición de apariencias correctas tiene que observarlas. El decir en este caso de alguien que aparentó falsamente observar las normas suele significar únicamente que las apariencias que ha mantenido no se mantuvieron de forma coherente ni persistente.

Como la conducta cara a cara tiene que ver con exhibiciones que cambian rápidamente, el principal método para acopiar pruebas de la observancia es contemplar (y escuchar) al propio actor mientras realiza esas exhibiciones en presencia de uno. Por tanto; podemos fácilmente creer que lo que se está estudiando es la comunicación. No lo es. Es posible que no intervenga el habla, y cuando interviene el habla, como cuando una persona pronuncia incorrectamente una palabra, sigue tratándose de una cuestión de conducta, la conducción del discurso. Y, en general, aunque la observancia de una norma por un individuo da pruebas de su estado moral, y aunque quizá sólo la observe con objeto de dar una buena impresión, la observancia en sí, cualquiera que sea el motivo, no es un acto de comunicación, o por lo menos no lo es en el sentido estricto del término. No es más que un fragmento de conducta, la percepción del cual, dicho sea de paso, da pruebas de las normas que sostiene el actor, el cual puede estar interesado en manipular esas pruebas. E incluso cuando hemos de examinar la comunicación conforme a su definición estricta —por ejemplo, al estudiar la organización de los encuentros—, lo hacemos fundamentalmente como forma de conducta.

Tras llegar a una concepción crítica y circunscrita de la comunicación podemos arriesgarnos a plantear una idea ampliada de la infracción. A lo largo de estos comentarios se ha sostenido que una regla implica directamente a dos individuos: aquel de quien la regla exige algo y aquel que puede exigir que ocurra algo dada la existencia de la regla. O sea, que en el caso de las infracciones habrá una persona obligada que infringe y una persona expectante, un reivindicante, que se ve perjudicado. Esta perspectiva debe ampliarse en un respecto. Entre las normas que el individuo está obligado a respetar cuando se halla entre otros existe un conjunto importante, la desviación del cual causa pocos perjuicios o preocupaciones a quienes (aparte del individuo) son testigos de la infracción. Generalmente, la infracción de esas normas tiene por efecto poner en peligro la reivindicación tácita del actor de ser una persona de com-

petencia y carácter normales. La imagen perjudicada es la del propio infractor. Debemos ocuparnos de estas autoinfracciones, así como de las otras en las que se trata de perjudicar a otros.

II. Control social

La visión tradicional del control social parece derivarse de las aulas, los tribunales y otros lugares en que las autoridades pueden imponer una impresión paternal: la de que el individuo puede escoger entre adherirse a las reglas o disimular sus infracciones, y que si no hace ninguna de las dos cosas, se le arrancará de su situación y se le obligará a pagar las consecuencias, en cuyo caso las dos perversiones de la justicia que se contemplan son que escape a la aprehensión o pague por un delito que no ha cometido.

Si limitamos nuestro interés a las infracciones en la esfera pública, a la coexistencia entre personas, entonces la visión tradicional del proceso de control social puede inducirnos a graves errores.

En primer lugar, cuando unos individuos entran en la presencia inmediata de otros, los territorios del yo hacen entrar en escena toda una trama de trampas en las que los individuos tienen extraordinaria propensión a caer. Esto asegura que las circunstancias producirán constantemente configuraciones potencialmente ofensivas que no estaban previstas, o que estaban previstas, pero no eran deseadas.

Además, hay desconocidos que coinciden unos con otros durante un período breve y mudo, de paso, con el resultado de que habrá otros que sean testigos de cómo el individuo realiza un acto cuyo sentido depende del lugar de ese acto o del rumbo de acción que vaya adoptando el individuo, y el testigo no tendrá ninguna oportunidad de esperar a ver cómo se desarrolla ese rumbo de acción.

Por último, existen el motivo y la intención del actor. Aunque el propio actor puede estar directamente al tanto de ellos, los demás sólo pueden inferirlos, y es posible que no lo hagan o que lo hagan mal. A su vez, el motivo y la intención tienen importancia, porque muchas veces uno debe comprenderlos a fin de descubrir exactamente en qué situación estaba el actor, y es fundamental saberlo si aspira uno a detallar sus actitudes respecto de una regla en el momento en que aparentemente la infringió. Y deben conocerse todos estos factores a fin de especificar el tipo y el grado de responsabilidad que deben atribuirse al infractor por sus infracciones. Pero, como ya se ha estudiado, el determinar todo esto respecto de una infracción equivale en parte a determinar qué tipo de infracción se

ha cometido. En resumen, cuestiones que muchas veces no se revelan habrán de inferirse antes de que resulte posible saber qué es lo que ha ocurrido.

Dadas estas contingencias en la interacción directa, el actor tendrá la misión, y muchas veces el derecho, de brindar información aclaradora. Debe asegurar que su relación con lo que parece estar ocurriendo es viable, y ello no exigirá sólo una acción correcta, sino también el suministro de información correctora. Obsérvese que como el individuo ayuda efectivamente a quienes están dispuestos a interpretar su situación, se hallará en posición de tratar de enunciar intenciones y motivos incorrectos con explicaciones falsas. En resumen, el individuo tratará de proporcionar información correctora con objeto de no sólo impedir que se le interprete mal, sino también de que se le interprete demasiado bien.

Además de la cuestión del significado de una infracción, debe tenerse en cuenta otro factor. La visión tradicional del control social parece dividir el mundo en tres partes distintas: en una se comete el delito, en otra se lleva a juicio a la infracción, y en la tercera (si se considera culpable al actor) se inflige el castigo. Así, por lo general los estudiosos del control social estudian por separado cada una de estas fases del proceso corrector. Sin embargo, la mayor parte de lo que interesa en la esfera del orden público no se puede someter a esa división. Tanto la escena del delito como las salas de juicio y el lugar de castigo se hallan ubicados en el mismo cubículo; además, todo el ciclo de delito, aprehensión, juicio, castigo y regreso a la sociedad puede transcurrir en dos gestos y una mirada. La justicia es sumaria⁷. Por tanto, el individuo no sólo debe proporcionar información aclaradora, sino que cuando no puede convencer a otros de su inocencia también debe estar dispuesto a hacer penitencia y a ofrecer reparación inmediatamente a cambio de que se le vuelva a aceptar un momento después en la convivencia social. Así, no deben entenderse las situaciones sociales como lugares en que las reglas se obedecen o se infringen en secreto, sino más bien como contextos en los que se recorren apresuradamente versiones en miniatura de todo el proceso judicial. Cabría añadir que como las infracciones de interacción se refieren fundamentalmente a reivindicaciones relativas a los territorios del yo, y como estas reivindicacio-

⁷ Claro que los últimos estudios sobre la policía sugieren que incluso en relación con los delitos en el sentido tradicional (por ejemplo, los delitos contra la propiedad) la justicia es más sumaria de lo que se creía. Véase, por ejemplo, Jerome Skolnick, *Justice without Trial* (Nueva York, John Wiley and Sons, Inc., 1966); Egon Bittner, «The Police in Skid Row: A Study of Peace Keeping», en *American Sociological Review*, XXXII, n.º 5 (1967): 701-706.

nes equivalen a expectativas relativas a formas de respeto, las correcciones serán rituales, esto es, estarán ideadas para reflejar la actitud de remordimiento del infractor ante un objeto ofendido de valor último.

Existe una limitación final del criterio del control social tradicional que debemos estudiar. En los delitos graves, los líos y escándalos que crean la detención y el proceso interesan menos a todo el mundo que el delito y su correspondiente atribución; o, por lo menos (se cree), que deberían importar menos. Pero en las cuestiones de interacciones las cosas son distintas. Como el delito es leve, y el castigo más leve, muchas veces importará menos —y así se reconoce— lograr que se imponga un castigo adecuado que volver a poner en marcha las cosas. Cuando se comete un atraco, no es probable que una parte inocente se presente voluntariamente como culpable; cuando se comete una infracción en la interacción, todos los directamente participantes pueden estar dispuestos a asumir la culpabilidad y a ofrecer reparación. Las contra-argumentaciones, que son características de las negociaciones en los tribunales, no tienen importancia en este caso; más bien es probable que se mantenga una colaboración tácita, aunque los participantes no tengan conciencia de su coalición.

O sea, que empezamos con las normas y el proceso del control social mediante los que se desalientan las infracciones. Terminamos viendo que en el terreno del orden público lo fundamental no es la obediencia ni la desobediencia, sino las ocasiones que originan la tarea correctora de diversos tipos, especialmente el suministro de interpretaciones correctoras calculadas para demostrar que un posible infractor en realidad tenía una relación correcta con las reglas, o que si parecía no tenerla hace un momento, puede contarse con que en adelante tenga esa relación correcta. Claro que, evidentemente, esta disposición introduce una flexibilidad; si no existiera, la vida pública estaría imposiblemente atascada por la comisión de pequeñas infracciones territoriales y su adjudicación; de hecho, nuestra articulación actual de los territorios del yo pasaría a ser totalmente inviable.

III. La labor correctora

Creo que para comprender la labor correctora conviene suponer que el actor y quienes presencian su actuación pueden imaginar (y tener algún tipo de acuerdo acerca de) una o más «peores interpretaciones posibles», esto es, interpretaciones del acto que maximizan

su carácter ofensivo para otros o sus posibles consecuencias difamantes para el propio actor. La peor significación imaginable es la que calificaré de «infracción virtual». Se elige este nombre porque muchas veces la mejor forma de entender la actividad correctora que sigue a un posible acto ofensivo es suponer que el actor tiene en mente estas posibles peores interpretaciones en el sentido de que son a lo que debe responder y lo que debe organizar. Obsérvese que la infracción virtual tiene un efecto, en gran medida, de advertencia, al detallar lo que todos los interesados deben tener gran cuidado de evitar confirmar. Debe añadirse que el hablar de una infracción virtual requiere hablar de un «infractor virtual», del individuo que es más probable se percibe como la parte en falta, y de un «vindicador virtual», el individuo a quien más evidentemente se elegirá como persona cuyas reivindicaciones se han infringido.

La función de la labor correctora es modificar el sentido que, de no existir esa labor, se podría dar a un acto, transformando lo que podría entenderse como infracción en algo que puede entenderse como aceptable. Esta modificación parece realizarse, al menos en nuestra sociedad occidental, mediante algún tipo de ataque a la responsabilidad moral que de otros modos se imputa al infractor, y esto, a su vez, parece lograrse mediante tres mecanismos principales: explicaciones, peticiones de perdón y solicitudes.

Explicaciones.—El carácter de las explicaciones es algo que han estudiado algo los estudiosos del derecho en relación con la cuestión de las defensas, las declaraciones de culpabilidad o inocencia, la mitigación de las infracciones y la inviabilidad de las reivindicaciones. O sea, que el derecho nos brinda el comienzo de un análisis; su defecto, para nuestros fines, consiste en su preocupación con largos argumentos verbales que se aducen mucho después de ocurridas las cosas y en relación con infracciones de tipo relativamente grave⁸.

En primer lugar, el infractor puede introducir una «objección» o una «réplica» aduciendo que el acto de que se le acusa no ha ocurrido verdaderamente. O puede aceptar que el acto ha ocurrido, pero aducir que él mismo no tuvo nada que ver con su acontecer, que de hecho se ha acusado a una persona inocente.

⁸ Véase John Austin, «A Plea for Excuses», en sus *Philosophical Papers* (Oxford, Oxford University Press, 1961), cap. 6, págs. 123 a 152; H. L. A. Hart, «The Ascription of Responsibility and Rights», cap. 8 en A.G.N. Flew, comp., *Logic and Language* (First Series, Oxford, Basil Blackwell, 1955), páginas 145 a 166. Véase también Marvin B. Scott y Stanford M. Lyman, «Accounts», en *American Sociological Review*, XXII (febrero de 1968): 46-62.

En segundo lugar, hay actos que el individuo reconoce haber cometido, reconoce haber previsto sus consecuencias perjudiciales (o conviene en que si bien no previó esas consecuencias, hubiera seguido adelante aún previéndolas), pero afirma que las circunstancias eran tales que convertirían al acto en algo radicalmente diferente de lo que parece haber sido, y que de hecho no está en absoluto en falta. El tirar a alguien al suelo, con lo que se le hace daño, para impedir que pise el suelo que acaba uno de limpiar es una infracción; el hacer lo mismo para impedir que le alcancen los disparos de un francotirador no es, de hecho, cometer el mismo acto. En el segundo caso, hay consideraciones «superiores» que modifican el significado del acto. Análogamente, hay muertes que se afirma no son asesinatos, sino actos de legítima defensa. De hecho, hay muchas circunstancias en las que el individuo puede tratar de redefinir aquello que se le acusa de haber hecho mediante el traspaso de parte de la responsabilidad, o toda ella, por la infracción a sus acusadores, en un proceso llamado de «contradenuncia», aunque se trata de un proceso cuyas consecuencias difícilmente pueden ser correctoras, salvo que se trate de la simpatía de una tercera parte⁹. Obsérvese que una vez más vemos que no existe ningún acto cuyo significado sea independiente de las razones por las que se entienden que ha ocurrido, y no parece existir ningún acto para explicar el cual no se puedan ofrecer motivos radicalmente diferentes y, por tanto, significados radicalmente diferentes. El que el individuo impute rutinariamente una intención mientras forma una percepción del acto y después, generalmente, no encuentre un motivo para modificar su opinión no debe cegarnos al hecho de que la percepción depende de una evaluación de intenciones y está forzosamente supeditada a una reevaluación, pues no existe una evaluación inmune a la posibilidad de que quizá haya que alterarla.

En tercer lugar, el infractor putativo puede convenir en que el acto ocurrió y lo cometió él, pero presentar como razones atenuantes su ignorancia y su imprevisión, excusables, y que no cabía razonablemente pedirle que actuara de modo que lo previniera. Puede afirmar que su acto fue puramente motor e involuntario, y que él no hizo nada para facilitar que ocurriera, como, por ejemplo, que un desconocido lo empujó hacia otro desconocido, al que hizo daño. O puede asegurar que si bien su acto estuvo controlado por él

⁹ Hay ejemplos de casos concretos en la útil monografía de Robert B. Emerson, *Judging Delinquents* (Chicago, Aldine, 1969), especialmente las páginas 155 a 166.

mismo, su mal resultado en este caso no fue algo que cupiera esperar previera él ni que pudiera tomar precauciones para impedirlo, aunque desde luego no lo habría cometido de haber sabido lo que iba a pasar¹⁰. Es lo que ocurre con el camionero que atropella a alguien que ha dejado una nota en la que declara que ese es su método de suicidarse. Lo mismo cabe decir de los individuos cuyas murmuraciones se convierten en algo destructivo porque de ninguno de los participantes cabía esperar que previesen que el sujeto de esas murmuraciones estuviera en la cabina de al lado enterándose de lo que decían. Y también deben incluirse aquí las declaraciones que generalmente se escuchan fuera de los tribunales, pero que también, de hecho, se utilizan en relación con delitos muy graves: el argumento de la falta de intención. En resumen, el infractor puede afirmar que en todo momento actuaba sin intenciones serias, en broma, y que desde luego, de haber sabido las lamentables consecuencias que iban a producirse, se habría abstenido de sus bromas.

En cuarto lugar están las declaraciones en las que se aduce disminución de la responsabilidad por disminución de la competencia, en muchas de las cuales se entiende que si bien el actor es culpable de algo, se trata de una culpabilidad por incompetencia, y no de una culpabilidad por el acto específico consiguiente de esa incompetencia. Se trata de las afirmaciones de mitigación basadas en tener sueño, estar borracho, ser demasiado joven o demasiado viejo, estar drogado, apasionamiento, falta de capacitación, subordinación a las órdenes de los superiores, deficiencia mental, etc. Claro que los estados de competencia reducida varían en cuanto a su capacidad atenuante: el sonambulismo puede absolver al individuo totalmente; la borrachera puede, a veces, agravar la culpa en lugar de eximir de ella. También en este caso debe tenerse en cuenta el contexto. El no llegar a tiempo para tomar el té es excusable porque uno estaba geográficamente inseguro del barrio y buscó las señas en la dirección equivocada; en cambio, un conductor de ambulancia no puede aducir

¹⁰ Naturalmente, en derecho interesa mucho la diferencia entre lo previsto y lo imprevisto, y dentro de esto último, entre lo excusablemente y lo inexcusablemente imprevisto. No tiende a existir responsabilidad penal mas que si se puede demostrar que el infractor previó, de un modo u otro, las consecuencias perjudiciales de su acto; la responsabilidad civil, que es una posibilidad mucho más amplia, es aplicable si se demuestra que el infractor o bien previó lo que iba a ocurrir o tenía una ignorancia inexcusable e inconsciente, esto es, que carecía de unos datos de los que no podría carecer ninguna persona razonable, e incluso existen algunos motivos por los cuales puede insistirse en la «responsabilidad estricta» en una acción civil, pues la ignorancia justificada no es una defensa.

este tipo de incompetencia para explicar por qué no recogió a una persona gravemente enferma hasta cuarenta minutos después de que se le llamara, cuando esto significa veinte minutos mortales de retraso.

Por último, y es la más débil de las excusas, puede reconocer que tenía plena competencia en el momento dado para apreciar las consecuencias de sus actos, que hubiera podido fácilmente desistir de cometerlo, que habría desistido de haber sabido lo que iba a ocurrir, pero que no comprendió o que ignoraba, de forma indefendible, lo que iba a pasar.

Obsérvese que cuanto más éxito tenga un actor en cuanto a aducir circunstancias atenuantes mejor podrá establecer que el acto no debe interpretarse como una expresión de su carácter moral; por el contrario, cuanto más responsable por su acto se le tenga, más plenamente lo definirá el acto ante los demás.

Cuando los individuos hablan de una «buena» explicación de un acto parecen referirse a una explicación que logra reestructurar la reacción inicial del ofendido y reducir apreciablemente la culpa del actor, por lo menos entre las personas bien dispuestas. Y una «mala» explicación es la que no logra rendir ese servicio. Naturalmente, debe distinguirse la bondad o la maldad de una explicación de su condición de verdadera o falsa. Las explicaciones verdaderas suelen ser las buenas, pero a veces son mejores las explicaciones falsas.

Como ya se ha sugerido, la posibilidad de introducir una buena explicación falsa aumenta la flexibilidad, con lo que resulta viable eludir reglas o violarlas con impunidad con tal únicamente de ser lo bastante ingenioso. Sin embargo, esta flexibilidad se ve algo reducida porque las buenas explicaciones adquieren mala reputación, por ser exactamente lo que ofrecerían los infractores de ingenio rápido si lo que ofreciesen fueran explicaciones falsas.

En el uso común tienden a utilizarse los sinónimos del término explicación —explicación, excusas, pretextos— como si fueran intercambiables, aunque cabe detectar una cierta diferenciación¹¹. Cabe definir la explicación en el sentido estricto como una tentativa de exonerar plenamente al infractor al dar detalles acerca de lo que de hecho pretendía hacer, lo cual se ofrece después de la infracción virtual, pero antes de que se haya imputado abiertamente la culpa. Una excusa es una explicación que se da en respuesta a una acusación abierta o implícita, pero que se presenta en el sentido de no

¹¹ En Scott y Lyman, *op. cit.*, se sugiere un estudio de estas diferencias.

disminuir la culpa sino parcialmente. Un pretexto es una excusa que se presenta antes del acto discutible o durante él.

2. Petición de perdón. Aunque en las obras especializadas se ha tratado profusamente de las explicaciones, sobre todo, como ya se ha sugerido, en obras jurídicas, no ocurre así con las peticiones de perdón, pese a su gran importancia. La petición de perdón es un gesto por el que un individuo se divide en dos partes, la parte que es culpable de una infracción y la parte que se disocia del delito y afirma su creencia en la regla infringida.

En su forma más plena, la petición de perdón contiene varios elementos: expresión de embarazo y pena; aclaración de que se sabe qué conducta se esperaba y simpatiza con la aplicación de la sanción negativa; rechazo, repudio y recusación verbales de la forma negativa de comportamiento, junto con la acusación hecha al yo que se ha comportado así; defensa del modo correcto y profesión de que en adelante ése será el comportamiento; cumplimiento de la penitencia y ofrecimiento voluntario de reparación.

Obsérvese que la voluntad del infractor de iniciar y realizar su propio castigo tiene determinados valores no aparentes. Si otros le hicieran lo que él está dispuesto a hacerse a sí mismo, quizá estuviera obligado a sentirse ofendido y a iniciar medidas de venganza para mantener su valor moral y su autonomía. Y puede exagerar o acentuar excesivamente el caso en contra de sí mismo, con lo que da a los demás la función de reducir esa autocrítica, función esta última que es más seguro atribuir a los perjudicados, dado que no es probable que éstos abusen de ella, mientras que él, el infractor, sí podría hacerlo.

Como ya se ha sugerido, las peticiones de perdón representan una división del yo en una parte que es culpable y otra parte que se echa atrás y simpatiza con la atribución de culpa y, por implicación, merece recuperar la respetabilidad. Esta división no es sino un ejemplo, y por lo que respecta a muchos casos bastante aproximado, de un fenómeno mucho más general: la tendencia de los individuos que se hallan en la presencia inmediata de otros a proyectar de un modo u otro un yo que luego se rechaza o del que se retira uno. En el caso de las peticiones de perdón, por lo general se reconoce que la infracción fue un acto serio o real. Esto establece un contraste con otro tipo de división, en el que se apoya una explicación, no una petición de perdón, en la cual el actor proyecta el acto ofensivo como algo que no se debe tomar literalmente, es decir, en serio, o que después del acto afirma que no estaba actuando en serio.

3. Se han estudiado dos formas principales de labor correctora: las explicaciones y las peticiones de perdón. Aunque pueden darse ambas, como veremos, antes de que se haya producido la infracción virtual, generalmente se entiende que ocurren después de producirse el acontecimiento. La tercera forma principal de labor correctora consiste en las solicitudes; lo típico de éstas es que ocurran antes del acontecimiento discutible o, como muy tarde, durante sus fases iniciales.

Una solicitud consiste en pedir permiso a una persona potencialmente perjudicada para realizar lo que cabría considerar como una infracción de sus derechos. El actor demuestra que tiene plena conciencia del carácter posiblemente ofensivo de su acto propuesto y solicita que se le permita. Al mismo tiempo se expone a la negativa y el rechazo. Así, al receptor de la solicitud se le brinda claramente la posibilidad de hacer un ofrecimiento que satisfaga las necesidades del suplicante. En resumen, se estimula un ofrecimiento. El valor para el posible infractor de actuar así se basa, naturalmente, en el carácter de los ofrecimientos.

Un ofrecimiento no es un ritual corrector, sino de apoyo, aunque de un tipo especial. Si bien la mayor parte de los actos de apoyo entrañan alguna penetración de las reservas del receptor (y por eso cabe considerarlos presuntuosos), los ofrecimientos entrañan muchas veces la penetración de las reservas de *quien los hace*, pues de lo que se trata no es tanto de la territorialidad del receptor. El que sean posibles los ofrecimientos refleja un principio básico de organización en la vida social. La hipótesis es que cuando quien normalmente sería la víctima de una infracción invita a ésta, deja de ser una infracción y se convierte, en cambio, en un gesto de consideración que realiza esa persona. Así, un solo acto puede tener significados simbólicos conexos, pero diferentes, y se puede hacer un doble uso de disposiciones de comportamiento, una vez como parte de ritos de apoyo «positivos» y otra vez como parte de ritos de evitación «negativos». Obsérvese que al presentar una solicitud el actor abandona su autonomía en cuanto a decidir el asunto; el receptor de la solicitud, al acceder a ella, mantiene la suya, pues se supone que él es el único que decide en el asunto.

El valor de transformar una infracción virtual en una solicitud es algo tan generalmente reconocido en nuestra sociedad que se dispone para ello de todo un estilo, en virtud del cual, por ejemplo, todas las imposiciones van revestidas, por ligeramente que sea, de solicitudes. (Un buen ejemplo es la técnica de registro personal empleada en las comisarías. En la práctica estadounidense la policía, de forma rutinaria, pide al sujeto que vacíe el bolso y los bolsillos, en

lugar de hacerlo ella misma¹². Así se puede dar al preso una leve sensación de la autonomía y la autodeterminación que la ley presumiblemente le garantiza, y utilizar el leve relajamiento que esto produce en él para manejarlo.) O sea, que por cada territorio del yo habrá un medio de solicitar permiso para la intrusión. Además, hay trucos incontables mediante los cuales quienes importunan piden permiso por anticipado para cometer una infracción que todavía no se ha especificado, como en las preguntas: «¿Puedo hacerle una pregunta impertinente?» o «¿me puede prestar una cosa?».

Hemos sugerido que hay tres tipos básicos de labor correctora: explicaciones, peticiones de perdón y solicitudes. Una práctica común entre los estudiosos es examinar estos actos correctores como parte de la «justicia distributiva», como una especie de pago o compensación por perjuicios causados, y cuanto mayor sea el perjuicio, mayor será la recompensa. Y, desde luego, hay algunos datos que apoyan este enfoque actuarial. Por ejemplo, muchas veces se pide brevemente perdón por una infracción menor y se pide perdón de forma más complicada por algo mayor. Pero, de hecho, cuando se examina de cerca el comportamiento corrector, se ve aparentemente que hay dos procesos diferentes que concurren con independencia el uno del otro. Uno es ritual, y en él el infractor virtual refleja su relación actual con las reglas que su comportamiento parece haber infringido y con las personas presentes cuyos territorios debían haber estado protegidos por esas reglas. El segundo es restitutivo, y en virtud de él una parte ofendida recibe alguna compensación,

¹² Véase, por ejemplo, Donald M. McIntype y Nicholas D. Chabraja, «The Intensive Search of a Suspect's Body and Clothing», en *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, LVIII, n.º 1 (1967): 18-26. Cabría añadir que cuando quiera que se ha de organizar el contacto con el cuerpo de un individuo, es muy probable que en algún momento se le conceda la cortesía de permitirle que sea él quien realice la voluntad del otro, aunque sólo sea porque es muy difícil manejar el cuerpo de alguien sin su cooperación. Así, por ejemplo, en los primeros días de la utilización de la horca con trampa, parece que se permitía a la víctima que decidiera el momento de su propia muerte al dejarlo encargado de dar la señal (con un pañuelo) para que se abriera la trampa. Véase Justin Atholl, *Shadow of the Gallows* (Londres, John Long, 1954), página 48. Según parece, hoy día a las personas que van a la cámara de gas se les permite que den la señal de que se lance la carga y se las estimula a que respiren hondo por su propia voluntad. Naturalmente, también se pueden entender de modo análogo las últimas peticiones: el autodeterminismo se desplaza algo en tiempo y en contenido, pero sigue demostrando que se respetan la voluntad y la competencia de la persona que va a la muerte. ¡Qué inteligente, por no decir obsceno, es el mecanismo de una sociedad en la que las ocasiones de coerción final se pueden utilizar para afirmar ritualmente la respetabilidad de los que coaccionan y el libre albedrío de los coaccionados!

especialmente de tipo material, por lo que se le ha hecho a ella y, por implicación, a las reglas que en otro caso le habrían protegido.

Es evidente que existen grandes variaciones, según los casos, en cuanto a la importancia que se da a estos dos procesos. A un individuo a quien le han robado la caja fuerte le puede interesar muy poco obtener una expresión de remordimiento de los ladrones si éstos ya se han gastado el dinero. Puede considerar de muy poca importancia su cambio de actitud, y preferir con mucho tratar con delincuentes no arrepentidos a los que se ha atrapado cuando todavía tenían encima el botín. Existen otras infracciones en las que a la parte ofendida le interesa ante todo la cuestión de principio y no la indemnización.

El comportamiento del infractor también será ejemplo de esta división entre las relaciones sustantivas y las rituales. Así, cuando un individuo comete delitos que se consideran horribles, delitos por los que su propia vida no es compensación suficiente, todavía puede sentirse decididamente obligado a recusar ritualmente su yo anterior y demostrar que la persona que es ahora ve sus delitos desde la perspectiva del hombre con conciencia moral. Impóngase al individuo el castigo que se imponga, es probable que tenga un momento libre antes de que se le aplique para proclamar su identidad con los poderes cuya ira está a punto de caer sobre él y para expresar su separación del yo sobre el que va a caer la justicia.¹³ Haya hecho lo que haya hecho una persona, en cualquier momento puede expresar un cambio de actitud, y aunque esto no reduzca apreciablemente las consecuencias para él, habrá que, o bien no creerle o permitirle que él mismo se cree inmediatamente algo parecido a un nuevo yo. Cabe adoptar la actitud de que este tipo de redención no es sino una expresión del carácter «dividido» del yo durante la interacción, esto es, de la capacidad general de un individuo para manejarse a sí mismo, distanciándose de lo que parece haber llegado a ser a fin de ocupar una posición que entraña el distanciamiento

¹³ Un buen ejemplo es el que constituye el testimonio de Albert DeSalvo acerca de sí mismo durante la audiencia ante los tribunales para determinar su competencia en relación con los crímenes que cometió como «Estrangulador de Boston». Incluso después de estrangular a una serie de mujeres indefensas, algunas de modo muy desagradable, y de tener aterrada a toda una ciudad, todavía pudo hallar un pequeño punto en el que apoyarse para presentarse ante el tribunal como si se separase de sí mismo. Después de todo, ningún hombre normal hubiera podido ser tan bestial, de modo que debería haber profundas razones psicológicas para su mala conducta, y algún valor tendría para el mundo el que él mismo ayudara a averiguar cuáles eran esas razones. Véase Gerald Frank, *The Boston Strangler* (Nueva York, The New American Library, 1966; Londres, Jonathan Cape, 1967), especialmente las págs. 361 a 363.

de esa persona, y que, a su vez, esta capacidad es resultado del hecho interaccional inevitable de que lo que comenta lo que ha ocurrido no puede ser lo que ha ocurrido. En este caso estoy tratando de derivar de la interacción una propiedad de quienes interactúan. Lo que digo es que el individuo está constituido de modo que puede dividirse en dos, con objeto de permitir mejor que una parte se sume a los demás miembros de un encuentro en cualquier actitud que sea respecto de su otra parte.¹⁴

Otro ejemplo de la diferencia entre las preocupaciones rituales y las sustantivas es el que ofrecen las ocasiones de accidente en las que se interpreta que el descuido de un individuo causa lesiones o la muerte a otro. En este caso quizá no haya forma en absoluto de indemnizar al perjudicado, y quizá no se pueda imponer un castigo. Lo único que puede decir el infractor es que lo siente. Y esta expresión en sí puede permitir relativamente poca graduación. El hecho es —al menos en nuestra sociedad— que los infractores contritos disponen de un juego muy limitado de actuaciones rituales. Tanto si uno atropella el discurso, como el tiempo, el perro o el cuerpo de otro, se ve más o menos reducido a decir una variante de «Lo siento». La variación del grado de angustia que expresa quien pide perdón parece un pobre reflejo de la variación de pérdida que puede sufrir el perjudicado. En todo caso, mientras que la infracción inicial puede tener consecuencias muy sustantivas, la labor correctora, por vociferante que sea, sigue en estos casos limitándose a ser en gran medida expresiva. Y esto tiene una lógica. Tras ocurrir la infracción, corresponde al infractor la tarea de demostrar que ésta no era una expresión verdadera de su actitud, o cuando evidentemente sí lo era, la de demostrar que ha cambiado de actitud respecto de la regla que se ha infringido. En el último de estos casos, ha de demostrar que, haya pasado antes lo que sea, ahora ya tiene una relación correcta —una actitud pía— con la regla de que se trata, y esto es cuestión de indicar una relación, no de compensar por una pérdida.¹⁵

Igual que debe establecerse una relación correcta con las reglas en asuntos tan monumentales que hacerlo parece imposible, tam-

¹⁴ La teología cristiana se ha ocupado mucho de esta misma división divina, pero su derivación de esta dualidad no es del todo convincente.

¹⁵ Creo que el mejor comentario de estas cuestiones sigue siendo la estu-
penda sección sobre el ritual en Talcott Parsons, *Structure of Social Action* (Nueva York, McGraw-Hill, Inc., 1937; Londres, Allen and Unwin, 1949, nueva edición, 1968), págs. 429 a 441. Podría añadir que se implica una advertencia a los estudiosos que quisieran aplicar una perspectiva de intercambio a todas las esferas de la vida social.

bién debe establecerse una relación correcta por ínfima que sea la cuestión. Esto no es sino otra forma de decir que, cualquiera sea el carácter sustantivo de la infracción, debe realizarse una labor ritual muy parecida. Como ya se ha sugerido, debe recurrirse a un lenguaje ritual único de medidas correctoras, tanto si se acaba de pisar a alguien en un pie por puro accidente como si por accidente se ha ido a pique un destructor. De ello se sigue que en las ocasiones de interacción directa en las que surgen muchos delitos potenciales ínfimos, las actuaciones rituales serán muy frecuentes; y son frecuentes, por puramente formales que sean.

IV. El Diálogo

Cuando un individuo formula una solicitud, es evidente que necesitará una respuesta de algún tipo de aquéllos a quienes se dirige su petición, para que pueda saber si ésta se ha recibido o no y, en caso de que se haya recibido, si se ha accedido a ella o no. Análogamente, cuando el individuo da una explicación o pide un perdón, necesita que la persona a quien se ha dirigido haga a cambio un comentario de algún tipo, pues ese es el único modo de estar seguro de que se ha recibido su mensaje corrector y de que se lo ha considerado suficiente para restablecerlo como persona correcta. (Como ya se ha sugerido, en la división del trabajo ritual, parece muy difícil que sea el propio infractor el investido de ese poder, pues en caso contrario la labor ritual se abandonaría totalmente o continuaría durante demasiado tiempo; en todo caso, el que envía un mensaje no puede ser quien dice que se ha recibido. De hecho, la indicación de que ya se ha hecho una labor ritual suficiente corresponde a la única parte a quien se puede conferir ese derecho: la ofendida. Si esa parte está satisfecha, entonces es que las cosas ya se han arreglado.) En resumen, una respuesta permite acceder a una solicitud, dar crédito a una explicación, demostrar que una petición de perdón es suficiente, y en todos estos casos reconocer que el mensaje corrector se ha recibido con claridad.

Concluimos, pues, que cuando un infractor virtual realiza una labor correctora respecto de una infracción virtual determinada, el virtualmente perjudicado generalmente responde, sea con gestos silenciosos o con palabras, y esta respuesta se dirige a la infracción y a la labor correctora realizada en relación con ella, de modo que todos los interesados entienden que efectivamente esa es la dirección de la respuesta. Entonces, cuando ocurre una infracción virtual, es probable que veamos que tanto el infractor como el perjudicado tie-

nen una oportunidad, ocupan un turno, de realizar una labor ritual, y que el resultado es un intercambio o una «ronda» (por utilizar un término sugerido por Harvey Sacks)¹⁶.

La actividad de este tipo tiene propiedades interesantes. En primer lugar, aunque resulta cómodo hablar de declaraciones y respuestas (como voy a hacer), y aunque a menudo se emplean expresiones verbales, no es la comunicación en el sentido estricto del término lo que está en el meollo del asunto. Se adoptan actitudes, se toman medidas, se hacen exhibiciones, se establecen posiciones. Cuando intervienen expresiones, son del tipo de «actuación». Se excluyen figuras mutuamente pertinentes. Ocurre una ceremonia, algo más parecido a un minué que a una conversación.

En segundo lugar, si tomamos como criterio de control que debe intervenir una relación de estrecha pertinencia con una infracción virtual concreta, entonces no es forzoso que lo único que pueda figurar sea un solo intercambio. La réplica a la primera medida puede exigir o permitir a quien la ha tomado brindar una contrarrespuesta, que se convierte en sí misma en la acción final que se orienta específicamente a la infracción virtual inicial. O la contrarrespuesta puede exigir una segunda medida por parte del que toma ésta, lo cual nos brinda un ritual en el que hay dos rondas. Y quizá sean posibles más de dos rondas. Calificaré de intercambio corrector a todo el juego de medidas que se toman en relación con una infracción virtual concreta. Es una especie de diálogo ritual con límites naturales.

En tercer lugar, en muchos casos —aunque no en todos en absoluto— cabe esperar que la terminación del diálogo señale un estado de pacificación moral de las partes implicadas, que permite abandonar el asunto problemático de que se estaba tratando y atender a otras cosas. O, si sigue habiendo suspicacias, por lo menos se puede sostener algún tipo de demostración de que las cosas ya están arregladas. O sea, que un intercambio corrector abarca todas las medidas tomadas en relación con una infracción virtual, y por lo general, aunque no de modo inevitable, éstas dejarán a los participantes en posición de actuar como si se pudiera dar por terminada la cuestión.

En cuarto lugar, el diálogo se ve complicado estructuralmente porque cada participante no debe ocuparse sólo de la infracción

¹⁶ Clases inéditas, Universidad de California, en Irvine, 1967. «Ronda» es el término más general, que se refiere a la toma de un turno por cada uno de los participantes; «intercambio», entonces, es una ronda en la que intervienen sólo dos participantes. Sacks ha sido un iniciador en el estudio a fondo de la secuencia de la conversación, y tengo una enorme deuda para con él.

virtual, sino también de su propio papel y del papel del otro como participantes en un sistema de control mediante el cual puede manejarse razonablemente la labor correctora. Y esta última orientación puede graduarse en el tiempo, de modo que ocurra después de la actividad ritual inicial (como ya se verá, un individuo que rechace demasiado de plano una pequeña solicitud puede precipitar una reacción encaminada a corregir el daño que ha causado al mecanismo con el que se manejan pacíficamente los asuntos de interés ritual).

Un último aspecto. Aunque las infracciones y sus correctores de diálogo pueden ocurrir siempre que unos individuos tratan con otros, es muy probable que ocurran cuando estos tratos son directos, cara a cara. Además, es probable que estos intereses se presenten en relación con reservas situacionales y egocéntricas, aunque también los territorios fijos pueden crear problemas¹⁷. Como ya se ha sugerido, estas reivindicaciones territoriales son tan omnipresentes que constantemente ocurren acontecimientos que se pueden interpretar como amenazas a esas reservas, y esos acontecimientos introducen constantemente la necesidad de una labor correctora. Además, la presencia de cuerpos en un contexto físico asegura que se dispondrá de configuraciones muy variadas y muy fugitivas para que sirvan de réplica y contrarréplica. Juntos, estos diversos medios de causar ofensa y de corregirla no establecen sólo condiciones de coexistencia, sino las formas y la estructura de su organización.

Deseo ahora resumir lo que se ha dicho o implicado hasta el momento acerca del individuo como entidad capaz de sostener un trato directo con otros. Intervienen tres órdenes de funcionamiento, el segundo de los cuales cabalga sobre el primero y el tercero sobre el segundo.

Comenzamos con un conjunto elemental de capacidades pasivas: el individuo reivindica una serie de territorios y es fuente de contaminación para otros y para sí mismo.

¹⁷ Por ejemplo, existe la experiencia especial de quienes viven en bloques baratos de proyectos urbanos de que los intereses territoriales se ven activados a veces respecto de contextos fijos, como el apartamento propio, y muchas veces en relaciones directas, como cuando el portero, el inspector o el asistente social hacen una visita, no les gusta lo que ven y se creen con derecho a corregir las cosas (los constantes registros de las celdas de cárcel, los dormitorios de los internados o los cuartos de los niños por las autoridades son otro caso pertinente). Véase a este respecto, por ejemplo, Paul Jacobs, *Prelude to Riot* (Nueva York, Vintage Books, 1966), págs. 159 a 164. Naturalmente, a los que viven en casas de clase media se les exime de la mayor parte de esas intrusiones; es en los sitios públicos y semipúblicos donde se manifiesta la falta de control que padecen.

Después viene la hipótesis de un autocontrol inteligente. El individuo llega a apreciar sus propias reivindicaciones y las de otros y ejerce su capacidad para organizar su propio comportamiento con objeto de reducir la infracción al mínimo, de minimizarla. Naturalmente, de hecho, los animales también tienen esta capacidad.

Por último, existe la hipótesis de la licencia ritual y de la relación que se debe permitir a un individuo tener consigo mismo si se aspira a que sea posible esa licencia. En relación con sus reivindicaciones de territorio tiene el derecho y el deber de llamar la atención sobre las infracciones y de exigir que se haga algo para arreglar las cosas. Puede ratificar la labor de pedir perdón de otros, acceder a solicitudes y formular ofrecimientos, todo lo cual le permitirá anular algo que, de otro modo, habría que tratar como si se tratara de una infracción cometida contra él. En relación consigo mismo como fuente de contaminación tiene el derecho de formular solicitudes, esto es, de presentarse como alguien que busca una dispensa, que no pretende ofender, y el de pedir perdón, lo último de lo cual implica la capacidad y el derecho de volverse contra sí mismo y de apartarse de lo que era antes. Obsérvese que el ejercicio por el individuo de esta licencia respecto de su yo se juzga ella misma según normas culturales conforme a las reglas que rigen las reglas, y es este juicio (como ha sugerido Cooley) lo que informa una parte importante de la personalidad y el carácter que se le imputan. Si tiene una tendencia a permitir la intrusión de otros y es blando en cuanto a exigir que a él mismo se le trate correctamente, se puede pensar de él que es bonachón o que carece de honor, según lo que le cueste pasar a tomar medidas. Si se ofende con facilidad, quizá se opine de él que es hipersensible. Si es prudente y cauteloso en la gestión de su propio territorio, se puede opinar de él que es taciturno, suspicaz o mezquino.

V. La glosa corporal

Lo que venimos estudiando hasta ahora sobre la labor correctora supone, en general, que la tentativa correctora por parte del infractor se dirige a un otro concreto, por lo general a la parte virtualmente ofendida. Interviene algo parecido a un diálogo, tanto si los que hablan se hallan en la presencia inmediata el uno del otro como si están negociando por teléfono o por correo.

Cuando llegamos a limitar nuestro interés a la vida pública en la que el perjudicado y el infractor están presentes juntos y la infracción es algo que ocurre cuando están así situados, entonces parece-

ría que el diálogo ocurre dentro de un encuentro, esto es, dentro de un estado ratificado de conversación que entraña un solo foco de atención visual y cognoscitiva. Las medidas rituales que adopta una de las partes se orientan directamente a la otra parte, de forma muy parecida a lo que ocurre cuando se hacen declaraciones dentro de un círculo de conversación.

Sin embargo, hay muchas circunstancias en las que un individuo que ofende a otros o infringe sus propias normas no está en ese momento en una «compañía», ni mucho menos en un encuentro, o por lo menos no con las partes pertinentes. Cuando ocurre esto y el individuo se halla necesitado de una respuesta de conformidad con la labor correctora que se siente obligado a realizar, muchas veces se le concederá licencia para iniciar un encuentro con personas que en otras circunstancias le serían inaccesibles, lo que le permite depositar su pequeña ofrenda (de hecho, si uno quisiera organizar un contacto de conversación de un lado a otro de una línea generalmente prohibida, podría hacerlo mediante una actuación no sería ni correspondiente a su carácter, después de lo cual daría un paso al otro lado en busca de confirmación de que se ha percibido y aceptado esa falta de seriedad)¹⁸. Además, en muchos casos en que

¹⁸ Obsérvese que en estos casos puede intervenir el juego entre tres personas, en el que un individuo en un encuentro entre dos personas se comporta del modo no serio incorrecto y el otro individuo se dirige a la parte ajena al encuentro en busca de confirmación en una conversación cruzada:

Un hombre y una mujer de mediana edad observados a la mesa de un restaurante. El dice en voz bien alta:
—¿Me invitas tú o invito yo? Ella mira por la sala, encuentra a los desconocidos más próximos y rompe en una ancha sonrisa colusiva con ellos, que implica: «Es un bromista, siempre habla así.»

Permítaseme añadir que si un individuo observa la vida pública en torno a él como si se tratara de un círculo de otros que están cerrados a su conversación y desea romper esta conspiración de silencio, dispone de una serie de mecanismos, además de proyectar un yo del que los otros consideren que tiene derecho a disociarse. Puede, desde luego utilizar la ocasión que brinda la incorrección de un desconocido para iniciar una serie de apartes colusivos con los demás testigos. Puede buscar a alguien que esté haciendo algo que pueda interpretarse como ligeramente extraño en él (comprendidas las circunstancias que indican que quien actúa así lo hace por estar sometido a una presión) y luego hacer una observación que inicie la disociación del actor respecto de ese yo (una mujer en un supermercado que lleva un carrito en que no hay más que un tipo de comida, pero son 20 ó 30 latas o cajas de lo mismo es presa legítima, y es probable que dé muestras de un sentido profundamente arraigado del deber de tomar con buen humor el que la observación de un desconocido dé a su actividad un aspecto humorístico; el que entra en un ascensor en que se han apagado todas las luces tiene derecho a dirigirse a los desconocidos que ya están en él y a recibir una respuesta risueña, diga casi lo que diga). En resumen, aunque el derecho a iniciar una conversación con un desconocido puede estar muy circunscrito en la sociedad de clase media, el derecho de hacer una

parece que no se puede recurrir a testigos, alguien próximo tendrá la amabilidad de ofrecerse voluntariamente a dar una réplica truncada pero pertinente. Por ejemplo, en nuestra propia sociedad de clase media existe una pequeña sonrisa normalizada «de tipo Scarsdale»*, que se mantiene durante demasiado tiempo, como expresión confirmadora de este tipo, «transpuesta», con objeto de que durante todo el período del comportamiento de un infractor se conceda a éste una señal de que nadie se ofende, de que no interviene un enfrentamiento, de que existe simpatía por la posición que decida adoptar respecto de la situación. Se trata de señales de «no enfrentamiento» que forman una parte importante del sistema de cortesía que vincula a personas desconocidas en un orden civil común (naturalmente, también se adoptan medidas de no enfrentamiento cuando hay poca opción acerca de quién pueda adoptarlas; por ejemplo, cuando un blanco de clase media se halla en un barrio negro de clase baja y se le acerca un habitante del barrio para pedirle cambio de un cuarto de dólar porque lo necesita para el parquímetro, es posible que el negro considere necesario expresar con gestos exagerados la inocencia de sus intenciones y la suficiencia de sus recursos asegurándose de que lleva la moneda de forma claramente visible, y que el blanco considere natural exhibir una sonrisa de no enfrentamiento, no sólo durante la transacción en sí, sino también durante los momentos precedentes, cuando es evidente que se acercan a él en busca de algo).

O sea, que existen formas de forzar un encuentro a partir de una reunión de modo que haya lugar a que en él se realice una labor

o dos observaciones puede ejercerse casi siempre, sin depender más que del ingenio del iniciador para hallar una definición de la situación que sitúe a alguno de los presentes como infractor respecto del cual otros presentes tendrán que estar dispuestos a entrar en colusión, o que dé a alguien una apariencia de la que él mismo tendrá que estar dispuesto a disociarse. Además, el individuo puede estar actuando como un payaso, con gestos y posturas, como un personaje que evidentemente no es él mismo y, al igual que un ventrílocuo, hablar a desconocidos por conducto de este personaje mudo, a partir de la hipótesis de que las reglas reales sólo se aplican a las personas reales (un momento después puede hacer otras observaciones, esta vez en ejercicio de su derecho de disociarse del disfraz mismo por conducto del cual acaba de terminar de hablar). Creo que en este caso, en la cuestión de abrir una escena cerrada, los maestros naturales son los cómicos de club nocturno. Por suerte para el tranquilo decoro de nuestros lugares públicos de mejor clase, los cómicos no siempre están dispuestos a actuar gratuitamente. Igual que las putas son las protectoras de nuestros matrimonios, los escenarios son los protectores de nuestras calles.

* Scarsdale es una comunidad suburbana del SE. del estado de Nueva York, considerada desde hace mucho tiempo como prototipo de los usos y costumbres de la alta clase media. [N. del T.]

correctora. Pero cuando las circunstancias impiden incluso estos intercambios mínimos, es posible que el infractor se siga sintiendo obligado a brindar un gesto amplio a todo el que esté dispuesto a recibirlo, lo cual le permite aclarar el carácter y la legitimidad de lo que está haciendo. Externaliza sus sentimientos internos. Da una glosa de su situación, una interpretación corporal de su posición con respecto a los acontecimientos que se están desarrollando, un gesto a la redonda. Como existe una norma contra el hablar en voz alta sin dirigirse a nadie en particular, esos gestos de transmisión comportan sobre todo gestos y posturas, aunque en determinados contextos se pueden murmurar palabras a toda la gente que está en la habitación.

O sea, que hay gestos a la redonda. Naturalmente, estas exhibiciones a la redonda pueden estar ideadas, en determinados casos, para comunicar algo a un otro concreto, pero una vez más, si se pretende que tengan eficacia, debe mantenerse el estilo de disponibilidad para todos. Por ejemplo, al bajar de un autobús abarrotado en el cual alguien de condición social inferior se ha tenido que sentar a su lado, a veces la persona de clase media se preocupa de darse un aire de estar ocupado y tener prisa, con objeto de que se pueda ver fácilmente que sale del contexto para bajar del autobús, y no sólo para cambiar de asiento. Este pequeño montaje dramático se destina sobre todo a su antiguo compañero de asiento, que si no podría interpretar la salida como un mecanismo para evitar la contaminación, pero aunque el público especial de la exhibición es evidente, el espectáculo en sí es intrínsecamente público, un retrato a la redonda, disponible en principio a quien quiera que esté mirando. O, debería añadirse, a quien quiera quepa suponer que puede escucharlo:

Sala de espera de un aeropuerto. Un niño pequeño se separa de su madre, se acerca a un hombre sentado, toca el lápiz que el hombre tiene en la mano, luego deja caer la suya y se queda mirando. La madre emite, en tono alto, claro y adulto: «Billy, te he dicho que no hay que hacer esas cosas.»

Claramente, en este caso la admonición se dirige al ofendido, no meramente al infractor, con objeto de demostrar que la compañía es socialmente responsable, aunque uno de sus elementos no lo sea. No se trata del grado de comprensión verbal del pequeño culpable; se podría perfectamente amonestar a un perro, un mono o una foca amaestrada en la misma situación con las mismas palabras que se acaban de emitir.

Cabría añadir que hay más de estas exhibiciones dirigidas al público de lo que pensaría uno, y ello por un motivo importante.

Como ya se ha sugerido, la vida pública tiene la característica distintiva de que en ella existe toda una gama de infracciones contra determinados individuos que otros están dispuestos a cometer siempre que la misma víctima no se halle en situación de presenciar la infracción, aunque otros sí la presencien. Un ejemplo de ello es la infracción de la reserva de información mediante la contemplación prolongada. Así, muchas veces un individuo que llama la atención produce en quienes pasan a su lado una «secuencia de comportamiento» normalizada, durante la cual se le contempla hasta que está lo bastante cerca para intercambiar señales de reconocimiento, después de lo cual se pasa a una cortés inatención, justo hasta que ha pasado más allá de la línea de visión, cuando los curiosos se vuelven y lo miran otra vez¹⁹. Lo que se implica es que mientras la contemplación directa es algo que debe evitarse, uno puede quedar revelado en la propia contemplación ante las personas a quienes no está uno contemplando. Ahora bien, una defensa normal contra que se le atrape a uno en contemplación es interpretar un ojeo en el

¹⁹ Otro ejemplo de esta secuencia normal de comportamiento puede ocurrir cuando un estadounidense de clase media se acerca al puesto de un vendedor callejero, un repartidor de propaganda política o cualquier otro importuno callejero. La amenaza quedará fijada en el foco de quien se acerca hasta el punto en que se puede seguir manteniendo con tacto una posible ruta de escape. Cuando ya se ha pasado de ese punto y no se ha descubierto una ruta de escape, entonces muchas veces llega una fase en la que se evita estudiosamente cruzar miradas hasta que ha pasado el peligro de que se le acerquen. Si el importuno pide limosna de algún tipo y la decisión del peatón es darsela, el último puede tratar de preparar de antemano la ofrenda (o de permitir que la dé un niño si hay alguno en su grupo) con objeto de minimizar la participación (a veces las mujeres se paran fuera del alcance inmediato del importuno para buscar en el bolso la moneda adecuada, y no vuelven a avanzar hacia él hasta después de encontrarla). Si el peatón acepta el panfleto o aporta una moneda, esto parece darle la licencia para negarse a mirar a los ojos al importuno, aunque se ha renunciado a la ficción de no verlo; en cambio, la negativa a una petición directa parece exigir un breve cruce de miradas, aunque incluso entonces el importuno puede encontrarse con que se le trata como si no hubiera iniciado el trato. Claro que cuando el peatón ha pasado la línea de fuego, la situación cambia dramáticamente, tanto que ahora el peatón puede volverse a contemplar las extrañas actitudes junto a las que acaba de pasar. Resulta interesante que cuando una compañía se acerca a un importuno, los miembros pueden sentirse violentos en cuanto a hacer como que no ven a aquél, pues ello requiere un acto privado en un contexto colectivo, y el resultado es que pueden iniciar una conversación forzada, para disimular unos a otros que a su juicio la conversación se sostiene desde afuera y no desde adentro. Cuando se ha pasado el obstáculo, es probable que los miembros hagan observaciones editoriales de autojustificación, lo cual da un buen ejemplo del hecho de que una no participación aparente con un importuno puede ser sólo aparente (me baso aquí en dos monografías inéditas: Eileen Goldwyn, «A Description of the Beggar-Passer-by Relationship», y Sandra Nicholson, «Charitable Donations», ambas de 1965).

cual uno parece caer por casualidad sobre la víctima en el momento en que ésta mira por casualidad al ojeador (de hecho, se trata de una coincidencia que puede darse con verdaderos ojeos, y constituye una contingencia para los ojeadores). En consecuencia, se puede exponer la rápida retirada de la mirada del infractor como un movimiento natural, y no como un reconocimiento de culpabilidad²⁰. De lo que se trata aquí es de que si bien un ojeo glosado es algo fácilmente visible por cualquiera que se halle en las proximidades del ojeador, tiene por objeto primordial el consumo de la víctima, y es posible que la reacción de esta última al posible delito sea la única que preocupe en lo más mínimo al infractor.

Naturalmente, todo el mundo sabe que el individuo da forzosamente una interpretación de sí mismo cuando se halla en presencia de otros. Se comunican género, edad, clase, estado de salud y etnia, por lo general de modo inconsciente. Además, cuando el individuo se presenta en una reunión social o en un contexto social establecido, su atavío y sus modales suelen estar adaptados a los acontecimientos que se están desarrollando.

Pero los materiales expresivos que intervienen aquí son inflexibles. Una vez que se ha dado un tono, se debe sostener más o menos, como mínimo mientras dure la reunión social, y hay determinadas expresiones, como las vinculadas con el género del actor, que permanecen más o menos fijadas para toda la vida en casi todas sus reuniones y sus contextos. Y esto no resulta embarazoso. Estas formas de exhibición son, por su propia índole, una respuesta a algo que cambia lentamente, algo que se mantiene constante a lo largo de períodos apreciables de tiempo.

Esto es, salvo por lo que respecta a actos marginales, como quitarse la chaqueta o la corbata, el paso al estilo de interacción de la propia etnia y otros parecidos, los recursos normales mencionados dejan poco espacio para comentar acontecimientos actuales y concretos. No será posible ocuparse de los acontecimientos específicos que ocurren, digamos, dentro de la fase final de una reunión social.

²⁰ Entre las diversas especies de primates no es raro que los subordinados mantengan siempre en su campo de visión a los animales dominantes, de forma que los primeros sepan lo antes posible cómo podrían tener que actuar, pero cuando se les devuelve la mirada se vuelven de lado para evitar el desafío y la incursión que el quedarse mirando podría implicar. En consecuencia, según parece, los animales emplean algunas de las mismas glosas que nosotros. Suzanne Ripley sugiere que los macacos que se hallan en presencia de un dominante vuelven la cabeza y evidentemente simulan un interés por un acontecimiento distante al mismo tiempo que mantienen la orientación corporal y espacial hacia la actividad de aquél.

Quienes están comprometidos en una conversación conjunta pueden, naturalmente, responderse unos a otros verbalmente y con gestos acerca de cuestiones totalmente pasajeras, pero esto sigue dejando abierta la cuestión de cómo ofrecen datos acerca de acontecimientos pasajeros a quienes se encuentran fácilmente al alcance de la voz pero no están en la conversación.

Así, es a mitad de camino entre, por una parte, el disfraz relativamente fijo y, por la otra, el discurso infinitamente fluido donde nos encontramos con lo que estamos estudiando, la «glosa corporal», esto es, los gestos relativamente conscientes que puede hacer un individuo con todo el cuerpo a fin de dar datos claros acerca de una cuestión pasajera de la que se trata, datos de los que puede disponer cualquiera que se halle en la situación y que se ocupe de percibir al individuo. O sea, que en este caso tenemos la externalización de unos datos, la ausencia de los cuales podría hacer que se juzgara mal al individuo; de ahí el uso del cuerpo para reflejar en una especie de mímica lo que de otro modo podría no advertirse.

Obsérvese que el flexionar el cuerpo con fines expresivos constituye una especie de esfuerzo de urgencia frente a la relación habitual entre respuesta y situación. Creo que generalmente cabe esperar que el medio de exhibir una reacción guarda una relación natural con aquello a lo que se reacciona, de modo que los comportamientos con movimientos lentos se utilizarían para expresar una toma de posición respecto de una condición o un acontecimiento de duración más bien larga, y se utilizarían una palabra o dos para adoptar una posición respecto de una frase de un orador. Sin embargo, la glosa del comportamiento, tal como la definimos aquí da la impresión de que el actor tiene que arreglárselas como pueda. Utilizará unos comportamientos relativamente perezosos para comunicar algo acerca de acontecimientos en rápida evolución o, por ejemplo, utilizará una sonrisa —que cabe considerar intrínsecamente como algo efímero— como transposición, y la mantendrá durante toda la duración de un largo incidente con objeto de que a todo el incidente se le pueda aplicar una sola interpretación. También intervendrá la tentativa del individuo de comprimir en la expresión de un momento un indicio del rumbo de acción, el ritmo y la dirección de ese rumbo, que se propone adoptar durante los próximos minutos.

Resulta tentador decir que los gestos a la redonda no se emplean más que cuando no se dispone de gestos dirigidos pertinentes al encuentro, pero probablemente la decisión es más complicada que todo eso. Para empezar, es posible que el individuo intente, en el mismo momento y en relación con el mismo asunto, hacerse interpretable

tanto por gestos a la redonda como por declaraciones verbales dirigidas²¹.

Ya se ha sugerido que al individuo le preocupa no sólo gestionar la infracción que pueda cometer contra otros, sino también la difamación de sí mismo que podría producir esa situación. Ahora desearía sugerir que existe una relación especial entre las infracciones contra el yo y la comunicación a la redonda. Existe un conjunto especial de normas de competencia que se aplica al comportamiento corporal; esas normas son aplicables a cuestiones como el equilibrio físico, la eficacia en las pequeñas tareas, la limpieza y la fuerza. Exponen al individuo al juicio de todos los que puedan verlo. Por lo general, estas normas se sostienen totalmente y sin pensarlo. Por lo tanto, cuando ocurre un acontecimiento inoportuno que pone en tela de juicio estas actuaciones rutinarias, el individuo se puede sentir muy impulsado a tratar de corregir impresiones mediante una actuación a la redonda. Obsérvese que en este caso no se trata de que las apariencias den una visión justificada o injustificada del individuo; siempre que la visión sea desfavorable, tendrá motivos para corregirla.

O sea, que la glosa corporal es un medio por el cual el individuo puede tratar de liberarse de lo que, en caso contrario, serían unas implicaciones caracteriológicas no deseables de lo que él se encuentra haciendo. Cabe prever toda la variedad posible de ejemplos. Un chico que va con su novia a una cabina de un parque de atracciones, consciente de que la cabina se interpreta como lugar donde las parejas van a meterse mano, va ostentosamente a buscar cambio a la caja y lleva la moneda necesaria en alto cogida con dos dedos, de modo que todos los presentes vean que el uso que se propone hacer de la cabina es inocente²². Un hombre que está mirando una revista de desnudos en una tienda especializada en esta mercancía puede cuidar de hojear la revista a gran velocidad, prestando la misma atención a cada página, como si estuviera buscando un artículo o tra-

²¹ Ejemplo: En el supermercado un hombre tiene en las manos dos litros de leche y trata de utilizar, y por lo tanto de cometer una intrusión en, el carrito que está delante de él, porque no tiene muchas cosas dentro y puede fácilmente recibir las suyas. Sin embargo, da la casualidad de que quien puede reivindicar el carrito no está inmediatamente visible. A modo de explicación de la infracción que está a punto de cometer, se vuelve al desconocido que está detrás de él en la cola y dice: «Está tan fría que se le hielan a uno las manos.» Después se inclina y coloca su fría carga en el carrito que no es suyo. Luego, como gesto que todos pueden ver, se abraza él solo de forma ostensible y dice: «Brrrrr.»

²² Teresa Levitin, monografía inédita (1965), «Observational Study».

tando de ver cómo es en general una revista de este tipo²³. Una chica que vive en un colegio mayor y desea recibir correo, aunque no tiene correspondencia con nadie, puede hacer que se la vea ir al buzón del colegio, hacer como si estuviera buscando una carta determinada que se interpretará está esperando, y al ver que todavía no ha llegado, mueve la cabeza en un gesto de sorpresa y confusión, ninguna de cuyas cosas se molesta en hacer cuando cree que nadie observa su imposible búsqueda²⁴. Un participante masculino en un baile entre gente desconocida, que diría (si pudiese lograr hablar con alguien) que se había limitado a entrar de paso por una vez, camino de otro sitio, para ver cómo es esto, considera necesario pedir una copa y apoyarse en una columna, como si no hiciera más que entrar para beberse una copa rápidamente²⁵. Una chica que entra en el comedor de un refugio de esquiadores porque quiere ver chicos y que ellos la vean por si liga, pero que no quiere revelar exactamente su objetivo, hace como si estuviera buscando a alguien determinado, y para ello agarra y se coloca las gafas de sol, que de hecho le quedan bien por encima de los ojos, apoyadas en el pelo²⁶.

Cabe detectar algunos temas distintivos en los que se basa la variedad de glosas corporales, cada uno de los cuales corresponde a una norma básica de conducta que el individuo debe mantener para que no se considere que carece de algo fundamental. Estudiaremos tres de estos temas.

1. *Glosa de orientación*.—Cuando un individuo está presente con otros, muchas veces se siente obligado a ocuparse de algún tipo de actividad reconocible, y de forma patentemente motivada por objetivos definidos como los oficiales del momento y el lugar. Cuando la tarea que de hecho está realizando origina expresiones que ponen en duda este compromiso con la situación imperante, entonces puede tratar de interpretar un papel que ofrezca pruebas de lo que hace. Así, una persona que espera en una parada de autobús en medio de una manzana, a veces adelanta la cabeza por encima de la acera y mira fijamente hacia su izquierda, es de suponer que para determinar cuándo llega el autobús, aunque tendrá tiempo más que suficiente para prepararse a subir cuando el autobús efectivamente dé la vuelta

²³ James M. Creager, monografía inédita (1965), «'Contamination' in Bathrooms and in Locations of 'Girly Magazines'».

²⁴ Estudio inédito dirigido por Robert Sommer.

²⁵ Richard H. Schroedel, monografía inédita (s. a.), «The Formalized Mixer Party».

²⁶ Beatrice Farrar, monografía inédita (1965), «Ski Resort Behavior Patterns».

a la esquina. Un individuo que espera en un pasillo a que una máquina automática de café le sirva su taza puede, en lugar de limitarse a estar allí, haciendo el vago o «fuera de su sitio», ponerse a ayudar a la máquina a funcionar: vuelve a colocar la taza, da unos golpecitos en el grifo y comprueba el interior de la máquina dándole palmetazos en uno de los costados²⁷. Una persona de pie en un ascensor ocupado examina las señales luminosas que indican los pisos, como si hiciera falta esa actividad para estar segura de que saldrá en el piso correcto. Un varón adulto que se levanta de su silla en una sala de espera de aeropuerto para comprar un periódico y vuelve con las manos vacías porque ya no quedan en el quiosco se encuentra, al sentarse, que se le ha olvidado echar una carta. Si se vuelve a levantar y a volver sin ninguna razón visible, medio teme que le consideren «raro». Por lo tanto, saca la carta del bolsillo de la chaqueta, la mira cuidadosamente y luego se levanta y se aleja para echarla. Una azafata de avión que está a mitad de pasillo desde la cocina y recuerda algo que la obliga a darse la vuelta y deshacer el camino recorrido, chasquea los dedos de la mano derecha y mueve la cabeza como si se enfadara consigo misma, con lo cual ofrece pruebas claramente visibles de que, por lo menos, no está desorientada y conserva los sentidos y, además, está lo bastante segura de sí misma como para dividirse en dos a fin de que una parte juzgue claramente a la otra.

Debe señalarse que la glosa de orientación no establece sólo que quien la da está orientado en la situación, sino que también facilita a los demás presentes en la reunión la posibilidad de orientarse hacia él, ya que su mímica les permite interpretar fácilmente lo que está haciendo. El dar y el recibir orientación parecería ser un elemento generalmente importante en la interacción, y deberíamos esperar equivalentes funcionales de lo que se ha considerado cuando cambiamos el «marco», esto es, la esfera de actividad de que se trata. Cuando hay varias personas juntas con las exigencias concretas de un encuentro de conversación, los datos sobre la orientación de un participante hacia lo que está ocurriendo procederán en parte de la pertinencia de sus declaraciones respecto del rumbo anterior de la conversación y de la sincronía de sus gestos de atención con las cadencias del discurso del orador; al mismo tiempo, puede permitirse que su cuerpo en general carezca de tono. Durante la interacción entre locutores de radio, es posible que los requisitos de orientación vayan un paso más allá. Es posible que lo que un actor puede ver fácilmente del otro, y que el otro vea fácilmente que se le está

²⁷ Susan Johnson, monografía inédita (s. a.), «A Hand at the Cup».

viendo, haya que explicarlo verbalmente para que el público, que no los ve, pueda orientarse hacia la actividad entre los actores, y esto será una explicación de lo que generalmente se da por sentado. La interacción televisada entre dos actores brinda una versión más de la labor de orientación que debe realizarse. Aunque un actor puede dar por sentado que el público también ve lo que él ve del otro actor, todavía sigue teniendo que explicar cosas personales que él y su compañero de trabajo saben y saben que el otro sabe —cosas, por lo tanto, que normalmente no se dirían—, porque no cabe esperar que el público también lo sepa. Los actores de la pantalla son los que más labor de orientación han de realizar, pues su misión no consiste sólo en demostrar que tienen en marcha una actividad adecuadamente ocasionada, sino también en externalizar las respuestas personalísimas a lo que está pasando que en la interacción ordinaria quedarían disimuladas o, en el mejor de los casos, sólo se revelarían a los íntimos mediante pequeñas señales colusivas.

2. *La glosa de la circunspección.*—Cuando un individuo se encuentra con que sus actos se pueden intepretar como una intrusión o una amenaza de cualquier tipo, suele dar pruebas con gestos de que sus intenciones son honestas, de lo que es ejemplo el uso del ojeo para disimular la contemplación, ya mencionado. Cabe sugerir otros ejemplos. En el Metro abarrotado de Nueva York, en que las mujeres siempre tienen motivos para proferir acusaciones de que se las toca, un hombre puede ir agarrado a uno de los postes centrales, con ambas manos bien altas, de modo que todo el mundo pueda ver que, si pasa algo, no fueron sus manos. Un individuo que traslada el paquete de otra persona de un asiento a otro cuando no está claro quién es el dueño puede considerar que está obligado a demostrar que no aspira a quedarse con la propiedad personal de otro ni está anulando aviesamente las reivindicaciones de una señal de posesión; manipula el artículo con gran cuidado y sólo por los bordes, con lo que no lo contamina sino mínimamente. Análogamente, cuando un hombre se encuentra un periódico en la mesa de una sala de espera y no sabe si han dejado el periódico y, por lo tanto, se lo puede apropiarse, o si es una posesión personal que sirve de señal, puede, al recogerlo y sostenerlo para la lectura, con tanto cuidado que en un momento pueda soltarlo y reconstituir el periódico en su calidad de propiedad de otro. Cuando un hombre se encuentra con que estaba tratando de abrir un Volkswagen azul que no era el suyo da un paso atrás de la puerta y mira su llave (que mantiene a cierta distancia de sí mismo para aumentar su visibilidad) mientras mueve

la cabeza con gesto de sorpresa. Un individuo que entra en la habitación equivocada cuando está en marcha una reunión puede arrugar la frente y hacer un encogimiento de hombros como comentario de su acto y, en total silencio, retirarse y cerrar la puerta tras de sí, como si estuviera saliendo de puntillas hasta con la cara y la parte superior del tronco; alguien que se marcha de la reunión antes de que ésta termine puede actuar la secuencia de comportamiento de hacer una señal de excusa al presidente o al orador y después salir medio de puntillas, todo el tiempo con el aire de alguien que ya está medio participando en una actividad lo bastante vital para justificar que se vaya temprano, aire que no desaparece de su aspecto hasta que ha cerrado la puerta tras de sí y ya no lo pueden ver aquellos a quienes ha dejado que sigan escuchando hasta el final. También en los posibles compradores de una casa a quienes se la está enseñando el agente y que se encuentran con el propietario metido en actividades domésticas pueden pasar su breve instante en esa habitación como si el piso se fuera a romper en caso de que lo pisaran del todo, y como si el respirar normalmente fuera, no se sabe cómo, a consumir demasiado del aire del propietario. El conductor de un camión de mudanzas que tapona la circulación al maniobrar en marcha atrás hacia un callejón demuestra su preocupación por los retrasos que causa con una demostración de esfuerzo al maniobrar el volante, pese a que éste va asistido. Y existe el «encogimiento del vago». Cuando un individuo está apoyado en una pared perpendicular a la acera y se acerca otro individuo, el primero, por sutilmente que sea, muchas veces se encoge hacia atrás cuando el otro se le acerca, con lo que reduce su propio espacio personal y facilita cooperativamente la tarea del otro, que consiste en no realizar una intrusión ni quedar contaminado. Claro que también el que pasa puede glosar su pasaje al mover el cuerpo un poco y acelerar el paso, con lo que exhibe una minimización de la injerencia²⁸.

²⁸ Evidentemente, las comedias del cine mudo estaban llenas de glosas de circunspección, y quizá fuera Chaplin quien las llevara más lejos que nadie. Cuando el héroe trataba de entrometerse en la comida, la carta, la novia o la cabeza de alguien, se encontraba con que la víctima se había vuelto a mirarlo, con lo que la tentativa precaria se desplazaba a un espectáculo muy ostentoso de estar ocupando de sus propias cosas (en las comedias contemporáneas, Peter Sellers ha recurrido mucho al mismo mecanismo). Como el entrometido se ve descubierto en un momento muy avanzado del acto de la intromisión, la glosa de intención inocente debe montarse a toda velocidad y en condiciones casi desesperadas, con lo cual el humor no reside en este uso de la glosa (que emplea todo el mundo), sino en no tener otra opción que recurrir a ella en circunstancias en que casi no hay posibilidades de que tenga éxito.

3. *La glosa de la exageración.*—Cuando el individuo está en presencia de otros, se conduce de modo que parece no actuar sometido a una fuerte presión y, en consecuencia, actuar de modo más o menos independiente. Con ello implica que una parte de sí mismo está siempre disponible para dirigirse a los demás si surge una necesidad legítima. Claro que generalmente el individuo satisface plenamente y sin pensarlo esta obligación de mantener un autocontrol perceptible cuando está con otros. Sin embargo, pueden surgir circunstancias que pongan un tanto en duda el que verdaderamente se halle en pleno control. Un truco que puede utilizar en esos momentos es el de organizar una expresión facial rígida, como si no estuviera ocurriendo nada digno de señalar, o por lo menos nada que no pueda él manejar. Pero la glosa que se debe estudiar en este caso implica algo parecido al truco opuesto. Dada la dirección que tomaría su expresión corporal si la presión fuera abrumadora, el individuo se zambulle a lo que le ocurriría en ese caso, pero lo hace de forma que no es seria, con lo que disimula los signos de una presión seria al hacer otros mucho mayores y no serios del mismo tipo. Cuando un hombre levanta un objeto pesado que podría revelar claramente el esfuerzo que está haciendo, hace de forma no seria como si estuviera sometido a una presión insoportable. Cuando una muchacha empuja una puerta pesada para abrirla, hace ruidos de gran esfuerzo muscular. Cuando un individuo corre por la recepción de un hotel para no separarse de sus amigos que se van, «corre demasiado», con lo que se lanza burlonamente a una carrera gestual que le haría ir mucho más rápido si de verdad fuera parte de una carrera real²⁹. Cuando alguien se cae en una pista de patinaje o de esquí, hace grandes gestos, se cae del modo más total posible, acaba desparramado y se queda en esa posición más

²⁹ El «echarse a correr» forma parte de nuestro idioma ritual y aparece en huecos funcionalmente diferentes en diferentes frases de comportamiento. Para demostrar que le preocupa la posibilidad de llegar tarde a una reunión con alguien, el individuo esperará hasta hallarse a poca distancia y entonces se lanzará a una falsa carrera, lo que sirve en parte de penitencia. Cuando la ancianita se separa de una conversación amistosa con tres vecinos para, como saben ellos, no perderse un serial de la televisión, se separa del círculo con seis metros de carrerilla dificultosa, lanza una risita de autoburla y luego recupera el paso normal. Cuando un peatón agradecido pasa delante de un coche que se ha parado cortésmente para dejarle pasar, actúa apresuradamente, aunque de hecho su ritmo real de desplazamiento se modifica muy poco; cuando un individuo prevé que se le escapa el ascensor, puede fingir una carrera, de forma que la persona que se va a ver visiblemente frustrada no sea una persona seria. Un profesor que está a punto de salir de su despacho con los brazos llenos de libros para ir a clase hace como si pasara corriendo por la puerta que le tiene abierta la estudiante con la que estaba hablando, que es una monja.

tiempo del necesario. Cuando un individuo anda por una plancha estrecha en la que es necesario hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio, hace gestos de volatinero, como si estuviera andando por la cuerda floja. Cuando una chica tiene que pasar por en medio de un grupo de invitados a una fiesta para ir al baño, emplea un gesto claro de natación para abrirse camino, gestos con los cuales demuestra que su intención no le da vergüenza. Cuando un hombre de clase media y edad madura se olvida un paquete en el mostrador de un taller de reparaciones y vuelve a buscarlo veinte minutos después, inicia una falsa carrera al entrar en el taller, con lo que comunica silenciosamente su apoyo de la mala opinión que puedan tener los demás presentes de la gente olvidadiza como él. Una mujer sesentona y gorda a quienes sus amigos y su marido ayudan a entrar en el asiento trasero de un coche profiere grandes gruñidos de esfuerzo mientras se va acomodando. Cuando un jugador de bolos hace su quinta jugada perfecta seguida, se vuelve a los que están sentados detrás de él y hace un pequeño gesto de orgullo por su éxito, soplandose las uñas, con lo que disimula un gesto que hubiera podido ser demasiado visible de autofelicitación. Cuando un muchacho ve que los amigos de la otra acera no han visto que les está haciendo señas, alarga los brazos en forma de «Y» y salta arriba y abajo, con un grito exagerado pero mudo en los labios, con la boca totalmente abierta. Análogamente, cuando un pariente ve que otro ha vuelto hacia él la cámara de cine de la familia, hace gestos, muecas, da gritos mirando a la lente, con lo cual completa con su exageración su lado del desafío cara a cara que ha iniciado la cámara, pues su respuesta a la cámara no la puede inhibir completamente ni realizar convencionalmente, dado que la cámara es al mismo tiempo más y menos que otra persona. Obsérvese que, en todos estos casos, si el individuo aspira a expresar alguna disociación de las presiones de la situación, debe asegurarse de que su posición queda bien clara. Debe interpretar gráficamente su predicamento para estar seguro de que se le ha visto; hasta entonces no puede dar datos no ambiguos de que su yo serio no está sometido a la presión de ese predicamento.

O sea, que existen exhibiciones normales que el individuo brinda a los presentes en la reunión en general que quieran verlos³⁰. El

³⁰ Como es lógico, la labor que realiza un individuo en situaciones no enfocadas con glosas corporales es la que hace también a veces dentro de un encuentro en beneficio más o menos exclusivo de los participantes en él. Por ejemplo, las glosas de exageración: una mujer que no logra enhebrar una aguja agarra una falsa pataleta; si se pincha, hace como si se echara a llorar. Un dependiente de ultramarinos que recibe de un cliente lo que interpreta como

equipo utilizado es todo el cuerpo, y los datos que se ofrecen con sus posturas sirven para establecer la posición del actor en momentos en que podrían hacerse interpretaciones de él que no son las que desea. Así, la glosa corporal ofrece una primera medida ideada para que quien la adopta pueda soportar el que no se le responda, o como si dijéramos, una participación desplazada en un intercambio corrector. Como se advertirá, este tipo de comportamiento participa poco del encanto estructural que caracteriza a las complejas secuencias que se hallan en la conversación corriente, y en adelante nos ocuparemos poco de él. Sin embargo, demuestra bien que las personas presentes juntas que no están en conversación activa ni son miembros de la misma compañía pueden seguir, desde luego, interactuando de forma muy importante las unas con las otras. La idea de que una persona está sola cuando está en una multitud, de que es un átomo anónimo, es verdad en sentido literario, pero no es la verdad de la que se componen las escenas callejeras en la realidad. Puede estar solo, ser un «solo» silencioso, pero hace tantos gestos como un sordomudo en una fiesta del barrio.

Porque la glosa corporal se refiera a los cuerpos no debemos suponer que se trate de algo especialmente individualista. El comportamiento de que se trata es algo que los cuerpos se limitan a interpretar; se genera en momentos determinados y corresponde o se aplica a todos los que se hallen en ese momento en el nicho pertinente. Dos hombres y una mujer, todos ellos de poco más de veinte años, que van por la calle principal de una gran ciudad de la costa del Atlántico y llevan en la mano un lavabo comprado de ocasión de tamaño intermedio, imposibilitados de todo punto de adoptar las actitudes habituales de los habitantes del centro cuando van por la calle, pueden hacer, con grandes risas, como si estuvieran a punto de caerse, y ello durante todo su recorrido, igual que (según me han contado), a principios de la segunda guerra mundial, los dos hombres de una unidad británica encargados de marchar en la traseña de una columna para tirar de la caja de la ametralladora sin

una orden imperativa responde con un medio saludo militar: «A sus órdenes» y una ejecución visiblemente rápida de la orden. Un individuo que lee en voz alta a un grupo de amigos un pasaje de un libro se encuentra acercándose a una frase en francés que no está seguro de pronunciar perfectamente (o se acerca a una larga palabra en su propio idioma que le plantea el mismo problema) y la pronuncia de forma deliberadamente torpe, como si estuviera aprovechando la ocasión para burlarse de quienes no saben pronunciarla, o como para demostrar que este tipo de incapacidad no le da vergüenza, o para dar un ejemplo de que sabe pronunciar correctamente la palabra, pero que es demasiado modesto para demostrarlo.

enredar a los otros, exageraban su torpeza y su aislamiento forzosos hasta interpretar el papel de bufones, papel que evidentemente se asignaba a la función, y no a las personalidades, de los hombres a quienes les había caído en suerte.

VI. La estructura del intercambio corrector

Este análisis comenzó con el tono más magistral que puedo alcanzar: las reglas morales y su función como vínculo entre el yo y la sociedad. Esto llevó, con escasa pérdida de abstracción, a un estudio de las desviaciones de las reglas y del diálogo ritual que establece la corrección. Pero ahora ya se ha aducido que se establecen reivindicaciones morales con respecto a una multitud de territorios menores del yo, y que los correctores de la infracción se hallan en la glosa corporal: las indignidades de las gesticulaciones exageradas. Esto nos lleva a sacar el estudio de la actividad correctora a la calle, a las pequeñas interacciones que se olvidan en cuanto ocurren, a lo que los estudiosos serios de la sociedad no recogen nunca, a las heces de la vida social. Ahí es exactamente donde quiero seguir estudiándola, pero ahora nos centraremos en la actividad que ocurre dentro de los encuentros, la actividad que entraña medidas del tipo de las declaraciones dirigidas hacia determinados otros que responden como con réplicas de modo que el resultado es algo claramente parecido a un diálogo. A continuación se hace una tentativa de establecer sistemáticamente una visión de la interacción correctora inmediata, fase por fase. Habrá que explicar algunas cosas que son obvias y repetir algunas otras. En realidad, mi excusa por introducir detalles debería ser una petición de perdón por dar tan pocos, pues en términos fenomenológicos, los intercambios correctores tienen una importancia enorme. A los niños de clase media de nuestra sociedad se les enseña a prefaciarse cada declaración a un adulto con una petición de permiso y a terminar cada encuentro, si no cada intercambio, con alguna expresión de agradecimiento. Se les enseña un enfoque formal de la vida social; se les mete en la cabeza que todas las relaciones, importantes o no, largas o momentáneas, entre conocidos o entre desconocidos, mediatizadas o directas, en el trabajo o en el juego, se deben tratar como análogas y aislables, en el sentido de que en todas ellas la transacción se debe realizar en marcos rituales. Se obliga a que las transacciones y las relaciones que no comparten nada más en absoluto compartan al menos esto: todas ellas van atadas con el mismo lazo. Estas enseñanzas se van refor-

zando a lo largo de la vida. En nuestra sociedad, casi todos los tipos de transacciones entre adultos, incluida cada reunión en un momento de conversación, se abren y se cierran con un ritual, que si no es corrector es de apoyo. Esto infunde en cada esfera de la vida —dura, difícil, personal e impersonal— una constante verificación, y un constante recordatorio, de un reducido número de creencias centrales acerca del carácter y los derechos de las personas.

Comencemos el análisis, pues, con un pequeño incidente callejero:

Un peatón tropieza con otro, dice «Perdón» al pasar, le responden «Nada» y cada cual sigue su camino.

1. Parece que en el incidente intervienen tres elementos distintos. En primer lugar, como ya se ha sugerido, existen las consideraciones rituales: infracción, infractor y víctima. Aquí, en el peor de los casos, se puede entender que el infractor es alguien que no controla su cuerpo, que no tiene el mando de sus intenciones, y la víctima alguien por cuya territorialidad no necesita preocuparse nadie; o, en circunstancias ligeramente distintas, el infractor puede dar la impresión de que podría estar tratando de crear adrede una situación de enfrentamiento. En segundo lugar está la labor de ritual que se realiza en la situación. En este caso, la petición de perdón y su aceptación. En tercer lugar está el «acto», la acción —real, no virtual— que en otro caso podría ser una infracción, salvo por el ritual que se interpreta en relación con él, labor que actúa para modificar las peores consecuencias posibles de lo que ha ocurrido de hecho. O sea, que un acto es una acción a cuyo significado se dirige la labor ritual ideada para establecer lo que será esa significación, con la labor en sí orientada a la peor interpretación posible del acto; es una acción de la que se afirma que es algo que no se debe ver bajo ninguna luz distinta de la que arroja la actividad correctora. En el incidente de que tratamos, el acto es golpear un pie con otro pie, y la interpretación que se brinda es la de que se trataba de una acción no intencionada que expresaba una torpeza menor, que el actor lamenta.

Al representar un turno de conversación con una línea, hacer que unas letras representen a unas personas y señalar con el final de una transcripción el final de una labor ritual que parecía orientada directamente al incidente mencionado, se puede registrar toda la interacción como sigue:

Acto: A tropieza con B.

A: Perdón.

B: Nada ³¹.

2. La labor ritual descrita permite a los participantes seguir su camino, quizá descontentos de cómo han acabado las cosas, pero al menos con el derecho a actuar como si opinaran que las cosas han terminado y que se ha restablecido el equilibrio ritual. Si queda algún descontento en alguna de las partes, es de suponer que se habrá de expresar o exhibir en algún otro momento. Dicho en otros términos, tras la labor ritual cabe tratar el incidente como si hubiera terminado. O sea, que la «ronda» que ha ocurrido también constituye un intercambio completo.

3. Parecería que, en lugar de pedir perdón, el infractor virtual podría seguir hasta el final de la secuencia con una explicación («Tengo que coger ese tren»), o una solicitud («¿Me permite pasar?») o una combinación de dos o tres cosas («Lo siento, ¿me permite pasar? Tengo que coger ese tren»), y que en algún nivel del análisis todo ello funciona exactamente igual que el pedir perdón. En cambio, al hablar de una petición de perdón (o una explicación o una solicitud) podríamos hablar de una «corrección», término con el cual designamos lo que hay de común en la forma en que las tres medidas rituales funcionan en el diálogo corrector.

Análogamente, si bien cabría decir que la víctima ritual ha aceptado la petición de perdón, o ha accedido a una solicitud, o ha considerado suficiente una explicación, es evidente que también en este caso se halla una equivalencia funcional. De hecho si nos ocupamos como si fueran iguales de cosas que tienen las mismas consecuencias rituales, entonces deben añadirse aún más posibilidades. Por lo que respecta a las solicitudes, la persona a quien se dirigen puede ofrecer una razón «aceptable» por la que debe aplazar el acceder a ella o incluso rechazarla. Esa «negación explicada» no necesita expresar sino que el solicitante hizo bien en formular su solicitud y que la persona a quien se le ha hecho comprende lo que se le pide; por lo tanto, pueden controlarse las implicaciones rituales de la negativa aunque literalmente se está rechazando al solicitante.

³¹ Los intercambios en este trabajo se basan en notas tomadas durante interacciones ocurridas, salvo cuando se cita una relación totalmente estereotipada o apócrifa. Ello se debe a que resulta más fácil registrar interacciones o resumirlas que inventarlas. Sin embargo, en ningún caso se pretende que tengan el valor de archivos de sucesos reales, sino de ejemplos de lo que sería fácil comprender si hubiera ocurrido, y si hubieran ocurrido con el significado interpretativo que les atribuyo.

También en este caso necesitamos un término para referirnos a las reacciones a una corrección con lo que les es común funcionalmente. A falta de una palabra mejor, se utilizará aquí la de «alivio».

corrección A: —¿Me pasas la leche?

alivio B: —Hombre, lo siento, parece que no queda.

4. Es evidente que cuando la víctima da una señal de que el alivio que ofrece el infractor es suficiente, ello coloca al infractor en la obligación de expresar gratitud o agradecimiento, lo cual cuenta como tercera medida básica en la secuencia correctora. En resumen, puede expresarse agradecimiento o decirse «gracias»:

corrección A: —¿Me pasas la leche?

alivio B: —Toma.

agradecimiento A: —Gracias ³².

Obsérvese que este agradecimiento no se le debe a la víctima sólo como prueba de que el infractor comprende plenamente la infracción virtual y desea disociarse del tipo de persona que la cometería, sino también como prueba de que comprende las normas y las prácticas que acompañan a la gestión de las sanciones negativas. O sea, que el agradecimiento informa a la víctima de que se respeta su acto como persona que interpreta generosamente su papel de sancionar y, de paso, se da una prueba de que el infractor posee por lo menos uno de los rasgos de carácter de toda persona digna, esto es, que comprende los favores que se le hacen ³³. Una vez más, disponemos de un término general que abarca actos que son fenomenicamente diferentes pero funcionalmente equivalentes, esto es, que

³² Se ha aducido que, históricamente, en Occidente ha habido dos formas básicas de agradecimiento. Una, que implicaba nuestros términos actuales, expresaba que el receptor podía ser también donante. La otra, con frases como «Dios se lo pague», expresaba una gran desigualdad, esto es, que el receptor no estaría nunca en situación de reciprocitar el alivio, o por lo menos no a quien se lo había dado a él. Véase a este respecto el comentario de Erika Bourguignon, «On the Dyadic Contract», en *American Anthropologist*, LXIV, núm. 6 (1962), 1301.

³³ Las señales de gratitud funcionan muchas veces como medio de cerrar un encuentro. Esto lleva a algunos comportamientos que en otros sentidos resultarían extraños. Los patronos que llevan aparte a un empleado para decirle en privado que van a despedirlo pueden encontrarse con que la entrevista de terminación termina con el empleado dándole las gracias al patrono. Análogamente, Walter Clark, que ha estudiado a la policía de Berkeley, comunica que cuando un agente impone una multa de tráfico a un automovilista, este último termina sus relaciones con el agente diciendo «Gracias», lo cual puede confundir al receptor y hacerle sentir que el contestar «Da nada» resultaría violento. No cabe duda de que un factor en estos casos es que el automovilista

entran en el mismo casillero en la secuencia correctora y realizan la misma labor en los intercambios rituales. Entonces resulta comprensible que una negativa explicada, al ser ritualmente equivalente a la concesión de una solicitud, lleve a la persona así rechazada a terminar el intercambio con una medida de agradecimiento, en este caso con frases como «Gracias, de todos modos», o «Bueno, qué se le va a hacer», o «Ya comprendo».

Después de esta tercera medida a veces viene una cuarta, esto es, un acto por parte de la víctima en el que se repita de forma reducida el alivio que ha brindado como segunda medida, se demuestra agradecimiento por el agradecimiento que se le ha demostrado a él y se termina de forma bastante cabal el intercambio. En el habla corriente en Estados Unidos, son ejemplos de esto: ««De nada», «Vale», o «No hay de qué». El efecto es que la víctima graciosamente quita importancia tanto a lo que ha soportado o padecido como a la calidad de carácter que debe tener para quitar importancia a una cosa así. Esta es la medida que calificaré de «minimización». Termina la expansión completa del ciclo básico corrector, que se puede describir como sigue:

puede creer que no se le ha tratado tan mal como sería posible, lo cual suele ocurrir muchas veces, dado que los agentes suelen indicar en la multa una velocidad menor que la real a fin de tener una base para controlar a los que multan. Sin embargo, en parte, los empleados a quienes se les despiden y los automovilistas a quienes se les multa dicen gracias porque esa es la forma de cerrar un encuentro. Lo mismo parece ocurrir en relación con el secuestrador de un avión que paga la copa que pide y da las gracias al piloto cuando éste, si se lo pide, le da la lumbre (*Philadelphia Bulletin*, 14 de abril de 1969). Podría añadir (como ya he implicado antes) que como las solicitudes brindan medios correctos de iniciar determinados encuentros e intercambios, podemos hallar la cortesía en ambos extremos de una transacción en circunstancias en que quizá no era de prever. Así, durante el Gran Robo del Tren, cuando se permitió al fogueiro esposado que fumara, parece que ocurrió lo siguiente:

Luego, cuando vio que el humo tentador iba ascendiendo desde la humilde situación del fogueiro, el ladrón [que lo vigilaba] dijo melancólico:

—Si te sobra uno, también yo tengo ganas. El fogueiro le pasó cortésmente el encendedor, y el hombre que acababa de robar millones de un tren, después de haber pedido un cigarro y lumbre, le dio las gracias cortésmente por ambas cosas.

Peta Fordham, *The Robbers' Tale* (Londres, Hadder and Stoughton, 1965; Nueva York, Popular Library, 1965), pág. 88. Apenas si se ha iniciado un análisis a fondo de lo que efectivamente dicen los atracadores cuando se enfrentan con sus víctimas. Los periódicos publican supuestos relatos de salvajadas y de galanterías notables, pero dejan de informar sobre los detalles comunes. Por ejemplo, ¿cómo le pregunta un atracador a una víctima dónde está el baño? ¿Cómo inicia el intercambio? ¿Cómo lo termina? Si un atracador decide contestar al teléfono, ¿qué dice? ¿Y cómo se despide? ¿Cuándo se deja de emplear el marco ritual, si es que se deja de emplear? Lo importante, desde luego, es que no nos referimos a la «cortesía», sino más bien a las reglas para abrir y cerrar encuentros e intercambios.

Acto: A ofende virtualmente a B.

Corrección A: —¿Puedo llamar por teléfono? No es conferencia.

Alivio B: —Claro, no faltaba más.

Agradecimiento A: —Muy amable.

Minimización B: —No faltaba más.

5. Entre la primera ronda del ciclo corrector (corrección y alivio) y la segunda (agradecimiento y minimización) se produce un paso de la preocupación por la cuestión de la norma que se ha infringido a la forma en que los participantes manejan su gestión de las infracciones. Obsérvese, además, que entre la primera y la segunda ronda se pone en efecto una regla de atenuación, una rápida disminución de la actividad ritual conexas al acontecimiento ritualmente pertinente. El alivio crea la necesidad del reconocimiento; este último crea la necesidad de la minimización. Pero para el momento en que se toma esta cuarta medida, los participantes pueden dejarlo y seguir adelante con lo que estuvieran haciendo. Y existen buenos motivos para ello. Como veremos más adelante, toda medida ritual puede interpretarse en el sentido de que coloca a quien la toma en algún tipo de peligro y con ello genera la necesidad de una reacción salvadora de las otras partes. Así, cada segunda medida se convierte en sí en una primera medida que requiere su propia segunda medida. Si cada medida siguiente no se viera atenuada en seguida, el ritual llegaría a ocupar todo el tiempo de todo el mundo. Cada ocasión en que se diera un alivio encerraría al donante y al receptor en una interminable rutina de «Usted primero». Entonces es comprensible que los intercambios correctores suelen terminar después de la segunda medida, es decir, después de ofrecer el alivio, y cuando se ofrece el agradecimiento es posible que no ocurra la medida final de la secuencia completa, esto es, la minimización (lo que hace que el intercambio conste de tres medidas), o que ocurra de forma imperceptible.

6. Hasta ahora se ha supuesto tácitamente en el comentario que el turno de hablar (lo que se llama en lingüística, de modo no muy claramente justificado, la «expresión») y la medida ritual son prácticamente lo mismo, que todo lo que hace y dice un individuo cuando le toca su turno constituye una medida ritual. Pero cuando examinamos la forma efectiva de los turnos en la conversación, muchas veces no resulta así:

A: —Me llevo el rastrillo. ¿Vale? Gracias.

B: —Vale. De nada.

Aquí parece que vemos unos turnos de conversación, cada uno de los cuales entraña más de una medida ritual de un intercambio en marcha (el primer turno entraña una solicitud y un agradecimiento, el segundo un alivio y una minimización). En resumen:

- A: solicitud/agradecimiento.
B: alivio/minimización.

Si, en cambio, B omitiera el «De nada», entonces el intercambio tendría la siguiente estructura:

- A: solicitud/agradecimiento.
B: alivio/—

Y si B omitiera el «Vale», entonces la siguiente:

- A: solicitud/agradecimiento.
B: —/minimización.

7. Los intercambios correctores descritos hasta ahora podrían ser intercambios que «agotan» los encuentros en que ocurren; se abre un estado de conversación con la primera medida del intercambio y se cierra con la última (lo mismo cabría decir de muchos «intercambios de apoyo» que entrañan el cambio de saludos, etc.; también éstos pueden agotar el encuentro en que ocurren). Esos «intercambios de encuentros son muy frecuentes y abarcan, según parece, la mayor parte de la interacción enfocada que ocurre en los lugares públicos, pero naturalmente se trata de encuentros que meramente se abren con ese intercambio, o meramente se cierran, pues el encuentro en sí contiene muchos intercambios. Si, con fines de análisis, podemos suponer que el intercambio avanza a estas rachas ritualmente cerradas, y está compuesto totalmente de ellas³⁴, entonces se plantea la cuestión de cómo se vinculan o encadenan estos intercambios³⁵. Si nos limitamos a la conversación entre dos personas y a los intercambios de dos medidas, esto es, a los compuestos totalmente por un intercambio o una ronda, y si utilizamos guiones para designar el segundo intercambio y los siguientes, cabe sugerir algunas respuestas aproximadas.

³⁴ Este argumento es el que se aduce en la monografía «On Face Work», en *Interaction Ritual*, op. cit., págs. 37 y 38.

³⁵ Tomo el término «cadena» y la cuestión que implica de Harvey Sacks. En su monografía inédita estudia, por ejemplo, la organización de rondas en las que intervienen más de dos oradores.

Hay dos vinculaciones que parecen evidentes y básicas. En primer lugar, quien adopta la medida inicial en un intercambio puede adoptar la medida inicial en el siguiente:

- A¹: —¿Dónde estabas?
B¹: —En la librería.
A²: —¿Has comprado algo?
B²: —Nada.

En segundo lugar, el que adopta la medida terminal en un intercambio puede adoptar la inicial del siguiente:

- A¹ : —¿Dónde estabas?
B¹/B²: —En la librería./¿Has arreglado el grifo?
A²: —No.

Esta última forma entraña un turno de conversación que contiene dos medidas. Sugiere una tercera posibilidad que ya se había estudiado en relación con las medidas dentro de un intercambio, es decir, un turno de apertura que en sí mismo contiene dos primeras medidas, que lleva a un segundo turno que contiene dos segundas medidas. Es algo que se encuentra a menudo en los mostradores de los establecimientos de servicios. Cuando un cliente entra en la zona o «posición»³⁶ en la que su presencia actúa como un llamamiento, es probable que el servidor haga un saludo y ofrezca un servicio, con lo que se combina el principio de un intercambio de apoyo con el principio de otro corrector. El mismo tipo de vinculación se halla en los encuentros entre amigos:

- A¹/A²: —Hola./Oye, te debo cinco pavos. Ten.
B¹/B²: —Hola./Se me había olvidado.

Por último, existe una vinculación que corresponde de cerca a lo que los lingüistas llaman «incrustación», que en este caso significa la inclusión de un intercambio dentro del marco establecido por otro³⁷:

- A¹: —¿Qué quieres tomar?
B²: —¿Tienes esas cosas con almendras?
A²: —Hoy no, majo.
B¹: —Café solo y una tostada.

³⁶ Este término se toma de una monografía inédita (1968) de Marilyn Merritt, «On the Service Encounter».

³⁷ En este caso me baso en el estupendo estudio de Emanuel Schegloff de la Universidad de Columbia, en una monografía de próxima publicación. El término que aplica es el de «secuencia de inserción».

Una vez descritas algunas vinculaciones básicas, podemos ampliar el análisis si incluimos los intercambios que contienen más de dos medidas y las vinculaciones entre las vinculaciones, pero aunque estas redes son fáciles de registrar y transcribir, resulta menos fácil hallar más razones para hacerlo.

8. Anteriormente se ha sugerido que en el ciclo corrector plenamente expandido —corrección, alivio, agradecimiento, minimización— el segundo par de medidas entraña un cambio, que se pasa de la preocupación por la instigación de la infracción virtual a los modales que se emplean para hacerle frente, y que esas dos medidas (agradecimiento y minimización) es probable que estén atenuadas. Dadas esas diferencias entre la primera ronda y la segunda del ciclo corrector completo, podemos prever una cierta flexibilidad de organización entre ellas. Por lo menos, a ciertos niveles de determinación parece que los participantes en un intercambio corrector tienen una opción acerca de si terminar las cosas con una sola ronda o seguir adelante e introducir una segunda.

Esta flexibilidad sugiere un paralelismo en la vinculación de los intercambios en un encuentro. Pues parece ser que cuando uno de los participantes o ambos en una conversación no están especialmente dispuestos a mantenerla, la conversación avanzará en duetos de dos medidas, cada una de ellas bastante cerrada ritualmente, con bastante opción acerca de si una ronda se verá seguida por otra. Veamos, por ejemplo, lo que ocurre cuando un estudiante (A) le pide la pluma a otro estudiante (B), resulta que la pluma es de plumilla y véase la longitud aparentemente arbitraria de la cadena:

- A¹: —¿Una pluma?
 B¹: —Toma.
 A²: —Bonita plumilla.
 B²: —Siempre uso las mismas.
 A³: —A mí siempre se me pierden.
 B³: —Es lo malo que tienen.
 A⁴: —De todas formas.
 B⁴: —Es verdad.
 A⁵: —Es muy fina.
 B⁵: —Finísima.

Lo mismo cabría decir de los encuentros normales de tipo interrogatorio, cuyo carácter no es directamente corrector y en los que una cadena de intercambios de tres medidas se puede ampliar o contraer casi a voluntad de quien interroga, pues es él quien ocupa turnos de dos medidas en la conversación:

- A¹: —¿Has leído *Cosecha Roja*?
 B¹: —No. Esa no.
 A¹/A²: —Molona. ¿Has leído *La llave de cristal*?
 B²: —No, pero he visto la película. Me gustó mucho.
 A²/A³: —Mejor que el libro. ¿Has visto *El halcón maltés*?
 B³: —Sí. Molona.
 A³/A⁴: —También era mejor que el libro. ¿Te gusta Ambler?
 B⁴: —Creo que he leído todo lo suyo, pero no sé. Creo que no me gusta.
 A⁴/etc.: —A mí me gusta./etc.

Una vez más advertimos el rigor del análisis naturalista. Aunque la frase es la unidad tradicional de los estudios lingüísticos, es evidente que un turno de conversación puede contener más de una, y sin embargo un turno de conversación es una unidad natural en algunos aspectos. Esta unidad en sí puede actuar como medida funcionalmente diferenciada (como corrección o agradecimiento) dentro de la secuencia de medidas que comprenden un intercambio, de modo que la medida y el turno pueden ser lo mismo, pero un solo turno también puede contener dos de esas medidas. Además, un solo turno de conversación puede contener, como se ha indicado, la medida de terminación de un intercambio y la de apertura de otro. O sea, que probablemente toda medida de análisis cuantitativo que tome la frase como su unidad codificable llegue a un promedio de algunas de las realidades significativas de la interacción.

VII. Variaciones sobre temas estructurales

La secuencia correctora básica en su forma de un turno o dos turnos es una parte literal y constante de nuestra vida pública. Pero, lo que quizá sea incluso más importante, establece un fondo de entendimiento en cuyo marco comprende el público las desviaciones. Es el esquema básico el que permite la existencia de variaciones; es un aspecto que se puede cifrar. Se trata de una cuestión de la que es difícil tratar analíticamente, debido sencillamente a que sus márgenes reducen el control: las dos excepciones se convierten en motivos para confirmar el valor del argumento, y eso siempre es malo. Sin embargo, debe establecerse algún argumento de ese tipo. Quizá lo mejor que se pueda hacer de momento es tratar de hablar con claridad de los tipos de variaciones que toman su significado de la forma básica, es decir, los tipos de transformación del ciclo corrector básico que son posibles.

1. Desde luego, es cierto que las correcciones y el alivio se pueden comunicar con gestos o acciones además de con palabras, sea porque el contexto presta elocuencia a un gesto, o hace que resulte difícil hablar, o por ambas causas. Después de todo, no estamos tratando de declaraciones, sino de medidas o actitudes o posiciones que adoptan los individuos en relación con los juicios morales que pueden hacerse en la situación. Lo que se está estudiando es un acto o un acontecimiento que se puedan interpretar como «procedentes de» un individuo e indicadores de la posición que adopta en reacción a una infracción virtual o a una medida inmediatamente anterior. Nos ocupamos de la secuencia de la acción en la que a la medida de un participante sigue la de otro, en que la primera medida establece el ambiente para la segunda y la segunda confirma el significado de la primera. Hasta que se restablece el equilibrio ritual o alguna otra forma de terminación reconocida, toda medida crea un hueco en el lugar y en el tiempo de tal tipo que casi cualquier cosa que ocurra inmediatamente se puede interpretar como derivada de la persona a la que le toca el turno, y se inspeccionará con gran cuidado para descubrir alguna forma de interpretarla como respuesta³⁸. En este caso, la excepción aparente da su propio peso al análisis. Como ha aducido Harvey Sacks, en las conversaciones con más de dos participantes, la medida de un primer orador dirigida a un otro determinado (el «receptor a quien se dirige») establece un ambiente en el cual un participante a quien no se ha dirigido el primero puede introducir una elaboración o un eco de la primera medida, con tal únicamente de que no se hayan desplazado el momento ni el contenido previstos de la respuesta³⁹. Estas introducciones se inspeccionarán para interpretarlas como la cosa que mejor se puede utilizar

³⁸ Así, cuando se trata de simular una interacción de conversación con un juguete, un animal, un muñeco de ventrílocuo o una marioneta, se puede originar un sentido animado de la participación de éstos sencillamente mediante el establecimiento de algo parecido a una definición de la situación como conversación y luego dejar de forma ostentosa al objeto el siguiente turno de conversación y la misión de dar una réplica para un intercambio que, si no, se quedaría colgado. Entonces, todo movimiento que se interprete como procedente de la cosa será interpretable como réplica, al igual que las palabras humanas pronunciadas en tono desafinado y formuladas como si también procedieran de la cosa. De hecho, la interacción percibida de forma tan vívida cuando ocurre entre marionetas durante una función de éstas no se debe tanto, creo, al aspecto humano de las figuras como a los huecos humanoides que se producen en la conversación. Las secuencias de interacción establecen huecos, y los huecos pueden llenarse efectivamente con lo que se tenga a mano: si no se dispone de una frase, bastará perfectamente con un gruñido, y si no se puede gruñir, bastará con un gesto.

³⁹ Notas mimeografiadas de clases, 1967.

en la ordenación secuencial de las medidas, esto es, como determinación de la primera medida. La capacidad de los interactuantes para interpretar las palabras de quien está hablando como continuación de la medida iniciada por el orador anterior, y no como respuesta por derecho propio es, en sí misma, lo que hace que esas introducciones resulten posibles. O sea, que en general hemos de ver que la sensibilidad de interpretación y la capacidad de discriminación de los interactuantes es algo extraordinario (así parece ocurrir en especial con respecto a los diversos mecanismos paralingüísticos y cinéticos mediante los cuales quien escucha puede lograr, durante el turno de conversación de un orador, distinguir entre dos medidas de un intercambio o la medida terminal de un intercambio y la de apertura de otro). En consecuencia, pues, las obras orientadas lingüísticamente sobre los encuentros de conversación que se basan en las frases transcribibles dan una visión absurdamente libresca de este tipo de interacción.

2. Al dar ejemplos del ciclo corrector básico se sugirió que el acto que requiere la labor correctora es el primero que ocurre, antes que la actividad ritual en sí. Pero, de hecho, esa disposición caracteriza lo que se califica de «accidentes». El lugar donde ocurre el acto puede variar, y el que ocurra primero es más bien la excepción que la regla (por lo que respecta a las solicitudes, difícilmente puede venir primero el acto, aunque en las incursiones menores se puede observar algo así como un ocurrir simultáneo con la solicitud). Como el individuo sabe cómo se podría interpretar su acto, esto es, conoce las peores interpretaciones posibles que se pueden hacer de él, por lo general celebra la labor ritual primero, y después, cuando ha obtenido alivio, ejecuta el acto, pero ahora con un estilo y de una manera que refuerzan el acuerdo a que se ha llegado acerca de cómo debe interpretarse el acto. Así, cuando un individuo pide y recibe permiso para quitar de una silla la chaqueta de otro y procede a hacerlo, es probable que el estilo del acto sea cuidadoso, con la chaqueta agarrada de tal modo que no se arrugue ni se manche. La infracción virtual en este caso es lo que se implica al tirar sin más ni más la chaqueta de otro al suelo; el acto, pues, cuando llega a realizarse, no sólo está ritualmente autorizado, sino que además ha incorporado la petición de perdón y la gratitud por conducto del estilo físico del acto en sí. Además, en el caso de solicitudes como «Por favor, pásame la mantequilla», el acto lo realiza de forma rutinaria el virtualmente ofendido, y no el infractor virtual, con lo que pasa a adquirir el estilo de un ofrecimiento.

3. Cuando se observa de cerca la actividad ritual, a menudo se ve que el individuo que ofrece la corrección quizá no reciba una

respuesta que dé alivio, pero dará por hecho que en efecto se ha dado el alivio. No necesita más que estar seguro de que el contexto es adecuado, que las contingencias del momento le dan a él y al otro el entendimiento común de que en realidad no hace falta réplica. Así, al pedir perdón cuando uno anda a toda velocidad, el infractor puede permitirse desaparecer antes de que se le pueda dar el alivio oficial, sabiendo que los demás comprenden que en este caso no es práctico que se quede esperando a que se complete toda la secuencia, además de ser innecesario. Debe añadirse que el ritual positivo establece un caso paralelo: muchos saludos se hacen en circunstancias en las que el acto de una parte debe tomarse como la realización de un acto de las dos partes. Una vez más, debe señalarse si bien estos intercambios de una sola medida podrían interpretarse como argumentos en contra del carácter de diálogo de la actividad de apoyo y correctora, e incluso como argumento en contra del término de intercambio en sí, creo que esto no sería prudente. El acto aislado representa aquí al intercambio completo; ése es su significado. Si no resultara evidente para ambas partes que la réplica puede darse por hecha, entonces es probable que no se utilizaran estas ceremonias de una sola medida.

4. Como ya se ha sugerido, a menudo ocurre en situaciones sociales que cuando ocurre una infracción virtual entre dos partes ambas adopten simultáneamente el papel de infractor y ofrezcan simultáneamente alivio. Las ventajas de superar rápidamente el incidente pueden superar a todas las cuestiones más estrictas de la justicia. Ello puede, como se ha sugerido, llevar a una secuencia múltiple de «Usted primero», pero por lo general una sola declaración de una de las partes se ve interpretada por ambas como suficiente; de hecho, el seguir rápidamente adelante puede verse alentado más por la situación ligeramente embarazosa de hacer frente a la adopción de dos primeras medidas para el mismo intercambio, en lugar de una primera medida y una segunda.

5. Ya se ha aducido que en todos los rituales correctores intervienen dos cuestiones: la infracción en sí y el carácter mantenido por los participantes como personas que organizan correctamente el sistema de sanción. Naturalmente, esto expone a los participantes a «choques», esto es, a enfrentamientos directos⁴⁰. Al negarse ostentosamente a corregir o a dar alivio, un individuo puede a veces forzar al otro a adoptar medidas graves o marcharse abiertamente

⁴⁰ Los choques se estudian en «Where the Action Is», en *Interaction Ritual*, op. cit., págs. 239 y ss.

de un encuentro, enfadado. Esta posibilidad dislocadora es endémica de la organización ritual de encuentros, y está creada por el mismo marco de referencia cuyo objetivo parece ser proteger las reuniones de esa discordia. Pero quizá en este caso lleguemos a los límites del comentario de las transformaciones a que está sometido el ciclo corrector básico.

6. Entre los intercambios que terminan pacíficamente y los que desembocan directamente en choques existe una posibilidad intermedia que se debe estudiar. Cuando un individuo se encuentra con que otros se conducen de forma ofensiva en sus relaciones actuales con él (sea porque no se ha realizado la labor ritual, o ésta es insuficiente, o excesiva) puede esperar hasta que hayan cerrado el intercambio con él y se hayan marchado del encuentro y *entonces* puede expresar lo que «de verdad» opina de ellos. En este caso dispone de varias posibilidades. Puede emplear una glosa corporal, interponiendo su indignación a la redonda para que la vean todos salvo los infractores, y quizá añadir *sotto voce* su queja, con lo cual ilustra el diseño estructural de lo que se califica de «murmillos»; puede volverse a un miembro de su encuentro o de su compañía y soltar una serie de expresiones orientadas; puede iniciar una jugada cruzada, e introducir a un mero testigo con el fin de compartir la expresión. Cualquiera sea su elección entre estas orientaciones de la expresión, en este caso el individuo emplea un mecanismo fundamental de adaptación. Aunque renuncia abiertamente a la posibilidad de recibir lo que considera la acción correctora apropiada de los infractores (y, en cierto sentido, renuncia también a ellos), sin embargo comunica a otros en torno a él que sigue considerando inaceptable la conducta de los infractores. Inicia lo que cabría calificar de «reacción retardada», queja comunicada colusivamente en virtud del hecho de que sus blancos están a punto de salir del terreno⁴¹. Debe añadirse

⁴¹ El ejemplo central en la sociedad angloestadounidense, que practican sobre todo los niños, consiste en sacar la lengua o llevarse el pulgar a la nariz cuando alguien cuya autoridad se ha tenido que aceptar se aparta del encuentro en el que se expresó esa autoridad. Creo que esos dos actos convencionalizados no sólo ofrecen a los niños un mecanismo con el que expresar sus sentimientos contra las autoridades, sino también, y quizá sobre todo, una oportunidad de practicar lo que será una circunstancia de actividad social que durará toda la vida: una división ecológica entre lo que cabe apreciar de uno mismo y por ende debe incorporar determinadas normas de corrección, respeto, etc., y lo que está protegido, y por ende es libre. Podría añadir que, en los tiempos modernos, el automóvil ha introducido una disposición admirablemente ideada para la reacción retardada. Si un automovilista tiene las ventanillas subidas y las puertas cerradas, puede participar en todo tipo de choques, expresarse vociferantemente con sus pasajeros y sin embargo, de hecho, estar fuera del alcance del

que la decisión del momento en que se adoptan estas medidas rituales no se encamina tanto a impedir que sus blancos descubran la posición que se está adoptando a su respecto como a dar a esos blancos el derecho y el deber de actuar como si estuvieran fuera de su alcance. Obsérvese que tanto si el individuo da la impresión ante todo el mundo de que acepta el trato que se le ha infligido como si responde con un choque, o inicia una reacción retardada, lo que advertimos son actitudes que se toman, no sentimientos que necesariamente se tengan. Un individuo puede considerar estratégicamente aconsejable escenificar un choque aunque sus sentimientos no hayan sufrido una gran provocación; puede tener una reacción retardada porque se siente obligado a ello; desde luego, puede dar la impresión de que el intercambio ha transcurrido de modo satisfactorio, aunque por dentro esté furioso por lo que ha tenido que soportar.

Las reacciones retardadas expansivas y dramáticas no son muy frecuentes, pero esto no debe cegarnos al hecho de que esas reacciones, breves y menores que no entrañan sino un gesto expresivo comunicado colusivamente a los testigos, son una forma constante de la actividad pública:

Compradora en una tiendecita italiana de ultramarinos. Levanta un pimiento verde en una mano y se dirige al propietario.

Compradora: —¿Cuánto son los pimientos?

Propietario: —Setenta y cinco centavos la libra. (Le da la espalda.)

La compradora deja a un lado el pimiento verde, hace una breve mueca de desaliento y, como está sola, busca la mirada de dos compradores que no están en compañía con ella y expresa con un gesto que el propietario debe tener ideas optimistas si piensa que puede vender los pimientos. La devolución del pimiento se ha convertido ya en algo que está perfectamente dispuesta a hacer sin que le dé ninguna vergüenza.

Merece la pena repetir de qué se trata: cuando un individuo se encuentra en un lugar público no está simplemente desplazándose de un punto a otro en silencio y resolviendo mecánicamente problemas de circulación; también se está ocupando constantemente de mantener una posición viable en relación con lo que ha llegado a ocurrir en torno a él, e iniciará intercambios gestuales con otros, conocidos y desconocidos, a fin de establecer cuál es esa posición.

enemigo que tiene ante sí. Otra ocasión muy frecuente de reacciones retardadas, ya mencionada, ocurre en el momento en que una compañía pasa al lado de un importuno callejero.

En un lugar público, el individuo parece ser indiferente a los desconocidos que están presentes; pero de hecho está lo bastante orientado a ellos de modo que, entre otras cosas, si advierte la necesidad de realizar rituales correctores, puede transformar a los desconocidos que lo rodean en un público que reciba su espectáculo.

7. Al describir el ciclo corrector básico, se daba por supuesto que, en general, el infractor virtual adopta la primera medida, esto es, ofrece una corrección. Ahora bien, debe sugerirse que el ciclo ordinario puede ir a veces prefaciado por una medida de «cebo». Cuando un reivindicador o su víctima ven que no se produce la labor correctora prevista, puede actuar para señalar a la atención del otro la labor que ha de realizarse. La pregunta o «desafío interrogante» que se comunica así no es totalmente una primera medida por derecho propio, porque la reacción que busca es que la parte que debería haber tomado la primera medida haga un esfuerzo de ese tipo⁴². El decir «¿Quiere usted ver mi periódico?», después de que a uno le han quitado el periódico, no es una solicitud de información, sino una última oportunidad para que quien lo ha cogido arregle las cosas y haga ahora rápidamente lo que debería haber hecho antes de tomarse libertades.

Aparentemente, las acciones de cebar pueden ocurrir en todos los puntos del ciclo corrector básico, y las puede realizar cualquiera de las partes. Cuando, en el curso ordinario de los acontecimientos, un infractor virtual ofrece una corrección, el receptor puede titubear en cuanto a ofrecer el alivio, o incluso poner suavemente en tela de juicio la suficiencia de lo que se le ha ofrecido, y al hacerlo obligar a repetir la corrección⁴³. Análogamente, al ofrecer alivio con tono

⁴² El emitir un desafío puede establecer la situación de modo que el *desafiante* puede aceptar la derrota. Así, en un estudio inédito (1969), Roberta Kass sugiere que cuando unos individuos maniobran para lograr la prioridad en la subida a un autobús, es probable que quien se queja a otro de la conducta de ese otro y recibe excusas en respuesta a su acción de cebo se sienta obligado a ceder el paso sin dificultades al infractor. Análogamente, cuando el propio infractor inicia las excusas equivale a aceptar su precedencia. Cabría añadir que, al perder su puesto, es posible que el perdedor adquiera derecho a una compensación ritual, no sólo para que las cuentas queden equilibradas, sino también para que no se interprete la forma en que se han aprovechado de él como lo que se le puede hacer siempre. En correspondencia, cuando se avanza un puesto, el que lo avanza puede ofrecer excusas, no sólo como recompensa, sino también como medio de aplacar la sensación de que quizá siempre vaya a exigir más de lo que merece.

⁴³ La inducción de una repetición correctora es una agresión menor generalmente disponible que no parecen haberse tomado en serio más que los negros de las ciudades y de clase baja. Cuando un infractor virtual efectúa su pequeño baile de desafiliación del acto que acaba de realizar, el testigo mira directamente a los ojos al bailarín y controla toda su expresión facial. Por lo general,

irónico, quien lo ofrece puede recordar al infractor que debería haber ofrecido una corrección, o puede informarle de que la ofrecida no ha sido del todo suficiente. Existen también minimizaciones ofrecidas irónicamente que inducen a una medida de agradecimiento que se había omitido (en estos casos volvemos a ver que el ambiente dentro del cual un gesto muy menor puede adoptar un significado claro y firme es el que generan las medidas anteriores en una secuencia ritual).

Obsérvese que la adopción de una medida de cebo abre inmediatamente la posibilidad de que, en lugar de que este acto induzca a que ocurra o vuelva a ocurrir el ciclo corrector normal, pueda producirse un choque, pues el receptor adopta la actitud de que se le está exigiendo demasiado. Por eso, las medidas de cebo tienden a adoptar diversos disfraces. Así, en lugar de un desafío directo, es probable que nos encontremos con mecanismos como la «pregunta cargada»: si quien la hace recibe la respuesta prevista, se hallará en posición clara de desafiar a quien responde, pero al mismo tiempo deja un poco de margen para una respuesta no prevista que podría ser una explicación suficiente de la infracción aparente, e incluso demostrar que es quien pregunta el que estaba equivocado. También son corrientes las declaraciones corporales del tipo cuya implicación se puede negar, si es necesario:

A la hora de comer en una cafetería muy llena, un hombre lleva su bandeja a una mesa para cuatro personas en la que hay platos sucios, aparentemente en la suposición de que la mesa no «es» de nadie. Deja sitio para sus

la consecuencia es que quien pide perdón vuelve a pedirlo y se sienta incómodo.

A, al ver que el ascensor de un hotel está a punto de cerrarse, se echa a correr para alcanzarlo y logra meterse justo antes de que se cierren las puertas. Mira a un pasajero que ya estaba dentro e inicia la siguiente actuación:

A (menea la cabeza como para comentar los peligros de la vida en la ciudad).

B (no hace ninguna señal, se limita a mirar a A).

A: —La verdad es que en estos sitios te puedes partir un brazo.

B (sigue sin sonreír).

A: —Hay veces que se me ha cerrado en las narices.

B (sonríe un poco y menea la cabeza en señal de solidaridad).

Tom Wolfe tiene una versión:

Entonces Chaser decía:

—Cuando llegamos, quiero que salgáis, os quedéis mirando al tío y no digáis nada. Lo miráis y nada más. Diga lo que diga. Va a intentar que lleguéis a un acuerdo con él. Os va a decir: «¿No es verdad?», y «Me comprendéis?» Y lo que quiere es que digáis sí, o que asintáis con la cabeza... ya sabéis... esa es su mierda psicológica. Pero vosotros no decís nada. Os lo quedáis mirando... entendedéis...

Tom Wolfe, *Radical Chic and Mau-Mauing the Flak Catchers* (Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, Inc., 1970), págs. 101 y 102.

propios platos, los saca de la bandeja y se sienta. En este momento llegan dos muchachos que llevan tazas de café y postres:

Muchachos: (Se ponen directamente frente a la mesa, ambos se inclinan algo y, con los platos en la mano, miran a los ojos al hombre, como para darle la posibilidad de adoptar la primera medida.)

Hombre: (Recoge los platos, los pone en la bandeja, se levanta y dice)
—Perdón, creí que no había nadie aquí.

Muchachos: —Perdón, es nuestra mesa. (Se sientan.)

Cabría añadir que en el proceso por el que los niños adquieren la competencia ritual —que quizá sea la socialización más fundamental de todas, pues en ella aprenden el carácter que tendrán como actores— los cebos se preparan de forma abierta, sin el revestimiento de la ironía ni del sarcasmo ni la formulación de preguntas, y en relación con todo el ciclo corrector. Si un niño no completa bien el ciclo corrector ello puede llevar a que se detengan las cosas, junto con la introducción por un adulto de una frase como «¿Qué has dicho?». Así a los niños se les obliga constantemente a repetir sus actos en virtud de exigencias correctoras. La socialización en el sistema militar y en otros sistemas omnímodos de ese tipo en la post-adolescencia también se basa en unos cebos explícitos.

8. La labor correctora suele originar un «reciclaje». El rechazo explicado de una solicitud puede llevar a mimos, carantoñas, «anda, por favor», a segundos y terceros intentos hasta que se accede a lo pedido o esto parece ya totalmente inalcanzable⁴⁴. El dar alivio también puede llevar a reciclajes, porque el receptor (el infractor inicial) repita su corrección una o dos veces a fin de asegurarse de que el alivio se ofrece sin reservas. Y, naturalmente, la medida de agradecimiento también puede repetirse a fin de establecer la gratitud con más seguridad. Cualquier parte de esta actividad de reciclaje puede convertirse en algo convencionalizado y previsto, pero sin embargo la posibilidad de realizar la labor ritual de este tipo aumenta la flexibilidad del proceso normal.

9. Se ha aducido que una infracción virtual origina la corrección por parte del infractor y el alivio por parte del virtualmente ofendido, y que cuando se ha llevado a cabo esto a plena satisfacción

⁴⁴ Muchas veces parece que los implorantes intervienen en un tipo especial de intercambio. Aceptan que se les interprete como si no tuvieran todo su amor propio, y a cambio no tienen por qué sentirse frenados por el primer no. Nuestro estereotipo es que, si bien puede ser normal que los niños, las mujeres y los negros imploren, los adultos de verdad deben negarse a hacerlo, al colocar su dignidad y su independencia por encima de lo que podría obtenerse por esos medios.

de todos, cabe dejar atrás el incidente potencial y los participantes, juntos o por separado, pueden seguir con lo que estaban haciendo. Durante los contactos incidentales en lugares públicos entre individuos desconocidos, estos intercambios correctores pueden agotar totalmente el encuentro que los contiene. En los desplazamientos prolongados de las compañías que van de un lugar a otro, los intercambios correctores pueden entrañar únicamente breves distracciones de las conversaciones en marcha.

Ahora debemos entender que esta perspectiva nos permita ocuparnos de los rituales de apoyo además de los correctores. Si hay dos individuos obligados a hacerse mutuamente exhibiciones directas de una preocupación ritual de apoyo, la entrada de cada uno de ellos en la presencia inmediata del otro establece condiciones tales que si no se realiza una labor de apoyo, se realizará una infracción virtual, que requiere corrección.

Así, cuando alguien se olvida del nombre o la cara de otro, se sigue una pequeña serie de actos de petición de perdón, de modo muy parecido a si se hubiera producido una infracción. En resumen, los saludos se pueden analizar como una corrección de lo que, en otro caso, se convertiría en infracción. Lo mismo cabe decir de un ofrecimiento. Si el contexto es tal que la omisión de un ofrecimiento determinado comunica una falta de consideración, entonces el hacer el ofrecimiento funciona como una corrección que se debe agradecer. Lo mismo cabe decir de las conmiseraciones, los cumplidos y otros elementos de la clase de los rituales de ratificación. O sea, que en general la presunción del apoyo crea circunstancias muy parecidas a las que crea la presunción del mantenimiento de las distancias. Los intercambios correctores corrigen el *no haberse abstenido* de hacer determinadas cosas, y los intercambios de apoyo —de hecho— corrigen el *haberse abstenido* de hacer determinadas cosas; los primeros corrigen las infracciones de incursión, los segundos los olvidos.

Cabe aducir otro argumento acerca de las relaciones y los paralelismos entre los rituales de apoyo y los correctores. Como ya se ha sugerido, cuando se formula una solicitud es probable que el receptor que está a punto de rechazarla responda con una negativa explicada, con lo que da al peticionario un alivio ritual, aunque esto sea lo único que obtenga como respuesta. De lo que se trata aquí es de que si un individuo inicia un ofrecimiento sin que el receptor haya formulado efectivamente una solicitud, y el receptor opta por rechazar el ofrecimiento, entonces este último se halla en situación de demostrar que los favores del donante se consideran en poco o se ofrecen incorrectamente. Generalmente, el receptor evita esto al dar

una explicación de por qué rechaza la invitación y agradecer que se le haya formulado. Resulta interesante que un rechazo explicado pueda ir seguido de una minimización como «Quizá la próxima vez», o «Ya tendremos otra ocasión». En todo caso, cabe apreciar un claro paralelismo entre la negación explicada requerida por una solicitud rechazada y el rechazo explicado requerido por una oferta rechazada; cada uno de ellos sirve para controlar la infracción virtual, y en cada caso se trata de una infracción de segundo orden que no corresponde a una infracción virtual inicial, sino a la infracción que puede originar la forma en que se organiza la labor de apoyo y la ritual. Cabría añadir que, al igual que el ritual corrector, el ritual de apoyo se puede reciclar; cuando se rechaza un ofrecimiento, no sólo se puede repetir éste, sino que en algunas circunstancias estará entendido que no se debe aceptar el ofrecimiento salvo que se repita⁴⁵.

10. O sea, que los rituales de apoyo llevan a situaciones que se pueden entender en función de la forma de la corrección. Esto debe entenderse como un ejemplo más de una regla mucho más general, esto es, que la actitud que adopta un individuo determinado ante otros es probable que tenga para él alguna función defensiva, que le permite una interpretación que le concede una posición defendible frente a las malas interpretaciones que se podrían hacer. Como esto es lo que ocurre por lo general, ocurrirá en general que quienes presencian lo que hace el individuo estén en la obligación de darle seguridades de algún tipo de que se ha recibido su mensaje y se ha reconocido la viabilidad de su conducta.

Un ejemplo de esta dependencia de la réplica se halla en los casos ya citados de la glosa de exageración: el pequeño espectáculo

⁴⁵ El que tiene lo que necesitan otros y no se lo da aparece como persona poco solidaria, doblegada y limitada por sus posesiones, poseído por sus posesiones. Por ello debe por fuerza hacer un ofrecimiento. Pero la misma necesidad tiene de que su ofrecimiento se le rechace, para que sus bienes no disminuyan como consecuencia de ingresar en la compañía de otros. Afortunadamente, quienes reciben un primer ofrecimiento tienen sus motivos para rechazarlo. Una aceptación rápida podría demostrar una falta de interés por la situación del donante, y revelar que los receptores estaban demasiado regidos por sus necesidades, deseos y pasiones. Los reofrecimientos, cuando se producen, permitirán a sus receptores mantener su carácter y además volverse a llenar el plato. Así, el donante y el receptor conspiran para vaciar la primera oferta, ritualizando un ritual. Obsérvese que si los yos no estuvieran contruidos así —contruidos de forma que cada hombre mantiene que le gusta lo que tiene y desea poco los bienes de su prójimo— la vida pública se dislocaría, pues quien más tiene no se podría permitir la compañía próxima de quienes tienen menos. Toda la educación en las relaciones sociales desaparecería ante el clamor de los implorantes.

que montan los individuos cuando se hacen con un exceso de celo burlón de una silla que acaba de quedar libre o hacen de forma nada seria como que se lanzan a una carrera para evitar retrasarse un poco en la cola de una taquilla. Estas divisiones momentáneas del yo hacen que el actor necesite una confirmación de la eficacia de su maniobra. Por ello, normalmente los desconocidos le dan una réplica, que muchas veces consiste en una pequeña mueca de simpatía, esto es, una sonrisa que a veces va acompañada de una pequeña sacudida de la cabeza⁴⁶. Permítaseme repetir que, si bien estos pe-

⁴⁶ Creo que las sonrisas tienen funciones importantes en el orden público y deben examinarse en función del hueco en que se producen en la corriente constante de la secuencia del comportamiento. Las sonrisas actúan de «gracias» y de «de nadas» silenciosas. Las sonrisas permiten al individuo anunciar que no hay enfrentamiento, antes incluso de descubrir en qué podría consistir el enfrentamiento. Cuando un individuo se encuentra en los confines estrechos de un ascensor, un pasillo o una fiesta con que la mirada de un desconocido se cruza con la suya puede tratar de demostrar su cortesía al permitir una sonrisa fugaz, como para manifestar que reconoce la situación social de ambos, pero sin llegar a tanto como un reconocimiento social en toda regla.

Las sonrisas también deben examinarse en función de su papel como marcas de transposición, esto es, como mecanismos para enmarcar un período de tiempo y de actividad como algo a lo que se debe dar una sola interpretación. Cuando un jugador de tenis devuelve una pelota a una cancha de al lado, de donde se la han pedido, puede agregar una sonrisa al período durante el cual se sale de su propia partida y se ocupa de ayudar a los de la otra cancha, lo que sirve tanto para señalar un tiempo muerto en su propia cancha como para superar toda tendencia del receptor a utilizar su cortesía como cuña para iniciar una conversación. Cuando un individuo adelante a un padre o una madre con un niño, mantiene la sonrisa, para sugerir que como miembro de la liga de amantes de los niños, se puede confiar plenamente en él y, además, que esté haciendo el niño lo que esté haciendo en ese momento, y el padre o la madre para controlarlo, se entiende que estos últimos están haciendo bien su trabajo. Cuando una camarera se acerca a una mesa recién ocupada puede mantener en la cara una sonrisa fija mientras la limpia con un trapo y pone en ella el número correspondiente de vasos de agua, y esta sonrisa sirve para neutralizar la pequeña invasión territorial que entraña esta labor, además de aplazar el que se le pida la comida hasta que haya terminado esa labor. Cuando unos padres se van de casa toda una tarde, con objeto de que su hijo adulto y su nuera puedan organizar una fiesta en un sitio lo bastante grande, y al volver a casa se encuentran con que sigue en marcha la reunión social, pueden dirigirse a la cocina, después volver al comedor a tomar algo de lo que había en la fiesta y luego irse al piso de arriba, a la cama, y todo el tiempo mantienen una sonrisa que indica maravillosamente que no hay enfrentamiento, tienen ustedes perfecto derecho a estar aquí. Análogamente, una mujer puede sostener una sonrisa de paciencia divertida durante todo el período durante el que su marido, que está a su lado, flirtea con otra mujer, y esa sonrisa proclama que no deben tomarse en serio los actos de él. De hecho, en caso de duda, lo mejor es sonreír.

No cabe duda de que un bebé es el tipo de actor que puede romper en sonrisas espontáneamente, y no cabe duda de que en este caso hay un modelo

queños actos de solidaridad parecen carecer de significado, no es así, pues al hacer uno de esos actos quien lo hace renuncia a la posibilidad de explotar la posición en que se halla de mantener al iniciador en la duda, atrapado en la posibilidad de que lo que ha proyectado como un pequeño acto se interprete como una actuación imposible o, lo que es todavía peor, como algo que no es en absoluto una actuación.

O sea, que cuando el individuo se divide en dos, pasa a sentir una gran necesidad de que los demás le demuestren que esa disociación se percibe y se acepta tal como él la define. Ahora debemos pasar a entender que esta dependencia de una respuesta también se halla cuando el individuo interpreta sólo su propio papel. Pues toda configuración de elementos con las que se le pueda relacionar estrechamente conlleva un peor significado posible que podría servir para darle a él connotaciones desfavorables. Por eso debe él ofrecer constantemente correcciones y sus testigos ofrecer alivio.

Así, el ciclo corrector estará presente como influencia organizadora en lo que los participantes interpretan como una charla insustancial. Veamos, por ejemplo, dos formas básicas de conversación. Una de ellas es el pareado pregunta-respuesta, el intercambio interrogativo. Una persona hace una pregunta relativa a un dato o una opinión, una segunda persona da la respuesta. Si suponemos que cuando se hace la pregunta (especialmente entre no familiares) quien la hace se expone a las peores interpretaciones posibles, a la comisión de una infracción virtual (en este caso la de que no merece que se le hable, que nadie le ha pedido que hable, y que su pregunta es tonta y presuntuosa), entonces podemos ver que toda respuesta más o menos directa, por correcta que sea, por mecánica, por vaga, por incompleta o por desviada del asunto que sea, puede dar alivio y dejar tranquilo a quien ha hecho la pregunta. Una vez que quien hace una pregunta crea un hueco para la respuesta, estará dispuesto a entender un encogimiento de hombros que dura unos microsegundos hecho a tiempo como relleno de ese hueco. Pues si bien quien ha hecho la pregunta tendrá un interés variable por obtener la información que ha pedido, tendrá, aparte de eso, un interés constante

fisiológico-psicológico que encaja perfectamente. Pero cabe aducir que los adultos no irrumpen en nada; ocupan posiciones en situaciones y utilizan su equipo animal para señalar el período, por largo que sea éste, al cual se pretende aplicar su expresión. Todo el mundo tiene pequeñas sonrisas durante todo el día, pero nunca pensamos en estudiarlas sintácticamente. Hay comentarios etológicos sugerentes sobre las sonrisas y parecidos «gestos de apaciguamiento» en Konrad Lorenz, *On Aggression* (Londres, Methuen, 1966; Nueva York, Bantam Books, Inc., 1967), págs. 171-173.

por lograr que se le acepte el hacer la pregunta. Después de todo, una pregunta es una forma de solicitud —una solicitud de información—, una medida a la que se puede responder de forma tan satisfactoria con una negativa explicada de información como con todos los datos del caso. Por lo menos, así parece ocurrir en nuestra propia sociedad ⁴⁷.

Un segundo pareado básico que se halla en la conversación ordinaria es el intercambio de declaraciones. El primer orador propone un argumento, enuncia una opinión, establece una moraleja, pronuncia un pequeño editorial, piensa en voz alta, expresa sus sentimientos, etc., todo ello a guisa de decir algo que debería tener una cierta pertinencia, e incluso validez para todos los que le pueden escuchar; el segundo orador, a cambio da una respuesta afirmativa en el momento adecuado de la conversación —un gruñido, un asentimiento con la cabeza, un acuerdo verbal, un contra-argumento— que confirma la reivindicación del primer orador de ser el tipo de persona que tiene derecho a expresar opiniones y a la que merece la pena escuchar cuando lo hace. Después de todo, el hacer una declaración no es más que establecer una línea que podría no ser viable y, por ende, compromete al declarante a obtener el apoyo de sus oyentes, un apoyo que no se dirige tanto a lo que dice como a que tiene derecho a decirlo.

O sea, que las preguntas y las declaraciones pueden entenderse como una reivindicación de un tipo de status social, y las respuestas se examinarán para ver si afirman, y generalmente se organizarán para afirmar, que esta reivindicación no es presuntuosa. Una vez más vemos que, por lo que respecta a la labor ritual necesaria, la línea que separa algunos intercambios de apoyo y otros correctores puede ser tan sutil como para negar la necesidad de trazarla.

11. Se adopta, pues, la actitud de que el individuo actúa constantemente con el objeto de proporcionar información de que tiene buen carácter y una competencia razonable. Cuando, por el motivo que sea, su entorno deja de transmitir esta información acerca de él, es probable que se sienta obligado a actuar para controlar la impresión no deseada de sí mismo que pueda haber causado. Aquí es donde puede hallarse otra variación sobre el tema corrector: la pre-ocupación de otros por el infractor puede llevarlos a interceder por

⁴⁷ Resultaría fácil interpretar esos mecanismos de organización como requisitos previos a la interacción de conversación en cualquier sociedad, pero no debe hacerse. Aparentemente, son posibles otros tipos de organización de la conversación, como ha sugerido, por ejemplo, en relación con la interacción en las Antillas, Carl Reisman en una monografía de próxima publicación, «Con-
trapuntal Conversations in an Antiguan Village».

él antes de que lo haga él mismo. Le ofrecen una línea que seguir. Toman una medida preventiva. Entonces se le pone en situación de dar una respuesta que comunique que lo hecho por quienes le quieren bien no es presuntuoso, y que además corresponde a la realidad. Así brinda el alivio de la corrección que se ha ofrecido por su propia infracción. Obsérvese que las infracciones respecto de las que se requieren estas demostraciones de tacto pueden ser del género más ínfimo: meramente una sugerencia de que el actor se ha presentado bajo una luz posiblemente embarazosa:

En la cola de la caja de salida de un supermercado han empezado a acumularse los carritos. Tras descargar sus compras en el mostrador, un hombre se encuentra con que no tiene dónde dejar su carrito. Se sale de la cola y lo pone en otra parte, entre dos cajas registradoras. Pero, para ello, tiene que juntar otros dos, y acaba por sacar a cuatro de la zona congestionada. En consecuencia se aparta de su propio rumbo de actividad y se mete considerablemente en una tarea que podría interpretarse como ajena al papel que le corresponde. Cuando vuelve a ocupar su puesto en la cola, una mujer gorda, negra, de clase trabajadora, a la que no conoce, inicia el siguiente intercambio:

Ella: —Buen trabajo.

El: —Si no lo hacemos nosotros no lo hace nadie.

Ella: —Es verdad.

12. Es posible que las medidas preventivas de apoyo no las adopte sólo el ofendido en pro del infractor, sino que también la adoptan terceros, y cuando ocurre esto podemos ver una vez más lo profunda que es la forma de la corrección:

Mujer de media edad en una cafetería abarrotada del centro a la hora de comer. Se roza con un muchacho de veintitantos años cuando saca ella los cubiertos de la bandeja camino de la cola. El dice: «Perdón.» Ella, en lugar de actuar lo mismo, sigue adelante, sin reconocerlo, sino murmurándose a sí misma «Desde luego, hay una gente...». El se la queda mirando sin expresión, aparentemente dispuesto a dejar las cosas así. Otro hombre que está al lado, que no conoce a la víctima pero ha visto el incidente, le dice: «Vaya educación, ¿eh?» El primero, rabioso: «Y tanto.»

De lo que se trata es de que cuando una parte ofendida no responde con un desafío interrogante ni con una reacción retardada, ello no significa forzosamente que por uno u otro motivo deje de ser aplicable la fórmula correctora. Incluso cuando la víctima opta por no hacer nada, sigue siendo probable que se haya abierto al entendimiento de que se la ha ofendido; debido a ello los terceros que no se conocen mutuamente y que inician una observación de apoyo pueden estar seguros de que la víctima comprenderá solida-

riamente que están teniendo su reacción retardada por él. La infracción virtual, más que difundir perjuicios, difunde interpretabilidad, y esto totalmente, al hacer que todos los actos siguientes en las proximidades del lugar estén sujetos a una interpretación que cabe prever harán todos los presentes, y que quizá incluso expresen éstos.

Cuando el individuo comete una infracción, pero no está presente para corregir por sí mismo las cosas, entonces es evidente que habrá que confiar en que sean otros quienes presenten excusas si éstas son necesarias; menos evidente es que estos otros pueden encontrarse implicados en un ritual corrector porque parece que ésta es la única forma natural de comportarse. Cuando A hace una llamada de negocios a B, que debería estar al otro lado para responder, pero no está (o se presenta personalmente en el puesto de B cuando debería haber estado allí, pero no está), y es C quien debe responder a la pregunta, será muy difícil que B responda a A sin transformar su réplica, aunque sólo sea de forma paralingüística, en una medida ritual, sea para demostrar un apoyo solidario ante la frustración con que se enfrenta A o, mediante el uso de un tono leve y ligeramente conspiratorial, para orientar a A a dejar provisionalmente de lado el marco serio del mundo del trabajo y, por consiguiente, el aparente alejamiento de B en ese mundo.

13. Al sugerir que el ritual corrector se emplea en relación con todo, desde las grandes infracciones hasta las minúsculas, y que sus fórmulas pueden aplicarse en una diversidad de transformaciones, estoy sugiriendo que el ritual interpersonal es un poderoso mecanismo de ordenación de los acontecimientos para adaptarse a ellos. De hecho, la justificación del enfoque formalista de la actividad social, que se ocupa de los encuentros como comparables sin tener en cuenta las diferencias de contenido, se halla parcialmente en el efecto organizador del ritual. También se ha mencionado una debilidad de este compromiso con el ritual interpersonal: la posibilidad de que el uso deliberado de las ofensas o la escalación de reacciones justamente indignadas pueda llevar a choques. Ahora mencionaremos brevemente una segunda debilidad inherente en la organización ritual.

Parece ser un rasgo fundamental del ritual corrector que éste establece una forma obligatoria de hacer frente a las desviaciones que ocurren una sola vez de las reglas ordinarias, medio de mantener entendimientos rutinarios frente a infracciones no deliberadas. Las explicaciones, las peticiones de perdón y las solicitudes constituyen un esfuerzo por parte del infractor virtual de demostrar que lo que busca no es una transformación de la parte de derechos que le corresponde, sino más bien una sola excepción respecto de unas restricciones y unas normas que está dispuesto a seguir aceptando. Y lo

que se pide al virtualmente ofendido es una generosidad de ánimo, una flexibilidad, una disposición a tratar algo que, de otro modo, es insoportable como si fuese algo fuera de contexto, pues se parte del supuesto de que se pide a la víctima que acepte una sola excepción, no una reducción permanente de sus derechos. Por lo tanto, una vez llevado a cabo un intercambio corrector, quien ha formulado la corrección tiene una expectativa profundamente imbuida de que las cosas acabarán ahí. De hecho, el que vayan a acabar ahí es lo que constituye la base para permitir ese final concreto.

Sin embargo, claro que pueden surgir circunstancias en que un infractor virtual que acabe de ofrecer una corrección y acabe de recibir un alivio vuelve a crear inmediatamente por casualidad exactamente la misma infracción que afecta a la misma víctima. Y esto puede ocurrir una tercera vez y, en algunos casos especiales, una cuarta. Entonces es cuando los dos se encuentran con que no se dispone verdaderamente de una labor ritual para hacer frente y adaptarse rutinariamente a lo que ha ocurrido. No se pueden ofrecer explicaciones, pedir perdón ni formular solicitudes, o por lo menos no se puede hacer con gracia ni amabilidad; después de todo, la labor correctora tiene por objetivo demostrar que quien pide indulgencia comprende ya muy bien qué fue lo que produjo la necesidad de indulgencia en primer lugar, pero esa persona es exactamente lo que el infractor demuestra que no es por el hecho de repetir su infracción. La víctima se encuentra con que ahora se vuelve a pedir lo que ya ha dado por creer que su donación sería excepcional (algo parecido se encuentra en relación con las despedidas «fallidas», las que se hacen en previsión de una marcha que luego no se produce). Aquí es donde nos encontramos con la probabilidad de que la paciencia y la buena voluntad de la víctima resulten escasas y esporádicas, pues no existe una pauta en este nexo estructural determinado que establezca un molde de reacción de adaptación; y aquí es donde el embarazo del infractor resulta en sí embarazoso, pues ya ha realizado la labor que se permitía y no puede volver a servir con eficacia. Esta desorganización se halla incluso en relación con la gestión de lo que debe ser nuestra «infracción repetida» más frecuente: la de equivocarse varias veces seguidas de número de teléfono.

Al igual que la gestión correctora ritual se puede aplicar eficazmente a las infracciones considerables igual de bien que a las minúsculas, también en este caso parece que la buena voluntad de la víctima puede desaparecer rápidamente tanto frente a las infracciones minúsculas como ante las graves; por diminuto que sea el favor que se le pide, puede ser demasiado. Y así, cuando evaluamos en

relación con cualquier grupo determinado la capacidad de su ritual corrector, no debemos considerar sólo la gama de acontecimientos que ocurren una sola vez que se pueden organizar para adaptarse a ellos, sino también cuánta necesidad de perdón total, si es que queda, se puede hallar para cuando se repite la infracción.

VII. Superposiciones

La comisión de infracciones virtuales y el consiguiente ofrecimiento de correcciones y alivio dan un modelo muy próximo de algunas interacciones. Las transformaciones a que está sometida la secuencia correctora básica dan un modelo de todavía más comportamientos. Ahora debemos examinar otra extensión de la secuencia correctora como determinante del comportamiento. Pero ahora las cosas se complican considerablemente.

Sea lo que pase con el ritual dirigido a entidades sobrenaturales, el ritual secular interpersonal es cualquier cosa menos monolítico. Parece que cuando se pasa a disponer de fórmulas bien entendidas para su uso fácil entre individuos, se establecen las condiciones para modificar levemente las reacciones fijas, de modo que se pueden manejar más estratos de significación. Mediante modificaciones menores juiciosas en cuanto a momento y tono, acento y gesto, es posible realizar superposiciones, es decir, interponer significados tácticos que deben entenderse como contenidos en otros significados. Igual que una medida crea un hueco para una medida de réplica, e igual que este hueco hace que todos los participantes en la interacción discriminen mucho por lo que respecta a los acontecimientos menores que ocurren en ese momento y en ese lugar, así también las réplicas que generalmente se formulan para llenar un hueco establecen una base —un marco virtual— las variaciones respecto de la cual resultan muy visibles. El resultado es algo que es muy difícil reducir a un modelo, aunque, evidentemente, no cabe duda de que la competencia para emplear e interpretar esas superposiciones es tan normal, como consecuencia de la socialización ordinaria, como la capacidad para hacer las cosas del modo habitual. Aparentemente, estos significados superpuestos están casi tan convencionalizados como los que les sirven de vehículo.

Todo ello estaba implícito en el estudio de las variaciones del ciclo corrector básico, especialmente en el comentario sobre las medidas de cebo y su recurso a la ironía. Ahora no deseo más que examinar algunos intercambios seleccionados con objeto de que podamos estudiar explícitamente las superposiciones.

Por ejemplo, las condiciones que establecen la adecuación de una medida de agradecimiento establecen la base para una multitud de superposiciones. Una mujer que ve que le abren una puerta puede actuar del modo habitual y responder a ese gesto con un «Gracias». Si la puerta no se le abre, está en situación de utilizar la secuencia virtual como base para el sarcasmo con un gracias dicho en el momento que generalmente sería el adecuado, con lo cual está amonestando a alguien por no actuar cortésmente. Si la puerta se la abre alguien que debe hacer una pausa considerable en su propio rumbo de acción para abrirla, puede dar, mediante la pronunciación y la entonación de sus gracias, unas dobles gracias, una por el acto tradicional y otra más por el esfuerzo adicional que se ha hecho (análogamente, si un hombre que lleva unos paquetes se encuentra con que una mujer le abre la puerta, lo correcto será que destaque el cambio de papeles al dar las gracias de forma especialmente enfática). Claro que en este caso se produce un paso del acto al actor, de las gracias por un acto a las gracias por la conducta ejemplar del actor. Por último, una mujer que se encuentra con que le abre la puerta alguien que está muy delante de ella puede dar las gracias con un tono de confusión, con lo que una vez más utiliza una base virtual como contraste con lo que de hecho comunica.

Las superposiciones pueden ocurrir de otras formas. Por ejemplo, cuando a un individuo se le pide un favor que considera un tanto excesivo, puede hacer un comentario sobre la oportunidad de lo solicitado, aunque acceda a ello. El acceder a la solicitud establece el ambiente en que la sanción negativa puede administrarse con seguridad:

Un ciudadano en la calle necesita cambio para el parquímetro y entra en un hotel de apartamentos para pedirle a la señora del mostrador que le cambie un dólar:

Señora: (Le da cambio.) —Normalmente no tenemos cambio en el mostrador, pero hoy por casualidad tengo algo para el correo y puedo darle.

Ciudadano: —Es usted *muy* amable⁴⁸.

Análogamente, cuando una solicitud es imperativa y bordea en una orden descarada, el acto de aceptación puede realizarse con un estilo que comunique resentimiento, o por lo menos reservas acerca de la corrección de la exigencia, y se permite este grado de resis-

⁴⁸ Una vez más, vemos en este caso que el agradecimiento normal en el hueco normal para el agradecimiento establece el ambiente virtual para comprender el agradecimiento que efectivamente se siente.

tencia al subordinado porque su obediencia física asegura que no se pone en peligro el control inmediato de la situación por el otro. Así, la superposición también es posible en función de las previsiones habituales de que habrá una atenuación entre la ronda de corrección-alivio y la ronda de agradecimiento-minimización de la secuencia correctora. Al acentuar más su medida de agradecimiento que su medida de corrección, el individuo puede convertir su gratitud en algo especial.

Es evidente, pues, que en toda visión realista y estrecha del funcionamiento de las secuencias correctoras habrá que estudiar las superposiciones conforme a esta base ritual. Debería resultar igual de evidente que pueden superponerse secuencias correctoras en una conversación que parece tener otros fines. Para dar sentido a las concesiones mutuas en la conversación ordinaria hemos de apreciar su laconismo, esto es, la tendencia de los participantes a suponer, y con razón, que las alusiones a cuestiones de las que se tiene una experiencia común servirán efectivamente como referencia completa⁴⁹ (de hecho, una obligación de los oradores es matizar sus referencias de modo que se dependa del máximo común denominador de comprensión compartida por los participantes). Esto debe llevarnos a ver que cualquier comentario neutral expresado en un momento determinado de la interacción puede tener claramente por finalidad que se lo interprete como medida ritual presentada con tacto en el ciclo corrector; análogamente, una medida ritual ostensible puede funcionar como vehículo para una acción ritual completamente distinta. En estos casos, es probable que la reacción que resulte no sea comprensible más que si se supone que efectivamente se está adoptando la medida implícita. Pueden servir de ejemplo dos desafíos interrogantes presentados como solicitudes de información:

Padre: (A una hija que está al teléfono delante de él.) —¿Estás al teléfono?

Hija: —Ay, lo siento. Se me olvidó que quería llamar.

Padre: (A un hijo al que ve entrar en casa con las manos vacías.) —¿Trajiste el periódico?

Hijo: —Trataré de acordarme la próxima vez.

Resulta interesante que esas medidas indirectas se interpreten tan naturalmente en su sentido tácito que puede resultar difícil ver que de hecho se ha establecido una superposición y se ha atendido a ella:

⁴⁹ Una explicación útil de este aspecto es la que da Harold Garfinkel en *Studies in Ethnomethodology* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1967), págs. 38-42.

A: —Veo que vas a vender tu casa.

B: —Nos hemos cansado de cuidar de una casa tan grande. Estamos buscando otra más pequeña.

O:

A: —Cref que me ibas a llamar inmediatamente.

B: Lo siento, no pude encontrar un teléfono.

En estos casos, la declaración de A sirve de cebo para inducir a una explicación; para advertir que, en sentido literal, A introdujera de hecho una medida diferente —una declaración informativa— requiere una atención especial. Así es como se puede tomar el pelo en broma durante una conversación, especialmente entre los jóvenes; el truco más frecuente consiste en reorientar un intercambio mediante la respuesta a un significado literal de una declaración, y no a la medida implícita que todo el mundo comprende intervendría en la declaración⁵⁰:

A: —¿Tienes hora?

B: —Yo sí, ¿y tú?

A: —¿Tienes hora?

B: —¿Tienes ganas? ⁵¹

Y cuando el significado literal de una declaración se dirige *en serio* sin referencia a la medida ritual implicada, es probable que esto se interprete como obstrucción deliberada del rumbo del ciclo corrector, como medida estratégica por derecho propio.

Mujer: —He abollado la aleta del coche al meterlo en el garaje.

Marido: —¿Cómo?

Mujer: (Con un tono y un volumen que se elevan por encima de los del marido.) —Ya me has oído.

Incluso en este caso, en que dos medidas implican literalmente referencia al oído, se entiende que no se trata en absoluto de que no se hable de forma poco clara ni de que se oiga mal⁵².

⁵⁰ Alan Dundes, de la Universidad de California en Berkeley, ha hecho una colección de estas expresiones, y los dos ejemplos están tomados de un artículo sobre su trabajo publicado en el *San Francisco Chronicle* de 9 de mayo de 1966.

⁵¹ Una vez más, obsérvese lo plenamente que uno toma el sentido tácito como único sentido. «¿Tienes hora?» no se interpreta como cosa diferente de «¿Podrías decirme la hora, por favor?», aunque, de hecho, la primera pregunta es más delicada, pues permite fácilmente una negativa explicada: «Lo siento, no llevo reloj.»

⁵² Las solicitudes (o las órdenes) de repetición no tienen forzosamente, desde luego, que ser sanciones negativas expresadas por alguien que no siente ningún deseo de volver a oír la declaración en su forma inicial. Muchas veces, el recep-

IX. Especulaciones estructurales

Dadas estas observaciones especulativas sobre las transformaciones a que está sometido el ciclo corrector básico, me gustaría especular sobre estas especulaciones y tratar de esbozar el marco que podría ser necesario si hemos de empezar a enfrentarnos con las complejidades de las relaciones mutuas verbales. Me oriento a partir del «juego de las expresiones verbales», como las bromas, las respuestas chistosas y las aplastantes y —por raro que pueda parecer— de los usos descubribles de las declaraciones retóricas, pues resulta que estas últimas nos proporcionan indicaciones acerca de la estructura de la interacción⁵³.

Una declaración que constituye la primera medida de un intercambio ritual (sea de apoyo o corrector) parece establecer dos límites clave del juego de la interacción de conversación: en primer lugar, establece límites acerca de la capacidad de infracción, a partir del supuesto de que no se pretende llegar al choque; en segundo lugar, establece una expectativa —una prefiguración— de cómo se des-

tor tendrá razón de pensar que quien se lo pide efectivamente desea una repetición. Pero incluso en este caso no es necesario que haya ocurrido una falta efectiva de audición, y de hecho quizá no sea ni probable. Como se estudia más adelante, es posible que quien lo pide en realidad desee un momento para orientarse al encuentro, un momento para volver su atención a lo que va a llegar, lo cual obtiene cuando organiza la posibilidad de pasar una segunda vez por el movimiento de apertura. También es posible que desee introducir un recordatorio muy amable de que quizá se le ha introducido en un encuentro sin base suficiente y sin una preparación ceremonial suficiente. Así, si de verdad se le exigirá, el que pide una repetición generalmente podría decir que qué es lo que se dijo la primera vez.

⁵³ Las preguntas retóricas tienen muchas funciones diferentes que desempeñar en la conversación, y en este análisis sólo se estudian unas cuantas. Cabría mencionar las siguientes funciones adicionales:

Una pregunta retórica puede servir de saludo que inicia un encuentro, como ocurre cuando a un hombre que sale del lago se le pregunta: «¿Qué? ¿Nadando?» Se puede utilizar como medio de «establecer la interacción», esto es, de dar al iniciador la oportunidad de pedir permiso para abrir un estado de conversación, al mismo tiempo que da a los participantes un momento para ajustarse a la participación que está a punto de llegar, como en «Hola, Cindy. ¿Eres tú? ¿Te habías levantado ya?»

Como el objeto de todas estas declaraciones retóricas será brindar primeras medidas a las cuales la medida de réplica es lo más automática posible, es comprensible que se atribuya escaso valor al contenido literal de la frase, con tal únicamente de que la respuesta a ella sea obvia, y también es comprensible que la utilización de esos mecanismos exponga al usuario a lo que la revista *Mad* califica de *Snappy Answers to Stupid Questions* («respuestas tajantes a preguntas estúpidas») (Nueva York, Signet Comic Books, 1968; Londres, New English Library, 1968), libro muy útil como fuente que ha señalado a mi atención William Labov.

arrollará el intercambio, que comprende a cuántas medidas más de distancia es probable que se halle la medida terminal⁵⁴ (siempre que un intercambio determinado agota el encuentro en que ocurre, estará especialmente señalada la cuestión de la secuencia prevista). Dentro de este marco doblemente limitado es donde pueden analizarse gran parte de las ocasiones más animadas de una conversación.

Como texto, cito una larga exposición hecha hace tiempo por Paul Goodman:

—¿Dices siempre que la maestra te ha mandado a comprar sellos?

—Sólo en las esquinas en que conozco a la gente. Otras veces digo que ha habido un asesinato en la familia. Si es una vieja, digo que acabo de curarme de un parálisis. Eso es genial. Otras veces les digo que mi madre —que la verdad es que ha palmeado— es maestra de escuela y no me quiere mandar a la suya porque es un asco. Hay una muy buena cuando una señora te pregunta, le dices que te da vergüenza porque es una marranada, y te echas a reír o a llorar, según. O que los exploradores van de visita al alcalde. Me las invento a millón. Me sale macizo. A los vagabundos les dices que has hecho pira y te dicen que eso es lo bueno y te dan a liar un puerro así de gordo.

Lo mejor de todo era no decir nada. Pero era mejor decir una mentira total que una ambigüedad como «Hoy no tengo escuela», porque entonces te hacían más preguntas. Hay que planear una conversación como un juego de damas con objeto de que la otra persona no tenga ninguna posibilidad de saber qué hacer después. Por ejemplo, lo siguiente no estaba bien hecho:

A: —¿Por qué no estás en la escuela?

B: —La maestra me ha mandado a buscar sellos.

A: —También tiene cara. ¡Y para eso le paga un sueldo el Estado! ¿Siempre te manda a ti?... Debes ser la enchufada de la clase... Te acompaño a buscarlos, etc.

Pero lo siguiente sí estaba bien hecho:

A: (A una señora.) —¿Por qué, etc.?

B: —Me da vergüenza decirlo, es una cochinada —seguido de una risa histérica. Luego o se para o es que ya está bien. Un juego en dos movimientos. Pero aún así, cuanto más definida es la parada, mayores son la curiosidad, el resentimiento, la interrogación, después. Se lo dice a la vecina, pregunta a su propio hijo; todo ello lleva a una investigación general y todas las cuestiones sin resolver te las echan encima a ti. Te echas mala fama. Por eso este gambito se utilizaba sólo en los barrios de paso, pero ¿cómo se podía saber qué barrio

⁵⁴ Claro que se dispone de otras indicaciones para prefigurar finales. Los «Holas» y los «Adioses» llevan normalmente (e incluso obligan) a los participantes a acercarse. Un individuo al que se saluda a la puerta de otro y al que éste mantiene a cierta distancia advertirá probablemente que debe seguir su camino cuanto antes; dentro de una casa, es posible que un invitado tenga la misma sensación cuando se encuentra con que el anfitrión se le ha acercado mucho y ha iniciado una cadena de cumplidos.

era de paso, dado que lo interesante y lo deseable están siempre a la vuelta de la esquina de lo desconocido? O sea que... nunca. Está muy bien, pero el momento de utilizarlo es... nunca⁵⁵.

De este texto se pueden deducir dos lecciones. En primer lugar, una técnica de análisis: enterarse de la significación de un movimiento, llevar a cabo todo el intercambio no sólo como si efectivamente (o en principio) hubiera sucedido, sino también como habría sucedido si todos los participantes hubieran actuado de la forma más rutinaria y mecánica imaginable o, por el contrario, de la forma más incisiva; después, comparar. En segundo lugar, apreciar la significación de un movimiento, buscar los efectos que surte sobre las previsiones relativas a la forma en que debía desarrollarse el intercambio dentro del cual ocurre. Después, al utilizar la técnica de Goodman, observar algunas formas en que las secuencias previstas puedan figurar activamente en la significación de un movimiento.

1. Respuestas provocadas.—El individuo que quiere adoptar una medida de un tipo determinado adopta antes otra medida de tal tipo que la probable respuesta del otro será aquella a la cual la medida deseada puede ser la respuesta. Por ejemplo, la respuesta provocada de solidaridad:

- A: —¿Qué tienes en la pierna?
B: —Cuando era pequeña tuve la parálisis.
C: —Ay, pobrecita, cuánto lo siento.

2. Cortes.—Aquí se trata del cierre a la respuesta provocada. Por ejemplo, la petición de un «bien gratuito» se puede interpretar como una forma de establecer un intercambio que permite dar las gracias como tercer movimiento. Así, las respuestas cortantes a la pregunta de qué hora es dejan a quien ha preguntado con las gracias en los labios. Análogamente, es la medida muy frecuente de la «réplica del inválido», que es una forma de cortar la respuesta provocada de solidaridad.

- A: —¿Qué te ha pasado en la pierna?
B: —Se me debe haber olvidado en casa.

También existe el corte que se utiliza contra quienes mezclarían la sanción negativa y la solidaridad:

⁵⁵ Paul Goodman, *The Empire City* (Nueva York, Bobbs-Merrill, Inc., 1959; Londres, Collier-Macmillan, 1964), págs. 16 y 17; publicado por primera vez en *Grand Piano* (1942).

A: —¿Cómo es que estás en esto?

B: —Por suerte, me imagino.

Y están los movimientos que cortan un ciclo de cebo encaminado a inducir una petición de perdón:

Cliente: —Oiga, que tiene usted un dedo en la sopa.

Camarera: —No importa, no quema.

Como es lógico, el mecanismo evidente en estas salidas es que quien las tiene oriente su respuesta a una parte del contenido literal de las palabras del otro orador que no se pretendía tuviera importancia, al mismo tiempo que demuestra estar tranquilo y no arrepentirse de nada; sin embargo, el factor menos evidente es que al orientar así su respuesta puede inmovilizar la respuesta previsible a la suya propia. Así podemos entender el mecanismo del relato siguiente de un columnista:

...el caso de un hombre detenido por conducir a 175 Km/h en la autopista de E. Bay (el agente que lo detuvo declaró que tuvo que ponerse a 200 para atraparlo).

—Y ¿por qué iba usted a 175? —preguntó el magistrado.

—Porque —replicó el conductor— es el máximo que puede hacer mi coche.

Esta respuesta enfureció tanto al juez que le dio al acusado en la cabeza con el martillo, con tanta fuerza que el listo salió para el hospital⁵⁶.

3. Desacoplamiento.—En la interacción efectiva puede ocurrir algo parecido a un corte en circunstancias estructurales sutiles que tienen que ver con la vinculación entre dos intercambios. Por ejemplo, en los restaurantes que tienen una carta limitada, un intercambio muy corriente de apertura en la transacción de servicio entre camarera y cliente puede desarrollarse como sigue:

Camarera: (Limpiando la mesa y colocando un vaso de agua.) —¿Qué quiere tomar?

Cliente: —Café solo y tostada con mantequilla, por favor.

Camarera: (Da la espalda al cliente y grita al cocinero.) —Tostada mantequilla.

Ahora bien, resultaría fácil imaginar que pudiera haber intercambios vinculados al citado. Por ejemplo, antes de pedir podría haber un intercambio de saludos; de hecho, es algo que se da muy a menudo. Análogamente, como se ha descrito antes, se dispondrá de un me-

⁵⁶ Herb Caen, *San Francisco Chronicle*, 26 de abril de 1966.

dio de incrustar un intercambio más dentro del dado. También es posible una vinculación

A¹
B¹/B²
A²

como la siguiente:

Camarera: —¿Qué quiere tomar?

Cliente: —Hombre... (Hace una pausa para pensarlo.)/¿Hay menú?

Camarera: —Claro, voy a buscarlo.

Sin embargo, si el cliente responde estrictamente a una implicación tácitamente anulada de la significación literal de la pregunta de la camarera y habla de modo impersonal, de modo que su turno de la conversación contiene claramente sólo este movimiento, entonces puede desacoplar la secuencia de forma que la camarera no disponga de nada a lo que vincular su movimiento siguiente:

Camarera: —¿Qué quiere tomar?

Cliente: —El menú, por favor.

Camarera: (Se vuelve hacia las otras camareras y dice *sotto voce*, como si fuera en reacción retardada.) —Dios mío, ya empieza el día.

Obsérvese, una vez más, que la base de la dificultad causada a la camarera no es sólo que el cliente haya respondido a un significado literal al que se pretendía que no se hiciera caso. El desorden va más a fondo que eso. La respuesta del cliente que preveía ella es una respuesta que retrospectivamente demuestra que su primer movimiento tenía una función, o si no, que por lo menos el no tener una función en este caso concreto es algo por lo que se debe un mínimo de consideración. La solicitud tajante de un menú hace que su movimiento de apertura resulte inútil y requiere que vuelva a hacerlo cuando el otro haya leído el menú.

Un segundo ejemplo. Esta vez lo que se desacopla son la primera y la segunda rondas dentro de un intercambio. Un chico está al teléfono tratando de conseguir suscripciones para un periódico. La rutina prevista sería la siguiente:

Chico: —¿Le interesaría suscribirse seis semanas al *Oakland Tribune*, que me haría un favor?

Respuesta: —Hombre, me gustaría hacerte el favor, pero no puedo. Ya estoy suscrito al *Chronicle*.

Chico: —Bueno, gracias de todos modos.

El turno de conversación del que responde demuestra en este caso la significación de una negativa explicada. Se responde a una pregunta con una negativa, y al mismo tiempo se da una explicación que permite a quien preguntaba tratar esta solicitud como un ofrecimiento que el receptor agradece, pero no puede aceptar. Esta parte de la respuesta es la que permite al iniciador del intercambio cerrar el intercambio y el encuentro con el mecanismo disponible para este fin, es decir, con una medida de agradecimiento. Veamos ahora lo que puede ocurrir (y ocurrió):

Chico: —¿Le interesaría suscribirse seis semanas al *Oakland Tribune*, que me haría un favor?

Respuesta (seca): —No.

Chico (pausa confundida, por último, titubeante): —Gracias ⁵⁷.

Dicho sea de paso, cuando el desacoplamiento se realiza con tacto es cuando podemos volver a ver la capacidad de los individuos para interpretar los pequeños acontecimientos como movimientos, capacidad que parece derivarse en parte de la desesperada necesidad de encontrar algo que permita a los participantes sostener las secuencias previstas en orden:

Un hombre tiene la cabeza en los brazos en un café, de forma que tiene los ojos tapados.

⁵⁷ Charles Schulz ofrece una versión en cuatro dibujos de su tira cómica (*San Francisco Chronicle* de 27 de noviembre de 1967) cuya estructura es muy correcta:

Primer dibujo: Schroeder está tocando el piano y Lucy, con un codo apoyado en la cola, dice: «No te gusto, ¿verdad?»

Segundo dibujo: Schroeder le dice a Lucy directamente a la cara: «No, nunca me has gustado y dudo mucho que nunca vayas a gustarme.»

Tercer dibujo: Schroeder sigue tocando el piano y Lucy apoyada en él, pero no se hablan.

Cuarto dibujo: Lucy dice: «Me doy cuenta de que no te gusto.» Schroeder, estupefacto, levanta la cabeza.

La respuesta de Lucy en el cuarto dibujo es lo que habría dicho en el tercer dibujo de haber dicho Schroeder lo que se esperaba de él en el segundo, es decir, hubiera negado de alguna forma la autoconmiseración de Lucy. Tan necesario era que el segundo dibujo se llenara de esta forma prefigurada que Lucy, tras hacer una pausa de un momento para acumular recursos, debe actuar terca como si Schroeder hubiera hecho lo que la secuencia le exigía, porque verdaderamente es lo único que puede hacer ella. Lo fino de la tira de dibujos es que el momento y la duración de un movimiento ritual en la secuencia de un intercambio se dan en una representación espacial exacta, en este caso mediante un dibujo que no contiene palabras y en apariencia tampoco acción. De hecho, el tiempo necesario para mirar el tercer dibujo cuando el total de la secuencia contiene cuatro encaja con el tiempo que Lucy estaría obligada a dejar para dar a un movimiento que no se debía hacer una oportunidad para no hacerse, y luego negarse a aceptarlo como lo que es realmente.

Camarera: —Debe usted haber pasao mala noche./¿Qué quiere tomar?

Cliente: —Dios mío./Deme una taza de café.

Camarera: —Marchando.

Evidentemente, en este caso la doble respuesta del cliente deja una salida a la camarera, esto es, reconoce que no se ha salido de su lugar al adoptar una medida personal de solidaridad con un cliente. Entre el «Dios mío» y el «Deme» se produce una pausa que vincula a Dios con el comentario con la mala noche y el café con el «¿Qué quiere usted tomar», en un acoplamiento normal de intercambio:

A¹/A²

B¹/B²

En lugar de decir «Dios mío», bastará con casi cualquier pequeño gesto, siempre que se haga de tal modo que se pueda poner después de él algo equivalente a un punto y adoptar una nueva orientación al hacer el pedido. El cliente se encuentra con que se coerciona suavemente a adoptar esta doble medida o movimiento; acopla correctamente los dos intercambios que le esconden a sí mismo esta labor estructural mediante un reconocimiento, si se le pregunta, de que se limita a comportarse amablemente. Permítaseme añadir que en lugar de creer que las personas son diablos sutiles sería mejor pensar que las secuencias son marcos sutiles que permiten que el más mínimo comportamiento sirva instantáneamente como medio de adoptar una actitud.

4. *Cortes en seco*.—A veces calificados de «bromas» o de «observaciones»⁵⁸ de los que hay dos variedades. En primer lugar, como un movimiento o medida puede ser el final previsto de un intercambio, quien lo hace puede utilizar estratégicamente esta oportunidad para introducir declaraciones que le permiten quedar bien y/o al otro mal, en el supuesto de que la estructura de la secuencia impide a la víctima continuar con la introducción de una réplica. De hecho, cuando un individuo utiliza un último movimiento para hacer una pregunta retórica, al otro se le deja con un intercambio que ya está cerrado pero que no le permite del todo una salida⁵⁹. Los cortes

⁵⁸ En el uso popular, el término «observación» tiene más significados. Se utiliza para referirse a un comentario *sotto voce*, a un comentario que no tiene por objeto formar parte ratificada de un encuentro, a una reacción retardada; y también se utiliza para referirse a la iniciación de un encuentro de intercambio, que no suele ser serio, con alguien que no esperaba esta relación.

⁵⁹ Alan Dundes (*op. cit.*) llama a estos movimientos «líneas terminales».

en seco que cierran un encuentro junto con un intercambio parecen especialmente eficaces:

A: —Adiós, me alegro de haberte visto.

B: —Adiós, yo no.

En segundo lugar, dada la presencia de un intercambio en dos movimientos que obliga al segundo orador a dar una respuesta formalista al primer orador, el primero puede introducir reducciones del segundo a las que sólo se requiere, o resulta posible, una respuesta nominal. En consecuencia, hay semirrédicas normalizadas: «Ah, ¿sí?» «Y eso, ¿quién lo dice?» «Lo dirás tú.» «Ya veremos», etcétera. En estos casos, el segundo orador trata en vano de demostrar que sigue en pie, que sigue combatiendo. Pero en realidad gasta su turno en hacer algo que no es más que un derrumbamiento terminal. Se le ha impuesto un movimiento, en la hipótesis de que no es peligroso, porque no podrá hacer nada al respecto.

5. *Contraataques*.—El que hace un corte en seco ha establecido con bastante precisión cuál será el último movimiento del intercambio. El contraataque ocurre cuando la otra persona actúa de tal modo que se mantiene el intercambio (y muchas veces el encuentro) bien abierto a otro movimiento u otra ronda de movimientos. Así, la broma o la observación establece la posibilidad de una contrarrespuesta, una ironía mayor o una respuesta aplastante, esto es, un contraataque⁶⁰. Y cuanto más parezca el movimiento inicial destinado a dejar a la víctima sin recursos, más eficaz será el movimiento que mantiene abierto el intercambio. Cabe citar un ejemplo⁶¹:

⁶⁰ William Labov ha hecho últimamente un análisis estructural de los «sonidos» utilizados en el juego de la expresión verbal entre los jóvenes negros de clase baja que viven en ciudades. La estructura de estos mecanismos establece un movimiento que está ideado para que sirva de base de comparación del esfuerzo de otro, con el objeto de superar al primer esfuerzo en elegancia o ingenio. También esto es una competición, pero no del tipo que se basa en el empleo activo de la estructura del intercambio. El contraataque en forma de sonido está establecido de antemano como procedimiento previsto. También se pueden hallar comentarios sobre sonidos en Thomas Kochman, «Toward an Ethnography of Black American Speech Behavior», en Norman E. Whitten, Jr., y John F. Szved, comps., *Afro-American Anthropology* (Nueva York, The Free Press, 1970), págs. 145-162. Kochman da un buen ejemplo de un contraataque en el que interviene una respuesta completa en lugar de un derrumbamiento terminal (pág. 145): «Así, cuando alguien dijo a Concho, con indiferencia, 'que te den por culo', su respuesta fue inmediata y devastadora: 'Pero, chico, si todavía no me hasss dado ni un bessso'».

⁶¹ De *Mad, op. cit.*, págs. 160 y 161.

Chico y chica en un baile en el gimnasio de una escuela.

Corte seco: Chico: —¿Quieres bailar?

Chica: —No, he venido a jugar al baloncesto.

Chico: (Se derrumba.)

Contraataque: Chico: —¿Quieres bailar?

Chica: —No, he venido a jugar al baloncesto.

Chico: —Claro, es evidente por la forma que te has vestido.

Lo que implica esto es que el dar un corte seco es establecer una competición, y más vale asegurarse de que no se deja una respuesta eficaz al otro jugador. Un mecanismo de seguridad consiste en hacer las propias observaciones cuando se está en marcha, de forma que la distancia ayude a impedir la respuesta. Todavía más seguro es el truco del político de insertar cortes secos en el cuerpo de un discurso, con lo que evita toda posibilidad de contraataque⁶².

6. *Postterminales*.—Un individuo puede provocar lo que se interpreta como movimiento final, para que ocurra después del suyo propio, y después de haberlo introducido, realizar otro movimiento, con lo que demuestra que estaba preparando una trampa para el otro individuo sin que éste lo sospechara.

Primer cómico: —Pero quiero que todos los presentes sepan qué buen compañero eres, y qué buen cómico.

Segundo cómico: —Hombre, gracias, eres muy amable.

Primer cómico: —Claro que no se pueden ustedes fiar de mí. Estoy borracho⁶³.

⁶² Cuando se hace una observación de un lado a otro de una línea de comunicación, como ocurre cuando miembro del público abuchea a un actor, el contraataque de éste, si es que lo hace, debe adoptar la forma de ratificación de la observación como movimiento que se debe reconocer abiertamente, como parte de lo que se está haciendo oficialmente, lo cual puede fácilmente poner en peligro la línea entre el actor y el público. Por eso raras veces se responde directamente a los abucheos, los cuales en consecuencia logran mantener su condición de últimos movimientos. Los actores que se salen de su sitio pero lo mantienen al mismo tiempo, que ratifican una violación al mismo tiempo que la cierran, adquieren reputaciones de competencia en las tablas, como sugiere un artículo (*Time*, 1 de abril de 1966) sobre un político británico:

El abucheo es una tradición británica muy respetada, y Wilson, para empezar, disfruta con sus rápidas respuestas a los disidentes. En un mitin hace poco, cuando un abucheador le gritó: «¡Mierda!», Wilson respondió: «Caballero, dentro de poco nos ocuparemos del tema que más parece interesarle.»

⁶³ En las jugadas postterminales puede intervenir un equipo de dos. Una vez, en Telegraph Avenue, observé el siguiente número que hacían dos *hippies* sentados en la acera, con las piernas extendidas y las espaldas apoyadas en la pared de una tienda. Cuando se les acercaba un peatón, uno alargaba la mano con una solicitud de unos centavos. Algunos peatones decían el equivalente

Ya he sugerido diversas formas de que un participante en un intercambio pueda enervar a otro; en algunos casos se han dado ejemplos corrientes de libros de chistes. Es algo que no merece mucho la pena por sí mismo. Sin embargo, existe una doble justificación. En primer lugar, cada uno de estos mecanismos parece permitir a su usuario injerirse de un modo u otro en la estructura y en la secuencia de la interacción previstas o explotar esas previsiones, y así, al enterarnos de cómo funciona el mecanismo, podemos enterarnos de cómo está estructurada la interacción. En segundo lugar, al ver lo que se puede poner en marcha contra un interactuante, podemos empezar a apreciar las atenciones de protección que a menudo le prestan (y tácitamente se le exigen) las personas con las que interactúa. En cierto sentido disponemos en estos casos de una consideración superficial basada en una estructura muy profunda. Para terminar, desearía dar algunos ejemplos que guardan relación con tres aspectos diferentes de esta estructura.

En primer lugar, en relación con las observaciones y el peligro en que ponen a su autor.

Un *drugstore* de Filadelfia vende el *New York Times* a sólo diez centavos en época en que la mayor parte de los quiosqueros cobran doce centavos. Algunos clientes van al *drugstore* sólo por este ahorro. Algunos de estos clientes creen que se trata de una práctica discutible y emplean varios trucos para demostrar que no les da vergüenza. Por ejemplo:

Cliente: (Toma el periódico y lo paga.) —La mejor ganga de esta ciudad.

Aquí el cliente queda en la posibilidad de que le pase lo siguiente:

Cliente: —La mayor ganga de esta ciudad.

Dependiente: (Seco.) —Tenga la vuelta.

Cliente: —La mayor ganga de esta ciudad.

Dependiente: —Pues ya podría usted comprar algo más otra vez.

Cliente: —La mayor ganga de esta ciudad.

Dependiente: —Ya se ve que sabe usted encontrarlas.

de «Lo siento, no llevo suelto» y utilizaban su ritmo de desplazamiento normal al adelantar al pedigrüño como medio de terminar efectivamente el encuentro. Justo cuando parecía que había logrado terminarlo —cuando el peatón estaba llegando al segundo *bippie*—, el segundo sacaba la mano, en la que tenía unas monedas, y le preguntaba al peatón si él quería unos centavos. Muchos peatones se quedaban sin saber en absoluto qué hacer ante este proyecto estructural tan elegante.

Lo que recibió (en una ocasión) fue:

Cliente: —La mayor ganga de esta ciudad.
Dependiente: —Pues qué bien.

En resumen, si se aspira a que el receptor de la observación proteja a quien la ha hecho, aquél quizá tenga que entrar de forma perfectamente solidaria en la definición de la situación que quien la ha hecho ha intentado introducir. De hecho, es posible que el receptor haya de adoptar una actitud en la que no estaba antes, aunque sólo sea para establecer un yo que pueda dar sentido a la observación del otro:

Un hombre está en la cola detrás de una mujer que ha pagado sus compras (y que ya está poniéndolas en la bolsa de la compra) y se da cuenta de que queda en el mostrador una caja de huevos:
Hombre: —¿Son de usted los huevos?

Con lo que el hombre queda en situación de que pase lo siguiente:

Hombre: —¿Son de usted los huevos?
Mujer: —¿Se lo ha preguntado alguien?

Lo que ocurrió fue:

Hombre: —¿Son de usted los huevos?
Mujer: (Medio en broma.) —Siempre los dejo para el final, a ver si se caen.

En segundo lugar, sobre las aperturas jocosas. Un individuo puede iniciar un encuentro-intercambio con un desconocido si plantea una cuestión que atribuye al desconocido un papel del que está dispuesto a disociarse. Al quitar seriedad a su observación de apertura, el iniciador puede tratar de asegurarse de que el receptor le seguirá y entrará en el juego en una capacidad disociable. Pero, sin embargo, se expone a la posibilidad de que se le tome en serio, lo cual, entre otras cosas, transforma su observación inicial en algo que no sólo ha resultado ineficaz, sino además impertinente, pues en sus papeles serios es posible que los dos desconocidos no dispongan de una base fácil para un encuentro. Entonces, es probable que quien hace una apertura jocosa prevea un intercambio en tres movimientos: su observación es el primer movimiento, las seguridades que le dará el

otro de que se acepta su frase constituyen el segundo, y él mismo hará el movimiento terminal, que será una risa abierta de apreciación de la declaración que se acaba de hacer. O sea, que lo que desea el iniciador es llegar a la posición en la que puede reírse, pues si la alcanza ha dejado de estar en peligro. A fin de prefigurar este resultado que desea, es probable que empiece a reír bastante pronto, casi en cuanto el otro empiece a responder a la observación de apertura, con lo que la orienta solidariamente. Y es probable que interprete casi cualquier respuesta del otro como prueba de que se ha aceptado su frase y de que puede hacer el tercer movimiento, el terminal. El tacto interviene en el suministro al iniciador de una observación que verdaderamente justifique la risa que va a lanzar:

B, en el ascensor, aprieta el botón del piso 13.
A: —No es usted supersticioso, ¿verdad?
B: —Pues no lo bastante para mudarme de piso.
A: (Risotada.)

Por último, la cuestión de las transposiciones. Cuando un individuo deduce que su acción puede ofender a otro y se propone evitarlo, puede intentar, como ya se ha sugerido, dirigir su acto al yo del virtualmente ofendido del que este último puede disociarse. Para lograrlo, el individuo puede hacer un esfuerzo especial por tocar al otro y mantener el contacto durante todo el acto virtualmente ofensivo, como para orientar y fijar al retenido de modo que interprete el acto con el ánimo adecuado. Lawrence Durrell da un ejemplo:

Era una de esas observaciones idiotas que una vez hechas parecen no sólo inexcusables, sino además imposibles de arreglar. Sin embargo, Nessim parecía encantado, en lugar de ofendido, y con su tacto habitual no se permitió echarse a reír sin tocar la muñeca de su amigo con la mano, no fuera que por casualidad Mountolive fuese a creer que la risa era por él y no por su equivocación⁶⁴.

La delicadeza del gesto consiste en que la mano de una persona oriente claramente la posición mental de otra, que el momento y el contacto del interactuante se mezclen perfectamente en la situación del otro. Durrell se equivoca sólo en una cosa. No hace falta ir a Alejandría para encontrarse con estas cosas; pasan a diario en las partes más extrañas de los Estados Unidos.

⁶⁴ Lawrence Durrell, *Mountolive* (Londres, Faber and Faber Ltd., 1958), página 40.

X. Conclusiones

Cuando hay personas presentes en el mismo sitio surgen muchas cosas que pueden decir mal de ellas. El individuo se encuentra con que ha actuado (o está a punto de actuar) de modo que parece como si se entrometiera en diversos territorios y reservas de otro; o se encuentra a punto de dar una mala impresión de sí mismo, o ambas cosas. En esas circunstancias, es probable que realice una actividad correctora a fin de reforzar una definición de sí mismo que le resulte satisfactoria. Hace gestos a la redonda, transmitiendo corporalmente información a todo el que quiera presenciar sus actitudes. Y orienta movimientos rituales hacia otros determinados, por lo general a los que ha ofendido virtualmente, en previsión de recibir una réplica ritual. Y también, como alguien que ha presenciado la labor ritual iniciada por otros, está dispuesto cuando haga falta a brindar alivios de diversos tipos.

He aducido que esta actividad correctora es una característica constante de la interacción ordinaria y que, de hecho, mediante intercambios ritualmente cerrados, establece el marco de organización para los encuentros. Los intercambios rituales, especialmente los correctores, articulan el comportamiento, lo que lleva a cortes funcionalmente unificados de la corriente del comportamiento. Pero ahora, en conclusión, podría destacarse otro tema.

A lo largo de toda la historia de la civilización occidental ha existido una continuidad de la ideología moral oficial, que ha establecido los atributos personales que los hombres y las mujeres correctos deben manifestar durante las relaciones directas con otros. Los libros sobre lo que debe ser un caballero, que comienzan a destacarse a partir del siglo XVI, no son sino un ejemplo de ello. Intervienen las virtudes clásicas del buen carácter: honradez, gratitud, justicia, generosidad. Intervienen además los valores conexos al comportamiento corporal, algunos de los cuales son característicos de uno de los sexos, otros comunes: limpieza, buena apariencia, control de las pasiones apetitivas, fuerza y valor físicos, destreza, gracia y buenas maneras. También las virtudes del interactuante: sinceridad, respeto, modestia, etc. Y, por último, las virtudes académicas conexas a los conocimientos, el idioma y la cultura. En todo ello, naturalmente, la doctrina cristiana ha desempeñado un papel importante.

El núcleo común de valores que enlaza a las sociedades occidentales es algo que los estudiosos del comportamiento han pasado por alto. Hemos advertido rápidamente que esas concepciones de la virtud son algo que corresponde a las madres y los maestros de la escuela, que estas ideas nunca han constituido una buena guía de

la conducta efectiva y que, en todo caso, hoy día se predicán menos que antes.

Sin embargo, este escepticismo adolece de una ceguera propia. Si examinamos lo que un participante está dispuesto a encargarse de que otros participantes interpreten en una situación, y qué es lo que le hará introducir correcciones rituales de diversos tipos (seguidas de alivio por esos esfuerzos), nos encontramos vueltos a orientar a las tradiciones morales nucleares de la cultura occidental. Y como el ritual corrector es una característica constante de la vida pública, que ocurre entre todos los ciudadanos en todas las situaciones sociales, debemos apreciar que el centro histórico y la periferia contemporánea guardan una relación más estrecha de lo que hoy día nadie parece creer. Estos valores nucleares establecen para todo miembro de la sociedad un entendimiento de en qué aspectos se le podría considerar en falta. Además, estos entendimientos no se refieren sólo a exigencias concretas, sino también a principios que se pueden aplicar a cada situación social de la relación directa. Dados estos conocimientos ancestrales, el individuo se encuentra no tanto con una guía para la acción (aunque es de suponer que en ocasiones sí lo es), sino con una guía de las cosas que se deben tener presentes, una guía que le dice lo que es visible en una situación determinada, y por lo tanto respecto de qué cosas le convendría adoptar una actitud, sea para brindar una explicación, pedir perdón o disculpas, sea para burlarse o zaherir, sea para presumir sin más cuidados. Lo que es evidente es que, si bien varían mucho las formas en que los individuos sostienen los valores comunes relativos a las cualidades deseables, la variedad es increíblemente reducida en cuanto a la necesidad que parecen tener de señalar de algún modo, mediante palabras o gestos, las discrepancias que otro pudiera advertir entre sus prácticas y esos valores⁶⁵. Los valores centrales pican sólo un poco, pero todo el mundo se rasca.

Repitamos: el individuo no va simplemente por ahí ocupándose de sus cosas. Va por la vida obligado a mantener una imagen viable de sí mismo a ojos de otros. Como las circunstancias locales siempre influirán en su imagen, y como esas circunstancias variarán inesperada y constantemente, en todo momento, harán falta maniobras corporales, o mejor dicho, maniobras del yo. Habrá que contrarrestar cada oscilación del terreno en que en ese momento se encuentre el individuo, muchas veces aceptando la caída con un yo que se

⁶⁵ Se puede hallar una declaración bastante conocida en este sentido en Gresham M. Sykes y David Matza, «Techniques of Neutralization: A Theory of Delinquency», en *American Sociological Review*, XXII (1957), 664-670.

proyecta como no serio, lo cual libera a la persona real para adoptar tácitamente una posición compensatoria. Así, el individuo utiliza constantemente pequeños apoyos para mantenerse en una postura que resulte de algún modo defendible. Hace pequeñas interpretaciones a fin de reflejar activamente una relación con las reglas que cabría interpretar le son obligatorias.

Claro que un individuo puede llevar consigo su propia causa para adoptar medidas defensivas, como un estigma visible, una señal de que no ha logrado incorporar una de nuestras expectativas normales. Con él siempre se hallará en posición de enfrentar uno de sus yos con el otro, y en muchas ocasiones se verá obligado a hacerlo. Una persona de clase baja que trabaje en un restaurante, de edad madura y aspecto corriente a quien le tiemblan mucho las manos atiende las mesas como si nada, sin reconocer ante los clientes que sabe perfectamente lo que están pensando, y espera hasta que se ha llegado a unos mínimos de familiaridad antes de confesar tristemente mientras les sirve temblorosa la comida: «Debo ser la única camarera de Filadelfia con el baile de San Vito», con lo cual vincula su puesto local con los moldes y los valores del mundo occidental⁶⁶.

Estas normas con las que al individuo le interesa demostrar que tiene una relación escogida por él mismo son normas sobre cualidades personales, normas que se hallan en el centro de nuestras creencias religiosas oficiales, que designan las virtudes y los conocimientos que el individuo no debe negar con su comportamiento. El individuo puede señalar su libertad y su enajenación si demuestra una relación de no aceptación con estas expectativas relativas a la conducta o si demuestra su interés por unas a expensas obvias de otras, pero por muchos nervios que le produzca el comportarse correctamente, sin embargo se ocupa de tener dispuesta alguna réplica de comportamiento en toda situación en que las circunstancias le ponen repentinamente en tela de juicio. No le hace falta respetar una regla de conducta que le es aplicable. No necesita ni siquiera ofrecer explicaciones rituales, pedir perdón ni excusas por sus desviaciones. Pero por lo menos debe esforzarse por demostrar que tiene una relación confesable con el juicio negativo de él que es el resultado de su comportamiento.

⁶⁶ Ultimamente el Movimiento de Liberación de la Mujer ha empezado a utilizar la fuente mayor de estos gastos, la respuesta de «Después de todo, no soy más que una mujer». La segunda fuente en frecuencia, sin embargo, sigue intacta: las interjecciones terminales de autoencomio irónico que se hacen de sí mismas en mil situaciones las personas de más de cincuenta años basándose en su edad.

No cabe duda de que interviene un elemento de autodeterminación, por lo menos a un nivel. Por ejemplo, un adulto que tropieza por la acera tiene la opción de exagerar su caída o, con un pequeño gesto de interés inteligente, volverse y examinar la acera en busca de algo que seguramente será tan raro y notable como su aparente pérdida de control. Pero el corpus de exhibiciones rápidas para establecer una posición viable respecto del acontecimiento anormal es en general un dato de la cultura, un dato que abre la posibilidad de optar al mismo tiempo que cierra la gama de opciones. Y aún más determinista es la necesidad, la obligación, la compulsión de adoptar algún tipo de actitud respecto de la deficiencia perceptible de que se trate.

Es extraño, y más durkheimiano de lo que debería ser, que hoy día, en momentos en que el individuo puede deshacerse prácticamente de todo lo que moleste, quede la cruz del carácter personal, la que soporta, aunque sea de buen humor, cuando está delante de otros.

SIGNOS DE VINCULACION

I. Relaciones sociales

El individuo está vinculado a la sociedad por dos lazos principales: a las colectividades por su condición de miembro de ellas, y a otros individuos por las relaciones sociales. A su vez, él ayuda a constituir una red de sociedad al vincular por conducto de sí mismo a las unidades sociales que están vinculadas a él.

Se puede calificar a los dos individuos vinculados entre sí por una relación social de sus «extremos». Es de suponer que lo que los vincula son prescripciones relativas al trato mutuo, en que las obligaciones de un extremo son las expectativas del otro.

Esta es la visión antropológica. La sociología enfoca las relaciones desde el punto de vista de la función. Se entiende que el individuo está obligado a dedicarse a una actividad específica en situaciones establecidas, con un racimo de relaciones obligatorias en cada tipo de situación. Las personas con las que trata en un tipo de situación tienen con él una relación de función o de papel. Cuando trata con el mismo individuo en más de un tipo de situación, tiene más de una relación con él, lo que desemboca en una relación «global» que tiene «múltiples lazos».

Sin embargo, lo que me interesa destacar es que el trato mutuo ocurre dentro de un marco de identificación, hecho que la primitiva antropología social podía fácilmente dar por establecido y pasar por alto, y que los estudiosos modernos no han manejado bien en sus

esfuerzos por caracterizar las relaciones «personales» e «impersonales»¹. Al hablar de «identidad social» me refiero a las grandes categorías sociales (y a las organizaciones y grupos que funcionan como categorías) a las que puede pertenecer, y verse que pertenece, un individuo: grupo de edades, sexo, clase, regimiento, etc. Al hablar de «identidad personal» me refiero a la continuidad orgánica única que se imputa a cada individuo, la cual se establece mediante señas distintivas como nombre y aspecto, y se perfecciona mediante el conocimiento de su biografía y sus atributos sociales, conocimiento que se llega a organizar en torno a sus señas distintivas².

En todas las sociedades hay «relaciones ancladas» (o «fijadas») tales que cada extremo identifica al otro personalmente, sabe que el otro hace lo mismo y reconoce abiertamente ante el otro que se ha establecido entre ellos un comienzo irrevocable: el establecimiento de un marco de conocimiento mutuo que retiene, organiza y aplica experiencia que los extremos tienen el uno del otro. En nuestra sociedad existe el curioso entendimiento de que después de que dos individuos se hayan vinculado así, su relación puede cambiar drásticamente, pero nunca revertir al no conocimiento; el olvidar el nombre o la cara de otro puede ser excusable, pero requiere una excusa.

La mayor parte de las sociedades tienen también «relaciones anónimas», es decir, un trato estructurado mutuo entre dos individuos que se conocen exclusivamente conforme a la identidad social instantáneamente percibida, como cuando un individuo adelanta cortésmente a un desconocido por la calle³.

Entre las relaciones anónimas y las ancladas existen algunas formas menos intermedias: cuando un extremo identifica personalmente al otro, pero a él no se le identifica personalmente, y sabe que no se le identifica personalmente, destino que es el comúnmente lamentado de los estudiantes de primer año de universidad respecto de sus profesores; cuando cada extremo identifica personalmente al otro, pero esta mutua identificación no se ha visto ratificada por un in-

¹ Es un aspecto que ha estudiado últimamente Thomas Scheff. Véase su «On the Concepts of Identity and Social Relationships», en Tamotsu Shibutani, comp., *Human Nature and Collective Behavior: Papers in Honor of Herbert Blumer* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1970).

² Los conceptos de identidad social y personal se desarrollan con más detalle en Goffman, *Stigma* (Englewood, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1963; Londres, Penguin, 1968), caps. 1 y 2.

³ El contraste entre lo anclado y lo anónimo es, en parte, versión de la distinción de Parsons entre lo particularista y lo universalista. Véase también la distinción entre relaciones «personales» y «de grupo» en Robert Paine, «In of Search Friendship: An Exploratory Analysis of 'Middle-Class' Culture», en *Man*, IV (diciembre de 1969), especialmente las páginas 512 y 513.

tercambio de miradas de reconocimiento, presentaciones, etc., como consecuencia de lo cual el contacto tiende a verse limitado al reconocimiento cognoscitivo sin reconocimiento social.

Cada relación anclada tiene su propio historial y una carrera o evolución natural⁴; al igual que una persona, es una entidad constructora de estructuras. Las relaciones anónimas no tienen una carrera, aunque las relaciones entre dos categorías de personas pueden tener una historia social, e incluso una especie de historia natural⁵, como puede ocurrir con la relación de un individuo con los miembros en general de una categoría determinada de otros. Además, las relaciones anónimas no pueden por menos de establecer cómo se tratarán mutuamente dos individuos si tienen la ocasión de tratarse mutuamente; en cambio, las relaciones ancladas probablemente conllevan directamente una comprensión de las circunstancias en las que el trato está previsto e incluso es obligatorio.

La diferencia entre las relaciones anónimas y las ancladas podría estudiarse en función de las dicotomías normales, distancia-intimidad y personal-impersonal, en las que una relación determinada se describe en términos de grado. Eso resultaría muy insatisfactorio. Un individuo que conoce a otro desde hace tiempo y bien, puede seguir tratándolo en cuestiones importantes de manera muy parecida a como haría con alguien a quien no conociera personalmente; la diferencia podría limitarse a cuestiones ceremoniales, e incluso en esto no ser muy grande. Y, evidentemente, es posible una interacción muy agradable entre desconocidos que se cruzan, y las relaciones de intimidad pueden caracterizarse por una acrimonia de lo más feroz.

Aunque los estudiosos vienen ocupándose desde hace tiempo de la distinción que aquí expresamos en términos de diferencia entre relaciones anónimas y ancladas, se ha prestado poca atención a los destalles descriptivos. Por ejemplo, la disposición que exhiben dos individuos a transformar un encuentro social incidental en el comienzo de una relación anclada puede depender del recuerdo que tenga cada uno de ellos de haber visto al otro antes en un contexto que implica para cada uno una identidad social pertinente del otro. Y, sin embargo, si el segundo contacto no ocurre, es muy posible que ninguna de las dos partes tenga conciencia de que el otro es alguien a quien ha visto. Así, cabe decir que los contactos de paso,

⁴ Recuérdese, por ejemplo, la ya antigua declaración de Park y Burgess (*Introduction to the Science of Sociology*) acerca del ciclo natural de las relaciones entre dos categorías: competencia, conflicto, acomodo y asimilación.

⁵ Estudiado esquemáticamente en George J. McCall y J. L. Simmons, *Identities and Interactions* (Nueva York, the Free Press, 1966; Londres, Collier-Macmillan), págs. 167-201.

fugaces, anónimos, establecen una base para ulteriores anclajes, pero sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Además, parece que esta disposición de la memoria va decayendo con el tiempo, de modo que al cabo de un cierto lapso el primer encuentro no se recordará en el segundo, pero la rapidez con que decae o las circunstancias en que decae es algo que nadie parece haber estudiado.

Salvo que se especifique lo contrario, en este estudio el término «relación» implica la del tipo anclado. Tendrán importancia tres de sus propiedades. En primer lugar, existe el «nombre» de la relación, esto es, el medio públicamente normalizado de referirse a los dos extremos (hermanos, parientes, colegas, amigos, pareja casada) o un medio de que uno pueda dirigirse o referirse al otro (marido, madre, patrón). Ahora bien, es evidente que esta idea plantea problemas; por ejemplo, una relación que parece ser la misma se puede mencionar en términos cuya capacidad de inclusión varía (pariente, sobrino, hijo del hermano de la madre) y por medios alternativos y diferentes (pariente, vecino), lo que plantea la difícil cuestión de si se están invocando diferentes relaciones o se están destacando normas diferentes y de si existen o no reglas que determinen la elección de las opciones⁶. Además, se utilizan nombres diferentes, como agresor o subordinado, para designar papeles originados por situaciones, y estos papeles guardan más relación con la forma en que se lleva a cabo una relación personal que con la identidad de la relación en sí. Sin embargo, sean cuales sean las ambigüedades, es evidente que las personas dan títulos convencionales a sus relaciones, y a esta tendencia de identificación es a la que me refiero.

En segundo lugar vienen las «condiciones» de la relación, que en este caso significan las circunstancias que harían clasificarla de diversas formas por quienes tuvieran motivos para formular un juicio sobre ella. Así, cabría decir de un par de hermanos que estaban «peleados», que estaban en muy malas relaciones; de otro, que «se llevan muy bien», que no podrían soportar la separación. Obsérvese que la idea de las condiciones ayuda a aclarar algunos de los significados cotidianos que se dan a las palabras «relaciones personales». A veces, esa designación se refiere a una relación que está anclada cuando otras parecidas son anónimas, a veces, a una relación

⁶ Esta cuestión es especialmente difícil por lo que respecta a las relaciones momentáneas en lugares públicos entre los relacionados anónimamente. A este respecto, véase James M. Sebring, «Caste Indicators and Caste Identification of Strangers», en *Human Organization*, XXVIII (septiembre de 1969), 199-207, y Gerald D. Berreman, «Social Categories and Social Interaction in a North Indian City», de próxima publicación. La monografía de Sebring también contiene un material muy útil sobre el comportamiento deferencial.

en que los extremos están en situación «mejor», o de más «intimidad» de lo que es habitual en una relación anclada de ese tipo.

Detrás de las palabras corrientes que caracterizan las condiciones de una relación cabe discernir algunos elementos, aunque no de forma que baste para recomendarlos decididamente como opciones.

En primer lugar, la moderación frente a la licencia. Como un extremo reivindica diversos territorios y reservas, ¿qué libertad —qué licencia— tiene el otro para penetrar a voluntad en esos círculos del yo? Y dadas esas libertades, ¿se practican de verdad? Es decir, ¿existe familiaridad además de licencia? (las personas en una relación anónima pueden hallarse en condiciones ritualmente licenciadas, pero las que se hallan en una relación anclada son las únicas que pueden estar familiarizadas). Un componente importante de la familiaridad es la confidencialidad, es decir, el ejercicio de la licencia para penetrar en la reserva de información del otro, especialmente por lo que respecta a la información secreta acerca del yo, cuyo punto extremo se halla en la relación entre el paciente y el psicoanalista. Otro elemento afecta al sentido psicológico de la «identificación», o, en términos más sencillos, de la «simpatía». ¿Hasta qué punto se ocupa un extremo de los intereses y las preocupaciones privados del otro como si fueran también sus preocupaciones, con lo que se crea una fuente de llamamiento y apoyo al segundo si surge la necesidad? Por último, está la cuestión de la «compañía»: ¿hasta qué punto realizan los extremos actividades «juntos», sea conjunta o sólo adyacentemente?⁷ Obsérvese que la compañía es intrínsecamente una disposición simétrica, dado que un extremo debe hallarse en la compañía del otro si éste ha de hallarse en la del primero, aunque es posible que el derecho a organizar el estar juntos sea unilateral. En cambio, la familiaridad y la simpatía suelen ser unilaterales y reflejar derechos y deberes que son asimétricos.

Nos hemos referido a dos rasgos generales de las relaciones: los nombres y las condiciones. El tercero se deriva de que una relación tiene, y es visible que tiene, una historia natural: comienza, se desarrolla, tiene momentos críticos, atenuaciones y un pequeño conjunto de terminaciones disponibles. Las relaciones no nacen y no mueren; sin embargo, al igual que las personas sociales, deben tener un principio y han de llegar a un fin. Se utilizará el término «etapa» para aludir a la fase a que ha llegado una relación en su historia natural. Evidentemente, existe una vinculación entre las condiciones de una relación y la etapa en que se encuentra, especialmente por

⁷ La fuente original a este respecto es el libro de Elizabeth Bott, *Family and Social Network* (Londres, Tavistock Publications, 1957).

lo que respecta a algunas terminaciones, pero esa vinculación no es sencilla.

En las ciencias sociales se ha estudiado las relaciones ancladas con criterios estructurales, como cuando se examinan los círculos de amistades y las redes de viejos compañeros como base para la endogamia de clase o el monopolio de las oportunidades de empleo. Últimamente se han venido estudiando por derecho propio los vínculos entre relaciones en las redes sociales, tanto las del tipo egocéntrico como las centradas en una red⁸. Sin embargo, en este ensayo se trata del orden público, lo que nos lleva a pasar de las estructuras sociales a las exhibiciones, las tomas de posición y las expresiones.

II.) *Signos de vinculación*

Quando unas personas que hasta entonces eran desconocidas entran en la presencia inmediata la una de la otra, tanto para ellas mismas como para los demás queda evidente que su relación es anónima, o en el mejor de los casos acaba de empezar a dejar de serlo, mediante múltiples signos. Análogamente, cuando quienes tienen una relación anclada entran en un ámbito sin obstrucciones para efectuar el contacto social, se hace evidente que la suya no es una relación anónima. De hecho, en ambos casos los participantes se hallan sometidos a una sutil obligación de tratarse de tal modo que faciliten, como de pasada, estos elementos de información. A todos esos datos acerca de las relaciones, esto es, acerca de los vínculos entre personas, tanto si entrañan actos como objetos y expresiones, y con la única exclusión de los aspectos literales de las declaraciones documentales explícitas, es a los que califico de «signos de vinculación».

Salvo en algunas situaciones estratégicas especiales, la información acerca del anonimato de una relación establece cabalmente si es anónima o no. Generalmente, pues, los signos de vinculación que ofrece una relación anónima no pueden presentar mucho interés para el estudioso. Cuando estudiamos las relaciones ancladas es cuando

⁸ Véase un ejemplo reciente en Adrian C. Mayer, «The Significance of Quasi-Groups in the Study of Complex Societies», en Michael Banton, comp., *The Social Anthropology of Complex Societies* (Londres, Tavistock Publications of A.S.A. Monographs, 1968), págs. 97-122. No cabe duda de que la mayor parte de los estudiosos de las relaciones han tenido intereses clínicos, y no sociológicos, como ocurre cuando se analiza la forma en que un individuo organiza sus relaciones como una proyección de su psicodinámica de la personalidad.

los signos de vinculación pasan a ser complejos e importantes, porque estos signos no sólo informarán de que la relación está anclada, sino que también darán alguna información acerca de su nombre, sus términos y la fase en que se halla. Y uno depende de esos signos. Como las relaciones ancladas subsisten y rigen a lo largo del tiempo, y entrañan una probabilidad y muchas veces una obligación de que se darán ciertos tipos de trato y que esos tipos se ordenarán de una determinada forma, no hay manera en ningún momento dado de ver directamente la totalidad del lazo de unión. Sólo se dispone directamente de indicaciones, de acontecimientos que tienen un valor simbólico o sintomático. Limitaré mis comentarios a las relaciones ancladas y (dicho sea de paso) a la práctica en la clase media estadounidense.

Cabe hallar signos de vinculación en los que no está presente ninguno de los extremos de la relación, como ocurre con las fotografías de familia guardadas en el desván; o en los que sólo está presente uno de los extremos, como ocurre con los hombres que llevan en la cartera una foto de la mujer y los niños, o se han tatuado sus nombres en el brazo (estos signos de un solo extremo tienen el carácter especial de que pueden pervivir mucho después de que la relación que significan haya llegado a la fase del «pasado», con lo que se convierten en un recordatorio, una molestia, o incluso una fuente de chantaje). Sin embargo, no me ocuparé más que de los signos de vinculación cuya composición requiere que los extremos de la relación estén de momento presentes juntos y figuren mediante la colocación del cuerpo, la postura, el gesto y la expresión vocal en la sustancia del signo⁹. Estos signos son los únicos que proporcionan datos sobre el carácter actual de la relación, por pertenecer a un estado presente, y no a un estado que quizá no sea ya el existente. Estos indicadores son signos de vinculación «vinculados», aunque sería pesado seguir diciéndolo en esos términos.

Deseo aclarar que lo que me interesa ahora no es cómo comunican los extremos los datos sobre su relación (aunque también se trata de esto), sino más bien cómo puede su conducta, cuando se hallan el uno en presencia del otro, contener información acerca de su relación. Que los extremos tengan conciencia o no de la informa-

⁹ Esto no significa que los dos extremos hayan de estar literalmente dentro del campo visual el uno del otro, ni que sean simultáneamente visibles a terceros, sino únicamente que lo estén efectivamente. Como me ha sugerido Dean MacCannell, puede interpretarse que los individuos que salen de una piscina en diferentes momentos para utilizar la misma loción cutánea están «juntos», aunque literalmente no estén juntos.

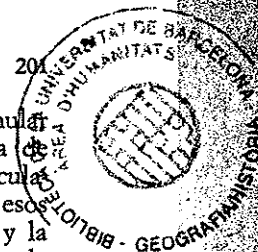
Relaciones en público

ción que exudan, y si la tienen que les interese revelar, disimular o falsear esa información (o no les preocupe que se disponga de ella), no tiene una importancia primordial; y los signos de vinculación no se refieren sólo a los datos que alguien acopia. Todos esos factores se limitan a introducir cuestiones acerca de la validez y la fiabilidad de los datos. Tal como los definimos aquí, los signos de vinculación *contienen datos*; no comunican mensajes.

Un signo de vinculación puede informar a dos clases de personas: los extremos de la relación o terceros. Y los signos pueden ser especializados a ese respecto. Por ejemplo, el ir de la mano es (entre otras cosas) una declaración abierta a terceros de que se hallan en presencia de un cierto tipo de relación; el apretar una mano que se le agarra a una persona y negarse a permitir que se la siga teniendo en la otra para acariciarla (o después de que se haya soltado, que se le vuelva a agarrar) son signos generalmente ideados para el consumo privado de los extremos. La «toma del brazo», el mecanismo mediante el cual una mujer adulta «agarra del brazo» a un hombre adulto y con ello significa que está en una «compañía», lo cual le brinda la protección masculina, parece ser algo que se hace por la información que ofrece a terceros, salvo claro está cuando se trata de salvar una acera o un camino difíciles, o cuando un extremo utiliza el carácter público del gesto para demostrar algo al otro extremo. En cambio, durante la relación sexual, las expresiones de participación son signos de vinculación de significación apreciable en algunas circunstancias, que constituyen un testimonio efectivo del estado de la relación; pero forzosamente únicamente para los dos individuos que intervienen directamente, e incluso éstos pueden utilizar la oscuridad para asegurarse una ambigüedad estratégica¹⁰.

En la sociedad occidental los signos de vinculación tienden a ser inherentemente ambiguos, en el sentido de que cualquier signo puede denotar relaciones de distinto nombre, diferentes condiciones y en diversas fases, o puede inducir a error total e intencionadamente. A fin de cuentas, creo que ello refleja el hecho de que no existe un acoplamiento exacto entre los elementos y las unidades de la vida pública y los elementos de la estructura social. (Por ejemplo, una «carabina» es alguien que presta su presencia física en una reunión social para impedir que las muchachas se dejen llevar por la excitación que causan la conversación y el baile. Es exclusivamente una criatura del orden público; toda su existencia se orienta a las

¹⁰ La considerable delicadeza de información de esta forma de interacción es algo que se estudia en John L. Schimmel, «The Psychopathology of Egalitarian Sexual Relations», en *Psychiatry*, XXV (1962), 182-186.



reuniones y está contenida dentro de ellas. Aunque las mujeres de edad y de respetabilidad garantizada están especialmente calificadas para esta tarea, no es necesario que la desempeñen habitualmente, y no existe un acoplamiento exacto entre las diferentes categorías sociales de quien la desempeña y la función que realiza en la interacción mientras la desempeña.) En ocasiones sociales como las ceremonias nupciales y las lunas de miel son los únicos lugares en que probablemente veremos un acoplamiento exacto entre las dos esferas. Ello implica que la interpretación de las relaciones estará casi siempre sometida a restricciones e incluso a errores, tanto si son los extremos quienes inducen a ellos como si no, y parece que esta falibilidad es algo generalmente entendido.

Los individuos, sabedores de esta falibilidad, tratan de reducir la ambigüedad mediante la verificación de sus propias interpretaciones de un signo de vinculación con las interpretaciones de otros, igual que los extremos tratan de facilitar no de frustrar ese examen. Y, de hecho, es probable que se dan tantas oportunidades de verificación que por lo general cualquier signo concreto de vinculación suele ser redundante y se puede prescindir de él.

Conexo al proceso de verificación es el hecho, conceptualmente molesto, de que para interpretar la relación de dos o más personas que están presentes, el intérprete generalmente utilizará una información ubicada de forma difusa en el contexto social. De hecho, un signo de vinculación depende del contexto por lo que respecta a su significado, aunque se vea como si estuviera íntimamente conexo a los actos y los cuerpos de las personas que figuran en la relación¹¹. Además, la idea del contexto en sí no se puede limitar a la situación *actualmente* disponible. La información biográfica de que dispone uno acerca de los extremos de una relación observada se puede haber adquirido en gran medida fuera de la situación actual, y, sin embargo, influirá mucho en la interpretación que se dé del comportamiento que los dos manifiestan uno respecto del otro. Análogamente, la interpretación que hace uno de su orientación mutua actual puede estar muy afectada por el hecho de haberlos visto en la misma orientación unas horas antes y en un contexto algo diferente. De hecho, cuando se ve por primera vez a dos individuos que pueden tener una relación se pueden extraer muy pocas conclusiones;

¹¹ La índole contextual de los signos de vinculación se advierte en forma extremada en el caso de los territorios personales fijos, como, por ejemplo, el interior de los establecimientos domésticos. Casi cualquier utilización del equipo y las instalaciones por un no residente dará información, por la forma en que los utiliza, acerca de la relación de ese no residente con los amos de casa.

lo que importa es la segunda o la tercera vez que se los ve, pero únicamente porque ha habido una primera o una segunda vez.

En general, se tiende a verificar los signos de vinculación mediante la comparación con lo que se puede interpretar de las categorías sociales y personales de los extremos de la relación. Ello, desde luego, aumenta la redundancia de toda la operación. Pero deberíamos estar dispuestos a entender que los vínculos pueden interpretarse de modo que el intérprete se pueda informar acerca de las identidades sociales y personales de los extremos del vínculo, e incluso es posible a que a veces los interprete con objeto de informarse acerca del contexto social. Así, lo que interesa cuando se ve que un viejo y una joven van de la mano es el vínculo sugerido que los une; es posible que sus identidades sociales, como tales, interesen poco. En cambio, lo que interesa cuando son dos hombres los que van de la mano no es que tengan una relación estigmatizada, sino más bien que cada uno de ellos tiene una identidad estigmatizada. Asimismo, muchas veces lo que le preocupa a uno un sábado por la noche no es tanto con *quién* se le ve a uno, sino *que* no se le vea solo, ejemplo que explica por qué en una pareja que sale junta puede contener dos personas, ambas de las cuales preferirían haber salido casi con cualquier otra, pues la mujer sirve para ocultar al público que el hombre no tiene nadie que le guste, y el hombre desempeña la misma función respecto de ella.

Lo que hemos visto hasta ahora acerca de la capacidad de información del comportamiento bipersonal puede expresarse de otro modo. Cabe aducir que en la sociedad occidental, al igual que probablemente en todas las demás, existe el «derecho y el deber de la exhibición parcial». Dos o más individuos presentes juntos tienen el derecho y el deber de facilitar alguna información al público en general acerca de su relación, y el derecho y el deber de dejar sin señalar otra información acerca de su relación (análogamente cabe hablar de la regulación social de la información acerca de la identidad social y la personal). Ello no sólo es válido respecto de los signos de vinculación, sino de las declaraciones de vinculación, como cuando se advierte una leve obligación de informar a la persona con quien se está acerca de la relación de uno con una tercera persona a la que ha saludado de pasada. Obsérvese que esta norma general acerca de la exhibición parcial vincula específicamente dos esferas dispares: las relaciones sociales y el orden público.

Un segundo aspecto que se debe señalar es que uno espera que encajen tres factores, al menos parcialmente: la identidad (tanto social como personal), la opción de relaciones y la rectitud de conduc-

ta. Existe una tendencia a asumir que la información acerca de cualquiera de estos tres datos permite al individuo prever toda una gama de posibilidades acerca de los otros dos, y que se podrá utilizar la interpretación de uno de los tres para la de los otros dos. Como ya se ha sugerido, se dispondrá de un número excesivo de signos.

Debe ser evidente que en una comunidad pequeña, aislada y estable (en la que cada persona conoce desde su nacimiento a todos los que son más jóvenes que ella, y también es conocida desde su nacimiento por todos los que son más viejos), las existencias generales de conocimientos biográficos en la comunidad, puestos al día de vez en cuando para tomar nota de los cambios en las relaciones, harán por lo general que la interpretación actual de los signos de vinculación no sea informativa (claro que en cada comunidad hay rupturas entre extremos solidarios de relaciones, y en casi todas las comunidades se ejerce una cierta opción acerca de la elección de compañeros, con períodos consiguientes de revelación gradual; por ende, siempre habrá algún interés por los signos de vinculación). Análogamente, como ya se ha sugerido, en las calles más anónimas de la vida urbana, en las que el encuentro mutuo es muy breve y ninguno de los presentes dispone de conocimientos biográficos acerca de los demás presentes, el interés por los signos de vinculación puede ser muy escaso, si es que existe en absoluto. El interés que los signos de vinculación parece más evidente en las situaciones intermedias entre ambos extremos, situaciones en las que se dispone de algunos conocimientos biográficos, pero éstos no son completos, o en que unos desconocidos se ven reunidos para algo más que una coparticipación puramente momentánea en una reunión social.

III. Tipos de función

Los actos y los acontecimientos que constituyen signos de vinculación parecen tener algunas funciones sociales, y de hecho esas funciones nos brindan un medio de dividir los signos de vinculación en clases con fines de descripción. Se estudiarán tres de esas clases de funciones-clase: rituales, marcas y señales de cambio.

1. *Rituales*.—Los rituales interpersonales son, por definición, signos de vinculación, pues aparte de todos sus demás aspectos, son testimonio de una relación. Ello es evidente en el caso de los ritos positivos, de apoyo, que pueden entrañar una referencia directa al nombre de la relación; igualmente evidente debería resultar respecto de los rituales negativos, de rechazo. Cuando quiera que dos personas están próximas físicamente, la forma en que manipulan las

normas restrictivas de la coexistencia dará una interpretación de su relación, tanto si hay alguien que las está mirando como si no. Así, dada una distancia corriente de mirada para sostener cómodamente una conversación¹², un chico y una chica que están en una estación de ferrocarril a una distancia que parece excesiva implican que su orientación mutua es algo que se puede abandonar en cualquier momento, y que existe muy poco compromiso de relación. De modo parecido, cuando un individuo, para liberar las manos, pasa algo a un compañero durante un instante y no enmascara este acto con un por favor y un gracias, por suponer que unos entendimientos y unos intereses comunes bastarán para explicar y justificar su presunción, lo que está implicado es que existe una relación de larga data¹³. Del mismo modo, cuando una pareja que está en una cola encuentra algo que decir y sigue separada al hablar cara a cara, en lugar de limitarse a orientarse con medios giros, cabe suponer que la relación es lo bastante nueva para justificar una atención, una cortesía a la que se renunciará más adelante si la relación va desarrollándose. Una conclusión parecida cabe extraer al observar una pareja sentada a una mesa de restaurante: él se orienta totalmente a las declaraciones de ella, y responde con rapidez y agrado, como si descubriera aspectos en común insospechados, y ella habla de forma introspectiva, como si ahora ya se pudieran revelar ideas muy íntimas, pero que todavía no se han revelado; o ambos se comunican datos biográficos, con lo que revelan lo que todavía no se ha compartido.

El mejor ejemplo de estas informaciones fugitivas nos viene de Henry James y su forma de describir cómo una señora joven se enteró de que la mujer que le presentó a su marido no tuvo siempre una relación inocente con éste. Merece la pena hacer una larga cita:

Isabel pasó al salón que solía ocupar, el segundo desde la gran antecámara a la que se entraba desde la escalera y en el que ni siquiera los ricos ornamentos de Gilbert Osmond habían logrado corregir un aspecto de desnudez más bien espléndida. Justo después del umbral del salón se detuvo de golpe, y ello debido a que había recibido una impresión. La impresión, en términos estrictos, no carecía de precedentes, pero ella lo percibió como si se tratara de algo nuevo, y el silencio de sus pasos le dio tiempo a absorber la escena antes de interrumpir.

¹² En el sentido estudiado por Robert Sommer, en «The Distance for Comfortable Conversation: A Further Study», en *Sociometry*, XXV, núm. I (1962), 111-116.

¹³ Sugerido por Dean MacCannell, que añade en una monografía inédita: «Una mujer no le pasa el bolso al hombre con quien está para que se lo tenga mientras ella 'se arregla' hasta que ambos han alcanzado una fase de cierto entendimiento.»

pirlla. Allí estaba madame Merle, con el sombrero puesto, y Gilbert Osmond hablando con ella; pasó un momento hasta que se dieron cuenta de su entrada. Claro que Isabel lo había advertido muchas veces; pero lo que no había visto, o por lo menos no había advertido, era que su coloquio se había convertido de momento en una especie de silencio familiar, por lo que percibió inmediatamente que su entrada les alarmaría. Madame Merle estaba de pie en la alfombra, a poca distancia de la chimenea; Osmond estaba hundido en un sillón, echado hacia atrás y mirándola. Ella tenía la cabeza bien alta, como siempre, pero doblegaba la mirada hacia él. Lo primero que llamó la atención a Isabel fue que mientras madame Merle estaba de pie, él estaba sentado; esto tenía algo de anómalo que la hizo detenerse. Luego percibió que habían llegado a una pausa intermedia en su intercambio de ideas y estaban pensando, cara a cara, con esa libertad de los viejos amigos que a veces intercambian ideas sin expresárselas verbalmente. Ello no tenía nada de llamativo, pues efectivamente eran viejos amigos. Pero dejaba una imagen, de sólo un momento, como un relámpago repentino de luz. Sus posiciones relativas, su mirada mutuamente absorbida, le impresionaron como algo que hubiese descubierto. Pero todo acabó en el momento en que acababa de verlo. Madame Merle la vio y le dio la bienvenida sin moverse; su marido, en cambio, se levantó de un salto. Al cabo de un instante murmuró algo de que quería dar un paseo y, tras pedir excusas a la visitante, salió de la sala¹⁴.

La disponibilidad de esos signos no debe entenderse meramente como prueba de que la vida pública puede ser traicionera para quienes desean disimular una relación. Me parece más importante que esas señales permiten a los individuos cuando se hallan en público iniciar encuentros sin demasiado temor de que su inocencia se interprete mal y ocurran situaciones comprometedoras¹⁵.

2. *Marcas*.—Cabe calificar de marcas a los actos o las disposiciones que funcionan para exhibir o establecer la reivindicación de un territorio por una parte. Hay un tipo de territorio que comprende posesiones que un individuo lleva consigo, como la ropa, los libros, el bolso, los paquetes, el perro, etc. Una de esas posesiones

¹⁴ Henry James, *The Portrait of a Lady* (Nueva York, Modern Library Edition, 1951; Londres, Penguin, 1969), págs. 164 y 165.

¹⁵ Una vez vi en una sala de espera de un aeropuerto cómo un joven del Sur, de alta clase media, sostenía una conversación de veinte minutos con una mujer borracha, de clase obrera y edad madura, iniciada por esta última después de haber tratado de enredarse, sin conseguirlo, con tres objetivos anteriores. El muchacho estuvo todo el tiempo manteniendo un aire considerado de interés por lo que decía ella, pero en todo momento mantenía una cierta expresión como de guiñar el ojo y un centro de atención que se enfocaba en una parte mayor de ella de lo que sería habitual con alguien que no desempeñara el papel de actor. Sin este medio cortés de establecer distancias con ella ante los demás no hubiera sido posible su galantería.

personales es cualquier persona con quien el individuo tiene una relación íntima, especialmente cuando esa otra persona está subordinada y sometida la atención de terceros. En este caso, las marcas adoptan la forma de signos de vinculación, muchas veces del tipo que permite al extremo dominante dirigir y controlar los movimientos del otro y, de otros modos, patricular las reivindicaciones de relación. De hecho, todo signo que le informe a uno de una relación desempeña alguna función como marca, pues no existe ninguna relación anclada que no contenga en sí algún aspecto de exclusividad que se pueda ver puesto en peligro por terceros.

Las marcas más importante en cuanto a proporcionar información acerca de las relaciones parecen ser las que designan a un acompañante entre un subconjunto de los copresentes. La coparticipación en una compañía, *per se*, nos dice poco del nombre o las condiciones de la etapa de la relación social de los participantes, únicamente que existe una relación anclada de algún tipo, pero la experiencia con las prácticas de asociación de las diversas categorías de personas le permite a uno —aunque, desde luego, con aspectos falibles— formular evaluaciones específicas. Así, un hombre y una mujer adultos que están comiendo juntos una noche en un restaurante pueden ser meramente amigos, hermanos, colegas, parientes políticos o incluso meramente vecinos, pero se tiende a asumir que entre ellos existe una relación de salir juntos, marital o extramarital, mientras que si en la mesa de al lado hay dos hombres, generalmente dan la sensación de que, cualquiera sea su relación, no es de ese tipo. Evidentemente, las bases de esas interpretaciones descansan en la norma social general de la sociedad de clase media de que los participantes en una compañía social de sexos opuestos no son meramente amigos; en general, no es ahí donde se encuentra la amistad: ésta se encuentra entre pares de hombres (o pares de mujeres). Se percibe que la información en esos casos se deriva de la compañía, pero si se deriva así es porque existen ideas previas generales acerca de la asociación.

Cuando mejor se ven las marcas de relación en nuestra sociedad, creo, es cuando las personas cuya compañía se exhibe mediante la mera proximidad ecológica se encuentran con que no basta con esto para garantizar su integridad. Así, cuando una pareja acaba de entrar en una reunión social durante la cual tendrá que separarse, es posible que cada uno de sus miembros emplee signos especiales de intimidad, como un apretón de manos y una sonrisa privada y cariñosa, exhibición que funciona en parte para apuntalar su relación contra una separación pasajera, pero que también sirve para dar a

los presentes una prueba inicial de la relación y de qué es lo que se habrá de respetar.

Las disposiciones de comportamiento vistas hasta ahora son disposiciones que se emplean convencionalmente como marcas. Brindan medios abiertos y directos de establecer una reivindicación, y ésta consiste en una relación con el individuo marcado. Pero, como ya se ha sugerido, si el contexto es favorable, cualquier signo de vinculación puede adoptar una función de marca. Así, las incursiones menores que un miembro de una pareja sexualmente íntima puede realizar en las reservas territoriales del otro pueden tener la calidad especial de servir para reivindicar a la persona penetrada, pero de una forma que probablemente se negaría como tal si se pusiera en tela de juicio esa función.

3. *Señales de cambio.*—Los actos y los acontecimientos que funcionan para establecer y significar un cambio de relación, esto es, las señales de cambio, constituyen un conjunto especial de signos de vinculación. Los rituales de nacimiento, matrimonio y muerte forman un conjunto de ejemplos. Otro es el que abarca ocasiones en que *por primera vez* se toman pequeñas libertades: utilización de las posesiones personales del otro sin pedirle permiso, penetración en el espacio personal del otro, uso inicial de formas familiares de dirigirse a otro, etc. Y lo que quizá sea más importante son los actos de afecto la primera vez que se efectúan, lo cual incluye todo, desde tomar de la mano hasta la cópula. Obsérvese que esos actos iniciales siempre parecen entrañar la toma de libertades, cuya magnitud (y su importancia en el acto) varía según los actos y según las situaciones. Es probable que la primera vez que se toman pequeñas libertades o que se dan actos de afecto entre dos individuos sea en privado, y forzosamente los signos de vinculación consiguientes carecen de sentido salvo para los propios participantes; la primera vez que ocurre un acto de esos en presencia de terceros conocidos también genera un signo de vinculación, pero un signo que conlleva una significación distinta del primero, pues no nos habla de la intimidad a que se ha llegado en una relación, sino de la política de ratificación que los extremos han instituido acerca de su intimidad.

Debería resultar evidente que muchas señales de cambio se ritualizarán. Así, el signo que restablece una relación con alguien que vuelve a casa de la guerra, la cárcel o un largo viaje puede adoptar la forma de una celebración del regreso. Análogamente, y esto es más importante, muchos pequeños intercambios de apoyo tienen importancia como señales de cambio. Es probable que el saludo que se deben mutuamente unos individuos conocidos cuando termina un

período de separación contenga información importante acerca del estado de la relación, a menudo adrede, y esto puede tener un efecto orientador clave incluso cuando aparentemente el ritual mantiene un carácter afirmativo normal. Si un extremo juzga las cosas a fondo puede distinguir lo que se le debe conforme a las convenciones de lo que se puede entender (y es posible que se pretenda que así se entienda) como presagio de cómo van a ir las cosas en adelante entre él y el otro. Cuando una relación se halla en sus fases iniciales, este tipo de información puede resultar especialmente significativa, al permitir a quien más desea relacionarse saber hasta dónde puede intentar acercarse y a qué velocidad, y ello sin dar ninguna información a terceros. En las relaciones muy establecidas, es posible que las cosas de este tipo no tengan excesiva importancia, salvo en momentos especiales para saber cuándo se han pasado los enfados o cuándo se han desvanecido unos repentinos buenos momentos, pero en muchas relaciones de amistad en las que cabe prever que haya ocurrido algún deterioro desde el último encuentro, es posible que en cada ocasión de contacto hagan falta sugerencias acerca de dónde se halla la relación.

De todas las señales de cambio que cabría estudiar, el tipo en que deseo centrarme es la que señala el principio de una relación «estrecha» cuando antes no había relación o existía una relación de distancia. O sea, que lo que interesa es la formación de las relaciones.

Todas las relaciones ancladas presuponen un «conocimiento», es decir, un estado de conocimiento mutuo reconocido mutuamente y expresado ritualmente en el intercambio de saludos entre ambos extremos cuando entran en la presencia inmediata el uno del otro. El conocimiento ocurre de dos formas: mediante la presentación (sea por una tercera persona o porque uno de los extremos se acerca al otro) o de forma creciente, como ocurre cuando un nuevo miembro de una comunidad o una empresa va entrando lentamente en el grupo de los conocidos. Una vez que se produce el conocimiento, lo habitual es que las partes también se vayan inciendo en una relación de una identidad particular («Mira, tienes un hermanito nuevo»; «Mira, éste es tu primo de Pomona»; «Soy su nuevo vecino»; «Aquí, Juan, va a trabajar con nosotros», etc.). En este caso, la relación mínima es el conocimiento «de saludo» o «de simples conocidos», títulos que reconocen el hecho de que se pueden intercambiar presentaciones entre personas de las que en realidad no se espera que esa presentación las lleve a adquirir una gran relación, o por así decirlo, una ritualización de un ritual.

La mayor parte de las relaciones ancladas parecen surgir por motivos externos a ellas mismas, como resultado directo e inmediato de disposiciones institucionales (hermanos, clientes, colegas, vecinos, por citar algunos ejemplos). Sin embargo, existen otras relaciones cuyo carácter es intrínsecamente discrecional. Algunas de ellas se inician por opción de los participantes debido a lo que ocurre durante la interacción directa. Otras preceden a una reunión determinada, pero modifican radicalmente su dirección y su desarrollo debido a lo que ocurre durante esa reunión. En ambos casos podemos enterarnos de cómo se produjo una relación discrecional si le vamos siguiendo la pista hacia atrás hasta su punto de partida, hasta las circunstancias en las que se aprovechó una ocasión de estar en contacto que no tenía forzosamente que haber llevado a nada. Dicho sea de paso, en la sociedad occidental son estas relaciones discrecionales, sean nuevas o reorientadas, las que entrañan más directamente el estudio del orden público expresado en las normas de la coexistencia, dado que esas normas facilitan e inhiben el que ocurran encuentros en que puede darse una labor de relación. Y, naturalmente, esos mismos períodos de contacto señalan las organizaciones sociales que brindan el contexto más amplio y la ocasión para que ocurran: barrios, escuelas y universidades, lugares de trabajo, sitios de vacaciones, etc.

De todas las relaciones que en nuestra sociedad pueden originarse o desarrollarse gracias a lo que se puede organizar durante las ocasiones de contacto, hay tres a las que cabría prestar especial atención. La primera es la relación de «pareja» (o de «par»), que en este caso implica un lazo orientado sexualmente, sea el salir juntos una vez, el salir juntos en plan fijo, el asunto adúltero, el arreglo doméstico o el matrimonio. En segundo lugar, la relación de «compañeros», el lazo de amistad no sexual cuyos extremos están el uno a la disposición del otro para diversas formas de ayuda mutua y que juntos forman una compañía de dos personas para diversos tipos de participación social. Normal, aunque no forzosamente, los compañeros se reclutan entre personas del mismo sexo. En tercer lugar están los «círculos», dos o más parejas (junto con, de vez en cuando, algún individuo no emparejado) que constituyen un conjunto relativamente cerrado para ir a comer juntos, aventurarse en actividades recreativas comerciales y montar pequeñas fiestas. Obsérvese que estas tres unidades: parejas, compañeros y círculos, constituyen una gran parte de las bases no familiares de la «vida social», esto es, de las actividades recreativas fuera del trabajo.

De las tres relaciones que estudiamos aquí, parece que la pareja es la más importante. En la sociedad occidental moderna existe un gran interés por la formación de la pareja, tanto cuando ésta entraña

extremos que no están emparejados en otro sentido como cuando se trata de extremos ya emparejados y que por tanto traicionan una relación al formar el nuevo vínculo; por ejemplo, la novela sobrevive gracias a ese interés. Las razones son evidentes. La importancia de quien se convierte en cónyuge de uno es enorme, tanto para uno como para el cónyuge. y, sin embargo, el proceso contiene una cierta cantidad de elementos aleatorios, pese a las tendencias de algunas clases sociales a los matrimonios arreglados. De hecho, el emparejamiento y el reemparejamiento en potencia constituyen uno de los principales riesgos y placeres de la vida pública, al menos de los múltiples lugares de la vida pública en que ocurre la coexistencia de los sexos. Ello no se debe a que la formación de la relación sea el único interés, ni siquiera el principal, sino a que es este interés el que se puede realizar de paso y accidentalmente durante todos los contactos entre los distintos sexos fuera de la familia propia.

Evidentemente, son las situaciones sociales las que brindan la oportunidad de formar relaciones, y especialmente las fiestas y otras ocasiones «abiertas», es decir, ocasiones en que la propia participación confiere el derecho de iniciar una conversación con cualquiera de los presentes y de ser recibido de forma amistosa. Por tanto, podemos prever un plan estratégico básico. El iniciador se expone al rechazo y al juicio de que es indeseable, juicio que a cualquiera que mantenga las distancias se le permite eludir; la receptora se expone a dar pruebas materiales de la deseabilidad del otro sin obtener la relación que suele ser la salvaguardia de ese reconocimiento. La solución consiste en el tacto estratégico. El iniciador se compromete a ser lo bastante poco decidido y lo bastante desalentable como para que si se le ha de rechazar ello se pueda hacer de forma delicada, como si dijéramos indirecta, lo cual le permite mantener el criterio de que en realidad no había hecho ninguna tentativa. Y cuando la receptora desea alentar a que se le haga la propuesta, lo hace de tal modo que se pueda interpretar como una mera actitud amistosa, si es que es necesario recurrir a esa interpretación. Lo que pudiera ser una propuesta se rechaza efectivamente con lo que puede ser una negativa o se alienta efectivamente con lo que puede ser una manifestación de interés.¹⁶ El iniciador no sabrá con segu-

¹⁶ Tras estas posibilidades hay algo más provisional y aun más limitado, esto es, la disposición por parte del individuo de dedicarse a emparejarse con un otro determinado, sin que ello lleve necesariamente a ningún tipo de manifestación de interés en absoluto, un estado de deseo controlado al que a veces se denomina «gustarle a uno...». Un individuo también puede dar la impresión de que está más abierto de lo habitual al emparejamiento, que es lo que a veces se califica de «ir buscando plan».

ridad si se ha recibido su mensaje y si lo que hizo la receptora entonces fue la respuesta, y la receptora no sabrá con seguridad si se le ha hecho una propuesta. Así se produce una ambigüedad, pero ésta no se deriva de una falta de consenso, un fracaso en las comuniones ni un derrumbamiento de la organización social, sino de la participación competente en el juego de las relaciones. Así, en lugar de retirarse abruptamente de la tentativa de que la cojan de la mano, una mujer puede actuar con tacto y esperar a la primera ocasión posible en que pueda parecer que necesita hacer algo con ella, y después volverla a poner en un sitio menos accesible.

Naturalmente, estas circunstancias de la acción originan determinadas complicaciones. Los individuos que estarían dispuestos a ser amistosos y amables controlan sus impulsos para que no parezca que alientan a una propuesta o que están formulando una propuesta, y quienes darían muestras de perfecto tacto frente a una muestra de un interés no deseado por parte de otro deben de preocuparse de impedir que se siga comprometiendo. Y se hace posible jugar con otro, igual que es posible mantener al otro mínimamente esperanzado, de modo que esté disponible como recurso de reserva si las cosas llegan a ese punto. Y Sartre puede hablarnos de cómo puede tratar de la evolución de las cosas una mujer que empieza a salir con un hombre y mantiene la ficción de que el interés de éste es totalmente inocente:

Pero entonces la agarra de la mano. Este acto de su compañero puede modificar la situación al exigir una decisión inmediata: abandonar esta mano equivale a que ella misma consienta al flirteo, a comprometerse. El retirarla equivale a romper esa armonía frágil e inestable que da su encanto al momento. Se trata de retrasar lo más posible el instante de la decisión. Ya sabemos lo que pasa entonces: la muchacha deja la mano, pero no se da cuenta de que la deja. No se da cuenta porque da la casualidad de que en ese momento es todo intelecto...; la mano queda inerte entre las manos cálidas de su compañero, sin consentir ni resistir: es una cosa¹⁷.

Podríamos seguir a Sartre y calificar a esto, moralistamente, de «mala fe», o seguir a Bateson y calificarlo de algo peor, pero desde luego como maniobra no está nada mal.

La visión tradicional de la función de las señales en la formación de relaciones debe complicarse en un respecto, por lo menos,

¹⁷ Jean-Paul Sartre, *Being and Nothingness* [*El Ser y la Nada*], en traducción de Hazel E. Barnes (Nueva York, Philosophical Library, 1956; Londres, Methuen, nueva ed., 1969), págs. 55 y 56. En esta versión hemos preferido traducir directamente de la edición francesa de NRF, París, 1957, pág. 95.

cuando se considera la sociedad tradicional de clase media. El establecimiento de un mero conocimiento en los lugares públicos es cosa aprobada como tal, aparte, claro está, de la cuestión de quién está bien que se conozca con quién; cuando se hace bien se entiende que no debe dar vergüenza cometer ese acto delante de desconocidos. Pero se espera que se disimule toda una gama de otros datos: la formación de relaciones emparejadas, la ruptura de relaciones con peleas y traiciones, y las malas relaciones en general. Es como si los individuos relacionados estuvieran obligados a presentarse a sí mismos como relacionados de forma no cambiante por lo que respecta a terceros. Es cierto que verse rechazado en presencia de otros se limita a aumentar una pena que ya se sentía antes, pero cuando una propuesta se hace públicamente y se acepta, también puede causar vergüenza, tanto para el iniciador como para el receptor, pues en ese caso cada uno da muestras de que anda buscando relaciones.

Hay que añadir otra base a la ya expuesta para el uso de la discreción. La relación de pareja es exclusiva, y cuando personas ya emparejadas forman nuevas relaciones de este tipo es probable que se disimule la formación de la relación, para que la traición no se vea traicionada¹⁸.

Si se tiene todo en cuenta, no es de extrañar que la formación de relaciones sea algo que muchas veces se intenta mediante señales de cambio que son ambiguas para el receptor e imperceptibles por terceros.

En esto es donde podemos ver la importancia de los signos de vinculación en la estructura misma del orden público: porque las fiestas y otras reuniones «sociales» no son únicamente escenas en las que pueden darse ofertas y demostraciones de interés. Parece ser una norma de la circulación por las aceras y de la copresencia cercana incidental en los establecimientos de servicios y las oficinas que cuando los hombres y las mujeres entrecruzan su camino a distancia relativamente corta, el hombre ejerce su derecho de mirar un segundo o dos a la mujer que se acerca, y la mujer a menudo aparta la mirada o por lo menos se cuida de devolver la mirada o de examinar al hombre, dos prácticas que modifican las miradas de quienes pasan al lado suelen darse para confirmar una asignación viable de carri-

¹⁸ En una monografía inédita (1965), Sue Branscomb ha estudiado las «compañías encubiertas», esto es, la expresión mediante signos de vinculación colusivos o ambiguos de un lazo de emparejamiento entre dos individuos en la presencia misma de sus cónyuges que no saben nada ni lo sospechan. Intervienen gestos desplazados de afecto, actos realizados paralelamente, miradas sostenidas o evitadas, insinuaciones, etc.

les¹⁹ (con este arreglo, a los hombres les resulta posible demostrarse a sí mismos y a sus amigos que participan en el juego sexual, y sin embargo correr muy poco peligro de verse realmente envueltos en él). Ahora bien, dado este arreglo, la mujer puede indicar interés sutilmente si atrapa un momento la mirada del hombre o si mira a éste después de que él haya mirado o (según parece) después de cuando la habría mirado si lo hubiera hecho. Una vez que se ha dado esta muestra de interés, se pueden adoptar otras medidas (por ejemplo, el anticuado truco de que ambas partes finjan interesarse por el mismo escaparate), con objeto de que los dos puedan llevar el uno al otro a una conversación discreta. De hecho, entonces resulta estructuralmente posible que se inicie un contacto en una calle pública sin que los terceros sepan que ha ocurrido una formación de relación, y además sin que ninguno de los extremos ponga demasiado en peligro su propia capacidad para retirarse en cualquier momento. Claro que esto ocurre muy raras veces, al menos entre las clases respetables. Pero lo importante es que el tráfico peatonal está organizado incidentalmente de tal modo que existe esta posibilidad. Y como existen estas aperturas, tiene que haber normas compensatorias para impedir que la gente se abalance por ellas.

IV. Control de la información

Se ha aducido ya que quienes están en relación mutua exudan signos en este sentido, especialmente cuando se hallan en la presencia física inmediata el uno del otro. Las normas de la coexistencia son tales que generan por lo menos tres grandes fuentes de información de este tipo: la participación en una compañía, la gestión de pequeñas prerrogativas territoriales y la obligación de saludar a los conocidos encontrados casualmente. Más allá de estas fuentes centrales de información sobre la relación está todo el contexto en sí, pues éste filtra información. Además, si es necesario disimular las pruebas de una relación, hará falta que las disimulen ambos extremos, lo cual parece reducir a la mitad, por lo menos, las posibilidades de hacerlo. En todo caso, los extremos no sólo dan información sobre la relación, sino que también están obligados a darla, aunque esto

¹⁹ O sea, que la inatención cortés puede entrañar en este caso una cierta diferenciación de papeles en cuanto a las obligaciones. Existen otras circunstancias en que ocurre lo mismo. Así, cuando un individuo se abre camino a codazos hasta el mostrador de una cafetería para sentarse entre dos individuos en taburetes adyacentes, las personas que, por así decirlo, ya se hallaban en posesión, muchas veces contemplarán abiertamente al recién llegado, mientras que éste cuidadosamente mira delante de sí. Se hace una exhibición mutua de inatención cortés, pero más por parte del recién llegado que por quienes ya estaban allí.

tiene sus límites, en especial, como ya se ha sugerido, por lo que respecta a comunicar información sobre la evolución de las fases de la relación²⁰.

También se ha aducido ya que lo que uno espera de los individuos es que tanto su identidad personal y social como su carácter moral y sus relaciones encajen en un todo coherente y reforzado. Pero, naturalmente, no siempre se encuentra esa congruencia. Además, los signos de una relación no son más que eso; pueden ocurrir en ausencia de su referente, igual que puede ocurrir su referente en ausencia de ellos. Por una parte son posibles el disimulo, el fingimiento y la exhibición adrede; por la otra, son posibles descubrimientos correctos e incorrectos. A dos extremos que no hacen ninguna tentativa de disimular información ante un tercero les puede preocupar que el tercero crea o no en su sinceridad, pues si no cree en ella, quizá consideren necesario tenerlo en cuenta, y a quien está dispuesto a aceptar sin más la exhibición que hacen los dos extremos le puede preocupar que se crea o no que la acepta, pues si no se le cree quizá estime oportuno dar seguridad de ello. Además, han de ver que su muestra de aceptar lo que creen que le hacen saber puede ser una cobertura estratégica de sus dudas, igual que él mismo debe ver que las muestras que le dan los dos extremos de aceptar su aparente aceptación del cuadro que le presentan puede ser una cobertura estratégica de su preocupación por la actitud de él. En resumen, acerca de las relaciones se crea lo mismo que ocurre con cualquier acontecimiento que pueda apoyar o menoscabar la imagen de un individuo, es decir, un juego de expresión.

El ejemplo más evidente de estas cuestiones de estrategia se halla en las exhibiciones adrede. Es bien sabido, y ya se ha mencionado,

²⁰ Esto no significa en absoluto negar que según las sociedades existen grandes diferencias acerca de las formas correctas de manifestar en público las diversas relaciones. Por ejemplo, se ha escrito que los árabes del Sudán regulan así el comportamiento de sus esposas:

De una mujer se espera que sea circunspecta en presencia de su marido, y especialmente en público. Al expresarle su deferencia, como se hace en la práctica de la tennimla, la mujer tampoco debe discutir con su marido ni contradecirlo, ni debe sentarse a su lado en el mismo angareb, sobre todo si hay delante invitados. Cuando van por la calle, la mujer debe ir unos cuantos pasos por detrás de su marido. Una mujer no debe comer con su marido, y toda demostración de afecto entre una pareja casada delante de terceros es un acto sumamente vergonzoso. El tabú comprende incluso el tocarse en público. Idealmente, pues, marido y mujer deben actuar de la manera más formal el uno respecto del otro, salvo en la intimidad del hogar. Sin embargo, es cierto que las relaciones pueden ser más relajadas cuando quienes están delante son parientes cercanos de la misma generación o de las siguientes, pero la visión en público del marido y la mujer expone una relación muy rígida y formal.

Harold B. Barclay, *Buurri al Lamaab* (Ithaca, Cornell University Press, 1964), páginas 114 y 115. Evidentemente, estas normas sobre los signos de vinculación son muy distintas de las nuestras, pero igual de evidente es que intervienen signos de vinculación.

que como el carácter y la dignidad de uno se interpretan en parte a partir de las relaciones que tiene, es posible que una relación muy deseable se exhiba en lugares correctos y muy frecuentados con objeto de establecer el valor de uno. Como se decía antes, se trata de «presumir de novia», salvo que muchas veces a quien se exhibe es a la compañía de uno, y es tan probable que se trate de una relación prestigiosa de negocios como de una relación sexual.

Dados los supuestos acerca del ajuste entre atributos y relaciones, podemos prever que nos encontramos con individuos cuya condición convencional como pareja lleva a todo un torrente de imputaciones erróneas cuando participan juntos en su vida social como compañía de dos personas. Así, cuando una esposa joven y su marido, considerablemente mayor que ella, aparecen juntos en público entre personas que no les conocen, han de hacer frente a identificaciones erróneas de diversos tipos²¹. Asimismo, una novia de guerra británica casada con un negro y que vive en Chicago se enfrenta, entre otras cosas, con lo siguiente:

Quando voy a un espectáculo o a un bar me encuentro con que los hombres parecen dar por sentado que una chica blanca en un local negro está en venta. No es una forma agradable de decirlo, pero eso es lo que piensan. Se acercan y se ponen frente a nosotros, empiezan a sacar dinero y a hablar altísimo de cuánto tienen. Después me miran como si esperasen una respuesta²².

²¹ De una entrevista publicada en *Life*, 1.º de diciembre de 1967, con la esposa del magistrado Douglas: «A veces la gente se nos queda mirando cuando vamos de compras, y ya se sabe lo que están pensando: 'A saber dónde estará su mujer'».

²² Hazel Byrne Simpkins, «A Negro's British War Bride», en *Marriage Across the Color Line*, Cloyte M. Larsson, comp. (Chicago, Johnson Publishing Company, 1965), pág. 97. (Es posible que parte de esta reacción esté causada indirectamente por las diferencias culturales en cuanto a normas y entendimientos. Es posible que los varones en las comunidades de los *ghettos* negros posean la licencia para hacer observaciones abiertamente a las desconocidas de paso, al estilo del modelo argentino de los *piripos* [*sic*, N. del T.], y que las esposas blancas en las comunidades negras atribuyan a un trato discriminatorio algo que, de hecho, es una práctica general.) Hay otros ejemplos de compañías que llevan a los testigos a conclusiones incorrectas. Por ejemplo, una mujer que se encuentra de noche en una zona que se sabe frecuentan las prostitutas puede tropezar con problemas especiales con la policía:

Si la mujer va con hombres o está hablando con hombres es probable que la detengan si los hombres no son parientes suyos... Generalmente, una mujer que se pare a hablar con hombres que van en coche es sospechosa. Si una mujer está con un hombre de otra raza, la conclusión inmediata es que se trata de una prostituta. Si se encuentra a una negra en compañía de un blanco por lo general se produce un enfrentamiento con la policía, que se la lleva a la comisaría salvo que sea evidente que la relación es legítima.

Wayne R. LaFave, *Arrest* (Boston, Little, Brown and Company, 1965), página 455.

Se observará que tras esas imputaciones erróneas existe una falta de inclinación a hacer una evaluación correcta que en sí misma podría contener consecuencias que se consideran despectivas. O sea, que la imputación incorrecta es, de hecho, una cobertura creada por las personas a quienes esa cobertura esconde la realidad²³. Pero, evidentemente, alguien que tenga una relación no convencional puede crear él mismo una cobertura tras la que encubrir su vínculo. Así, nos enteramos del caso del niño cantante que tenía los gustos sexuales de un hombre maduro y que viajó por todo el país en una gira sacando plan con una chica diferente en cada ciudad, pero que manejó todos esos casos en público como si se tratara de su madre, pues era una interpretación más cómoda de la relación que la real²⁴. Se da, naturalmente, el *affaire* extramarital y las coberturas que se idean en este caso. Y en Los Angeles se utiliza el término de «beard» [barba] que se refiere a un amigo al que lleva a los sitios públicos una pareja ilícita para que se considere que él es el hombre de la pareja y el otro el amigo²⁵. Lo más corriente de todo es la madre que permite que su hija pase por su hermana, o por lo menos permite a los observadores tener la cortesía de actuar como si momentáneamente hubieran identificado mal la relación.

Es evidente que muchas veces lo que interesará a un individuo no será, primordialmente, obtener consideración por tener unas relaciones deseables ni evitar la desaprobación por tenerlas extrañas. Más bien le preocupará regir las imputaciones que se hagan acerca de su identidad y, por lo tanto, de sus intenciones.

Podemos examinar esta cuestión si empezamos con la imagen primitiva de la inocencia en nuestra sociedad y en muchas otras, la compañía que contiene una unidad familiar recolectora. Esta imagen es lo bastante fuerte como para confiar en ella como escudo. Así,

²³ Esto crea un peligro. Cuando un tercero ofrece una identificación errónea favorable de una relación muestra su juego, muestra lo que entiende como normal, y por lo tanto no se halla en situación de actuar con tacto si considera que la relación revelada no es la normal. A fin de evitar esos problemas, quienes se hallan en una relación peculiar pueden dejar las cosas claras desde el principio del encuentro antes de que nadie tenga una oportunidad de meter la pata, táctica que es normal en la forma de comportarse ante los estigmas, y que en este caso sólo es especial en el sentido de que el objeto de preocupación es una relación, y no un atributo personal.

²⁴ Véase Art Peters, «Comeback of a Child Star», en *Ebony*, XXII, núm. 3 (enero de 1967), 44, 46.

²⁵ Los «barbas» mayores fueron los miembros de los séquitos reales que se casaban con las favoritas de los reyes a fin de dar a estas damas una razón presentable para hallarse en la corte. Esos hombres —«barbas» institucionalizados— eran de un patriotismo especial, pues estaban dispuestos a dar a sus mujeres por su patria.

existe el mecanismo clásico del contrabandista que se presenta en la frontera con toda la familia, a partir del supuesto de la probabilidad de que las familias que van de viaje se limitan a eso, y no a hacer negocios ilícitos. Los mecheros (ratas de tienda) profesionales emplean a veces esta misma técnica, y utilizan la que es la auténtica bandera de nuestra nación para envolver en ellas las mercancías que no han comprado²⁶. Durante la segunda guerra mundial, los jefes de la Resistencia que estaban a punto de caer en una redada empleaban una «familia inventada», a partir también del supuesto de que una familia que iba de paseo por una calle de un barrio sospechoso sería objeto de menos sospechas que un hombre solo²⁷. También se ha utilizado el truco de la pareja de enamorados:

Un día llegó Sofie Rorvig con la noticia de que los alemanes se habían lanzado a una caza del hombre y habían distribuido su descripción [la de Starheim] calificándolo de «terrorista buscado». Mientras nos lo contaba llegó una patrulla de las SS. Era una noche de luna. Starheim y Sofie salieron de la casa de campo, sumidos en un amoroso abrazo, como si fuera una pareja de muchachos que buscaba un lugar tranquilo. Los de las SS los dejaron pasar y siguieron registrando casas, establos y pajares²⁸.

Y se han realizado actos de sabotaje en sitios peligrosos para los cuales se ha utilizado a agentes masculinos y femeninos que empleaban un signo normal de vinculación:

A Jules se le encargó que volara la línea. Y para disimular su disfraz decidió llevarse a «Denise». Jules decidió que «Denise» y él hicieran de novios y mientras iban de picnic volarían tres de los postes que llevaban la corriente principal a los ralles.

Tomaron un tren a Orleáns y luego fueron en bicicleta al punto de la operación de sabotaje. En las mochilas llevaban explosivos y mechas suficientes para el trabajo. No les llevó mucho tiempo llegar a la larga línea de postes que se extendía hasta Orleáns y, tras dejar las bicicletas junto a la carretera, se fueron de la mano hacia tres postes que, por fortuna, estaban en un prado.

²⁶ Véase, por ejemplo, Maury Levy, «Don't Wrap It, I'll Steal It Here», en *Philadelphia Magazine*, diciembre de 1970, págs. 100-102.

²⁷ E. H. Cookridge, *Inside S.O.E.* (Londres, Arthur Barker, Ltd., 1966), página 339. En una nota a la página 340 Cookridge cita un caso que debe ser el extremo del truco de la familia, muy parecido a un truco estilo Fanny Brice:

El general von Brodowsky, de las SS, no escapó a la justicia. El 16 de septiembre hombres de la Primera División Acorazada francesa que estaban cerca de Jussey en Haute Saône vieron a un prisionero alemán que llevaba un cochecito de niño. Dentro, cubierto por una manta, se encontraron al coronel von Alweyeden, jefe del Estado Mayor de Brodowsky. Cuando registraron los alrededores se encontraron al general de las SS, que estaba dormido en un establo.

²⁸ *Ibid.*, pág. 512.

En torno a la base de cada uno de los postes enterraron explosivos suficientes para el trabajo y conectaron los detonadores, que eran del tipo lápiz que detonaban al ir corroyendo una fina capa de metal en el cilindro propulsor, de forma de lápiz. Los detonadores tardaban algo en funcionar, pero la «pareja de novios» no se quedó a esperar. Todavía de la mano, los «enamorados» volvieron a cruzar el prado, recogieron las bicicletas y se dirigieron a Orleáns²⁹.

Ha habido también agentes que han hecho como si fueran hermano y hermana cuando viajaban juntos³⁰. También un policía describe la ayuda que se le prestó de la forma siguiente:

A veces, el silencio informa mejor que las palabras. Uno de nosotros estaba en Richmond, Virginia, en una misión secreta. Una vez se encontró horrorizado con que estaba frente a un pequeño traficante a quien había detenido una vez y llevado a juicio. No podía fingir que lo confundía con otro. «Cros, te conozco de la vez que me detuviste en Roanoke. Pero como me trataste bien, no voy a decir quién eres.» Ante la propuesta de que colaborase con una presentación a algunos pequeños distribuidores, el posible delator se mostró renuente. Por último llegamos a una solución intermedia. Me dijo: «No te presento a nadie, pero te diré lo que voy a hacer: dejaré que me vean andar contigo por la calle.» ¡Perfecto! El delator se fue de la ciudad y pronto vinieron a vernos algunos distribuidores que, como nos habían visto en tan buena compañía, se figuraban que lo único a lo que nos podíamos dedicar era a la droga³¹.

Obsérvese que la impresión que se cultiva cuidadosamente mediante la asociación momentánea puede ser válida, pero sin embargo puede ser necesaria organizar la impresión³².

Cuando se utilizan signos de vinculación, y por implicación relaciones, como cobertura, es posible que uno de los extremos de la relación no sepa que se está fabricando una información de cobertura. Así ocurre con el relato de Damon Runyon *Butch cuida del niño*, en el que un especialista en robos de cajas de caudales, que tiene que encargarse de su hijo pequeño, se lo lleva a hacer el «trabajo» y luego, cuando vuelve a casa después de realizarlo, logra con-

²⁹ Charles Wighton, *Pin-Striped Saboteur* (Londres, Odhams Press Ltd., 1959), pág. 158.

³⁰ Cookridge, *op. cit.*, pág. 209.

³¹ Malachi L. Harney y John C. Cross, *The Informer in Law Enforcement*, 2.^a ed. (Springfield, Ill., Charles C. Thomas, 1968), pág. 58.

³² Durante la Guerra de la Independencia [de los Estados Unidos] parece que un sastre de Nueva York fomentaba el comercio con los oficiales británicos a fin de adquirir y transmitir información estratégica. Este comercio ofendió a sus vecinos y menoscabó su reputación. Para contrarrestarlo, Washington se molestó en parar en casa del sastre para desayunar la primera vez que visitó la ciudad después de la victoria, con lo que fomentó una revaluación de la lealtad del sastre. Véase Allen Dulles, *The Craft of Intelligence* (Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1964; Nueva York, Signet, 1965), pág. 31.

vencer a la policía de que ha salido a buscar algo para un cólico del niño. Otro ejemplo procede de un antiguo delincuente inglés, que describe cómo se puede crear una cobertura un ladrón de casas en pleno día:

Seleccionaba un barrio al que se pudiera llegar fácilmente en los transportes públicos. Un coche, explicaba, era un peligro en potencia y posiblemente una molestia. Una vez que llegaba al barrio se paseaba por la calle principal y empujaba lo que llamaba él su «campana de preparación». Buscaba una pareja de ancianos y, al cruzarse con ellos, se quitaba el sombrero. En casi todos los casos, la pareja le devolvía el saludo. En sus vidas habían conocido a tanta gente que era seguro que conocían al cortés joven. Luego se paraba a la puerta de una tienda en que hubiera mucho público y saludaba con la mano a uno de los dependientes, que le respondía automáticamente. Todo esto era para disipar las sospechas de cualquier guardia que pudiera sentir una curiosidad malsana por él ³³.

Análogamente, lo que puede parecer un grupo familiar de un hombre y dos mujeres que salen de una estación puede ser en realidad un fugitivo y dos mujeres desconocidas a las que ha convencido para conseguir que le permitan llevarles las maletas, con lo cual se dota de una cobertura ³⁴. Según parece, una danesa miembro de la Resistencia, detenida en el Cuartel General de la SD por hallarse en posesión de material subversivo, se escapó así:

Edith Bonnessen negó que fuera ella la «terrorista» buscada, pero sabía que tenía muy pocas posibilidades. La dejaron en la sala con otro de la *Gestapo*, que estaba algo bebido. Trató de llegar a intimidades y «Lotte» le fue haciendo el juego algún tiempo. Luego pidió permiso para ir a los lavabos. El hombre quería acompañarla, pero en su estado alcohólico se confundió de puerta y, durante un momento, «Lotte» se encontró sola en el pasillo.

Bajó tranquilamente las escaleras, pasó delante de varios guardias y oficiales y llegó al recibidor del piso bajo. Allí vio que para salir del edificio tenía que enseñar un pase. Entonces, con toda calma, empezó a recorrer sola la *Shellhus*. En una oficina de la *Gestapo* se hizo con unas cuantas carpetas que se puso bajo el brazo para dar más verosimilitud a su papel de «secretaria». En uno de los pasillos vio a dos altos jefes de las SS que bajaban la escalera. Avanzó decididamente un solo paso detrás de ellos y pasó delante de los guardias de la puerta principal, que se pusieron firmes para saludar a los compañeros de «Lotte». Para seguir engañando a los centinelas, cuando los dos oficiales de las SS se metieron en su coche, ella gritó: «*Auf Wiedersehen, Herr Hauptsturmführer*, hasta la tarde!», y siguió rápidamente su camino hacia la libertad ³⁵.

³³ Eric Parr, *Grafters All* (Londres, Max Reinhardt, 1964), pág. 37.

³⁴ R. R. Suskind, «The Man Who Outwitted A Nation», en *Spy and Counter-spy*, Phil Hirsch, comp. (Nueva York, Pyramid, 1963), pág. 153.

³⁵ Cookridge, *op. cit.*, págs. 588 y 589.

Otra variante es la que ocurre cuando un extremo tiene conciencia del engaño y es utilizado contra su deseo, como cuando un desesperado toma en rehenes a una mujer y un niño, obligándolos a crearle una apariencia visual de cabeza de familia en el coche en que está tratando de huir. En la versión Hitchcock (en la que el héroe que trata de ser otro y no el que erróneamente se creen que es, corre hacia la heroína, que es una desconocida, y le da un gran abrazo, como si fueran una pareja) un extremo de la ficción no quiere ni sabe, pero recibe información y pasa a querer incluso mientras se mantienen las falsas apariencias, y ésta es la contribución Cary Grant-James Stewart al acervo de los signos de vinculación.

Debemos estudiar una última cobertura. Los individuos pueden actuar juntos en una situación social con objeto de mantener la falsa impresión de que *no* tienen una relación anclada. Esto puede adoptar la forma de que, aunque se encuentren en una situación de acceso fácil, no aprovechen la oportunidad de reconocer su relación, como en el llamado «encuentro silencioso» de agentes que intercambian información sin iniciar una conversación ³⁶, o en la estrategia normal de dos presos fugados que en los trenes y las estaciones actúan como si no se conocieran. Dentro del mismo método figura la práctica de dos individuos relacionados que inician el tipo de conversación breve

³⁶ Una buena descripción de esto es la que hace Alexander Orlov en *Handbook of Intelligence and Guerrilla Warfare* (Ann Arbor, Universidad de Michigan, 1963; Londres, Cresset Press, 1963), págs. 119 y 120:

Los llamados encuentros silenciosos tienen por objeto eliminar la evidencia de la comunicación entre los dos participantes y engañar a quienes los vigilan. Esas reuniones suelen celebrarse en parques, museos, bibliotecas y sitios así. Por ejemplo, el agente y la «fuente» pretenden estudiar un libro de referencias en la biblioteca. Cada uno de ellos, de forma independiente, va tomando notas mientras está sentado o de pie al lado o en frente del otro; luego, uno de los dos se marcha y, en lugar de llevarse su cuaderno o su carpeta, se lleva el de su vecino. O, mientras va ojeando una serie de libros, uno de ellos mete un sobre en un volumen determinado, que su vecino abre un poco después. Es un truco que no puede detectar sino un detective muy experimentado que sepa quiénes son los dos «investigadores». Hay otras variedades de la misma técnica: dos personas entran por separado en un cine y ocupan butacas adyacentes. Allí, al cubierto de la oscuridad, una pasa el material a la otra. O los dos se encuentran juntos en el mismo banco del parque. Uno de ellos ha traído una revista o un periódico, que coloca en el banco entre él y la otra persona. Cuando no hay nadie por los alrededores que pueda advertirlo, el otro recoge la revista (con el sobre dentro) y se marcha.

Las reuniones silenciosas han entrado en la cultura popular por conducto de las novelas de espionaje y se han convertido en tema de buenos trucos cómicos. Esto no debe hacer que olvidemos su importancia en la interacción, esto es, que la participación en la vida pública hace que constantemente haya desconocidos que entran en un contacto tan próximo que se puede confiar en la inatención cortés para evitar complicaciones de conversación, y como esto significa que se están observando unas normas de conducta bien estructuradas, siempre habrá ocasiones en las que pueda existir una relación efectiva y, sin embargo, disimularse.

que es permisible entre desconocidos y que, de paso, les brinda una cobertura para la entrega en secreto de mensajes. En todos estos casos, los individuos actúan «como si no se conocieran». Naturalmente, estas coberturas son típicas de quienes actúan en la clandestinidad. También debemos tener en cuenta ahora la actuación de uno o más individuos que mantienen a otro en observación sin que él lo sepa. Una vez más, la fórmula que se sigue es la de unos desconocidos que no se prestan atención cortésmente, pero debajo de eso existe una relación unilateral y disimulada.

El disimulo es algo que se encuentra casi siempre unido a los momentos críticos de una relación. Así, muchas parejas en luna de miel sienten algún deseo de disimular su situación, aunque también es posible que haya momentos en que deseen revelarla. Se han publicado consejos a las parejas en luna de miel sobre cómo disimular su condición³⁷.

El disimulo de una relación y la posibilidad inevitable de que otros la descubran lleva a algunas cuestiones estratégicas interesantes³⁸. Es posible encubrir de forma bastante eficaz la identidad exacta, los términos y la fase en que se halla una relación, pero resulta mucho más difícil disimular que se está disimulando algo. Cuando se descubre que se está ocultando algo —que hay algo que «no es natural»— las personas descubiertas quedan sometidas a la posibilidad de que se las considere totalmente sospechosas; pierden el control de lo que se sospecha de ellos, y esto puede convertirse en algo peor que la revelación de la realidad.

Ahora merece la pena estudiar las cuestiones estratégicas que crea el teléfono como sistema de comunicación. La conversación corriente cara a cara se organiza conforme al principio de que las personas que podrían controlar la charla, pero no son participantes ratificados en ellas, prestan una inatención respetuosa, y de que las personas que son participantes ratificados en ellas abierta e igualmente sostienen una actitud de entrega a la participación en ella. La primera norma la transgreden generalmente los testigos que dan muestras de un interés intruso por lo que está ocurriendo en la conversación, la segunda los participantes que dan pruebas de distracción o alejamiento.

Esta segunda transgresión es la que nos interesa. Una forma normal de distracción o alejamiento es la expresión de aburrimiento,

³⁷ No llevar ropa recién estrenada, no presumir ni sonrojarse al llenar la ficha del hotel, no dedicarse a exhibir demasiados cariños ni cortesías y no estar demasiado tiempo juntos.

³⁸ He estudiado algunas de ellas en *Strategic Interactions* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1969), págs. 138 y 139.

impaciencia o preocupación de un individuo. Otra es la comunicación colusiva dentro del círculo de conversación o fuera de él, que entraña un intercambio furtivo que excluye a algunos miembros de la conversación oficial y, de hecho, los traiciona. Esta traición colusiva se ve controlada —aunque no tanto como cabría imaginar— por el hecho de que los individuos que quedarían excluidos pueden ojear y vigilar el círculo de la conversación en busca de pruebas de la lealtad de los participantes.

La conversación por teléfono tiene el rasgo especial de que un participante puede dedicarse fácilmente a dar exhibiciones de alejamiento, tanto de la conversación como un todo como de cualquier cosa que ocurra dentro de ella, porque la otra parte no puede ver esas exhibiciones³⁹. Así, las personas al teléfono son mutuamente vulnerables en enorme medida. Cuando hay un testigo junto a uno de los que conversan, este último —el que está en medio— tiene un público disimulado ante el cual será muy fácil interpretar gestos colusivos de impaciencia, derogación y exasperación. Además, como es probable que la llamada haya interrumpido de alguna forma lo que estaban haciendo los copresentes, con un posible insulto a la relación en que se basaban sus actos, el que está en medio puede sentir una necesidad especial de quitar importancia al encuentro telefónico en comparación con el inmediato. En todo caso, tiene para con su compañero presente la obligación de hacer signos de lo larga que será la interrupción y de lo que opina acerca de lo larga que ya está siendo. En consecuencia, es probable que haya algún tipo de colusión entre el que habla y el compañero testigo.

Ahora debe introducirse una complicación. Parece ser un principio de las relaciones sociales que cuando unas personas relacionadas se hablan (directamente o por teléfono) expresen de una forma u otra exactamente la intimidad y la proximidad de la relación y lo agradable que resulta a ambas partes tener esta oportunidad de estar en contacto. Se aplica una «norma de solidaridad». De hecho, existe una tendencia a exhibir más interés y participación de lo que procedería, y si se comete algún error es más bien en el sentido de la

³⁹ Una situación estructuralmente parecida es la que se encuentra en los hospitales en relación con la central de enfermería con paredes de cristal, que muchas veces se organiza de modo que se pueda ver a los pacientes que están en el pasillo y en la galería. Desde esta caja de observación insonorizada, el personal médico y los ordenanzas pueden hacerse observaciones indiscretas y jocosas acerca de los pacientes que pasan delante de ellos. Otra situación estructuralmente parecida es la que se halla en los pequeños comercios en que dos dependientes que comparten el mismo idioma minoritario se enfrentan con un cliente que en principio no sabe más idioma que el mayoritario local. Se pueden hacer comentarios acerca del cliente, y de hecho es cosa que ocurre a menudo.

efusividad. Cuando se sabe que están presentes otras personas, los dos participantes entenderán que se han de limitar y moderar estas pruebas de intimidad, por lo menos algo. Pero cuando sólo están presentes los dos, entonces se prevé un torrente de «conversación cariñosa».

Volvamos al problema del que está en medio: de quien tiene un testigo a su propio lado del hilo y un participante al otro.

Si la conversación telefónica es breve y su tono puramente utilitario u oficial, entonces la presencia de un testigo puede no interesarle a nadie, y la persona en medio puede opinar que sus dos otros sentirán indiferencia a que exprese o no el hecho de que hay alguien distinto de él presente físicamente. En algunas circunstancias, la persona en medio puede informar abiertamente a la persona que está en el otro teléfono de que no puede dedicar tiempo ni intimidad a la conversación porque en ese momento está ocupada con alguien que se halla presente, y puede hacerlo de modo que sus dos otros reciban la misma versión de lo que está ocurriendo y ninguno de ellos se sienta ofendido. Pero esas dos soluciones no son posibles siempre, ni mucho menos. La norma de solidaridad relativa a la conversación entre personas relacionadas lo asegura. Básicamente, el hombre del medio se encuentra con que si es tan abierto y tan cariñoso con la persona que está al otro extremo del hilo como lo justifica su relación con esa persona, entonces debe distanciarse incorrectamente del testigo y además exponer públicamente lo que está destinado a ser privado; pero si se trata fríamente a la persona al teléfono, esta última puede sentirse ofendida, e incluso el testigo puede tener la sensación de que se está disimulando algo.

Existen tres métodos normales a los que puede recurrir la persona del medio para resolver este dilema. En primer lugar, puede tratar de «echarle cara», esto es, tratar con quien está al teléfono como si no hubiera ningún testigo presente, al mismo tiempo que utiliza colusivamente gestos para introducir al testigo en el asunto. En segundo lugar, puede hablar en clave, de modo que la otra persona comprenda que la conversación no es natural y que debe ver que no lo es, al mismo tiempo que se hace un esfuerzo por dar al testigo la impresión de que se trata de una llamada del tipo que se puede contestar abiertamente, de que su presencia es indiferente a todos los interesados. En tercer lugar, y esto es lo más delicado, la persona del medio puede tratar de seleccionar lo que dice de modo que quien está al otro teléfono tenga la sensación de que la relación queda bien expresada en la conversación, al mismo tiempo que el testigo tiene la sensación de que se trata del tipo de conversación que hace que la presencia de un testigo sea una cuestión indiferente. En estas cir-

cunstancias, la persona de en medio ejerce, de hecho, un tipo tortuoso de autocontrol; su participación aparentemente fácil en la conversación telefónica esconde una disciplina estricta. Pero dada la situación y el hecho de que esta manera de llevar la conversación filtra información sobre las relaciones, esta conducta precaria se fomenta estructuralmente y muchas veces tiene éxito ⁴⁰.

Queda por estudiar otra cuestión relativa a los signos de vinculación y al control de la información. Si dejamos de lado los casos dramáticos de personas que han de disimular una relación extraña, y el caso especial de hablar con una persona por teléfono mientras se halla presente otra persona, todavía nos queda algo importante. En el curso ordinario de los acontecimientos, la composición de varias «unidades de participación» en una reunión y las normas que rigen esas unidades, en resumen, la estructura de la situación, proporcionan información sobre las relaciones que es suficiente y aceptable para todos los presentes. En cierto sentido, eso es lo normal. Sin embargo, hay acontecimientos menores, no regidos por normas, que producirán constantemente configuraciones de personas en un contexto que produce, en relación con las relaciones, cuestiones acerca de las impresiones, o, en resumen, apariencias comprometedoras. La reacción a este rasgo problemático de los acontecimientos cotidianos es que quienes se ven comprometidos en potencia no se limitarán a tener listas explicaciones para dejar las cosas claras, sino que además se conducirán de forma calculada para que su entorno brinde una información correcta. Sin embargo, también existe la idea de que una expresión válida de las relaciones es natural y normal, que corresponde a la realidad dar información suficiente a estos respectos. Por lo tanto, y hasta cierto punto, la normalidad y la naturalidad de las situaciones (como ha aducido Garfinkel) son condiciones a las que se llega.

⁴⁰ Naturalmente, las llamadas inseguras tienen diversas complejidades. Tenemos la frase de «¿Puedes hablar?», en el sentido de preguntar si es posible que haya revelaciones indiscretas, que sean revelaciones debidas a que la línea esté intervenida, a que haya una segunda línea abierta en el mismo local, o un testigo ante quien no revelar ciertas cosas. La respuesta puede revelar que la línea no es segura a costa de revelar que las partes tienen algo que disimular, o puede permitir declaraciones que son abiertas desde el punto de vista del que habla, pero irrespondibles con respuestas inocentes (generalmente truncadas) por parte del receptor («en realidad no, pero dime»), o pueden autorizar una conversación abierta. El problema más difícil es cómo establecer la forma en que se ha de utilizar el conducto sin dar a terceros en potencia o en acto ninguna indicación de que se está adoptando una decisión. Mucho mejor elaborada está la técnica de utilizar respuestas monosilábicas que se pueden oír sin revelar lo que está ocurriendo, ni siquiera que esté ocurriendo algo digno de curiosidad.

Un ejemplo particular de este logro es el que ocurre respecto de las unidades de participación, esto es, grupos de uno (solos) y compañías. Se supone que la situación natural informará correctamente acerca de quién en el contexto está «solo» y quién forma una compañía con quién. Generalmente no hace falta mucha intención consciente para actuar de modo que este supuesto se vea apoyado por lo que ocurre. Pero, a veces, una de dos personas socialmente no relacionadas, o ambas, tendrá que modificar conscientemente el ritmo y la dirección normales de sus movimientos a fin de disipar la apariencia de que forman una compañía. Por el contrario, quienes están en una compañía y han abandonado su signo de vinculación ecológico debido a urgencias del desplazamiento en un ascensor, el cruce de una calle o el paso por cualquier otro punto intermedio desplazante o que exige atención es probable que hagan un esfuerzo consciente por reconstituir la demostración básica de la compañía en cuanto se restablecen las condiciones normales⁴¹. Cabría citar otro ejemplo de creación de apariencias normales. Por el contexto, generalmente se puede interpretar quién se dirige a quién (y por implicación que su relación es tal que sostiene esa dirección), dada la orientación de la cara y los puntos del tronco del orador hacia el receptor. De hecho, cabe evaluar con precisión una línea de orientación incluso cuando se está en ángulo con ella. Sin embargo, cuando hay un tercero en la línea directa de visión entre el orador y el receptor previsto, y ese tercero por casualidad mira al orador, entonces aquél puede suponer incorrectamente que es a él a quien se dirigen. En estas circunstancias, muchas veces vemos que el orador exagera enormemente lo estricto de su orientación y a veces abandona su posición anterior para restablecer una línea directa y clara entre sí mismo y el receptor previsto, y el interceptor, que quizá se haya encontrado respondiendo impropriamente (o suponiendo incorrectamente que alguien se había dirigido a él impropriamente) puede agacharse o cambiar de otro modo de posición, de manera que, efectivamente, se restablezcan las condiciones «normales» para el contacto. Así, puede lograrse que el contexto vuelva a reflejar las realidades de las relaciones.

Vengo aduciendo que siempre se extraen conclusiones acerca de las relaciones por lo que se ve en reuniones sociales, y que esas conclusiones pueden ser erróneas, sea debido a la imputación incorrecta que establece uno mismo o a que se ha hecho un esfuerzo por disimular la realidad. Eso no tiene nada de nuevo, pero cabe señalar dos aspectos menos obvios.

⁴¹ En este caso me baso en una monografía inédita de Virginia Ayers (1965).

En primer lugar, la mayor parte de las disposiciones sociales son inherentemente ambiguas, lo cual significa en este caso que los datos de la interacción no están adaptados sino de forma muy fluida a los datos estructurales. Una escena, nada rara en nuestra sociedad, en que un hombre «civilizadamente divorciado» está comiendo con su hijo y su ex mujer en un restaurante —cuando el niño acaba de pasar el fin de semana con uno de los padres y está a punto de empezar la semana con el otro—, puede dar muy poca información acerca del carácter de la relación entre los padres, y ello sin que exista ningún esfuerzo consciente por ninguna de las partes de disimular los hechos. Lo importante es que la pauta que indica el que hombre-mujer-hijo estén cenando juntos no discrimina de forma lo bastante detallada para dar esa información, salvo naturalmente que el espectador utilice una observación microscópica. Por eso no es de extrañar que las pautas públicas puedan llevar falsas interpretaciones y se puedan utilizar para informar mal.

En segundo lugar, y esto es más importante, aunque los signos de vinculación se hallan en todo el entorno de las personas vinculadas, las fuentes principales se derivan de la misma estructura de las reuniones sociales: solos y compañías; círculos de conversación; inatención cortés entre unidades de participación separadas; normas de reconocimiento entre los conocidos; normas para encuentros permisibles con desconocidos. La referencia a los actos furtivos y osados de los espías carece de pertinencia, porque estos actos señalan que cuando uno quiere injerirse en las disposiciones naturales, son las unidades y las convenciones ya mencionadas con las que hay que injerirse. Al aprender cómo se disimulan las relaciones extraordinarias nos dotamos de un fuerte recordatorio de la capacidad informadora de las configuraciones que habrían ocurrido en otro caso, y con ello, a su vez, nos enteramos de la estructura de las reuniones sociales ordinarias.

V. El análisis del idioma ritual

Cabría decir que los signos de vinculación forman un lenguaje de relaciones, pero únicamente si aceptamos una forma aproximada y populista de hablar. Muchas veces, los extremos no querrán comunicarse en el sentido estricto del término, y muchas veces el signo de vinculación más revelador es aquel del cual no tienen ninguna conciencia quienes lo hacen. Además, los signos de vinculación de una comunidad dada no forman, según parece, una gramática que pueda generar un número infinito de frases diferentes basadas todas en la

permutación restrictiva de un número relativamente reducido de elementos, aunque desde luego sus usuarios adquieren rápidamente la competencia necesaria para interpretar un número infinito de esencias ligeramente diferentes que no han visto antes. En todo caso, los signos de vinculación, al igual que otros elementos de un idioma ritual, no son elementos a los que quepa hacer justicia con calificarlos de comunicaciones o expresiones: son medios de adoptar una posición o una postura en una situación y simultáneamente dar pruebas de que se ha adoptado. A lo que llegamos, pues, no es a un lenguaje, sino a un idioma ritual, a un cajón de sastre de disposiciones de comportamiento que comprenden actos interpretados como procedentes de una persona y a tomas de posiciones ecológicas en que intervienen dos o más personas. Es posible que estos elementos, tomados conjuntamente, no constituyan un sistema, aunque desde luego constituyen un recurso.

Entonces, ¿qué debemos entender como el «significado» de un signo dado de vinculación, o, más bien, el significado de ese significado? ¿Adónde vamos al analizar un trozo determinado de un idioma ritual? En esta última sección me agrada tratar de hacer algunas sugerencias especulativas a este respecto, tomando, por ejemplo, para la libre asociación analítica una pequeña práctica menor: el ir de la mano en la sociedad estadounidense.

Para analizar el idioma ritual se sugieren dos estrategias. Una es la de empezar con una práctica determinada, en este caso el ir de la mano o «hacer manitas», y pasar de ahí a un estudio de una clase de prácticas de la cual es ejemplo, una clase que se puede definir de forma naturalista en términos, digamos, de función o papel, y a la que cabe conceder la categoría de un concepto. Así, el ir de la mano puede llegar a entenderse como un «signo de vinculación», y el interés puede pasar entonces a un examen general de esta extensa clase de acontecimientos. En general, eso es lo que he intentado hasta ahora, salvo que en lugar de empezar con el ir de la mano, acabo con esto. La otra estrategia consiste en tratar de reunir todos los ambientes en los que se halla la práctica de que se trata y luego tratar de descubrir lo que tienen en común estos diversos contextos. Aquí, el «significado» de la práctica es todo lo que coocurre con ella (en un análisis aproximado también convendrá reunir los medios en los que parece menos probable que ocurra la práctica, aunque también corresponda a otros miembros de su clase natural, en el supuesto de que podemos enterarnos de lo que es una cosa si nos enteramos de lo que no es de forma pertinente). Este segundo modo de análisis es lo que quiero demostrar ahora al concluir este ensayo.

En la sociedad estadounidense, los individuos que no han llegado a la adolescencia no van de la mano, al menos no en el sentido que llegaremos a dar aquí al término. Ni lo hacen, al menos con ninguna frecuencia, las personas que han pasado de los sesenta años. Y los que se hallan en las edades idóneas para emplear la práctica, en general sólo lo hacen con personas del sexo opuesto. Ello sugiere que el signo implica que quienes lo utilizan están en edad de relaciones sexuales y que la relación que se significa es en potencia sexual. En resumen, el grupo de dos es un par o una pareja. Así, una persona que simultánea y abiertamente va de la mano con dos personas del otro sexo no se entiende que vaya de la mano en el sentido del que hablamos aquí.

Además, parece que la relación de dos personas que se significa con el ir de la mano tiene un carácter «exclusivo», en el sentido de ser la única de su tipo que cualquiera de los extremos tienen en principio en ese momento. Las excepciones tienden a confirmar esta regla. Lo más probable es que si el mismo grupo de otros percibe que una persona va de la mano con dos individuos diferentes dentro de un intervalo demasiado breve para la terminación correcta de una relación y la iniciación de otra, ello provoque miradas irónicas por parte del grupo y miradas manifiestamente de excusa por parte de esa persona. Por lo general, calificará de legítima a una de esas relaciones e irá de la mano con ella (si es necesario) donde se los pueda reconocer personalmente a él y a ella; se las arreglará para estar en un sitio donde no se lo pueda reconocer antes de tomar de la mano a la otra mujer pero entonces lo hará con avidez: un gesto emocionante de publicar valerosa y abiertamente la relación ilícita al mundo entero, pero cuando no hay en él nadie conocido.

Quiénes más probable es que vayan de la mano parecen ser los de edad de escuela secundaria y universidad y la gente de las clases sociales que van a la universidad, sobre todo las personas urbanas, no católicas, de clase media y clase media-alta. Cuando se ve que personas de alguna más edad lo hacen, parecen (en la medida de su edad) pertenecer especialmente al mundo en el que se cultiva la educación superior. Ahora bien, una característica de estas personas es que exhiben un grado relativamente elevado de igualdad entre los sexos y una diferenciación relativamente escasa de subcultura sexual. Esto se ve apoyado por el hecho de que quienes se niegan activamente a tomarse de la mano representan las tendencias opuestas. Veamos lo que dice Gerald Suttles al hablar de los barrios bajos italianos de Chicago:

Sin embargo, al mismo tiempo [los muchachos italianos] perpetúan el sistema antiguo al suponer automáticamente que el menor signo de interés por parte de una chica hace que ésta sea buena presa, incluso en los casos en que ella supone que las intenciones del muchacho son buenas. Entonces, y en legítima defensa, las chicas se ven obligadas a mantener distancias. Claro que, en privado, hay muchos chicos y chicas italianos que se esconden para disfrutar con lo que otros podrían considerar como una relación chico-chica completamente convencional (besos, caricias). Sin embargo, cuando están en público se ignoran cuidadosamente el uno al otro. En todo el tiempo que pasé en el barrio nunca vi una sola pareja joven italiana que fuera de la mano o que fuera junta por la calle⁴².

La igualdad sexual se ve corroborada por el carácter en sí de la práctica, dado que es prácticamente el único de los signos de vinculación de pareja que es casi simétrico: salvo por los detalles, la postura que adopta el hombre es la misma que adopta la mujer⁴³ (el contraste en este caso es con el signo de vinculación de pareja más general, el ir del brazo).

Tras empezar a enterarnos del significado del ir de la mano al ver quiénes lo practican y quiénes no, podemos ya ir más allá. Dadas las personas que lo hacen, podemos preguntarnos cuándo lo hacen y cuándo no lo hacen (cuándo podrían hacerlo).

En primer lugar, el no hacerlo. Existe una norma de la etiqueta formal en el sentido de que no es correcto que las parejas se paseen de la mano por las calles de tiendas de moda de una ciudad. Existe otra norma en el sentido de que en las fiestas sociales las parejas casadas se «mezclen», es decir, dejen provisionalmente de lado su relación excluyente con objeto de que puedan actuar sencillamente en su calidad de miembros del grupo. Un corolario de esta norma es que en principio no deben ir de la mano (pueden ir de la mano camino de la fiesta y de vuelta de la fiesta, pero no durante la fiesta). También ocurre que si bien los estudiantes universitarios pueden ir de la mano por el campus —de hecho, parece que éste es uno de los lugares especiales para la actividad de este tipo—, no deben

⁴² Gerald D. Suttles, *The Social Order of the Slum* (Chicago, University of Chicago Press, 1968), pág. 113.

⁴³ Sin embargo, los detalles permiten una clara expresión del ideal tradicional. Las palmas de ambas manos están apretadas, como si dijéramos en un abrazo mutuo, pero generalmente el dorso de la mano del hombre se enfrenta con el mundo externo, mientras que el dorso de la mano de la mujer se limita a seguir en la estela de la protección. Además, tal como se suele hacer al ir de la mano, el hombre puede soltarse cuando quiera, puesto que es él quien agarra, lo cual le permite hacer frente al enemigo; en cambio, ella tiene que soltarse, lo que en la visión tradicional es absurdo, pues ¿qué motivos puede tener para necesitar soltarse?

asistir a las clases en esa actitud. Además, en algunos establecimientos sociales está prohibido ir de la mano, ni siquiera al aire libre. En las escuelas de formación profesional para jóvenes procesados puede estar prohibido ir de la mano dentro del recinto, igual que con las parejas de médicos y enfermeras en el recinto de un hospital. Claro que en estos últimos casos, sea por razones penales o profesionales, los miembros han de estar sometidos a una disciplina tan rígida que incluso cuando van de un edificio a otro ha de mantenerse un elevado grado de orientación a las finalidades del establecimiento (como cabe esperar, también pueden estar prohibidas otras participaciones marginales del yo, como el fumar). Parece, pues, que cuando hace falta contar con una enorme orientación y participación del individuo habrá que renunciar a ir de la mano, así como a otros muchos actos por conducto de los cuales podría imponerse al público en general el ensimismamiento mutuo de quienes tienen una relación muy estrecha.

Se pondrá de relieve la significación de esta disciplina si observamos las situaciones en las que parece aprobarse, e incluso idealizarse, el ir de la mano. En nuestro mundo visual de la publicidad y el cine —aunque no en el mundo real—, se contempla a las parejas de vacaciones que se pasean de la mano por callejuelas retorcidas de países extranjeros. De lo que se trata en este caso es del hecho de que a menudo los turistas opinan que a las calles comerciales de las sociedades extranjeras no se les debe la deferencia que esos lugares suelen exigir de la gente local; en consecuencia, los turistas pueden negarla, igual que pueden ir vestidos con prendas deportivas. Además, el mismo carácter extranjero de la localidad sugiere un cierto peligro, por no decir miedo, y, al menos para la mujer, el ir de la mano de la persona con quien está emparejada es una fuente visual de apoyo. En las revistas muchas veces se ve a las parejas de la mano mientras se pasean descalzas (con los zapatos en la otra mano) por la playa. En este caso, evidentemente, la ausencia de una sociedad civil permite una retirada mayor de lo que cabría tolerar en otro caso, un alejamiento descarado, por así decirlo, y las mismas extensiones vacías del océano podrían causar un temblor anómico bien verificado por la confirmación de la mano que se agarra.

Debe examinarse otra posibilidad. Es evidente que la participación que se denota al ir de la mano es una participación conjunta, algo que se comparte abiertamente, y este terreno en común puede ser, en algunas situaciones, algo que los extremos tienen un motivo especial y un derecho especial de demostrar. Por ejemplo, los recién prometidos tienen una tendencia, en las fiestas que se dan en su honor, a estar de la mano y quedarse muy juntitos, pero ahora este

ensimismamiento mutuo es un deber además de un privilegio, pues precisamente el motivo de la celebración es el ensimismamiento. Cuando los dos vuelven entre las filas de bancos de la iglesia, después de la boda, los invitados a la boda se sienten obligados a moderar sus propias participaciones emparejadas⁴⁴.

En otras ocasiones determinadas la pareja puede imponer a los reunidos el espectáculo de cómo ellos mismos van de la mano, y encima en circunstancias que en un principio podrían considerarse desafortunadas. Así, en una audiencia ante los tribunales, cuando se ha procesado a un hombre de clase media por un acto que podría entenderse que lo hace incapaz para acoplarse, su esposa puede tomarlo específicamente de la mano para demostrar que lo sigue considerando digno de la relación. Asimismo, es posible que un hombre que lleva a su mujer a la sala cuando ella está procesada, acusada de conspirar con otros dos hombres para matarlo a él, la lleve de la mano, también para demostrar que está a su lado, para defenderla como mujer que puede formar parte de una pareja. Por último, obsérvese que cuando un político está presente para recibir la noticia de que ha salido elegido (o un astronauta para recibir una condecoración), es probable que allí haya una mano que tomar, la de su mujer, a fin de demostrar que en ese momento no está hinchado de orgullo y ambición y no se ha colocado más allá del alcance de la gente corriente: traspasa parte de su felicidad personal a la felicidad de la pareja, como una participación marginal para asegurar que no se sale de sus zapatos. Análogamente, en otras circunstancias, un político demuestra que la derrota no le hace hundirse.

O sea, que en general podemos decir que el ir de la mano no es sólo una forma de informar de que existe un tipo particular de relación, sino que es también una forma de dar abiertamente una parte de uno mismo en ese momento a la persona relacionada, al mismo tiempo que se afirma la validez y el valor de la relación.

Pero obsérvese que los signos de vinculación que implican actos físicos de amor, como los besos y los abrazos, también nos dicen que los dos extremos están ocupados en su relación, y en una relación que es exactamente como la que se está examinando. Sin embargo, la diferencia debería ser evidente. El hacer el amor es algo correctamente absorbente; no es sólo una actividad principal, sino que además puede permitir muy pocas participaciones marginales simultá-

⁴⁴ De hecho, tanto derecho tiene a ensimismarse en su relación una pareja que se acaba de casar en nuestra sociedad de clase media, que durante un breve momento cuando sale de la iglesia permiten que se les obligue a emplear signos de vinculación de enorme potencia de transmisión: lanzamiento de arroz en las aceras, latas atadas en el coche, toques de claxon, etc.

neas. En cambio, el ir de la mano es por su propia naturaleza una actividad marginal, una actividad subordinada a alguna otra o sostenible junto con otras actividades marginales, como fumar y andar, sin que ello constituya una amenaza a la primera. El elevar el ir de la mano a un foco principal de atención sería destruirlo totalmente (muchos hombres han hecho largos viajes para hacer el amor, pero es de suponer que muy pocos para «hacer manitas»).

O sea, que el ir de la mano en el sentido que aquí se implica significa una actividad marginal abierta de dos extremos en una relación exclusiva, igualitaria y con un potencial sexual. Este es el «significado» del acto derivado de un estudio especulativo de las personas y las situaciones adscriptas a su realización y su prohibición.

Entonces es posible explorar informalmente el significado de un aspecto del idioma ritual mediante una aplicación aproximada de una forma de distribución de análisis. Si ha de hacerse esto, no hay ningún motivo para no ampliar lo que podemos aprender acerca de esa práctica mediante la introducción de la misma batería de cuestiones y problemas que pueden plantearse acerca de cualquier actividad estructurada socialmente.

En primer lugar está el historial del signo. ¿Qué grupos fueron los primeros que empezaron a utilizarlo? ¿A qué grupos está pasando el signo ahora? ¿Cuál es el futuro del signo? Así, mientras que los italianos de clase baja no se cogen mucho de la mano, parece que la práctica está empezando a utilizarse entre los negros. Cuando se puede demostrar que estas transferencias históricas siguen una pauta explicable podemos, desde luego, hablar de la historia natural del signo.

Después interviene la cuestión de los homónimos. Es posible que lo que parece ser un ir de la mano del tipo que hemos venido estudiando puede no serlo en absoluto. Algunas de estas posibilidades son evidentes. Una manicura coge la mano de un cliente, pero no está de la mano con él, aunque el hecho no estarlo puede exigir la seguridad de una observación en broma. Un policía que, al tomar las huellas dactilares, debe tomar de la mano al sujeto, tampoco está de la mano en nuestro sentido, y esta vez quizá no resulte permisible gastar una broma. Una echadora de la buenaventura también agarra de la mano al cliente, pero no está de la mano con él. Evidentemente, en estos casos actúa un «marco» diferente, un esquema diferente de interpretación del significado de un acto.

Pero esta cuestión no se resuelve tan fácilmente. En nuestra sociedad, los niños impúberes van de la mano con otros niños del sexo opuesto y del mismo, y esto no es exactamente ir de la mano en nuestro sentido, aunque desde luego se le parece más que en los

ejemplos anteriores. Lo mismo cabe decir de un adulto que lleva de la mano a un niño. Lo que tenemos en este caso es un signo de vinculación, una señal de que las personas que van de la mano están en una compañía, están juntas; pero no interviene la implicación de acoplamiento entre dos sexos. En la sociedad soviética, igual dicho sea de paso que en muchas sociedades orientales, pueden ir de la mano dos varones adultos, y eso ocurre sin las implicaciones que ese mismo acto tendría en nuestra sociedad. Una vez más se señala una compañía: sin duda una relación de compañerismo, pero no de acoplamiento.

Se observará en relación con la forma no sexual del ir de la mano que en nuestra sociedad aparentemente las mujeres pueden emplear este signo de vinculación durante más tiempo que los hombres; de hecho, las muchachas que han pasado de la adolescencia pueden ir de la mano en lugares públicos. Ello quizá sea prueba de la idea de que las muchachas tienen más necesidad de apoyo que los muchachos, y de que al retirarse parcialmente del público mientras se hallan en público se limitan a retirarse a un punto en el que se opina que deberían estar las personas del bello sexo; deberían lanzarse menos que los hombres a ningún tipo de participación pública. Quizá en nuestra sociedad el ir de la mano —especialmente cuando es del tipo no sexual— implica que uno de los participantes, o ambos, está recibiendo un apoyo psíquico, y quizá los hombres de cualquier edad no sientan inclinación (en nuestra sociedad) a dar publicidad a la recepción de ese apoyo, aunque estén perfectamente dispuestos a dar esa publicidad al apoyo que dan ellos (dos personas que se definen a sí mismas como receptoras correctas de protección pueden, al cogerse de la mano, darse alguna mutuamente; dos personas que se definen como donantes de apoyo no pueden utilizarse la una a la otra en esa capacidad recíproca). Esto significaría que los muchachos se abstendrían de ir de la mano con sus padres o con sus hermanos mayores, o si se les obligara a hacerlo estarían desazonados.

La cuestión de las formas homónimas lleva directamente a la de la adquisición del idioma. ¿Como se aprende a coger de la mano? ¿Observando a otros, viendo fotos de otros o por influencia de aquellos con quienes se acaba por ir de la mano? ¿Cuándo, cómo y dónde se aprende a distinguir las formas homónimas, y hay una de esas formas (en este caso es de suponer que la del tipo padre-hijo) que constituya la base de las otras? Podría añadir que el ir de la mano pertenece a esa parte de nuestro repertorio de actividades respecto de las cuales no se dispone de una descripción ni se considera que sea necesaria ninguna; es probable que quienes van de la mano

consideren difícil e innecesario dar una relación detallada de cómo lo hacen. (Durante el tiempo de la relación uno-para-el-otro, cuando el cogerse de la mano funciona como una señal de cambio y ratifica un aumento de la intimidad, el cogerse de la mano puede ser algo que alguien, es de suponer que el varón, decide hacer. Pero cuando el cogerse de la mano se convierte en algo establecido entre dos extremos, se advertirá que es algo que uno se encuentra haciendo sin más, no de algo que se decide hacer. En cada ocasión concreta en que ocurre, el paso de una mano hacia la otra y la respuesta acogedora de ésta serán algo sutil y circular, organizado de manera tan simultánea que se puede mantener la sensación de que, si bien ha ocurrido una configuración, nadie se ha dedicado a organizarla.)

Tras ver que existe un coger o un ir de la mano que no es un coger ni un ir de la mano, podemos pasar a ver que hay parejas que van de la mano pero no deberían ir, pero que lo hacen, por así decirlo, en relación con lo que no deberían estar haciendo, y en ello no interviene ningún uso homónimo. Los alumnos rebeldes a veces arrojan su emparejamiento a la cara de toda el aula entrando de la mano en clase. Los homosexuales, especialmente en los sitios o en las temporadas en que encuentran licencia, se cogen de la mano, como enfrentamiento abierto con la organización sexual de la sociedad. Y las parejas de dos razas distintas que son militantes de la igualdad social se cogen de la mano al pasear por un barrio dudoso sólo para dejar bien claro que no es posible ninguna otra interpretación de su compañía. Según me han dicho, quienes experimentan con la vida en una comuna llevan las cosas algo más allá y a veces se cogen de la mano en presencia de otros con quienes van de la mano, con lo cual hacen una declaración de comportamiento que en general sería antigramatical.

En el mismo sentido hemos de prever otro par de posibilidades. En primer lugar, como estará prohibido ir de la mano entre extremos determinados o en ocasiones determinadas, cabe prever que se hallarán medios disimulados o furtivos de hacerlo con seguridad, como por ejemplo «hacer pies». En segundo lugar, como el ir de la mano da un sentido normal a unos acontecimientos y establece en parte el carácter de los extremos, la práctica puede brindar una cobertura bajo la cual se pueden realizar actividades prohibidas, de lo cual se han dado ejemplos en el espionaje.

Otra doble cuestión. Dada una práctica, en este caso el cogerse de la mano, podemos prever que pueden realizarse determinadas funciones que no se podrían realizar cómodamente en otro caso. Así, a fin de organizar una conversación cruzada en la cual un miembro de una compañía bisexual habla con un tercero, el miembro que

habla puede compensar a su compañía si retiene la mano del otro miembro al mismo tiempo que mantiene la conversación al dirigir el cuerpo hacia ésta⁴⁵. Por el contrario, podemos prever que se pagará un precio por la práctica y que lo que en otros casos podría lograrse fácilmente ya no resulta tan fácil de hacer. Así, dado el carácter de pareja del cogerse de la mano en nuestra sociedad, dos hombres no pueden aprovechar un mecanismo perfectamente idóneo para mantenerse juntos mientras pasan por medio de una multitud densa y que se desplaza rápidamente.

Por último, la cuestión de que si el ir de la mano debe entenderse como ejemplo de clase, igual que los «signos de vinculación», entonces será aconsejable examinar las relaciones funcionales entre el ejemplo de que se trata —cogerse de la mano— y los demás miembros de esa clase. ¿Existen signos de vinculación bien definidos que se puedan utilizar: a) tanto si ocurre el cogerse de la mano como si no; b) si la pareja debería cogerse de la mano, y sólo en ese caso, pero por motivos incidentales no es posible; c) si el cogerse de la mano no es procedente, y sólo en ese caso? En resumen, podríamos aplicar la idea general de las «normas de sustitución» y buscar normas que actúen para asegurar que no surgirán confusiones debidas a los diversos usos de la práctica y que, en consecuencia, serán posibles variedades de uso. Por ejemplo, cabría aducir que la forma asexual de coger la mano exige que por lo menos uno de los que van de la mano está excluido por su edad o por lo que sea de la condición sexual, lo cual asegura automáticamente que no puede plantearse ninguna ambigüedad. Así, puede ser raro, pero no resulta extraño ver (como he visto yo) a una monja que va por una calle céntrica llevando a su madre de la mano. Además, el mismo contexto puede asegurar con tal claridad un equilibrio especial entre los elementos que intervienen en el ir de la mano que se puede excluir totalmente el carácter bisexual de una pareja, lo cual genera las condiciones necesarias para explotar el otro uso posible. En el funeral de su marido una mujer joven puede estar abiertamente cogida a la mano del mejor amigo varón de su finado marido, y esto se interpretará como medio simplemente de ofrecer un apoyo emocional, y la forma en que se aprieta la mano sirve quizá en sí

⁴⁵ Existe una versión mejor. Una pareja de novios puede ir por la calle nada más que el uno al lado del otro, contando con la ecología para que demuestre la compañía y con que la compañía de dos demuestre la relación de pareja. Sin embargo, en cuanto se suma un amigo a la pareja, es posible que ésta comience a ir de la mano, de modo que la pérdida de un signo ecológico queda compensada simultáneamente por la adquisición de un signo físico y se mantiene una continuidad de expresión del vínculo del par.

misma para diferenciar el signo. Análogamente, una mujer que está a punto de resbalar en el hielo puede agarrarse firmemente de la mano de casi cualquiera, dado que a casi cualquiera se le puede definir como fuente de ayuda para no caerse. Por el contrario, podemos comprender por qué en las cárceles en que abunda la homosexualidad las autoridades pueden prohibir que las adolescentes se cojan de la mano, y que las presas heterosexuales se abstengan de hacerlo, pues en este caso el especialísimo contexto introduce una ambigüedad acerca del significado de la práctica que sólo puede resolverse mediante una reordenación de las normas de uso.

Hasta ahora hemos estudiado las categorías de personas que emplean el ir de la mano, los contextos en que es probable e improbable que lo hagan, algunos ejemplos de actos que se parecen al cogerse de la mano pero no lo son, el historial del acto, su función como cobertura, el uso provocativo del acto, el hecho de que como existe el cogerse de la mano como práctica, en consecuencia se prohíben otros arreglos sociales determinados (mientras que resultan posibles otros), y por último, la posibilidad de normas de sustitución. Permítaseme repetir que, desde luego, estas cuestiones podrían plantearse acerca de cualquier práctica social y de cualquier norma social.

Y cuando planteamos esta serie de cuestiones y hallamos respuestas de un tipo u otro, a lo que llegamos es al significado de la práctica. Pero se trata de un significado en el sentido estructural. En realidad, a lo que llegamos es a la ubicación o lugar del acto en la corriente del comportamiento.

Una observación final. Lo que hemos dicho aquí acerca del ir de la mano se basa en un acopio y un análisis al azar de unos datos, licencia que me sentí alentado a emplear porque es probable que pocas personas crean que este aspecto del idioma es lo bastante importante para protegerlo mediante un estudio serio. Y, desde luego, contiene algunas cuestiones que no son nada urgentes. Por ejemplo, cualquiera que sea la forma en que se aprende a ir de la mano, es probable que haya una amplia gama de otros aspectos de nuestro idioma ritual que se aprendan del mismo modo, y lo que interesa es la relación entre estas técnicas de socialización y esta gama total de temas, y no particularmente cómo se aprende el ir de la mano en sí. Sin embargo, creo que se puede ilustrar algo significativo de la vida social mediante lo que acabamos de intentar: detallar el significado de un aspecto concreto del idioma ritual.

En el ámbito de todas las situaciones sociales de nuestra sociedad ocurren innumerables combinaciones de personas que se encuentran adyacentes entre sí. Ante todas estas fáciles oportunidades

ocurre, sin embargo, que cuando alguien se coge de la mano no suele producirse ninguna confusión en cuanto al significado; una sola forma de entenderlo orienta efectivamente a los que se cogen de la mano y a los diversos testigos del acto. Y en cualquier reunión es probable que quienes se cogen de la mano y quienes no lo hacen carezcan de un sentido de que exista una norma explícita como orientación para la acción. Esta es la esfera de la vida en la que los sentimientos personales y la opción personal parecen determinantes, en la que generalmente se deja a los propios extremos a cargo de lo que hacen, y en la que incluso entre los mismos extremos cada uno puede generalmente hallar un medio de evitar que el otro le coja de la mano con impunidad. Y, sin embargo, cuando los dos están en compañía, se encuentran con que no existe ningún malentendido de sus actos, igual que la compañía no advierte ninguna necesidad inmediata de poner en tela de juicio el significado que habitualmente imputa al ritual que ahora se está desarrollando ante ella. Y además, de forma aún más clara que ocurre con las normas de tráfico y las del lenguaje, este acuerdo sobre el idioma ritual parece sorprendentemente uniforme y traspasa todas las fronteras sociales habituales de edad, clase, etnia, región y nación (en el Occidente). Las personas cuya posición social le lleva a opinar que no les haría gracia coger de la mano a nadie y las personas cuya posición les lleva a tomar la iniciativa en la realización del acto están vinculadas en un solo universo del discurso, en un solo marco ritual de referencia. Se comportan de forma diferente, pero entienden las mismas cosas.

El ir de la mano es un recurso que brinda nuestra sociedad para hallarse en un determinado estado —una actividad marginal legítima en una relación de par igualitaria—, y si va uno a hallarse en ese estado es probable que llegue a utilizar esa indicación de él. Nuestra sociedad es lo bastante flexible para permitir una cierta libertad de opción entre diversos estados de ser, y diversos contextos en los que ser así. Pero ahí termina la flexibilidad. El tener libertad para hallarse en determinado estado es estar obligado a emplear correctamente los indicadores normalizados de ese estado y estar obligado a abstenerse de emplearlos mal cuando se está comprometido en otro sentido. Obsérvese una vez más que de lo que se trata no es simplemente de la «expresión». Tampoco podemos decir simplemente que se está enviando un mensaje. De lo que se trata es de una toma de posición, un compromiso que se contrae con una posición, y de paso un ofrecimiento de pruebas convencionales de que se ha producido esa inversión del yo. Y lo mismo ocurre cuando se emplea cualquier otra parte del idioma ritual.

Sería imposible interpretar efectivamente la escena social circundante o dar a otros una interpretación de ella si no estuviera uno limitado por las mismas normas que los demás participantes por lo que respecta a las indicaciones ritualizadas de toma de posición. Pues igual que no se puede aprender un nuevo lenguaje cada vez que se hace o se escucha una declaración diferente, tampoco se puede adquirir un nuevo idioma ritual cada vez que se quiere cambiar de posición en una reunión o descubrir qué posiciones han adoptado los demás presentes. Decir que la libertad de expresión depende de las limitaciones respecto del idioma de expresión es un argumento técnico, no ético. Claro que es posible violar el reglamento de un modo particular de relación social, como ocurre cuando hay individuos que atacan a la autoridad institucional mediante la realización de actos obscenos en público. Pero incluso en este caso imperan las convenciones. Se infringe una serie determinada de entendimientos, pero los medios mismos de la infracción proceden de un vocabulario más amplio de ritual que es común a todos. Los revolucionarios contra el decoro tienen que utilizar el mismo idioma que quienes preferirían pasar de puntillas por todas sus reuniones sociales. Si se pretende que se establezcan posiciones que no sean siempre secretas debe compartirse lo que se entiende; lo único que señala la diferencia es la cuestión de quién debe interpretar el ritual con quién y quién debe limitarse a actuar de testigo.

LAS APARIENCIAS NORMALES

PARTE I

I. Alarmas

Los individuos, tanto en forma humana como animal, exhiben dos modos básicos de actividad. Se dedican a sus cosas: pastar, mirar, parir, digerir, construir, descansar, jugar, atender plácidamente a las cosas que se hacen fácilmente. O, si están plenamente movilizadas, furiosos, alarmados, se preparan para atacar, acechar o huir. La misma fisiología está organizada para coincidir con esta dualidad.

El individuo media entre estas dos tendencias con una estupenda capacidad para la vigilancia disociada: Los olores, los ruidos, las visiones, los contactos, las presiones — en combinaciones diversas, según la especie — brindan una interpretación constante de la situación, una vigilancia permanente del entorno. Pero, gracias a una adaptación maravillosa, estas interpretaciones pueden hacerse con el rabillo más extremo de lo que esté sirviendo de ojo en el momento, de manera que el individuo queda en libertad para centrar lo principal de su atención en las situaciones no de urgencia que lo rodean. Las cosas a las que ya está acostumbrado el actor reciben un parpadeo o una sombra de interés, que decae en cuanto obtiene un microsegundo de información de que todo está en orden; si resulta que «pasa» algo, puede cesar la actividad anterior y movilizarse toda la atención, a lo que sigue un comportamiento adecuado para enfren-

tarse con las cosas. Obsérvese que en este caso la tesis central es darwiniana. Si los individuos no tuvieran gran capacidad de reacción a las sugerencias de peligro o de oportunidad no tendrían una reacción suficiente; si llevaran esta reacción demasiado lejos en todas las ocasiones en que ocurre, pasarían todo el tiempo atemorizados y no tendrían tiempo para todas las demás cosas necesarias para sobrevivir.

Cuando el mundo inmediatamente en torno al individuo no presagia nada fuera de lo normal, cuando parece que el mundo le permite continuar con sus tareas rutinarias (es indiferente a sus propósitos y no constituye ni una gran ayuda ni un grave obstáculo), podemos decir que el individuo percibe que las apariencias son «naturales» o «normales». O sea, que para el individuo las apariencias normales significan que puede continuar segura y tranquilamente con las actividades del momento, sin prestar más que una atención periférica a la verificación de la estabilidad del medio ambiente. La cautela se maneja como actividad marginal; el individuo humano podría decir que «acepta lo que ve», con una implicación no expresada de que por lo que ve puede predecir lo que probablemente va a ocurrir, y que esto no es alarmante. Y cuando hace falta una atención especial, como ocurre cuando los humanos pasan por una encrucijada con mucha circulación o sacan huevos de una caja, se entenderá que este esfuerzo especial se limita a un breve período de tiempo.

Cuando el ser humano o el animal advierte que hay algo no natural o que está mal, que pasa algo, advierte una oportunidad repentina o una amenaza en su situación del momento.

Con estas definiciones estoy ejerciendo una doble licencia. No podemos decir con certidumbre que se «advierte» la normalidad más que en el caso del hombre. Además, lo que aquí calificamos de no natural o de anormal es algo perfectamente natural en el sentido en que utilizarían el término los naturalistas.

Las apariencias normales, tal como se definen aquí, no guardan sino una relación indirecta con la idea de la expectativa, sea en el sentido estadístico o en el normativo de ese término. Parto del supuesto de que cualquiera sea la gama de peligros y de oportunidades que contenga un medio, el individuo expuesto a estas consideraciones llega generalmente a adaptarse a ellas, introduciendo los reajustes que sean necesarios para abstraer de ellas rutinariamente su principal atención y seguir adelante con otras cuestiones (de hecho, cuando no se puede actuar así por existir una amenaza, a veces se habla de que el individuo está «atemorizado», término que sugiere muy bien la rareza de esa condición). Entre los individuos de los que nos

ocuparemos en adelante y a los que limitaremos el término —los humanos— esta adaptación es algo que a veces se logra de forma normativa; el individuo no sólo supone que no va a pasar nada, sino que además opina que tiene un derecho moral de contar con que no va a pasar nada. Análogamente, pueden ocurrir en el entorno inmediato de un individuo acontecimientos muy raros sin que él opine que debe preocuparse por lo que pueden presagiar respecto de su supervivencia, en cuyo caso puede retirarles fácilmente su atención, al igual que lo hace con las cosas que son totalmente típicas. Además, alguien que esté en su presencia puede comportarse de forma muy incorrecta sin que ello le cause necesariamente alarma, como ocurre habitualmente, por ejemplo, en algunas de las tareas de la policía¹ y en muchas de las salas de los hospitales mentales, en las que es raro que los ordenanzas se sientan alarmados, y muchas veces se sienten lo bastante seguros como para quedarse dormidos. Con las personas, pues, ocurre *habitualmente* que las apariencias normales, las apariencias típicas y las apariencias correctas son prácticamente lo mismo, pero este acuerdo encubre los procesos sociales de adaptación que lo han producido y la posibilidad inevitable de que las tres apariencias no coincidan.

Hay que matizar la relación que se ha sugerido entre apariencias normales y apariencias correctas. En muchas situaciones hay agentes de control social, como encargados de tiendas, profesores, etc., cuya labor consiste en parte en proteger el contexto y sus usuarios y mantener la corrección, o al menos una determinada corrección. Las sugerencias de que está ocurriendo una mala conducta son lo que constituye para ellos signos de que hace falta estar preparado, o ejercer un esfuerzo instantáneo, es decir, que hay motivos de alarma. Por ejemplo, la policía debe estar atenta a los automovilistas inexpertos, sin permiso o que no van sobrios y se interesan en especial por todos los que, dada su apariencia, «no encajan», pues pueden opinar que a esas personas se las ha de controlar si se aspira a impedir que ocurran robos u otros problemas antes de que ocurran².

¹ Por ejemplo, véase James Q. Wilson, *Varieties of Police Behavior* (Cambridge, Harvard University Press, 1968), pág. 34.

² Véase, por ejemplo, Susan Black, «Burglary: II», en *The New Yorker*, 14 de diciembre de 1963, págs. 95 y 96:

«Resulta difícil explicar al lego en qué consiste la capacidad para reconocer a primera vista al «palquista» o al que va al «tope» [quien va a robar una casa entrando en ella por palanquero o por una ventana. N. del T.], dice el Jefe Walsh [Sub-inspector Jefe de Nueva York] ... «El detective de la Brigada contra Robos ve por la calle a un tío que tiene un aire o unos modales que le hacen sospechar y hacen que quiera echarle una segunda ojeada. Por lo general, advierte algo que la mayor parte de la gente ni vería. Es posible que el tipo esté en una zona en la que no parece tener nada que hacer. O pasa el tiempo mirando atrás, mirando de un lado de la calle al otro en busca de un buen sitio que robar. O parece que está muy nervioso; los la-

Esta, pues, es una de las formas en que las apariencias normales se vinculan con la cuestión del control social. Existe otra. Cuando un individuo se encuentra con que hay personas en su presencia que actúan incorrectamente o parecen estar fuera de su lugar, puede interpretarlo como prueba de que, si bien la peculiaridad en sí misma puede no constituir una amenaza para él, sin embargo, los que son peculiares en algún respecto probablemente también lo serán en otros, y algunos de estos últimos pueden ser amenazadores. O sea, que para el individuo la incorporación por parte de otros puede funcionar como signo de alarma. Así, las pequeñas cortesías de la vida cotidiana pueden funcionar como sistema de alarma avanzada; cabe entender que las cortesías convencionales son un mero convencionalismo, pero el no tenerlas puede causar alarma.

Obsérvese que si bien generalmente se piensa que los signos alarmantes son cosas que ocurren, la ausencia de un signo esperado puede desempeñar la misma función. Un padre que no recibe una llamada telefónica de su hijo puede sentirse alarmado porque el teléfono no suena. Una pequeña fiesta celebrada por los miembros de una red de espionaje puede verse en peligro de forma muy pa-recida.

Jack y yo teníamos billetes para zarpar en mayo. Unas noches antes de la salida, el matrimonio Soble nos invitó al hermano de Jack y a mí a cenar en su apartamento. Su hermano advirtió a Jack que no fuera a Moscú, pero Jack se limitó a reírse de la idea de que esto fuera peligroso.

—No hay problema —dijo—. En Moscú estoy muy bien considerado.

Sin embargo, a Jack y a Myra la noche les resultó una pesadilla, porque otro de los invitados, el hijo del propietario de uno de los cafés más conocidos de París, no se presentó. En el mundo clandestino del espía una ausencia de éstas, sin explicaciones, puede significar la catástrofe... o no significar nada. Y como siempre que ocurren esas cosas, estaban sentados, tensos y nerviosos, esperando a que sonaran pasos en las escaleras, al golpe en la puerta que podía significar el final³.

«drones están tan cargados de adrenalina como estaríamos los demás si estuviéramos haciendo algo que no debemos, y eso se ve. En todo caso, se trata de un don que no se puede explicar científicamente, aunque a veces el Fiscal del Distrito lo ha calificado de «radar» cuando le explica a un jurado qué es lo que ha llevado a un detective a seguir a un sospechoso al que más tarde se ha tenido por robo.»

Hay una exposición útil de la intervención de la policía en las apariencias normales en Harvey Sacks, «Notes on Police Assessment of Moral Character», en David Sudnow, comp., *Social Interaction*, de próxima publicación. También he recurrido al completísimo estudio de las patrullas de policía de Jonathan Rubinstein, de próxima publicación.

³ Boris Morros, *My Ten Years as a Counterspy* (Nueva York, Viking, 1959), páginas 92 y 93.

Hasta ahora hemos hablado de apariencias, no de realidades. Pero, evidentemente, puede parecer que pasa algo cuando en realidad, desde el punto de vista de la atención que verdaderamente hace falta, no pasa nada. Por el contrario, puede estar pasando efectivamente algo que va a afectar en seguida y mucho al bienestar del individuo, y, sin embargo, ser tan poco aparente que escapa a su interés inmediato. Claro que, como ya se ha sugerido, a la larga no es probable que sobreviva nadie ni que transmita su incapacidad a muchos descendientes si constantemente se equivoca en su vigilancia del medio; incluso dentro de una institución protectora necesitará juzgar correctamente los peligros y las oportunidades aparentes. Sin embargo, en todo sistema de alerta hace falta una capacidad para el error; si el individuo ha de distinguir los signos avanzados o furtivos, entonces aparentemente ha de estar dispuesto a ponerse alerta también ante los falsos.

Según parece, los individuos reconocen que en algunos medios la cautela es de especial importancia, que se ha de mantener una vigilancia y un ojeo constantes, y que todo acontecimiento extraño requiere una reacción rápida y total. Un ejemplo son los casinos, para sus empleados, pues la preocupación es la posibilidad constante de que los jugadores o los *croupiers* roben. Análogamente, los individuos parecen opinar que algunas de sus situaciones requieren poca atención, porque no parece ni remotamente posible que pase algo que justifique la alarma. Ya veremos que este continuo convencional puede llevar a concepciones erróneas.

Al estudiar la tendencia de los individuos a oscilar entre no estar en guardia y estar en guardia resulta fácil advertir que algunos son como los ciervos, constantemente dispuestos a la alarma, mientras que otros son como las vacas, que tardan mucho en movilizarse⁴, o como los leones, nada preocupados por los animales de presa y cautelosos únicamente cuando acechan a la suya⁵. Sin embargo,

⁴ Es de suponer que los animales que pasan mucho tiempo acostados y durmiendo no tendrán tanta conciencia de sus entornos como los que están constantemente en movimiento. El extremo más notable, tanto en imagen como de hecho, en este caso es esa tranquilísima especie criada para no tener nada inmediato de que preocuparse: la vaca. Véase E. S. E. Hafez y otros, «The Behavior of Cattle», pág. 282, en E. S. E. Hafez, comp., *The Behavior of Domestic Animals* (Baltimore, William and Wilkins Company, 1969; Londres, Baillière, Tindall and Cassell, 1969), que cita un estudio en el que se estima «que los novillos de Hereford pasan aproximadamente el 50 por 100 de las horas del día acostados, durante la mayor parte de cuyo tiempo los animales están rumiando».

⁵ Los etólogos comunican que cuando los leones que se encuentran en su territorio no están al acecho ni descansando se desplazan con un aire de orgulloso despreocupación. Véase, por ejemplo, Rudolf Schenkel, «Play, Exploration

hay una diferencia algo diferente que parece más pertinente: una diferencia en cuanto a la capacidad para responder a los signos alarmantes efectivamente y con un mínimo de alteración de la rutina. Ello puede entrañar algo más que una capacidad para ocuparse de las urgencias con compostura y habilidad. También intervienen: la eliminación rápida de las falsas alarmas; la capacidad para hacer frente con eficacia a los acontecimientos tras haber permitido que vayan un poco más allá de lo que pueden permitir otros sin peligro; el olfato para las pistas minúsculas que otros no advierten, lo que lleva a una conciencia más rápida que la habitual de que está pasando algo, lo cual permite un lapso más largo que el usual para enfrentarse con ello antes de que sea demasiado tarde. Nos ocupamos ahora de la eficacia fría que en principio procede de la experiencia y que de hecho es lo que a veces se califica de «experiencia». Entonces, lo que para uno es motivo de alarma para otro es una oportunidad de demostrar su experiencia. Eso, desde luego, es lo que distingue al profesional, el *machismo** de las clases expertas. Se trata de los ladrones de pieles que esperan tranquilamente hasta que oyen la sirena de la policía antes de interrumpir el saqueo de la tienda; del policía que puede interpretar signos invisibles para los civiles debido a los cuales merece la pena parar un coche y acercarse al conductor preparado ya por si surgen determinadas contingencias; de la prostituta que es capaz de distinguir entre verdaderos clientes e investigadores de la brigada de costumbres antes de que ocurran actos comprometedores; del entrenador en el foso que advierte que un jugador va a «largarse adelante» antes de que dé un solo paso, cosa que logra, por ejemplo, al verificar si el jugador está manteniendo su ciclo habitual de juego en cada jugada. Un estudioso de los camioneros británicos nos da otros ejemplos:

Iba yo al trabajo y veo a un tío con una minimoto que quería girar pero no lo señaló, o sea, que por si acaso, fui frenando. Y claro, giró justo delante de mí. Bueno, no le di porque sabía lo que iba a hacer, pero me cabré y bajo la ventana y le digo: «A ver si tienes más cuidao, tío, que si voy más rápido te arreo.» Y va me dice: «Yo iba bien. He aprobado el examen.» Y yo le digo: «Macho, si sigues conduciendo así, la próxima vez te paso en un coche de funeraria.»

El incidente siguiente ocurrió hacia las tres y media de la mañana, hacia el final del turno. Era en la etapa de vuelta de un viaje muy largo, cuando la

and Territoriality in the Wild Lion», pág. 21, en P. A. Jewell y Caroline Loizos, comps., *Play, Exploration and Territoriality in Mammals* (Londres, Zoological Society of London by Academic Press, 1966).

* En castellano en el original. [N. del T.]

carretera recta se convertía de pronto en una serie de curvas, con subidas y bajadas. Salió un hombre de una cabina telefónica y mi conductor empezó a aminorar mucho la marcha. Inmediatamente después de la curva siguiente apareció un camión con un neumático pinchado, que mi conductor logró justo evitar. «Me parecía que ese tío sería un chófer que llamaba a reparaciones, y por eso pensé que no tendría muy lejos el camión»⁶.

Otra cosa. Cabe prever que en las reuniones humanas (así como en las congregaciones de otras especies) se producirá alguna especialización de funciones en cuanto a descubrir si pasa algo o no. Esta especialización tiene dos aspectos.

Cuando un individuo emite un grito de alarma, o demuestra una alerta repentina como consecuencia de su alarma, es probable que su ruido y su aspecto sirvan a otros de importante dato de que quizá pase algo⁷. Un individuo, pues, parece tener una capacidad especial para servir de instrumento de alarma, pues es más eficaz a este respecto que muchas otras partes del medio. De hecho, hay animales que pueden servir de alarmas especializadas para especies distintas de la suya, entre ellas el hombre, y mediante este sistema de alarma único pueden incorporar las competencias especiales de más de una especie.

En segundo lugar, existe el papel o el lugar especiales que confieren a un individuo un deber colectivo por lo que respecta a hacer la guardia y dar la alarma: el papel del vigía, del centinela, del policía y del batidor. La especialización que permite a un individuo dividirse en la parte que se mantiene ojo avizor y la parte que se ocupa de la actividad rutinaria inmediata se logra en este caso mediante la utilización de diferentes individuos, con un resultado que en principio debe ser un aumento de la eficacia. Los defendidos pueden consagrar libremente su tiempo a las rutinas; el guardia que hace que ello resulte posible se puede seleccionar por su especial competencia y su disposición a renunciar a sus propios intereses en favor de los del grupo. El, entonces, puede hacer el trabajo de los muchos, para los muchos, y hacerlo mejor. A este mecanismo social se puede superponer otros: el uso de los «turnos de guardia», con lo que se

⁶ Peter G. Hollowell, *The Lorry Driver* (Londres, Routledge and Kegan Paul, 1968), págs. 16 y 17.

⁷ Cuando se trata de animales distintos del hombre los signos de aviso pueden adoptar varias formas más. Tanto los gritos de muerte como las lesiones visibles y (en el caso de los peces) las sustancias químicas que se liberan en el agua pueden funcionar como alarmas. Véase, por ejemplo, Irenäus Eibl-Eibesfeldt, *Ethology: The Biology of Behavior* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1970), págs. 135 y 136.

asegura que antes de que un guardia se canse y pierda eficacia pueda sustituirlo otro⁸.

Igual que el individuo puede utilizar algunos datos del comportamiento de sus prójimos como signos instrumentales de alarma, aparentemente también puede utilizar otros como señales de «normalización», es decir, como prueba de que una alarma expresada ha terminado o era falsa⁹. Esta función, como la de alarma, puede convertirse en una parte especializada de un papel especializado¹⁰.

Una vez que se advierte que un individuo puede funcionar como transmisor de alarma, hallar motivos de alarma en una dirección y transmitir esos motivos a otro, evidentemente se hace necesaria una distinción: la existente entre un signo o una causa inmediata de alarma y la fuente última de ésta. Las perdices que se echan a volar asustadas son causa inmediata de alarma para el ciervo, aunque no son una fuente última de peligro ni de oportunidad para él. El hombre que ha asustado a las perdices es la fuente última de alarma, y si el ciervo lo ve, lo olfatea o lo oye, también será la causa inmediata de alarma. Tal como se ha descrito aquí, una causa inmediata de alarma es una fuente de signos alarmantes, y esta fuente de signos suele ser, aunque no forzosamente, sinónima de la fuente última de alarma en sí misma.

La sencillez de estas distinciones no debe cegarnos a las complejidades del proceso de la alarma. Como ya se ha mencionado, podemos tomar como dato general que el individuo da un momento de orientación a todo acontecimiento que pueda resultar fuente de alarma, y que si no se establece inmediatamente la inocencia de

⁸ Posibilidad que se dice existe también en los reinos inferiores. Véase F. Fraser Darling, *A Herd of Red Deer* (Londres, Oxford University Press, 1937; Nueva York, Anchor Natural History Library, 1964), pág. 204.

⁹ En esto, desde luego, los seres humanos son como los animales, y de hecho es del etólogo W. John Smith y su próxima monografía sobre el comportamiento de exhibición entre los perros de la pradera de donde he tomado la idea en primer lugar. Permítaseme añadir que John Smith me ha ayudado mucho en todo este estudio.

¹⁰ Un ejemplo lo constituye la etología de las gallinas:

Cuando se pasaba de la zona de monte bajo al terreno abierto se oía llegar al grupo, que luego se quedaba inmóvil mientras aparecía el macho dominante, por lo general erguido inmóvil en un tronco caldo durante unos minutos. Tenía la postura erecta, la cola levantada y abierta, y las alas apuntadas casi verticalmente hacia abajo (la alerta de alas bajas). Por fin cacareaba, ante lo cual las gallinas cruzaban todas por el tronco y volvían a desplazarse y a adoptar sus posiciones para la llamada. Se calificó al cacareo de señal de «fin de alerta», y todo el comportamiento era parecido al de una gallina clueca que cruza por un terreno abierto con sus pollitos.

G. McBride, I. P. Parer y F. Foenander, «The Social Organization and Behaviour of the Feral Domestic Fowl», en *Animal Behaviour Monographs*, II (parte 3, 1969), 136 y 137.

ese acontecimiento, persistirá la orientación hasta que se resuelvan las cosas. Ahora bien, parece ser cierto en general que otros también utilizan esa pauta de reacción como fuente de información, a partir del supuesto de que si un individuo tiene que dedicar excesiva atención a algo, es probable que esto sea algo que ellos también deben verificar. Así, las primeras personas que se alarman pueden servir de instrumentos de advertencia de lo que es alarmante. La complicación es que las miradas y las contemplaciones demasiado prolongadas pueden entonces llegar a utilizarse, por parte de quien las lanza, como medio de advertir más o menos adrede a otros de que hay algo ante lo cual alarmarse. Y, aparentemente, se trata de una práctica que se emplea especialmente cuando la fuente de alarma es la misma persona a quien se destina este signo. Así, un individuo que está a punto de hacer algo que podría ponerlo a él mismo en peligro —como girar en el sentido equivocado en una calle de dirección prohibida, o que no ve una obstrucción en una acera— puede quedar advertido por alguien que lo mira demasiado tiempo, es decir, demasiado tiempo dado el ojeo habitual de atención que se dedica a las cosas en el ambiente de que se trate. Análogamente, cuando un individuo se mete sin darse cuenta en las reservas de otro es posible que se lo mire demasiado tiempo, lo cual sirve de advertencia de que se impone un comportamiento corrector. Así es como llega a ritualizarse el proceso básico de ojeo del entorno, en el sentido etológico del término, y a introducirse en las adaptaciones que quienes están mutuamente presentes se hacen los unos a los otros.

Ahora, para concluir, una nota de definición de las alarmas, necesaria en parte porque el término constituye un ejemplo de esa molesta clase de palabras que se refiere en el uso común tanto a lo que produce un estado en el perceptor como al estado en sí.

Ya se ha sugerido que un individuo alarmado podía convertirse en transmisor de un signo alarmante para sus congéneres. Exhibe signos de estar alarmado, esto es, signos *de* alarma, y éstos a su vez se convierten en signos alarmantes, signos *para* la alarma de los otros. En el caso de los especialistas humanos en hacer la guardia es precisa una matización. Cuando detectan signos de alarma pueden, al igual que sus homólogos animales, dar la alarma al parecer alarmados. Pero si están bien entrenados no hace falta que ellos mismos se alarmen, no hace falta de hecho que se conviertan en signo alarmante para las personas para las cuales montan la guardia; en cambio, transmiten tranquilamente una «señal», un signo convencional que se ha establecido conforme a disposiciones adoptadas previa y arbitrariamente con este fin, con objeto de anunciar que

hay algo respecto de lo cual alarmarse. Y a esta señal es a la que a menudo se refiere uno al hablar de «la (o una) alarma» (así, una alarma puede ser mecánica, procedente de una máquina de señales, y no de una persona). Tomadas juntas todas estas distinciones, pueden añadir un peso considerable al lenguaje: los signos de un individuo de que esté alarmado (o signos *de* alarma) no siempre son, pero pueden ser, signos *para* la alarma (o signos alarmantes) para otros. Una señal de alarma es un signo alarmante para alguien, a veces la persona que lo hace, pero no es un signo *de* alarma. Y, desde luego, todos estos signos y señales deben distinguirse de lo que anuncian, esto es, la base o la fuente de la alarma.

II. El *Umwelt*

Se ha venido sugiriendo hasta ahora que el mundo inmediato de un individuo puede ser para éste uno de dos lugares: donde se puede mantener fácilmente el control o donde tiene que ocuparse totalmente en actividades de autoconservación (la transición entre ambos lugares se produce por la justificación o la disolución de la alarma). El que existan estas dos posibilidades es lo primero que hay que decir acerca de la estructura de su mundo. Ahora debemos tratar de averiguar algunas de sus otras características.

Podemos empezar por volver a la idea de la experiencia o los conocimientos adquiridos de un individuo como factor que determina lo que entendería como alarmante. Cuando examinamos la actividad de un piloto experto, un tragasables, un esquiador, un encantador de serpientes o un desactivador de bombas es perfectamente evidente que su capacidad para realizar tranquilamente su actividad ahora estuvo precedida de un período, a menudo muy largo, en que parecía haber catástrofes por todas partes y tenía que prestar toda su atención a no dejarse la vida en el intento. Debería resultar casi igual de evidente que casi cualquier actividad que cualquier individuo realiza ahora tranquilamente fue en alguna época algo que requería una movilización preocupada de esfuerzos. El andar, el cruzar una carretera, el decir una frase completa, el ponerse pantalones largos, el atarse los zapatos, el sumar una columna de cifras, todas las rutinas que permiten al individuo actuar sin pensarlo, y con competencia se han logrado mediante un proceso de adquisición cuyas primeras fases fueron pasando a fuerza de sudores. Es probable que haya habido una serie de exámenes oficiales y de pruebas en solitario, esto es, de prácticas supervisadas a distancia

en condiciones reales y, por lo tanto, ominosas¹¹. El hablar ahora del individuo que adquiere unos conocimientos, un procedimiento o un modo de percepción intelectualiza totalmente el proceso de adquisición. La comodidad con que se halla el individuo en una situación implica el supuesto de que ha ido haciéndose una experiencia de hacer frente a las amenazas y las oportunidades que se presentan dentro de la situación. Adquiere un período de reacción la bastante breve para sobrevivir: el período necesario para advertir la alarma, decidir una reacción correcta y reaccionar. Y como resultado no se trata tanto de que haya llegado a conocer el mundo que lo rodea, sino de que se ha hecho un experto y un práctico en cómo hacerle frente.

En cuanto advertimos que la situación en torno al individuo es algo en lo que de forma ordinaria ejerce una amplia gama de competencias necesarias, algunas de ellas especiales en su oficio, otras especiales de su sexo y su clase social, y otras comunes a todos los adultos de su comunidad, podemos apreciar la probabilidad de que su mundo sea vulnerable a momentos de tensión cuando se derrumba

¹¹ De hecho, es probable que la adquisición entrañe una intensa alarma por parte de dos individuos, el que está aprendiendo y (durante una fase del aprendizaje) el que tiene la tarea de supervisar la experiencia del aprendiz en condiciones «reales». Un ejemplo de este tema nos lo brinda una novela popular que debe representar la única etnografía apreciable de la que disponemos actualmente sobre su tema, *Airport*, de Arthur Hailey (Nueva York, Bantam Books, 1968; Londres, Michael Joseph and Souvenir Press, 1968):

Deliberadamente, Keith [un controlador de tráfico aéreo que supervisa oficiosamente a un aprendiz] permitió que el espacio entre un BAC-400 de American Airlines y un 727 de la National fuera inferior a lo debía ser; estaba dispuesto a transmitir instrucciones rápidamente si la proximidad se hacía crítica. George Wallace [el aprendiz] advirtió inmediatamente la circunstancia y advirtió a Keith, que la corrigió.

Este tipo de ejercicio en directo era la única forma segura de calibrar la capacidad de un nuevo controlador. Análogamente, cuando un aprendiz estaba ya en el radar y se metía en dificultades había que darle la oportunidad de demostrar si tenía recursos y podía resolver la situación sin ayuda. En esos momentos, el controlador instructor estaba obligado a quedarse inmóvil, con los puños apretados, bañado en sudor frío. Alguien describió una vez esa situación diciendo que era como «estar colgado de un muro por la punta de las uñas». Cuando intervenir o hacerse cargo de la situación era una decisión crítica, que no se podía tomar demasiado pronto ni demasiado tarde. Si el instructor se hacía cargo, era posible que la confianza del aprendiz quedara destruida para siempre y se perdiera un buen controlador en potencia. Por otra parte, si el instructor no tomaba las riendas cuando debía hacerlo, el resultado podía ser una colisión horrible en el aire (págs. 148 y 149).

He presenciado muchas veces la misma agonía entre los *croupiers* jefes de Las Vegas una de cuyas tareas era entrenar a los *croupiers* del «21». Llega un momento en que cada aprendiz hay que llevarlo al «juego real», en circunstancias en que a los jugadores les encantará, casi sin excepción, aprovechar al máximo casi cualquier error que cometa, y por muy larga que haya sido su instrucción en mesas simuladas, inevitablemente se equivocará muchas veces. El jefe sabe que van a cometerse equivocaciones, sabe que le van a costar dinero a la casa, y debe quedarse contemplando las cosas que ocurren. Como me dijo una vez mi jefe: «Cada vez que me llega un nuevo es un infierno.»

la competencia adquirida y el individuo se encuentra devuelto de momento a un dominio insuficiente de las cosas. Y cuando se trata de adultos no hace falta esperar a ocasiones en las que se haya de aprender elementos físicos de destreza en un trabajo nuevo o en que se hayan de volver a adquirir las antiguas competencias tras una enfermedad que lo haya inutilizado. Al individuo experto siempre le resultará posible encontrarse de repente con que ya no se puede movilizar eficazmente para hacer frente a cosas que estaba acostumbrado a manejar con facilidad. Puede estar confuso, «confundido».

Claro que no toda la facilidad de actuación del individuo se basa en conocimientos perfeccionados a lo largo de mucho tiempo. También ha aprendido a eludir momentos, lugares, actividades y objetos que no se podían dominar así, o que por lo menos no se podían dominar sin más esfuerzos de los que está dispuesto a realizar (si no se es alpinista no hace falta aprender las técnicas de uso de los pitones). Además, los controles están institucionalizados: unas alarmas fijadas advierten al individuo qué botellas contienen veneno, qué carretera está resbaladiza, qué bajadas son para los expertos, qué partes del tejado no tienen antepecho, qué escaleras son inseguras. Lo que es más importante, hay códigos de seguridad incorporados de diversas formas en las prácticas de construcción, el material de las fábricas, los medios de transporte y los artículos de consumo, todos los cuales eliminan la necesidad de determinadas formas de cuidados y de atención (el hecho de que casi todas las casas en los Estados Unidos dispongan de un abastecimiento suficiente de gas y electricidad para satisfacer a un verdugo es algo que casi nunca preocupa a sus residentes; las técnicas de control están lo bastante bien establecidas como para permitir que no preocupe a nadie más que un niño o una persona con tendencias suicidas). Y lo más importante de todo es la comprensión adquirida por el individuo de los motivos y las intenciones de los otros que lo rodean, lo cual le permite en muchas circunstancias tratar a los presentes como personas a las que se puede no prestar atención sin ningún peligro. Sin embargo, y también en estos diferentes aspectos, el individuo puede encontrarse de golpe con que existen bases imprevistas de alarma.

Debe verse, pues, que el mundo en torno al individuo tiene un carácter muy social. Sus características existen debido al entrenamiento organizado socialmente que ha obtenido el individuo y debido a una especie de garantía social acerca de los elementos materiales y humanos de la situación. Pero al ser social así, el mundo inmediato del individuo no es subjetiva ni fundamentalmente diferente del de las especies inferiores. Tanto los hombres como los

animales viven en mundos inmediatos que pueden dar por sentados mientras siguen adelante con sus actividades inmediatas. Ambos necesitan y ambos tienen una capacidad para advertir signos de alarma. En ambos casos, lo que hace que un precipicio sea un precipicio son los límites físicos de la seguridad del terreno y la tendencia de los organismos a reventar cuando se caen de una altura, y lo que hace que un precipicio sea *únicamente* un precipicio es la competencia de adaptación de los animales y los hombres para hacer frente a senderos y terrenos, tanto si esta competencia procede de la selección natural como del aprendizaje o de diversas mezclas de ambas cosas.

Se puede entender bien el papel de la competencia de adaptación si se observa la situación de la presa y su cazador. Entre ellos existe lo que cabría calificar de «distancia crítica». Esta es la distancia máxima a la que el cazador cuyas intenciones se conocen puede seguir atrapando su presa, una «distancia abierta de ataque», por así decirlo; o, dicho en términos más convencionales, es la distancia mínima a la que la presa objeto de ataque del cazador puede escapar fácilmente a las atenciones de éste. Un cazador que se acerque a una distancia inferior a la mínima de su presa es probable que obligue a ésta a adoptar medidas defensivas, de ahí la frase «distancia de huida»¹². Ahora bien, de lo que se trata es de que es común que la presa paste o juegue cuando hay un cazador dentro de su ámbito visual, con tal únicamente de que pueda mantenerse la orientación a él sin bloques de intervención de la percepción y de que no se viole la distancia de huida. O sea, que la distancia de huida suele hallarse bien dentro de la «distancia de orientación», aunque ha de reconocerse que existen algunas excepciones (un rasgo desagradable de las serpientes y las arañas venenosas es que muchas veces no estamos al tanto de su presencia hasta que es demasiado tarde para evitar su huida, en resumen, hasta que es demasiado tarde). Lo que es todavía más importante es que el margen entre estas dos distancias está sometido a los factores de la experiencia y de muchas otras influencias¹³. En todo caso, nos quedamos con

¹² H. Hediger, *Studies of the Psychology and Behaviour of Captive Animals in Zoos and Circuses* (Londres, Butterworths Scientific Publications, 1955), páginas 40-42.

¹³ Como me ha sugerido* W. John Smith, pueden ser pertinentes el estado aparente del cazador, la disponibilidad de cobertura e incluso la temperatura del entorno:

Existe una relación inversa entre la temperatura del cuerpo y la distancia de huida: cuanto más baja sea la temperatura del lagarto, mayor será la distancia de huida... Un *Anolis* frío al que se acerca un animal de caza probablemente no pueda reaccionar con tanta rapidez como si estuviera caliente, pero parece compensar esto al

la necesidad de estudiar los acontecimientos dentro del ámbito de orientación del individuo que pueden y podrían convertirse en fuente de preocupación inmediata para él, aunque de momento se hallen más allá de la distancia crítica. La esfera en torno al individuo dentro de la cual se hallan estas fuentes *potenciales* de alarma es lo que calificaré de su entorno o *Umwelt*, por utilizar una versión del término de Jacob von Uexküll¹⁴. Como generalmente las fuentes de alarma darán señales para la alarma, cabe definir el *Umwelt* del individuo como la región en torno a éste desde dentro de la cual pueden llegar signos de alarma.

Las dimensiones de los *Umwelten* varían considerablemente según la especie. En el caso de los animales, algunas fuentes de alarma se hallan físicamente distantes en medidas humanas, como los kilómetros: inundaciones, volcanes, incendios forestales y quizá estampidas¹⁵. Algunos animales pueden orientarse a olores, sonidos y configuraciones de movimiento desde una distancia muy considerable¹⁶.

empezar a reaccionar cuando el animal de caza está más lejos. Es tan difícil atrapar *Anolis* cuando están fríos como cuando están calientes, lo cual demuestra que esta compensación funciona eficazmente.

A. Stanley Rand, «Inverse Relationship between Temperature and Shyness in the Lizard *Anolis Lineatus*», en *Ecology*, XLV (otoño de 1964), 864.

¹⁴ La exposición clásica es su monografía de 1934, «A Stroll Through the Worlds of Animals and Men», traducida al inglés por Claire H. Schiller como parte I de la obra de esta última *Instinctive Behavior* (Nueva York, International Universities Press, 1957), págs. 5-80.

¹⁵ Los términos relativos a la distancia implican problemas. Es fácil emplear una escala humana establecida, como la métrica, para dar una medida «ética» de la distancia entre dos puntos. Pero cuando tratamos de dar esa medida de lo que quiere decir uno con los términos «cerca» y «lejos» (en el sentido literal), no existe una sola escala que funcione de verdad; lo que uno tiene *in mente* es la cercanía o la distancia en términos de alguna consecuencia para el yo, como escaparse, atrapar, ver, hablar con, visitar, etc., y cada una de estas actividades introduce su propia escala («émica»), sus propias variaciones según lo que se trate de hacer. Cuando se habla de animales resulta muy peligroso decir de uno de ellos que algo está cerca o lejos de algo, pero no mucho más peligroso que decir lo mismo acerca de nosotros mismos.

Una medida «émica» aproximada, empleada en algunos deportes, es la de largos de cuerpo, pero no es más que aproximada. En ese caso queda uno reducido a utilizar términos de distancia en sentido amplio:

Por lo general, las especies pequeñas de animales tienen una distancia de escape corta, y los animales grandes larga. Puede uno acercarse hasta a dos metros de distancia de la lagartija común sin que ésta se eche a correr, pero un cocodrilo se escapa a los cincuenta. La golondrina revolotea despreocupada casi a nuestros pies, o sea, que al igual que el ratón tiene una distancia de huida muy corta, mientras que los cuervos y las águilas, los ciervos y los corzos, las tienen mucho más largas.

Hediger, *op. cit.*, pág. 41.

¹⁶ Por ejemplo: «Los individuos o los grupos de personas que anden por los alrededores deben mantenerse por lo menos a 800 metros de distancia de los

Pero por lo general estas distancias son excepcionales. Normalmente, los acontecimientos que están distantes, por ejemplo, unos centenares de metros, no son fuentes en potencia ni en acto de alarma inmediata. Claro que en el caso del hombre existe una importante complicación. Pues si bien apenas puede distinguir una polilla, como puede distinguirla un murciélago, u olfatear a distancia una causa de alarma, como puede hacerlo un ciervo, el hombre puede, sin embargo, utilizar receptores artificiales de diversos tipos, como el teléfono, el telégrafo, las pantallas de radar, etc.; y todo esto puede señalar a su atención, mediante repetidores de signos, fuentes de alarma que se hallan a muchos kilómetros de distancia, o de hecho (como ocurre con las advertencias sobre bombas colocadas en edificios) fuentes que están al lado pero totalmente escondidas. Evidentemente, lo que importa de estas ventanas en el entorno o *Umwelt* del individuo es que, si bien lo ponen en contacto con cosas muy distantes, estas cosas no suelen ser de las que hay que ocuparse inmediatamente para no perder oportunidades ni caer en peligros. Los controladores del tráfico aéreo trabajan en salas pequeñas, pero participan en *Umwelten* incómodamente grandes; sin embargo, otros de entre nosotros, pese a tener habitualmente acceso a extensiones artificiales de la percepción, no tenemos probabilidades (con algunas excepciones) de que por ello se amplíen nuestros *Umwelten*, dado que generalmente no obtenemos una causa de acción inmediata por esos conductos.

Otro aspecto general. Los signos que obtiene un individuo se pueden entender como no meramente indicadores de objetos, sino también como indicaciones de rumbos de desarrollo de la acción, sea ciega y sin intención, como ocurre con los proyectos de acción emprendidos por actores inteligentes. Obsérvese que, en el último caso, cabe hallar con facilidad indicadores fidedignos, pues se dan adrede, y se pueden dar adrede porque quien los da suele aceptar la responsabilidad por adherirse a su plan de acción indicado.

En general, pues, podemos definir el entorno o *Umwelt* del individuo como la región que lo rodea dentro de la cual pueden originarse los signos de alarma que puede entender, y dentro de la cual también están ubicadas las fuentes de la alarma. Y por lo que respecta al individuo persona, es probable que esto se mida en un radio de sólo unos metros. Su cuerpo es lo principal que le puede

nidos de cóndores para no molestar a los pájaros padres.» Véase Carl B. Koford, *The California Condor* (Nueva York, Dover Publications, Inc., 1966; Londres, Constable, 1966), pág. 109.

preocupar inmediatamente, y es vulnerable principalmente a golpes, caídas, disparos, aplastamientos, envenenamiento, quemaduras, ahogo en el agua y asfixia. Si se producen esos ataques, tendrán que originarse donde no pueda eludirlos fácilmente, y esto *habitualmente* no está a más de unos metros de distancia. Como tendremos que ver, lo molesto de los francotiradores con miras telescópicas no es el hecho general de que constituyan un peligro, sino que amplían mucho la zona en que un blanco humano debe mostrar una preocupación activa. Lo interesante de una fuerza de policía cuyos miembros se hallan estrechamente intercomunicados es que el acto ancestral de una persona de escapar físicamente a la proximidad de uno de esos cazadores puede señalarla a la atención de una red cada vez mayor de ellos. Y, desde luego, las armas atómicas están llegando a transformar el mundo en un *Umwelt* que nos incluye a todos, y quizá por lo tanto deje de ser algo a lo que uno puede reaccionar de una forma arraigada en la evolución, dado que no hay ningún sitio que quede fuera de su alcance.

En las comunidades humanas, los centinelas y los agentes de control social suelen ser las mismas personas; muchas veces, quien tiene la tarea de detectar la alarma tiene también la de enfrentarse con su fuente. Estos individuos, dotados de recursos especializados para advertir alarmas y de medios especializados para enfrentarse con el problema, pueden encontrarse, como los controladores del tráfico aéreo, en *Umwelten* que tienen dimensiones mayores de lo ordinario y que son más independientes que lo normal de las fronteras normales. Cabría citar un humilde ejemplo doméstico:

En pruebas preliminares se ha concluido que los residentes en casas de Brownsville tienen mucha conciencia de los ruidos y las actividades que ocurren en los descansillos. Como sus hijos juegan y se reúnen en las escaleras y los descansillos, los adultos parecen estar inconscientemente alerta a los ruidos altos, o incluso a las interrupciones del tumulto de los niños que juegan. Se advirtió que un silencio repentino en el descansillo llevaba a las madres a la puerta con tanta rapidez como un grito alto o una caída¹⁷.

El extremo se halla en los sistemas nacionales de defensa que vinculan proyectos de alerta rápida con los mandos aéreos estratégicos, lo que lleva a algo así como *Umwelten* hemisféricos, cosa que también es la primera vez que le ocurre al hombre.

¹⁷ Proyecto de diseño de seguridad de la Universidad de Columbia (actualmente de la Universidad de Nueva York), publicación especial: *Questionnaire Design for the Improvement of Security in Urban Residential Areas* (sin fecha), pág. 8.

El *Umwelt* o entorno es una zona egocéntrica fija en torno a un reivindicador, que generalmente es un individuo. Sin embargo, los individuos no están inmóviles, de forma que el entorno también se desplaza. Al desplazarse el individuo, algunos signos en potencia de alarma se salen del ámbito efectivo (al irse saliendo sus fuentes de pertinencia), mientras van entrando en él otras que hace un momento estaban fuera de ese ámbito. Así, parece que una burbuja o cápsula de acontecimientos sigue por todas partes al individuo, pero en realidad lo que ocurre, naturalmente, es que lo que cambia no es la posición de los acontecimientos, sino su proximidad; lo que parece un sobre de acontecimientos es en realidad algo parecido a un frente en movimiento de oleadas de pertinencia.

La idea de una burbuja en movimiento no es más que aproximada. Como ya se ha sugerido, desde la perspectiva de cualquier individuo, diferentes fuentes de alarma implicarán diferentes distancias críticas (y de orientación). Por ejemplo, en la acera el individuo tendrá una preocupación vehicular por evitar las colisiones, y ello generalmente entrañará la atención al estrato inmediato de personas que lo rodean; las que están a más de una o dos personas de distancia no le preocuparán mucho (claro que esta misma esfera en movimiento se ampliará y se contraerá según la densidad del tráfico). Sin embargo, en una calle vacía y de noche, el individuo se encontrará con que la aparición de un peatón a media manzana de distancia puede ser motivo de preocupación. Además, siempre que se encuentran habitaciones pequeñas o lugares abiertos, pequeños y ritualmente bien delimitados, su *Umwelt* no se desplaza igual que el individuo, pues es probable que casi cualquier lugar que ocupe en esos sitios plenamente delimitados lo exponga a las mismas fuentes en potencia de alarmas. Cuando el individuo anda por la calle su entorno lo sigue; cuando anda por una habitación, no, o sólo en muy pequeña medida. Obsérvese la probabilidad de que el individuo concentre su ojeo en busca de signos de alarma en el momento y el lugar en que entra en una zona delimitada. Pues muchas veces es en la puerta donde tendrá que advertir las cosas alarmantes, si es que aspira a advertirlas a tiempo. Y ello coincide con que es en la puerta donde estará lo bastante lejos de los demás presentes para poderlos examinar con un mínimo de infracción por intrusión. Además, a la entrada su necesidad legítima de arreglarse la ropa, recibir la bienvenida, obtener información, informar acerca de su objetivo, etc., le brindan una cobertura inmediata para la pausa del ojeo. Como se aducirá más adelante, para quienes ya se hallan en la habitación también merece la pena mantenerse atentos a la entrada y al individuo que acaba de aparecer en ella.

III. La sobredeterminación de normalidad

Hasta ahora hemos tomado como punto de referencia al individuo (nuestro sujeto) que mira a su alrededor en busca de signos alarmantes, a partir del supuesto de que a su juicio existen apariencias normales, es decir, apariencias a cuya fuente puede no prestar atención por el momento. El rumbo que tomarán los acontecimientos si se le permite que no les preste atención desempeña, por lo tanto, un papel importante, pero sólo hemos estudiado la mitad de las razones por las que ocurre así.

De las muchas cosas en el *Umwelt* del individuo que pueden ser fuente de alarma para él, hay una que exige especial atención por nuestra parte: otros individuos. Entiendo como hecho central de la vida que quienes con sus acciones podrían alarmar a un individuo están en muchos casos preocupados ellos mismos por esto. Y para estudiarlo hemos de introducir un punto de vista totalmente nuevo, aunque quizá no muchos datos nuevos.

La preocupación de quienes podrían causar alarma tiene formas normales. Pueden considerar que ellos mismos no son verdaderamente motivos de alarma, pero que también a ellos mismos les interesa convencer al sujeto de que debe estar alarmado, y deben inventarse algo cuando no lo está (eso es lo que ocurre, de hecho, con los gestos defensivos de las especies animales inferiores). Puede interesarles acentuar una base real de alarma. Sin embargo, lo más corriente es que opinen que la alarma en realidad es infundada o es falsa y, además, deseen evitar el darla. O les preocupará impedir que se descubra una base real de alarma. Como cazadores, es probable que deseen acercarse lo bastante para lanzarse al ataque; como presas, es probable que quieran quedarse más allá de la frontera de una atención que no tiene nada amable.

Cualesquiera de estos diversos motivos tengan los otros, tendrán que dirigirse a las apariencias normales. Y con la excepción del caso en que desean causar una falsa alarma o asegurar que se advierte una alarma justificada, lo que les interesa será hallar un medio de cubrirse o disfrazarse ellos y sus actos, con objeto de dar a la víctima la impresión, correcta o incorrecta, de que no pasa nada digno de atención. Entre los animales inferiores, estos trucos se adquieren por selección natural; entre los hombres, la inteligencia y el aprendizaje desempeñan papeles mayores, muchas veces con menos elegancia de diseño. En todo caso, lo que es una apariencia normal para el sujeto se convierte en la capa que sus otros deben discernir, cortar y ponerse (cuando lo que les preocupa es dar una falsa alarma o asegurarse de que se da alarma justificada, entonces también hay

que dirigirse a lo que el sujeto entiende como normal, aunque sin revestirlo, por así decir). Entonces, el desaparecer de la vista, el desvanecerse, no es disimular ni esconderse: es estar ahí, pero sin causar preocupación.

Obsérvese que cuando otros se dirigen a la visión de un sujeto de lo que es normal, en diferentes momentos intervendrán diferentes componentes de su *Umwelt*. A veces se referirán a aspectos determinados de su escenario físico, por ejemplo, lugares en que podría haber escondidos mecanismos de vigilancia o en los que cabe pensar que podrían estar escondidos. Muchas veces se referirán a su visión de cómo deben aparecer ellos mismos si no tuvieran que resultarle alarmantes, como cuando una banda de ladrones se separa inmediatamente después del delito y sus miembros tratan de irse normalmente en diferentes direcciones sin atraer sobre sí la atención del público¹⁸. La unidad que se ha de normalizar puede ser una «com-

¹⁸ Hace falta una nota acerca de la clase general de acciones desesperadas, como los crímenes y el sabotaje, cuya comisión puede resultar nociva para los ejecutantes si sus víctimas en potencia se llegan a alarmar. En esas acciones hay tres fases distintas: una fase «clandestina», en la que se ejecuta la acción alarmante a gran distancia de aquellos a quienes más alarmaría; una fase «encubierta», en la cual los motivos de alarma se disimulan bajo un disfraz del tipo que sea delante mismo de los sujetos; una fase «expuesta», en la cual la acción alarmante se realiza abiertamente delante de quienes se verán alarmados por lo que ven y en la que habitualmente hace falta algún tipo de control coercitivo. Naturalmente, la fase encubierta es la que requiere mantener apariencias normales.

Resultado difícil imaginar una acción en que todo esté expuesto, aunque si el objetivo está totalmente aislado, entonces quizá resulte posible realizar una acción totalmente clandestina. Sin embargo, hay delitos, como la falsificación de cheques, que se cometen de forma totalmente encubierta, y ésta es una de las cualidades del trabajo de este tipo que encuentran atractivas quienes lo practican. Sin embargo, la mayor parte de las acciones implican dos o tres tipos de fases diferentes en secuencia variable. Así, un trabajo con éxito en un banco entraña, es de suponer, una planificación clandestina, un estudio encubierto del medio, un acercamiento encubierto, la exposición durante el atraco en sí y la escapatoria inmediata, el retorno a una fase encubierta en cuanto el equipo se ha deshecho de los perseguidores, y por último el reparto clandestino del botín. En general, estas variaciones tienden a exhibir una sola secuencia básica: apariencia normal, después exposición y luego apariencia normal.

Estas distinciones entrañan complicaciones. Cuando un equipo se dedica a una actividad que causaría alarma a un sujeto y se la arregla para evitar alarmarlo al dedicarse a ella en un punto que está escondido y lejos de él, de hecho sus miembros están manteniendo las apariencias normales de las ocasiones y los lugares que él percibe en las que, en otro caso, estarían desarrollando su actividad. Además, el mismo acto puede representar cosas distintas según el punto de referencia, hecho que, según resulta, nos informa acerca de la estructura de la actividad. Por ejemplo, cuando los atacadores están dentro del banco, mantendrán las apariencias normales hasta que se encuentren estratégicamente situados, y entonces han de escoger entre dos estrategias: o bien tratan

pañía», como ocurre cuando una familia de vacaciones resulta ser un grupo organizado para tratar de pasar drogas de contrabando en las narices de los agentes de aduanas, o cuando una pareja de enamorados resulta estar formada por dos saboteadores que utilizan la única cobertura de que disponen. En la «gran estafa» lo que se representa es todo un establecimiento social durante una hora más o menos. En un atraco a un banco, que estudiaremos más adelante, la unidad que interviene es una banda de diez horas de tres bloques de la vida de una comunidad. Cualquier unidad de ese tipo en el *Umwelt* de una persona suspicaz puede preocuparla y, por ende, convertirse en una estructura que los sospechosos en potencia estarán obligados a manipular.

Se dijo inicialmente que las apariencias normales son lo que el individuo ha llegado a saber, con el tiempo y la práctica, que prevé manejar fácilmente. Al ir madurando sus competencias, lo que espera de su entorno irá quedando cada vez menos a disposición de

de organizar la operación de forma generalmente encubierta, de modo que los clientes y la mayor parte de los empleados del banco no sepan que está ocurriendo un atraco; pues no hablan más que con el cajero; o hacen el trabajo abiertamente, expuestos a todos como malhechores que mantienen el control con sus armas y quizá logran algo de anonimato si se ponen máscara. En todo caso, el equipo basará su plan y sus esperanzas en mantener la operación encubierta por lo que respecta a la gente que está fuera del banco. El robo de una casa tiene la misma estructura, salvo que si no hay nadie en casa o está dormido todo el mundo no hace falta controlar directamente a nadie, y los momentos de más vulnerabilidad son los de entrada y salida. Lo mismo cabría decir del método de excavar un túnel de entrada al banco desde un edificio contiguo, salvo que en este caso existe la ventaja adicional de que la entrada y la salida se efectúan desde un punto distante del escenario del robo, y en consecuencia son considerablemente menos peligrosas de lo que suele ser habitual. Obsérvese que la mayor parte de los escondites en que ocurre la actividad clandestina no están en sí mismos totalmente escondidos; quienes se hallan en ellos mantienen la apariencia de normalidad ante alguien.

Podría añadir que en la planificación de las operaciones a menudo se realiza un esfuerzo por minimizar el período de exposición en favor de los otros dos (en este caso puede intervenir un esfuerzo por maximizar el período de aborto seguro, es decir, dejar para lo más tarde posible en la operación el acto del cual no es posible una retirada encubierta). La opción entre lo encubierto y lo clandestino, cuando hay opción, puede ser compleja en sí misma. A este respecto, véase Christopher Felix, *The Spy and His Masters* (Londres, Seeker and Warburg, 1963), págs. 26 y 27. Obsérvese también que en la fase abierta de la acción sus intérpretes tienen el sutil problema sociopsicológico de mostrarse lo bastante brutales en su resolución de que se tome en serio lo que dicen, pero no tanto como para introducir una situación tan desesperada que haga a los cautivos varones sentirse obligados a resistir heroicamente (en la cuestión de la dinámica de los actos desesperados me baso en conversaciones con John Irwin, del Departamento de Sociología del Colegio Universitario Estatal de San Francisco).

su mente consciente; cada vez podrá decirnos menos en qué consisten esas apariencias normales. También hemos visto que otros —ahora en el papel del cazador o de la presa que trata de evitar el causarle alarma— también tendrán que preocuparse de las apariencias normales. Sin embargo, las apariencias normales que les preocupan a estos últimos no son las apariencias normales *para ellos*, sino las apariencias normales *de ellos* para el enemigo. Esto significa que habrán de tener algún concepto consciente de lo que es natural para el sujeto, de forma que puedan montar la escena de acuerdo con ello. Se ven obligados a convertirse en fenomenólogos, estudiosos a fondo de la vida cotidiana, aunque desde luego no la suya propia, sino de lo que el sujeto entiende como vida cotidiana. Mientras que la experiencia lo lleva a tener cada vez menos conciencia de lo que da por sentado, la experiencia los lleva a ellos a tener cada vez más conciencia de lo que él da por sentado, y por eso puede ser interesante estudiarlo a él mediante el estudio de ellos.

Ahora es cuando el estudio de las empresas delictivas puede resultar de especial utilidad para el estudioso, pues esas empresas requieren constantemente la organización de apariencias normales en circunstancias que siempre surgen dificultades nuevas, lo que llama la atención sobre las estructuras y las competencias que todo el mundo da por sentadas:

El contrabando de oro exige gran resistencia y cuesta grandes sudores. La técnica preferida para el contrabando es utilizar un corsé fino de lona o de nailon con 30 o más lingotes de oro de un kilo metidos en filas a todo lo largo y lo ancho del corsé, que va pegado al torso... El peso de este corsé de oro es horroroso, te ciñe como un dogal, se le doblan a uno las rodillas. El sentarse tampoco constituye un gran alivio; el tratar de levantarse y mantener al mismo tiempo un aire despreocupado se convierte en una hazaña de forzudo. El andar se convierte en un esfuerzo deliberado, y hay que dar los pasos con mucho cuidado para mantener el equilibrio. «Recuerda», dice el que te da el chaleco, «que es muy fácil perder el equilibrio si te empujan o te zarandean en una multitud...; es facilísimo caerse de golpe. Y eso puede resultar muy embarazoso si te ocurre en un aeropuerto muy frecuentado y a la vista de las autoridades»¹⁹.

¹⁹ Timothy Green, *The Smuggler* (Nueva York, Walker and Company, 1969; Londres, Michael Joseph, 1969), pág. 211. Desearía señalar ahora que el estudio de los delincuentes se ha visto influido y apoyado por todas las modas del análisis social académico: psicología anormal, trabajo social, ecología urbana, sociología ocupacional, política nacional. A todo lo largo de este ensayo se menciona una preocupación más. Se trata de que lo que importa de los delincuentes —y de otros desesperados sociales, como los niños, los cómicos, los saboteadores y los locos ya diagnosticados como tales— no es lo que hacen ni por qué lo hacen. Ni tampoco es necesario ahondar en la oscuridad de sus almas para enterarnos de las oscuridades de las nuestras (la oscuridad ya no

Ya he dicho que el sujeto que ojea su entorno en busca de signos de alarma y vuelve a quedarse tranquilo cuando ve que todo parece lo normal ha expuesto con sus expectativas la cobertura que deben buscar quienes podrían verse amenazados o podrían amenazar (o quienes podrían ser vistos erróneamente como amenazantes y no pretenden amenazar). Pero también han de ocuparse de otra cosa. Cuando quienes quieren pasar inadvertidos se preocupan del éxito de su empresa, su preocupación por que los descubran puede revelarse en lo que se califica de aire furtivo. Prestan una estrecha atención al sujeto, pero tratan de disimular esa atención al mantener cuidadosamente la mirada o la cara apuntadas en otras direcciones, y echar un vistazo de vez en cuando. Manifiestan una «disminución de la orientación», en la que se deshace la composición habitual de tronco, hombros, cara y ojos, y una parte de la persona apunta en dirección al sujeto, mientras que las demás partes, mejor controladas, señalan en una dirección inocente. Mantienen bien las posturas correctas, o sólo las alteran en pequeña proporción, pero se da la impresión de que la corrección se ha convertido en asunto de atención consciente, como suele ocurrir muchas veces, por ejemplo, con el automovilista inocente cuando pasa por casualidad a su lado un coche patrulla o tiene uno detrás. Además, al apreciar que el sujeto tiene (o podría pensar que tiene) motivos de alarma (apreciación que se deriva en última instancia de la tendencia de los individuos a asumir el papel del otro), inician la reacción que su descubrimiento produciría en ellos, y entonces tienen que sofocar este comienzo y encubrir su preocupación con una capa bien embozada de falta de interés. El sujeto, a su vez, puede interpretar estos diversos gestos nerviosos, estos comportamientos furtivos, como signos alarmantes. Es comprensible que las apariencias furtivas figuren entre los signos más importantes que busca el individuo; la más ligera sospecha de ellas tiene suficiente fuerza para hacer que se pare y vuelva a mirar otra vez a lo que, en otras circunstancias, podrían ser los otros más inocuos de su entorno. Así, la distancia crítica puede ampliarse a la

es noticia; ya se sabe que en este aspecto todos somos iguales a todos). Lo importante de estos extraviados no reside en la pista que nos dan acerca de lo que, en lo profundo de nuestras almas, también hacemos nosotros, sino más bien en la luz contrastada que proyecta su situación sobre lo que estamos haciendo nosotros al hacer lo que hacemos. Una etnografía radical debe tomar como tema central a la gente corriente que hace las cosas corrientes. ¿Qué se logra con esos actos? ¿Qué presuponen activamente esos actos? Si no se pueden hallar respuestas nuevas y generales a esas preguntas, entonces debemos admitir el fracaso y considerarnos más bien malos ingenieros que malos naturalistas.

distancia de orientación²⁰. Y quienes disimulan cosas bajo lo que son apariencias normales para otros tendrán dos cosas diferentes que disimular: las realidades y el hecho de que están tratando de disimularlas. Como dice Ekman, les preocuparán las indicaciones de filtración y las de engaño²¹.

Ya se ha sugerido que cuando el sujeto advierte que pasa algo se movilizan su atención y su preocupación; si la alarma resulta «real» ocurre un comportamiento de adaptación, pero si se adquiere información tranquilizante, pues la alarma resulta falsa, su concentración disminuye rápidamente. Esta idea de la información tranquilizante tiene, sin embargo, un papel especial cuando son otras personas las que son motivo de alarma. Pues los individuos que causan alarma pueden, ante esta reacción del individuo, demostrar que la alarma es falsa. Dan una explicación, subrayada por una solicitud o una petición de perdón, con lo que sugieren que, si bien las cosas parecen raras, en realidad son explicables, y además son explicables de un modo que eliminará los motivos de preocupación. Al explicar así su acto, los individuos alarmantes no necesitan demostrar que están actuando correctamente o por motivos ordinarios, sino únicamente que tienen unos motivos para su acto y que cuando el sujeto comprenda esos motivos verá que el acto no tiene por qué seguirlo inquietando. Eso es lo que se quiere decir cuando se dice que quienes han causado alarma tienen una buena explicación, cosa que, obsérvese, quizá tengan aunque quizá no tengan una buena excusa para causar la preocupación en primer lugar.

²⁰ Según parece, la sensibilidad a lo furtivo no es algo que haya inventado el hombre. Darling, por ejemplo, dice:

Observemos las reacciones de los ciervos que a una distancia de 250 metros contemplan a un observador que pasea por un sendero. Al primer vistazo levantan la cabeza y juntan las patas delanteras. Estos dos movimientos son sincrónicos. Se quedan inmóviles en la posición en que están y miran a la persona que anda. Mientras siga andando, todo va bien. No tienen miedo y no se mueven. Pero si el observador se para, probablemente se irán. Si hace movimientos cautelosos delante de ellos, como meterse entre los matorrales o esconderse detrás de una piedra, desde luego se van corriendo. Según parece, los seres humanos en determinados sitios, en determinadas posturas y que van tranquilamente por su camino son criaturas inofensivas, pero muy peligrosas en otra serie de circunstancias.

Darling, *op. cit.*, pág. 203. Desearía sugerir que la capacidad humana para detectar la disyunción de orientación en otros es tanta como podría desear un animal.

²¹ Paul Ekman y Wallace V. Friesen, «Nonverbal Leakage and Clues to Deception», en *Psychiatry*, XXXII (1969), 88-108, especialmente página 89. Es comprensible, pues, que las organizaciones que se dedican al contrabando den calmantes a sus correos para que se los tomen en las fronteras, lo que les permite disimular mejor su preocupación por el disimulo (véase Green, *op. cit.*, página 223).

O sea, que pueden darse explicaciones al individuo cuando su *Umwelt* cesa repentinamente de mantener lo que son para él las apariencias normales, y la explicación que se le da no necesita asimilar el acontecimiento alarmante a esas apariencias concretas, sino a todas las que si se vieran y comprendieran se entendería que no son causa real de alarma. En este caso existe una norma para medir la presencia de ánimo, norma que entraña la capacidad para dar rápidamente el tipo de explicación que permite asimilar el acontecimiento inquietante a lo normal²² y establece un marco en comparación con el cual percibir las malas explicaciones, es decir, las que no disipan las sospechas del observador (obsérvese que no se debe confundir esta distinción entre explicaciones eficaces e ineficaces con otra, la distinción entre explicaciones verdaderas y falsas). Evidentemente, los ladrones tienen una necesidad especial de organizarse unas buenas explicaciones falsas en momentos estratégicos y tienen la palabra «rollo» que designa esta capacidad para este tipo de cobertura. Al poseer esta cualidad, los ladrones están bien dotados y hablan de tener el «don» de hacerlo. Como se ha sugerido ya, hay muchas causas para practicarla. Por ejemplo, cuando se atrapa a unos «palquistas» en un apartamento, su misión consiste en dar una explicación que disipe la idea de que pudieran ser lo que son efectivamente. Entre otras posibilidades, pueden fingir que están borrachos, decir que el portero les ha dado la llave del departamento equivocado o, lo que es lo mejor de todo, acercarse al residente cuando entra y, antes de que éste haya tenido tiempo para pedir explicaciones a los intrusos, decir que son agentes de seguridad del edificio y exigir explicaciones de por qué el residente ha dejado sin cerrar la puerta²³. Cabe citar un buen ejemplo del rollo desde el otro lado —el legal— de la ley, en esta ocasión la colocación de un micrófono en la oficina de un usurero ilegal de los muelles de Nueva York a medianoche por dos agentes de la oficina del fiscal del distrito:

Acabábamos de instalar el micrófono y de echar el cable por la ventana cuando se abrió la puerta y se encendieron todas las luces. En la puerta había tres maleantes con aspectos de duros. Uno de ellos, que parecía ser el portavoz, dijo:

²² El ingenio de este tipo es una rama utilitaria de una de las grandes calidades centrales de la vida de situación, es decir, la compostura; un componente menos instrumental es la sangre fría, la capacidad de hacer frente a acontecimientos embarazosos sin demostrar evidentemente el embarazo. Se estudian otras ramas de esa familia en Goffman, *Interaction Ritual* (Nueva York, Anchor Books, 1967), págs. 222-228.

²³ Susan Black, «Burglary-I», en *New Yorker* (7 de diciembre de 1963), páginas 116 y 117.

—¿Qué coño estáis haciendo?

Preferiría decir que fue mi rapidez en reaccionar lo que nos salvó, pero en realidad fue la agilidad mental de Bill O'Sullivan. Con voz indignadísima dijo enfadado:

—Pero, bueno, ¿es que no tienen ustedes educación?

El trío pareció quedar confundido un momento. Uno de los gorilas dijo:

—¿Qué es eso, tío? Esta oficina es nuestra.

Bill señaló con un gran gesto al reloj eléctrico de la pared:

—¿Ven ustedes ese reloj de la Western Union?

Uno de los tipos dijo:

—¿Y qué?

—Ese reloj estaba averiado —dijo Bill—, y como no han tenido ustedes la buena educación de llamarnos, todos los relojes del Barrio Oeste están averiados.

Los tres caballeros con pinta de duros parecían verdaderamente sorprendidos. Bill siguió describiendo gráficamente cómo se habían parado centenares de relojes en toda la ciudad, desde la calle 14 hasta el ferry de Staten Island, y ahora había que volverlos a poner en marcha.

—¿Saben que hemos tardado hora y media en arreglar este reloj? —preguntó.

—Oye, tío —dijo el portavoz—, lo siento. No sabíamos que se había parado el reloj.

—Bueno, pues a ver si lo utilizan ustedes para algo —dijo Bill—. Agarra la herramienta —dijo dirigiéndose a mí. Lo metí todo de golpe en el saco. Al salir, Bill se dio la vuelta y dijo: ¿Se encargan ustedes de cerrar?

Los tres gángsters, que estaban mirando al reloj, asintieron en silencio²⁴.

Lo mismo que se acaba de decir del ofrecimiento de explicaciones cabe decir del ofrecimiento de otros tipos de labor correctora, como la petición de excusas y la restitución. Por ejemplo, si unos peatones ven que un automovilista choca con un coche aparcado, le hunde un guardabarros y se marcha sin echar una mirada, pueden pensar que su *Umwelt* ha contenido de repente una acción tan incorrecta que aunque ellos mismos no están implicados directamente, se advierte alarma junto con un deseo de hacer algo contra el infractor. Sin embargo, si el automovilista se para, sale, inspecciona los daños hechos y después escribe una nota que deja bajo el limpiaparabrisas del coche afectado, los testigos pueden seguir con lo que estaban haciendo, pues advierten que no hace falta que ellos hagan más. Entonces esto se convierte no tanto en apariencias normales como en las apariencias de tener conciencia de la restitución que el infractor desea adoptar:

²⁴ Harold R. Danforth y James D. Horan, *The D.A.'s Man* (Nueva York, Crown, 1957), págs. 158 y 159, citado en Samuel Dash y otros, *The Eavesdroppers* (New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1959), págs. 75 y 76.

Shamokin, PA. (AP).—Un conductor delincuente ha engañado a varios testigos que lo vieron chocar con otro coche.

El conductor salió del coche después del accidente, fue al otro coche y dejó una nota:

«Acabo de chocar con su coche. Hay gente mirándome. Se creen que estoy dejándole mi nombre. Pero se equivocan.»

La nota iba firmada «el que le ha chocado»²⁵.

O sea, que es necesario modificar la perspectiva. Desde el punto de vista de un individuo determinado, existirá un número limitado, y quizá relativamente reducido, de apariencias que pueden parecerle inmediatamente normales y merecedoras de sólo un vistazo. Otras apariencias causarán alarma. Sin embargo, cuando esa alarma la producen agencias humanas, el sujeto suele tener una tendencia a abstenerse de reaccionar hasta que el agente ha tenido una posibilidad de ofrecer una explicación y, posiblemente, de pedir perdón por la cosa extraña y alarmante que ha ocurrido. Una mujer que pasea por la calle de una ciudad puede estar tranquila cuando se le acerca un desconocido y le pide sus medias, siempre que le explique que las que lleva tienen una carrera, que él necesita el nailon para escurrir la pintura que está utilizando en el edificio de al lado, a medio pintar, y que, naturalmente, le pagará unas medias nuevas²⁶. Otro ejemplo. Quienes están de guardia en buques de guerra anclados en tiempo de guerra probablemente obligarán a todo bote que intente acercarse a que mantenga sus distancias. Sin embargo, ha resultado posible fijar un artefacto explosivo en un timón al acercarse y simplemente ofrecer la apariencia, que facilita una explicación, que transforma un bote que se acerca en (aparentemente) un bote que *en realidad* no se acerca en absoluto:

Poco después pareció que un hombre solo en un bote a motor en el puerto de Nueva York tenía problemas con el motor. Fue derivando hacia un buque tan cargado de municiones que estaba hundido por debajo de la línea de flotación. Los centinelas vieron cómo seguía a la deriva debajo de ellos, tratando todo el tiempo de volver a poner en marcha el motor. Perdieron interés. Si recordaron el incidente más tarde, cuando ya en alta mar una enorme explosión hizo saltar el timón y casi hundirse el barco, nada lo demuestra²⁷.

Además, esa misma pacificación la puede dar el testigo que intenta ofrecer una explicación de un acontecimiento alarmante no

²⁵ *The New York Times*, 10 de mayo de 1970.

²⁶ Acontecimiento narrado como real por Herba Caen, *San Francisco Chronicle*, 31 de octubre de 1965.

²⁷ Allison Ind, *A History of Modern Espionage* (Londres, Hodder and Stoughton, 1965), pág. 93.

humano o de un acontecimiento causado por terceros. Y parece que por extraña o amenazante que pueda ser una visión alarmante, se le puede descubrir una explicación eficaz, esto es, una explicación, verdadera o falsa, que disipe la alarma. Esto significa que, para ellos, las apariencias normales tienen un carácter abierto. Lo que es normal a primera vista puede ser algo sumamente reservado, lo bastante para obligar a realizar una tarea práctica de simulación a quienes desean estar seguros de escapar a la atención de un sujeto, pero no hay forma de describir detalladamente el número de anomalías que se puede hacer resulten no alarmantes mediante unas explicaciones creativas. Quien explica puede recurrir a todo un mundo de significados; no necesita orientarse más que por su rollo.

Interviene otro aspecto. Cuando vemos que quienes desean disimular a fin de evitar que se cree una alarma han de dirigirse a la idea que tiene el sujeto de las apariencias normales, es evidente que unos otros diferentes con diferentes cuestiones que puedan resultar alarmantes para el sujeto se verán obligados sin embargo a emplear la misma cobertura. Por ejemplo, si un carterista aspira a acercarse lo bastante al sujeto como para quitarle la cartera, deseará darle la impresión de que es «uno más»; de hecho, una competencia ideal exige que cuando la víctima descubre la pérdida no pueda ni siquiera recordar quién estaba lo bastante cerca para cometer el acto. El mismo disimulo puede emplear quien tiene una intención diferente:

Se puede tropezar con otro método de ataque o asesinato con puñal, que no es raro en algunas partes del mundo. Es tan antiguo como la historia y era un método que se enseñaba a algunos grupos para que lo utilizaran en asesinatos en zonas ocupadas por los alemanes durante la segunda guerra mundial.

El asesino percibe a su víctima en una multitud y se le acerca de frente. Lleva el puñal en la mano, con la empuñadura boca abajo y la hoja de lado junto al antebrazo, o escondida en la manga. Naturalmente, la empuñadura va tapada por los dedos. El asesino, con el puñal en esta posición, se pone frente a la víctima prevista y avanza hacia ella. Al llegar a un punto directamente frente a la víctima libera la hoja del puñal con un movimiento sencillo de muñeca, y con un pequeño movimiento del brazo le mete el cuchillo, al cruzarse, en la zona renal de la víctima. El cuchillo puede quedar clavado en la herida o se puede sacar mientras el asesino sigue andando en medio de la multitud, sin que por lo general se descubra lo que ha hecho²⁸.

Y, si en lugar de robar carteras o apuñalar riñones se trata de mantener una estrecha vigilancia protectora del sujeto sin que él lo sepa,

²⁸ Rex Applegate, *Crowd and Riot Control* (Harrisburg, Pennsylvania, The Stackpole Company, 1964), págs. 460 y 461.

una vez más habrá que mantener la misma apariencia de ser uno más, la misma atención cortés, el mismo aire no furtivo, las mismas muestras de ir haciendo correctamente las cosas de uno. De hecho, quienes van de caza y quieren disimular la amenaza a los sujetos, y quienes son presas y quieren disimular ante el sujeto la oportunidad que presenta su vulnerabilidad, deben por fuerza proyectar lo mismo: lo que el sujeto calificaría de apariencias normales. Y, como ya se ha sugerido, no hace falta que sea pertinente la cuestión de cuál es el lado de la ley del que está el sujeto. Un hombre que transporta encubiertamente 20.000 dólares en una bolsa de papel tratará de aparecer ante los demás como si fuera alguien que viene de compras, y en el sentido dramático no parece que importe si ha tomado por la fuerza los fondos en un banco y desea eludir las atenciones de la policía o si lleva los fondos a un banco para ingresarlos y desea evitar la atención de los ladrones.

IV. *El actuar con naturalidad*

Veamos ahora algunas de las demás cargas que se ven soportadas por las apariencias normales: las que afectan a las ideas mismas del sujeto y de sus otros. Ya se ha aducido que a fin de conservar la sensación del sujeto de que no pasa nada, los otros podrían tener que dirigirse a lo que el sujeto consideraría normal, de lo cual forma parte su versión de cómo serían ellos si fueran el tipo de otros de los que se puede no hacer caso. Esta cuestión de cómo logran los otros parecer lo que el sujeto considerará ordinario es lo que quiero estudiar ahora detalladamente.

Como ya se ha implicado, los otros del sujeto pueden tener dos tareas dramáticas. En primer lugar, pueden tratar de representar papeles que les son extraños, como ocurre cuando un policía hace de estudiante de doctorado a fin de infiltrarse en una organización de izquierdas, o cuando un ladrón se pone el uniforme de la compañía de teléfonos para entrar en una casa. Este tipo de subterfugio es el que mejor encaja en la distinción que he utilizado entre el sujeto y los otros. Pero, de hecho, existen limitaciones estrictas y prácticas al disfraz: un actor que participa en un papel que no está muy distante de lo que podría ser una posibilidad «real» para él no es probable que sobreviva mucho tiempo a la detección.

La segunda tarea de los otros es disimular su propia preocupación por que los descubran, para que esta preocupación no lleve a que los descubran. Podrían decir que, además de representar identidades que no son alarmantes ni interesantes para el sujeto, tam-

bién deben «actuar con naturalidad», esto es, conducirse dentro de estas identidades como si la cuestión de dar la alarma, o la cuestión de alarmarse, no estuvieran presentes. Pero esta manera de representar una identidad ajena no es en sí misma muy ajena a esos actores, pues es una modalidad análoga a la que se representarían a sí mismos si no les preocupara mucho la reacción del sujeto. Cuando otros hacen un esfuerzo por disimular las indicaciones de que están engañando, entonces lo que deben hacer es representar conscientemente un estilo de comportamiento que, de hecho, es el suyo. Hace falta una «autorrepresentación», una simulación del yo, un fragmento calculado de actuación, una representación de uno mismo²⁹.

El examen de esta autorrepresentación lleva a complicaciones que deseo examinar detalladamente. Es evidente que la necesidad de actuar con naturalidad, de actuar como si no hubiera ningún motivo

²⁹ No hace falta que ahora nos confundamos con los problemas del «marco». En el habla cotidiana la frase «actuar con naturalidad» se utilizaba para referirse tanto a alguien que parece verdaderamente no estar alarmado ni preocupado por alarmar (lo que cabría llamar «comportarse con naturalidad») como a alguien que meramente parece tratar de lograr que se juzgue así su comportamiento, con lo cual «actúa como si se comportase con naturalidad». Ambas formas de comportamiento pueden distinguirse fácilmente de lo que hace un actor en un escenario. Cuando decimos que este último trabaja muy bien al actuar con naturalidad queremos decir que es muy bueno en cuanto a representar una actuación con naturalidad, lo cual es un arte de tipo diferente (por ejemplo, es legítimo) al de representar el comportamiento natural. Claro que los buenos actores también pueden interpretar la representación del comportamiento natural. Y fuera del escenario es posible que un individuo se encuentra a veces que le interesa representar la actuación del comportamiento natural, aunque no sé con qué oportunidades de lograrlo. Seguiré utilizando el término de «actuar con naturalidad» de muchos modos y permitiré que el contexto establezca el significado concreto, pues en este caso las explicaciones pueden crear todavía más dificultades de las que resuelven, y de hecho es posible que ya lo hayan hecho.

Debo añadir que, al oponer el «comportamiento natural» a la escenificación o la interpretación de esa pauta, no pretendo refugiarme en la distinción de sentido común entre lo verdadero y lo falso. Un individuo puede interpretar un papel con verdadera espontaneidad, sin aire furtivo ni conciencia de lo que está haciendo, con un sentido de lo genuino. Muchas veces este estilo abierto se debe a que ha venido interpretando ese papel desde hace mucho tiempo, con el apoyo y la aprobación constantes de sus públicos. Muchas veces ocurre que este tiempo y este apoyo significan que el papel es legítimo; está autorizado socialmente a interpretar, y puede defender su derecho a interpretar contra todos los que duden de él. Pero no hay más que distinguir entre facilidad y legitimidad y queda claro que se puede encontrar la una sin la otra. Además, cuando el individuo actúa de forma genuinamente directa (muchas veces gracias al apoyo que ha obtenido en su papel y a la legitimidad de su reivindicación de ese papel), sigue haciendo lo que ha tenido que aprender a hacer (muchas veces cuando no se sentía natural en lo que estaba haciendo), lo que está prescrito culturalmente, lo que sirve como exhibición para convencer a sus públicos y lo que, cuando algo marcha mal, puede darle vergüenza.

para estar aprensivo, no se limita a los otros del sujeto; este último también la tiene. Y en su caso, como ya veremos, la interpretación del propio yo no se detiene en la cuestión de inhibir o encubrir el aire furtivo.

Veamos el argumento. Cuando un sujeto advierte que las cosas son normales, es probable que exude signos de calma y tranquilidad. Su comportamiento demostrará que a su juicio no pasa nada y que quienes se hallan en su presencia no son causa de alarma. Pero si efectivamente llega a advertir que pasa (o que podría pasar) algo, puede considerar que lo mejor es anunciar que siente sospechas con objeto de impedir que los sospechosos pasen a la acción, práctica, dicho sea de paso, que se va haciendo más frecuente en relación con los mecanismos de vigilancia en circuito cerrado que se exhiben de forma conspicua a fin de desalentar a los ladrones de tiendas y a los empleados ladrones. Pero, según creo, lo más frecuente es que opine que la mejor manera de enfrentarse con las cosas es dar a quienes son causa de alarma (sea porque constituyen una amenaza o una oportunidad) la sensación de que todavía no ha llegado a sospechar las cosas. Si ellos no saben que él sospecha, seguirán actuando de un modo que, después de todo, lo dirige en parte él; pero si les deja enterarse de que sabe que las cosas no son lo que parecen, entonces es posible que cambien de modo de actuar, lo cual puede empeorar la situación de él. Sus signos de sospecha puede hacer que ellos sospechen³⁰. De manera que después de haber descubierto que pasa algo debe modelar su conducta y sus actos conforme a la manera en que actuaría alguien como él si pensara que la situación es normal. Entonces, las rutinas que a lo largo del tiempo se han convertido para él en algo automático, inaccesible a la conciencia, deben organizarse de forma consciente, y en consecuencia el individuo llegará a tener la sensación de que está dando un espectáculo, haciendo una interpretación, actuando (naturalmente, se tratará de una actuación para la cual dispone ya de toda la escenografía, en la que se sabe todo el papel y cuyo intérprete está bien elegido; se tratará además de una actuación que se interpreta ante actores que, sin

³⁰ El término de «sospechoso» se utiliza en el habla cotidiana, de forma que resulta interesante, para referirse tanto a *acontecimientos* que suscitan sospecha como a la *sensación* o el sentido de que algo resulta sospechoso. Este doble uso podría interpretarse como prueba de lo profundamente arraigado que está el carácter interactivo de estos signos, tanto más cuanto que ambos usos implican que tras unas apariencias inocentes puede haber unas intenciones *alarmantes* (por otra parte, el hablar de un ruido «raro» o «extraño» es referirse a algo que podría inspirar alarma, pero no tiene forzosamente que implicar un disimulo intencionado o algo ominoso). Como ya se ha sugerido, el término «alarma» tiene una ambigüedad parecida.

darse cuenta, le dan todos los apuntes correctamente y en los momentos exactos y le ayudan de formas que ellos mismos ignoran a realizar una buena interpretación). No sólo debe reprimir sus signos de ansiedad, sino que también debe seguir haciendo lo que haría si no sospechara nada. Pero en ese momento ha empezado a interpretarse a sí mismo y ya no es meramente el sujeto; es otro que monta un gran espectáculo para otros sujetos.

Al tratar conjuntamente del sujeto y sus otros con objeto de estudiar la autorrepresentación nos encontramos con tres contextos en los que examinar el fenómeno. El primero ya lo hemos mencionado: es la situación en que se encuentra el individuo cuando descubre que la forma en que se comporta cuando todo es normal es un diseño que puede emplear él mismo conscientemente en beneficio propio. Obsérvese que su confianza en este disfraz en esta situación puede ser enorme, y de hecho a veces patética. Obsérvese los vanos y dolorosos esfuerzos de alguien que se sienta al lado de un borracho escandaloso en un medio público de transporte; obsérvese el esfuerzo del individuo por actuar como si el borracho no estuviera ahí o no fuera un motivo especial de preocupación, o en cualquier caso no fuera una causa para obligar a su compañero de asiento a aparentar ser otra cosa que una persona en una situación en la que todas las apariencias son normales y no pasa nada. O, lo que es todavía más desesperado, el siguiente comportamiento descrito en un periódico:

Nueva York (AP).—No duró más que cuarenta y cinco minutos, pero a Jill Parker, de catorce años, le parecieron horas las que pasó en la cama preguntándose cuándo la iba a matar.

Todo empezó en la madrugada de ayer, cuando la guapa estudiante de cuarto año de secundaria oyó unos pies que se arrastraban y vio que en su dormitorio oscuro entraba un hombre.

Hizo como que estaba dormida y se tapó la cara con la sábana.

El hombre se tumbó en la cama a su lado, completamente vestido, y le separó la sábana de la cara.

No la tocó, según dijo a la policía. Se limitó a mirarla a la cara.

—Estaba tan nerviosa que aunque trataba de cerrar los ojos, no hacía más que parpadear —recordó—. Me latía tanto el corazón que me daba miedo de que lo oyera. Traté de volver a ponerme la sábana por la cara, como si estuviera dormida —dijo—; no quería que viera lo nerviosa que estaba. Pero él seguía tirando de la sábana para abajo, para mirarme. Estaba segura de que me iba a matar.

Y así siguieron las cosas durante cuarenta y cinco minutos de tormento.

De pronto Gigi, el caniche de la familia, advirtió que había alguien desconocido en la casa y rompió el silencio en la enorme casa de 15 habitaciones con ladridos estridentes.

—Sabía que los ladridos iban a despertar a mis padres —explicó después Jill—. Entonces fue cuando empecé a gritar: «¡Mamá, hay alguien en mi cama!»³¹.

Por lo general, el ir andando también requiere una cierta actuación, especialmente, es de suponer, por parte de la mitad de la población cuya apariencia es, y está organizada para que sea, apreciada por todos y saboreada por algunos:

Una muchacha va andando por la calle de una ciudad. Tiene una conciencia enorme de su apariencia y de las reacciones que provoca (imaginadas o reales) entre todas las personas con que se encuentra. Pasa por en medio de un grupo de obreros de la construcción que están comiendo sentados en la acera. Se le retuerce el estómago de terror y repugnancia; la cara se le distorsiona en una mueca de autocontrol y de falsa inconsciencia; su andar y su porte se convierten en rígidos y deshumanizados. Sabe que no van a atacarla físicamente ni a hacerle daño. Sólo metafóricamente. Lo que van a hacer es chocar con ella. Utilizar su cuerpo con los ojos. Evualuarán su precio de mercado. Comentarán sus defectos o los compararán con los de otras que pasan al lado. La convertirán en una participante en sus fantasías sin preguntarle si ella está dispuesta. Harán que se sienta ridícula, o grotescamente sexual, o asquerosamente fea. Sobre todo, harán que se sienta como si fuera una cosa³².

Y tampoco la interpretación consciente del yo se limita a las posiciones básicas: sentado, acostado, andando. Las circunstancias pueden hacer que el individuo sienta que toda una corriente de su compleja actividad es interpretación, aunque sea la misma actividad que antes era «auténtica». En el sentido dramático, de eso se trata al mentir. El decir una cosa que no es verdad permite a quien la dice, y le obliga, a mantener un papel y un disfraz que ya no serían viables si se conociera la verdad, condición especialmente pronunciada en las organizaciones sociales en pequeña escala e íntimas en las que quien miente sigue en la presencia inmediata y continuada de las personas a quienes ha mentido. El seguir siendo un empleado aparentemente fiel cuando se sabe que uno, en silencio, ha concertado un acuerdo para marcharse dentro de poco a otra empresa es transformar el trabajo corriente y las relaciones colegiadas corrientes en algo parecido a un juego. El seguir cohabitando con el cónyuge mientras se tiene un «affaire» secreto, o el continuar adelante con las tareas domésticas cuando se sabe que el cónyuge tiene un «affai-

³¹ *San Francisco Sunday Examiner and Chronicle*, 15 de mayo de 1966.

³² Meredith Tax, «The Woman and Her Mind: The Story of Everyday Life», *Women's Liberation: Notes from the Second Year* (1970), pág. 12, citado en Norman Mailer, «The Prisoner of Sex», en *Harper's*, marzo de 1971, pág. 48.

re» en secreto, o el empezar a plantear un divorcio antes de que el cónyuge sepa que ha de examinarse conjuntamente la posibilidad de una separación es transformar la actividad doméstica rutinaria en un espectáculo irónico y quizá sucio. Generalmente, pues, lo que hace que unas interpretaciones sean falsas no es la creación de una rutina nueva y falsa, sino la continuación de una rutina antigua y válida en circunstancias que se han modificado, o por lo menos, según parece, en la sociedad contemporánea³³. Creo que en esas circunstancias la gente corriente siente aprensiones morales y también siente dudas acerca de su capacidad escénica. Además, al encontrarse «en escena» tienden a experimentar un tipo especial de nerviosismo³⁴. Sin embargo, parece que pronto descubren que pueden actuar como si no pasara nada mejor de lo que pensaban.

O sea, que cuando el individuo atiende a sus propios intereses existe un contexto para la autorrepresentación. El segundo medio ambiente para la autorrepresentación implica un montaje. Un individuo al que están a punto de estafar, o de chantajear, o de vender drogas, o contrabando o mercancías robadas o de reclutar para que haga la parte «interna» de un trabajo, consulta con las autoridades y éstas lo inducen a seguir siendo él mismo hasta que se obtengan

³³ Cabría señalar que en el mundo del teatro de Shakespeare la interpretación de sí mismo era una base de falsedad, pero aparentemente no la base central. En las comedias, la fuente principal era la impostura provisional de otro por una buena causa; en las tragedias, la adquisición oficial de una posición por medios inmorales, lo que llevaba al usurpador a adoptar un papel falso. A este respecto, véase el sugerente libro de Anne Righter *Shakespeare and the Idea of the Play* (Londres, Chatto and Windus, 1964).

³⁴ Sobre el encontrarse «en escena», véase Sheldon L. Messinger y otros *Life as Theater: Some Notes on the Dramaturgic Approach to Social Reality*, en *Sociometry*, XXV (1962). Cabría citar un ejemplo de la novela *Seconds*, de David Ely (Nueva York, Signet Books, 1963; Londres, André Deutsch, 1964), páginas 7 y 8. El héroe está a punto de desaparecer de su propia vida:

En la oficina exterior hizo una pausa junto al escritorio de su secretaria.

—Probablemente volveré tarde de comer. Como hace tan bueno, a lo mejor me doy un paseo.

—Sí, señor.

Dio la vuelta y avanzó hacia la gran pared de cristal que señalaba el lado que daba al banco Broadway. «Tranquilo», se dijo. «Sé tú mismo. Recuerda que no haces más que irte a comer.» Pero se le ocurrió que no tenía la menor idea de cómo falsificar el acto de irse a comer. ¿Había una forma especial de andar? ¿Se iba uno lentamente, o se echaba a correr de hambre, o qué? Llevaba más de 25 años yéndose a comer todos los días de trabajo y sin embargo ahora, cuando tenía que pretender que era eso lo que hacía, no sabía qué hacer.

Al llegar a Broadway se detuvo deliberadamente para olfatear el aire y ver la multitud. Supuso que eso era lo que hacía generalmente esos días, cuando se iba a comer solo. Algo para demostrar que no tenía prisa y que tenía suficiente categoría para no preocuparse de la hora a la tenía que volver.

...No parecía del todo posible que nunca fuera a volver... Desde luego, si actuaba en serio, entonces su comportamiento hubiera sido visiblemente agitado en los últimos días. Sus socios habrían adivinado sus intenciones y en cualquier momento saldrían corriendo a agarrarlo, con gritos de «¡Hombre, por Dios... no puedes estar pensando en hacer eso!»

pruebas suficientes. O un miembro de un equipo que se ocupa de planear un acto ilícito vende a sus compañeros y se le obliga a traicionarlos como parte de su arreglo con la ley, posición dramática que también puede lograrse si se entera antes del delito que sus compañeros van a eliminarlo después de éste y decide traicionarlos antes él. En todos estos casos de «seguir con el juego», al individuo no sólo lo ayuda el hecho de que se está interpretando a sí mismo, sino también el de que su interpretación obligada puede ser breve, contará con un director de escena y tras las bambalinas le espera una protección legítima, que en principio está dispuesta para terminar con la farsa si las cosas empiezan a ir mal.

El tercer contexto entraña la interpretación forzada, generalmente a punta de pistola. En estos casos, muchas veces el objetivo de quien emplea la coacción es utilizar a la persona coaccionada para convencer a terceros (que no pueden ver a aquél) de que todo es normal. Claro que en este caso es probable que la interpretación sea muy breve, pues sino a quien ejerce la coacción se le puede traicionar adrede o incluso sin darse cuenta, y en este caso la actuación con normalidad es el único espectáculo posible, pues es el único que probablemente puede realizar el intérprete coaccionado en condiciones de tanto nerviosismo³⁵. Este género de situación es muy corriente en las novelas de intriga, pero poco corriente en la vida; efectivamente, el que le escondan a uno una pistola en los riñones sin que nadie lo vea puede obligar a un sujeto a hacer como si fuera miembro de una compañía que va a entrar en un coche o un edificio, pero creo que los locales públicos protegen mejor de los secuestradores de lo que implica este episodio tan corriente en la ficción. Pero paso a ofrecer largas citas de un relato publicado en la prensa de un atraco bien planeado a un banco:

Las horas desesperadas anteriores al atraco empezaron a las 10,50 de la noche del martes, cuando un estudiante del Colegio Superior de Santa Rosa,

³⁵ Si las circunstancias y el tiempo permiten las condiciones para que se establezca el chantaje, entonces los espectáculos coercitivos pueden ser más complicados, y obligar a la víctima a seguir lo que se le indica en ausencia física de quienes la coaccionan; de hecho, ese es el aspecto central del chantaje. Obsérvese que cuando se chantajea a empleados de banco, científicos de investigación aplicada y administrativos de organismos de la defensa nacional para que traicionen a sus patronos, tienen que mantener las apariencias normales durante algún tiempo en su trabajo en circunstancias muy traicioneras. Algunos de esos intérpretes forzados fracasan en esta terrible tarea, aunque no se los seleccionó para que hicieran la tentativa por su capacidad como actores. Una conclusión razonable es que si estos pobres idiotas pueden interpretarse bien a sí mismos en condiciones tan peligrosas, todo el mundo podría hacer lo mismo, casi en cualquier sitio y casi en cualquier momento.

David Aldridge, veinte años, llegó a su casa, una casa rosada de madera en el 6885 de Covey Road.

Estaba oscura, no había nadie en casa. Cuando David subió al pequeño porche salieron de la sombra tres hombres. Después de entrar con él le ordenaron que se mantuviera en silencio.

Veinte minutos después abrió la puerta la madre de David, Marda, de cuarenta y nueve años, rubia y persona muy nerviosa. Venía de visitar a una hermana suya.

La esposaron a su hijo y ambos quedaron vigilados en un dormitorio.

Entonces encendieron algunas luces, pues los pistoleros querían que todo pareciera normal a ojos de Albert Aldridge, de cincuenta y un años, director del banco, que estaba jugando al póquer con los amigos en el club de Odd Fellows.

Aldridge llegó a casa a las 11,30.

En un pueblo de este tamaño —500 habitantes— todo el mundo se conoce y sabe de quién es cada coche. Si hubiera habido un gran Buick de cuatro puertas, modelo 1966, color azul claro, aparcado delante de su casa, David podría haberse extrañado, y también los demás.

No lo estaba. Estaba aparcado unas cuantas casas más allá, frente a la de Floyd F. Arnett, Sr. De hecho, la familia Arnett había vuelto hacia las nueve de la noche de pasar el fin de semana fuera y Arnett había preguntado a su mujer quién sería el que había aparcado allí.

Los pistoleros no sólo estaban al tanto de las operaciones del banco, sino que habían estudiado bien el local y conocían hasta las costumbres de Tom Fish, el conserje.

Querían llegar antes que él, con objeto de ser ellos quienes lo sorprendieran, y no al revés. También querían entrar en el banco con sus rehenes antes del amanecer, por si a esa hora pasaba alguien.

Salieron en silencio de casa de los Aldridge hacia las cuatro de la mañana y recorrieron en coche las tres manzanas de distancia hasta el banco...

El coche de los bandidos, que más tarde se recuperó y se averiguó que habían robado en San Francisco, se paró en la trasera del banco y todos entraron silenciosamente por la puerta de atrás.

A las 6,35 Tom Fish, el conserje, entró por la puerta trasera. También a él lo encerraron en el lavabo de señoras y lo ataron.

Ahora los ladrones tenían que esperar a que se abriera la cerradura de relojería de la caja fuerte, a las 7,30 de la mañana, pero tuvieron mucho cuidado para no modificar la rutina.

A las 7,20 Joe Pearson, propietario del mercado El Molino, al otro lado del banco, en la Calle Mayor, miró por casualidad en aquella dirección. Vio a Tom Fish que salía del banco y sacudía un felpudo —exactamente conforme a su horario matinal— y volvía a entrar.

Cuando la cerradura de relojería permitió a Aldridge abrir la caja fuerte, los pistoleros agarraron todo el dinero visible y lo metieron en un gran bidón casi cuadrado...

Una mujer que vivía en frente, en la calle, los vio salir con un aire tan despreocupado que no le pareció nada raro.

—Creí que se llevaban algo del banco, que serían de la limpieza —dijo.

Oscar Ludloff, que vive en un chalet al lado del aparcamiento trasero del banco, estaba sentado a la mesa, desayunando, vio el Buick azul de cuatro puertas y se preguntó de quién sería. Después vio que salían los hombres, pero tampoco sospechó nada.

—Salieron como muy tranquilos y se marcharon sin ninguna prisa —dijo³⁶.

Aquí hemos visto el mantenimiento de unas apariencias normales a lo largo de un período prolongado de tiempo mediante el disimulo de la mayor parte de la operación y la coacción de interpretaciones pequeñas, pero críticas, por parte de personas para quienes esos actos no son meros actos. Cuando cada víctima entra en el lugar tomado, deja de ser el sujeto del espectáculo y se convierte en un intérprete forzado hasta que los únicos sujetos que quedan son las gentes del lugar que viven en otros casas. También vemos que la interpretación forzada del comportamiento «natural» de uno puede requerir muy poca acción de hecho, y que, en ese sentido, el intérprete puede encontrarse con que el éxito es tan fácil como repugnante. Pues existen circunstancias, como en este ejemplo, en las que meramente de sistir de gritar una advertencia puede generar un espectáculo perfecto de normalidad.

V. Sujetos/otros

Hemos observado tres contextos limitadores en los que un individuo se interpreta a sí mismo, circunstancias en las que sigue adelante con lo que es habitual en él, pero lo hace, a su juicio, como si estuviera actuando en un escenario, aunque no es así como se sentiría si de verdad estuviera actuando en un escenario. Y hemos visto que tanto el sujeto como sus otros tendrán en parte la misma tarea, aunque en grados diferentes: la de interpretar el papel del propio yo de uno. Debe formularse otro argumento acerca de la difuminación de la diferencia entre el sujeto y sus otros.

³⁶ J. Campbell Bruce, *San Francisco Chronicle*, 7 de septiembre de 1967. Resulta interesante que se diga de los delincuentes que son «antisociales» o «sociópatas» pese a la gran posibilidad de que una o más fases de sus actividades delictivas entrañen no sólo una preocupación esclavizante por lo que otros esperarían de ellos si es que pretenden pasar inadvertidos, sino también el jugar se mucho a que estas evaluaciones sean correctas. Quizá se quiera decir que, si bien pueden actuar muy bien al adoptar la perspectiva de los otros, no actúan muy bien al identificar sus intereses con ese punto de vista.

Se ha sugerido antes que las apariencias normales y las apariencias correctas no eran lo mismo, pero sin embargo guardaban relación de diversas formas. Ahora se presenta otra relación. El sujeto tendrá una versión de sí mismo que desea mantener ante las personas presentes, y en parte esto entrañará lo que comunica mediante su conducta corriente, cosa que ocurre en especial, quizá, por lo que respecta a las mujeres, dado que el atavío atractivo y el buen aspecto son más obligatorios en su sexo que en el opuesto. Ahora bien, si el individuo se encuentra con que aparece a una luz desfavorable, con un atavío o una actuación que considera apreciablemente inferiores a sí mismo o que de otros modos lo desacrediten, puede encontrarse repentinamente alarmado por la situación, aunque a las personas ante las que cree que se está conduciendo mal no les preocupe mucho su apariencia, cualquiera sea el juicio que puedan formular desde el punto de vista ideal. Su propio comportamiento o su apariencia impropios son algo que, a su juicio, perciben los otros, y esto puede causarle alarma. Obsérvese, una vez más, que la tranquilidad que logra en su *Umwelt* presupone que mantiene constantemente determinadas normas «personales» de conducta, por ejemplo, conciencia de la escena que lo rodea, agilidad mental, acceso a la memoria, visión, competencia locomotriz, alfabetización, limpieza, dominio de las pasiones, comportamiento adecuado a su sexo y su edad. Y lo que ocurre y surge localmente puede hacer que su incorporación de esas normas se vea repentinamente puesta en tela de juicio. Naturalmente, es probable que las personas con estigmas disimulables tengan dentro de sí mismas una causa más de alarma³⁷; y que las personas que se están dedicando, por ejemplo, al contrabando, o que estén escondidas después de cometer un delito, con éxito, tengan todavía más causa de ella. En todo caso, es evidente que, para el individuo, el mantenimiento de esas normas personales no sólo es importante como medio de enfrentarse cuidadosamente con dificultades rutinarias, sino también como medio de mantener una imagen de sí mismo a la que tiene apego. Si repentinamente no se mantienen esas competencias, entonces existe una doble causa de alarma. En algunas situaciones, le preocupará sobre todo la estabilidad de su medio ambiente, y en otros sobre todo la estabilidad de la impresión que da de sí mismo al enfrentarse con él, y en otros

³⁷ De esto se hace un estudio general en Goffman, *Stigma* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1963; Londres, Penguin, 1968). Hay un estudio monográfico muy útil en Harold Garfinkel, «Passing and the Managed Achievement of Sex Status in an Intersexed Person», capítulo 5 (y el apéndice) en sus *Studies in Ethnomethodology* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, Inc., 1967).

le preocuparán apreciablemente ambas cosas. Esto último es lo que ocurre con las ocupaciones románticas, en las que al individuo le preocupa simultáneamente disimular lo que podría alarmar a otros y descubrir las bases disimuladas de alarma en su *Umwelt*. Obsérvese, de paso, que entenderá un nivel autoaceptable de competencia y de corrección como algo «natural» o «normal» en él, con lo que se aplica así mismo la misma interpretación especial de esos términos que emplea con referencia a los entornos que no son alarmantes.

El gran interés del individuo, por motivos tanto personales como de expediente, en cómo debe aparecer si aspira a que los otros lo traten sin ninguna atención especial no debe sorprendernos, con tal únicamente de que estemos dispuestos a volver a los principios básicos. Nuestro guía debe ser George Herbert Mead. Lo que el individuo debe ser para sí mismo no es algo que se ha inventado él. Es lo que sus otros importantes han llegado a entender que debe ser él, lo que han llegado a tratarle como si fuera, y la forma en que, en consecuencia, debe tratarse él como si fuera si ha de relacionarse con las relaciones de ellos con él. Mead sólo se equivocó al creer que los únicos otros pertinentes son los que se preocupan de prestar una atención sostenida y clara al individuo. Existen otros casos, esto es, los que se preocupan de hallar en él a alguien no alarmante a quien pueden no prestar atención con objeto de quedar en libertad para seguir con otros asuntos. De modo que lo que el individuo en parte debe llegar a ser *para sí mismo* es alguien cuyas apariencias sus otros pueden entender como normales. Su demostración de que se le puede no prestar atención sin que ello signifique peligro es profundamente él; no tiene ningún yo que sea más profundo, aunque tiene algunos yos que son igual de profundos.

Cuando examinamos la tarea de mantener una imagen aceptable de uno mismo nos vemos llevados una vez más a ver que los sujetos y sus otros tienen una misma preocupación, la de aparecer normales, aunque quizá por distintos motivos. Ahora podemos estudiar otra base de similitud entre el sujeto y sus otros: la convergencia de inocencia y traición³⁸. Un sujeto que aprecia que otros presentes estarán tratando de disimular lo que podría amenazarlo o atraerlo puede llegar a entender que la situación más inocente puede, por este mismo motivo, ser la mejor que pueden crear esos otros y, por ende, lo que debería llevar a la tranquilidad puede llevar a lo opuesto. Análogamente, y dado que a menudo lo que le interesa al sujeto es disimular lo que sospecha de su entorno, incluidas las personas

³⁸ Véase «The Degeneration of Expression», en Goffman, *Strategic Interaction* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1969), págs. 58 a 70.

que se hallan en él, éstas, a su vez, pueden en muchas ocasiones considerar prudente suponer que la apariencia que da de considerar que todo es normal es exactamente lo que haría si tuviera sospechas. Así, igual que él puede llegar a sentir que las apariencias normales son las más sospechosas de todas las apariencias, también ellos pueden llegar a sentir que su apariencia de no sospechar nada es la menos fiable de todas las apariencias. Resulta interesante que cuanto más tenga que perder el sujeto, más merecerá la pena probablemente para los otros ejecutar proyectos complejos y costosos que les permitan disimular sus intenciones tras un espectáculo de normalidad; de manera que entonces, como resulta comprensible, es cuando el sujeto opinará que más sospechas debe sentir. Análogamente, cuando son ellos los que más tienen que ganar mediante el disimulo encubierto de lo que debe alarmarlo, es probable que él tenga más razones para disimular sus sospechas, o sea, que las apariencias normales llegan a ser sospechosas justo en el momento en que quienes las adoptan dependen más de ellas.

Como ya se ha mencionado, generalmente se supone que existirá un continuo de preocupación en torno a la situación: en un extremo estarán las personas tranquilas consigo mismas y las unas con las otras, y al otro estará una situación en la que todo el mundo halla muchos signos de alarma. Es de suponer que a mitad de camino existirían situaciones en que algunos participantes hallarán algunos signos de alarma. Pero, de hecho, si el individuo y los que pueden ser causa de alarma aprecian el valor estratégico de una exhibición de normalidad, habrá una tendencia sea a la tranquilidad total o a la intranquilidad total, y cuando no es ninguna de las dos cosas, una tendencia a la oscilación entre las dos. Si lo que ocurre es que el sujeto está tratando de disimular todos los signos de estar alarmado, y los otros están tratando de disimular todos los signos que podrían causar alarma, entonces cualquier pequeño signo puede tomarse como prueba de que se está haciendo todo lo posible por dar esas pruebas, pero sin alcanzar el éxito total. Esto significa que un signo puede ser tan perturbador como mil, y justificadamente. Lo que es todavía peor, aunque una situación no puede siempre generar ni siquiera unos cuantos signos directos de alarma para el sujeto ni para quienes preocupan a éste (o podrían preocuparlo), cualquier situación puede generar apariencias normales; y como esas apariencias pueden servir de razón de alarma, siempre habrá disponibles signos alarmantes³⁹.

³⁹ En ello se encuentra una vulnerabilidad central de la ilegalidad, vulnerabilidad que no han examinado detalladamente sus estudiosos. Quien emplea un proyecto delincuente con el grado de complejidad que sea tiene que revelar

Entonces, el sujeto y su otro no sólo se parecen en su preocupación por actuar con naturalidad, sino también en sus sospechas de inocencia: al sujeto le preocupa que lo que parece normal no lo sea, y a los otros les preocupa que la apariencia de despreocupación del sujeto no sea en realidad un espectáculo y que, en consecuencia, sea él el otro y ellos los sujetos. Existe un vínculo más entre los dos bandos, llamémoslos como los llamemos. A ambos les preocupa disi-

partes de él antes de su realización final a sus compañeros de equipo, uno de los cuales es, a veces, alguien que está dentro del sitio contra el que se realiza el acto, a los compradores cuando interviene un producto de algún tipo y a las víctimas cuando se trata de extorsionarlas. Por tanto, se dispondrá de una información vital que se puede vender, intercambiar, extraer coactivamente, revelar sin darse cuenta y, naturalmente, descubrir (de hecho, existe el argumento de que se podría frenar todo el crimen organizado meramente con un aumento de la recompensa a los delatores para que ésta sea superior a lo que pueden obtener esas mismas personas si cometen el delito). Un acto delictivo requiere también que quien lo comete entre algún tipo de contacto con quienes en principio no deben estar al tanto de él y acepte las apariencias que ofrecerán esas personas de no estar al tanto. Y, sin embargo, quien lo comete debe comprender que si la ley compra, descubre o recibe información fidedigna no es probable que se produzca ninguna acción legal inmediata, sino que más bien la ley se ocupará de permitirle que se comprometa más en su proyecto a fin de disponer de pruebas suficientes para estar segura de su condena, o para descubrir a todos los culpables, o de organizar la detención de éstos sin peligro. De modo que por el carácter mismo de la empresa delictiva, el participante debe dudar de la discreción aparente de quienes deben estar al tanto y de la aparente falta de suspicacia de quienes no deben estar al tanto; y, sin embargo, debe lanzarse a fondo a suponer que quienes parecen ocuparse normalmente de sus cosas actúan con sinceridad. Durante algunas fases de una operación, un delincuente debe mantener la apariencia de ser como cualquier otra persona, pero durante casi todas las fases debe jugarse la libertad a las apariencias normales que mantienen los otros, comprendidos sus propios compañeros de equipo. Por ejemplo, debe considerar la posibilidad de quedar sometido a una de las grandes inversiones míticas del orden público, la emboscada mortífera: que se le lleve a un sitio (o se le permita llegar a un sitio) cuya apariencia normal esconde totalmente un fuego cruzado y a bocajarro. (Un buen ejemplo es la conspiración de Firestone, la tentativa de dos hombres —uno de los cuales se convirtió en delator por temor a que el otro planeara eliminarlo con el tiempo— de secuestrar al magnate de los neumáticos. Cuando los dos desesperados se presentaron como mozos de paquetes a la puerta de la casa de Firestone había coches de la policía no marcados apostados en torno a ella, tres policías armados que esperaban dentro de la casa, y la doncella que respondió a la puerta era una policía armada y disfrazada. Ambos secuestradores murieron en el umbral a consecuencia de la barrera de fuego de la policía. Véase el *San Francisco Chronicle*, de 4 de enero de 1966.) Y tiene que hacer frente al hecho inquietante de que si lo están preparando para «empapelarlo», algunos de quienes lo están haciendo no tendrán más que interpretarse a sí mismos para actuar con eficacia. Un delincuente que tiene que preocuparse de emboscadas y autointerpretaciones, qué buen temperamento ha de tener, qué madurez, para evitar convertirse en una persona suspicaz. Y cómo se abusa de él con las apariencias normales.

mular algo, y ambos son vulnerables al problema circular del que disimula: cuanto más desee uno disimular algo, más evidente será la ansiedad y el aire furtivo de uno; cuanto más evidentes sean esas pistas del engaño, más precarios serán los esfuerzos de disimulo de uno; cuanto más difíciles sean de disimular, mayor será la preocupación y el aire furtivo por temor a la revelación, etc. Y un último vínculo. Si el individuo ha de estar despreocupado acerca de los otros presentes, en el sentido de aceptar que no constituyen una amenaza ni una oportunidad de susto, entonces convendrá que ellos tengan la misma sensación acerca de él, pues de lo contrario puede sentir que, si bien ellos no tienen ningún motivo de alarma, pueden creer que sí lo tienen, y en consecuencia adoptar medidas amenazantes. De modo que al individuo (puede opinar éste) más le vale preocuparse. A juicio del individuo, entonces, lo probable es que lo que se percibe como situación normal sea una situación en la que no le preocupan las preocupaciones de los otros, incluida su preocupación por él.

En este estudio, pues, nos ocupamos de un espectáculo de normalidad, del individuo que busca advertencias al mismo tiempo que disimula sus sospechas y los otros que disimulan la amenaza y la oportunidad que constituyen para él mientras buscan signos para ver si se sospecha de ellos. Estos dos espectáculos convergen en lo que se entiende como apariencias normales, con lo que convierten a las apariencias normales en un espectáculo de normalidad, un espectáculo en el que todos los participantes tienen la tarea de actuar sin aire furtivo.

PARTE II

I. La proyección de la vulnerabilidad

El estudio hasta ahora ha sido formalista. Nos dice que el *Umwelt* del individuo contendrá posibles fuentes de alarma y que, para muchos fines, no es necesario inicialmente distinguir entre su situación y la de otros que lo rodean que podrían ser causa de alarma para él, dado que ambos bandos han de tener en cuenta las mismas posibilidades. Y se ha aducido que si aprendemos cómo se pueden perturbar o fingir las apariencias normales podremos aprender cómo se edifican los *Umwelten*, aprender, en cierto sentido, cuál es su estructura. Y eso es lo que debemos intentar. El decir que existen características de fondo de su entorno que el individuo da por sen-

tadas y que, cuando se dislocan, causan alarma, y luego dar una serie de ejemplos, no es decir mucho, aunque esos ejemplos se hayan creado experimentalmente como ejercicio de alarma producida adrede. Debe darse una ordenación de esos ejemplos, un vistazo de su estructura. Y para esa mera descripción no basta, ni mucho menos, con lo que se ha hecho hasta ahora, que es un mero comentario analítico.

Examinemos ahora algunas de las cosas que han significado, correctamente, para un individuo que pasaba algo. No necesitamos ocuparnos de las ansiedades acerca de lo que posiblemente no sea real. Los problemas recientes con el medio ambiente han introducido cuestiones bastante reales, y cada posibilidad real genera su propia serie de apariencias injustamente sospechosas. Sin embargo, estudiaré los supuestos que formula el sujeto «en efecto» acerca de su *Umwelt*, y digo en efecto porque no hace falta que los formule mentalmente, sino únicamente que sea vulnerable a un claro recordatorio de que en las circunstancias había estado formulando esos supuestos. Al señalar cómo han surgido las circunstancias alarmantes no puedo, desde luego, decir que la tranquilidad de cualquier persona determinada se verá perturbada siempre de este modo, sólo que los entornos de otros se han convertido en alarmantes de ese modo y que el suyo *podría* también convertirse en alarmante.

Examinaremos fuentes y signos de alarma —sobre todo los relacionados con la amenaza, no con la oportunidad— en la medida en que éstos determinan la articulación del entorno del individuo. Un factor central será la vulnerabilidad del cuerpo del sujeto; otro será la «distancia crítica».

Una cuestión final acerca de las fuentes de alarma. Parece que el entorno está constituido a partir de elementos que se entienden fácilmente como miembros de clases, y la tendencia es a generalizar de un miembro de una clase a los demás miembros de ella. Si al individuo se le rompe una silla empieza a tener sospechas acerca de las otras. Si un escalón de madera es sólido, tiende a suponer que los demás también podrían serlo. De lo que se trata ahora no es de que este proceso de generalización esté justificado o no (aunque por diversos motivos sí lo está), sino más bien de su consecuencia para la forma en que el individuo se halla en su mundo. Así debemos comprender que los actos de sabotaje tienden a tener dos efectos para el enemigo: uno sustantivo, por lo que respecta a las cosas fundamentales que se destruyen, y el otro «psicológico», por lo que respecta a los efectos para la moral cuando se descubre el sabotaje y se generaliza la sospecha a toda una clase de objetos familiares,

que ahora ya no se ven como cosas a las que se puede no prestar atención, con la consiguiente generalización de la alarma⁴⁰.

II. Los elementos

1. *El marco amueblado.*—Al revés que los animales emplumados, el individuo debe comprometerse a andar sobre un piso, sea éste el suelo o una superficie de algún tipo de creación humana. Casi siempre estará cerca de paredes de algún tipo, evidentemente no cuando está en un parque o en un camino rural, pero de una o dos en las calles de las ciudades y de cuatro en las habitaciones, además de un techo. Generalmente en esos recintos o semirrecintos habrá cosas materiales de diversos tipos: buzones, coches aparcados, etc., en las calles; muebles, efectos y comida, en los lugares domésticos. En resumen, el individuo se pasa el tiempo en un marco amueblado o físico.

Este fondo físico tiene determinadas propiedades consecuencia de la convención y la práctica. Las paredes, el techo y el piso tienden a establecer límites externos a un entorno, a partir del supuesto de que esas barreras son lo bastante firmes para dejar fuera las cosas que pueden ser motivo de alarma. Establecen un «dentro» y un «fuera».

Además, se supone que los materiales de dentro tendrán por sí mismos determinadas propiedades tranquilizantes. Esto requiere algunas explicaciones.

Para empezar, se supone que, por lo que respecta a los usuarios en posesión de la gama previsible de competencias, estos materiales estarán exentos de peligro, es decir, «exentos de peligros apreciables de daños corporales causados por errores no intencionados ni planeados que pueden ser resultado, por ejemplo, de una construcción mal hecha o incompleta, escapes de gas, cables eléctricos al descubierto, ratas, alimentos tóxicos, incendio, etc. De hecho, tan habitual es

⁴⁰ Un caso clásico es la fabricación, por la Ejecutiva de Operaciones Especiales británica, de ratas a las que se quitaban las vísceras y se rellenaban de explosivos, y luego se las dejaban con sus compañeras inocentes en salas de calderas. El avión que las llevaba a Bélgica se estrelló y las encontró la Gestapo. «Se las llevaron al cuartel general de la Gestapo, y desde allí, tras un examen por los expertos, las distribuyeron inmediatamente a las escuelas de contrasabotaje. Inmediatamente se alertó a todo el espionaje alemán, y la Gestapo ordenó a todos los habitantes de pueblos y ciudades que llevaran al cuartel general todas las ratas muertas que se encontraran.» Leslie Bell, *Sabotage!* (Londres, T. Werner Laurie, 1957), pág. 35. El resultado fue bastante cargante para la Gestapo.

esta ausencia de peligros en los contextos domésticos de nuestra población que debemos recurrir a los estudios de las viviendas en los barrios de tugurios para enterarnos de qué es lo que no nos tiene que preocupar a la mayoría de nosotros⁴¹.

Para continuar, se supone que el marco en sí será inocente, exento de malas intenciones disimuladas y secretas. Se parte del supuesto de que todo lo que no esté bien escondido en cómodas, armarios, etcétera, será visible, como se implica también, por ejemplo, en las diversas leyes que obligan a llevar al descubierto los puñales, las pistolas. Hay dos cosas fundamentales que pueden llevarse escondidas. Una son los artefactos ideados para producir lesiones: bombas, minas, venenos y otras armas (un buen ejemplo, que todavía se utiliza mucho, es la bomba conectada a la puesta en marcha de un coche). El otro es el medio de atestiguar lo que ocurre en el marco: un medio como un micrófono, una cámara fotográfica, una ventana unidireccional, etc. En este caso hace falta un comentario más amplio. Una hipótesis de trabajo en la vida cotidiana es que el entorno de uno será «neutro», es decir, que no contendrá mecanismos de grabación ni de transmisión. Por lo tanto, el sujeto supone que puede ojear su *Umwelt* y determinar correctamente quién observa lo que hace y cómo, pues en el peor de los casos entre lo que sucede en el marco y lo que se diga fuera de él sólo habrá un vínculo de oídas. Así, se da por sentada la segregación de orientación, y en ella se basa una actividad que de otro modo sería vulnerable. En el caso extremo, como ya se ha estudiado en relación con los delitos, los planes que hace el individuo y los proyectos de acción que inicia se pueden ver totalmente frustrados si hay como testigos unos otros imprevistos. Y, evidentemente, las relaciones que un individuo está dispuesto a mantener con un público tienden a verse minadas cuando otros públicos son testigos secretos de su actuación.

Ya he sugerido la probabilidad de que un individuo se encuentre en cualquier momento en un marco amueblado de algún tipo, y de que tienda a suponer que probablemente este marco carece de peligrosidad y es inocente, pero quizá no lo sea. Ahora debe examinarse otra característica alarmante del marco físico. Como el hallarse dentro de unos límites protectores separa a quienes se encuentran dentro de marcos físicos de los que están fuera, es de prever que esto a veces se vuelva en contra de un individuo que está dentro;

⁴¹ Véase, por ejemplo, Lee Rainwater, «Fear and the House-as-Haven in the Lower Class», en *AJP Journal* (enero de 1966), págs. 23 a 31. Los desastres naturales, como terremotos e incendios, producen una conciencia muy especial de la vulnerabilidad del marco amueblado, pero naturalmente ocurren muy escasas veces, y por tanto también es rara la conciencia consiguiente.

pues todo lo que puede separar a un individuo de las fuentes de alarma puede separarlo del contacto con las fuentes de alarma. Así, como ya se documentó anteriormente, cuando los atracadores de bancos proyectan hacer que el director abra la caja fuerte también es posible que planeen pasar la noche en su casa a fin de empezar pronto con él y de tomar en rehenes a sus parientes mientras a él se obliga a ayudarlos a ayudarse. Esta estrategia es posible por la forma en que las casas separan a sus residentes del mundo de la calle. Los pasillos de las unidades de viviendas públicas pueden funcionar en el mismo sentido:

Los pasillos interiores de los bloques altos de viviendas que soportan una doble carga carecen especialmente de oportunidades de vigilancia. Además, los pasillos suelen estar indefinidos territorialmente, y los ruidos comunes de las viviendas impiden la vigilancia auditiva. Aunque el carácter de esos pasillos es público, no tienen ninguno de los atributos del espacio público, esto es, no tienen un tráfico denso, no están sometidos a una vigilancia casual constante y no los patrullan fácilmente las autoridades ⁴².

Un ejemplo todavía más claro se ve en las agresiones en los ascensores:

La policía detuvo ayer a un ex preso de veintinueve años al que acusó de agredir a cuatro mujeres en los últimos diez días, todas ellas en edificios de oficinas del centro.

Los inspectores John Mino y George Murray, de la Brigada de Costumbres de la policía, dijeron que John Duncan actuaba en los ascensores.

Entraba en un ascensor detrás de una muchacha. Al cerrarse las puertas apagaba la luz y paraba la máquina entre dos pisos.

Concretamente se acusa a Duncan, que vive en el 1906 de Ocean Avenue, de sospecha de violación, sospecha de agresión para cometer violación y comisión de delitos contra natura ⁴³.

La gran vulnerabilidad de los aviones al secuestro y a las alertas de bomba es otro caso pertinente.

La perspectiva que se ha adoptado en el presente estudio es la del individuo en cualquiera de sus entornos posibles. Ello deja sin estudiar algunas circunstancias especiales en que puede encontrarse.

⁴² Columbia Project, *op. cit.*, pág. 10. Rainwater, *op. cit.*, pág. 30, sugiere que las salas comunes de lavado de los proyectos de viviendas públicas en los barrios de tugurios pueden ser algo que los inquilinos rehuyan por hallarse expuestos en un lugar cerrado al robo, la violación y molestias menores a las que se ha de hacer frente en ellas.

⁴³ *San Francisco Chronicle*, 2 de diciembre de 1967.

En primer lugar, el marco físico puede ser posesión de él, parte de su «territorio fijo», y todo lo que lo lesione puede lesionarlo a él. Ello hace que él sea vulnerable a otros de formas adicionales a las que se han bosquejado. Queda sometido a la capacidad de otros como ladrones, como gamberros y como personas con normas inaceptables de atención y de cuidado ⁴⁴. Obsérvese que el poseedor de un marco físico es vulnerable de esos modos, tanto si se halla presente en el momento de producirse los daños como si no, y que de hecho es más vulnerable si está ausente, porque es posible que a nadie le preocupe tanto proteger sus dominios como a él mismo. (El término «ausente» tiene un significado especial en este caso. Por lejos que se halle un individuo en un momento dado de su casa o de su punto de actividad que es propiedad privada suya, si lo tiene, o de sus parientes inmediatos, todo ello forma parte efectiva de su *Umwelt*. Los modernos medios de comunicación hacen que esté «disponible» para ellos. Si sufren algún daño, es probable que se le comunique, y también es probable que se le pida que adopte alguna medida.) Y la preocupación por el *Umwelt* de uno no se limitará a los daños a los bienes. El sentido de intimidad, de control y de amor propio del individuo guarda relación con el dominio que ejerce sobre sus territorios fijos, y estas expectativas se pueden amenazar fácilmente —el caso extremo es la expropiación—, con la alarma consiguiente ⁴⁵. Quienes tienen sentimiento de propiedad sobre los esta-

⁴⁴ El gran ejemplo moderno es el de la oficina del rector Grayson Kirk durante los disturbios de 1968 en la universidad de Columbia:

Una hora y media después de que se hubiera echado de las oficinas del Rector al último de los estudiantes manifestantes, Grayson Kirk estaba en el medio de su oficina particular, contemplando las mantas, las colillas de cigarrillos y las cáscaras de naranja de las que estaba llena su alfombra. Se volvió a A. M. Rosenthal, del *New York Times* y varios periodistas más que habían entrado con él y murmuró: «Dios mío, ¿cómo pueden unos seres humanos hacer una cosa así?» Fue la única vez, recordaba más tarde Truman, que había visto perder el control al Rector. Las ventanas de Kirk estaban llenas de tiras de esparadrapo, y de una de ellas colgaba un letrero que decía: «Venid con nosotros.» Las pantallas de las lámparas estaban desgarradas, la alfombra llena de manchas, los muebles desplazados y raídos. Pero el aspecto más obvio y perturbador de la escena no eran los pequeños daños infligidos por los estudiantes. El decorado perfectamente ordenado a que se había acostumbrado Kirk estaba en desorden, desorden que era el resultado de la transformación de una oficina en vivienda de 150 estudiantes durante los últimos seis días.

Jerry L. Avorn y otros, *Up Against the Ivy Wall* (Nueva York, Atheneum, 1969), pág. 200. Claro que la gran cuestión sociológica no es la de cómo podía ser que unos seres humanos pudieran hacer algo así, sino más bien la de cómo es que los seres humanos hacen cosas así tan pocas veces. ¿Cómo es que las personas en posiciones de autoridad han tenido un éxito tan afortunado al engañar a quienes se hallan por debajo de ellos para convencerles de que no entren en sus oficinas?

⁴⁵ Como recordatorio de la diversidad de amenazas que existe y de la diversidad de formas en que puede hacerse que el individuo perciba que pasa algo,

blecimientos públicos como las tiendas, las bibliotecas y los museos son aún más vulnerables a estas fuentes de alarma, en parte porque el acceso a ellos es general y debe iniciarse algún tipo de control social después de que hayan entrado los infractores, mientras que en los establecimientos domésticos es probable que quienes pasan más allá de la puerta sean gentes tratables⁴⁶.

cito de un episodio de una novela en la que la heroína está a punto de hacer una confidencia sobre su marido a un psiquiatra con el que trabaja:

—¿Qué pasa? —preguntó con voz tranquila tras dejarle una pausa de un minuto—. Dígamelo.

—Es. Bueno. Es Paul, supongo —gimió Katherine. De pronto se dio cuenta de que estaba a punto de contárselo todo al doctor Einsam. Le dieron ganas de levantarse y echarse a correr; pero se sentía tan mal, tan fría, tan confusa que sencillamente no tenía fuerzas—. No pasa nada más que me está engañando. Y me he enterado anoche. Ya se me pasará.

—Ahhh. ¿Cómo se ha enterado?

—Bueno, cuando volví del trabajo —Katherine tragó saliva—. Cuando entré en casa fue cuando me di cuenta. Quiero decir que tenía que haber estado con alguien, porque todo estaba al revés. Por ejemplo, las toallas estaban todas al revés en el baño. —Le tembló la voz—. Yo siempre las doblo en tres, y Paul las tira todas engurruñadas en el toallero, pero anoche estaban dobladas en dos, y el paño de la cara estaba al lado, en lugar de en el lavabo. Y la cama estaba hecha al revés, con la colcha...

Alison Lurie, *The Nowhere City* (Londres, Heinemann, 1965; Nueva York, Avon, 1967), pág. 188.

⁴⁶ En el último decenio han pasado cosas interesantes a los supuestos relativos al orden moral dentro de los establecimientos y en torno a ellos. Antes se pensaba que bastaba con una vigilancia ordinaria de la policía, además de la mortificación que se suponía era consecuencia de una detención en público, para que los usuarios de los establecimientos públicos y semipúblicos mantuvieran un respeto efectivo de las personas y las cosas que se hallaban en esos sitios y del propio marco. Pero, evidentemente, también actuaban otros factores, como el respeto real y la segregación oficiosa por clases, razas y edades; y parece que esos factores tienen mucha menos eficacia en las ciudades de hoy. Muchas bibliotecas se han visto obligadas a introducir procedimientos de registro a la salida que hace una generación se habrían considerado como intromisiones intolerables. En algunas tiendas de algunas zonas de Nueva York ha habido tantos robos, y tan descarados, que sus desalentados propietarios se han visto obligados a marcharse de allí. En los tranvías y los autobuses hay cajas de cambio de moneda y los conductores no llevan dinero. Los taxistas han experimentado con divisorias protectoras entre el asiento de delante y el de detrás. En algunos bancos se han introducido los pagos por televisión con control remoto, y en otros, la filmación en *videotape*. Han hecho su aparición en las reuniones públicas las medidas estrictas de seguridad, así como en las convenciones políticas y en las salidas públicas de los presidentes. Las pintadas en los edificios con latas y *spray* se han convertido en un problema. Las rejas de hierro y los barrotes han empezado a extenderse de las cárceles y las joyerías del centro de las ciudades a los mejores distritos comerciales (y residenciales). Los porteros han vuelto a adquirir funciones fundamentales en los edificios de apartamentos. Y se ha ido desarrollando una nueva arquitectura de guarnición, que entraña la orientación hacia un patio interior, mientras las fachadas de las calles carecen casi totalmente de ventanas. Podría añadir que en esos aspectos los administradores de mantenimiento de edificios públicos urbanos de viviendas han adquirido una experiencia de nuestros tiempos que es

De modo que la posesión de un marco amueblado somete al poseedor a una base especial de alarma. Una segunda base especial es la que se da en relación con el trabajo que han de efectuar los agentes de control social, como policías, agentes de estupefacientes o inspectores de aduanas, trabajo que crea para otros la alarmante posibilidad de ser sospechosos de esconder mercancías ilícitas. Lo que aparentemente se presupone del marco amueblado de un individuo y de su persona es que tendrá el derecho de esconder determinadas cosas en determinados lugares, y que estos puntos de escondite no se deben violar, pero que él mismo no debe utilizarlos para esconder mercancías ilícitas, o sea, lo que le está prohibido tener⁴⁷. Las drogas y los artículos robados son los principales objetos que se esconden. La idea de esconder en casa algo que a la policía le podría interesar activamente encontrar es una fantasía para los estadounidenses de clase media y edad madura, fantasía que quizá sólo siga viva debido a la presencia constante de esta práctica en las historias de aventuras. Sin embargo, la generación más joven ya ha tenido mucha experiencia directa a este respecto; casi todos los muchachos que han escondido «hierba» han sufrido breves momentos de alarma en relación con la posibilidad de descubrimiento, y hoy día esto comprende ya una proporción considerable de los jóvenes, quizá en número superior al de los Boy Scouts de los Estados Unidos, y que incluso se cruza hasta cierto punto con este grupo. La moraleja del asunto es que, si bien algunos marcos básicos de alarma parecen hallarse fuera de la esfera de preocupación realista de clases enteras de personas, sin embargo sus *Umwelten* son potencialmente vulnerables en relación con ellos, y siempre pueden darse circunstancias que lo demuestren de manera contundente. Debe añadirse que, a ojos de los agentes de control a los que se juzga por su capacidad para impedir que se escondan con éxito las mercancías ilícitas, el que podría estar escondido algo puede ser una fuente de alarma tan importante para ellos como lo son ellos para él.

Nunca ha habido falta de interés por el marco amueblado como posible lugar de alarma, sino sólo falta de interés académico. En la

profunda, muda y aterradora. Y los ciudadanos, en general, han aprendido la lección sociológica de que su tranquilidad venía dependiendo desde siempre de la automoderación que practicaban los infractores en potencia que nunca han tenido muchos motivos para ser respetuosos.

⁴⁷ En el trabajo de espionaje existe la idea de la «casa franca», en el sentido de que puede establecerse todo el edificio como lugar en el que se pueden contener cosas incorrectas, es decir, agentes que hacen abiertamente su trabajo ilegal. También debe añadirse que la mercancía ilícita puede consistir, como es evidente, en personas, que el contrabando de estas mercancías de un lado a otro de las fronteras es un negocio muy antiguo y que sigue siendo muy activo.

sociedad occidental, las narraciones populares y la fantasía disponible comercialmente han estado y están llenos de imágenes relativas al tipo de cosas que pueden ocurrir en y al marco físico del *Umwelt*: escondrijos secretos, ranuras en las paredes de los dormitorios por las que se pueden echar pócmias al que duerme, puertas falsas, paneles que se abren para revelar escaleras que descienden a los sótanos, cuartos cerrados perpetuamente con llave, apagones repentinos, ruidos fantasmales, entradas disimuladas, barrotes en las ventanas y las puertas, máquinas de destrucción escondidas que saltan en el momento estratégico. Los adultos leen las novelas de James Bond para contemplar un combate a muerte entre lo peor que puede estar disimulado en los adornos inocentes de una habitación y el mejor momento posible de reacción. Los muchachos visitan túneles de los horrores en las verbenas para disfrutar directamente de una imitación de esas mismas alarmas de las habitaciones. Y cabe hallar niños que construyen un escondite secreto y después empiezan a buscar algo que merezca la pena esconder bien (es como si hiciera falta un gran esfuerzo para inducir a un niño a aceptar el marco físico que lo rodea como algo inocuo, algo que se puede dar por sentado como contexto de actividad). En todo caso, estas fuentes de experiencias no serías de temor nos pueden instruir acerca de la estructura del marco amueblado.

Y tampoco son éstos los únicos materiales a los que podemos recurrir. Existen conocimientos instructivos acerca de la guerra clandestina. Las artes del sabotaje, apenas desarrolladas en la primera guerra mundial, fueron objeto de considerable atención en la segunda⁴⁸, y es probable que desde ella no haya disminuido esa atención⁴⁹. En todo caso, el estudio del sabotaje y el estudio de las apariencias normales parecen formar un todo natural. El sabotaje y algunos elementos de la guerra psicológica dependen en gran medida de que los agentes utilicen de forma drásticamente tramposa el entorno, y

⁴⁸ En los primeros días de la segunda guerra mundial, los esfuerzos oficiales británicos y estadounidenses en ese sentido entrañaban planes y mecanismos increíblemente complicados y, dados los orígenes sociales de los individuos a los que en principio se reclutó para esta labor, constituyen una prueba de la imaginación de las personas que han disfrutado una buena formación y una educación decente, pues lograron mantener su infantilismo hasta una edad lo bastante avanzada como para ponerlo al servicio de su país. También dieron pruebas de una notable capacidad para abstenerse de toda solidaridad con los sufrimientos de sus víctimas en perspectiva, lo cual quizá sea otra ventaja de la formación desde la primera edad para ocupar puestos dirigentes.

⁴⁹ Salvo algunos comentarios de pasada en los libros sobre espionaje, hay muy poca publicidad disponible sobre el sabotaje. Tomo la mayor parte de mis ejemplos de un libro especializado (y popular), el de Leslie Bell, *op. cit.*

concretamente elementos que habitualmente se dan por establecidos como cosas que nunca serían fuentes de alarma y a las que por lo tanto se puede no prestar atención y dejar sin vigilar⁵⁰. Aparente-

⁵⁰ La señalada tendencia del individuo a dar por sentado su marco físico estableció la base para el desarrollo, por ejemplo, de las minas antipersonal o trampas explosivas, que fue uno de los actos de imaginación más destacados de los proyectos militares, en el cual probablemente los más avanzados fueran los británicos por conducto de la Sección de Investigaciones Científicas de la Ejecutiva de Operaciones Especiales.

La elección de objetos en los que colocar una trampa resulta muy instructiva. Uno de los favoritos eran los objetos como las linternas, que podían interpretarse como cosas perdidas por accidente y que por tanto eran cosas fáciles encontrar. Otros eran pequeños objetos de uso diario, como botellas de leche, barras de pan, plumas, pedazos de carbón, etc. Un bonito toque sentimental empleado contra las tropas japonesas dado su conocida afición a las bellezas naturales consistía en colocar trampas en flores, de modo que cuando alguien las cogía estallaban por la raíz (*ibid.*, págs. 120 y 121). Un tercer método, desde luego muy eficaz, consistía en minar las partes del piso que tienden a verse como algo que sencillamente está ahí y a las que no merece la pena prestar atención. Así, la decisión de la Ejecutiva de Operaciones Especiales de fabricar boñigas de plástico, réplicas exactas de las de la fauna local, que explotaban cuando pasaba un coche por encima o cuando alguien las pisaba. A fin de atender a las diferencias de hábitat en los distintos teatros de la guerra, se utilizaron modelos de los excrementos de «caballos, burros, cabras, mulas, elefantes, camellos y búfalos de agua», cuya fuente fue el zoo de Londres (*ibid.*, págs. 116 y 117). Una opción todavía más invisible fueron las cabezas aparentemente oxidadas de tornillos viejos; estos se hacían de cartón piedra, se llenaban de explosivos y se pegaban magnéticamente a los barcos, con detonadores retardados. Estos artefactos eran tan imposibles de detectar que aunque el enemigo supiera que algunos de esos pernos no eran inocentes, difícilmente podía dedicarse a verificarlo (*ibid.*, pág. 41).

Y, claro, igual que podían utilizarse artículos de la vida diaria para disimular cargas explosivas, también podía utilizarse cualquier tipo de artículo corriente, como fruta, leños para el fuego, verduras, y se utilizaron efectivamente como cobertura para el transporte de materiales para fabricar explosivos y para mantener en contacto a sus fabricantes por radio con la fuente de abastecimiento (*ibid.*, pág. 24). De hecho, parece que el ejército de los Estados Unidos utilizaba cagadas simuladas de perro como mecanismo de orientación, que, cuando se movían en cualquier dirección, transmitían señales en onda corta de fácil seguimiento, que se utilizaban para dirigir el fuego de la artillería de largo alcance (información aparecida en el *San Francisco Chronicle*, 17 de marzo de 1971).

Repitamos que lo importante no es tanto las entregas de mercancías ilícitas que se efectúan ni los daños que se efectúan con estos mecanismos, sino más bien el efecto que tienen en la moral del enemigo. A fin de orientarse hay que dejar de lado el marco material de las acciones propias. Si se percibe que los elementos inocentes de la situación pueden ser cualquier cosa menos inocentes, ello puede tener el efecto de modificar la relación de uno con todo el marco físico en que se halla, con lo cual resulta difícil mantener dirección y el foco habituales de atención.

Cabría añadir como último aspecto que para construir minas antipersonal muchas veces hacía falta un conocimiento del mundo natural que sólo se podía

mente, los estudiosos de las situaciones sociales todavía no han prestado ayuda a los que se ocupan de introducir ese tipo de desorden, pero ello no debe impedir que recabemos su ayuda, ayuda para mantener la conciencia de que la utilización fácil de los marcos físicos se basa en una serie múltiple de supuestos previos que no han de ser forzosamente ciertos. De hecho, las actividades hostiles entre dos adversarios han estado siempre muy limitadas en cuanto a las técnicas utilizables⁵¹. En todo momento, la vida ordenada de un grupo ha contenido muchos más puntos de debilidad de lo que han explotado jamás sus adversarios.

2. *Líneas de acecho*.—El equipo de percepción humano es tal que cualquiera sea la forma en que esté de pie, se siente o esté echado un individuo, siempre habrá una zona que está detrás de su línea de visión, que está «a sus espaldas». Y esta zona empieza exactamente donde termina su espalda. El hábito y la convención de no darse la vuelta por lo general amplían considerablemente esta zona de lo no visto próximo. Claro que quienes se hallan claramente tras la línea de visión del individuo pueden claramente tenerlo a él bien y fácilmente a la vista.

Además de esta especie de punto ciego, el sujeto tiene otro: separaciones que le bloquean la visión de lo que está tras ellos, pero que por ser pequeños y estar generalmente exentos, al menos en parte, le permiten inspeccionar lo que hay tras ellos. Hay ejemplos por todas partes: la zona detrás de las puertas cuando éstas están abiertas; el interior de los armarios que no están cerrados con llave, y lo que hay detrás de las esquinas de los pasillos; el piso del asiento trasero de un coche para quienes entran por la puerta de delante; el reducido espacio entre individuos hacinados, como saben los viajeros del Metro a quienes se dirigen sexualmente de modo incorrecto individuos cuya actividad incorrecta está escondida del ángulo de visión de todos, de manera que sólo la víctima y el infractor se hallan en situación de advertir lo que está pasando. Estos puntos «ciegos» pueden incluso fabricarse al calor del momento:

recabar de los zoólogos, los botánicos, los geógrafos y otros naturalistas. Después de todo, para construir una boñiga de camello convincente hay que consultar a un estudioso de la materia. En las obras en que se detallan los esfuerzos de estos consultores de los militares se citan muchas pruebas de una gran dedicación al interés nacional, de una gran disposición a aportar la colaboración propia. Hay pocas sugerencias de que hubieran mejores modos de emplear los conocimientos científicos.

⁵¹ Cabe hallar un estudio útil de estas limitaciones autoimpuestas en Thomas C. Schelling, *Arms and Influence* (New Haven, Yale University Press, 1966).

El chorizo [carterista] puede utilizar uno de varios métodos. Si la víctima lleva el dinero en una cartera en el bolsillo del pecho, se le ataca de frente. El chorizo avanza hacia la víctima con un periódico que mantiene delante de él y, cuando se enfrenta con su víctima, lleva la mano derecha lateralmente y bajo el periódico al bolsillo del pecho. Lo único de que se da cuenta la víctima es de que alguien casi ha chocado con él al avanzar mientras leía el periódico. El sólo se ocupa de evitar el choque⁵².

Obsérvese que en este caso excluyo el interior de los bolsillos y los bolsos, por alarmante que resulten esos interiores, pues por lo general no son fácilmente accesibles a nadie que no sea su posesor.

Por último, en la calle después de oscurecer hay sitios al lado del individuo que están justo fuera de su campo de visión, pero lo bastante cerca para exponerlo de forma bastante severa a lo que podría estar al acecho dentro.

O sea, que en estos casos tenemos tres zonas (y tres líneas que las demarcan) que deben ocuparnos: detrás de la espalda, detrás de separaciones y detrás de la oscuridad. El rasgo en común es que allí pueden encontrarse organismos enemigos «claramente escondidos». El sujeto puede descubrirlos sin tener que pasar por obstrucciones que son físicas o incluso apreciablemente sociales. Si estos organismos al acecho son cazadores, pueden atacarlo con la misma comodidad. Esa doble posibilidad es lo que significa aquí el término «acecho».

En muchas circunstancias, parece que el sujeto puede estar (y seguir estando) despreocupado acerca de lo que se halla detrás de las líneas de acecho. Si es él mismo quien es vulnerable al ataque, puede suponer que los atacantes se abstendrán de arriesgarse a un descubrimiento tan fácil; si es él el atacante, suponer que sus posibles víctimas no se comprometerían con una cobertura tan desesperada. En todo caso, se dan situaciones en las que el sujeto sencillamente no presta atención a lugares en que podrían estar otros al acecho, y otros que podrían estar en ellos al acecho, sencillamente no lo están. Pero, claro, este acuerdo entre caballeros puede deshacerse.

Una ocasión central para estudiar las líneas de acecho guarda relación con el «problema del centinela». Existen circunstancias en las que el centinela se encuentra con que el objeto del enemigo es silenciarlo a él antes de que pueda dar la voz de alarma. Una técnica muy corriente es que el personal del otro bando se ponga sigilosamente detrás de él y por cualquier medio, por ejemplo, mediante la técnica del cuchillo en los riñones, la mano encima de la boca y de la nariz, lo silencie de forma permanente antes de que haya

⁵² Eric Parr, *Grafters All* (Londres, Max Seinhart, 1964), pág. 118.

tenido una oportunidad de dar la alarma⁵³. Claro que hay otras circunstancias en las que el objeto del personal enemigo es dejarlo atrás a fin de causar daños en un punto más lejano. Todo esto significa que el papel del centinela hace que su intérprete tenga una vulnerabilidad máxima a las líneas de acecho y constituya algo así como un modelo de este tipo de preocupación. Como el objeto del enemigo será llegar más allá del centinela o detrás de él con el menor ruido posible, el centinela, si aspira a ser un centinela alerta, debe sospechar del menor ruido detrás de él —como el desplazamiento de unos guijarros o el ruido de una hoja que se aplasta—, hasta el punto de imaginarse ruidos que no han llegado a ocurrir, para que los ruidos que oye ahora no sean los últimos ruidos que oiga en su vida. Son exactamente los ruidos a los que nadie presta atención y que se dan por descontados —que no son causa de alarma, sino meros ruidos de fondo— los que constituyen para él motivos de gran preocupación. Es el tipo de preocupación que pueden mantenerlo muy ocupado. Obsérvese que el estrato de pequeños ruidos que el sujeto atribuye generalmente a «la naturaleza» constituye una cobertura a la que pueden recurrir quienes desean emplear cautela, lo que les evita revelarse con los pequeños ruidos que producen ellos mismos; esa misma capa de ruidos incidentales es la misma a la que de repente puede encontrarse prestando atención el sujeto a quien los acontecimientos han hecho adoptar una actitud de cautela.

Entonces, cabe considerar que el problema del centinela es un caso extremo por lo que respecta al acecho; y cabe considerar que otro es el «problema del francotirador». Generalmente, se trata a las casas y otros edificios como si no fueran causa de preocupación inmediata para el individuo que va por la calle, como algo en lo que no puede acechar ningún peligro, algo que queda fuera de los límites de las fuentes de alarma. Pero, evidentemente, las ventanas pueden tener detrás francotiradores, lo cual significa que el interior de los edificios puede construir un apéndice de las calles como zona de acecho. Esto resulta muy evidente en tiempo de guerra o de rebelión, cuando es posible que se haya de «limpiar» una calle de casas, una por una, es decir, limpiarla de acechantes. Entonces, dicho sea de paso, es cuando podemos ver con más claridad lo amenazante que puede llegar a ser una puerta de despensa entreabierta.

Al igual que ocurre con el marco amueblado, las líneas de acecho desempeñan un papel importante en las fantasías comerciales. Hace unos decenios eran muy populares los relatos de aventuras en la

⁵³ Esta técnica se esboza en Applegate, *op. cit.*, pág. 460.

selva en los que había animales peligrosos e indígenas hostiles acechantes a cada vuelta del camino, y si los héroes blancos lograban siempre estar advertidos a tiempo era únicamente gracias a monos amigos y a su perspectiva desde la copa de los árboles, sin que el color de los monos tuviera en este caso que ver con su elección de aliados. En las modernas novelas de aventuras se emplea el mismo tema, y muchas veces el héroe está al acecho, además de estar acechando. Casi en cada relato el héroe encuentra motivos para aplastarse contra la pared detrás de las cortinas o un lado de la ventana, en la balaustrada, mientras se talla ominosamente una zona de acecho gracias a su enorme fuerza muscular, a su esbeltez natural y su capacidad para respirar en silencio y mantenerse muy quieto. (Dicho sea de paso, en esto nos encontramos con otra versión del problema del centinela adaptado para las fantasías domésticas. El héroe a quien buscan activamente los malos o unos buenos que se equivocan se pone furtivamente detrás de la heroína que creía estar sola en una habitación, emplea la técnica de mano-boca, pero sin atacar al riñón, espera a que los ojos de ella dejen de expresar temor y después, seguro de que por el momento va a colaborar con él, la libera para que no dé la señal de alarma.) En comedias de diversos tipos se hace que esta estructura resulte todavía más clara, como ocurre cuando el héroe hace la estatua o se entera de los planes del enemigo cuando se esconde debajo de la mesa o, evidentemente, se esconde debajo de la cama. En las comedias también se sitúa al héroe en una habitación pequeña y luego se le obliga a esconder a un visitante inoportuno, después a quien hizo que el primero fuese inoportuno, después a este último, etc., hasta que se han utilizado todas las zonas de acecho imaginables y la siguiente persona a la que se ha de esconder hace que todo el sistema quede desorganizado.

Las líneas de acecho que se articulan en *Umwelten* que se expresan en la fantasía comercial también se expresan en los juegos de los niños. Son los niños quienes tratan de sorprender por detrás a sus amigos o quienes esperan detrás de una puerta para decir «¡Búuu!». La búsqueda a oscuras que se efectúa en el juego del escondite es un medio eficaz de llevar al sujeto a una serie de los lugares que, precisamente, permiten a los otros una oportunidad ideal de estar al acecho.

Debería preverse que, dondequiera que los personajes cómicos o los niños encuentren líneas de acecho que utilizar también las encontrarán quienes pasan por una fase de gran desconfianza respecto de su entorno. Cabe tomar un ejemplo de la gran confesión estadounidense de Clifford Beers, que ha contribuido tanto a establecer

nuestros estereotipos acerca de lo paranoico que puede ponerse un paranoico:

En mi cámara de horrores intermitentes y delicias momentáneas eran frecuentes las ocurrencias extrañas. Creía que había alguien que al caer la noche se escondía debajo de la cama. Eso no era nada raro en sí mismo, dado que las personas cuerdas se ven perturbadas por esa misma idea en un momento u otro. Pero *mi* compañero de cama —debajo de la cama— era un detective, y se pasaba casi todo el tiempo, casi toda la noche, poniéndome trozos de hielo en los talones lastimados, a fin de precipitar, creía yo, mi confesión retrasada ⁵⁴.

Pero, claro, dondequiera que hay figuras infantiles acechantes, o figuras mentales, demoníacas, también pueden encontrar un lugar las figuras reales. Cuando son reales, brindan un material idóneo para todo género de relatos. El siguiente procede de narraciones de la Resistencia francesa y de la Gestapo.

Cyril Watney estaba en Bannes y se enteró de lo que había pasado [la captura por la Gestapo de otros dos resistentes] por un hombre de la Resistencia, llamado Bru, que había estado en Brive. Bru le advirtió de que los alemanes estaban buscándolo. Cyril sabía que tenía que desaparecer, pero primero envió una transmisión a Londres en la que comunicaba la desgracia de Harry y pedía a Baker Street que avisara a «Guguste» por radio para que no volviese a Brive. Después, con su transmisor, Cyril se fue a Figeac, donde madame Odette Bach le dio alojamiento y le escondió el aparato en una carbonera.

Pocas horas después de la llegada de Cyril llegaron a casa de Odette hombres de las SS que preguntaban por «Michel», el terrorista de St. Cere. Con ellos en el umbral, Cyril estaba escondido detrás de la puerta abierta. Odette Bach, con su hija de cinco años, Pierrette, en brazos, aseguró a los hombres de las SS que no había visto a ningún desconocido por la calle. Se marcharon y siguieron llamando a otras puertas ⁵⁵.

Las líneas de acecho tienen especial interés cuando se estudia el orden público porque parecen brindar un delicado indicador del estado social de una comunidad. Quizá existan asentamientos en los que no se plantea la cuestión del acecho y en los que sería difícil ni siquiera encontrarse con la idea de él si no se recurriera a los juegos de los niños o a la fantasía comercial. Claro que en las comunidades urbanas actuales este tema y otros de la selva se hallan en el centro de nuestras preocupaciones, justificadamente o no. Tomemos, por ejemplo, la versión doméstica del problema del

⁵⁴ Clifford Whittingham Beers, *A Mind That Found Itself* (Nueva York, Longmans, Green, 1908), pág. 33.

⁵⁵ E. H. Cookridge, *Inside S.O.E.* (Londres, Arthur Barker, Ltd., 1966), páginas 338 y 339.

centinela. Cuando el peatón va por la calle debe aceptar la condición de que se pueden oír pasos que se acercan por detrás y que están a punto de alcanzarlo. En los ambientes de clase media la reacción que es al mismo tiempo correcta y probable es de que el peatón trate el ruido como algo incidental a lo que se puede no prestar atención. Claro que muchas veces el individuo que actúa como si no prestara atención a esos ruidos tendrá plena conciencia de ellos. En las calles de los *ghettos* parece que esa conciencia se expresa de manera más abierta. En este caso parecen existir más ocasiones en que un usuario abandona la cobertura y se vuelve a verificar todos los ruidos que hace la gente que se le acerca por detrás. Y parece que se trata de algo que cada vez ocurre más en todas las calles. Y tampoco es el espacio detrás de la espalda de uno la única zona de acecho que recibe un interés alerta. Parece que los medios cerrados se entienden cada vez más en términos de los peligros de acecho que incorporan:

La distribución escaqueada de los edificios altos en los barrios de viviendas públicas ha producido vías de acceso a los edificios que requerían la existencia de muchas esquinas en ángulos pronunciados. Los residentes temen lo que les espera a la vuelta de cada esquina. La ruta de acceso indirecta se ve, además, complicada por la práctica de plantar setos exactamente donde hay que dar la vuelta.

La vía de acceso desde el jardín de los bloques al interior de los edificios de apartamentos puede constituir una experiencia igual de amenazante. El vestíbulo de entrada del bloque de las Casas de Colón en Newarg le obliga a uno a girar dos veces antes de llegar a la zona en que están los ascensores. El resultado es que esta zona no se puede observar desde afuera. Los residentes entran en el edificio a ciegas, sin saber previamente lo que los espera, y en cuanto están dentro de él se hallan fuera de la visión y el oído del terreno externo y de los apartamentos del edificio ⁵⁶.

Una última cuestión. El acecho como problema de *Umwelt* implica primordialmente a individuos que no se conocen, pues se presupone que no es probable que quienes se conocen se aproximen furtivamente, salvo en plan de broma —broma, dicho sea de paso, que parece testimoniar la preocupación acerca de las líneas de acecho incluso en los lugares seguros—. Pero hay dos manifestaciones del problema que implican a quienes se hallan en relaciones familiares y de confianza. La primera se refiere a la traición colusiva. Cuando hay un sujeto presente con otros y en un estado de conversación con ellos, emplea la hipótesis de trabajo de que las opiniones nega-

⁵⁶ Columbia Project, *op. cit.*, pág. 15.

tivas a su respecto se expresarán abiertamente o se sofocarán, lo que le permite saber cuál es su posición respecto del encuentro. Al vigilar las caras de las personas con las que habla puede verificar el mantenimiento de esta norma y, de hecho, imponerla. Sin embargo, siempre que hay más de dos participantes se establecen circunstancias que permiten la infracción de esta norma mediante gestos de colusión entre personas distintas del sujeto, que es la persona contra la que se sostiene la colusión. El conducto de mirada a mirada entre los dos individuos dentro del cual cabe transmitir expresiones faciales sutilmente centradas es tan estrecho que una configuración de tres o más personas es muy difícil de vigilar para la persona que está en medio; o sea, que en este caso vemos una cuestión de líneas de acecho, salvo que no son las personas las que están al acecho, sino las expresiones de juicios oficialmente excluidos.

La segunda cuestión tiene que ver con la norma del saludo entre conocidos, norma que consiste en que al entrar por primera vez en el campo visual de alguien que se conoce existe la obligación de hacer que se advierta la presencia de uno mediante el ofrecimiento de un saludo. Un efecto incidental de esta norma es que asegura al sujeto una protección para que un conocido no lo observe ni lo escuche sin que él lo sepa. Si, por el motivo que sea, un individuo no quiere establecer pleno contacto con un otro conocido determinado, puede infringir la norma del saludo y tratar de abrirse camino al acecho, tratar de abrirse camino rápidamente fuera del campo visual del otro, al mismo tiempo que espera que podrá improvisar una explicación si éste lo descubre. La sensación especialísima de apuro que siente uno en los momentos en que se esconde así sugiere lo hondo que llega la formación del sentido del saludo y lo desesperadamente que puede confiar uno en la estructura del propio *Umwelt* a fin de alcanzar objetivos incorrectos.

3. *Puntos de acceso.*—Por muy separado por muros que esté el *Umwelt*, forzosamente tiene puntos de acceso rutinario y de influencia. Las casas tienen puertas delanteras y traseras, ventanas al nivel de la calle y muchas veces teléfonos. Los edificios de apartamentos tienen vestíbulos de entrada. En la calle, el individuo estará accesible a la conversación de los desconocidos gracias a las señales de solicitudes-de-audiencia que está, en cierta medida, obligado a atender.

Claro que estos puntos de acceso se ven limitados por los convencionalismos de lo que se entiende como uso abusivo. Los teléfonos están organizados de modo que deben hacerse sonar y responder a ellos antes de que pueda ocurrir la conversación; se per-

mite mirar a las ventanas, pero en general, el practicar la contemplación desde fuera de ellas se define como cosa incorrecta, al igual, desde luego, que el entrar por una que esté abierta; las puertas tienen llamadores y timbres, y las personas que no comparten el territorio fijo detrás de una puerta tienen generalmente que hacer una señal a quien está dentro para que se la abra⁵⁷; los desconocidos que solicitan una audiencia de conversación por la calle están obligados a ofrecer rápidamente un motivo razonable para su intrusión. Pero, por mucho que protejan, estas restricciones convencionales son en gran medida convencionales. Los puntos de acceso pueden fácilmente convertirse en puntos de alarma. Cuando suena el timbre a mediodía, una ama de casa puede sentir una pequeña alarma, pues no esperaba ninguna visita. Durante las horas en que no se suele llamar por teléfono (digamos antes de las nueve de la mañana y después de las diez de la noche por lo que respecta a los miembros adultos de la clase media) el timbre del teléfono puede causar alarma. En algunos barrios de algunas ciudades y a algunas horas, todo encuentro entre dos peatones desconocidos y de distinto color puede acusar alarma a uno de ellos o a ambos. Y en ciudades como Nueva York, se entiende que los apartamentos son muy vulnerables, especialmente si el residente está ausente por la noche, tanto como para llevar a importante avances en materia de cerraduras y de alarmas⁵⁸, de porteros eléctricos (con los que se trata de protegerse contra el medio habitual de entrar en el edificio)⁵⁹, y de

⁵⁷ No debe subestimarse la fuerza de esta convención. Como me ha sugerido Harvey Sacks en correspondencia, nuestra fantasía totalitaria de la llamada a la puerta a las tres de la mañana contiene muy poca conciencia del hecho de que utilizar la llamada, por fuerte que sea, equivale a reconocer los derechos territoriales del residente.

⁵⁸ Véase, por ejemplo, Joan Buck, «Your Own Defense Budget», en *New York Magazine*, 24 de marzo de 1969, págs. 58 a 60; George Alexander, «A Nervous New Yorker's Guide to Safety Devices», en *New York Magazine*, 5 de octubre de 1970, págs. 26 a 32.

⁵⁹ El estado actual de las sensaciones que inspiran las puertas se refleja en un anuncio publicado en dos páginas de *Time* (30 de julio de 1970), con a un lado una foto grande de un hombre cetrino que está pulsando el timbre de un vestíbulo de un edificio de apartamentos, y al otro lado, el texto siguiente:

¿QUIEN LLAMA A LA PUERTA DE ABAJO?
¿ES UN AMIGO?
¿O ES EL ESTRANGULADOR DE BOSTON?

Antes de abrirle la puerta, más vale enterarse.

Los asesinos, los estafadores y otros sinvergüenzas inventan hoy día toda clase de trucos para entrar en su casa.

Dicen que llevan un telegrama (parece mentira, pero funciona). Juran que vienen de parte de un vecino (y dan un nombre que han visto en la puerta de abajo). Llegan

uso de perros guardianes⁶⁰. También es evidente que el correo puede convertirse en una fuente de cartas calumniosas y molestas, y el teléfono en una fuente de llamadas obscenas y amenazantes.

Evidentemente, los puntos de acceso someten a los individuos a vulnerabilidades de tipo más sutil que las mencionadas hasta ahora. Por ejemplo, es práctica común entre los ladrones hacer una comprobación por teléfono antes de realizar una entrada con fractura, con lo que se aseguran de que no hay nadie en casa. Lo mismo consiguen presentándose en la puerta principal con el objeto ostensible de vender pólizas de seguros, revistas, o lo que sea, si es que responde alguien⁶¹.

Incluso a disfrazarse con un mono y dicen que son obreros enviados por «el casero» (este truco lo utilizó el estrangulador de Boston).

Claro que son listos. Pero si nosotros queremos seguir tranquilos tenemos que ser todavía más listos, y de eso precisamente trata este anuncio.

Hace poco un grupo de ciudadanos muy listos y muy amantes de la ley de nuestra Sección de Electricidad Automática idearon algo que puede llevar al paro a muchos rufiánes.

El sistema de intercomunicación Enterphone: una unidad que enlaza el vestíbulo de entrada con el apartamento y que funciona por el teléfono de su casa.

... Cuando se utiliza junto con el sistema de televisión en circuito cerrado del edificio se convierte en parte de un sistema electrónico de seguridad que le permite ver y oír a quien está llamando a su puerta desde abajo.

Digamos, por ejemplo, que está usted viendo la televisión cuando alguien llama a la puerta. Con el sistema Enterphone, lo que suena no es el timbre, sino el teléfono. O sea, una llamada bien diferenciada. Antes de responder enchufa usted el sistema de televisión en circuito cerrado y mira bien quién es el misterioso huésped que está abajo (y de paso, ya que está ahí, sus credenciales).

Después coge el teléfono, lo invita a subir y marca el «6», con lo que la puerta de abajo se abre electrónicamente.

Si no le gusta lo que ve y oye, puede llamar rápidamente al portero. O a la policía.

Ya puede usted conseguir, ahora mismo, el sistema Enterphone en toda la red de General Telephone. No pasa lo mismo con la TV en circuito cerrado para su residencia. Pero estamos trabajando en ello.

Es de esperar que ambas cosas sean equipo normal en todos los edificios de apartamentos algún día. Y quizá también en las casas unifamiliares.

Pero hasta que lo sean —o hasta que se encuentren otras medidas de seguridad— los que trabajamos en General Telephone and Electronics desearíamos sugerirles dos normas para la salvaguardia de usted mismo y de su familia.

Norma núm. 1: No abra la puerta a nadie si no sabe quién es.

Norma núm. 2: No se salte nunca la Norma núm. 1.

Estas preocupaciones y estos mecanismos se deben, a fin de cuentas, a que los marcos amueblados tienen que tener puntos de acceso, cuestión que apreciaron por primera vez con toda claridad las organizaciones estatales que realizaban tareas militares secretas en tiempo de guerra. Claro que las técnicas que se emplearon por primera vez en estos sitios se están domesticando actualmente, lo cual es uno de los beneficios indirectos que nos deja la organización industrial militar. Obsérvese que G.T.E. no menciona las tarjetas de solapa con foto y firma, aunque para la plena seguridad de los apartamentos quizá fueran aconsejables, también.

⁶⁰ Jerrold J. Mundis, «Faster Than a Speeding Mugger, More Reliable than a Cooping Cop» It's Your Very Own Attack Dog», en *New York Magazine*, 27 de octubre de 1969, págs. 37 a 46.

⁶¹ Véase Black, *op. cit.*, pág. 94.

4. *La red social.*—Cuando un individuo se halla en presencia abierta de otros (y ellos se hallan abiertamente en su presencia), forzosamente pasa a ser vulnerable a ellos en determinadas formas normales como consecuencia de su carácter de organismo perecedero y del carácter de ellos como instrumento. Pueden proponerse atacarlo, robarlo, agredirlo sexualmente o bloquear su libertad de desplazamiento (pueden recurrir a una apariencia inocua —como un atavío bajo el que esconder armas, o unas expresiones bajo las que esconder intenciones a fin de colocarse en posición para llevar a cabo esas depredaciones). Pueden inducirlo a que reconozca cosas o cometa actos punibles, o a hacer cosas que él considera detestables, como cuando responde sin saberlo a los avances de transvestitas. Pueden inducirlo a diversos tipos de engaño y estafa. Pueden vigilarlo en secreto mediante cámaras o micrófonos que llevan escondidos encima⁶². Pueden seguirlo más o menos subrepticamente. Y si se trata de un agente de control del tipo que sea, pueden esconder en sus personas mercancías ilícitas o robadas y utilizarse los unos a los otros en una sistema de relevos para que una persona muy sospechosa pueda deshacerse de aquello de lo que se le sospecha.

Como ya se ha sugerido, los participantes en la interacción diaria y quienes escriben acerca de ellos han apreciado considerablemente

⁶² Los recientes avances en materia de equipos de vigilancia han recibido gran atención en la literatura popular. Parece que se ha prestado menos atención al hecho de que las personas que escuchan también son mecanismos de vigilancia. Tan clara es la hipótesis de que la conversación en un entorno está destinada justo a ese tipo de lugar que cuando se realizan entrevistas para la prensa, es decir, un esfuerzo abierto de legitimar el traslado de unas declaraciones desde el punto en que se hicieron a un mundo distante de lectores de periódicos y revistas, la persona entrevistada supone que esta corriente de actividad se dividirá en dos, una parte «para» citar y otra «para no» citar. No me refiero meramente a las declaraciones que esa persona dice específicamente que son para citar o para no citar, sino también a toda su corriente de pequeños comportamientos, casi todos los cuales supone que no se citarán. Esta división, pues, es una norma fundamental para el marco de la interacción en la entrevista. Sin embargo, en los últimos años se ha infringido esta norma en determinados círculos sociales, y los entrevistadores han pasado a servir de mecanismos de vigilancia para transmitir su presencia como testigos de asuntos que generalmente no son para citar. Entonces, los sujetos se encuentran con que, de hecho, se les ha espiado. El que los individuos sigan dispuestos a que se los entreviste en estas condiciones se atribuye, generalmente, a su deseo de publicidad y a la práctica compensatoria de estar «en escena», en el sentido de presentar toda la propia corriente de comportamiento en el entendimiento de que puede quedar constancia de ella. Existe una explicación adicional. Tan profundamente arraigadas están estas normas sobre el marco que incluso cuando un sujeto tiene sospechas acerca de un entrevistador determinado, no puede evitar el dividir su actividad en una parte que se puede transmitir y otra parte que jamás se transmitiría, o eso se cree él.

estos peligros fundamentales de la interacción directa. Lo que no se ha apreciado lo bastante es la importancia de la información «social» de estas situaciones.

A mi entender, una información es social cuando se refiere al propio informante y se comunica a quienes se hallan en su presencia inmediata. Lo que importa ahora es la información acerca de la identidad social y personal del informante, la información acerca de sus intenciones o «proyectos de acción» y la información acerca de sus relaciones sociales con los otros presentes, comprendidos en especial los que obtienen la información.

Ahora bien, parece que cuando un individuo está presente con otros, supone que dispondrá de unas existencias de información social y que esta información será suficiente para permitirle juzgar si debe estar alarmado o no ante la serie de personas que tiene a la vista inmediata, su «red social». Además, prevé que esta fuente de información le permitirá actuar de tal modo que evitará producir incidentes que podrían ser en sí mismo alarmantes. Y parece ser un hecho de la vida social que efectivamente se le proporciona una información social suficiente en esos términos. Lo que necesita el individuo a fin de orientarse efectivamente hacia quienes lo rodean, generalmente lo adquiere, y lo adquiere de ellos.

Por lo que respecta al individuo, pues, son estas expectativas en cuanto a la información social disponible las que sirven para limitar los peligros contenidos en la red social que lo rodea, y generalmente son estas expectativas las que deben infringirse si es que su red social ha de convertirse en un peligro para él.

Tomemos, por ejemplo, la información acerca de las relaciones⁶³. Existen normas acerca de la inatención cortés que se deben entre sí las personas que se cruzan, los saludos obligatorios entre los conocidos y los signos de orientación mutua que se deben los miembros de una compañía. Por tanto, el individuo está seguro de disponer de una información considerable acerca de las relaciones en su red social, información acerca de las relaciones mutuas entre las personas presentes y de éstas con él. Podrá saber si dos individuos son meros desconocidos en la misma reunión o desconocidos que acaban de iniciar una conversación momentánea, o conocidos que acaban de pararse a charlar un momento mientras se cruzan, o individuos que forman parte de la misma compañía. En consecuencia, también sabrá quiénes de los presentes pueden actuar juntos en una actividad de colaboración, pues el trabajo en equipo supone relaciones

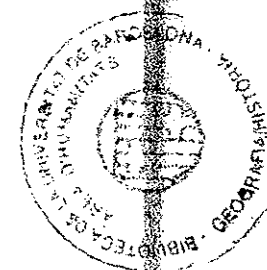
⁶³ Véase «Signos de vinculación», en este mismo volumen.

de equipo, y ordinariamente a las relaciones se les da publicidad mediante «signos de vinculación» de diversos tipos.

Lo importante es que los signos de información de que dispone generalmente el sujeto son exactamente lo que manipulan las personas que son fuente de alarma para él, tanto si su técnica consiste en disimular relaciones que existen como si se trata de revelar relaciones que no existen. Si no pudieran disimular una estructura de colaboración bajo el espectáculo de cortés inatención que montan entre sí —espectáculo que es correcto entre los desconocidos—, los equipos de carteristas no podrían robar, los espías no podrían utilizar la llamada «reunión silenciosa» para intercambiar mensajes, no podría realizarse el timo rápido en que intervienen dos timadores que ostensiblemente acaban de encontrarse, y podrían emplearse diversas formas de vigilancia multipersonal. Si dos amigos que colaboran no pudieran imitar la charla insustancial ritual que intercambian dos personas desconocidas de igual condición social cuando obliga a ello una proximidad fortuita, les resultaría más difícil disimular la transmisión entre ellos de mensajes o documentos vitales. Dos individuos desconocidos que no pudieran recurrir a la forma de dirección mutua de personas que se conocen bien no podrían cooperar en la corroboración de la historia falsa de uno de ellos. Obsérvese que todas estas maquinaciones se esconden bajo la misma serie de apariencias, las que mantienen en lugares públicos los coustarios bien educados, tanto conocidos como desconocidos. Si no existiera esa pauta de apariencias, si no reconocieran todos esa estructura de posiciones mutuas, los malintencionados no tendrían nada tras lo cual esconderse y la malignidad resultaría mucho menos posible.

O sea, que el individuo necesita obtener información acerca de las relaciones de quienes se hallan en su entorno, y generalmente esa información se le facilita mediante signos de vinculación de diversos tipos. Análogamente, para que se encuentre cómodo en una situación, necesitará alguna información acerca de las intenciones, los propósitos y el proyecto de acción de quienes se hallan en su presencia, y también esto se le suele facilitar.

En algunos casos, la actividad de los otros puede resultar perfectamente transparente para el individuo, sea porque éste conoce la técnica que están empleando ellos, en el sentido de que un electricista puede «seguir» de cerca lo que está haciendo otro electricista, o porque la técnica en sí no forma parte de una especialidad compleja, como ocurre cuando un cliente puede ver con claridad lo que está haciendo el camarero de la cafetería al poner una cucharada de helado de chocolate en la copa. En otros casos, como, por ejemplo, cuando interviene una especialidad técnica esotérica, es posi-



ble que el testigo no pueda seguir detalladamente lo que está haciendo el técnico, pero sabrá bastante de la tecnología para reconocer más o menos lo que se está haciendo, por lo general lo bastante para saber que no es necesario sentir alarma. Las mismas circunstancias ocurren cuando un sujeto ve a alguien que anda con aire decidido por la calle: el testigo no sabe dónde va el caminante ni el carácter de su propósito concreto, pero piensa que esta actividad se puede situar en una clase general de actividades que no son peligrosas. Todas estas actividades son, por así decirlo, translúcidas: lo bastante comprensibles a ojos del testigo para que éste se sienta en seguridad en presencia de la persona que las lleva a cabo, pero no lo bastante transparentes para seguirlas con ningún detalle. Claro que el tipo de comportamiento que causa alarma es el tipo que no se puede encasillar en una clase general, al menos en una clase general de actividades no peligrosas. Esos actos opacos pueden no constituir amenazas en sí mismos, pero dejan al testigo sin saber lo que está pensando su autor, ni lo que se propone, y por tanto en un estado de desconfianza hacia él. Y ahora, claro, llegamos a la obligación de quienes se encuentran en presencia de testigos: sus actos no deben ser opacos. Un ejemplo, que cuenta Konrad Lorenz, puede indicar los problemas que se causan al autor y al testigo cuando no se halla presente un mínimo de posibilidades de comprensión:

Un sábado de junio me bajé del tren de Viena en la estación de Altenberg, en medio de un grupo de bañistas de los que suelen acudir a nuestro pueblo cuando hace buen tiempo el fin de semana. No había dado más que unos pasos por la calle y el grupo todavía no se había dispersado cuando vi volar muy arriba un pájaro cuya especie no pude determinar al principio. Volaba con un batir lento y medido de las alas, que variaba a intervalos fijos, cuando planeaba. También parecía demasiado pesado para ser un milano, no lo bastante grande para ser cigüeña y, además, incluso a aquella altura se le deberían ver el cuello y las patas. Luego el pájaro hizo un gran giro, de forma que el sol poniente brilló durante un segundo entero en las plumas de abajo de las enormes alas, que brillaron como estrellas contra el azul del cielo. El pájaro era blanco. ¡Dios mío, era mi cacatúa! El movimiento regular de las alas indicaba claramente que se estaba preparando para un largo viaje. ¿Qué hacer? ¿Llamar al pájaro? Bueno, ¿han oído ustedes la llamada en vuelo de una gran cacatúa de cresta amarilla? ¿No? Pero probablemente sí han oído los chillidos del cerdo al que se mata por el método antiguo. Imagínense un cerdo que grita a todo pulmón, pero recogido en un micrófono y ampliado muchas veces en un buen altavoz. Un hombre lo puede imitar bastante bien, aunque se queda algo corto, si atúa a pulmón herido «O-ah». Ya había comprobado que la cacatúa comprendía esta imitación y en seguida «volvía al amo». Pero ¿funcionaría a aquella altura? A un pájaro siempre le resulta muy difícil tomar la decisión de volar hacia abajo en un ángulo muy pronunciado. Gritar o no gritar,

esa era la cuestión. Si gritaba y el pájaro bajaba, perfecto, pero ¿qué pasaba si seguía navegando tranquilamente entre las nubes? ¿Cómo iba a explicarle mis berridos a aquella gente? Por último grité. La gente que me rodeaba se quedó inmóvil, como congelada allí mismo. El pájaro titubeó un momento con las alas extendidas, luego las plegó, descendió en picado y se me posó en el brazo que le alargué. Así recuperé el dominio de la situación ⁶⁴.

Existe un elemento de las redes sociales que merece especial atención. Cuando el sujeto se orienta en lugares públicos, concede una categoría especial a quienes tienen por misión hacer que haya unas existencias disponibles, mantener la circulación y tenerlo todo en orden. Cualquiera sea la fuente de su remuneración, estos «personajes fijos» tienen una función laboral, la de asegurar que se mantiene un orden social. Así, en los lugares públicos existe una policía a la que recurrir cuando algo marcha mal; hay barrenderos y peones camineros; hay vendedores de periódicos y porteros, a los que naturalmente se recurre sin reparos para obtener servicios de información que no son lo que se les paga por hacer. Esos personajes pueden encontrarse en cualquier parte de los lugares públicos y presentar poco interés, pues su libertad para hallarse presentes va vinculada a la tendencia del usuario de la calle a tratarlos como no-personas, como meras figuras de fondo que funcionan dentro de un marco de referencia diferente del de los funcionarios de las calles. Y, claro, en consecuencia, los delincuentes pueden atacar a toda la instalación pública mediante el uso de los uniformes y demás tramoya de estos personajes fijos, con lo que disimulan eficazmente sus actividades alarmantes:

Melbourne, Australia.—Una banda de ladrones que actuó anoche en una de las calles más concurridas de Melbourne, abrió a martillazos un agujero de 13 centímetros en la pared de cemento de una tienda de antigüedades y se escapó con joyas por valor de 56.000 dólares.

Los hombres hicieron como si fueran trabajadores de la construcción de un nuevo edificio al lado de la tienda de antigüedades. Utilizaron un martillo de dos manos y una palanca para abrirse camino hasta la tienda, y después, con una lámpara de oxiacetileno, se metieron en ella y abrieron la caja de caudales, que cortaron ⁶⁵.

Tokyo.—El bandido, que tendría unos veintidós años, llevaba el casco blanco y la chaqueta de cuero negro de los agentes de tráfico, y fue en una motocicleta blanca robada hasta el coche del banco que llevaba el dinero de la

⁶⁴ Konrad Z. Lorenz, *King Solomon's Ring* (Londres, Methuen and Company, 1957), págs. 45 y 46.

⁶⁵ *Boston Traveller*, 11 de noviembre de 1966.

paga extraordinaria de los empleados de la Toshiba Electric Co., a 32 kilómetros al oeste de Tokyo.

Dijo a los empleados bancarios del Nippon Trust and Banking Co., que iban desarmados, que les llevaba información de que alguien había colocado en el coche una carga de dinamita.

Cuando salieron los cuatro empleados, el bandido se subió al coche y se marchó con él y tres cajas de metal llenas de billetes de banco en yens, cuyos números no se habían registrado, por valor de 816.667 dólares.

—Parecía exactamente un policía —dijo Eiji Nakada, conductor del coche—. Dijo que traía instrucciones de la comisaría de Koganei⁶⁶.

En correspondencia a los personajes fijos que mantienen en marcha la instalación pública existe una serie de funcionarios que atienden a las instalaciones domésticas y de oficinas: electricistas, fontaneros, desinsectadores, reparadores de teléfonos, lectores de contadores y reparadores de televisión. A estas personas, al igual que a los policías, se les permite iniciar contactos e introducir definiciones de la situación. Al personal de este tipo, debidamente uniformado y acreditado, se le permite interrumpir los horarios de trabajo de la gente corriente y, a cambio de aceptar un tratamiento parecido al de la no-persona, se les permite hacerse con la dirección de las cosas en sitios que, por lo demás, son privados. Y, claro también en este caso nos encontramos con un papel que a menudo utilizan como cobertura los ladrones, los agentes de policía y los violadores. Una vez que éstos se introducen disfrazados en un edificio pueden llevar a cabo acciones técnicas, como la interceptación de un teléfono —de hecho, esto lo pueden hacer con la ayuda de los residentes— dado el carácter translúcido de su labor. Cabría citar un ejemplo:

A ojos de treinta y siete amas de casa de los distritos de Richmond y Taraval, Thomas Ahern era como cualquier otro técnico de la Pacific Gas and Electric Company, cortés y eficaz.

Demasiado eficaz, según se enteraron después.

La policía dijo que Ahern, esbelto joven de veintiocho años, siempre vestido con pantalones blancos, cazadora azul y gorra blanca, llevaba todo un mes llamando a puertas e informando a las amas de casa de que tenía que cortarles el gas.

—Hay una urgencia en el barrio —decía.

Luego pedía a las señoras que esperasen junto al contador del gas, por lo general situado en el sótano, para verificar las cocinas y los pilotos.

Las amables amas de casa esperaban pacientemente junto a los contadores hasta media hora, según dijeron los agentes, antes de empezar a preguntarse por qué no había vuelto el hombre del gas.

⁶⁶ *Philadelphia Evening Bulletin*, 10 de diciembre de 1968.

Al subir al piso de arriba se encontraban con los cajones vacíos y con que había desaparecido todo el dinero que había en la casa.

Y, claro, también había desaparecido «el hombre del gas».

.....

La empresa dijo que Ahern nunca había trabajado en ella⁶⁷.

O sea, que en general a los personajes fijos y otros tipos de agentes se les concede una licencia que a quienes tienen intenciones amenazantes les resulta conveniente explotar, cosa que hacen disfranzándose de aquéllos. Cuando los ciudadanos se enteran de estas prácticas se siente alarma. El individuo puede entonces llegar a sentir que tiene motivos para dudar de todos los que llegan para mantener su establecimiento en condiciones de funcionar. Sin embargo, y pese a estas dudas, considerará necesario abrir la puerta a esta gente, pues no puede mantener su marco amueblado sin la ayuda de especialistas⁶⁸.

PARTE III: CONCLUSIONES

I. Conexión

I. En la primera parte de este estudio se sugirió que para que un sujeto se sienta cómodo en su entorno del momento —en su *Umwelt*— no necesita encontrarse con que las cosas son como él esperaba, sino únicamente con que —sean como sean— pueda sentirse seguro cuando retira su atención de ellas. Ahora debe estudiarse una aplicación especial de este tema, y se puede estudiar porque se han distinguido varios tipos principales de alarma.

Dado el proyecto actual de acción de un sujeto como punto de referencia, esto es, dados su compromiso, sus intenciones, su propósito, su designio o su tarea actuales, y dado que esta perspectiva se toma dentro de un entorno inmediato y se aplica a él, dado todo esto, pues, cabe plantear una cuestión fundamental: la cuestión de la conexión.

⁶⁷ *San Francisco Chronicle*, 20 de noviembre de 1963. Véanse otros ejemplos de cooperación en Dash, *op. cit.*, págs. 159, 185, 214 y 215.

⁶⁸ De esto es un buen ejemplo el caso del Estrangulador de Boston, de quien se sabía que lograba entrar en los apartamentos presentándose como obrero de mantenimiento. Aunque, según parece, toda la ciudad llegó a estar preocupada con la cuestión de permitir la entrada a los hombres de las reparaciones, casi todo el mundo siguió haciéndolo en mayor o menor medida, en algunos casos con unas precauciones que duraron poco tiempo.

Todo sujeto puede percibir que un acontecimiento que ocurre localmente es algo que ocurre de forma muy incidental, algo que ocurre al lado de su propio rumbo de acción en desarrollo, pero no está organizado a propósito para afectar al resultado de esta acción (claro que ese acontecimiento sin conexión de proyecto puede ser una parte bien proyectada del rumbo de acción independiente de otro, y además es muy posible que el sujeto explote el acontecimiento que se prevé va a ocurrir para realizar su propio proyecto; pero de todos modos se mantiene su carácter incidental). En cambio, existe el acontecimiento que el sujeto u otros hacen adrede que ocurra dados sus efectos para su rumbo de acción. En relación con el proyecto del sujeto, pues, existirán acontecimientos proyectados y no proyectados. Por el ejemplo, si el sujeto ha quedado en reunirse con un amigo en un bar determinado y lleno de gente a las 12,45 del día siguiente, y según el reloj del bar ve que su amigo se le acerca un minuto después de la hora convenida, entonces a mi juicio cuenta como proyectado el hecho de que los dos individuos coincidan en ese sitio y a esa hora. Y no cuenta como proyectado (en relación con el sujeto) el hecho de que el bar estuviera en ese sitio ese día, que el reloj diera la hora exacta, que hubiera determinadas otras personas presentes y que el sol se levantara aquella mañana, lo cual permitió que existiera ese día. Aunque estos últimos elementos de la situación afectan al individuo y su proyecto, y aunque difícilmente podría haber planeado y ejecutado su proyecto sin conocerlos y de no haber podido contar con que ocurrieran de la forma prevista, sin embargo esos elementos son en gran medida indiferentes a que él, en particular, lleve a cabo su proyecto. Por ejemplo, el dueño del bar puede depender de que el público utilice su bar como punto de reunión, y de hecho puede planear el local de modo que se fomente esa práctica, pero por lo general no ajusta su plan a las necesidades de ningún par *determinado* de personas que se van a encontrar. Y si lo hiciera, entonces pasaría a formar parte de las características proyectadas de los planes del par.

La división entre lo proyectado y lo no proyectado es exhaustiva y mutuamente excluyente. Por lo general, en el *Umwelt* del individuo habrá más cosas sin conexión con lo proyectado que conectado a lo proyectado⁶⁹. En todo caso, la comodidad con que se halle

⁶⁹ La cuestión de la proporción de una escena concreta que es parte del proyecto en curso de individuo y la proporción que no lo es resulta interesante. Cabe mencionar por lo menos dos variables. En primer lugar, cuanto más prestigio y poder tenga el individuo, más entrará en el proyecto de sus actividades el entorno en que se halle. Obsérvese, por ejemplo, la diferencia entre una persona corriente que hace cola para sacar un billete de autobús

un individuo en su *Umwelt* depende de que sepa cómo se debe establecer esta división en cualquier momento determinado. Así, por continuar con el ejemplo citado, es probable que la comodidad con que se halle el individuo en el bar mientras espera a su amigo esté vinculado a que pueda suponer, justificadamente, una división prevista entre los elementos proyectados y los no proyectados.

El individuo, pues, divide su *Umwelt* en lo proyectado y lo no proyectado, en proyecto y contexto, en lo orientado al yo y lo incidental. Esta división tiene corolarios importantes.

En primer lugar, el que el individuo pueda sentir que gran parte de lo que está presente en su entorno no guarda una relación activa propia con su proyecto en curso (sea para fomentarlo o para obstaculizarlo) le da motivos para tratar a esa parte de su ambiente inmediato como un dato, como algo a lo que puede no prestar atención sin por ello perder seguridad. A menudo lo que entiende así como neutral contiene a algunas de las personas presentes o a todas, personas que por tanto sólo requieren una cortés inatención y que sólo intervienen en los asuntos de él hasta el punto de tener con él la misma cortesía. O sea, que tanto si nos ocupamos de las partes inanimadas como de las animadas del *Umwelt* del sujeto nos encontramos con la probabilidad de que haya elementos no proyectados y que él no necesite prestar más que la mínima atención a los aspectos de seguridad al dar por sentados esos elementos, como algo a lo que no se ha de prestar atención.

Segundo corolario. Como ya se ha sugerido, el sujeto supone que generalmente su rumbo de acción no preocupa a los organismos —presentes o no— que son responsables de gran parte de lo que está ocurriendo en torno a él. Este supuesto le permite dar una explicación pacificadora de una amplia clase de acontecimientos que, en otro caso, resultarían alarmantes, acontecimientos a los que él mismo puede atribuir de un modo u otro un carácter «fortuito» o considerar fortuitos cuando otros le exponen esa imputación. Repi-

y Frank Sinatra, a quien esperan su propio avión con su tripulación para volar por una ruta que ha determinado él, con una lista de pasajeros y un menú especificados por él. Tanto si un pasajero comercial corriente anula su billete como si no, el vuelo comercial va al lugar designado a la hora designada (salvo que eso lo modifiquen cuestiones no relacionadas con el individuo, cosa que según se dice pasa a veces). Pero si Sinatra anula su viaje, entonces es de suponer que su avión no sale. En segundo lugar, cualquiera sea la clase del individuo y el nivel de su poder, los rituales de su ciclo vital entrañarán ocasiones de conexión relativamente grande con el proyecto. El mejor ejemplo es el de la boda. Cabe entender que todo el asunto está orientado a, y producido para, la pareja que se casa. Mientras dura la ocasión social son celebridades. Si no aparece uno, o ninguno, queda anulado todo el asunto.

tamos que la gran fuerza de la fe que tiene el individuo en la indiferencia de muchas de las cosas que están en su entorno respecto de su proyecto concreto le permite creer en un sentido especial de la «buena» y la «mala» fortuna; puede creer que un acontecimiento que ocurre en su *Umwelt* y que tiene consecuencias ominosas para él no tiene forzosamente que haber estado planeado conscientemente por nadie⁷⁰. Así, por ominosos que resulten ser los acontecimientos, por lo menos puede cesar rápidamente en su alarma, pues como no es necesario atribuir intencionalidad al acontecimiento, puede suponer que no es de prever ninguna repetición, que lo ocurrido no augura nada.

Cabe distinguir variedades de esta «falta de significado». Cabe atribuir las cosas a la «suerte» (buena o mala) cuando se pierde o se encuentra algo, o cuando los trenes llegan adelantados o retrasados con consecuencias dramáticas para el plan determinado del individuo. Puede producirse un «mero accidente» cuando el individuo lesiona o es lesionado en circunstancias de las que a su juicio él no es responsable en absoluto. (Cuando dos coches chocan en una carretera helada sus conductores pueden quedar con la impresión de que lo ocurrido es un mero accidente. En cambio, un conductor imprudente organiza de forma tácita su propia destrucción que, una vez lograda, puede entenderse como «no accidental»; pero la persona concreta que por casualidad es la otra parte debe entender que si bien puede no ser un accidente el que alguien quede herido, es pura mala suerte que ese alguien resulte ser él.) Es una «coincidencia» cuando dos amigos «se tropiezan»; una «casualidad» cuando dos personas desconocidas entran en contacto social incidental e inician una conversación que desemboca en una relación estrecha o en relaciones comerciales mutuamente beneficiosas. Y existen loterías y juegos de puro azar, que consisten en mecanismos ideados específicamente para poner en juego de forma organizada un carácter «no proyectado» y asegurado entre opciones y resultados.

2. La distinción fundamental que establece el individuo entre lo proyectado y lo no proyectado echa las bases para otro concepto básico que introduce en su entorno, y que coincide algo con el primero: la idea de la estratagema. Sabe que él mismo puede introducir un acontecimiento en el *Umwelt* de otro individuo y disfrazar ese acontecimiento de forma que parezca (espera él) que es algo no co-

⁷⁰ La firmeza de esta creencia se advierte también en el desprecio que probablemente manifestará el individuo hacia quienes declaran abiertamente la existencia de conexiones entre lo no conectado, como los que defienden la existencia de signos «propicios», lecturas de horóscopos, amuletos, etc.

nectado con el proyecto de la otra persona cuando de hecho sí lo está, o parece estar conectado a un proyecto cuando de hecho no lo está. Como puede organizar con estratagemas el mundo en que se encuentran los otros, difícilmente puede dejar de ver que su propio mundo puede estar organizado con estratagemas por los otros. Por ese motivo, si no por otros, el sujeto puede llegar a sospechar de las conexiones entre los acontecimientos de su *Umwelt*. En resumen: la comodidad con que se encuentre en su *Umwelt* no depende sólo de que pueda dividir los acontecimientos que lo rodean en proyectados y no proyectados, sino también de que esté convencido de que estas apariencias no son meras estratagemas, salvo naturalmente que sea él mismo el autor de las estratagemas.

Tanto si el sujeto llega a sospechar una estratagema como si no, existe alguna justificación de sus sospechas. Dada la fe que tiene por lo que respecta a los acontecimientos fortuitos, y dado que eso es motivo para que deje de lado algunos acontecimientos que, de otro modo, le resultarían alarmantes, es comprensible que quienes desean tenderle un lazo para que cometa actos que más adelante llegará a entender como causa de alarma puedan emplear como cobertura la apariencia de lo fortuito. Pueden organizar ahora que más tarde ocurra un acontecimiento que, al ocurrir, el individuo verá como algo que ocurre sin estar proyectado, o al menos sin estar proyectado para él.

Por ejemplo, un carterista se las arregla para tropezar «accidentalmente» con la víctima elegida, de forma que lo que sigue, las fintas y los contactos de intercambio corrector, exponga momentáneamente el bolsillo no protegido de la víctima a un tercer par de manos. Un agente que desea obtener el plano de una instalación portuaria se entera de dónde se guardan los planos, de quién trabaja en el despacho en que se guardan con llave los archivos, de cuál de esos trabajadores es vulnerable y de dónde va ese individuo concreto a tomar café por la mañana, y allí inicia por casualidad una conversación con él, a partir de la cual se cultiva una relación, que lleva a salidas por las tardes, a partidas de cartas que gana el otro (amañadas), a partidas que pierde (amañadas), al préstamo de dinero para pagar deudas de juego y por último a los planos. Y a los agentes-diplomáticos se les da el siguiente consejo relativo a la preparación de las apariencias de normalidad:

Se recomienda que los oficiales de espionaje se den paseos más frecuentes por la ciudad a diferentes horas. Según la carga de trabajo que tenga y el objetivo de los paseos, puede dárselos después del trabajo, antes del trabajo y a la hora de comer. Cuando «acostumbre» al servicio de contraespionaje a

esos paseos, el oficial de espionaje puede utilizarlos más tarde en apoyo de sus comunicaciones con agentes (envío o verificación de señales), reuniones con agentes, servicio de «buzones», etc.⁷¹

Un equipo de atracadores se entera de que dos pagadores se llevan la nómina de un banco todos los jueves, que llaman al primer taxi de la parada de al lado, esperan hasta que está a la entrada del banco, suben en él y se van a entregar el dinero. Los pagadores suponen que la única relación del taxista con ellos se deriva de que sencillamente le representan otra carrera y que, por consiguiente, pueden utilizar el taxi como coche no marcado para efectuar su entrega. Un jueves, en cuanto han entrado en el banco a recoger el dinero, tres individuos diferentes llegan por separado (y sin que ostensiblemente tengan que ver unos con otros) y se llevan todos los taxis menos uno, que se queda el primero haciendo como que está esperando a un cliente. Cuando los pagadores hacen un gesto al primer taxi de la fila, éste es el que se los lleva, y tiene mucho más que ver con sus cosas de lo que ellos se creían, como ven en seguida⁷². La policía de Los Angeles, que quería poner un micrófono en las oficinas del tenedor de libros de un individuo del que se sospechaba que colocaba apuestas ilícitas, falseó la realidad como sigue, según su finado jefe, William Parker:

Los agentes investigadores se dirigieron al dueño de los locales y consiguieron su cooperación. A petición de los agentes, el propietario, que vivía en otro condado, escribió una carta a sus inquilinos. En ella les decía que había llegado el momento de la inspección anual antitermitas y que iba a ir un inspector de termitas en una fecha determinada. Después, los policías contrataron a un inspector antitermitas, se familiarizaron lo bastante con su trabajo como para poder presentarse plausiblemente como si fueran sus acompañantes y ayudantes y se fueron a la dirección de Glenville. El tenedor de libros los dejó pasar. Estuvo presente, con su mujer y su hijo, en el edificio mientras se llevaba a cabo la inspección y, de hecho, inició una conversación con uno de los agentes acerca de algunos aspectos del trabajo de destrucción de las termitas... Mientras estaban en su casa se escondió en la habitación un mecanismo de escucha...⁷³

Un grupo especializado en estafas de seguros encuentra un posible blanco, establece los sitios por los que pasa a diario con su auto

⁷¹ Oleg Penkovskiy, *The Penkovskiy Papers* (Nueva York, Doubleday, 1965; Londres, Fontana, 1967), pág. 125.

⁷² Parr, *op. cit.*, págs. 97 a 99.

⁷³ Citado en Dash y otros, *op. cit.*, pág. 185.

y luego, en el momento oportuno, organiza algo que parece un accidente. Y veamos lo siguiente:

Hace un par de años un ladrón de talonarios de cheques entró en un apartamento de Manhattan y se llevó una tarjeta de crédito con la firma de la víctima y un talonario de cheques en que estaba anotado un activo de 18.000 dólares. Dejó en el cajón 600 dólares en efectivo y, claro, cuando al día siguiente la víctima necesitó algo de dinero lo sacó del cajón y no se dio cuenta de la desaparición del talonario. Como aquel ladrón no tenía mujer ni novia que sirviera de cómplice, hacía unos días había alquilado una oficina y puesto en el periódico un anuncio en el que pedía una secretaria y ofrecía un buen sueldo. Contrató la primera chica que se presentó y lo primero que le dijo fue que fuese al banco a sacar algo de dinero. El ladrón de talonarios experto no llama la atención cerrando una cuenta, sino que saca de ella una parte prudente, en este caso 5.250 de los 18.000 dólares. El ladrón tenía ya preparado un talón —con firma y todo— y se lo dio a la chica junto con el talonario. Cuando la chica salió de la oficina su nuevo patrono la siguió. Y cuando salió del banco por allí pasaba él, por casualidad. Cuando le dijo que ya tenía el dinero, le dio las gracias, recuperó el talonario, la identificación y los 5.250 dólares y le dijo que volviera a la oficina. El que nunca volvió a ella fue él⁷⁴.

Lo mismo ocurre cuando se organiza el que un individuo se encuentre en un contexto en el que esa misma noche se dedica a actividades por las cuales se lo podrá chantajear más adelante. Y, claro, cuando se trata de juegos de puro azar o de lotería, el problema no consiste en encontrar algunas ocasiones de juego que estén amañadas, sino en encontrar algunas que no lo estén⁷⁵.

En todas estas situaciones, con lo que nos encontramos es con un juego del «mundo al revés», esto es, con la artimaña de un acontecimiento aparentemente fortuito que tiene consecuencias alarmantes para el individuo. Resulta interesante que en la «gran estafa»,

⁷⁴ Black, *op. cit.*, págs. 76 y 79.

⁷⁵ Este aspecto contiene una paradoja interesante. Por ejemplo, en el juego de los números*, la selección diaria de los números ganadores se hace de modo que se asegure al máximo que no haya influencia de los directores del juego en el número concreto que se escoge. Se utilizan cosas como el segundo y el tercer dígitos del total de cupones vendidos en el día. En este caso vemos una especie de apoteosis de lo fortuito. Pero, claro, si se soborna a un ejecutivo de la central de ventas de los números, se pueden introducir el proyecto y la conexión, lo cual constituye sin duda un ejemplo alentador de los esfuerzos externos del hombre por combatir el juego de la fortuna ciega. Véase Danforth, *op. cit.*, «The Gentle Banker and His Big Fix: The Numbers Racket», páginas 318 a 326.

* Especie de lotería al estilo del cupón pro-ciegos español, sólo que sin ciegos e ilegal, controlado por los gánsters organizados en los barrios más pobres de las grandes ciudades de los Estados Unidos (mafia, etc.). De ahí el nombre de «racket», que denota ilegalidad, manejo turbio, etc. [N. del T.]

en la que puede montarse todo un establecimiento social a fin de disponer de unos minutos de exhibición de un telón de fondo convincente, la víctima ocupa, de hecho, todo el centro de atención como pudiera desear un potentado, pero, desde luego, la conexión no es más que encubierta; si los estafadores aspiran a alcanzar el éxito, deben convencer a la víctima de que no es sino un usuario incidental del lugar, y de que todos los demás individuos y artefactos presentes tienen motivos para estar allí independientemente de él, pues están participando en proyectos de acción independientes del suyo, de que, en resumen, se limitan a estar allí al mismo tiempo que él.

Los ejemplos de artimañas que se han dado hasta ahora tienen un sesgo evidente. Un individuo a quien se le presenta un mundo al revés no tiene forzosamente que salir perdiendo en consecuencia, por alarmante que pudiera ser el descubrimiento de la artimaña. Por ejemplo, en muchos noviazgos la primera fase se organiza mediante una artimaña; una de las partes se encuentra con que tiene la suerte de volver a tropezarse con la otra parte, y resulta que la otra parte se las había arreglado para estar allí por si acaso, en un esfuerzo no reconocido, que se completa con muestras de sorpresa, para ayudar un poco a la suerte. Cabría añadir otro ejemplo más, que sugiere el ámbito que se puede dar a la ficción de una realidad. Cuando, al principio de la segunda guerra mundial los británicos empezaron a desarrollar las técnicas de sabotaje, camuflaje y otras actividades con fines de espionaje y subversivos, la primera expansión, a partir de un taller de carpintería, fue a los locales traseros del Museo de Victoria y Alberto:

Aquellos talleres y oficinas parecían formar exactamente la parte de un callejón que debían aparentar. A fin de mantener el secreto, se alargaron las paredes del museo hasta el callejón, y éste se dividió en garajes. Todas las mañanas llegaban los periódicos y la leche. En las puertas de lo que eran ostensiblemente apartamentos del callejón salían a recogerlos muchachas especialmente seleccionadas del Servicio Auxiliar Militar que salían vestidas de amas de casa inglesas normales en plena realización de las tareas domésticas: unas con bigudíes, otras en delantal o en bata ⁷⁶.

La cosa debe resultar ya evidente. Cuando un lechero entrega la leche a la puerta y allí lo recibe una mujer con bigudíes y en bata, puede suponer que se ha puesto la bata para recibir a gente como la que representa él, y por tanto no carece de conexión con su propio

⁷⁶ Bell, *op. cit.*, pág. 20.

proyecto, o sea, la entrega de la leche. Pero lo que es una parte central de su idea de cómo es el mundo es que los bigudíes están ahí a pesar de las relaciones matutinas, y que la propia puerta no se ha puesto ahí para que la vean él y otros comerciantes. Quizá me rezca un saludo, pero no toda una puerta ⁷⁷.

⁷⁷ Se plantea la cuestión de lo complicada que puede llegar a ser la artimaña. Si se toma el *Umwelt* corriente del sujeto como punto de referencia, cabe explorar dos dimensiones: la sincrónica, que influye en la relación de un elemento corriente de su *Umwelt* con otros elementos corrientes, y la diacrónica, que afecta a la relación de un elemento con lo que ha precedido en el tiempo. Parece que la dimensión sincrónica es de más fácil acceso. Se pueden formular sugerencias como las siguientes. Parece que los sujetos se ven calmados por la presencia de gran número de personas de diferentes sexos, edades, clases y ocupaciones que se ocupan cada uno de sus cosas, pues las diferencias de condición parecen implicar una auténtica falta de conexión. En consecuencia, cuando la policía organiza una emboscada se inclina a utilizar toda una compañía de actores disfrazados de modos diferentes («cuando apareció en el sitio de la cita Gaucho, el guardaespaldas de confianza de Marighella, vio dos parejas que se metían mano en un Chevrolet, unos trabajadores que descargaban perezosamente materiales en un solar, unos albañiles que trabajaban en un edificio inacabado al otro lado de la acera... Todos [según resultó] eran policías. El tiroteo duró nada menos que cinco minutos». *Time*, 2 de noviembre de 1970, página 21). La dimensión diacrónica parece ser la más complicada y la más interesante. Al echar en marcha hacia atrás el mundo de un sujeto, ¿hasta dónde pueden llegar los autores de la artimaña? ¿Y qué limitaciones estructurales ocurren a este respecto? Esos autores pueden formular sus planes si suponen que un sujeto seguirá sus propias rutinas, y probablemente reaccionará como se ha previsto a un movimiento determinado, pero el depender de que se pueda predecir su reacción a la reacción a esta reacción introduce un margen de error casi excesivo. Por ejemplo, en la narración del secuestro de Penkovsky (Greville Wynne, *The Man from Moscow* [Londres, Hutschinson, 1967], leemos:

Un agente del espionaje británico vio que el coronel ruso estaba sentado solo, vio que el vaso hacía una pausa entre la mesa y los labios, observó una expresión distante, no una, sino muchas tardes, y se lo dijo a Londres. Y Londres, sensible a las menores rarezas de comportamiento, se paró a reflexionar...

No había en la Unión Soviética un solo agente regular británico en el tipo de posición que le permitiera cruzarse con la carrera de Penkovsky como oficial del ejército ni tener ninguna relación con ella. Un agente regular, que en todo caso podría ser ya conocido de los rusos, no podía brujulear de modo que encajase con los desplazamientos de Penkovsky sin crear las sospechas más obvias.

Hacía falta alguien nuevo, alguien que pudiese viajar por la Unión Soviética sin infundir sospechas, a quien se aceptara sin más como si estuviera haciendo de buena fe un trabajo que pudiera estar haciendo en Rusia, a quien se pudiera orientar hacia Penkovsky en el momento oportuno, que no supiera hasta el último momento en qué consistía su verdadera misión, dado que la mejor forma de lograr un comportamiento perfectamente natural era mediante la ignorancia y no mediante la interpretación de un papel, y que cuando supiera lo que se le pedía tuviera la experiencia para hacer lo que fuese necesario a fin de ayudar a Penkovsky (págs. 20 y 21).

Wynne aduce después que lo reclutaron para el espionaje porque parecía ser el tipo de persona con quien Penkovsky hablaría voluntariamente si quería hablar, y después lo colocaron en la órbita de contactos incidentales de Penkovsky a ver qué pasaba. Evidentemente, esta forma de poner el mundo al revés era algo que sólo podía hacerse si el elevadísimo costo de participar en el juego y la enorme posibilidad de perderlo se veían equilibrados por las ventajas que re-

Debe resultar ya evidente que cuando el individuo va a avanzando a lo largo de su día, es probable que el entorno cambiante que se desplaza con él contenga muchas relaciones menores con otros que podrían tener una significación alarmante para él. En muchos puntos será vulnerable a que se le ponga el mundo al revés. Lo que hace infrecuente este destino no es la dificultad de organizarlo *per se*, sino que la mayoría de quienes podrían tener un motivo para organizarlo no piensan en hacerlo. Y quienes están dispuestos y orientados a hacerlo carecen de la información estratégica necesaria en esos proyectos: dado lo que quieren, no saben quién lo tiene; dado quiénes conocen, no saben lo que podría arrebatarle a esas víctimas en potencia. La estabilidad que tiene un individuo en su *Umwelt* se deriva en parte de que la información exacta no caiga en malas manos ⁷⁸.

3. La posibilidad de que se le ponga el mundo al revés a un individuo se ve compensada en parte por la posibilidad de que se ponga al derecho, pero mal. Igual que el individuo supone que los contactos aparentemente incidentales que está teniendo con otros en

presentaría el que la artimaña funcionase, como según parece ocurrió en este caso.

Si desviamos nuestro centro de atención de las artimañas destinadas a la situación de sujetos determinados a las ideas para influir en la opinión pública, entonces el ámbito del esfuerzo puede convertirse en algo enormemente amplio. Cuando ocurre un acto político mal orientado y precipitado que causa una reacción decisiva, siempre se plantean cuestiones, a veces justificadas, de que hayan sido las víctimas y no el enemigo quienes lo hayan organizado. Un ejemplo más humilde, pero con su propia complejidad, es la práctica del político de organizar un enfrentamiento en el que se le lanza precisamente el tipo de desafío difícil para el que tiene preparada la respuesta exacta. El modelo más modesto es el de la pregunta previamente convenida en una conferencia de Prensa.

⁷⁸ Así ocurre que cuando quiera la información acerca de los entornos pasa a estar *organizada* ocurren nuevas vulnerabilidades. Si uno le dice a la policía que va a estar un mes fuera, entonces alguien sabe definitivamente que se le puede robar en casa con toda calma. Si las direcciones de los propietarios de números de matrículas están organizadas de modo que si a un ciudadano lo atropellan pueda escribir para averiguar quién ha sido el culpable, entonces los ladrones también pueden descubrir las direcciones de las parejas cuyo coche indica una cierta prosperidad. Si en las revistas de artes se informa sobre las subastas, los ladrones cultos pueden averiguar dónde están los cuadros caros. Las listas de pasajeros de buques indican quiénes van a pasar el verano fuera, y las revistas de sociedad organizan la información sobre los ricos que van a asistir a un baile una noche determinada. Como se dice que dijo un portavoz de Scotland Yard:

«Lo único que necesita un tipo... es un catálogo de Sotheby's para averiguar lo que está de moda y cuesta caro, los artículos de la prensa sobre las subastas para ver quién lo compra, la información de las revistas de sociedad sobre quiénes pasan las vacaciones en el extranjero y cuándo, y el precio de un billete de tren hasta la casa de campo del que está de vacaciones.»

su *Umwelt* no han ocurrido debido a designios nefandos, también supone que las relaciones menores que está teniendo con personas que pasan en sus caminos separados no las van a utilizar éstas a fin de echar las bases de algo que le va a representar más adelante un costo imprevisto. En resumen, supone que muchas de las actividades que mantiene con quienes se hallan en su *Umwelt* se van a convertir dentro de poco en una falta total de conexión.

El ejemplo de este juego al derecho que deseo examinar es lo que en las ocupaciones delictivas se califica de la «señal». En este caso, la referencia es al proceso de preparación en el que un individuo con una conexión escasa o incluso fortuita con una víctima pasa información obtenida en un contacto con ésta a quienes desean hacerle daño, con lo que les permite llevar a cabo una acción delictiva (en este caso, el contacto en sí no es una consecuencia de un proyecto disimulado, sino que se utiliza de forma oportunista contra la víctima con un resultado muy parecido). Cuando se examina detalladamente un ejemplo, nos encontramos con que la relación mutua entre la víctima y quien la señala tenía más importancia de lo que se imaginaba la víctima, o de lo que ésta quería, y que tácitamente dependía de esa limitación. Por ejemplo, un mensajero, una florista o un botones puede tratarse con los huéspedes de un hotel de una forma que los huéspedes pensarán se circunscribe a la relación de servicio, sólo que más tarde se encuentran, cuando se investiga el robo cometido en sus habitaciones, con que los intereses del sirviente tenían más puntos de conexión con ellos de lo que habían supuesto ⁷⁹.

Naturalmente, los ciudadanos respetuosos de la ley no son los únicos vulnerables a quienes los señalan; como ya se ha sugerido, los delincuentes son vulnerables del mismo modo y en mucho mayor medida. Antes de que se pueda señalar a un ciudadano, alguien con tendencias delictivas debe descubrir incidentalmente algo utilizable acerca de él; sin embargo, a los delincuentes basta con que los descubra cuando planean o realizan su actividad alguien que, por el motivo que sea, esté dispuesto a hacer el papel del buen ciudadano, y en el mundo abundan las personas de ese tipo ⁸⁰. Además, si la po-

Alfred Friendly, Times-Post Service, nota de Prensa de Londres en el *San Francisco Chronicle Sunday Punch*, 25 de septiembre de 1968.

⁷⁹ Black, *op. cit.*, págs. 96 y 99.

⁸⁰ Y cabe entender que las tareas detectivescas son, en apreciable medida, un mecanismo para explotar a los delatores. Véase, por ejemplo, Malachi L. Harney y John C. Cross, *The Informer in Law Enforcement* (2.ª ed., Springfield, Illinois, Charles C. Thomas, 1968) y Jerome H. Skolnick, *Justice Without Trial* (Nueva York, John Wiley and Sons Inc., 1967), cap. 6, «The Informer System», págs. 112 y 113.

lucía o sus competidores buscan a un delincuente, ya basta con su paradero para dar una información estratégica, información que puede adquirir cualquiera de cualquier oficio que sepa qué aspecto tiene el delincuente y lo vea por casualidad, condición que es sumamente alarmante. Si no lo delata un miembro de su equipo o un delator profesional, lo hará un desconocido que se cruza con él. Como ya se ha sugerido la empresa delictiva puede entenderse como un medio de maximizar la vulnerabilidad propia a que otros lo destruyan a uno. La única gente que parece estar más dispuesta a terminar destruida son los dobles agentes.

4. Es posible, pues, que los contactos menores en el *Umwelt* del individuo hayan ocurrido por razones ominosas o que, tras comenzar fortuitamente, desembocuen en consecuencias ominosas. Sin embargo, creo que lo importante no es esta vulnerabilidad efectiva. Lo que importa es esto: dado que un contacto aparentemente no proyectado puede resultar, retrospectivamente, que ha sido el primer movimiento visible de un juego bien proyectado que se desarrolla contra el individuo, y que por lo tanto no ha sido incidental en absoluto, y dado, además, que un contacto verdaderamente incidental puede ser algo que exploten de forma oportunista personajes malvados, dado todo esto digo, se sigue que *cualquier* contacto incidental corriente que hasta el momento no ha desembocado en nada que sea alarmante puede terminar por serlo. Cada taxi que aparece exactamente cuando hace falta podría ir conducido por alguien que es motivo de alarma, alguien que planeaba aparecer como si pasara por casualidad o alguien que, al parecer meramente por casualidad, sin embargo está dispuesto a explotar de forma nefanda la confianza que han depositado en él sus pasajeros. Todo desconocido de más de dieciocho años, todo amigo nuevo, podría ser un agente del gobierno; son pocos los ciudadanos que tienen motivos para creer que ellos mismos han dado motivos para que se les vigile justificada o injustificadamente, son muchos los ciudadanos que tienen contacto incidental con personas que sí merecen esa atención, y por lo tanto es posible que esté presente por razones peculiares alguna otra persona que participa en ese contacto.

5. La idea de «alguien que se limita a estar presente» implica, desde luego, vulnerabilidades en sí misma. Como ya se ha sugerido, el sujeto, que actúa como receptor de información acerca de las relaciones de quienes lo rodean, puede discernir lo siguiente: personas a quienes no conoce que le prestan una inatención cortés; personas a las que no conoce que inician una conversación con él por unos motivos u otros; personas a las que conoce; personas que no se conocen y se prestan una cortés inatención; personas que no se cono-

cían pero están iniciando una conversación; personas que aparentemente se conocían y han hecho una pausa en sus respectivos rumbos para charlar un momento, y personas juntas en la misma compañía. Esos son los tipos de personas que puede haber en su red. Esta lista específica y agota, desde una cierta perspectiva, los posibles «alguienes». Pero, de hecho, lo que esta lista entraña es una serie de aspectos o apariencias que se pueden eliminar o simular, y que desde luego lo han sido por toda una serie de fines discutibles. Así, precisamente esta lista de posibilidades es la que llega a ver como sospechosa el sujeto cauteloso. Y de lo que por ende se sospecha es de todos los tipos de cualesquiera, todos los alguienes en su red social, en resumen, todos los que lo rodean. Claro que la misma lista abarca los aspectos que él mismo adopte para disimular sus propios actos alarmantes; de hecho, como se ha sugerido, el que él mismo haya utilizado esos aspectos anteriormente le da toda la instrucción que podría necesitar, y asegura una apreciación de por qué tener sospechas, de qué ver con alarma.

6. Como ejemplo de estas cuestiones relativas a la conexión y a la red social, observemos un fenómeno menor: la «segunda visión». Aunque muchas veces el sujeto cree que no se fija en absoluto en los desconocidos que se comportan correctamente cuando se cruza con ellos por la calle, sabemos que no es así. Se fija lo bastante, incluso en quienes pasan a su lado con las apariencias más normales, de modo que él y ellos pueden cooperar tácitamente en la intrincada actividad de evitar los choques. Lo que tiene más importancia para nosotros, también adquiere y almacena una cantidad impresionante de información identificadora sobre ellos. Esto se ve corroborado por el hecho de que si, en determinadas circunstancias, él y ellos se ven mutuamente viéndose, entonces pueden utilizarlo como excusa para un saludo de conocimiento la próxima vez que ven que se han visto⁸¹. Así, la adquisición de información identificadora se ve demostrada cuando, en la segunda visión, los participantes se encuentran con que pueden recordar una primera y, por lo tanto, deben de haber conservado la memoria de ella desde el primer momento.

Las circunstancias en que las segundas visiones llevan al conocimiento son «sociales»; los participantes advierten por el contexto de sus dos visiones que están bien situados socialmente para conocerse. Cuando no resulta procedente conocerse, los participantes en una segunda visión pueden tratar todo el asunto como si fuera una casualidad, una reunión fortuita, y esto es también lo que se entiende acerca del primer encuentro (obsérvese, una vez más, que es

⁸¹ Como se aduce en «Signos de Vinculación», en este mismo volumen.

en esta segunda visión cuando los participantes adquieren conciencia de que han conservado información identificadora acerca del primer encuentro). Ahora bien, si los lugares y el carácter de estos dos encuentros son discrepantes, de forma que las segundas visiones parecen encontrarse fuera del ámbito de la casualidad, entonces es probable que el sujeto sienta alarma; debe tener en cuenta la posibilidad de que, en primer lugar, los otros tengan designios alarmantes en relación con él, y, en segundo lugar, la de que puedan pensar que es él quien tiene esos designios respecto de ellos. Así, si bien cabe decir que los contactos pasajeros y anónimos sientan las bases para un conocimiento ulterior, más aún cabe decir que establecen las bases para una alarma ulterior.

Deseo añadir dos cosas acerca de las segundas visiones. La primera es que para disipar la alarma en esas ocasiones, el sujeto puede tratar de llegar a los otros mediante un intercambio especial de sonrisas, a veces acompañadas de palabras, con lo que ambas partes reconocen abiertamente mediante sus expresiones que ha ocurrido una conjunción extraña de acontecimientos, que cabría pensar que esto es motivo de alarma, pero que en realidad lo único extraño es la coincidencia. Con ello, los participantes «rompen el marco»; se salen momentáneamente de sus papeles correctos de desconocidos que no se prestan atención mutuamente, con lo que hacen un reconocimiento abierto de algo que, en otro caso, podría dejar pendientes las dudas, y un fácil retorno a las expectativas ordinarias acerca de las visiones por casualidad⁸². Parece que las terceras visiones tienen todavía más probabilidades que las segundas de provocar esta especie de intercambio jocoso.

La segunda se refiere a la cobertura. Las artes de la vigilancia entrañan el «seguimiento» y el «apostamiento», que dependen sobre todo de que un sujeto esté dispuesto a tratar las primeras visiones como totalmente fortuitas, cosa que los sujetos no siempre están dispuestos a hacer, dada la posibilidad de que el seguido tenga motivos para pensar en la posibilidad de que lo sigan, y de que perciba en las personas vistas una sola vez la posibilidad de designios nefandos. Pero, desde luego, en esa actividad hay que evitar las segundas

⁸² En la vida pública existe toda una clase de estos pequeños intercambios de expresión que entrañan una liberación momentánea del papel y una especie de colusión sostenida conjuntamente contra todo un marco de referencia. Así, cuando un conductor comete abiertamente un pequeño error en la circulación y bloquea momentáneamente el paso de otro automovilista, puede, en lugar de «echarle cara» o de presentar excusas con un gesto, mirar a los ojos al otro conductor y hacerle un guiño colusivo o encogerse de hombros, con lo que brevemente incorpora al otro en una burla bienhumorada del sistema de tráfico y del papel del automovilista.

visiones, como expresa el hecho de que la literatura sobre la vigilancia dedique excepcionalmente una atención explícita al fenómeno de la segunda visión. Así, debemos apreciar toda la perversidad que interviene en el llamado «mal seguimiento» contra este telón de fondo de las creencias básicas relativas a los contactos casuales e incidentales:

Hay ocasiones en que cuando se sigue a alguien se hace con intención de que éste lo descubra, sencillamente para asustar al sujeto con el conocimiento de que le ha descubierto y se le está siguiendo. Por ejemplo, se puede seguir «mal» a una persona que utiliza las horas de trabajo para hacer cosas personales y cuyo jefe hace que se le siga. El agente puede tropezar con el culpable por la calle y excusarse como medio de llamar la atención sobre sí mismo. «Después se mete uno en el mismo ascensor que él», explica Neville [jefe de investigación de la agencia Pinkerton], «y se asegura que él lo ve bien a uno. Después, en la calle, le tocas la bocina y cuando mira se le hace un gesto con la mano o se sonríe. Unos veinte minutos después se tropieza uno con él cuando sale de una tienda, o se pone uno a su lado mientras compra algo. Con el tiempo se da cuenta de que le estamos siguiendo y supone por qué. Por lo general, deja de marcharse del trabajo y vuelve a hacer lo que debía». A los tribunales no les gusta este tipo de seguimiento, y las agencias de más reputación lo utilizan con mucha discreción. Otras, sin embargo, lo llevan al extremo, con llamadas telefónicas misteriosas y otras tácticas menores de terror⁸³.

El desentrañar las razones por las que cuando a un sujeto se le sigue mal le causa alarma es empezar a ver la forma de ser del individuo en su entorno.

7. Es evidente, pues, que la posibilidad «persona que se cruza a la que se echa un vistazo incidental» es una característica del *Umwelt* del sujeto, y una característica que puede causarle alarma. Lo mismo cabría decir de las apariencias, de «alguien que inicia una conversación con uno». Un crítico feroz de la industria del automóvil que está a punto de prestar declaración ante una comisión del Congreso se encuentra de repente con que está entrando en contacto incidental con muchachas atractivas en la cafetería y el supermercado que frecuenta, que parece ser fácil iniciar una conversación con ellas y que esto parece llevar fácilmente a nuevos contactos. Con cierta justificación considera que, si bien ésta es la forma en que *pueden* empezar unas relaciones, está en marcha un proyecto nefando en estos casos concretos⁸⁴. Así es posible estropear una de las posibles

⁸³ Willa Petscheck, «An Unblinking Look at the New York Private Eye», en *New York Magazine*, 23 de noviembre de 1970, pág. 44.

⁸⁴ Véase, por ejemplo, *San Francisco Chronicle*, «Odd Shadowing of an Auto Critic», 7 de marzo de 1966, pág. 17.

categorías de otros en su *Umwelt*. Entonces es de suponer que puede encontrarse atrapado en la dinámica clásica de la sospecha: si un tipo de otro (las personas con las que se inicia una conversación) es sospechoso, ¿por qué no los demás tipos? Y si se llega a saber que tiene buenos motivos para sospechar de algunos de sus otros incidentales, ¿no pensarán otros otros que puede sospechar de ellos injustamente o que le preocupará que ellos puedan pensar que él considera erróneamente que debe sospechar de ellos?

8. Claro que la sospecha no se puede reservar para los desconocidos o las personas meramente conocidas en la red social de uno. Clifford Beers nos cuenta en su autobiografía cómo trataba con toda amabilidad a los parientes que iban a visitarlo al hospital mientras estaba (como luego llegó a advertir) absolutamente loco:

A menudo venían a verme parientes y amigos. Es verdad que estas visitas sometían a prueba a todos los interesados. Yo no le decía nada a nadie, ni siquiera a mi madre y mi padre. Porque, si bien todos tenían la misma apariencia que antes, siempre podía detectar alguna pequeña diferencia de aspecto o de gestos, y esto bastaba para confirmarme en mi convencimiento de que eran unos impostores que participaban en una conspiración, no únicamente para atraparme, sino para complicar a todas las personas de las que se disfrazaban. No es extraño, pues, que me negara a tener nada que decirles y que no les permitiera acercarse a mí⁸⁵.

Más tarde, cuando va de visita a casa:

No podía creer que mis parientes —si es que eran mis parientes— no estuvieran informados de mi presencia en la ciudad, y sus palabras y sus actos cuando llegué confirmaron mi sospecha y destruyeron la leve esperanza que había acariciado momentáneamente. Mis anfitriones eran sencillamente los mismos perseguidores de antes con los que ya había tenido demasiado que ver. Poco después de mi llegada se sirvió la cena. Me senté en mi antiguo puesto a la mesa y admiré en secreto la habilidad con la que quien dijo la oración imitaba el idioma y la entonación de mi padre, que tan bien recordaba yo. Pero, ¡ay!; ¡pobre familia mía, pues había imaginado a mis parientes desterrados y languidecientes en la cárcel y que mi viejo hogar estaba confiscado por el gobierno!⁸⁶

Beers atribuye esas dificultades a su enfermedad, y aparentemente estaba enfermo. Pero no es la enfermedad la que crea la posibilidad de ver todo lo cotidiano bajo una luz alarmante como producto del plan de unos conspiradores; es el carácter del *Umwelt* lo que hace

⁸⁵ Beers, *op. cit.*, pág. 57.

⁸⁶ *Ibid.*, pág. 60.

que ese todo sea inevitablemente vulnerable a reinterpretaciones de ese género. Existe una pequeña posibilidad de que los parientes de Beers, por muy ilustrados que fueran y mucho que sufrieran, lo visitaran o lo recibieran en casa sin que su apariencia de aceptarlo no cediera en algunos momentos. Inevitablemente, hubiera sido posible ver que trataban de actuar «con naturalidad» cuando de hecho no se sentían «naturales». Y aunque hubieran logrado no desviarse de la forma en que lo trataban antes de su enfermedad, sería posible —como aparentemente lo fue— interpretar esto como una última prueba de que estaba en marcha una impostura del tipo que fuese. Pues el aparecer como si no pasara nada tiene inevitablemente el carácter de parecer exactamente como aparecería uno si estuviera tratando de disimular una fuente de peligro o un temor al peligro. Y la consecuencia inevitable de tratar adrede de actuar con naturalidad y con los mejores motivos es que uno producirá precisamente el género de indicaciones de engaño que produciría si las intenciones de uno fueran perversas y demoníacas.

9. Desde luego, las sospechas acerca de las apariencias normales no pueden limitarse a las personas que se hallan en presencia del sujeto; también pueden resultar sospechosos los objetos físicos y los acontecimientos que rodean al mismo sujeto. Porque también éstos pueden estar disfrazados de ocurrencias inocuas o de ocurrencias fortuitamente ominosas, cuando de hecho son el producto y la artimaña de un proyecto enemistoso.

O sea, que tanto si observamos los elementos animados con los inanimados del entorno del sujeto, parece que les es aplicable la misma vulnerabilidad. Cuanto más inocentes y más normales parecen ser las cosas, más posible es que él se sienta alarmado por la habilidad de quienes han proyectado la trampa que se le ha tendido (después de todo, el hombre que ve los 600 dólares en metálico que se han dejado sin tocar en el cajón considera que ha encontrado la mejor prueba de que no ha entrado ningún ladrón, pero esto es cosa que también saben los ladrones de talonarios, de manera que esta prueba óptima puede ser también la peor prueba). El sujeto puede, entonces, dejar de estar en condiciones de desechar cualquier cosa como mera coincidencia, incidente o rutina. Todo lo que parece lo que debería parecer crea la duda, precisamente por tener esta apariencia. Las pequeñas desviaciones se destacan como prueba de una falsedad total. Cabe sospechar incluso de las apariencias perfectas.

Teóricamente, pues, es posible que el ambiente inmediato en torno a un individuo se transforme en algo de lo que debe sospechar, y la sospecha afecta a todas las personas presentes, los objetos

presentes, los ruidos y los movimientos y, por último, a los lugares a los que no se está mirando directamente. Cuando ocurre esta sospecha, por ejemplo, en momentos de guerra civil, entonces el individuo puede sentirse sumamente preocupado, y lo que le preocupa no es sólo su seguridad, sino sus situaciones: deja de estar en condiciones de dar por sentadas las características generales del mundo que lo rodea, de dejarles de lado y no prestarles atención. La apariencia normal se convierte, como lo es, en una gran cobertura bajo la cual personas y organismos pueden tratar de vigilarlo, de acercarse para atacarlo, de disimularle cosas que le resultan vitales, tratar de establecer un contacto secreto con él, etc. Su *Umwelt* se le convierte en algo incómodo.

II. Resumen

1. Se ha sugerido anteriormente que puede verse la vida de algunos animales como algo oscilante entre dos estados radicalmente diferentes, la tranquilidad y la movilización, y que la capacidad para estar tranquilamente atento a los signos de alarma es el mecanismo mediador que permite el que esos dos estados se aproximen bastante en el mismo animal. Entonces, cuando quiera que nos encontremos con un animal que tiene el motor en punto muerto, siempre nos podemos preguntar qué es lo que lo obligará a pasar a una velocidad alta, y generalmente nos encontraremos con que es algo sorprendentemente pequeño. Después de todo, en eso consiste precisamente su sistema de alarma. Tras esto se halla algo que creo merece la pena volver a exponer. Al observar la paz que suele reinar en los lugares públicos y semipúblicos, al observar a la gente que va por ahí haciendo tranquilamente sus cosas, podemos encontrarnos empleando las imágenes corrientes de un continuo que lleva de estos lugares y sus ocupantes a sitios un poco menos seguros y así sucesivamente, hasta hallarnos en el campo de batalla. Análogamente, podríamos adoptar la perspectiva general de que cuanto mayor sea la sensación de seguridad, menores serán las posibilidades de que ocurran acontecimientos repentinos. Pero esta perspectiva moderada podría estar, de hecho, fundamentalmente equivocada. La plena calma de la naturaleza puede estar a muy pocos pasos de la plena agitación. Así parece ocurrir con los animales inferiores, y probablemente ocurre con el hombre. En lugar de contrastar diversas situaciones según su grado de incomodidad, sería mejor preguntarnos en la más pacífica y segura cuáles serían las medidas necesarias para transformarla en algo profundamente inquietante. Y por la profundidad

de la seguridad no podemos interpretar el número de medidas que sería necesario adoptar para invertir la situación. Obsérvese que en este caso lo que propongo es distinguir entre la probabilidad de alarma y su viabilidad estructural.

2. Se han estudiado cuatro lugares en los que pueden darse fuentes de alarma en el *Umwelt* del individuo: el marco amueblado, las zonas de acecho, los puntos de acceso y la red social. Cuando las cosas no parecen estar del todo bien y se siente alarma, los signos y las fuentes de alarma están distribuidos y articulados en torno a estos puntos; es en torno a ellos donde pueden perder firmeza los *Umwelten*. O sea, que estas articulaciones nos dan una versión de la idea de estructura. Obsérvese que en todos los casos en que el resultado es la alarma se ha producido un desplazamiento de lo que el individuo interpretaba como división de su mundo entre lo proyectado y lo no conectado.

3. En la sociedad moderna, los individuos han de utilizar conjuntamente material fijo de servicios en los lugares públicos y los pasajes fijos que llevan a esos lugares y alejan de ellos. Una sociedad como la nuestra no podría permitirse las instalaciones que se hallan en esos lugares si en ellas el equipo no lo utilizaran torrentes enteros de personas. Es inevitable, pues, que los ciudadanos hayan de exponerse tanto a los contextos físicos sobre los que tienen escaso control como a la presencia muy próxima de otros acerca de cuya selección tienen muy poco que decir. Los contextos pueden causar enfermedades y lesiones a quienes se hallan en ellos. Y los otros presentes pueden introducir todos los peligros básicos inherentes en la copresencia: ataque físico, agresiones sexuales, robo, bloqueo del paso, importunios e insultos (muchas veces esas agresiones adoptarán la forma del «intercambio coercitivo», es decir, la renuncia a algo que uno considera como reivindicación última a cambio de una promesa de no lesionar).

La exposición necesaria en los lugares públicos se ve protegida por leyes, el respeto de cuya imposición se asegura mediante la «posibilidad de llamar» a la policía. Pero, claro, este remedio es limitado. Muchas de las infracciones que se cometen en los lugares públicos no son del tipo que puede llevarse a los tribunales. Las que sí pueden llevarse ante ellos se realizan a menudo con armas e intenciones disimuladas, y quien las comete puede desaparecer inmediatamente entre la multitud después de cometerlas. Si sólo hubiera que confiar en la policía para impedir este tipo de delito, buena parte de la población tendría que estar empleada en la fuerza pública. En todo caso, en la sociedad siempre ha habido agrupaciones que

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

sienten una necesidad considerable de protección contra la policía, y no meramente de la protección de la policía.

Naturalmente, la exposición se hace en condiciones de seguridad por diversos medios. No cabe duda de que las restricciones relativas a quiénes pueden utilizar diversos servicios públicos y semipúblicos reducen los peligros; claro que el precio no es modesto, pues consiste en una segregación oficial y oficiosa. Los peligros también se ven reducidos por el hecho de que la parte ofendida puede a veces alejarse de la infracción antes de que ésta le afecte directamente. Y puede dar la impresión de que él mismo está dispuesto a combatir, capacidad y resolución que se incorporan idealmente en un perro guardián. También existe la posibilidad de que otros presentes echen una mano a la parte ofendida, armen un escándalo y sirvan de testigos, serie de funciones de la que últimamente se viene desesperando ante las informaciones relativas a la espectacular apatía del público. Además, existe la idea de que si bien el individuo está expuesto a otros, sigue estando en seguridad porque en muchas conexiones los otros tienen pocas ventajas que adquirir con una infracción. Así, todos los días millares de peatones cruzan la calle delante de miles de coches parados basándose en la hipótesis de que, si bien un conductor podría escaparse tras un ataque repentino, no tendría mucho que ganar con ello. Además, cabe aducir que como consecuencia de la educación en un contexto familiar, el individuo tiende a manifestar solidaridad y simpatía con quienes se encuentran en su presencia inmediata (la contrarrespuesta es que si bien la proximidad tiene, sin duda, un efecto de ablandamiento sobre algunos agresores, muchas veces esta base de moderación resulta insuficiente). Por último, quizá quepa afirmar que los individuos que utilizan conjuntamente un lugar público cumplen un trato o acuerdo tácito de no aprovechar las oportunidades de agresiones diversas.

Resulta posible, pues, enumerar algunas de las fuentes de control social en los lugares públicos, pero resulta difícil quedar convencido de que, ni siquiera sumadas, sean las pertinentemente eficaces. Sin embargo, cualesquiera sean sus causas, cabe identificar el carácter superficial del orden público. Generalmente se da la inhibición de la agresión, y habitualmente se mantienen las cortesías de algún tipo. Los individuos actúan con respetuoso cuidado en relación con el lugar, y tratan a los demás presentes con una cortés inatención; se evitan las injerencias mutuas sin muchos signos de que se esté haciendo un esfuerzo en ese sentido, y cuando por accidente o incidente unos desconocidos se encuentran en un contacto complicado se producen breves intercambios correctores. Es de suponer que las expresiones de cortesía sirven para asegurar a sus receptores

de que no son objeto de intenciones o, en todo caso, de intenciones honorables, y aparentemente esto reduce la alarma, aunque continúe existiendo la vulnerabilidad efectiva.

4. Lo que cada vez vamos viendo más es la vulnerabilidad de la vida pública, aunque sólo sea porque vamos adquiriendo más conciencia de las zonas y las complejidades de la confianza mutua que se presupone en el orden público. Desde luego, pueden surgir circunstancias que socaven la tranquilidad que sienten los individuos dentro de su *Umwelt*. Algunas de esas circunstancias se encuentran corrientemente en algunos lugares semipúblicos de los bloques de casas de los barrios de tugurios y en decadencia, y no hay ningún motivo intrínseco para que algunas de estas fuentes de alarma (así como otras más) no lleguen a encontrarse en la comunidad residencial de las clases respetables, lo cual haría que también en ella llegara a ser evidente el frágil carácter de los contextos domésticos. Desde luego, los grandes foros públicos de nuestra sociedad, las zonas céntricas de nuestras ciudades, pueden llegar a ser lugares incómodos. Los antagonismos sostenidos militantemente entre grandes segmentos de población difusamente entremezclados —jóvenes y viejos, hombres y mujeres, blancos y negros, pobres y ricos— pueden hacer que quienes se encuentran en reuniones públicas desconfíen de (y teman que desconfíen de ellos) las personas que están a su lado. Es posible que se mantengan las formas de cortés inatención, de personas que se tratan circunspectamente con una preocupación cortés y pasajera mientras cada una se dedica a sus cosas, pero tras esas apariencias normales los individuos pueden llegar a estar alerta, dispuesto a darse a la huida o a contrarrestar una agresión si es necesario. Y en lugar de la despreocupación puede existir la alarma, es decir, hasta que lleguen a definirse las calles como lugares naturalmente precarios y el elevado nivel de peligro se convierta en cosa rutinaria.

Por natural que ello nos resulte, no podemos observar los animales para ver lo que pasa cuando las cosas se ponen brutales, y tampoco nos sirven de mucho los salvajes. Ambas fuentes tradicionales de nuestra imagen del desorden son bastante ordenadas en su estado natural. Esto nos resulta embarazoso. Tenemos que observar las civilizaciones urbanas y los momentos en que el peligro o las privaciones se hacen graves. A este respecto, actualmente no cabe encontrar mejor guía que Claude Lévi-Strauss, que describe una de las cosas que pueden ir mal con los entornos, uno de los modos en que pueden ponerse incómodos los *Umwelten*, cuando describe cómo se siente uno al producirse esa situación de incomodidad. Se trata de uno de los desórdenes menores que pueden ocurrir, un derrum-

bamamiento de la cortés inatención, una causa general de leve alarma, especialmente para los que no conocen ese estado y al mismo tiempo están bien dotados de recursos y de sentimientos. No puedo añadir nada a lo que dice Lévi-Strauss y, por lo tanto, termino con una cita de éste:

Cada vez que salgo de mi hotel de Calcuta... me convierto en el centro de un ballet que me parecería cómico si no fuera tan triste. Se pueden escoger varias entradas, cada una de ellas con un papel principal:

El limpiabotas que se me lanza a los pies;

El muchachito gangoso que se me echa encima gritando: *One anna, papa, one anna!*»;

El mutilado, prácticamente desnudo de modo que se pueden ver en detalle todas sus deformidades;

El chulo: *British girls, very nice...*»;

El vendedor de clarinetes;

El vendedor del Mercado Nuevo, que pide que se le compren todas sus cosas...

Y por último, toda la compañía de personajes menores, que ofrecen *rickshaws*, taxis, *gharris*... Y luego la cohorte de tenderos, buhoneros, vendedores para quienes la llegada de uno puede significar el paraíso: a lo mejor compra algo...

Sería como un sacrilegio sentirse ni siquiera tentado de reírse o de irritarse con esto. Esos gestos grotescos, esas aproximaciones gesticulares; sería vano condenarlos y criminal burlarse de ellos... Todos estos mismos desesperados tienen un mismo origen: la pesadilla acosadora del hambre..., ese hambre que presta una intensidad trágica a la mirada del mendigo cuando tropieza con los ojos de uno del otro lado de los barrotes del compartimento de primera clase, puestos ahí, igual que los soldados armados de cuchillas en el estribo, para protegerlo a uno contra esa súplica muda y única que podría en cualquier momento convertirse en un motín ululante si la piedad del pasajero venciera a su prudencia y alentase a los condenados a esperar una limosna.

La vida cotidiana [en Asia meridional] parece constituir una repudiación constante de la idea misma de la relación humana. Se le ofrece a uno todo y se le promete todo; se reivindica la capacidad de hacerlo todo, cuando no la tiene para hacer nada. Así, desde el principio se ve uno obligado a negar en otros esa cualidad específicamente humana que permite la buena fe y un sentido del contrato y de la obligación. Los chicos de los *rickshaws* se ofrecen a llevarlo a uno a cualquier parte y a todas partes, aunque saben el camino todavía peor que uno...

La mendicidad universal es todavía más profundamente inquietante. No se atreve uno a mirar a los ojos francamente, pues la mera satisfacción de establecer contacto con otro hombre, la más ligera pausa, se interpretarán como una debilidad, un punto de partida para importunar... Cuanto más alto me sitúen mayores serán sus esperanzas de que la nada que me piden se convertirá en un algo.

Así, nunca sueñan con plantarse como mis iguales. Pero esta presión incesante, esta ingeniosidad, este estar siempre alertas para estafarlo a uno, para engañarlo, para sacarle algo, mediante la astucia, la falsedad o el robo, acaban por convertirse en algo insoportable, incluso cuando procede de seres humanos. Y, sin embargo, ¿cómo endurecerse uno? Porque —y ahí está el callejón sin salida— todas estas maniobras constituyen técnicas diferentes de súplica. Y precisamente porque la actitud fundamental hacia uno es de súplica, incluso cuando se le está robando, resulta la situación tan total y absolutamente insoportable⁸⁷.

⁸⁷ Claude Lévi-Strauss, «Crowds», en *New Left Review*, XV (mayo-junio de 1962): 3-5.

I

Desde hace ya más de doscientos años se viene sosteniendo cada vez más la teoría de que existe algo llamado enfermedad mental, que es una enfermedad como otra cualquiera, y a quienes la padecen deben tratarlos los médicos, si es necesario en un hospital, y de que no debe echárseles la culpa por lo que ha caído sobre ellos. Esta creencia tiene una utilidad social. Si no existiera esa idea, probablemente tendríamos que inventarla.

Sin embargo, desde hace veinte años venimos aprendiendo que el cuidado de las enfermedades mentales bajo auspicios médicos no deja de plantear sus problemas. Los mejores tratamientos que se han podido comprar por dinero, los de la psicoterapia individual prolongada, no han resultado muy eficaces. El tratamiento que ha recibido la mayoría de los pacientes —la hospitalización— ha resultado de hecho muy discutible. Son más los pacientes que se recuperan que los que no, al menos de momento, pero ello parece ser pese al hospital mental, y no gracias a él. Cuando se han examinado muchos de estos establecimientos han resultado ser meros almacenes

* Tengo una gran deuda con Edwin Lemert y Sheldon Messinger, y con Helen Stewart Perry por su ayuda en la preparación de este estudio. Se reproduce con pequeños cambios de redacción de *Psychiatry: Journal for the Study of Interpersonal Processes*, vol. XXII, n.º 4 (noviembre de 1969). Copyright, 1969, por la William Alanson White Psychiatric Foundation, Inc.

adornados con oropeles psiquiátricos. Han servido para extraer al paciente del escenario de su comportamiento sintomático, lo cual en sí mismo puede ser algo constructivo, pero se trata de una función que han desempeñado los muros, y no los médicos. Y el precio que el paciente ha tenido que pagar por este servicio ha sido considerable: dislocación de la vida civil, enajenación de los seres queridos que organizaron el internamiento, humillaciones debidas a la regimentación y la vigilancia de la vida en el hospital, estigmatización permanente posthospitalaria. No es que meramente no haya sido un buen negocio, sino que ha sido un negocio grotesco.

En consecuencia, en el último decenio se ha pensado en introducir algunos cambios importantes en el tratamiento de los enfermos mentales. Se ha producido una notable mejora de las condiciones de vida en los hospitales mentales, aunque no mayor que en otras zonas remotas de la sociedad estadounidense penetradas últimamente por las concepciones seculares del derecho inalienable del hombre a contar con servicios recreativos. Lo que es más importante, se han aplicado algunas presiones para mantener al paciente en potencia en su propia comunidad todo el tiempo posible y a hacer que el paciente hospitalizado vuelva a la comunidad lo antes posible. Se han definido mejor los derechos legales de las personas acusadas de enfermedad mental, en algunos Estados, como California, hasta el punto de que casi resulta imposible internar a alguien contra su voluntad. Y cunde la idea de que el objetivo no es curar al paciente, sino contenerlo en un nicho de la sociedad libre en el que resulte posible tolerarlo. Cuando no se dispone de un nicho, a veces se construye uno, como en las instituciones de atenciones familiares y de centros intermedios. Y, si bien este nuevo enfoque impone una carga al hogar del paciente, su barrio o su lugar de trabajo, actualmente existe una forma de entender los desórdenes mentales que ayuda a justificar todo ello: como el paciente es una víctima, como no es más que un vector de síntomas de una organización enferma, lo único justo es que el todo deba compartir la carga, lo único justo es alentar al paciente y a las personas con quienes más tiene que ver, preferiblemente con la ayuda de psiquiatras, a que trabajen juntos para resolver las cosas.

Dada la vida que se sigue imponiendo en la mayor parte de los hospitales mentales y los estigmas que siguen atribuyéndose a las enfermedades mentales, la teoría del contenimiento en la comunidad parece la única aconsejable. Sin embargo, merece la pena observar algunas de las consecuencias de este enfoque para los diversos «otros» del paciente, esto es, para las personas que él identifica en el sentido de que desempeñan un papel importante en su vida. Para ello

debemos examinar el significado de los síntomas del paciente para sus otros. Si lo hacemos, no sólo nos enteraremos de lo que implica el contenimiento, sino que también aprenderemos mucho de los desórdenes mentales.

Antes de seguir adelante, desearía introducir una cuestión y sus conceptos: una cuestión relativa al mundo médico y a la relación entre médico y paciente.

Lo ideal en el servicio médico es muy parecido a los ideales en otros servicios legítimos y, al igual que ocurre con esos servicios, se realiza muchas veces. El paciente va a ver a un médico por decisión propia, se pone en manos del médico y obtiene unos resultados que justifican con creces esa confianza y los honorarios que paga.

Claro que hay puntos de tensión. Es posible que el paciente no vea que necesita ese servicio; si comprende su necesidad, es posible que se dirija a unos charlatanes; si desea recibir atenciones médicas, es posible que no pueda permitírselas; si se las puede permitir, es posible que busque demasiado antes de escoger un médico determinado; cuando elige uno, es posible que no siga sus consejos; si sigue sus consejos, es posible que vea su situación algo aliviada, pero no modificada básicamente.

Lo que es más importante, los tratos y la relación entre dos partes, entre el médico y su paciente, pueden verse complicados en algunos sentidos por otras partes. Por ejemplo, los planes médicos de grupo de diversos tipos pueden oscurecer la visión que tiene el paciente del organismo por conducto del cual recibe el tratamiento; las enfermedades contagiosas y las heridas sospechosas obligan al médico a actuar en pro de la comunidad y no sólo en bien del paciente. Me concentraré en una clase de estos terceros: su comunidad de servicio, su lugar de trabajo, sus amigos y en especial su familia.

Tradicionalmente en el servicio médico, a la familia del paciente se le han atribuido determinadas funciones. Por ejemplo, es muy frecuente que se cuente con que la familia coopere, ayude, movilice los recursos domésticos necesarios para atender a las necesidades pasajeras especiales del paciente. Cuando la enfermedad es grave, lo mínimo que hará la familia es utilizar su coche para llevar al paciente al hospital y para llevarlo de éste a casa; como máximo, el hogar puede convertirse en un hospital fuera del hospital. Cualquiera sea el grado de la ayuda familiar, el médico tendrá en general que comunicar sus instrucciones a estos ayudantes, sea directamente o por conducto del paciente.

Otra función de la familia es la tutela. Se puede recurrir abiertamente a los miembros adultos de la familia para que actúen en

nombre del paciente, generalmente porque no tenga uso de razón o haya caído en la segunda infancia, para ratificar una decisión médica que por lo general requiere el libre consentimiento de la persona afectada directamente.

Además, si el paciente es un adulto en pleno uso de sus facultades y su situación es desesperada, la familia puede entrar en una relación secreta con el médico, que les explica los datos de la condición del paciente que necesitan conocer aquéllos por su propio bien o por el del paciente, pero que a juicio del médico no se pueden comunicar inmediatamente al paciente por motivos médicos humanitarios. Interviene una especie de tutela de urgencia que requiere la colusión entre los parientes del enfermo y el médico.

En este caso es posible que estén justificadas las definiciones. Una «coalición» es un acuerdo de colaboración mínima entre dos partes que lo utilizan para controlar el medio de una tercera, acuerdo que en sí mismo no está establecido abiertamente ni se reconoce en esos términos. Una «red colusiva» o «toma colusiva de posiciones» es una coalición encaminada a un tipo de control: la definición de la situación por el tercero¹. Cualquiera sea el número de personas que interviene de hecho en los diversos grupos, sólo existen dos papeles básicos: las dos o más personas que están en colusión, es decir, los colusionados, y la una o más personas cuya definición de la situación está manejada en secreto, a los que cabría calificar de los «excolusionados». Obsérvese que si se aspira a que se produzca esta colusión, los colusionados deben estar en comunicación mutua, pues una respuesta independiente no les permitirá concertar la línea de comportamiento que mantienen. Esta comunicación colusiva adopta dos formas: en una, los participantes no están en presencia de los excolusionados y, por lo tanto, sólo necesitan disimular que están en contacto; en la otra, la comunicación se produce en la presencia inmediata del excolusionado, característicamente mediante signos furtivos. La primera implica una comunicación abierta entre personas que disimulan, y la segunda una comunicación disimulada entre personas expuestas².

¹ Véase un estudio reciente de las coaliciones familiares en Jay Haley, «Toward a Theory of Pathological Systems», en *Family Therapy and Disturbed Families*, compilado por Gerald Zuk e Ivan Boszormenyi-Nagy (California, Science and Behavior Books, 1967). Un estudio muy vívido de la colusión dentro de la familia es el que se hace en las obras de Ronald Laing.

² Existe una distinción paralela en el trabajo de espionaje entre una operación clandestina y una operación encubierta, la primera de las cuales implica un disimulo total, mientras que la segunda sólo el disimulo de la intención y el método.

La colusión implica la falsedad a sabiendas utilizada como base para la acción. Ello entraña algo parecido a una conspiración, característicamente en relación con dos cuestiones fundamentales. La primera es la realidad. La colusión sirve para mantener respecto del colusionado una definición de la situación que es inestable, que quedaría dislocada y desacreditada si los colusionados revelaran lo que saben y si se ablandaran en su gestión de los datos de los que disponen de los excolusionados. La segunda son las relaciones. La relación personal que un individuo excolusionado cree tener respecto de cada uno de los colusionados quedaría socavada si descubriera que tienen una relación colusiva entre sí respecto de él³. La relación adúltera, ese gran campo de entrenamiento para la interpretación de papeles fuera del escenario, se puede tomar como ejemplo central.

Claro que una conspiración colusiva puede ser perfectamente bien intencionada, puede ser en pro de los intereses de la persona contra la que se conspira. La colusión es una parte normal, y sin duda deseable, de la vida social. En todas partes sirve para defender los vos y para salvar prestigios. Lo que es más importante, probablemente sea imposible que continúe la interacción entre tres personas durante algún tiempo si no ocurre una colusión, pues la traición tácita de un tercero es una de las principales formas en que dos personas expresan el carácter especial de su propia relación mutua. Las triadas estables parecen implicar siempre por lo menos un poco de colusión a la redonda, en la que cada uno de los tres pares posibles se colusionan y cada uno de los tres participantes posibles sirve a su vez de excolusionado.

En la práctica médica común, la colusión no tiene mucha importancia. Quizá ocurra así incluso en el caso del paciente moribundo, en el cual es muy probable que por lo menos durante algún tiempo lo engañen acerca del futuro, si no su familia por lo menos quienes trabajan en su hospital. Como veremos más adelante, es en las atenciones psiquiátricas donde la colusión se convierte en un asunto muy discutible y muy problemático.

³ En cuanto alguien empieza a sospechar una solución y ha identificado a los miembros de la red ya no estará en situación de que se socave su relación con ellos. Lemert me ha sugerido que en esto puede surgir un proceso de enfrentamiento en que el excolusionado trate de demostrar públicamente que existe una conspiración contra él y los conspiradores traten de negar las pruebas. Claro que una persona puede enterarse (con razón o sin ella) de que sus sospechas son infundadas y entonces volver a dar crédito a sus relaciones.

II

Podemos empezar a estudiar la demencia del lugar si examinamos y ampliamos algunos términos relativos a la sociología del lugar.

El trato que un individuo da a otros y recibe de ellos expresa o asume una definición de él, al igual que la escena social inmediata en la que se produce el trato. Se trata de una definición «virtual»; se basa en las formas de comprensión de la comunidad y está a disposición de cualquier miembro competente, tanto si esas interpretaciones se hacen de hecho como si no, y tanto si son correctas como si no, esto es, tanto si adoptan la forma que la mayor parte de los demás se podrían ver llevados a defender como si no. En este caso, el último referente es una codificación tácita descubreble mediante una conducta de lectura competente, y no los conceptos o las imágenes que la gente tenga ya de hecho *in mente*. Obsérvese que una definición bien acabada requiere una colación de la conducta pertinente y su interpretación, tarea que toda persona inexperta puede realizar, pero no tiene ningún motivo para realizar.

Las definiciones virtuales de un individuo pueden ser «atribuidas», es decir, legibles en la conducta de los organismos que se entienden como externos al propio individuo. Estas definiciones constituyen la «persona», el «personaje», del individuo. En correspondencia a estos supuestos «atribuidos» acerca de él habrá otros virtualmente «actuados», proyectados a través de lo que se interpreta como su propia conducta. Estos supuestos constituyen el «yo» del individuo⁴. Las personas y el yo son retratos del mismo individuo, las primeras codificadas en los actos de otros, el segundo en los del propio sujeto.

La definición actuada que tiene el individuo de sí mismo puede diferir de diversos modos de la definición que se le concede. Además, la relación psicológica que sostiene con sus definiciones atribuida y actuada es enormemente compleja. No cabe duda de que no tendrá conciencia de algunos elementos de esas definiciones y tendrá

⁴ Véase Kai T. Erikson, «Patient Role and Social Uncertainty — A Dilemma of the Mentally Ill», en *Psychiatry*, XX (1957): 263-274. La distinción entre definiciones atribuidas y definiciones actuadas del individuo sigue la distinción de Erikson entre validación de papel y compromiso de función:

Para los fines de este estudio convendrá considerar que la adquisición de papeles por una persona implica dos procesos básicos: la *validación del papel* y el *compromiso con el papel*. La validación del papel ocurre cuando una comunidad «da» a una persona determinadas expectativas que debe cumplir al facilitarle ideas claras acerca de la conducta que considera correcta o válida en su caso y en su posición. El compromiso con el papel es el proceso complementario por el que alguien adopta como propios determinados estilos de comportamiento, se compromete con temas de papeles que son los que mejor representan el tipo de persona que supone es él mismo y los que mejor reflejan la posición social que a su propio juicio ocupa (págs. 263 y 264).

una conciencia equivocada de otras. Puede tener relaciones diversas con las definiciones de las que tiene conciencia, porque le guste o le desagrade lo que se implica de él en sus tratos con otros, y aceptar o rechazar en su fuero interno esos supuestos hasta cierto punto. Además, puede emplear diversos mecanismos para imponer sus deseos respecto de esos supuestos acerca de sí mismo, someterse pasivamente a las definiciones de sí mismo que a su juicio no son deseables. Como ha aducido Cooley, intervendrán sentimientos acerca de sí mismo, como el amor propio o la vergüenza. Cuando las diversas relaciones que puede tener un individuo con lo que puede interpretarse de él se convierten en algo estructurado y habitual, cabe decir de ellas que forman su «personalidad» o su «carácter», y abarcan lo que tratamos de evaluar cuando estudiamos lo que es fundamentalmente un individuo, cómo es en su calidad de ser humano.

Debe ser evidente ya que los aspectos implicativos de la conducta del individuo tienen una índole muy complicada y retorcida. Al mismo tiempo que cabe interpretar su comportamiento general en relación con los supuestos acerca de sí mismo que lo informan, algunos de sus gestos menores comunicarán lo que siente respecto de tener un yo que se define así y lo que siente acerca de la forma en que otros lo definen como una persona dada, y a su vez estos gestos se interpretarán, por parte de sí mismo y de los otros, como parte de su yo actuado, lo cual a su vez se puede tener en cuenta en la evaluación que los otros hacen de él. El individuo jalonea un yo, hace comentarios acerca de lo que ha jaloneado, y comenta sus propios comentarios, mientras los otros van teniendo en cuenta todo el proceso al proceder a evaluarlo a él, cuyo tener en cuenta él pasa después a tener en cuenta al revisar su opinión acerca de sí mismo⁵.

Tras examinar la persona del individuo y su yo, examinemos ahora la regulación normativa de ambos. Una norma o regla social

⁵ No creo que haya ni una sola versión que llegue a ser suficiente de estas complicaciones. De poco han servido los estudiosos de lápiz y papel del yo que comienzan con una descripción verbal que hace el sujeto de sí mismo, basada muchas veces en la selección que hace él de listas verbales de características, en lugar de comenzar con la tarea etnográfica sería de reunir las diversas maneras en que se trata a un individuo y trata él a otros y deducir lo que se implica de él con estos tratos. El resultado ha sido una trivialización de Cooley, Mead y la psicología social. El yo adquiere una condición desesperadamente cambiante: en una frase el estudioso se refiere a la codificación tácita de la conducta de un individuo, a los supuestos de hecho que el individuo establece acerca de sí mismo, y en la siguiente a un elemento mentalista puramente subjetivo, que en sí mismo tiene un referente inconstante. No se advierte que el término «concepto» puede cambiar radicalmente de significado, y que el concepto mental de un individuo de su yo no es más que su visión subjetiva y parcial del concepto efectivo que tiene de sí mismo.

es cualquier gafa de acción que se recomienda porque se considera adecuada, apropiada, oportuna o moralmente correcta. Intervienen tres partes: la persona que puede legítimamente «esperar» y exigir que se la trate de un modo determinado debido a la existencia de esa regla; la persona que está «obligada» a actuar de un modo determinado debido a esa regla; la comunidad que apoya la legitimidad de esas expectativas y esas obligaciones.

El trato que se concede a alguien y que él concede a otros está regulado, generalmente, por normas sociales, y en consecuencia también lo están las consecuencias que delinean esos tratos. Por lo tanto, cuando un individuo se ve envuelto en el mantenimiento de una regla, tiende a comprometerse con una serie concreta de definiciones actuadas y atribuidas de sí mismo. Si la regla lo obliga a hacer algo en relación con otros, se convierte para sí mismo y para los otros en el tipo de persona que actuaría naturalmente así, delineado correctamente por lo que se expresa en esa conducta. Si la regla lo lleva a esperar que los otros hagan algo en relación con él, entonces se convierte para sí mismo y para los otros en alguien que está correctamente caracterizado por lo que viene implicado en esta forma de tratarlo. Si acepta esta delineación de sí mismo, debe entonces asegurarse de que mediante la forma en que trata a otros y la forma en que esto lo trata a él se seguirá la regla, lo cual le permitirá ser lo que siente que es.

En general, pues, cuando se infringe una norma de conducta, hay dos individuos que corren el peligro de quedar desacreditados: uno que tiene una obligación, que debería haberse regido por esa norma; el otro que tiene unas expectativas a quien debería haberse tratado de un modo determinado conforme a la vigencia de esa norma. Lo que se ve amenazado es un fragmento de la definición tanto del actor como del receptor, al igual que, en menor grado, la comunidad que los contiene a ambos.

Tras ver que las normas de conducta son fundamentalmente para las definiciones de un yo, debemos seguir adelante y ver que son igual de fundamentales para la vida social colectiva. Sencilla y brevemente, las actividades de toda organización se distribuyen entre sus miembros, y esas actividades quedan coordinadas al estar subsumidas bajo diversas normas (o al permitir que queden comprendidas en o correspondan a esas normas). Así, muchas de las obligaciones y las expectativas del individuo corresponden a, y aseguran el mantenimiento de, las actividades de una organización social que lo incorpora.

Permítaseme volver a exponer esta posición sociológica general. Mediante la socialización en la vida en grupo, el individuo llega de

hecho a establecer unos supuestos acerca de sí mismo. Aunque estos supuestos se refieren a sí mismo, sin embargo están delineados en función de su relación aprobada con otros miembros del grupo y de la empresa colectiva: de la contribución que procede aporte a ella y de la parte que procede tenga en ella. En resumen, estos supuestos acerca de sí mismo se refieren al lugar que normativamente se le concede en el grupo.

El individuo tiende a organizar su actividad como si la clave de todo el asunto fueran los supuestos que establece acerca de sí mismo. Así, prevé que su participación en las expectativas y las obligaciones del grupo se le asignará conforme a (y como confirmación de) sus supuestos concretos acerca de sí mismo. Y, en general, esta autoorganización de la actividad del individuo es efectiva, porque otros miembros del grupo establecen más o menos los mismos supuestos acerca de él y lo tratan en consecuencia. El yo y la persona coinciden. La forma en que él los trata a ellos y el trato que ellos le dan se puede interpretar en el sentido de establecimiento del mismo conjunto de supuestos acerca de él, y este conjunto de supuestos no será una consecuencia incidental del trato recíproco, sino su clave.

Obsérvese ahora que el idioma expresivo de la sociedad y el grupo del individuo asegurará que los datos sobre sus supuestos acerca de sí mismo no sólo se facilitarán mediante su cumplimiento de sus principales obligaciones sustantivas, sino también por medios expresivos, que comprenden la forma en que se maneja mientras se halla en presencia de otros o mientras sostiene tratos con ellos. Mediante actos menores de deferencia y porte, mediante pequeños faros intermitentes de comportamiento, el individuo exuda supuestos acerca de sí mismo. Estos brindan a otros un presagio activo, una corriente de expresión que les anuncia qué lugar espera tener él en la empresa que sigan, aunque de momento esté en juego poco lugar. De hecho, todo el comportamiento del individuo, en la medida en que otros lo perciben, tiene una función indicativa, compuesta de promesas y amenazas tácitas, que confirman o desconfirman que sabe cuál es su lugar y lo mantiene.

III

Con estos conceptos elementales como marco, pasemos ahora a una cuestión concreta: el paralelo establecido entre los síntomas médicos y los mentales.

Los signos y los síntomas de un desorden *médico* se refieren, es de suponer, a patologías básicas del organismo individual, y éstas constituyen desviaciones de normas biológicas mantenidas por el

funcionamiento homeostático de la máquina humana. En este caso, es evidente que el sistema de referencia es el organismo individual, y el término «norma», al menos idealmente, no tiene ninguna connotación moral ni social (claro que, más allá de la patología interna, es probable que haya una causa en el medio externo, incluso una causa social, como ocurre en el caso de las infecciones o de las situaciones laborales peligrosas; pero lo característico es que el mismo desorden pueda producirse en relación con una gran variedad de medios socialmente diferentes). Pero ¿qué ocurre con los síntomas *mentales*?

No cabe duda de que algunas psicosis son fundamentalmente orgánicas en sus causas pertinentes, otras fundamentalmente psicogénicas, y otras situacionales. En muchos casos, la etiología abarcará todos estos elementos causales. Además, no parece haber duda de que el prepaciente —esto es, el individuo que actúa de una forma que con el tiempo se llega a percibir es la de un enfermo— puede tener cualquiera de las relaciones posibles con la intencionalidad: puede ser incapaz de saber lo que está haciendo; o puede conocer los efectos de sus actos pero sentirse incapaz de abstenerse de cometerlos o indiferente en cuanto a si abstenerse o no; o, si conoce los efectos de determinados actos, puede realizarlos de forma maliciosa y premeditada, sólo por lograr sus efectos. No se trata ahora de nada de eso. Pues la primera vez que el individuo a quien luego se considerará paciente mental realiza un acto que se percibirá más adelante como síntoma mental, el acto no se toma como síntoma de una enfermedad, sino más bien como una desviación de las normas sociales y de las expectativas sociales. La reconstitución perceptual de una infracción o de un delito en un síntoma médico y exento de valor puede llegar muy tarde, ser inestable cuando aparezca y percibirse de modo diferente, según que la percepción sea la del paciente, la de las partes perjudicadas o el personal psiquiátrico profesional⁶.

Este argumento de que el comportamiento mentalmente enfermo es aparentemente una forma de desviación social es algo más o menos aceptado en los círculos psiquiátricos. Pero lo que no se ve —y se aducirá en este trabajo— es que las normas biológicas y las normas sociales son cosas muy diferentes, y que no se pueden emplear fácilmente las formas de analizar las desviaciones de las unas al examinar las desviaciones de las otras.

⁶ Claro que algunas condiciones personales, como la pérdida de la memoria, o una gran ansiedad o manías persecutorias grandiosas, pasan muy rápidamente de la infracción a los síntomas, pero incluso en estos casos ocurre a menudo que lo perturbado inicialmente sean las normas sociales relativas a cómo debe una persona orientarse correctamente o sentirse acerca de su situación.

La primera cuestión es que los sistemas regidos por las normas sociales no son individuos biológicos en absoluto, sino relaciones, organizaciones y comunidades; el individuo se limita a seguir normas o a infringirlas, y su relación con cualquier conjunto de normas que apoye o al que ataque puede ser muy compleja; como ya veremos, se trata más bien de una cuestión política que de una cuestión médica.

La segunda cuestión tiene que ver con el propio proceso regulador. El modelo biológico se puede formular en términos sencillos: desviación; contraataques restauradores, reequilibrio (conexo a la destrucción o la extrusión del agente patógeno), o desorganización, es decir, destrucción del sistema. La visión realista de la regulación social es menos ordenada.

La respuesta sociológica tradicional a la cuestión de la regulación y la conformidad se halla en el sentido normativo del término «control social» y el ciclo corrector que es de suponer ocurre cuando se produce una infracción.

Como ya se ha sugerido, mediante la socialización el individuo llega a incorporar la creencia de que determinadas normas son justas y correctas, y que una persona como él debería apoyarlas y sentir remordimientos y culpa si no lo hace. También aprende a atribuir un valor inmediato a la imagen que podrían obtener otros de él a este respecto; aprende a sentirse decentemente preocupado acerca de su reputación.

Si se toma como cuestión central la idea de las normas incorporadas personalmente, cabe distinguir tres formas básicas de control social normativo. En primer lugar, y sin duda es lo más importante, existe el «control personal»: el individuo se abstiene de cometer actos incorrectos al actuar como su propio policía. Cuando advierte que ha actuado incorrectamente, se encarga él mismo de corregir su propia infracción y realiza voluntariamente la labor de reparación que haga falta para restablecer las normas y para restablecerse a sí mismo como persona que las respeta.

En segundo lugar, existe el «control social oficioso». Cuando el individuo empieza a cometer infracciones, las partes perjudicadas pueden señalarle que se está desviando del camino, que la desaprobación es inminente, y que si sigue adelante es probable que se le prive de algo. Como resultado de esta advertencia más o menos sutil, ampliada y sostenida hasta que se corrija la infracción, se hace que el infractor recupere el sentido y vuelva a actuar de forma que afirme entendimientos comunes aprobados. Como ha señalado Parsons, en la vida social se da constantemente esta retroalimentación

correctora, que de hecho es uno de los principales mecanismos de socialización y de aprendizaje⁷.

En tercer lugar, la amenaza que introduce un infractor en el orden social se maneja mediante la sanción social «oficial» administrada por agentes especializados designados para ese fin. Evidentemente, los delincuentes infringen normas sociales, pero existe un sentido importante en el que no amenazan al orden social, y ello debido al peligro que aceptan de detención, prisión y severa censura moral. Pueden verse obligados a, como decimos nosotros, pagar su deuda a la sociedad a un precio que es de suponer se ajuste a la magnitud del delito, lo cual a su vez afirma lo razonable que es no infringir ninguna norma en absoluto. En todo caso, muchas veces tratan de disimular el acto de infringir la ley, dicen que son inocentes cuando se les acusa, y afectan arrepentimiento cuando se les declara culpables, todo lo cual demuestra que conocen las normas y no se rebelan abiertamente contra ellas. Obsérvese que la eficacia del control social oficioso y del oficial depende hasta cierto punto del control personal, pues el control que se inicia fuera del infractor no sería muy eficaz si no puede provocar en cierta medida una actividad correctora desde dentro.

El control personal, el control oficioso y el control oficial son los medios morales y principales de inhibir o corregir las desviaciones y de asegurar el cumplimiento de las normas. Pero, sumados, estos medios de control dan una visión muy limitada de la relación entre las normas sociales y las desviaciones sociales.

Para empezar, si los organismos de control que se han estudiado pueden tener la eficacia que tienen no es debido a las preocupaciones morales del infractor, sino a sus consideraciones de comodidad. Puede buscarse la buena opinión de otros para hacer que esas personas sean susceptibles de explotación. Puede considerarse que una multa no es una proclamación de culpabilidad, sino un gasto rutinario con el que debe contarse como parte de los gastos corrientes⁸. De lo que se trata, naturalmente, es de que muchas veces lo que parece un cumplimiento automático y fiable es algo que sólo se debe esperar del actor cuando la gama de costos para ese actor está estrictamente limitada.

⁷ Talcott Parsons: *The Social System* (Nueva York, The Free Press, 1951), página 303.

⁸ Cuando los organismos de control adoptan la misma actitud de comodidad, mejor sería que habláramos de dirección social, en lugar de control social. Así ocurre, por ejemplo, que una política de subvenciones oriente la asignación de cultivos sin tener en cuenta el factor de sensibilidad moral.

Además, es posible que las normas no se mantengan porque exista conciencia de la pena en caso contrario, sino porque su incumplimiento llevaría a complicaciones no deseadas ni pretendidas de las que el actor no tenía conciencia cuando inició su actividad infractora⁹.

Pero incluso esta base ampliada de control social normativo da una visión parcial. El modelo de control que implica —un modelo que trata a las normas sociales como algo parecido a las normas biológicas— es en sí mismo demasiado restrictivo. Pues cuando ocurre una infracción no es en absoluto seguro que se apliquen sanciones, y cuando sí se aplican sanciones negativas o se imponen penas, o cuando ocurren consecuencias penalizadoras imprevistas —es decir, cuando se inicia el ciclo corrector— no es en absoluto cierto generalmente que el resultado sea que disminuyan las desviaciones.

Cuando ocurre la infracción, es posible que las partes ofendidas resuelvan la situación simplemente absteniéndose de tener ningún trato de importancia con el infractor y transmitan su actividad social a otra persona. Naturalmente, la amenaza de este tipo de retirada de relaciones es un medio de control social oficioso, y la retirada efectiva puede, sin duda, comunicar una evaluación negativa, a veces no pretendida. Pero es igualmente cierto que el proceso constituye algo más que una mera sanción negativa; es una forma de gestión por derecho propio. Como veremos más adelante, es precisamente esa retirada la que permite a quienes se hallan en contacto social comunicar definiciones clarísimamente incompatibles y, sin embargo, convivir sin desacuerdos efectivos.

Si la infracción es de tal tipo que permite el recurso a los tribunales, es posible que la persona ofendida desista (y se retire) por motivos prácticos que limitan mucho la aplicación del control oficial: el costo y el tiempo que entraña la presentación de una denuncia en forma y la comparecencia ante los tribunales; la incertidumbre de la decisión de éstos; la exposición personal que implica la adopción de medidas oficiales; la reputación que se puede adquirir de ser un pleiteador; el peligro de que más adelante el infractor tome represalias.

Hay otras posibilidades. El individuo que infringe lo que se espera de él puede triunfar y obligar a otros a que lo acepten en las nuevas condiciones que él establece y a que acepten la nueva definición de la situación que esto implica. Los niños que van creciendo en el seno de una familia están constantemente empeñados en este

⁹ Este argumento es funcionalista. Véase, por ejemplo, S. F. Nadel, «Social Control and Self-Regulation», en *Social Forces*, XXXI (1953): 265-273.

proceso, en negociar constantemente nuevos privilegios de sus guardianes, privilegios que pronto pasan a entenderse como legítimos del niño. Algunos de los motines que ocurren en las escuelas, las cárceles y los *ghettos* son ejemplos del mismo tema. Otros ejemplos nos los brindan los cambios que han producido el movimiento obrero y el de las sufragistas.

E incluso cuando no se da la retirada del trato con el infractor ni la sumisión a él, no es forzoso que el resultado sea el control social. Es posible que las sanciones morales negativas y los costos materiales de la desviación enajenen todavía más al desviado y lo conduzcan a exacerbar la desviación, al comprometerlo cada vez más con la infracción. Y como se verá más adelante, es posible que no haya resolución del desacuerdo que es resultado de ello. El cuerpo extraño no queda extruido ni enquistado, y el huésped no muere. Infractor y ofendido pueden quedar trabados juntos, gritando, con su furia y su incomodidad impactadas socialmente, como caso de desorganización organizada.

Estas limitaciones de la versión social del modelo homeostático son insuficientes en sí mismas, pues se basan en los mismos supuestos que deben ampliarse. La cuestión es que el enfoque tradicional del control social supone una versión irrealistamente mecanicista del acto social, restricción que debe eliminarse si se aspira a lograr un análisis detallado del control social.

Como sugiere el derecho, nuestra reacción a un individuo que realiza físicamente un acto ofensivo se ve radicalmente matizada por una batería de consideraciones de interpretación: ¿estaba al tanto de la norma que estaba infringiendo, y, en caso afirmativo, tenía conciencia de que la estaba infringiendo? ¿Si no comprendía las consecuencias ofensivas de su acto, debería haberlas comprendido? Y, si preveía estos resultados ofensivos, ¿eran éstos el objetivo principal de su acto o incidentales a él? ¿Estaba dentro de los límites de su competencia física desistir de la infracción y, en caso afirmativo, había razones sociales atenuantes para no hacerlo?

Las respuestas a estas preguntas nos dicen cuál era la *actitud* del actor hacia la norma que parece haberse infringido, y esta actitud debe determinarse antes de que podamos ni siquiera decir qué es lo que ha ocurrido. No se trata meramente (y en muchos casos ni siquiera es lo principal) de si el actor se ha conformado o no, sino más bien de la relación que guarda con la norma por la que debería haberse regido. De hecho, una característica importante de *todo* acto es lo que puede entenderse que demuestra acerca de la relación del actor con las normas que rigen legítimamente ese acto.

Sin embargo, la actitud del actor hacia una norma es algo subjetivo; si hay alguien que la conoce del todo es él. Inevitablemente, pues, habrá un papel importante que desempeñarán las interpretaciones que hagan otros de su conducta y las expresiones de aclaración que aporte él, sea para asegurar que no se interprete mal un propósito correcto o para que no se revele uno incorrecto. De ello se sigue, por ejemplo, que si un desviado tiene el suficiente tacto y la suficiente circunspección en sus infracciones, si emplea el secreto y la cobertura, de hecho se evitarían muchas de las consecuencias perturbadoras de la infracción. Se frustra una aplicación concreta de las normas, pero no se pone abiertamente en tela de juicio la santidad de la norma en sí.

Por lo tanto, ha de sugerirse una reorientación. Un infractor de hecho, o un sospechoso de infracción, no se enfrenta tanto con un ciclo corrector automático como con la necesidad de realizar una tarea correctora ritual. Dispone para ello de tres formas principales de esa tarea: explicaciones, peticiones de perdón y solicitudes. Con las explicaciones demuestra que no fue él quien cometió la infracción, o que la cometió sin darse cuenta, o que en el momento dado estaba fuera de sí, o que estaba sometido a una presión especial, o que hizo lo que hubiera hecho cualquier persona razonable dadas las circunstancias¹⁰; con las peticiones de perdón demuestra que, si bien efectivamente se había propuesto cometer la infracción, ahora repudia a la persona que fue, lamenta su acto, se arrepiente y quiere que se le dé una oportunidad de ser lo que ya sabe que debería ser; con las solicitudes trata que se le ofrezca o se le permita algo que transformará el acto de su ofensa en un beneficio para el otro. Con esta tarea ritual, con explicaciones, propiciaciones y súplicas, el infractor trata de demostrar que la infracción no constituye una expresión válida de su actitud hacia las normas. La impiedad no es más que aparente; en realidad, él apoya las normas.

Cuando vemos que la tarea ritual guarda relación con el carácter mismo de los actos sociales y presta considerable flexibilidad a lo que se entiende como equilibrio social, podemos volver a ocuparnos de la diferencia crucial entre síntomas médicos y síntomas mentales.

Lo interesante de los síntomas médicos es lo enormemente bien, el enorme valor con que puede manejarlos el paciente. Puede haber actos físicos de tipo corriente que no puede realizar; puede haber varias partes del cuerpo que ha de mantener vendadas y escondidas a la vista; puede tener que quedarse en casa y faltar al trabajo du-

rante algún tiempo, o incluso pasar un tiempo en una cama de hospital. Pero el paciente podrá brindar una forma compensatoria de dirigirse a cada una de esas desviaciones de la apariencia y el funcionamiento sociales normales. Da explicaciones, quita importancia a su incomodidad y presenta un aire de pedir perdón, como si dijera que, pese a su apariencia, en lo más hondo de su alma social es una persona acerca de la cual se puede tener la seguridad de que sabrá cuál es su lugar, alguien que aprecia lo que debería ser como persona normal y que es esa persona en espíritu, pese a lo que le ha ocurrido en la carne. Es alguien que no quiere ser al mismo tiempo exigente e inútil. Los tuberculosos, a los que antiguamente se aislaba en sanatorios, enviaban a casa notas sobre la marcha de su salud que llegaban fumigadas, pero animosas. Valerosas escuadrillas de colostomitas e ileostomitas realizan sus breves apariciones disfrazadas de personas limpias y agradables mientras disimulan estoicamente las infernales tareas que han de realizar en el retrete cada vez que aparecen en público como personas normales. Vemos, incluso a nuestro intérprete de Beckett enterrado hasta la cabeza en un pulmón de acero, que no puede ni limpiarse la nariz, y que, sin embargo, expresa con las cejas que el allí presente es una persona entera que sabe comportarse y que desde luego se comportaría como es debido si pudiera físicamente hacerlo.

Pero se trata de algo más que el aire que se da uno. Por exigente que sea la enfermedad de una persona, casi siempre existirá algún cuidado que quienes la atienden no tendrán que prestarle. Habrá alguna cooperación física con la que se podrá contar, alguna tarea que podrá realizar ella para ayudar, que muchas veces será una tarea que no realizaría si estuviera bien. Y esta disposición a ayudar es algo con lo que se podrá contar *absolutamente*, como si fuera un participante tan responsable como el que más. En su contexto, estos fragmentos de disposición a ayudar adquieren una importante función simbólica.

Ahora bien, es evidente que las personas enfermas físicamente no siempre mantienen una actitud estoica (por no mencionar siquiera las diferencias étnicas apreciables en el manejo del papel de enfermo); la hipocondria es muy corriente, y no es raro el control de otros mediante la enfermedad. Pero, incluso en estos casos, creo que un examen a fondo revelaría que el culpable tiende a reconocer la etiqueta correcta del papel del enfermo. Es posible que no se trate más que de una fachada, una glosa, una forma de afectar un comportamiento. Pero dice: «Sea lo que sea lo que exige mi situación médica, mi yo permanente debe quedar disociado de estas necesidades, pues soy alguien que, si pudiera, plantearía sólo unas reivindicacio-

¹⁰ Existe un comentario sobre las explicaciones en Marvin Scott y Stanford Lyman «Accounts», en *American Sociological Review*, XXXIII (1968): 46-62.

nes modestas y razonables y adoptaría un papel modesto y normal en los asuntos del grupo.»

La forma en que la familia trata al paciente apoya bien esta definición de la situación, así como la forma en que lo trata su empleador. De hecho, dicen que se puede conceder temporalmente una licencia especial al enfermo, porque si estuviera en condiciones de hacer algo al respecto, no formularía esas exigencias. Como el espíritu, la voluntad y las intenciones del paciente son los de un miembro leal y correcto, debe reservársele su antiguo puesto, pues lo desempeñará bien, como si no hubiera pasado nada, en cuanto su comportamiento exterior pueda volver a verse dictado por, y ser una expresión de, su propio yo. Se evita que sus crecientes exigencias expresen lo que podrían expresar, pues es evidente que tiene «buenos» motivos para formularlas, esto es, motivos que anulan lo que, en otro caso, se interpretaría que significan esas exigencias. No digo que los parientes estén contentos con su propia suerte. En el caso de los desórdenes incurables que resultan sucios o que incapacitan mucho, los tareas compensatorias que han de desempeñar los miembros que están bien pueden costarles las oportunidades vitales de que disfrutaban sus iguales, frenar sus carreras personales, teñir de tragedia sus vidas y hacer que todos sus sentimientos resulten amargos. Pero el que se puedan contener todas esas dificultades revela lo claramente que se ha señalado el camino a la pobre familia, un camino que la obliga a cerrar filas y a arreglárselas para seguir adelante como sea mientras dure la enfermedad.

Naturalmente, este argumento debe matizarse. En situaciones extremas, como las militares, cuando es evidentísimo que para la persona enferma el reconocimiento de la enfermedad no puede representarle más que ventajas, es posible que se plantee seriamente la cuestión del fingimiento, y que se ponga en tela de juicio todo el marco médico de referencia¹¹. Además, existe el problema especial que causan las enfermedades que afectan directamente a la cara y a la voz, que son los órganos especializados de expresión. Un defecto orgánico de esta parte del equipo personal puede ser cosa leve conforme a un marco de referencia médico o biológico, pero es probable que socialmente tenga una importancia enorme. No hay desfiguración del cuerpo que no se pueda tapar decorosamente con una sábana o por el que no se pueda pedir perdón con una cara, pero muchas desfiguraciones de la cara no se pueden tapar sin cortar la

¹¹ A este respecto, véase la útil monografía de Vilhelm Aubert y Sheldon Messinger, «The Criminal and the Sick», en *Inquiry*, I (1958): 137-160.

comunicación, y no se pueden dejar destapadas sin que se interfieran peligrosamente con la comunicación. Una persona que tenga carcinoma de la vesícula puede, si lo desea, morir con más corrección y elegancia social, con una normalidad social aparente mayor, de lo que puede un hombre con labio leporino pedir un trozo de tarta de manzana.

O sea, que, con ciertas excepciones, la gente tiene la capacidad para disociar expresivamente su enfermedad médica de su conducta responsable (y por ende de sus yos), y en general la voluntad de hacerlo. Siguen expresando su apoyo al grupo social al que pertenecen y aceptan el lugar que les corresponde en él. Se entenderá que su personalidad y su carácter siguen siendo constantes pese a los cambios que experimenta su papel. Esto significa que la enfermedad puede exigir mucho de los recursos sustantivos del grupo, convertir a sus miembros sanos en figuras trágicas, pero sigue sin menoscabar directamente la integridad de la familia. En resumen, las tareas rituales y las pequeñas ayudas pueden compensar las infracciones corrientes porque una parte importante de toda infracción es lo que puede entenderse que ésta simboliza acerca de la actitud a largo plazo del infractor en lo que respecta al mantenimiento de su lugar social; si puede encontrar otros medios posibles de comunicar que se mantiene en su lugar, entonces las infracciones corrientes no tienen por qué ser muy amenazadoras. Obsérvese que en este caso la eficacia de las expresiones de excusa (con las excepciones citadas) se debe a que los síntomas médicos entrañan un comportamiento que, o bien no constituye en absoluto una infracción de las normas sociales —como ocurre con los tumores internos de diversos tipos—, o si las infringe sólo es incidentalmente. Son los efectos marginales incidentales de la desviación física los que descalifican a la persona en cuanto al cumplimiento de las normas. Cuando un amputado no se levanta para saludar a una señora, es perfectamente evidente que si no lo hace es únicamente como consecuencia incidental y no deliberada de su condición; nadie va a decir que se ha cortado las piernas para no tener que comportarse cortésmente. Y es casi igual de seguro que su incapacidad para aceptar empleos que requieran desplazamientos rápidos se puede interpretar como efecto marginal de su desviación, y no como su expresión inicial. Es una persona desviada, no una persona que se desvía. Se trata de una incapacidad, y no de una enajenación.

Pasemos ahora a los síntomas de desorden mental como forma de desviación social. El aspecto más importante que se debe señalar es el de que, como hay muchos tipos de desviación social que tienen

poco que ver con el desorden mental, no se gana mucho con calificar de desviaciones sociales a esos síntomas¹².

Cabe adoptar la postura de que la enfermedad mental, si se habla en términos pragmáticos, es en primer lugar un marco social de referencia, un marco conceptual, una perspectiva que se puede aplicar a las infracciones sociales como medio de comprenderlas. No basta con la infracción en sí misma; hay que percibirla y definirla en términos del complejo de imágenes de la enfermedad mental. Por definición, es de prever que siempre habrá una cierta libertad y un cierto disenso en cuanto a la forma en que se aplica este marco. Se sabe que intervienen muchos aspectos fortuitos, algunos de los cuales hacen que el complejo de imágenes se aplique a un comportamiento psicológicamente normal, con la consecuencia de reconstituirlo como síntoma mental. Pero dada esta advertencia necesaria, podemos preguntarnos: en nuestra sociedad, ¿cuál es el carácter de la infracción social a la que es probable se aplique el marco de referencia «enfermedad mental»?

La infracción suele consistir en algo a lo que no se aplican los medios oficiales de control social. El infractor no parece molestarse mucho por disimular su infracción ni por neutralizarla ritualmente. Las infracciones suelen ocurrir en circunstancias en las que, por diversos motivos, ni el ofendido ni el infractor pueden resolver la cuestión mediante la retirada física de la organización y de la relación en que ocurre la infracción, y no se puede reconstituir la organización a fin de legitimar las nuevas hipótesis que el infractor sostiene acerca de sí mismo —o, por lo menos, los participantes están firmemente convencidos de que no son posibles esas adaptaciones—. Estas normas son del tipo frecuentemente aplicable y que se han de confirmar constantemente, pues suelen referirse al comportamiento expresivo, al comportamiento que se transmite a todos los que se hallan en el ámbito alcanzable, que transmite advertencias, indicaciones y sugerencias acerca de las hipótesis generales del sujeto acerca de sí mismo. Por último, y con la excepción de la paranoia de los grupos primarios (*folie à deux, trois*, etc.), la infracción no la comete una serie de personas que actúa en equipo, sino —o, por lo menos, así se percibe— un individuo que actúa por cuenta propia. En resumen, los síntomas mentales son incorrecciones situacionales

¹² Me abstengo de tener en cuenta a los popularistas, que han tratado de establecer la psicogénesis de todo lo que es interesante, desde el delito hasta la deslealtad política.

voluntarias, y éstas, a su vez, constituyen pruebas de que el individuo no está dispuesto a mantenerse en su lugar¹³.

Debe destacarse una consecuencia de las características de la infracción que he mencionado. Los síntomas mentales no son, en general, una infracción social *incidentalmente*. Por lo general son específicas y descaradamente ofensivas. Por lo que respecta a los otros del paciente, los actos que plantean problemas no se limitan a ocurrir de forma coincidente en parte con lo que es socialmente ofensivo, como ocurre con los síntomas médicos; más bien, esos actos que plantean problemas se perciben, al menos inicialmente como algo que es intrínsecamente materia de desviación social voluntaria.

Es importante destacar ahora que resulta muy difícil tener en cuenta una desviación social sin tener en cuenta las relaciones del infractor y el ofendido y de las organizaciones de las que son miembros, pues apenas si existe un acto social que no sea en sí mismo correcto o por lo menos excusable en algún contexto social. Las manías de grandeza de un soldado pueden constituir derechos si se trata de un general; las invitaciones obscenas que hace un hombre a una chica desconocida pueden ser requerimientos amorosos cuando se trata de un marido y su mujer; los temores de un paranoico son práctica justificada en millares de agentes clandestinos.

O sea, que los síntomas mentales no son algo en sí mismos ni son tampoco los actos a lo que se les cuelga esa etiqueta; los síntomas mentales son actos de un individuo que proclama abiertamente ante otros que debe sustentar hipótesis acerca de sí mismo que el fragmento pertinente de organización social no puede permitirle, pero respecto de las cuales tampoco puede hacer mucho.

¹³ Aunque gran parte de la sintomatología mental comparte estas características de la infracción, lo que nos permite contestar al argumento de que los síntomas mentales no son meramente un tipo cualquiera de desviación social, sí es cierto que muchas de las desviaciones mentales de tipo situacional no pueden tomarse como signos de enfermedad mental. Hemos tardado mucho en enterarnos de esto, debido quizá a que antiguamente las salas de enfermos mentales brindaban la fuente más accesible de incorrecciones situacionales flagrantes, y en ese contexto resultaba facilísimo interpretar el comportamiento como inmotivado, como una aberración generada individualmente, en lugar de entenderlo como una forma de protesta social contra la vida en la sala de enfermos, como una protesta en la que se habían de utilizar los limitados medios expresivos disponibles. En los últimos años ha resultado mucho más fácil apreciar el carácter no psiquiátrico de un considerable comportamiento de tipo sintomático debido a que las incorrecciones situacionales del tipo más flagrante se han convertido en una táctica muy utilizada por los *hippies*, la Nueva Izquierda y los militantes negros, y aunque se haya acusado de inmadurez a esas personas, éstas parecen ser demasiadas, tienen demasiada capacidad para sostener una relación colectiva y les resulta demasiado fácil pasarse al comportamiento convencional como para que se las pueda acusar de dementes.

De ello se sigue que si el paciente persiste en su comportamiento sintomático, entonces debe crear un caos en la organización y un caos en las mentes de sus miembros. Aunque sin duda la imputación de enfermedad mental es una tentativa *in extremis* de enfrentarse con un agitador al que se ha de contener, pero al que no se puede contener, no es probable que esta amputación resuelva la situación por sí misma. El caos ocurrirá incluso cuando todos los miembros estén convencidos de que quien lo causa está completamente loco, pues esta definición no los libera por sí misma de vivir en un sistema social en el cual él desempeña un papel perturbador.

Este caos indica que los síntomas mentales y los síntomas médicos tienen unas consecuencias y un carácter sociales radicalmente diferentes. Este caos es con lo que ha de enfrentarse la filosofía del contenimiento. Este caos es lo que los psiquiatras, por desgracia, no han estudiado y lo que pasan por alto los sociólogos cuando se ocupan de la enfermedad mental meramente como un proceso de etiquetado. Este caos es lo que debemos explorar.

IV

El fallo más grave en cuanto a organizar la conducta de conformidad con las hipótesis acerca de uno mismo que aceptan los otros, se halla en los casos dramáticos en que el individuo, del cual se percibe que se halla en un estado de desorganización como actor, se concede a sí mismo una identidad biográfica personal que no es la que le pertenece, o se reconstituye provisionalmente conforme a unas categorías de edad, sexo y profesión para las que no está calificado. Muchas veces, esto va unido a la imputación que se hace el individuo de propiedades personales absolutamente grandiosas¹⁴. Entonces hace algunas tentativas por tratar a los otros en consecuencia, y trata de lograr que ellos afirmen esta identificación mediante la forma en que lo tratan a él.

Obsérvese que los hospitales mentales pueden arreglar sin demasiadas dificultades esas difusiones y esas distorsiones de identidad. En esos establecimientos se elimina gran parte de la interven-

¹⁴ En correspondencia a estas exageraciones expresadas se darán alteraciones del sentimiento subjetivo que tiene el exagerado de sí mismo. A este respecto existe una valiosa monografía aportada por Josiah Royce con el título de «Some Observations on the Anomalies of Self-Consciousness», que se ha señalado amablemente a nuestra atención en una reimpresión abreviada en la obra de Edgar Borgatta y Henry Meyer, *Sociological Theory* (Nueva York, Alfred Knopf, 1961). Desde 1895, cuando hizo Royce esta exposición, se ha avanzado muy poco en esta esfera.

ción de habitual de la persona en las actividades de otros, y gran parte de su capacidad ordinaria para ponerse en contacto con el mundo. Son pocas las cosas que puede iniciar. Un paciente que crea ser un potentado no hace que quienes lo cuidan tengan que preocuparse por tener que ponerse a su servicio. No se presta el menor crédito a su pretensión de tener una relación de dominación sobre ellos. Se limitan a observarlo y reírse, como si estuvieran viendo un teatro improvisado. Análogamente, cuando un paciente de hospital mental trata a su mujer como si fuera una desconocida sospechosa, ella puede hacer frente a esta situación imposible limitándose a reducir la frecuencia y la duración de sus visitas¹⁵. Asimismo, el psiquiatra en su consultorio puede aguantar las ráfagas de amor y de odio que el paciente introduce en la sesión, y en esta abstención está apoyado por la doctrina, maravillosamente cómoda, de que la interacción directa para el paciente, o la conversación que dure más de cincuenta minutos no puede por menos de menoscabar la relación terapéutica. En todos estos casos, la distancia permite llegar a un acuerdo; el paciente puede expresar hipótesis imposibles acerca de sí mismo, pero el hospital, la familia o el psiquiatra no necesitan dejarse meter en ellas.

Sin embargo, las cosas son muy diferentes cuando el paciente está fuera de las paredes del hospital o del consultorio; fuera, donde sus otros le entregan sus personas para que las tutele, donde sus actos constituyen reivindicaciones autorizadas y no hay síntomas ni obritas de teatro, ni nada desalentador de lo que pueda marcharse. Fuera de las barricadas, no hace falta una autoidentificación dramáticamente errónea para producir problemas. Toda forma de organización social en la que participe el paciente tiene su propia serie de defensas perceptibles como enfermedad mental que puede crear un caos en la organización.

Un lugar muy importante de los síntomas mentales consiste en los lugares públicos y semipúblicos: calles, tiendas, barrios, transportes públicos, etc. En estos sitios impera una red finísima de

¹⁵ Cabe definir funcionalmente un hospital mental como un lugar en el que puede retenerse a personas que de derecho siguen formando parte de nuestras vidas cotidianas para obligarlas a esperar a que las vayamos a ver de vez en cuando, y nosotros en lugar de compartir la existencia la podemos racionalizar. Claro que muchas veces los pacientes también pueden contener a sus parientes, para lo cual les basta sencillamente con negarse a verlos fuera de la sala o con armar un escándalo cuando reciben sus visitas. Sin embargo, el costo de este rechazo puede ser muy elevado, como, por ejemplo, la pérdida de una oportunidad de salir de la sala durante algún tiempo y de obtener algunas provisiones. Además, lo que el paciente puede rechazar no es la vida con sus seres queridos, sino las visitas.

obligaciones que asegura el tráfico y la coexistencia ordenados de los participantes. Están delineados modos de territorialidad personal, y se emplea el respeto de las fronteras como medio clave de ordenación de la presencia mutua. Muchos síntomas clásicos de psicosis constituyen una infracción precisa y descarada de esas disposiciones territoriales. Existen intromisiones, como ocurre cuando un paciente mental que pasa por un supermercado registra gratuitamente el carrito de un cliente, o se mete detrás de un mostrador a ver lo que hay, o se cuela abiertamente en la cola para pagar, o se mete en una conversación en curso entre desconocidos, o dice algo de pasada a alguien con quien no había iniciado un estado de conversación. Existen autocontaminaciones que entrañan la revelación o el ensuciamiento, como ocurre cuando a un paciente le da por desnudarse, o invita con demasiada facilidad al contacto de conversación a otros, o en voz alta reconoce cosas vergonzosas acerca de sí mismo, o se ensucia con alimentos a medio comer, o juega abiertamente con los mocos, o se mete cosas sucias en la boca. Existen «Hiperexclusiones», como ocurre cuando un paciente se niega a reconocer ningún inicio de conversación, o evita todas las miradas de pasada, o se niega por la fuerza a un reconocimiento médico, o no está dispuesto a soltar para nada sus pequeñas posesiones personales.

De esta breve mirada a los lugares públicos y el orden social entre los desconocidos¹⁶ pasemos ahora a organizaciones sociales más estrechas que entrañan el mantenimiento de obligaciones entre conjuntos de personas conocidas. En primer lugar, las organizaciones formales de trabajo. Para ello, me propongo seguir el estudio realizado por Edwin Lemert de pacientes mentales con complicaciones paranoicas cuyos problemas parecían estar centrados en el trabajo¹⁷.

Lemert data la evolución de los problemas de cada miembro de su muestra mediante la sugerencia de que cada uno de ellos había estado sometido a la pérdida, o la amenaza de pérdida, de categoría, en el trabajo o fuera de él, respecto de la cual aparentemente no cabía hallar una alternativa compensatoria. Aparentemente, un individuo en esa situación puede reaccionar negándose a ejercer control

¹⁶ He intentado algo más ambicioso en este sentido en *Behavior in Public Places* (Nueva York, The Free Press, edición en rústica, 1966) y en *Interaction Ritual* (Nueva York, Anchorbuks, 1967).

¹⁷ Edwin M. Lemert ha estudiado a fondo 31 casos relativos a complicaciones paranoicas: 23 en California del Sur, 6 en California del Norte y 2 casos varios. «Paranoia and the Dynamics of Exclusion», publicado por primera vez en *Sociometry*, XXV (1962): 2-20, y reimpresso en su obra *Human Deviance, Social Problems and Social Control* (Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1967).

sobre sí mismo, y resistiéndose al control oficioso que intentan otros. Va disminuyendo su disposición a aceptar las reglas del juego en el trabajo. Empieza a insmiscuirse en el territorio de decisiones de sus subordinados y exige de ellos cosas improcedentes, con lo que por implicación los subordina a su esfera de operaciones. Se niega a devolver las confidencias de sus iguales, con lo cual los deja en una relación insegura y no recíproca con él. Se hace insultante y arrogante, y no demuestra la consideración que se prevé por los sentimientos de los otros, al mismo tiempo que da muestras de una opinión exageradamente elevada de sí mismo. Trata de arrogarse privilegios informales que forman parte del simbolismo de categoría social del grupo y que no se le han asignado a él. Trata de utilizar señales de lugar sin poseer el lugar que normalmente se señala con ellas.

La conducta citada infringe las normas oficiosas de gestión del lugar personal. Advertimos en esto una simple interdependencia entre el actor y sus otros, en la cual la frontera perturbada es la que existe entre el actor y esos otros. Pero, además de esas perturbaciones directas existen algunas que son indirectas. Dada la pertenencia del actor a un grupo de trabajo que es en sí mismo un segmento de la organización total, advertimos que se halla en situación de perturbar las relaciones fronterizas de su segmento con otros segmentos. Por ejemplo, se salta las separaciones entre los grupos, con lo que pone en peligro la relación de trabajo entre ellos. Y pone al descubierto la estructura oficiosa de poder, con lo cual pone en peligro la relación de ésta con la estructura oficial superior. Utiliza medios formales y oficiales de forzar a sus compañeros a examinar sus exigencias directamente aunque sólo sea porque ha obligado a personajes más elevados a atender a sus denuncias instituidas.

Evidentemente, pues, como el actor no mantiene su lugar, ello tiene consecuencias perturbadoras para sus compañeros de trabajo, al socavar la sensación de éstos de que existe una forma común de entender las cosas relativas al lugar social de cada uno, y de que ésta es una guía viable para la actividad cotidiana. Una parte importante del análisis de Lemert es su estudio de la secuencia de acontecimientos que esta perturbación inicial pone en marcha.

Para resolver los problemas que les causa su compañero, los otros lo evitan físicamente siempre que es posible, y lo excluyen de las decisiones conjuntas y las empresas conjuntas. Esta misma exclusión empieza a matizar los acontecimientos excluyentes, prestándoles un nuevo significado. Cuando sus compañeros de trabajo advierten que es inevitable la interacción directa con él, utilizan un estilo de respuesta tranquilizante, apaciguador, neutral, que sirve para suavizar la interacción todo lo posible sin darle una causa evidente de

queja. A fin de estar mejor preparados para lo que pueda hacer, es posible que lo espíen, o en todo caso que se reúnan en su ausencia a fin de compartir entre ellos la reacción acerca de las últimas cosas que ha hecho él, mancomunar su información, estudiar qué es lo que va a hacer él después, organizar conjuntamente lo que harán ellos entonces, y en general celebrar la solidaridad especial que ha creado el antagonismo a él. Así se forma un contragrupo sostenido mediante la murmuración, en el cual él es el foco negativo. Se convierte en el centro de distracción.

Como consecuencia de esta forma de congelarlo, el actor, que ahora no recibe retroinformación correctora se puede ver forzado a estallidos relativamente violentos como medio de hacer alguna impresión en la cubierta relucientemente opaca que los demás han construido en torno a él. Ellos a su vez pueden considerar necesario formar una red colusiva con objeto de convencerlo para que reciba cuidados psiquiátricos.

Cabe sugerir dos cosas que implica el análisis de Lemert. En primer lugar, es posible desorganizar fácilmente un sistema de control social oficioso. El tacto y la discreción pueden tener la consecuencia última de construir una verdadera comunidad paranoica para el paranoico. En segundo lugar, hasta que el individuo ingresa en el hospital, o hasta que se difunde su reputación de modo que nadie se toma en serio lo que hace (y esta última forma de encapsularlo se halla en las organizaciones sociales en gran escala), sus síntomas tienen un efecto muy perturbador; es mucho pedir que los miembros de la organización reaccionen con comprensión y apoyo; de hecho, es una maravilla que las organizaciones sean tan tolerantes como lo son.

He esbozado la relación entre síntomas mentales y dos formas de organización social: el orden público y los lugares de trabajo organizados formalmente. Pasemos ahora a la última medida de organización que hemos de estudiar: el establecimiento doméstico o familiar.

V

Enfoquemos la familia —digamos, la versión estadounidense de clase media— en términos sociológicos convencionales. Cuando examinamos su funcionamiento interno, su economía social interna, hallamos una distribución legitimada de la autoridad, los recursos materiales, el trabajo y el tiempo libre. Existe la obligación de cada miembro de la familia de atender y proteger a los demás, en la medida en que ellos necesiten esa ayuda y en que un miembro pue-

da ofrecerla. Existe una asignación establecida normativamente de respeto, afectos y apoyo moral. Se mantendrán algunos valores y algunos modos especiales comunes de hacer las cosas. Se compartirá el conocimiento de la biografía familiar, junto con el recuerdo de las experiencias compartidas. Se sostendrá todo un entrecruzamiento de relaciones personales. Se ejercerá un cuidado común (por parte de todos menos los muy jóvenes) para que los perjuicios que fácilmente podría padecer el hogar por incendio, inundación, ensuciamiento y roturas no ocurran. Y los demás miembros confiarán en que cada uno de ellos no explote ninguno de los instrumentos letales fácilmente disponibles en la casa para hacerse daño él o hacérselo a los demás. Por último, como característica especial de la familia como organización social, cada miembro compromete sus propios sentimientos e intenciones en los que entiende son los intereses personales y los problemas personales de cada uno de los otros.

Si se estudia de cerca el comportamiento de cualquier miembro, especialmente el que se da en presencia de los otros miembros, éste revela un estilo expresivo que afirma esta asignación de obligaciones. La forma en que cada miembro mantiene este estilo da a los demás miembros seguridades constantes de que sus expectativas se verán cumplidas y de que las cosas están como deben estar. En resumen, la actividad de cada miembro tiende a expresar que sabe cuál es el lugar social que le corresponde en la familia y que se mantienen en él. Claro que si un miembro determinado tiene dificultades médicas, es probable que plantee más exigencias, pero parte de la seguridad en este caso se debe a la labor ritual que realiza, en la cual neutraliza esas exigencias como amenazas al orden normativo de la familia, al asegurar la constancia para con lo que los miembros entienden que es el individuo enfermo como personalidad. De modo análogo se pueden manejar las crisis no médicas, como la ausencia prolongada de un miembro que se va a hacer el servicio militar, con tal únicamente de que se realice la labor ritual adecuada.

Si pasamos a la economía externa de la familia, nos encontramos con algo parecido. Los recursos que tienen un valor en el medio externo se presupuestan entre los miembros de forma conservadora y perceptiblemente equitativa. Se conserva el fondo de información privada acerca de la familia que poseen los miembros, y se mantiene ante el mundo una fachada unida, algo falsa, como si fuera una norma de información familiar. Por último, las relaciones y las obligaciones de trabajo-escuela que vinculan a cada uno de los distintos miembros con personas y organizaciones del exterior se ajustan a normas jurisdiccionales establecidas conforme a las cuales la familia conserva algunos derechos. En todo caso, al miembro de la

familia no lo extraen del espacio familiar más que organizaciones y personas reales que le han atribuido un lugar real. En resumen, las reivindicaciones no familiares que se hacen a los miembros de familias son limitadas y están regularizadas.

El mantenimiento del funcionamiento interno y externo de la familia es algo tan central que cuando los miembros de una familia piensan en el carácter esencial, la personalidad perdurable de cualquiera de sus miembros, generalmente en lo que piensan es en su pauta habitual de apoyo a la actividad organizada en la familia y a las relaciones de familia, a su estilo de aceptación de su sitio en la familia. Todo cambio señalado de su pauta de apoyo tenderá a percibirse como un cambio señalado de carácter. La naturaleza más profunda de un individuo no va más allá de la piel, de la espesura de la piel de sus otros.

En el caso de las retiradas —depresiones y regresiones— lo que sufre es fundamentalmente el funcionamiento interno de la familia. Ahora son menos miembros los que han de soportar la carga del entusiasmo y las tareas domésticas. Obsérvese que al limitar artificialmente su vida social, la familia puede disimular esos desórdenes al público en general y mantener un funcionamiento externo convencional. Igualmente se puede contener un alcoholismo discreto siempre que no corran peligro los recursos económicos.

Son los desórdenes maníacos y las fases activas de tipo paranoico los que producen verdaderos problemas. Estas pautas son las que constituyen la demencia del lugar.

Los comienzos son oscuros y diversos. En algunos casos, hay algo que lleva al prepaciente —sea marido, mujer o hijo— a sentir que la vida que los otros le han venido permitiendo no es suficiente, no está bien y ya no es soportable. Formula unas exigencias convencionales de alivio y cambio a las que no se accede, a las que quizá ni se atiende. Entonces, en lugar de regresar al *statu quo ante*, inicia su actividad maníaca. Como ya se ha sugerido, no cabe duda de que existen otras etiologías y otras secuencias de precipitación. Pero todas terminan en el mismo punto: la actividad maníaca que llega a preocupar a la familia. Empezaremos por ella, aunque desde algunas perspectivas se trata de un punto ya demasiado avanzado.

El maníaco empieza por ascenderse a sí mismo en la jerarquía de la familia. Se encuentra con que ya no tiene tiempo de hacer la parte que le solía corresponder de las tareas familiares. Cada vez da más órdenes a los demás miembros, da más muestras de ira e impaciencia, hace promesas que a su juicio puede incumplir, se entromete en el equipo y el espacio asignado a otros miembros, da escasas muestras de afecto y de respeto y concluye que no puede mo-

lestarse con la adherencia al horario familiar de comidas, de acostarse y de levantarse. También pasa a ser hipercrítico de sus parientes y a despreciarlos. Retrocede a grandiosas declaraciones relativas a la gran categoría y la gran calidad de sus antepasados, y pasa a formular una visión grandilocuente de lo que espera hacer él dentro de muy poco. Empieza a rociar su discurso con vocabularios técnicos no asimilados. Habla en voz alta y de forma constante y se arroga el lugar central que presupone este papel. De formada nada característica en él, los grandes acontecimientos y personalidades del día provocan una opinión considerada y definitiva por su parte. Descubre que los artículos de las revistas, las películas y los programas de televisión contienen enormes dosis de sabiduría de la que todo el mundo debe enterarse detalladamente y ahora mismo.

Además de estas perturbaciones de categoría, existen las relacionadas con las obligaciones menores que simbolizan la pertenencia al mismo grupo y el parentesco. El es el único que deja de realizar las pequeñas actividades fáciles que sirven para mantener en condiciones de seguridad al equipo doméstico, y para mantener a los miembros en condiciones en que ese equipo no represente un peligro. Es el único que se convierte en un caprichoso en la realización de los pequeños favores de cortesía que todos los miembros adultos se ofrecen mutuamente, aunque sólo sea por el diminuto costo de esos servicios para el que los brinda en comparación con su valor apreciable para el que los recibe. Y expresa ideas sin base, a veces como reacción a alucinaciones, que implican para sus parientes que ha cesado de regular su pensamiento conforme a las normas que forman la base común de todos los parientes cercanos.

Repito que las reivindicaciones y los actos de la persona enferma no son forzosamente extraños en sí mismos, sino únicamente extraños cuando proceden del paciente concreto que se dirige a su familia concreta. Y no es ese aspecto extraño en sí lo que constituye el problema. Incluso cuando el paciente alucina o va formándose ideas exóticas, lo que preocupa a la familia no es simplemente que un miembro tenga ideas locas, sino que no mantiene el lugar que le corresponde en las relaciones. Alguien con quien tenemos un parentesco cercano es alguien que no debería tener ideas que lo alejan de nosotros. Las diversas formas de grandiosidad pueden tener la misma significación.

Análogamente, cabe entender el esfuerzo constante de la familia por convencer al paciente para que abandone sus ideas locas, para que se convenza de que se equivoca en sus acusaciones, para hacer que adopte una posición realista —tentativa de convencimiento de la que tanto desesperan algunos psicoterapeutas—, como las nece-

sidades de la familia y el esfuerzo de la familia por hacer que el paciente recupere una relación adecuada con ella. No puede dejar que mantenga sus ideas erróneas porque no puede renunciar a él. Además, si invierte su comportamiento y se tranquiliza, la familia debe tratar de lograr que reconozca que ha estado enfermo, pues si no, su actual cordura planteará dudas acerca de la justificación de la familia para tratarlo como ha venido tratándolo, dudas acerca de sus motivos y de la forma en que *ella* lo ha tratado *a él*. Por todos esos motivos ha de buscarse el reconocimiento de la demencia. Y lo que se busca es algo verdaderamente extraordinario. Si la labor ritual es un medio de mantener una constancia de la imagen ante las desviaciones del comportamiento, entonces el reconocimiento por uno mismo de que está uno enfermo mentalmente es el fragmento mayor de todos los posibles de tarea ritual, pues esa actitud ante la propia conducta da por sentadas las mayores desviaciones. Se puede dejar de lado una semana de caos familiar y se puede estar dispuesto a olvidarla en el momento en que el infractor reconoce que ha estado enfermo. No es de extrañar, pues, que se someta al paciente a enormes presiones para que acepte el diagnóstico y que él se someta a ellas, aunque esto pueda significar que deba rebajar, de forma permanente, el concepto que tiene de su propio carácter y que nunca vuelva a adoptar actitudes tajantes al exponer sus propias opiniones.

De lo que se trata ahora no es de que la familia concluya que el enfermo ha convertido la vida de familia en algo desagradable. Es posible que la mayor parte de las vidas de familia sean desagradables. El problema es que se ve amenazada una existencia que tiene un sentido. Las definiciones que la persona enferma atribuye tácitamente a los miembros de la familia son menos deseables que las que éstos tenían antes, e implican que los miembros de su familia tienen menos relación con el enfermo de lo que pensaban. Si aceptan esta revisión, entonces cabe volver a lograr una organización significativa, como sucede, por ejemplo, cuando ocurre la formación del culto de familia o la *folie à ménage*. Pero si no ocurre, entonces hay problemas¹⁸.

¹⁸ Las teorías de la *gemeinschaft* aducen que los íntimos deben estar de acuerdo en sus convicciones básicas o romper su relación y que, por implicación, la disposición de un miembro escéptico a dejarse convencer está motivada por un deseo de mantener las relaciones. Pero, evidentemente, hay excepciones a la norma del acuerdo. El modelo al respecto en las obras sobre ciencias sociales es Mr. Keech, que se dedicaba tranquilamente a sus cosas mientras Mrs. Keech se quedaba en casa para organizarse públicamente para el fin del mundo. Véase Leon Festinger y otros, *When Prophecy Fails* (Nueva York, Harper Torchbooks, 1964), especialmente las págs. 38 y 39.

Permítaseme repetir: el yo es la clave que da sentido a la mayor parte de las actividades del individuo y establece una base para la organización de esas actividades. Este yo es lo que se puede interpretar acerca del individuo mediante la interpretación del lugar que ocupa en una organización de la actividad social, tal como lo confirma su comportamiento expresivo. Cuando el individuo no cifra mediante actos e indicaciones expresivas una definición *viable* de sí mismo, una definición que los otros en una interrelación estrecha con él puedan atribuirle mediante la consideración que demuestran hacia su persona, esto lo bloquea y lo atrapa, y los amenaza a ellos en casi cada uno de los movimientos que ellos realizan. Los yos que habían sido recíprocos del suyo se ven socavados. Y lo que no hubiera debido estar en condiciones de cambiar —el carácter del ser querido con quien se vive— parece estar cambiando fundamentalmente, y para peor, ante los propios ojos de ellos. Al cesar de conocer a la persona enferma, dejan de estar seguros de sí mismos. Al dejar de estar seguros de él y de sí mismos, pueden incluso dejar de estar seguros de sus propios medios de conocimiento. Se produce una enorme confusión. Dejan de fluir de las cosas que él expone las confirmaciones de que todo es predecible y está como debería estar. La pregunta de qué es lo que está pasando no recibe una respuesta reiterativa en cada ocasión, sino que se debe formular de nuevo y constantemente. Y se dice que la vida se está convirtiendo en una pesadilla, pues en las realidades posibles no hay lugar para lo que está ocurriendo.

En esto es en lo que los síntomas mentales se desvían de otras desviaciones. Una persona que de pronto se vuelve egoísta, fría, desleal, infiel o toxicómana es alguien con quien se puede tratar. Si demuestra correctamente cuáles son sus motivos o da muestras de contricción se le puede perdonar; si no se arrepiente, pero se le puede eliminar, cabe redefinirlo. En todo caso, sus otros pueden llegar a un entendimiento con él, en el sentido de que las expresiones que transmite acerca de su definición de sí mismo y de ellos son indicaciones que confirman la relación que, a juicio de ellos, tienen ahora con él. Se mantiene el carácter gramatical de la actividad. Pero los síntomas mentales de un paciente son algo con lo que sus otros no pueden llegar a un entendimiento. Ni él ni ellos se retiran lo bastante de la organización ni de la relación como para permitir que la expresión de él confirme lo que implica su condición. Así, su comportamiento ataca a la sintaxis de la conducta, desarreglando el acuerdo habitual entre postura y lugar, entre expresión y posición.

La desorganización doméstica que crea la persona enferma señala un dato importante acerca del control social en una unidad como la

familia. Cualquier miembro adulto de la familia puede marcharse de su hogar contra la voluntad y los consejos de la familia y, salvo reclamarle sus deudas financieras, la familia no puede hacer nada al respecto. La fuerza de quien se va es grande si se marcha correctamente, como si dijéramos por las vías reglamentarias, con un anuncio de sus intenciones correctamente organizado. En cambio, se dan circunstancias (que en los Estados Unidos varían según los Estados) en las que es posible que una familia mande por la fuerza a uno de sus miembros a un centro de reclusión. Sin embargo, cuando por el motivo que sea se produce una partida en ninguna de esas formas reconocidas socialmente, la familia y los miembros del hogar que ella forma resultan sumamente vulnerables. Porque entonces la idea normal de control social efectuado por conducto de un ciclo corrector pasa a ser totalmente insostenible. La sencilla realidad es que cuando se desaprueba de un infractor y se lo castiga, y se lo advierte de lo que va a ocurrir si persiste, se presupone tácitamente que estará lo bastante comprometido con la vida del grupo, y con el apoyo a quienes presumen tener autoridad sobre él, que *voluntariamente* se tomará en serio la sanción y, sea de buena o de mala gana, desistirá de la infracción de que se trate. Si el infractor familiar prefiere no atender a la advertencia, entonces no se le puede hacer nada que tenga verdadera eficacia. Los meros malos tratos a los que no se reacciona con una cooperación tácita requieren el esfuerzo total de por lo menos dos adultos fuertes, en incluso entonces sólo se pueden organizar en rachas breves, lo bastante largas para echar a alguien de una casa, pero no mucho más. Incluso la mera vigilancia y custodia de una persona requiere más de lo que por lo general puede organizar un hogar durante mucho tiempo. Y el propio hogar será muy difícil de administrar si hay que mantener fuera del alcance de un adulto todo lo que pudiera resultar destruido o, por el contrario, peligroso.

Por ende, será muy difícil llevar adelante los hogares si no se puede confiar en la plena buena voluntad de los residentes¹⁹. Resulta

¹⁹ Una descripción útil y reciente de las posibilidades estructurales de disciplinar a un pariente que no está dispuesto a ello se da en Louise Wilson, *This Stranger, My Son* (Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1968). La Sra. Wilson describe con algún detalle lo que puede hacer un niño al que se ha diagnosticado como esquizofrénico paranoico con el material doméstico a su alcance. También se dispone de un cuadro completo en los relatos de Bettelheim relativos a la Escuela Ortogénica Sonia Shankman, pero evidentemente en este caso los cuidados que requieren el esfuerzo del personal durante toda la jornada son lo que constituye su trabajo oficial a jornada completa. Las consecuencias de tratar de disciplinar a un pariente que tiene suficiente edad para ir a la unidad, pero no la suficiente para que se lo defina como indepen-

ta interesante que sea exactamente en el momento del castigo y la amenaza, exactamente cuando el infractor tiene motivos adicionales de antagonismo, cuando la familia depende de forma más clara de que él mismo se someta a la autoridad familiar. La acción punitiva fuerza al infractor a capitular y perder prestigio o a desengañar a sus oponentes de su idea de que tienen un poder sobre él. Justo cuando está más enfadado con ellos debe entender que él es el único que puede salvarles sus ilusiones acerca de su control sobre él. Las sanciones negativas dentro del contexto de un hogar, pues, constituyen una especie de máquina del juicio final, que impone a la más fuerte de las dos partes la última oportunidad disponible de evitar una destrucción del orden, y esta parte debe actuar como si fuera la más débil. Es evidente que, a veces, no actuará con consideración. La vulnerabilidad de la organización familiar se ve intensificada por la gran posibilidad de que el infractor preste menos consideración a su propio bienestar corporal y a sus propios intereses del que prestan quienes deben controlarlo.

He pasado revista a algunas de las consecuencias desorganizadoras de que el paciente no preste apoyo al orden interno de la familia. Pero cuando se advierte todo el desorden es cuando se estudia el funcionamiento externo de la familia.

El lugar social de una familia en la comunidad en general es una cuestión un tanto delicada, dado que se basa en un control personal y oficioso que expone a la familia a mil mercados posibles de sus recursos externos, mercados con los que la propia familia debe tener tratos prudentes si pretende maximizar sus propios intereses a largo plazo tal como éstos se definen convencionalmente. Esta circunstancia, generalmente autoimpuesta, es lo que trasciende el paciente activo.

Ocurren empresas equivocadas. El dinero de la familia se desperdicia en pequeños ejemplos de capitalismo especulativo. Se compran o se contratan servicios y equipos espectaculares, lo que demuestra bien la actitud democrática de aceptación de quienes venden cosas y el control personal que mantenemos todos nosotros²⁰.

diente están perfectamente expuestas en el terrible caso Russier. Véase *The Affair of Gabrielle Russier* (Nueva York, Alfred P. Knopf, 1971) y la excelente introducción al libro, escrita por Mavis Gallant.

²⁰ Es de reconocer que existen algunos límites debidos al control social oficial. Un chico de trece años no puede ir a su amable agente de la Ford y negociar la compra de un «Mustang» nuevo, aunque sí lo puede hacer dentro de unos años. Análogamente, aunque casi cualquier adulto puede hacer que un agente inmobiliario se ponga a buscarle casa, con el tiempo tendrá que depositar una señal.

Hay gangas que se anuncian en la prensa y que se encargan en cantidades excesivas por teléfono²¹. Se recurre lo bastante en la estructura ocupacional y de clases de edades como para encontrar a quién requisar y a quién contratar para proyectos privados de expansión. Se injerta en el hogar una oficina innecesaria o un taller industrial. El paciente advierte que su trabajo normal le impone limitaciones, o se ve despedido de él²². Se inicia un diluvio de proyectos. Todas las ocupaciones resultan urgentes.

Se aceleran los contactos. Cada vez se utiliza más el teléfono. Cada llamada resulta más larga y cada vez se hacen más llamadas. A los interlocutores favoritos se los llama con frecuencia cada vez mayor. Cuando la hora hace que la llamada urbana constituya una infracción grosera de las normas oficiosas, se ponen conferencias a zonas en que el horario resulta más aceptable; cuando la hora impide incluso eso, se envían telegramas nocturnos²³. Puede enviarse un diluvio de cartas.

Se amplía la participación. Se ofrece ayuda a personas y a organizaciones que no desean recibirla de esa fuente, porque el paciente aprecia que el ofrecimiento es un medio justificable de establecer contacto con el que lo recibe. Se entra en la vida pública por las puertas de ésta que menos vigiladas están: participación en trabajos

²¹ Véase el estudio monográfico de Roueché, «Ten Feet Tall», *The Incurable Wound* (Nueva York, Berkeley Books, 1958). Roueché da detalles útiles acerca del comportamiento social exagerado de un hombre que goza de un breve episodio maniaco debido a los efectos laterales de un tratamiento con cortisona.

²² Un paciente maniaco que adquiere dimensiones demasiado grandes para su casa puede igualmente adquirir dimensiones excesivas para su trabajo. Empieza por un aumento encomiable de entusiasmo por su trabajo, y después empieza a ofrecer a sus colegas una ayuda y unos consejos necesarios; después amplía esto a lo que se entiende como una injerencia en las esferas de otros, y, por último, se dedica a dar órdenes a las que no tiene derecho y a actuar como portavoz de su organización de trabajo cuando no está trabajando. Durante este proceso de convertirse en jefe por decisión propia, empieza a arrogarse cada vez más equipo, espacio y subordinados. Y como sus negocios privados y sus empresas de convivencia han aumentado mucho y empiezan a ser mal acogidos en su casa, traslada cada vez más de estas actividades al lugar de trabajo, pasa cada vez más tiempo durante el trabajo y después de él en estas actividades, y al cabo de poco tiempo infringe la delicadísima norma que rige la penetración de los intereses privados en el trabajo. Promueve reuniones del personal del trabajo y plantea problemas relativos a las divisiones por categorías al tratar de reunir para actividades de convivencia a todo el mundo del trabajo que se halle, por remotamente que sea, a su alcance dentro de su ámbito social.

²³ Las cuentas mensuales de teléfono que son 20 veces superiores a la normal revelan cosas interesantes. Sin embargo, las compañías de teléfonos mantienen un escrupuloso distanciamiento en estas cuestiones. No es lo suyo preguntar, sino cobrar.

voluntarios, cartas a los políticos, los directores de periódicos y las grandes empresas, caza de celebridades, pleitos. Se toman de forma totalmente personal los acontecimientos nacionales críticos, como las elecciones, las declaraciones sobre política de guerra y los asesinatos. Se puede tratar de aparecer en persona en la radio y la televisión; se pueden organizar conferencias de prensa y notas para la prensa. Si se percibe un acto despectivo en lugares públicos, ello puede llevar a escenas y a que el paciente formule denuncias en público a los altos funcionarios.

Se intensifica la vida de relación. Se visita a los vecinos a horas inoportunas. Se llega el primero a las fiestas y se sale el último. Es posible que el paciente se dedique a un torbellino de actividades sociales en casa que resulten desestabilizadoras: los amigos con los que se sigue teniendo una buena relación asisten a ellas hasta que otros compromisos los obliguen a abandonar; se los sustituye por nuevos amigos, pero cada grupo desaparece en menos tiempo que el anterior, lo que obliga a reclutarlos entre fuentes cada vez menos adecuadas; por último, las reuniones resultan socialmente extrañas. Cada vez se utilizan más fines semioficiales de interés público para celebrar reuniones en la casa, lo cual justifica algo el que el paciente invite a personas a las que sólo conoce de oídas, y que mezcle a personas de categorías sociales muy diferentes. Se siguen ampliando las listas de invitados hasta el último minuto, como si se tuviera la necesidad de estar en contacto con todos los conocidos y de llenar de gente el medio ambiente. Se organiza reiteradamente veladas de recreo en lugares comerciales y salidas de fin de semana, que implican múltiples retomas de contacto, así como la organización de personas mutuamente desconocidas en una sola actividad.

Por último, se amplían las relaciones. Se persigue a las personas presentadas únicamente por cortesía y a las que han mencionado casualmente otros, y se da gran importancia a esos conocimientos, se presume mucho de los conocidos y se hacen solicitudes presuntuosas por encima de las líneas de afinidad a los cónyuges de los amigos. Se produce una «intermediación», en la que la persona enferma trata de poner en contacto a personas que, a su juicio, se serían útiles mutuamente. Se viola la especificidad funcional de las relaciones de servicio. Se ofrecen y se piden consejos a personal de servicios sobre muchas cuestiones, se sugiere el tuteo recíproco, se hacen invitaciones sociales. En correspondencia a esta difusión, se recarga a los amigos personales de peticiones de servicios y se los enrola en planes y proyectos. Se transforma a trabajadores temporeros, contratados por el paciente para ayudarlo en proyectos, en amigos que llenen el hueco que se ha producido, pero ahora se tratará

de amigos a los que se puede ordenar que vengan o se vayan, lo que lleva a una domesticación del círculo social del paciente²⁴. Los pequeños defectos en los servicios recibidos de profesionales, comerciantes y operarios con los que se trata desde hace mucho tiempo llevan a enfrentamientos y al establecimiento inmediato de nuevas relaciones de servicio. Se divulgan confidencialmente secretos de familia en reuniones oficiosas ante personas que son meros conocidos. Se elogia exageradamente ante la familia a los amigos recién adquiridos, lo cual da la impresión de que la capacidad del paciente para meterse en una relación a fondo se está ejerciendo de forma caprichosa. Si el paciente es soltero, puede amenazarse con adquirir un cónyuge de otra edad, raza o clase; si está casado, entonces un segundo matrimonio inadecuado. Y es posible que se dé alguna promiscuidad sexual del tipo que puede realizarse a voluntad porque se basa en diferencias señaladas de condición social. En todo ello, el paciente se aprovecha de otros o coloca a otros en situación de aprovecharse de él, en cualquiera de los casos con gran apuro para su familia.

Cabe detectar ahora un aspecto general acerca de la furia de relación y de posición del paciente. Como su desplazamiento del lugar que tiene asignado debe realizarse totalmente por la fuerza del egoísmo, habrá dos esferas que estarán más fácilmente a su alcance. Una está formada por las personas locales que están apreciablemente por debajo de él socialmente y que están dispuestas a que se las acerque cuando quiera, porque la relación puede significar algún tipo de ventaja económica o de ascensión social. La otra esfera es la formada por personajes poderosos y famosos. Claro que con estas personalidades sólo se puede establecer el contacto más vicario y tenue, pues en este caso los conductos son las cartas de seguidores, los telegramas, la asistencia a sus apariciones personales, las invitaciones no aceptadas a fiestas, etc. Sin embargo, cuando las relaciones sociales reales pasan a dislocarse y a ser insuficientes, esas figuras están ahí; adquieren una inmediatez enorme y llegan a servir de puntos de referencia para la organización del yo.

Entonces, el paciente está en libertad de desplazarse en dos direcciones: hacia abajo por medio de un toma y daca social; hacia arriba mediante contactos vicarios o abortados. Resulta interesante que cuantos más problemas haya en casa mayor será la necesidad de intervenir en las vidas de los amigos; cuanto más se haga esto, más tenderá a cerrarse el segundo círculo al quedar recargado; cuanto

²⁴ Forma de organización social que, a veces, engendran los cargos muy altos: quizá el mejor ejemplo actual sean los séquitos hollywoodenses.

más ocurra esto, más plenamente se dedica el paciente a huir en dirección de las alianzas inadecuadas y las vicarias. Además, lo que va quedando de un círculo interno tiende a verse enajenado por lo que intenta el paciente en el siguiente círculo concéntrico; lo que se va desarrollando en él se ve socavado por las extravagancias del paciente en un círculo aún más amplio. Así, los intentos de expansión hacia el exterior reducen lo que ya se posee y aumentan mucho la necesidad de consolidar el nuevo círculo. Cuando todas estas fuerzas actúan juntas, se produce una explosión de relaciones. Se produce una huida hacia la comunidad.

Sin tomar el tiempo necesario para examinar detalladamente ninguna de estas salidas del ámbito ni para estudiar la hipótesis clínica de que el paciente quizá esté buscando todos los apoyos externos posibles para un estado interno que se derrumba, dígame únicamente que, por lo que respecta a la organización de la familia, lo que ocurre es que se ve en peligro la frontera entre ella y la comunidad. En el caso extremo, la familia como unidad que se contiene fuera del mundo circundante se ve arrastrada por la fuerza; sus miembros se ven literalmente desplazados del establecimiento doméstico por una inundación de no miembros y por la actividad de organización de la persona enferma.

Obsérvese que el contexto de comunidad de la vida de familia es tal que esta forma de difusión siempre es posible. El paciente no construye sus propias vías de acceso; se limita a utilizar excesivamente mecanismos que están a disposición de cualquiera que se halle en su posición. Para comprender esto debemos considerar a la comunidad como un sistema de vallas y puertas, un sistema para regular la formación y el crecimiento de las relaciones sociales.

No puede formarse una relación si dos personas no pueden entrar en contacto personal de un tipo u otro (sea directo o mediatizado), y no puede desarrollarse una relación si sus miembros no pueden interactuar a lo largo de un período de tiempo.

El contacto en sí se ve facilitado, desde el punto de vista de la organización, de determinadas formas básicas. La organización social contemporánea establece el acceso a los lugares de residencia y de trabajo por teléfono, telégrafo, correo y visitas personales. El uso necesariamente común de servicios públicos y semipúblicos, especialmente las calles, hace que una gran diversidad de personas se hallen al alcance directo las unas de las otras. La institución de los conocidos (establecida muchas veces mediante las presentaciones) confiere derechos prioritarios de contacto. Dada la existencia de esos mecanismos, existen grandes posibilidades de contacto, y mediante el contacto de desarrollo de relaciones.

Estas posibilidades, a su vez, se ven limitadas por diversos factores. No conocemos el aspecto ni la dirección de muchas de las personas con las que desearíamos estar en contacto. Nos vemos limitados por normas que proscriben el que iniciemos la conversación con unos y otros desconocidos, salvo por diversos motivos válidos. Es probable que ignoremos dónde y cuándo surgirán ocasiones sociales en que estén presentes las personas a las que deseamos conocer, y la presencia en sí ya permite iniciar una conversación. Si sabemos dónde y cuándo, es posible que no podamos, por motivos económicos, de pertenencia a un grupo o de invitación, acudir allí. Aparte de eso, existen todos los mecanismos utilizados para bloquear los contactos: disfraz para ocultar el aspecto personal, no asistencia a lugares públicos, hacer que el número de teléfono no conste en la guía, colocación de porteros para que intervengan en los lugares de residencia y de trabajo, segregación por costo y por ecología, etc.²⁵ Pero obsérvese que no puede permitirse que estos diversos bloqueos a la asociación sean completos. Toda puerta que excluya *completamente* a los indeseables deja también fuera a algunos deseables; todo medio de encerrarse uno completamente excluye también contactos que serían beneficiosos. Después de todo, las relaciones que llegan a un final dejan una pista que llega hasta un comienzo o una presentación; a las relaciones de servicio que resultan satisfactorias se les puede seguir la pista hasta la aparición en el teléfono de un cliente desconocido; a los proyectos logrados hasta nada más sustancial que un anuncio de intenciones; a la publicidad valiosa para alguien famoso, hasta una de las muchas llamadas telefónicas que recibe; a una advertencia de que se le ha caído a uno la cartera, hasta un desconocido que se le acerca a uno por la calle. ¿Quién sabe de quién será la próxima llamada telefónica o la próxima carta que se reciba, ni de qué tratará? La selección de visitas más cuidadosa del mundo debe seguir exponiendo a alguien del personal a *cualquiera* que se moleste en tratar de entrar en contacto. Hay que dar a los presentimientos el beneficio de la duda de un momento, por si acaso lo que llegará a realizarse deseablemente no puede ni siquiera comenzar. Hemos de pausar por lo menos un momento en nuestro próximo rechazo de otro a fin de verificar quién es el importuno. No hay opción: la vida social debe exponerse en todo momento a inicios

²⁵ Quienes más cabalmente utilizan estos mecanismos son los famosos, en parte aparentemente porque son quienes menos pueden confiar en la probabilidad de que los miembros interesados del público carezcan de información de detección a su respecto.

injustificados. Un mecanismo de selección no tendría valor funcional si las únicas personas que lo superaran fueran las personas que llegan a su interior.

Los mecanismos para facilitar y dificultar la formación de relaciones se ven reforzados por el control jurídico oficial, en el sentido de que las personas que se niegan a dejarse incluir en determinadas negociaciones pueden verse obligadas a ello por la ley, al igual que quienes se niegan a negarse a cometer determinadas importunidades. Lo que es mucho más importante, los mecanismos se ven reforzados por el control personal y el oficioso, que tiene por resultado un contrato social tácito: una persona está obligada a estar disponible para el contacto y la formación de relaciones, a cambio de lo cual otras personas están obligadas a abstenerse de aprovecharse de su disponibilidad. Puede mantener incidentalmente la ilusión de que no excluye a la gente, y ésta la de que no se vería rechazada.

Este contrato de asociación resulta viable porque se permite la expresión pronosticadora. Un saludo abierto y amistoso comunica que se acogerán bien las iniciativas; un gesto grave y rígido, que toda importunidad se verá rechazada abiertamente. Todo el que se abre camino a través de su rutina diaria se guía no sólo por sus propios intereses, sino también por esas expresiones. Evita aceptar sutiles invitaciones que podrían desembocar en relaciones inadecuadas, y evita cometer transgresiones cuando se han emitido sutiles advertencias. Se mantiene en el camino recto. Se maneja de forma poco generosa porque todas las partes tienen algo que perder.

Es comprensible, pues, por qué el paciente se encuentra en un mundo dislocable. Con nada más que arriesgar algo más de lo que por lo general arriesgan las personas como él —al exponerse sea a relaciones inadecuadas o a un rechazo insultante— se coloca en posición de traspasar un poco todas las fronteras sociales. Quien quiera que sea el otro, siempre habrá buenos motivos que justifiquen relacionarse con él, y por tanto una cobertura, por rápidamente desacreditable que sea, para iniciar una interacción con él.

Una última observación. La actividad maniaca que he descrito se sitúa, evidentemente, en la vida de los privilegiados, de las clases altas y medias²⁶. Creo que este evidente prejuicio en la selec-

²⁶ Hay algunos datos empíricos favorables a este argumento en August Hollingshead y Fredrick Relich, *Social Class and Mental Illness* (Nueva York, John Wiley and Sons, 1958), pág. 288.

Considérese como ejemplo analítico una comparación extrema: un negro alcohólico y una modelo rubia, él mal vestido y ella en el estilo de la alta clase media. Compárese su situación pública: el cruce del uno con la otra o en direc-

ción de ejemplos está justificado. Hay que estar en posesión de recursos sociales antes de poderlos manejar de la forma que se ha visto. Por tanto, la manía parecería ser una enfermedad de personas con ventajas sociales: dinero, alcurnia, cargos, profesión, educación, atractivo social, y con una red de relaciones familiares y sociales. Es posible que los expansionistas empobrecidos, que tienen pocos bienes que cambiar para que se los tome en serio, se vean pronto forzados a hacer exposiciones ridículas, y transformen a todos los que los rodean en enfermeros escépticos. Así, cabría aducir que los bien situados tienen una propensión a la manía, o al menos están excesivamente representados en lo que a ella respecta; la demencia del lugar es una función de la posición.

ción hacia otros desconocidos. Considérense las prácticas oculares a las que cada uno de ellos debe hacer frente por parte de los paseantes.

El alcohólico: el que pasa a su lado procurará mirarlo de pasada o no mirarlo, preocupado de que el alcohólico no encuentre un ángulo desde el que establecer un contacto ocular y luego prolongue el cruce con saludos prolongados, felicitaciones contaminantes y otras importunidades y amenazas. Si el alcohólico persiste en no mantenerse en su sitio, es posible que sea necesaria la descortesía de volver descaradamente la cabeza hacia otro lado.

La modelo: el que pasa a su lado se la queda mirando abiertamente tanto rato como permite el cruce sin tener que hacer un movimiento exagerado de cabeza. Durante este momento estructurado de contemplación, es posible que esté alerta, en su fantasía, a cualquier signo que haga ella interpretable como alentador de las intenciones de él. Obsérvese que esta galantería improvisada se mantiene muy bien controlada, sin constituir un peligro para el tráfico humano, pues hace mucho tiempo que la modelo habrá aprendido a desempeñar su papel en la ceremonia, que es llevar los ojos hacia abajo, sin ver, padeciendo en silencio la contemplación.

Frente a esta visión estructural de la situación pública de la bella y la bestia (que ejemplifica las fronteras de la inatención cortés), estúdiense las consecuencias para cada uno de estar poseído por un impulso irreprimible de iniciar relaciones.

Por sí solo, el alcohólico puede representar una pequeña molestia, pero el desorden que puede crear no es mucho mayor de lo que probablemente se le permitirá. Cuanto más golpee los barrotes de la jaula, más aprisa pasarán los visitantes del zoo. Las disposiciones sociales son tales que si se pone a gritar directamente en la cara de un otro desconocido, es posible que ello sólo sirva para que se le acabe por tratar completamente como alguien que no existe. En cambio, si la modelo se porta amistosamente, se encontrará con que de pronto hay cien personas dispuestas, que hay desconocidos de ambos colores, tres sexos y varios grupos de edades dispuestos a pararse en el camino para iniciar una aventura de sociabilidad. En cuanto sonríe empiezan a iniciarse relaciones. El alcohólico deja tras de sí una huella superficial de personas que ahora están más ocupadas con sus planes iniciales. Es posible que una bella maníaca no logre llegar lo bastante lejos para dejar una huella. Abre un mundo que después se cierra sobre ella. Dificulta y enreda los rumbos a su alrededor. Cuanto más delicada y señorial sea, más se convierte en el peligro del que hubieran debido advertir a la urbe los manuales victorianos.

Ya me he referido a algunas características de la vida de la familia con el paciente. Los parientes advierten que ya no se hallan en un medio fácilmente predecible. Se sienten estupefactos ante el cambio de carácter y de personalidad que se ha producido. Además, como el cambio dramático se ha dado en una persona que, a su juicio, deberían ser ellos los más capacitados para caracterizar, el conocimiento en sí mismo se convierte en un problema; pueden verse en peligro los principios mismos del juicio conforme a los cuales uno llega a sentir que conoce el carácter y es competente para juzgarlo. Examinemos ahora algunos aspectos más de la reacción de la familia.

Una cuestión se refiere a la estructura de la atención. En términos sencillos, el paciente se convierte en alguien a quien se ha de vigilar. Cada vez que agarra un objeto agudo o contundente, cada vez que contesta al teléfono, cada vez que se acerca a la ventana, cada vez que tiene en la mano una taza de café y tiene al lado una alfombra, cada vez que está presente cuando viene alguien a la puerta o va de visita, cada vez que coge las llaves del coche, cada vez que empieza a llenar un lavabo o una bañera, cada vez que enciende una cerilla, en cada una de esas ocasiones la familia tendrá que estar dispuesta a intervenir. Y cuando no se sabe dónde está, o se sabe que está detrás de una puerta cerrada, habrá que dar la alerta por si hay sospechas de que algo va mal. La posibilidad de que el paciente sea malicioso o descuidado, de que adrede o no se haga daño, o inflija daños a otros o a la casa, demuestra que las disposiciones normales del hogar pueden estar preñadas de peligro; evidentemente, es la presuposición del uso convencional la que nos hace pensar que esas disposiciones convencionales carecen de peligro²⁷.

Deben mencionarse tres aspectos relativos a la vigilancia que ejerce la familia. En primer lugar, los hogares tienden a estar organizados de forma no oficial, en el sentido de que a cada miembro se le deja un margen considerable para establecer el calendario de sus propias tareas y desviarse en sus propias direcciones. Entonces, tendrá sus propios asuntos, a los que siente necesidad de atender.

²⁷ Los profesionales que se encargan de las personas activamente suicidas tienen plena conciencia de las posibilidades letales no convencionales del equipo doméstico; de hecho, en los historiales publicados se citan ejemplos. Lo que quizá se aprecie con menos claridad es que una persona con *cualquier* tipo de desorden mental expresado activamente puede sacar de quicio el significado de sus actos domésticos por lo que respecta a los demás miembros de su familia. Lo que sería normalmente una rutina insignificante de la casa puede llegar a interpretarse como un acto mediante el cual el paciente puede dañar, adrede o no, al equipo a su alcance, a las personas que están a su lado o a sí mismo.

Cuando se presenta, en cambio, la necesidad de tener que hacer la guardia del paciente, ello bloquea una necesidad justificada y placentera de tiempo y genera un volumen sorprendente de fatiga, impaciencia y hostilidad. En segundo lugar, la vigilancia tendrá que ser disimulada y disfrazada, para que el paciente no sospeche que está sometido a una observación constante, y esta cobertura requiere más intervención y atención. En tercer lugar, para aumentar su eficiencia y mantener la moral, es probable que los vigilantes inicien una colaboración, que por fuerza habrá de ser colusiva.

La familia no sólo debe reaccionar a lo que está haciendo el paciente con su propia vida interna, sino también al espectáculo que parece estar dando en la comunidad. Al principio, a la familia la preocupará mucho que uno de sus emisarios esté dejando mal al equipo. Por tanto, la familia trata de cubrirlo y de interceder con objeto de cubrir las apariencias del paciente y las suyas propias. Esto refuerza las posiciones colusivas dentro de la familia contra el paciente.

Al ir continuando y agravándose la disputa dentro de la familia acerca de los yos, en función de los cuales debería estar organizada la actividad, la familia empieza a volverse hacia el exterior, primero hacia los parientes del paciente, después hacia los amigos, a los profesionales, a los empleadores. El objeto de la familia no es meramente obtener ayuda en el manejo secreto del paciente, sino también obtener una confirmación muy necesaria de su opinión acerca de los acontecimientos. Se produce una inversión de la norma sobre la información familiar. Ahora se hará que los conocidos u otras fuentes posibles de ayuda que antes estaban personalmente distanciados de la familia acudan al centro de las cosas, como parte de una nueva solidaridad de quienes ayudan a manejar al paciente, igual que algunos de los que antes eran íntimos pueden verse ahora excluidos porque, en apariencia, no se ajustan a la definición que hace la familia de la situación.

Por último, la familia averigua que, a fin de impedir que otros den importancia a la actividad iniciadora del paciente, hay que dejar que personas relativamente distantes entren en el secreto de la familia. Es posible que incluso se haya de recurrir a los tribunales a fin de bloquear las extravagancias mediante el nombramiento de un administrador judicial, liquidar por anulación matrimonios inadecuados, etcétera. La familia filtra francamente indicios de que ya no puede manejar sus propios problemas, porque hay que ponerle el cascabel al gato familiar. Para cuando llegue ese momento, los miembros de la familia habrán aprendido a vivir a techo abierto. Habrá menos or-

gullo y menos amor propio. Estarán dedicados a establecer que uno de sus miembros tiene una enfermedad mental y, cualquiera sea el grado del éxito que obtengan al respecto, se expondrán al concepto corriente de que forman el tipo de familia que produce enfermedades mentales.

Mientras la familia se salta la frontera de información entre ella y la sociedad —y el recurso al psiquiatra no es sino una instancia claramente contenida de ello— puede empezar a añadir una red más fina, además de ir ampliando su red colusiva. Algunas de las llamadas telefónicas del paciente están intervenidas, y algunas de sus cartas se abren y se leen. Se interrogan en secreto unos a otros acerca de algunas de las declaraciones que hace el paciente a diferentes personas, con la consiguiente revelación de sus incongruencias. Las experiencias con el paciente se van compartiendo dentro de un círculo que es cada vez más amplio, a fin de extraer y confirmar pautas de incorrección. Se exponen al paciente actos discretamente planeados como si fueran espontáneos y no planeados, o se los disfraza para que parezcan proceder de una fuente que él todavía considera inocente. Obsérvese que esta conspiración es un resultado comprensible de la enorme necesidad de la familia de saber cuál va a ser la próxima medida que adoptará el paciente, a fin de anularla.

Un estudio de la reacción de la familia al paciente sugiere fácilmente que los pacientes hallarán muchas causas para estar enfadados con él. Pero superpuestos a eso se hallan muchos sentimientos, que a menudo son más fuertes. Los daños que parece ir causando el paciente, especialmente como consecuencia de su manera de salirse de su ámbito cuando está fuera de la familia, se entienden en el sentido de que van más en contra de sus propios intereses que de los del resto de la familia. Pero, para la familia, esto no tiene por qué producir una triste satisfacción ni ayudar a equilibrar las cosas; más bien, es posible que empeore la cuestión. Como ya se ha sugerido, el carácter distintivo de la familia es que sus miembros no sólo se sienten responsables por cualquiera de los parientes que se halla en dificultades, sino que además se sienten identificados personalmente con su situación. Siempre que el paciente está solo en la comunidad, expuesto y exponiéndose a lo que cabe percibir como contaminación de su yo y a una disminución de su carácter, siempre que se ha de dejar al paciente solo en casa, exponiéndose a sí mismo y al hogar a peligros intencionales y no intencionales, la familia estará sometida a la ansiedad y a los temores.

Ya se ha sugerido que una familia que ha de enfrentarse con una manía formará, probablemente, una red colusiva, de la cual que-

dará excolusionado el paciente²⁸. Pasemos ahora a adoptar el punto de vista del paciente.

La conspiración de la familia es bien intencionada, pero de esta conspiración parte lo que hacen otros. El paciente se encuentra en un mundo que no tiene de la inocencia más que el aspecto, en el cual se pueden hallar pequeños signos —que por ende se pueden buscar e imputar erróneamente— que demuestran que las cosas son cualquier cosa menos lo que aparentan. En casa, cuando de repente es él quien cambia la dirección de la mirada durante una conversación, se puede encontrar con la evidencia innegable de una labor colusiva en equipo contra él, de un trabajo en equipo que no es como cuando se deja a la víctima de una broma inocente saber que se le está gastando una broma²⁹. Llega a opinar, con razón, que lo que se le dice se le dice con objeto de que se enteren los demás presentes, para asegurar que seguirán colaborando en el manejo de su yo, y que las declaraciones hechas a otros en su presencia están proyectadas y se formulan con objeto de que él las oiga. Considerará que esta disposición de las comunicaciones es muy inquietante y

²⁸ Si el paciente es un adulto, las consecuencias para los niños resultan especialmente dolorosas. Es posible que, a fin de proteger a los jóvenes contra las exigencias imperiosas del paciente y contra la consiguiente concepción del paciente que se produciría si se tomaran sus actos en serio, haya que reclutar en la red a los jóvenes. Ello facilitará también la colusión al reducir el número de otros a los que se ha de disimular su funcionamiento. Es posible que los niños acepten esta invitación o que la rechacen o que, si tienen suficiente cuidado, den a cada uno de los bandos la impresión de que apoyan su opinión. Cualquiera que sea la respuesta de los jóvenes, la solidaridad de los adultos se ve claramente quebrada, y la idealización de los adultos se ve socavada. El resultado puede ser que los niños traten a la persona enferma con insubordinación, pues los otros adultos no pueden reforzar las exigencias del paciente. Además, cuanto más se convierta el enfermo en una fuente de exigencias no justificadas a los jóvenes, menos creerán los otros adultos que pueden ejercer la disciplina paterna cuando hace falta disciplina.

²⁹ Ello no requiere una perceptividad especial del paciente, cosa que a veces se atribuye a los dementes. Es un hecho empírico que en nuestra sociedad, muchas veces los signos furtivos mediante los cuales se mantiene una alineación colusiva contra alguien que está presente son elementales y el excolusionado puede advertirlos fácilmente. Por lo general, quienes están en colusión no descubren que se los ha descubierto, porque el excolusionado prefiere apoyar la apariencia superficial de que no es tan indigno como para merecer este tipo de traición. Paradójicamente, es precisamente esa definición superficial de la situación lo que necesitan los colusionados para tener algo que socavar. Deseo añadir que muchas veces los colusionados se niegan a montar su colusión con la discreción con que podrían hacerlo. Al igual que ocurre con muchos otros ejemplos de falso comportamiento, los manipuladores medio desean que su víctima tenga conciencia de lo que verdaderamente se opina de ella.

llegará a opinar que se le mantiene adrede fuera del contacto con lo que está ocurriendo.

Además, es probable que el paciente detecte que se le está observando, sobre todo cuando se acerca a un artefacto doméstico que podría utilizar para hacerse daño él o hacérselo a otros, o que en sí mismo es vulnerable y susceptible de ser dañado. Advertirá que se le trata como a un niño al que no se puede permitir que haga lo que quiera en la casa, pero en este caso como a un niño en quien no se puede confiar para demostrarle francamente que no se puede confiar en él. Si enciende una cerilla o agarra un cuchillo se puede encontrar, cuando se da la vuelta de esas tareas, con que los demás presentes parecen haber estado observándolo y ahora tratan de disimular su vigilancia.

En reacción a la respuesta que está creando, el paciente llegará además a sentir que la vida en la familia se ha desorganizado. Es probable que trate de conseguir algún apoyo para su propia opinión de lo que están haciendo sus parientes. Y es probable que tenga algún éxito.

El resultado es que hay dos facciones colusivas, cada una de las cuales envuelve en incertidumbres a la otra, cada una de las cuales recurre a una serie nueva y cambiante de miembros secretos. El hogar deja de ser un sitio donde se produce el fácil cumplimiento de mil actos correctos y mutuamente previstos. Deja de ser un frente sólido organizado por un grupo estable de personas contra el mundo, atrincherado y protegido por un grupo estable de amigos y servidores. El hogar se convierte en una tierra de nadie en que unas facciones cambiantes se ven obligadas a negociar a diario, con unas armas que consisten en la comunicación colusiva y un blindaje que consiste en la inatención selectiva a las maquinaciones del otro bando, inatención que es difícil lograr porque cada una de las facciones debe dedicarse a interpretar los signos furtivos de la otra. La casa, que es donde deberían curarse las heridas, se convierte precisamente en el sitio en que se inflingen éstas. Revientan las fronteras. La familia se vuelve del revés.

Vemos, pues, que el maniaco doméstico cría, y se cría en, el caos de la organización, y que este caos es perfectamente evidente. Pero los informes clínicos a este respecto han sido muy escasos. Aventuro una explicación durkheimiana.

Ocurre muchas veces que a los pacientes hospitalizados que se han comportado en casa de la forma más exótica y difícil se los vuelve a llevar a sus familias al salir del hospital, y que por muchas reservas que haya al llegar a sus casas, se les brinda una especie de aceptación a prueba. También es bastante frecuente que antes de

la hospitalización la sensación de la familia de que su miembro problemático está enfermo mentalmente aparezca y desaparezca; a cada estallido, la familia tendrá que enfrentarse una vez más con la idea de que aparentemente hay una enfermedad mental, pero en cada momento de comportamiento normal y tranquilo del paciente, la familia volverá a experimentar grandes esperanzas: la esperanza de que todo esté volviendo a la normalidad. Esta disposición a oscilar, esta flexibilidad de la esperanza por parte de la familia, no deben tomarse en especial como prueba de buena voluntad ni de resistencia a la adquisición de una mala reputación. Estoy seguro de que en otras circunstancias la mayor parte de las familias estarían perfectamente dispuestas a formarse una opinión rígida y estereotipada de un infractor. Pero el hecho es que no hay forma estable de que la familia conciba una vida en la que un miembro de ella se conduzca de forma demencial. Los agitados debates que ocurren en torno a la persona enferma son algo que la familia estará dispuesta a olvidar inmediatamente; la familia estará siempre dispuesta a volver a la forma viable en que se desarrollaban antes las cosas. Porque si puede hacerse lugar intelectual para el mal comportamiento, entonces dejaría de ser un mal comportamiento. Es como si la percepción sólo pudiera formarse y continuar donde existe una organización social; es como si la experiencia de la organización pudiera sentirse, pero no conservarse. Cuando el caos llega a su apogeo, es improbable que los participantes encuentren a nadie que tenga ni la menor idea de lo que es vivir en medio de él. Cuando por fin se resuelve el problema, los propios participantes no podrán entender por qué habían estado tan inquietos. Poco tiene de extraño, pues, que durante la fase de desorganización la familia viva en la realidad vigente como en un sueño, y la rutina doméstica que ahora sólo se puede soñar se entenderá como lo que es real.

VI

Volvamos ahora al comentario anterior de los elementos colusivos en el papel del médico. Volvamos al dilema del doctor.

La visión tradicional de la hospitalización mental y otros servicios psiquiátricos implica la existencia de una persona responsable, que generalmente es un pariente, que persuade, arrastra, engaña o atrapa al futuro paciente para que visite a un psiquiatra. Hay un reconocimiento que lleva al diagnóstico. Entonces es cuando es probable que el psiquiatra inicie su colusión con los parientes, basándose en que no se puede confiar en el paciente para que defienda sus

propios intereses, y en que de nada le servirá al paciente enterarse del nombre ni de la gravedad de su enfermedad³⁰. Naturalmente, lo probable es que el paciente se sienta traicionado y víctima de una conspiración, y es posible que siga sintiéndose así hasta que esté lo bastante bien para apreciar que la actividad colusiva se realizaba por su propio bien.

Los grandes críticos de la gestión colusiva del paciente mental han sido los psicoanalistas. Actúan a partir de la hipótesis de que si se aspira a establecer una relación real con el cliente, una relación que permita al terapeuta y el cliente cooperar de modo beneficioso, entonces esta relación no debe verse socavada por el establecimiento por parte del terapeuta de una comunicación colusiva con los otros responsables del paciente. Si es necesario un contacto entre el terapeuta y los parientes del paciente, entonces debe advertirse a los parientes de que el paciente debe enterarse de lo que ha ocurrido y de las cosas más importantes que ha dicho el terapeuta a los parientes. Los terapeutas aprecian realísticamente que la información sobre el paciente puesta en manos de sus seres queridos puede muy bien utilizarse contra él. Esta política de las comunicaciones aísla al terapeuta de muchas fuentes de información acerca del paciente, pero hay una respuesta a esto en la doctrina de que el problema del paciente consiste en su estilo de proyectar y de relacionarse, y de que de esto se pueden hallar suficientes muestras mediante lo que se revela en las sesiones en privado. Cabe observar aquí un paralelismo de lo que se califica de antropología de hotel.

Sugiero que los terapeutas, en especial los de tipo psicoanalítico, advierten la implicación colusiva de sus contactos con los terceros y hacen lo posible por proteger al paciente contra esa colusión. Pero con esta misma maniobra ayudan a consolidar otra relación colusiva, la que existe entre ellos y el paciente en relación con los otros responsables. La práctica de tratar de llegar hasta el punto de vista del paciente, el esfuerzo por abstenerse considerablemente de formular juicios morales obvios, y la obligación estricta por parte del paciente de traicionar todas las confidencias si éstas parecen pertinentes, todos estos factores, sumados a la intimidad del contexto terapéutico, aseguran la formación de una coalición colusiva en una medida que no llegan a advertir ni los parientes (mientras que las relaciones ordinarias originan coaliciones colusivas, la situación terapéutica es una

³⁰ No cabe duda de que esta práctica no es totalmente mala, dado que esta información puede afectar profundamente a la opinión que tiene el paciente de sí mismo, y, sin embargo, parece que los diagnósticos varían de forma verdaderamente notable, según cual sea la moda imperante de diagnóstico y los gustos del médico.

colusión que origina una relación). Esto se parece al sistema de concesión doméstica de ventajas, en el que, cuando juega la familia, al equipo más débil se le da una persona más. Permítaseme añadir que la colusión pagada parece constituir una extraña profesión a la que dedicarse, pero es posible que en ella se haga más bien que mal.

Lo que se ha examinado puede reducirse a una fórmula. Tradicionalmente, se ha tratado al psicótico mediante una relación colusiva entre sus terapeutas y su familia, y se ha terminado por excluirlo al ingresarlo en el hospital mental, mientras que se le ha invitado al neurótico (que se sienta inclinado a ello y que pueda permitírsele) a tener una relación colusiva con su terapeuta contra su familia o su jefe y se le ha permitido que se quede en la comunidad³¹.

Existe, pues, una colusión por lo que respecta a los psicóticos que acaban en un hospital mental y por lo que respecta a los neuróticos que se quedan en la comunidad, y el psiquiatra está obligado a practicar una forma o la otra, según su paciente y, además, según el tipo de práctica que tenga. Pero lo que hemos de estudiar aquí es la colusión que surge cuando se maneja en la comunidad a los psicóticos de tipo maniaco.

En primer lugar, obsérvese que la colusión terapéutica o paciente-psicoanalista tendrá sus defectos. Las conversaciones privadas con el paciente no dirán al terapeuta lo que está pasando en la familia ni cuáles son las necesidades urgentes de ésta. Así lo indica el hecho ya sugerido de que los psicoterapeutas apenas si han facilitado información acerca del significado, por lo que respecta a la organización, de la enfermedad para las unidades de organización social en que se da la enfermedad. En todo caso, como es probable que el paciente continúe a toda marcha su actividad perturbadora después de iniciarse la terapia, la familia sentirá que el terapeuta ha pasado a integrarse en la facción del paciente. Y esto no carece de importancia. Los oponentes domésticos del paciente se encuentran con la espalda contra la pared de la cordura, al tener que traicionar a un ser querido para que sus suposiciones no características acerca de sí mismo no hagan que la vida se convierta en algo irreal. El lugar

³¹ Debe reconocerse que en los últimos tiempos algunos psicoterapeutas han intentado tratar al mismo paciente en el hospital y fuera de él, en cuyo caso no son posibles las tomas de posición habituales: algunos han iniciado la «terapia en familia»; otros han intentado una relación flexible y abierta de acceso que permite celebrar sesiones privadas y familiares con el mismo paciente. Pero creo que ni siquiera los tratamientos de este tipo impiden los problemas de la colusión.

social de esos oponentes se ve socavado, y ellos ponen en tela de juicio las normas que han utilizado siempre para juzgar el carácter y la identidad. Cuando cualquier otra persona deja de confirmar su opinión del paciente, incluso cuando ese no hacerlo significa meramente una negativa a ponerse del lado de un bando o del otro, ello añade peso a la alucinante posibilidad de que sea la familia quien se equivoque y de que, al equivocarse, esté destruyendo al paciente. Y no cabe duda de que las personas distantes de la familia no confirmarán la actitud de ésta. A este respecto debe comprenderse un dato relativo a la comunidad en general. Salvo que el paciente esté muy enfermo, quienes lo conocen poco —y más aún quienes no lo conocen en absoluto— quizá no adviertan que algo va mal, y hay buenos motivos para ello; por lo menos durante algún tiempo, es posible que no adviertan sino que un individuo se comporta de forma más amistosa y abierta, que es más extrovertido de lo que solía. Los miembros de la comunidad que *si* empiezan a tener dudas acerca del paciente es probable que tengan el suficiente tacto para abstenerse de expresarlas directamente. Después de todo, no hace falta más que ir reduciendo los contactos con la persona que causa problemas. Lo peor que puede ocurrirles a ellos es que tengan que enfrentarse brevemente con lo condicional que es su interés por otra persona: condicional a que esa persona esté dispuesta retirarse en respuesta a las sugerencias y las indicaciones que se le hagan.

Es posible que el otro tipo de colusión psiquiátrica no sea mucho mejor. Si la familia recibe seguridades psiquiátricas de que es el paciente el que está loco, y no los miembros de su familia, esto mitiga algo su necesidad de confirmación de su actitud por parte de los amigos y colegas, lo que a su vez mitiga su huida hacia la comunidad. Pero a fin de contener y disciplinar al paciente, y gracias a esto de mantener la posibilidad de restablecer más tarde las relaciones anteriores, se sentirán obligados a decirle que no es él mismo y que eso es lo que dice el psiquiatra. Esto no sirve de mucho. Es casi seguro que la familia tendrá que utilizar esta arma, pero no será la adecuada. El paciente creerá que a sus parientes no les preocupa la enfermedad que padece él, sino la reducción de categoría que esa enfermedad entraña para ellos. Y, en general, el paciente tendrá razón. Entonces, el paciente debe aceptar la idea de la enfermedad mental, que equivale a aceptar lo que puede ser un concepto destructivo de su propio carácter, o hallar nuevas pruebas de que sus parientes se han vuelto de pronto contra él.

En resumen, el médico se encuentra con que ha de sumarse a la facción de la familia o a la del paciente, y con que ninguno de

esos recursos es particularmente sostenible. Ese es el dilema del doctor.

VII

En este estudio se ha intentado esbozar algunos de los significados de los síntomas mentales para la organización en la que se presentan con especial referencia a la familia. El argumento consiste en que la doctrina y la práctica corrientes en la psiquiatría han descuidado esos significados. El comprimir la guerra por el lugar social en una familia con problemas en términos como «interpretación de un papel» o «maníaco» hace que las cosas queden bien ordenadas, pero por lo general lo que se logra con esos términos es el espléndido aislamiento de la persona que los utiliza. Un concepto como el de «hiperactividad», que denota psiquiátricamente precisamente el comportamiento que he venido examinando, parece connotar una especie de mal funcionamiento mecánico, sin sugerir mucho acerca de las salidas de ámbito social que intervienen de hecho.

Una última complicación. A todo lo largo de este estudio he hablado del paciente enfermo mental y de sus síntomas médicos. Era una cosa optimistamente sencilla que hacer. Los síntomas médicos y los llamados síntomas mentales son cosas radicalmente distintas. Como ya se ha señalado, el mal funcionamiento que representan los síntomas médicos es un mal funcionamiento del organismo humano, y sólo muy raras veces constituye una negación elegante del funcionamiento social. Por muy disminuida que esté físicamente, la persona médicamente enferma casi siempre puede expresar que no se está oponiendo adrede y abiertamente a ocupar su lugar en el esquema social de las cosas. En cambio, los llamados síntomas mentales están formados por la sustancia misma de la obligación social. Los síntomas mentales expresan directamente toda la gama de las tomas de posiciones sociales divisorias: enajenación, rebelión, insolencia, no fiabilidad, hostilidad, apatía, importunidad, intrusión, etc. Estas tomas de posiciones divisorias no constituyen —en primera instancia— un mal funcionamiento del individuo, sino más bien una dislocación y unos problemas en una relación o en una organización. Todos podemos estar de acuerdo en general en que debería hacerse todo lo posible por atender a los heridos y mantenerlos con vida, pero desde luego no en que deban mantenerse las organizaciones sociales de todos los tipos. Además, como ya se ha sugerido, hay una multitud de razones por las que alguien que no es en absoluto un enfermo mental, pero se encuentra con que no pue-

de ni marcharse de una organización ni modificarla básicamente, puede introducir exactamente el mismo tipo de problemas que causan los pacientes³². Todos los términos que he utilizado para describir el comportamiento ofensivo del paciente —y el propio término de «paciente»— son expresiones del punto de vista de las partes que tienen intereses especiales. Lo procedente hubiera sido colocar esos términos entre comillas, pero habrían hecho falta demasiadas.

La doctrina psiquiátrica convencional hace un sitio, naturalmente, para la psiquiatría. Se utiliza el argumento de que un individuo puede parecer más o menos normal a los miembros de su familia, a sus compañeros de trabajo o sus vecinos, y, en realidad, bajo todo ello, ser lo que se califica de tipo muy enfermo, de alguien que necesita ayuda. El prepaciente y sus íntimos pueden negarse a ver que ande mal nada fundamental, cuando a ojos de un profesional es evidente que, como dice él, está muy enfermo. Para el momento en que el prepaciente y sus otros comprenden que pasa algo, es posible que —según el argumento psiquiátrico— esté verdaderamente muy enfermo. Para ese momento es posible que sus otros más íntimos lo estén castigando de mil modos por su enfermedad y que le echen la culpa de algo que probablemente han ayudado a ocurrir. La solución consiste en atrapar las cosas a tiempo, antes de que los síntomas pasen a ser descarados, se deteriore la personalidad y ocurran daños irreparables.

Sin embargo, esta visión convencional puede estar trágicamente equivocada, y equivocada tanto para el paciente como para sus otros. Pues cuando alguien que no está en un hospital tiene un episodio maniaco, deben considerarse las siguientes posibilidades:

Por una parte, es posible que haya muy poco que ande mal en el equipo psicobiológico del infractor. Es posible que la importancia psicológica del problema, a su juicio, sea relativamente superficial y, de hecho, sea fácilmente comprensible en función de la evolución de su relación con quienes se hallan fuera de la organización que tiene problemas. Después de todo, la confusión que introduce el maniaco no sale de su cabeza. Procede de las vulnerabilidades de las

³² Una de las cosas que esto implica es que quienes llegan a llamar la atención de la psiquiatría forman un grupo muy variado. Dados los procedimientos vigentes de ingreso en los hospitales y el número de pacientes de los que se encargan actualmente los psiquiatras no analistas que trabajan en sus propias clínicas no entiendo cómo es posible que los psiquiatras sepan si es o no la enfermedad mental lo que causa el síntoma de que se ocupan. Al no saber de qué se ocupan, es comprensible que logren pocos éxitos al ocuparse de ese síntoma.

organizaciones domésticas y de la comunidad ante personas con recursos sociales que gastar³³. Por otra parte, quienes han de contener al maniaco en su organización social pueden, debido al comportamiento social de aquél, encontrarse en un combate en el que entra en juego su propia vida social. La importancia social de la confusión que crea aquél puede ser tan profunda y tan básica como lo puede ser la existencia social.

Lo más perturbador que puede hacer un organismo sano es adquirir una enfermedad mortalmente contagiosa. Lo más perturbador que puede hacer una persona es no mantenerse en un lugar que a juicio de los otros no puede modificarse para él. Sea cual sea la causa del estado psicológico del infractor —y es evidente que a veces éste puede ser orgánico—, la importancia social de la enfermedad es que de un modo u otro su vector incide en la forma en que las cosas se nos pueden poner difíciles a nosotros. La importancia sociológica de esto es que la vida social está organizada de tal forma que puede hallarse un medio de hacer frente a esto.

El maniaco es alguien que no se abstiene de entrometerse donde nadie quiere verlo, o donde se lo aceptará, pero a condición de rebajar lo que él entiende como su valor y su condición social. No se

³³ Análogamente, deberíamos comprender que la depresión no es algo que se pueda comprender plenamente con la observación del interior del paciente. Me parece que las personas deprimidas llegan a apreciar conscientemente la gran cantidad de esfuerzo social que de hecho requiere el proceder normal de mantener el lugar habitual de uno en las empresas. En cuanto un individuo se siente un poco menos emprendedor de lo que es habitual en él, es muy fácil que una parte muy grande de su universo social pase a atenuarse debido sencillamente a que ese universo se ve sostenido en parte por una opción que el actor ejerce constantemente. En muchos puntos de contacto de la ronda cotidiana del individuo, sus otros estarán alerta a los signos de desafecto y estarán dispuestos a empezar a retirarse de él a fin de proteger su propia recepción. Una pequeña sugerencia de que siente menos inclinación hacia ellos puede iniciar una retirada general de él. Cabría añadir que, si bien ya no se formula en la psiquiatría la idea clásica de los ciclos maniaco-depresivos —pues la idea actual es la de que predomina uno de los dos modos— si ocurre que muchos maníacos experimentan momentos de clara depresión, en los que enfrentarse con cualquier momento del día requiere un esfuerzo normal. Una vez más, no se debe atribuir el problema de encontrar que todo es demasiado difícil exclusivamente a un factor intrapsíquico, sino también al hecho de que el lugar social está organizado de tal modo que siempre hace falta algún esfuerzo especial para mantenerlo. Como gran parte de la vida social está organizada en términos de control oficial y de control oficioso, se dan las condiciones para que un leve incremento o una leve disminución de la capacidad emprendedora se multiplique en todas las direcciones. La depresión y la manía se convierten forzosamente en posibilidades inmediatas, y no es de sorprender que ello ocurra muchas veces en la misma persona.

contiene en las esferas y los territorios que se le han asignado. Va demasiado lejos. No se mantiene en su lugar.

Pero interviene algo más que el lugar y el yo que éste permite. El maniaco no acepta que se le trate con tacto a cambio de no insistir demasiado. Y no sólo se mantiene en el lugar que él y sus otros le han asignado, sino que se niega, aparentemente adrede, a realizar la labor ritual que permitiría a sus otros no tener en cuenta esa salida de su lugar.

En respuesta, sus otros creen que su carácter y su personalidad han cambiado de repente, que ya no es él mismo, y que ya no es él mismo de tal modo que no permite a sus otros íntimos ser lo que creen deben ser. Al desencajar su yo de su persona, desencaja a las personas de quienes lo rodean de sus yos respectivos. Donde quiera que se desplazan sus actividades, sigue el desorden.

El maniaco se niega a limitarse al juego social que introduce orden y sentido en nuestras vidas. Con sus extravagancias renuncia a «su» amor propio, que es la consideración que le permitiríamos tener por sí mismo como premio por mantenerse en un lugar social que para él puede no contener ninguna otra satisfacción.

El maniaco renuncia a todo lo que puede ser una persona, y renuncia también a lo que entendemos como relaciones protegidas conjuntamente. Al hacerlo, y al hacerlo por cualquiera de toda una multitud de razones independientes, nos recuerda lo que es nuestro todo, y después nos recuerda que este todo no es mucho. Una lección parecida es la que enseñan los causantes de problemas de otras categorías que tampoco se mantienen en su lugar.

Alianza Universidad

Volúmenes publicados

- 106 Dennis Swann: **La economía del Mercado Común**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 107 Francisco Rodríguez Adrados: **La Democracia ateniense**
- 108 Peter Dörner: **Reforma agraria y desarrollo económico**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 109 W. D. Hudson: **La filosofía moral contemporánea**
- 110 Norman Hampson: **Historia social de la Revolución Francesa**
- 111 George Rosen: **Locura y sociedad. Sociología histórica de la enfermedad mental**
- 112 D. M. Winch: **Economía analítica del bienestar**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 113 Luis Angel Rojo: **Renta, precios y balanza de pagos**
- 114 Eric H. Lenneberg: **Fundamentos biológicos del lenguaje**
- 115 D. S. Landes, J. J. Linz, L. A. Tilly, Ch. Tilly y otros: **Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa.** Selección e introducción de Val R. Lorwin y Jacob M. Price
- 116 Enrique Ballester: **La nueva contabilidad**
- 117 Walter Elkan: **Introducción a la teoría económica del desarrollo**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 118 José Luis Pinillos: **Historia y método de la psicología**
- 119 H. Aiken, Ch. Babbage, J. von Neumann, C. E. Shannon, A.M. Turing, W. G. Walter y otros: **Perspectivas de la revolución de los computadores**
- 120 E. H. Carr: **Historia de la Rusia Soviética. El socialismo en un solo país (1924-1926) 2. La lucha en el partido. El orden soviético**
- 121 Erwin Panofsky: **Renacimiento y renacimientos en el arte occidental**
- 122 Jerrold J. Katz: **La realidad subyacente del lenguaje y su valor filosófico**
- 123 B. J. Cohen: **Política de balanza de pagos**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 124 Roderick Floud: **Métodos cuantitativos para historiadores**
- 125 O. R. Frisch, M. F. Hoxaux, A. C. Rose-Innes, J. M. Ziman y otros: **Panorama de la física contemporánea.** Selección y comentarios de David Webber
- 126 Harry W. Richardson: **Economía del urbanismo**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 127 Robert E. Dowse y John A. Hughes: **Sociología política**
- 128 A. L. Lehninger, A. J. Marshall, W. M. Court Brown y otros: **Panorama de la biología contemporánea.** Selección y comentarios de Roland Hoste
- 129 Guillermo Díaz-Plaja: **Estructura y sentido del Novecentismo español**
- 130 Ronald Findlay: **Comercio y especialización**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 131 Renate Mayntz, Kurt Holm, Peter Hübner: **Introducción a los métodos de la sociología empírica**
- 132 B. J. McCormick, P. D. Kitchin, G. P. Marshall, A. A. Sampson, R. Sedgwick: **Introducción a la economía, 1**
- 133 B. J. McCormick, P. D. Kitchin, G. P. Marshall, A. A. Sampson, R. Sedgwick: **Introducción a la economía, 2**
- 134 James Littlejohn: **La estratificación social**
- 135 Alfonso de Cossío: **Instituciones de Derecho Civil, 1**
- 136 Alfonso de Cossío: **Instituciones de Derecho Civil, 2**
- 137 Ramón Tamames: **Fundamentos de estructura económica**
- 138 L. E. Orgel: **Los orígenes de la vida**
- 139 Michael Barratt Brown: **La teoría económica del imperialismo**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 140 John Boardman: **Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica**
- 141 H. W. Richardson: **Elementos de economía regional**
Curso de Economía Moderna
Penguin/Alianza
- 142 Alfredo Deaño: **Introducción a la lógica formal, 2. La lógica de predicados**

- 143 Christopher Freeman: La teoría económica de la innovación industrial. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 144 Edward R. Tannenbaum: La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)
- 145 Nuevos horizontes de la lingüística. Introducción y selección de John Lyons
- 146 M. A. Utton: La concentración industrial. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 147 Ray Hemmings: Cincuenta años de libertad: las ideas de A. S. Neill y la escuela de Summerhill
- 148 G. K. Helleiner: Comercio internacional y desarrollo económico. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 149 Daniel Bell: El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de pronóstico social
- 150 Walter L. Wallace: La lógica de la ciencia en la sociología
- 151 E. H. Carr: Historia de la Rusia Soviética. El socialismo en un solo país (1924-1926). 3. Las relaciones exteriores. 1. La Unión Soviética y Occidente
- 152 E. H. Carr: Historia de la Rusia Soviética. El socialismo en un solo país (1924-1926). 3. Las relaciones exteriores. 2. La Unión Soviética y Oriente. La estructura de la Comintern
- 153 J. M. Thomson: Teoría económica del transporte. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 154 Amartya K. Sen: Elección colectiva y bienestar social
- 155 Ignace J. Gelb: Historia de la escritura
- 156 C. H. Waddington y otros: Hacia una biología teórica
- 157 Nathan Wachtel: Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)
- 158 Michael A. Arbib: Cerebros, máquinas y matemáticas
- 159 Kenneth F. Wallis: Introducción a la econometría
- 160 B. Russell, Max Black, Wesley C. Salmon y otros: La justificación del razonamiento inductivo. Introducción y selección de Richard Swinburne
- 161 Arun Bose: Economía política marxiana y postmarxiana. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 162 Arthur Mitzman: La jaula de hierro. Una interpretación histórica de Max Weber
- 163 H. A. John Green: La teoría del consumo. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 164 Eugen Fink: La filosofía de Nietzsche
- 165 John Losee: Introducción histórica a la filosofía de la ciencia
- 166 Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria, 2. Compilación de Víctor Sánchez de Zavala
- 167 168 John Hospers: Introducción al análisis filosófico
- 169 Kenneth E. Boulding: La economía del amor y del temor
- 170 Manuel Medina: Las organizaciones internacionales
- 171 H. Myint: La economía del Sudeste asiático. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 172 Robert H. Lowie: Religiones primitivas
- 173 Harry W. Richardson: Política y planificación del desarrollo regional en España
- 174 Antología de la literatura española de los siglos XI al XVI. Selección y notas de Germán Bleiberg
- 175 Titus Burckhardt: La civilización hispano-árabe
- 176 I. Eibl-Eibesfeldt: El hombre preprogramado. Lo hereditario como factor determinante en el comportamiento humano
- 177 Norwood Russell Hanson: Patrones de descubrimiento. Observación y explicación: Guía de la filosofía de la ciencia
- 178 Bryan Carsberg: Teoría económica de las decisiones empresariales. *Curso de Economía Moderna*. Penguin/Alianza
- 179 Joseph Needham: La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente
- 180 G. L. S. Schackle: El inquiridor económico
- 181 Mervyn Matthews: Clases y sociedad en la Unión Soviética
- 182 Jean Piaget, Max Wertheimer, Mary Henle, R. S. Woodworth y otros: Investigaciones sobre lógica y psicología. Introducción y compilación de Juan A. DelVal
- 183, 184 Robert K. Merton: La sociología de la ciencia
- 185 J. E. Goldthorpe: Introducción a la sociología
- 186 Aubrey Manning: Introducción a la conducta animal
- 187 Ian Stewart: Conceptos de matemática moderna
- 188 S. Körner: Kant
- 189 Nicolás Sánchez-Albornoz: España hace un siglo: una economía dual
- 190 Richard Montague: Ensayos de filosofía formal. Selección e introducción de Richmond H. Thomason
- 191 Stephen Toulmin: La comprensión humana. 1. El uso colectivo y la evolución de los conceptos
- 192 Josefina Gómez Mendoza: Agricultura y expansión urbana
- 193 Henry Kamen: El siglo de hierro. Cambio social en Europa, 1550-1660
- 194 Alexander Mitscherlich: Tesis sobre la ciudad del futuro
- 195 Daniel Bell: Las contradicciones culturales del capitalismo
- 196 Manuel García-Pelayo: Las transformaciones del Estado contemporáneo
- 197 Geoffrey Leech: Semántica
- 198 Ramón Tamames: Ecología y desarrollo. La polémica sobre los límites del crecimiento
- 199 José Varela Ortega: Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)
- 200 C. U. M. Smith: El problema de la vida
- 201 Paul Roazen: Freud y sus discípulos
- 202 Michael Argyle: Psicología del comportamiento interpersonal
- 203 Norwood Russell Hanson: Constataciones y conjeturas
- 204 John Chadwick: El mundo micénico
- 205 Javier Aracil: Introducción a la dinámica de sistemas
- 206 Imre Lakatos: Pruebas y refutaciones. La lógica del descubrimiento matemático
- 207 J. Piaget, G. Choquet, J. Diendoné, R. Thom y otros: La enseñanza de las matemáticas modernas. Selección y prólogo de Jesús Hernández
- 208 L. von Bertalanffy, W. Ross Ashby, G. M. Weinberg y otros: Tendencias en la Teoría General de Sistemas. Selección y prólogo de George J. Klir
- 209 F. W. Walbank: La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente
- 210 Luis Racionero: Sistemas de ciudades y ordenación del territorio
- 211 Luigi L. Pasinetti: Crecimiento económico y distribución de la renta
- 212 Alvin W. Gouldner: La dialéctica de la ideología y la tecnología
- 213 Philip W. Silver: Fenomenología y Razón Vital: Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset
- 214 Henri Pirenne: Mahoma y Carlomagno
- 215 Marcel Merle: Sociología de las relaciones internacionales
- 216 Steven Weinberg: Los tres primeros minutos del universo
- 217 Mary Douglas: Símbolos naturales. Exploraciones en cosmología
- 218 Craig Fields: Introducción a los computadores
- 219 George Rudé: Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués
- 220 Johan Huizinga: El otoño de la Edad Media
- 221 John Passmore: La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza
- 222 Ashley Montagu: La naturaleza de la agresividad humana
- 223 Jesús Mosterín: Racionalidad y acción humana